

MEDITACIONES

SEGUNDA EDICIÓN

III

Solemnidades del
Tiempo ordinario
Tiempo ordinario
(Semanas IX a XX)

ROMA, 1987

218.

SANTÍSIMA TRINIDAD (I)

—Tratar a Dios Uno y Trino, que habita en nuestra alma en gracia.

—Por medio de Jesús llegamos a la Santísima Trinidad.

—Vivir con esmero las manifestaciones de devoción a la Trinidad Beatísima.

YA HEMOS recibido el Espíritu Santo prometido por Jesucristo a la Iglesia. Y llega para nosotros el momento de acercarnos con nueva luz al mayor de los misterios, a la más sorprendente y maravillosa de las revelaciones divinas: la Trinidad Beatísima, las Personas del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, en cuya contemplación y goce reside la plenitud de nuestra fe y de nuestra vida cristiana.

Enseñados por San Pedro, hemos descubierto que las tres Personas divinas han intervenido e intervienen en nuestra transformación; nos sabemos *escogidos según la presciencia de Dios Padre, en la santificación del Espíritu, para la obediencia y la aspersión de la sangre de Jesucristo*¹. Y esto nos enciende en deseos de venerar la Trinidad Santísima. Nuestro corazón se vierte en alabanzas, y hoy comenzamos a rezar el Trisagio Angélico con toda la Obra, durante

(1) 1 Petr. I, 2.

este triduo que culmina en la fiesta de la Trinidad. Deseamos repetir para siempre, con toda la Iglesia: *Tibi laus, Tibi gloria, tibi gratiarum actio in saecula sempiterna, o Beata Trinitas!*²; ¡a Ti la alabanza, a Ti la gloria, a Ti la acción de gracias por todos los siglos, oh Trinidad Beatísima!

Deseamos acercarnos a Dios Trino, conocerle y llenarnos de su dulce presencia. Deseos de gustar esta nueva realidad, que cambia todo nuestro mundo, ya no nos conformamos con tratar a Dios sólo en su Unidad de esencia: deseamos amarle y adorarle también en su Trinidad de personas.

Dirigios a cada Persona de la Santísima Trinidad —recomendaba nuestro Fundador—, y *repetid sin miedo: creo en Dios Padre, creo en Dios Hijo, creo en Dios Espíritu Santo. Espero en Dios Padre, espero en Dios Hijo, espero en Dios Espíritu Santo. Amo a Dios Padre, amo a Dios Hijo, amo a Dios Espíritu Santo. Creo, espero y amo a la Santísima Trinidad. Creo, espero y amo a mi Madre, Santa María, que es la Madre de Dios*³.

*¡OH PADRE, Dios omnipotente y eterno!, envía sobre la Iglesia, en el nombre de tu Hijo, al Espíritu Santo Paráclito*⁴. El Espíritu divino impulsa a todas las criaturas —y especialmente a los hombres— al

(2) *Trisagium Angelicum*.

(3) De nuestro Padre, *Meditación La lógica de Dios*, 6-1-1970.

(4) *Ad I Vesp.*, *Preces*.

amor del Padre por medio de Jesucristo, el Hijo Unigénito de Dios. Así nos lo recuerda constantemente la Iglesia, que encauza todas sus oraciones *por Cristo Nuestro Señor*.

Ayudados por la liturgia, sentimos una gran devoción hacia la Santísima Trinidad. Y vamos a la *Trinidad Beatísima, por Jesús, que se ha hecho Hombre para redimirnos del pecado, y para hacernos más fácil el Camino, porque su corazón es de carne como el nuestro: Jesucristo es perfectus Deus, perfectus Homo*⁵. A las tres Personas nos dirigimos con piedad filial, porque las tres, en la unidad de su acción santificadora, nos adoptan como hijos de Dios: *la adopción, aunque sea común a toda la Trinidad, se apropia sin embargo al Padre como a su autor, al Hijo como a su ejemplar, al Espíritu Santo como al que imprime en nosotros la semejanza a ese ejemplar*⁶.

Si Dios nos ha creado, si nos ha redimido, si nos ama hasta el punto de entregar por nosotros a su Hijo unigénito (cfr. Ioann. III, 16), *si nos espera —¿cada dial como esperaba aquel padre de la parábola a su hijo pródigo* (cfr. Luc. XV, 11-32), *¿cómo no va a desear que lo tratemos amorosamente? Extraño sería no hablar con Dios, apartarse de El, olvidarle, desenvolverse en actividades ajenas a esos toques ininterrumpidos de la gracia.*

Además, querría que os fijarais en que nadie

P) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 128.

(6) Santo Tomás, S. Th. III, q. 23, a. 2 ad 3.

escapa al mimetismo. Los hombres, hasta inconscientemente, se mueven con un continuo afán de imitarse unos a otros. Y nosotros, ¿abandonaremos la invitación de imitar a Jesús? Cada individuo se esfuerza, poco a poco, por identificarse con lo que le atrae, con el modelo que ha escogido para su propio talante. Según el ideal que cada uno se forja, así resulta su modo de proceder. Nuestro Maestro es Cristo: el Hijo de Dios, la Segunda Persona de la Trinidad Beatísima. Imitando a Cristo, alcanzamos la maravillosa posibilidad de participar en esa corriente de amor, que es el misterio del Dios Uno y Trino⁷.

DIOS está con nosotros. En nuestra alma en gracia, habita la Trinidad Beatísima. Por eso nosotros, a pesar de nuestras miserias, podemos y debemos estar continuamente en conversación con el Señor⁸. La devoción a la Santísima Trinidad nace progresivamente de lo más íntimo de nuestra alma. El Padre alimenta en nosotros la piedad, por medio del Hijo en el Espíritu Santo⁹, y nosotros deseamos acrecentar la devoción a Dios Trino viviendo cada día mejor los medios tradicionales que nos propone la Iglesia.

Nos dejamos conducir suavemente por el Espíritu Santo, que nos lleva con toda la Iglesia por los

(7) *Amigos de Dios*, nn. 251-252.

(8) De nuestro Padre, *Noticias* X-62, p. 44.

(9) San Cirilo de Alejandría, *In Ioannis Evangelium commentarium* 10, 2.

camino de Dios. Nos dejamos llevar, y el mismo Espíritu, porque así es la Voluntad divina, nos encamina al amor de la Santísima Trinidad. Nos explicamos por qué está tan llena la vida de la Iglesia de oraciones trinitarias. Nos gozamos al considerar que la mayor parte de nuestras oraciones comienzan con la señal de la cruz y en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Y no nos extraña que las palabras de alabanza —*Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo*— daten de los primerísimos tiempos del cristianismo.

En la Obra, nuestras Normas de piedad nos dan muchas ocasiones para vivir fácilmente la devoción a la Santísima Trinidad. Si queremos acercarnos más a su amor, podemos poner mayor delicadeza y atención al hacer la señal de la cruz. Podemos dar su verdadero sentido a las palabras de gloria que recitamos durante la Misa y al final de cada misterio del Rosario. Es un modo sencillo de buscar la presencia continua de la Trinidad en nuestra vida.

En las Preces nos dirigimos en primer lugar a la Trinidad Beatísima. ¡Y es tan lógico! Todos, toda la Obra se une para decir: *Gratias tibi, Deus, granas tibi; vera et una Trinitas, una et summa Deitas, sancta et una Unitas*¹⁰. Es el modo de ser de nuestro espíritu, el mismo modo de ser que nos lleva, el tercer domingo de cada mes, a recitar el llamado Símbolo Atanasiano y a hacer nuestra oración personal

(10) *Ad. 7 Vesp., Ant. ad Magnif.*

considerando estas verdades fundamentales de la fe. Hemos de tener un trato asiduo y ardiente con la Santísima Trinidad, que ocupa el primer lugar de nuestras devociones.

A lo largo del año, también encontramos diversos momentos en los que manifestamos con especiales actos nuestro amor a la Santísima Trinidad. Y así como entonamos el Te Deum en los aniversarios de las fechas fundacionales de la Obra, de la erección de la Prelatura y de la elección del Padre, y el 31 de diciembre de cada año, como acción de gracias en unión con Nuestra Madre Santa María, también repetimos hoy a las tres Personas divinas nuestra alabanza en el Trisagio Angélico: *a Ti Dios Padre no engendrado, a Ti Hijo unigénito, a Ti Espíritu Santo Paráclito, santa e indivisa Trinidad, con todas las fuerzas de nuestro corazón y de nuestra voz, te reconocemos, alabamos y bendecimos: gloria a Ti por los siglos de los siglos*¹¹.

Hemos de procurar *que nuestra existencia entera sea oración, sacrificio y servicio, con un trato filial con la Trinidad Beatísima: con el Padre, con el Espíritu Santo, con Jesucristo, perfectus Deus, perfectus homo* (Symb. Athan. 32); *con una piedad dulce y recia hacia la Virgen Santísima, nuestra Madre; con un amor sin medida a la Santa Iglesia, al Vicario de Cristo y a todas las almas*¹².

(11) *Ad 11 Vesp., Ant. ad Magnif.*

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 14-11-1950, n. 5.

219.

SANTÍSIMA TRINIDAD (II)

—La Trinidad Beatísima mora en la intimidad del alma en gracia.

—Buscar el trato con Dios Uno y Trino, correspondiendo a ese amor.

—Tratar a cada una de las tres Personas divinas.

*LA CARIDAD de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado*¹. La liturgia de esta solemnidad nos muestra el aspecto más íntimo de nuestra unión con Dios. Es El mismo quien habita dentro de nosotros,ándonos esta caridad con que le amamos. *Este es nuestro gozo cumplido y no hay otro mejor: gozar de la Trinidad de Dios, a cuya imagen hemos sido hechos*². Siempre que conocemos y amamos a alguien, le tenemos presente en nuestra vida. Pero Dios, por la gracia, está mucho más íntimamente en nosotros: El mora en nuestro interior, le poseemos y gozamos; su presencia es real y personal dentro de nuestra alma. Recordamos con especial alegría el cumplimiento de la promesa de Jesús: *si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará y vendremos a él, y en él haremos morada*³.

(1) *L II* (C) (Rom. V, 5).

(2) San Agustín, *De Trinitate* 8, 17 y 18.

(3) *Ioann.* XIV, 23.

*No creáis que la doctrina de la inhabitación de Dios en el alma en gracia sea muy moderna. Es antigua, es de siempre*⁴, comentaba nuestro Padre. Y añadía: *regnum Dei intra vos est (Luc. XVII, 21) (...). En el centro del alma en gracia está el Espíritu Santo, presidiendo todas nuestras acciones, convirtiendo en algo sobrenatural nuestra vida entera. Por lo tanto, meteos dentro de vosotros mismos. Buscad a Dios en vuestro corazón, como lo buscaba San Agustín. ¿Os acordáis? Agustín buscaba a Dios fuera, por todos lados, hasta que oyó, dirigidas a él, estas palabras: ¿por qué me buscas fuera, si estoy en ti, dentro de ti?*⁵.

Hace ya mucho tiempo, la Santísima Trinidad vino a nuestra vida. Fuimos bautizados *en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*⁶. Y por el Sacramento del Bautismo, las tres Personas divinas tomaron posesión de nosotros, con el deseo de permanecer más unidas a nuestra existencia de lo que podría estarlo el más íntimo y fiel de los amigos. Quizá alguna vez cometimos la locura de rechazar esa presencia, al perder el estado de gracia. Pero ahora escuchamos las palabras de San Pablo: *¿no sabéis que sois templo de Dios, y el Espíritu de Dios habita en vosotros?*⁷. Y pedimos que permanezca para siempre en nuestras almas, que ocupe el centro de

(4) De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 697.

(5) De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 695.

(6) Év. (B) (Matth. XXVIII, 19).

(7) I Cor. III, 16.

todo lo nuestro, *para que seamos su templo y El sea en nosotros nuestro Dios*⁸. Queremos poner en práctica lo que nos dice nuestro Padre: *que ningún afecto te ate a la tierra, fuera del deseo divinísimo de dar gloria a Cristo y, por El y con El y en El, al Padre y al Espíritu Santo*⁹.

LA PRESENCIA de las tres Personas divinas en nosotros es una presencia viva, abierta a nuestro trato, ordenada al conocimiento y al amor con que podemos corresponderles. *¿Por qué andar corriendo por las alturas del firmamento y por los abismos de la tierra en busca de Aquel que mora en nosotros?*¹⁰, escribía San Agustín. Hemos de tener una amistad interior y personal con el Padre y con el Hijo y con el Espíritu Santo, que abra cauce a nuestro amor de Dios.

Esta amistad llena de cariño, la desea el Señor, que está esperando en los umbrales de nuestra alma: *he aquí que estoy a la puerta y llamo: si alguno escuchare mi voz y me abriere la puerta, entraré a él y con él cenaré y él conmigo*¹¹. Por eso, siguiendo el consejo que nos daba nuestro Padre, en cualquier sitio *nos recogemos dentro de nosotros mismos, y adoramos a Dios, que se digna poseernos, y comenzamos a*

(8) San Ignacio de Antioquía, *Epístola ad Ephesios* 15, 3.

(9) *Camino*, n. 786.

(10) San Agustín, *De Trinitate* 8, 17 y 18.

(11) *Apoc.* III, 20.

*hablar con El, con naturalidad, como se habla con un hermano, con un amigo, con un padre, con una madre, con un vecino a quien se estima. Como se habla con el amor. Hablad con confianza y veréis qué bien os va. Tendréis vida interior*¹².

La presencia de Dios en nosotros nos abre un mundo de posibilidades, constantemente renovadas, para hacer al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo un obsequio habitual de nuestros actos de fe, de esperanza y de amor. Pidamos al Señor que nos haga conocerle y tratarle íntimamente en nuestro interior, viviendo así la realidad de las palabras de Jesús: *el Reino de los Cielos está dentro de vosotros*¹³. Así comenzaremos en la tierra la unión habitual con la Santísima Trinidad, unión que abrazará por entero nuestros pensamientos y afectos cuando lleguemos a nuestra patria del Cielo.

Si en algún momento —ante el esfuerzo, ante la aridez— pasa por vuestra cabeza el pensamiento de que hacemos comedia, hemos de reaccionar así: ha llegado la hora maravillosa de hacer una comedia humana con un espectador divino. El espectador es Dios: el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo: la Trinidad Beatísima. Y con Dios Señor nuestro, nos estarán contemplando la Madre de Dios, y los ángeles y los santos de Dios^w.

(12) De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 695.

(13) *Luc.* XVII, 21.

(14) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 18.

A DIOS le conocemos ya de algún modo por la maravilla de sus obras, pero El ha querido revelarnos sobrenaturalmente su intimidad para hacernos partícipes de su misma vida divina. Así, podemos conocer y distinguir a cada una de las tres Personas divinas. *Hablamos con el Padre que está en los Cielos, repitiendo las palabras que Jesús, Señor Nuestro, enseñó a los Apóstoles: Padre nuestro, que estás en los Cielos, santificado sea tu nombre... Hablamos con el Hijo, porque le amamos en la Cruz y le agradecemos que nos haya redimido*¹⁵; le tratamos en el Santo Evangelio, donde contemplamos su Humanidad Santísima, y le damos gracias por su presencia actual en la Eucaristía y en el Cuerpo Místico de la Iglesia. *Pero del Espíritu Santo —se lamentaba nuestro Fundador— casi no nos acordamos, y es El el que actúa en las almas en gracia, el que se asienta en nosotros para hacernos templos de la Santísima Trinidad, aunque como no hay más que un solo Dios, cuando el Espíritu Santo está en el alma de un cristiano, están también el Padre y el Hijo*¹⁶. Por eso nos aconsejaba: *invócalo con frecuencia. Me da mucha devoción repetirle: ure igne Sancti Spiritus!; quema, Señor, con el fuego de tu Espíritu Santo*¹⁷.

Las tres divinas Personas se nos muestran así en esa delicada solicitud que han tenido en todo mo-

(15) De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 697.

(16) De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 697.

(17) De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 696.

mentó con nosotros: *ya veis con cuánta verdad se expresó aquel que dijo: "el Señor anda solícito por mí" (Ps. XXXIX, 18). El Padre, por redimir al siervo, no perdona al Hijo; el Hijo por él se entrega a la muerte gustosísimamente; uno y otro envían al Espíritu Santo; y el mismo Espíritu pide por nosotros con inefabiles gemidos*¹⁸.

A impulsos del Paráclito, por la intercesión de Santa María, llena de gracia, haremos cada día más pleno el dominio de las tres Personas en esta morada que han escogido. *¿Quién va a ser mejor Maestra de amor a Dios que esta Reina, que esta Señora, que esta Madre, que tiene la relación más íntima con la Trinidad Beatísima: Hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo, Esposa de Dios Espíritu Santo, y que es a la vez Madre nuestra?*^w. Y así, casi sin darnos cuenta, siguiendo los pasos de Cristo, nos iremos fundiendo poco a poco en la vida divina, haciendo de esta unión con Dios la fuente y el modelo de la unión con todos nuestros hermanos en la tierra: *como Tú, ¡oh Padre!, estás en mí, y Yo en ti, así sean ellos una misma cosa en nosotros*²⁰.

(18) San Bernardo, *Sermo 2 in Pentecostés* 7.

(19) De nuestro Padre, Meditación, 6-1-1956.

(20) *Ioann.* XVII, 21.

220.

SANTÍSIMA TRINIDAD (III)

—La Trinidad es el misterio central de nuestra fe.

—El trato con Jesucristo nos lleva al Padre y al Espíritu Santo.

—La liturgia, especialmente la Santa Misa, alimenta nuestra devoción a la Trinidad.

BENDITO sea Dios Padre, y el Hijo unigénito de Dios, y también el Espíritu Santo, porque ha tenido misericordia de nosotros^x.

Nuestra Madre la Iglesia, por medio de la liturgia, nos ha preparado progresivamente a lo largo del año, para la gran solemnidad que celebramos hoy. Hemos contemplado el Nacimiento del Hijo, su vida y su muerte. Nos hemos llenado de gozo ante su Resurrección gloriosa; hemos asistido a su Ascensión a los Cielos, y hemos recibido el Espíritu Santo. Ahora podemos contemplar, llenos de fe, la maravilla del misterio trinitario: misterio esencial de nuestra fe, centro de la liturgia de la Iglesia, *sustancia del Nuevo Testamento*².

*La mayor obra del Hijo, dice San Hilario, es darnos a conocer al Padre*³. Con la Revelación, Dios ha querido incorporarnos a su vida íntima, haciéndonos

(1) *Ant. ad Intr.*

(2) Tertuliano, *Adversus Praxeam* 31.

(3) San Hilario, *De Trinitate*.

partícipes de su naturaleza. Por eso *el conocimiento de la Trinidad en la unidad es el fruto y el fin de nuestra vida* *. Hacia ese conocimiento, embebido de amor, hemos de orientar nuestra meditación, nuestras acciones, nuestra lucha ascética y nuestra correspondencia a la gracia.

Se trata de una verdad tan sobrenatural que —como comentaba muchas veces nuestro Padre— *por mucho que profundicemos, no podremos entender este gran misterio. A veces, se alcanza a ver una luz, y después vienen muchas sombras. Esto, hijos, me da mucha alegría, porque si pudiera comprender el misterio de la Santísima Trinidad con mis propias fuerzas, ¡qué poca cosa sería Dios! Por eso estoy muy contento de esperar el instante de la visión beatífica, cuando esta fe y este Amor y esta esperanza, que el Señor me ha dado, produzcan su fruto en plenitud*⁵.

Contemplar y meditar este misterio, mientras vivimos en la tierra, es alcanzar, con la ayuda de la fe, un adelanto de la contemplación abierta del Cielo. Nuestro entendimiento, llevado de la mano de Dios, por las virtudes sobrenaturales y por los dones del Espíritu Santo, traspasa sus propios límites, y nuestra vida se va modelando según el ejemplar divino. *Se nos promete esa contemplación como término de todas nuestras acciones y eterna perfección de los go-*

(4) Santo Tomás, *In I Sent., dist. II, q. I, exo.*

(5) De nuestro Padre, Tertulia, 6-1-1972, en *Crónica*, 1972, p. 141.

*ios (...). Pues éste es nuestro gozo cumplido y no hay otro mayor: gozar de la Trinidad de Dios, a cuya imagen hemos sido hechos*⁶.

El Señor nos ha revelado este misterio, para hacernos participar sobrenaturalmente en la vida de la Trinidad. Toda nuestra existencia queda iluminada y dirigida por esta realidad. *Bendita sea la Trinidad Santa e indivisible, creadora y gobernadora de todas las cosas; ahora y siempre por los siglos de los siglos*⁷.

*YO SOY el Camino, y la Verdad, y la Vida. Nadie viene al Padre sino por mí. Si me hubieseis conocido a mí, hubierais, sin duda, conocido también a mi Padre; y ya lo conocéis, y le habéis visto*⁸. Es posible que ante estas palabras del Señor, se nos ocurra de nuevo la petición del Apóstol Felipe: *Señor, muéstranos al Padre, y eso nos basta*⁹. Y Jesús, nos responderá como en la Última Cena: *¿tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y aún no me habéis conocido? Felipe, quien me ve a Mí, ve también al Padre*¹⁰. El Señor, con amor infinito, nos muestra el camino: la devoción a la Trinidad se traduce en un empeño amoroso por identificarnos con Jesús. Nos lleva a contemplar su vida, a vivir como hijos de Dios: *puesto*

(6) San Agustín, *De Trinitate* 1, 8, 17-18.

(7) *Ad Laudes, Ant. ad Bened.*

(8) *Ioann.* XIV. 6-7.

(9) *Ibid.*, 8.

(10) *Ibid.*, 9.

que sois hijos —escribe San Pablo—, *Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: ¡Abba!, ¡Padre!*¹¹.

Contemplando la vida del Señor, enamorándonos de Jesús, viviremos su misma vida en diálogo íntimo con su Padre. Escucharemos las parábolas de Cristo, y le pediremos luces para entenderlas y para explicarlas a nuestros hermanos los hombres. Y Jesucristo nos responde: *Yo rogaré al Padre y os dará otro Paráclito para que esté con vosotros siempre: el Espíritu de Verdad (...). El os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que Yo os he dicho*¹². El mismo Espíritu irá modelando en nuestras almas la imagen del Hijo, y seremos —como tantas veces nos decía nuestro Padre— más intensamente hijos de Dios: *otros Cristos*, ipse Christus.

Este es el camino que nos propone recorrer nuestra vocación al Opus Dei, que es vocación de contemplativos en medio de los afanes terrenos. Como nos dejó escrito nuestro Fundador, *habíamos empezado con plegarias vocales, sencillas, encantadoras, que aprendimos en nuestra niñez, y que no nos gustaría abandonar nunca. La oración, que comenzó con esa ingenuidad pueril, se desarrolla ahora en cauce ancho, manso y seguro, porque sigue el paso de la amistad con Aquel que afirmó: Yo soy el camino* (Ioann.

(11) Galat. IV, 6.

(12) Ioann. XIV, 16-17, 26.

XIV, 6). *Si amamos a Cristo así, si con divino atrevimiento nos refugiamos en la abertura que la lanza dejó en su Costado, se cumplirá la promesa del Maestro: cualquiera que me ama, observará mi doctrina, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos mansión dentro de él* (Ioann. XIV, 23).

El corazón necesita, entonces, distinguir y adorar a cada una de las Personas divinas. De algún modo, es un descubrimiento, el que realiza el alma en la vida sobrenatural, como los de una criatura que va abriendo los ojos a la existencia. Y se entretiene amorosamente con el Padre y con el Hijo y con el Espíritu Santo; y se somete fácilmente a la actividad del Paráclito vivificador, que se nos entrega sin merecerlo: ¡los dones y las virtudes sobrenaturales!

Hemos corrido como el ciervo, que ansia las fuentes de las aguas (Ps. XLI, 2); *con sed, rota la boca, con sequedad. Queremos beber en ese manantial de agua viva. Sin rarezas, a lo largo del día nos movemos en ese abundante y claro venero de frescas linfas que saltan hasta la vida eterna* (cfr. Ioann. IV, 14). *Sobran las palabras, porque la lengua no logra expresarse; ya el entendimiento se aquieta. No se discurre, ¡se mira! Y el alma rompe otra vez a cantar con cantar nuevo, porque se siente y se sabe también mirada amorosamente por Dios, a todas horas*¹³.

(13) Amigos de Dios, nn. 306-307.

LA ORACIÓN de la Misa de hoy nos lleva suavemente a contemplar el misterio, a levantar nuestro corazón en alabanza: *oh Dios Padre, que has enviado al mundo tu Verbo de verdad y tu Espíritu santificador para manifestar a los hombres tu misterio admirable: concédenos, en la profesión de la verdadera fe, reconocer la gloria de la Trinidad eterna y adorar la Unidad de su omnipotente Majestad*¹⁴.

Toda la liturgia de la Iglesia es una alabanza a la Trinidad Beatísima. Y todo el camino de nuestra vida interior, de nuestra lucha por la santidad, está dirigido por la acción de la Santísima Trinidad en nuestra alma. Nos sabemos hijos de Dios Padre, santificados por Dios Espíritu Santo, que nos va identificando con Dios Hijo. Y precisamente en la liturgia, en *esa obra grande por la que Dios es perfectamente glorificado y los hombres santificados*¹⁵, *ensalzamos con un mismo cántico de alabanza al Dios Uno y Trino*¹⁶.

En la Santa Misa, centro y raíz de nuestra vida interior, encontramos cada día ocasión para crecer en nuestro amor a la Santísima Trinidad. La Misa es, como escribió nuestro Padre, la manifestación más grandiosa de *esa corriente trinitaria de amor por los hombres*". En efecto, el Santo Sacrificio es el holo-

(14) *Oral*.

(15) Concilio Vaticano II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 7.

(16) Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 50.

(17) *Es Cristo que pasa*, n. 85.

causto que dará al Nombre santísimo de Dios la gloria que le es debida. La santificación, que imploramos, es atribuida al Paráclito, que el Padre y el Hijo nos envían (...). Toda la Trinidad está presente en el sacrificio del Altar (...).

La Santa Misa nos sitúa de ese modo ante los misterios primordiales de la fe, porque es la donación misma de la Trinidad a la Iglesia. Así se entiende que la Misa sea el centro y la raíz de la vida espiritual del cristiano. Es el fin de todos los sacramentos (cfr. S. Tomás, S. Th. III, q. 65, a. 3). En la Misa se encamina hacia su plenitud la vida de la gracia, que fue depositada en nosotros por el Bautismo, y que crece, fortalecida por la Confirmación. Cuando participamos de la Eucaristía, escribe San Cirilo de Jerusalén, experimentamos la espiritualización deificante del Espíritu Santo, que no sólo nos configura con Cristo, como sucede en el bautismo, sino que nos cristifica por entero, asociándonos a la plenitud de Cristo Jesús (Catecheses, 22, 3).

La efusión del Espíritu Santo, al cristificarnos, nos lleva a que nos reconozcamos hijos de Dios. El Paráclito, que es caridad, nos enseña a fundir con esa virtud toda nuestra vida; y consummati in unum (Ioann. XVII, 23), hechos una sola cosa con Cristo, podemos ser entre los hombres lo que San Agustín afirma de la Eucaristía: signo de unidad, vínculo del Amor (San Agustín, In Ioann. Ev. tract. 26, 13)¹⁸.

(18) *Es Cristo que pasa*, nn. 85-87.

Cada día podemos unirnos al sacrificio de Cristo y, por su mediación, ofrecer al Padre en el Espíritu Santo toda nuestra existencia. Y en nuestro trabajo diario nos acordaremos de que nuestra vida entera es eso: una continua oblación a Dios. Dará frutos este esfuerzo nuestro, con la gracia de Dios, si acudimos a la Virgen. *Os podéis entretener durante el día, tantas veces, en conversación con la trinidad de la tierra, que es camino para tratar a la Trinidad del Cielo. Considerad* —es el consejo de nuestro Fundador— *que la Madre nos lleva al Hijo, y el Hijo, por el Espíritu Santo, nos conduce al Padre, según aquellas palabras suyas: quien me ve a mí, ve también al Padre (Ioann. XIV, 9)*¹⁹.

(19) De nuestro Padre, Meditación *La lógica de Dios*, 6-1-1970.

221.

SOLEMNIDAD DEL CUERPO Y SANGRE DE CRISTO (I)

—Alegría de la Iglesia porque Jesús ha querido quedarse con nosotros en la Eucaristía.

—Amor de Jesús en la Hostia Santa.

—El Sacrificio del Altar, centro y raíz de nuestra vida interior.

TERMINADO ya el tiempo pascual, parece como si ahora la Iglesia volviese la vista hacia atrás, para celebrar de nuevo con especial solemnidad el misterio que constituye cada día el centro de la liturgia: la Sagrada Eucaristía. Volaron tan rápidas las horas del atardecer del Jueves Santo, en los umbrales mismos de la Pasión del Señor, que faltó tiempo y sosiego para detenernos a adorar suficientemente el gran misterio de amor obrado por Jesús en la Última Cena.

Pasadas ya las semanas de la vida gloriosa de Cristo en la tierra, recibido el Espíritu Santo que El nos prometió, la contemplación del misterio del Santísimo Cuerpo del Señor llena la vida de la Iglesia. Y la Iglesia —y nosotros con ella— rompe a cantar: *Pange, lingua, gloriosi...; canta, lengua, el misterio del Cuerpo glorioso y de la Sangre preciosa, fruto de las*

*entrañas generosas, que el Rey de las gentes derramó como rescate del mundo*¹.

Jesucristo, el Hijo Unigénito de Dios, queriendo hacernos partícipes de su divinidad, asumió nuestra naturaleza a fin de que, habiéndose hecho El mismo hombre, los hombres nos hiciéramos como Dios.

Cuanto tomó de nosotros, lo dispuso para nuestra salvación, pues ofreció su Cuerpo a Dios Padre en el ara de la Cruz como hostia para nuestra reconciliación, y derramó al mismo tiempo su Sangre como rescate y purificación para que, redimidos de miserable esclavitud, quedáramos limpios de todos los pecados.

Y para que siempre recordásemos tantos beneficios, dejó a los fieles el alimento de su Cuerpo y la bebida de su Sangre, para que lo comieran bajo las especies de pan y de vino².

Comprendemos ahora el gozo que inunda la liturgia de hoy: sea la alabanza plena, sonora, alegre (*Secuencia Lauda Sionj. Es el júbilo cristiano, que canta la llegada de otro tiempo*: ha terminado la antigua Pascua, se inicia la nueva. Lo viejo es sustituido por lo nuevo, la verdad hace que la sombra desaparezca, la noche es eliminada por la luz (Ibid.).

Milagro de amor. Este es verdaderamente el pan de los hijos (Ibid.): Jesús, el Primogénito del Eterno Padre,

(1) *Ad I Vesp.*, Hymn.

(2) *Ad Off. lect.*, L. II (Santo Tomás, *Opusculum* 57 in festo Corporis Christi).

se nos ofrece como alimento. Y el mismo Jesucristo, que aquí nos robustece, nos espera en el cielo como comensales, coherederos y socios (Ibid.), porque quienes se nutren de Cristo morirán con la muerte terrena y temporal, pero vivirán eternamente, porque Cristo es la vida imprecadera (San Agustín, In Ioann. Ev. tract. 26, 20).

La felicidad eterna, para el cristiano que se conforta con el definitivo maná de la Eucaristía, comienza ya ahora. Lo viejo ha pasado: dejemos aparte todo lo caduco; sea todo nuevo para nosotros: los corazones, las palabras y las obras (Himno Sacris solemnis).

*Esta es la Buena Nueva. Es novedad, noticia, porque nos habla de una profundidad de Amor, que antes no sospechábamos. Es buena, porque nada mejor que unirnos íntimamente a Dios, Bien de todos los bienes. Esta es la Buena Nueva, porque, de alguna manera y de un modo indescriptible, nos anticipa la eternidad*³.

MUCHAS personas han buscado afanosamente a Dios, y a veces tardan en encontrarle. Nosotros le tenemos bien cerca, al alcance del corazón y de la mirada: en la Sagrada Eucaristía, misterio de fe, que resume el gran misterio del Amor de Dios a los hombres.

Cuando te pongas delante de Dios —aconsejaba nuestro Padre—, piensa que es el Autor de todas las

(3) *Es Cristo que pasa*, n. 152.

cosas. Después piensa que la humanidad cayó, con aquel pecado original. Piensa en Jesucristo, que vino a la tierra, y tomó carne en el seno purísimo de María, siempre Virgen. Piensa en sus años de oscuridad, cuando trabajaba en el taller de Nazaret. Piensa en sus tres años de vida pública. Piensa en la Pasión, en la Cruz, que era la mayor afrenta. Piensa en la muerte de Cristo, en su Resurrección. Piensa en aquellas tertulias que tenía el Señor, especialmente después de su Resurrección, cuando —in multis argumentis (Act. 1, 1), se lee en la Sagrada Escritura— hablaba de muchas cosas, de todo lo que preguntaban sus discípulos (...). Piensa en su Ascensión a los Cielos.

Todo esto es maravilloso. Pero si consideras la vida del Señor con Amor, verás que es mayor maravilla no querer apartarse de nosotros. Y El, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, que asumió carne mortal —igual a la nuestra en todo, menos en el pecado—, con un corazón que latía abundantemente, ha querido quedarse como alimento nuestro.

*Si se hubiera quedado bajo la forma de un niño, le tendríamos un respeto, un cariño... Se ha quedado inerme, escondido en las especies sacramentales, sin defensa. Pero espera el amor tuyo y el mío. ¿No te mueve esto a quererle de verdad?*⁴.

El amor procura la proximidad, la identificación

(4) De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, pp. 684-685.

con el amado; y Jesucristo —en su amor por nosotros, en su insondable caridad— llegó hasta extremos que el entendimiento humano es incapaz de comprender y ante los que no puede hacer otra cosa que adorar: bajo la apariencia de pan y de vino se nos da por entero, y nos hace *concorpóreos* y *consanguíneos* suyos⁵. La Eucaristía es la suprema manifestación de estas palabras: *son mis delicias estar con los hijos de los hombres*⁶; y Jesús Sacramentado es verdaderamente *Emmanuel*, Dios con nosotros. La Sagrada Comunión, donde el Señor se nos da con su Cuerpo y su Sangre, con su Alma y su Divinidad, prefigura de manera admirable la última y definitiva unión en la Gloria del Cielo, y se hace prenda de la vida eterna: *así como el pan procede de la tierra —dice San Ireneo—, y recibiendo la invocación de Dios, ya no es pan corriente, sino Eucaristía (...), así también nuestros cuerpos, recibiendo la Eucaristía, ya no son corruptibles, tienen la esperanza de la resurrección*⁷.

En el himno de Laudes, la liturgia canta hoy al amor de Jesucristo, que es un continuo darse, una ilimitada entrega a nosotros y por nosotros: *naciendo se nos dio como compañero; hecho pan se nos da por sustento; muriendo se nos entregó como rescate;*

(5) San Cirilo de Jerusalén, *Catecheses* 22, 1.

(6) *Prov.* VIII, 31.

(7) San Ireneo de Lyon, *Adversus haereses* 4, 18, 5.

*reinando se nos dará en premio*⁸. Nos sentimos muy pequeños al contemplar la entrega de Jesús, abrumados por tanto amor. Y procuramos seguir el consejo de nuestro Padre: *¡hijos míos, cuando contempléis la Sagrada Hostia expuesta en la custodia sobre el altar, o escondida en el Sagrario, mirad qué amor, qué ternura la de Cristo. Yo me lo explico por el amor que os tengo; si pudiera estar lejos trabajando, y a la vez junto a cada uno de vosotros, ¡con qué gusto lo haría! Cristo, en cambio, sí puede. Y El, que nos ama con un amor infinitamente superior al que puedan albergar todos los corazones de la tierra, se ha quedado para que podamos unirnos siempre a su Humanidad Santísima, para ayudarnos, para consolarnos, para fortalecernos, para que seamos fieles*⁹.

*EN ESTA fiesta, en ciudades de una parte y otra de la tierra, los cristianos acompañan en procesión al Señor, que escondido en la Hostia recorre las calles y plazas —lo mismo que en su vida terrena—, saliendo al paso de los que quieren verle, haciéndose el encontradizo con los que no le buscan. Jesús aparece así, una vez más, en medio de los suyos: ¿cómo reaccionamos ante esa llamada del Maestro?*¹⁰.

Amor con amor se paga. La presencia real de Je-

(8) *Ad Laudes, Hymn.*

(9) De nuestro Padre, Crónica VI-65, p. 9.

(10) *Es Cristo que pasa*, n. 156.

sucristo en el Sagrario es un misterio inefable que exige una respuesta de fe; de una fe que se resuelve en amor de correspondencia, en adoración tierna y afectuosa al Santísimo Sacramento. Si falta ese amor, es que la fe es menos firme, porque un alma que ama a Dios no puede permanecer indiferente ante ese Sagrario en el que está realmente presente Jesucristo, *perfectus Deus, perfectus Homo* ¹¹.

Amor con amor se paga. *Ante todo, hemos de amar la Santa Misa que debe ser el centro de nuestro día. Si vivimos bien la Misa, ¿cómo no continuar luego el resto de la jornada con el pensamiento en el Señor, con la comezón de no apartarnos de su presencia, para trabajar como El trabajaba y amar como el amaba? Aprendemos entonces a agradecer al Señor esa otra delicadeza suya: que no haya querido limitar su presencia al momento del Sacrificio del Altar, sino que haya decidido permanecer en la Hostia Santa que se reserva en el Tabernáculo, en el Sagrario* ¹².

El amor pide correspondencia, y la respuesta tiene que ser generosa, total. El misterio de la Pasión, renovado en el Sacrificio eucarístico, es una invitación a la oblación, a la entrega de nosotros mismos. *Hijo mío —nos propone nuestro Padre—, piensa ahora en la Santa Misa: en cómo hemos de celebrarla o en cómo hemos de oírla. Considera que asisten los*

(11) *Symb. Quicumque.*

(12) *Es Cristo que pasa*, n. 154.

ángeles. Piensa que estás haciendo o participando en una cosa divina. Mira que sobre el altar Cristo se vuelve a ofrecer por ti y por mí. Y sentirás un deseo grande de imitar su humildad, su anonadamiento en la Hostia; y te llenarás de acciones de gracias, de adoración, de deseos de reparar, de peticiones. Y te ofrecerás, con los brazos extendidos, como otro Cristo, ipse Christus, dispuesto a clavarte en el dulce madero, por amor a las almas¹³.

Unidos a la Virgen Santísima, aprenderemos a vivir el misterio del altar, y a hacer que nuestra vida sea una continuación de la última Misa, y una preparación para la siguiente¹⁴.

(13) De nuestro Padre, Meditación, 14-IV-1960.
 (14) De nuestro Padre, Crónica 11-65, p. 11.

222.

SOLEMNIDAD DEL CUERPO Y SANGRE DE CRISTO (II)

- La solemnidad del Corpus Christi nos invita a reparar las ofensas que se cometen contra el Santísimo Sacramento.
- Acudir con frecuencia al Tabernáculo.
- Reflejar en la conducta diaria nuestra fe en Jesucristo.

*HOY, EN esta fiesta del Corpus Christi, debemos desagraviar al Señor (...). Hemos de decirle, de un modo recio, pero lleno de amor, que le agradecemos esta fe que nos ha dado. Repetidle una vez y otra que creemos en su Presencia real en la Hostia Santa, donde sabemos que se encuentra oculto bajo las especies sacramentales con su Cuerpo, con su Sangre, con su Alma, con su Divinidad. Y demos gracias también a la Trinidad Beatísima, que ha querido que el Hijo de Dios se encarnara en el seno purísimo de Santa María, nuestra Madre *

Así hablaba nuestro Fundador a sus hijos, en una solemnidad como la que hoy celebramos. Sus palabras de entonces pueden servir de cauce a nuestra oración de hoy. Siempre será necesario desagraviar a Dios por las ofensas que recibe en este adorable Sacramento del Altar. Y la respuesta nuestra ha

d) De nuestro Padre, Tertulia, 1-VI-1972.

de ser la que nuestro Fundador nos señala: *cada uno de nosotros ha de procurar ser más fiel a Dios, y además decírselo. Es una cosa muy humana, hijos míos, y nosotros somos hombres de carne y hueso. Si os digo que, con la gracia del Señor, os quiero mucho, ¿no os da alegría? Pues a Dios también le agrada. Por eso hemos de repetirle que le queremos y que le estamos muy agradecidos; que perdone nuestras debilidades, nuestras flaquezas, nuestros errores: en una palabra, los pecados —no tengamos vergüenza de llamar a las cosas por su nombre— que hayamos cometido. Pedidle también perdón por los pecados de todo el mundo, y rogadle que tenga misericordia de la humanidad y de la Iglesia.*

Haced con más amor esa genuflexión con la que saludáis al Señor, al entrar y al salir de casa. Y, aunque no digáis nada con la boca, dirigios a El con el corazón: Jesús, creo en Ti, te amo; perdona a todos los hijos tuyos que no hemos sabido ser fieles... Lo que se os ocurra en aquel momento, con espontaneidad: no voy a dictaros las palabras, como si fuerais niños de tres años. Cada uno sabrá dirigirse personalmente al Señor; y, si no hubiera sido así hasta ahora, se os ocurrirá en adelante.

Más de una vez hemos hablado de las jaculatorias personales, que cada uno de nosotros procura hacerse. Es eso: una alabanza, un grito de admiración, de alegría, de cariño, de entusiasmo, ¡de amor!, que se escapa de nuestra alma como si fuera una flecha. Es, qui-

tando lo que pueda tener de menos noble, ese piropo que se dice en mi tierra. Siempre es cuestión de cariño, de entrega².

QUISIERA que amarais mucho al Señor en la Sagrada Eucaristía; sabiendo, además, que ahora le abandonan en tantos Sagrarios de la tierra. Algunos lo dicen hasta descaradamente: que ya no reservan la Sagrada Eucaristía en el Tabernáculo³.

Así se dolía nuestro Padre hace años, al considerar en la presencia de Dios los desórdenes que se manifestaban en la vida de muchos cristianos. También ahora sus palabras han de impulsarnos a mejorar nuestra piedad eucarística, amando a Nuestro Señor por los que no le aman y desagraviándole por los que le ofenden.

Hijos de mi alma, vosotros sabéis con toda seguridad que en nuestros Sagrarios está presente Jesucristo, porque vuestros hermanos sacerdotes consagran realmente cada día. ¡Pues acompañadle! Muchas veces no podréis ir allí físicamente, pero siempre podéis estar a su lado con el corazón, con el deseo. Además, le acompañamos también cuando cumplimos nuestros deberes de estudio, de trabajo, de descanso...

⁽²⁾ Se nuestro Padre, Tertulia, I-VI-1972.
⁽³⁾ De nuestro Padre, Tertulia, I-VI-1972.

Me gusta poner comparaciones humanas, que los hombres entendemos tan bien. Si en lugar de haber entregado el corazón entero a Dios, con ánimo de servirle y de desagrarle, de hacer el bien a toda la humanidad, hubiéramos puesto nuestras ilusiones en una criatura, ¡cuántas veces al día se nos escaparía a ella el corazón y el pensamiento!: ¿dónde estará ahora?, ¿qué hará...? A mí me sucede lo mismo con mis hijos. Cuando alguno de vosotros sale de viaje, pregunto veinte veces al día: ¿dónde estará?, ¿habrá llegado ya adonde iba? ¡Esto es una cosa lógica, hijos míos! No hago rarezas, obro con naturalidad, porque somos una familia y nos queremos.

Id con el deseo a todos los Sagrarios de la tierra y pedid al Señor, con humildad, que nos conceda la fortaleza necesaria para ganar esta lucha, porque El nos ha dado ya los medios de victoria. También hemos de acercarnos al Tabernáculo —insisto— para decir a Jesús que no nos mire según su justicia, sino según la muchedumbre de su misericordia. Misericordia en el sentido castellano de la palabra: compasión. Hay que decirle que se apiade de nosotros, que somos tan poca cosa⁴.

En esta solemnidad, instituida por la Iglesia precisamente para adorar públicamente al Señor en la Eucaristía y para reparar por las ofensas que recibe, no puede faltar la voz de cada una de sus hijas y de

(4) De nuestro Padre, Tertulia, I-VI-1972.

sus hijos en el Opus Dei. Insiste nuestro Padre: *mirad que el Señor está siempre en el Sagrario. Parece que no nos oye, pero nos escucha amorosamente, con el cariño de un padre y de una madre, escondiendo su Divinidad y su Humanidad. Es un Señor que habla cuando quiere, cuando menos se espera, y dice cosas concretas. Después calla, porque desea la respuesta de nuestra fe y de nuestra lealtad (...).*

De modo que no os fijéis en el sentimiento, hijos míos. Si Dios os hace gustar su presencia sensiblemente..., bien, pero no lo deseéis. Pedidle claridad de ideas, pedidle la Fe, que en medio de esos silencios de Dios nos llena de Esperanza y, con la Esperanza, nos hace vivir de Amor. No con emociones de adolescente, sino con la realidad de servicio —abnegado, leal— de una persona madura. Un servicio cotidiano, que a veces puede parecer monótono, pero que no lo es. Vosotros sabéis bien que cada día tiene una luz distinta, un color diverso⁵.

NOSOTROS, hijos de mi alma, hemos de reafirmar nuestra fe en Jesucristo, Dios y Hombre verdadero. Hace ya años que quise poner, en la cabecera de mi cama, con cuatro baldosas, a modo de jaculatoria, las palabras Iesus Christus, Deus Homo. Me gustaría 9«e, con naturalidad, os acostumbra-seis —casi sin da-

(5) De nuestro Padre, Tertulia, 18-VI-1972.

ros cuenta— a considerar frecuentemente la Divinidad y la Humanidad de Jesucristo. La fe nos enseña que en El hay una sola Persona, divina, en dos naturalezas: divina y humana.

Antes de la Pasión, la naturaleza humana de Cristo sufre y padece ya. ¿Os acordáis?: spiritus quidem promptus est, caro vero infirma (Marc. XIV, 38), dice el Señor. No es extraña, por tanto, que nosotros tengamos a veces vacilaciones, momentos de debilidad, en esta lucha de la que tanto me gusta hablar, porque es condición de nuestra vida en la tierra, aunque mucha gente, ahora, ya no quiere pelear.

Sabéis que no soy amigo de que haya guerras entre los hombres, sino que amo y deseo la paz. Pero de esta pelea personal, constante, que cada uno ha de mantener consigo mismo, de esta guerra no tengo más remedio que ser muy amigo. Quiero que alcancéis muchas victorias —¡todas!—, y también lo deseo para mí. Podemos, porque en esta lucha contamos con un aliado poderosísimo: Dios, que está junto a nosotros. Sufficit tibi gratia mea! (II Cor. XII, 9), te basta mi gracia, dice el Señor a San Pablo, cuando el Apóstol siente la vacilación de aquella carne que lleva consigo y clama: quis me liberabit de corpore mortui huius? (Rom. VII, 24); ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? ¡Te basta mi gracia!

Os decía que esta lucha tiene, además, el aliciente un poco romántico de que es cuestión de esfuerzo per-

sonal, como en los tiempos antiguos. Se encuentran frente a frente dos ejércitos, con todo su armamento y sus espadas: de una parte, el diablo con sus amigos y servidores: las cosas mundanas, la soberbia, la sensualidad...; y de otra parte cada persona, que no está sola, porque a su lado se encuentra el Señor con su gracia. Si nosotros mantenemos íntegra nuestra fe, si esa fe se manifiesta en nuestra conducta diaria, no seremos vencidos. Porque —la imagen no es mía, sino de un Padre de la Iglesia— el diablo es como un perro encadenado: podrá ladrar pero, si no nos acercamos a él, no nos morderá.

Lucha personal, por tanto: cara a cara, sin anonimato. No hagáis como en las guerras de ahora, en las que un hombrecillo, que no es capaz de levantar ni un kilo del suelo, puede apretar un botón allá lejos, en un lugar escondido, y destruir toda una ciudad.

Ahora y siempre cada persona tendrá que sostener su lucha personal, sabiendo que todo depende de su respuesta, y que Dios Nuestro Señor nos concede siempre los medios para vencer. De modo que ¡a pelear esas batallas, hijas e hijos míos!; a ganarlas todas, con mucho amor; y, si perdemos alguna, a levantarse enseguida y a recomenzar la pelea. Especialmente quienes, como nosotros, nos alimentamos cada día con el Pan del Cielo, el Pan de los Angeles, que non mittendus canibus: no hay que echarlo a los perros (...).

La conclusión es clara: hay que rezar mucho. Y co-

mo estudiar es rezar, y dar un paseo es rezar, y hacer deporte es rezar... También son oración esas escapadas con el deseo hasta la prisión, mística pero real, de Jesús en todos los Tabernáculos del mundo. Aprovechad especialmente el día de hoy para amar, para permanecer en oración, para estar alegres⁶.

Terminamos la oración de hoy pidiendo a Santa María que nos dé un corazón enamorado, lleno de ansias de reparación por nuestros pecados y los de la humanidad entera.

(6) De nuestro Padre, Tertulia, I-VI-1972.

223.

SOLEMNIDAD DEL CUERPO Y SANGRE DE CRISTO (III)

—Cristo se ha quedado en la Eucaristía para fortalecernos en el empeño por hacer divinos los caminos de la tierra.

—Para extender el reino de Cristo, la receta es una sola: santidad personal.

—Darse a Dios de verdad, para que la siembra del Señor sea fecunda.

EN ESTE día del Corpus Christi, no puedo dejar de deciros unas palabras que vengan a subrayar el porqué de nuestra entrega, de nuestra respuesta libre a la llamada divina, a la vocación. La razón es patente: os he recordado muchas veces que la Redención continúa realizándose, y que Jesucristo nos ha buscado con amor de predilección para que hagamos divinos los caminos de la tierra.

En el Opus Dei veneramos la vida de tantos religiosos fieles y entregados, que siguen su propia senda. Pero el Señor, a nosotros, nos ha señalado otra vocación. El quiere que los sacerdotes —pocos— seamos sacerdotes diocesanos en todas las diócesis del mundo, y que los laicos sean personas corrientes. Por eso, las hijas y los hijos míos han de meterse en todos los rincones de la tierra, en la entraña de la sociedad civil ~no por privilegio, sino por derecho propio~, con su

vida limpia, con su trabajo profesional, con su interés por todas las cosas buenas del mundo.

Cada uno de nosotros, hijas e hijos míos, formando parte al mismo tiempo de la sociedad civil y de la sociedad eclesial, hemos de hacer el Opus Dei, que es trabajo de Dios, siendo nosotros mismos Opus Dei, identificándonos con Cristo. Y os diría que, también con vistas a este trabajo nuestro, el Señor ha querido quedarse en la Eucaristía: para fortalecernos en la lucha, para alimentarnos —el que trabaja necesita reponer las fuerzas mediante el alimento—, para encendernos en su amor y convertirnos en apóstoles, ¡para divinizarlos!

Hijos míos, el Señor nos ha llamado al Opus Dei en momentos en los que se habla mucho de paz, y no hay paz, ni en las almas, ni en las instituciones, ni en la vida social, ni entre las naciones. Nos ha llamado en un momento en el que se habla mucho de comprensión, y no la hay, a veces ni entre personas que obran de buena fe. Nos ha llamado en un momento en el que se habla de unidad, y es difícil concebir cómo pueda darse tanta desunión, no ya entre los hombres en general, sino entre los mismos católicos.

Es difícil encontrar a lo largo de la historia unos momentos semejantes. Ahora que tanto se habla de paz, me viene a la memoria aquello de la Escritura Santa: pax, pax, et non erat pax (Ierem. VI, 14), porque muchos tienen siempre en la boca esta palabra, y sin embargo no hay paz. En estos tiempos de ecume-

nismo, cuando la Iglesia impulsa al perdón, a la disculpa, a olvidar las contiendas pasadas, parece que se debería dejar a los evangelizadores servir en todas las tierras del mundo. Sin embargo, no es así: ahora se persigue a la Iglesia en Continentes enteros, como en los momentos más duros de su historia; a veces de modo violento y, en otras ocasiones, de manera más cruel, sembrando en las almas la confusión que las arrastra al error¹.

Estas palabras de nuestro Fundador no han perdido actualidad. Quizá han cambiado, con el transcurrir del tiempo, los detalles del cuadro que dibujaba en 1964; pero los trazos fundamentales continúan siendo los mismos: también ahora la Iglesia encuentra grandes dificultades para cumplir su misión. Las fuerzas del mal, con la complicidad de los hombres, siempre están dispuestas a estorbar la causa del Evangelio. Pero también siempre tenemos en nuestras manos toda la fortaleza de Dios.

Hija mía, hijo mío, mira al Señor en la Eucaristía. ¿Qué te dice esa entrega de Jesús, que baja a las manos del sacerdote? Quizá te has acostumbrado a esta maravilla divina... ¿Qué nos recuerda el Señor? Que seamos eficaces. Venite post me, et faciam vos fieri piscatores hominum (Matth. IV, 19), venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres. Hay que meterse en la barca de la entrega, y tratar de amar a Dios y a

(1) De nuestro Padre, Meditación, 28-V-1964.

todas las almas. ¡Caridad de Cristo, cariño, cariño a todos! Celo apostólico, que no se manche por el conocimiento de los propios errores. Lo que Jesús espera de nosotros es una lucha que se apoye en su gracia, y en el reconocimiento humilde de nuestras flaquezas, y en la fecundidad de la doctrina, que no es nuestra, sino de El, de Cristo, verdadero Dios y verdadero Hombre².

HIJOS míos: para algo nos ha llamado el Señor a su Opus Dei. Para algo nos ha llamado, a vosotros y a mí, a este ejército, que es ejército de paz y de bien, de siembra de amor, de caridad y de comprensión en el mundo, de disculpa afectuosa, de perdón y de olvido; olvido de todo lo que —como las brasas en el rescoldo de la ceniza— puede mantener encendida la falta de amor entre los hombres.

Comparados con toda la multitud de los hombres, somos pocos los que seguimos a Jesucristo en su Iglesia Santa, unidos al Romano Pontífice con una obediencia filial y profunda. Hoy se persigue a la Iglesia con más elementos que nunca; se la persigue en todo el Oriente, en buena parte de Europa, en África, en algún país de América...

No digo estas cosas para que nos volvamos pesimistas, sino para que vosotros y yo tratemos de poner remedio: porque para defender a la Iglesia, para hacer

(2) De nuestro Padre, Meditación, 28-V-1964.

bien a las almas, para corredimir con Cristo, para ser buenos hijos del Papa, no tengo otra receta que ésta: santidad. Vosotros me diréis que es difícil. Sí, pero —al mismo tiempo— es fácil: está al alcance de la mano. Todas las almas redimidas por Jesucristo tenemos, con la receta, la medicina: basta que queramos; basta saber llevar bien las pequeneces de la jornada; basta obedecer de tal modo que, con ilusión o sin ella, pongamos el mismo empeño hoy que mañana, que dentro de diez años o de treinta.

Hijos míos, la Trinidad Santísima hará eficaz nuestro trabajo. Pero la panacea para remediar todos esos males, te lo repito, es la santidad personal. Y me dirás: Padre, yo tengo muchas equivocaciones, muchos errores. Ya lo sé. Pero Dios Nuestro Señor, que también lo sabe y cuenta con eso, sólo nos pide la humildad de reconocerlos, y la lucha para procurar rectificar, para servirle cada día mejor, con más vida interior, con una oración continua, con la piedad y el empleo de los medios que nos proporciona el Opus Dei. Sí, hijos míos, es difícil y fácil al mismo tiempo, porque tenemos la medicina al alcance de la mano. Está aquí: es la fe viva, es la gracia de Dios, es Cristo Jesús presente en la Hostia Santa. Nos basta Tú, Señor, con tu Providencia ordinaria —si hiciera falta, te portarías con magnanimidad, como quien eres—; nos bastan los brazos cariñosos de Nuestra Madre la Virgen Santísima.

Os he contado alguna vez la anécdota de aquel pordiosero que se presentó delante de Alejandro Mag-

no implorando una limosna. El emperador le miró y le dio el gobierno de diez ciudades. El pordiosero, asustado, exclamó: ¡Señor, yo no pedía tanto...! Y Alejandro repuso: tú pides como quien eres, yo te doy como quien soy. ¿Veis? Tenemos en nuestras manos toda la eficacia de Dios, a pesar de ser nosotros personalmente tan poca cosa.

Con nuestra vida de oración continua, aun en los momentos en los que nos veamos más miserables, aun sintiendo los errores de nuestra conducta, nos ofrecemos al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, a la Trinidad Beatísima; nos sentiremos hijos de Santa María, y procuraremos ser fieles en el cumplimiento de nuestras Normas, esforzándonos por no dejarlas ningún día; aunque unas veces las cumplamos con más perfección, y otras con menos. Esa lucha, sólo esa lucha, hijos míos, es ya corredención. Así estaremos siempre dispuestos a ir adonde sea³.

Siempre habrá dificultades para extender el Reino de Cristo: cuando no en un país, será en otros. ¿Que se ha cerrado para la Iglesia el Oriente, y media Europa, y África...? ¿Que se encarcela y martiriza a los cristianos en medio mundo...? Para mí no es un cuadro de sombras, sino de luces. Os lo digo yo, que, cuando estuve cerca del martirio, sentía cómo me temblaban las piernas. Hijos míos, no podemos ser cobardes, no podemos volver la cara atrás. Cuando posee-

(3) De nuestro Padre, Meditación, 28-V-1964.

mos a este Señor, que es Omnipotente, no podemos andar con pequeneces que nos arrancarían la paz, que nos volverían ineficaces. Si te metes en el Corazón de Cristo, Señor nuestro, y en el de su Madre Inmaculada, sentirás cómo tu corazón se fortalece para esta guerra de amor y de paz. Y al amarlos a Ellos, necesariamente nos querremos más entre nosotros y a todas las almas. ¡Con flaquezas y errores personales, que no nos faltan! Pero, entonces, la flaqueza tuya y la flaqueza mía se convertirán en fortaleza para extender el Reino de Cristo⁴.

ALGUNA vez os he dicho que somos, en las manos llagadas de Cristo, la semilla que el Sembrador divino lanza en el surco. Y como el sembrador mete el puño en la talega, lo saca cuajado de granos dorados, y los tira a voleo, así nos hemos de dar vosotros y yo, sin esperar nada en la tierra, ni inventarnos penas que no existen. Pero es preciso, como afirma el Evangelio, que el grano se entierre y muera en apariencia, para ser fecundo (cfr. Ioann. XII, 24). Sólo así seremos una buena semilla, en la siembra que el Señor quiera hacer para abrir caminos divinos en la tierra.

Pegadicos al Señor y a su Madre gozaremos ya en esta vida de una felicidad auténtica, aunque nunca será completa. A mí no me da vergüenza contaros que

(4) De nuestro Padre, Meditación, 28-V-1964.

he llorado muchas veces, y no soy fácil para las lágrimas. He llorado mucho —sin dar espectáculo—, pero no he sido infeliz nunca. Ni siquiera al verme como soy: un pobrecico. Porque El, en su misericordia infinita, me ha concedido la gracia de la fidelidad⁵.

Nuestra oración en este día del Corpus quiere seguir la falsilla que nuestro Padre nos trazaba hace tantos años. Sus consejos de entonces, independientemente de las circunstancias históricas cambiables, serán válidos siempre.

Hijos míos, amad a la Iglesia Santa, pegaos al Papa, al Vicecristo. Ahora, cuando muchos de los que se llaman católicos tienen la herejía y la impiedad en la boca, vosotros amad la verdad: reconoced vuestras miserias y el poder de Dios; no os sintáis pesimistas, mientras seamos fieles a la Iglesia Santa y estemos fundados en la roca firme de Pedro; mientras cumplamos el pequeño deber de cada instante y seamos sinceros. Esta es la receta que hay en las manos de cada uno. Yo hablo de cumplir el deber por un motivo de fidelidad, aunque no se tenga entusiasmo sensible; como el soldado que está de guardia: se le va la imaginación al pueblo, a la novia, a los suyos..., pero permanece allí, en su puesto, con sentido de lealtad.

Hijos, ¿qué pretende el Padre al deciros estas cosas? Para vosotros, y para las hijas y los hijos míos repartidos por el mundo, pido fortaleza, optimismo, ale-

(5) De nuestro Padre, Meditación, 28-V-1964.

gría, fidelidad, y el convencimiento grande, grande, de que somos necesarios —aun no siendo nada—, porque el Señor quiere necesitar de nosotros.

Vamos a entregarnos de verdad, sin simplonerías: con los ojos claros, con el corazón limpio, con una obediencia eficaz, consummati in unum (Ioann. XVII, 23): formando todos una sola cosa. ¡Con qué alegría mandé poner esta inscripción en el Sagrario del oratorio del Consejo!

Vamos a pedir al Señor, que nos escucha en la Hostia Santa, que nos haga muy amantes de la Sagrada Eucaristía. Que nuestra vida sea un dar gracias por haberle recibido, y un prepararnos para recibirle de nuevo.

Por eso, cuando el alma está en gracia —y es un alma enamorada de Dios—, no se debe pensar que falta preparación para comulgar; porque mientras estamos trabajando, abriendo otros frentes de esta guerra de paz y de bien en el mundo, nos estamos preparando maravillosamente.

Pidamos a Jesús su amor. Señor, sabemos que es preciso pasar por tu Pasión, queremos llevar tu corona de espinas. Pero estamos seguros de que siendo sinceramente piadosos, cumpliendo las Normas, amando a la Iglesia y queriendo con locura a tu Santísima Madre, obtendremos la victoria. En el Cielo, contigo, nos llamarán vencedores⁶.

(6) De nuestro Padre, Meditación, 28-V-1964.

224.

VIERNES DESPUÉS DEL CORPUS CHRISTI

—Cristo paciente ha querido quedarse en la Hostia por nosotros.

—Soledad de Jesús en el Sagrario.

—El Señor espera nuestra compañía en el Tabernáculo.

YO MISMO estaré continuamente con vosotros hasta la consumación de los siglos¹. La promesa del Señor se ha cumplido a la letra: está allí, en la Hostia Santa, hecho holocausto por amor. Está presente de un modo real y misterioso, sensible sólo a los ojos de la fe. *¿Qué hay más admirable que este Sacramento? En él, el pan y el vino se transforman substancialmente en el Cuerpo y la Sangre de Cristo: y así Cristo, perfecto Dios y hombre, se contiene bajo las especies de pan y de vino*².

Su alma humana y su Persona divina también están presentes en la Hostia, porque Jesucristo —glorificado en su Resurrección— no puede estar dividido; pero directamente —por la fuerza de las palabras de la Consagración—, tenemos en la Eucaristía su Cuerpo y su Sangre: su Humanidad santísima en lo que tiene de más humilde, de material; y está en forma especialmente asequible: en forma de pan.

(1) *Matth.* XXVIII, 20.

(2) Santo Tomás, *Opusculum* 57, in *festis Corporis Christi*.

*Humildad de Jesús: en Belén, en Nazaret, en el Calvario... —Pero más humillación y más anonadamiento en la Hostia Santísima: más que en el establo, y que en Nazaret y que en la Cruz*³.

En el Sacramento de la Eucaristía Jesús se nos representa como en estado de víctima —*Christus passus*—, Cristo paciente. Como en el Gólgota, con los brazos y el corazón abiertos de par en par a todos los hombres, desea que imitemos su entrega a todas las almas. *El que no labra el terreno de Dios, el que no es fiel a la misión divina de entregarse a los demás, ayudándoles a conocer a Cristo, difícilmente logrará entender lo que es el Pan eucarístico. Nadie estima lo que no le ha costado esfuerzo. Para apreciar y amar la Sagrada Eucaristía, es preciso recorrer el camino de Jesús: ser trigo, morir para nosotros mismos, resurgir llenos de vida y dar fruto abundante: ¡el ciento por uno! (cfr. Marc. IV, 8).*

Ese camino se resume en una única palabra: amar. Amar es tener el corazón grande, sentir las preocupaciones de los que nos rodean, saber perdonar y comprender: sacrificarse, con Jesucristo, por las almas todas. Si amamos con el corazón de Cristo aprenderemos a servir, y defenderemos la verdad claramente y con amor. Para amar de ese modo, es preciso que cada uno extirpe, de su propia vida, todo lo que estorba la Vida

(3) *Ca "uno*, n. 533.

*de Cristo en nosotros: el apego a nuestra comodidad, la tentación del egoísmo, la tendencia al lucimiento propio. Sólo reproduciendo en nosotros esa Vida de Cristo, podremos transmitirla a los demás; sólo experimentando la muerte del grano de trigo, podremos trabajar en las entrañas de la tierra, transformarla desde dentro, hacerla fecunda*⁴.

SABIA Jesús que lo íbamos a necesitar en cada momento, a cualquier hora; y, en un exceso de amor, quiso permanecer en la Hostia Santa no sólo en la Santa Misa y mientras recibimos el Sacramento, sino también *en las hostias y partículas consagradas que sobran o se reservan después de la Comunión*⁵, para que —además de recibirlo corporalmente— podamos acudir al Tabernáculo teniendo la incommovible certeza de que El está allí esperándonos.

• Se ha quedado bajo esa apariencia humilde para estar a nuestro lado, aun conociendo la ingratitud de los hombres, y aun sabiendo las profanaciones de que sería objeto. *Cuando una persona de la tierra es algo, supone algo, tiene una pequeña autoridad, una cualidad que le dé distinción frente a los demás —quiera o no quiera—, tiene que hacer esperar por lo menos un poco a los que desean verle. ¿Y qué son to-*

(4) *£5 Cristo que pasa*, n. 158.

(5) Concilio de Trento, decr. *De Sanctissima Eucharistia*, can. 4.

*dos los que gobiernan en el mundo, y qué son todas las grandezas de la tierra, si se comparan con la Majestad de Dios? Dios, en cambio, no nos hace esperar. Es El, con su bondad infinita, quien hace antesala*⁶.

¿Cómo hemos correspondido los hombres a este desbordarse del amor divino? En muchas ocasiones, con frialdad, con indiferencia. Así, Cristo sigue estando solo en el Sagrario, igual que en la Cruz. Y mendiga un poco de nuestra amistad y de nuestro cariño. El, que es *Rey de reyes* y *Señor de señores* \ espera nuestra compañía y nuestro amor. Vino a *dar su vida en redención por muchos*⁸ y frecuentemente no ha hallado sino incompreensión, hostilidad, indiferencia.

*Os diré que para mí el Sagrario ha sido siempre Betania, el lugar tranquilo y apacible donde está Cristo, donde podemos contarle nuestras preocupaciones, nuestros sufrimientos, nuestras ilusiones y nuestras alegrías, con la misma sencillez y naturalidad con que le hablaban aquellos amigos suyos, Marta, María y Lázaro. Por eso, al recorrer las calles de alguna ciudad o de algún pueblo, me da alegría descubrir, aunque sea de lejos, la silueta de una iglesia: es un nuevo Sagrario, una ocasión más de dejar que el alma se escape para estar con el deseo junto al Señor Sacramentado*⁹.

(6) De nuestro Padre, Meditación, 8-II-1959.

(7) *1 Tim.* VI, 5.

(8) *Matth.* XX, 28.

(9) *£5 Cristo que pasa*, n. 154.

EN ESTA *cárcel de amor*¹⁰, como solía llamar nuestro Padre al Sagrario, Jesús nos espera. No hemos llegado —es cierto— a tiempo de levantar con El el polvo de los caminos; no sabemos cómo sonaba su voz en el silencio de la tarde, cara a la muchedumbre o en la intimidad con sus discípulos; ni conocemos el mirar de sus ojos que derraman la paz. Pero, con la luz de la fe, podemos revivir delante del Tabernáculo las mismas escenas. El corazón se siente conmovido ante ese amor, más poderoso que la vida y que la muerte, que hoy nos llega igual de joven, igual de vivo.

Queremos acompañar a Jesús, queremos evitar su soledad: *cuando te acercas al Sagrario* —nos dice nuestro Fundador— *piensa que ¡El!... te espera desde hace veinte siglos* ". Por eso hemos de vivir con el corazón puesto en Jesús Sacramentado, tener el deseo de acompañarle, de desagrarivarle, de amarle por todo lo que no le aman los hombres. *No pidas a Jesús perdón tan sólo de tus culpas: no le ames con tu corazón solamente...*

*Desagraviále por todas las ofensas que le han hecho, le hacen y le harán..., ámale con toda la fuerza de todos los corazones de todos los hombres que más le hayan querido*¹². Y para eso, hacemos ahora el propósito de acudir a visitarle, siempre que podamos.

(10) De nuestro Padre, Crónica VI-65, p. 8.

(11) *Camino*, n. 537.

(12) *Camino*, n. 402.

Acabemos este rato de oración. Recordad —saboreando, en la intimidad del alma, la infinita bondad divina— que, por las palabras de la Consagración, Cristo se va a hacer realmente presente en la Hostia, con su Cuerpo, con su Sangre, con su Alma y con su Divinidad. Adoradle con reverencia y con devoción; renovad en su presencia el ofrecimiento sincero de vuestro amor; decidle sin miedo que le queréis; agradecedle esta prueba diaria de misericordia tan llena de ternura, y fomentad el deseo de acercaros a comulgar con confianza. Yo me pasmo ante este misterio de Amor: el Señor busca mi pobre corazón como trono, para no abandonarme si yo no me aparto de El.

*Reconfortados por la presencia de Cristo, alimentados de su Cuerpo, seremos fieles durante esta vida terrena, y luego, en el cielo, junto a Jesús y a su Madre, nos llamaremos vencedores*¹³.

Una persona siempre fiel tuvo Jesucristo durante toda su vida; una persona —la Virgen Santísima— que nunca le abandonó, que estuvo al pie de la Cruz y le siguió en los momentos más duros. Nosotros queremos imitar esa fidelidad de Nuestra Madre, queremos ser para Jesús consuelo, alegría para su Corazón herido, un amigo leal que nunca le abandone, que corresponda con amor a su amor manifestado en la Hostia Santa.

(13) *Es Cristo que pasa*, n. 161.

225.

SÁBADO DESPUÉS DEL CORPUS CHRISTI

—La Eucaristía, sacramento de la unidad.

—La Comunión presupone la unión con los demás cristianos por la caridad.

—Al comulgar, nos unimos más al Señor y, en consecuencia, a la Obra.

CUANDO Jesucristo instituyó el Sacramento del Altar en la Última Cena, su oración sacerdotal se prolongó, insistente, por la unidad de la Iglesia: *que todos sean una misma cosa, y que como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, así sean ellos una misma cosa en nosotros*¹. Sabía el Señor que, a lo largo de los siglos, brotaría la discordia entre los cristianos con peligro de esa unidad —*ut omnes unum sint!*— tan firmemente deseada por El. Por eso quiso quedarse entre nosotros: para que la muchedumbre de los creyentes tuviera siempre *un solo corazón y una misma alma*², para que siempre estuvieran consumados en la unidad³.

Jesús es el autor principal de esta unidad. *Y por medio de los cristianos, prosigue su siembra divina. Cristo aprieta el trigo en sus manos llagadas, lo empaqueta con su sangre, lo limpia, lo purifica y lo arroja en*

(1) *Ioann.* XVII, 21.

(2) *Act.* IV, 32.

(3) *Ioann.* XVII, 23.

el surco, que es el mundo. Echa los granos uno a uno, para que cada cristiano, en su propio ambiente, dé testimonio de la fecundidad de la Muerte y de la Resurrección del Señor.

*Si estamos en las manos de Cristo, debemos impregnarnos de su Sangre redentora, dejarnos lanzar a voleo, aceptar nuestra vida tal y como Dios la quiere. Y convencernos de que, para fructificar, la semilla ha de enterrarse y morir (cfr. *Ioann.* XII, 24). Luego se levanta el tallo y surge la espiga. De la espiga, el pan, que será convertido por Dios en Cuerpo de Cristo. De esa forma nos volvemos a reunir en Jesús, que fue nuestro sembrador. Porque el pan es uno, y aunque seamos muchos, somos un solo cuerpo, pues todos participamos de ese único pan (*I Cor.* X, 17)⁴.*

Al ofrecer cada día el Sacrificio eucarístico, la Iglesia entera se asocia a la plegaria de Jesucristo por la unidad. *Cuando nos reunimos ante el altar mientras se celebra el Santo Sacrificio de la Misa, cuando contemplamos la Sagrada Hostia expuesta en la custodia o la adoramos escondida en el Sagrario, debemos reavivar nuestra fe, pensar en esa existencia nueva, que viene a nosotros, y conmovernos ante el cariño y la ternura de Dios.*

Perseveraban todos en la doctrina de los Apóstoles, en la comunicación de la fracción del pan, y en las oraciones (*Act.* II, 42). Así nos describen las Escrituras

H) *Es Cristo que pasa*, n. 157.

*la conducta de los primeros cristianos: congregados por la fe de los Apóstoles en perfecta unidad, al participar de la Eucaristía, unánimes en la oración. Fe, Pan, Palabra*⁵.

Ante el aparente fracaso del deseo del Señor — ¡hay tanta desunión entre los cristianos! —, el Sacramento eucarístico aviva nuestra fe, aumenta nuestra caridad, y recuerda continuamente las palabras de amor y de unidad en la Última Cena. *Acuérdate, Señor, de tu Iglesia; líbrala de todo mal y hazla perfecta en tu amor, y reténla desde los cuatro vientos, santificada, en el reino tuyo que has preparado: porque tuyo es el poder y la gloria por los siglos*⁶.

CUANDO el Señor viene a nosotros bajo las especies eucarísticas, pasamos a ser como *tallos de olivo*⁷ injertados en la fuente misma de la gracia, porque la Eucaristía realiza eficazmente la unidad de la Iglesia. *Por ella comulgamos con Cristo y recibimos su carne y su Divinidad, y a la vez nos unimos y comulgamos unos con otros. Por participar de un mismo pan, todos somos un mismo Cuerpo de Cristo y una misma Sangre, y venimos a ser miembros los unos de los otros, puesto que somos concorpóreos con Cristo*⁸.

(5) *Es Cristo que pasa*, n. 153.

(6) *Didaché*. X, 5.

(7) San Juan Crisóstomo, *Homilía 61 ad populum antiochenum*.

(8) San Juan Damasceno, *De fide orthodoxa* 4, 13.

Pero, a la vez, nuestra unión con Jesús en la Eucaristía depende del amor que tengamos a los demás cristianos, porque *Dios a nadie aborrece y rechaza tanto, como al hombre que se acuerda de la injuria, al corazón endurecido, al ánimo que conserva el enojo*⁹. Para unirnos a Jesús Sacramentado, causa de la unidad de la Iglesia, es preciso que estemos unidos unos a otros, que no haya en nuestro corazón odio ni resentimiento. El mandato del Señor es claro: *si al tiempo de presentar tu ofrenda en el altar, te acuerdas de que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja allí mismo tu ofrenda delante del altar; ve primero a reconciliarte con tu hermano, y después vuelve a presentar tu ofrenda*¹⁰.

La participación en el Sacrificio del Altar exige pureza de corazón, manifestada en la fraternidad cristiana, en la caridad. *Paz, verdad, unidad, justicia. ¡Qué difícil parece a veces la tarea de superar las barreras, que impiden la convivencia humana! Y, sin embargo, los cristianos estamos llamados a realizar ese gran milagro de la fraternidad: conseguir, con la gracia de Dios, que los hombres se traten cristianamente, llevando los unos las cargas de los otros (Galat VI, 2), viviendo el mandamiento del Amor, que es vínculo de la perfección y resumen de la ley (cfr. Colos. III, 14 y Rom. XIII, 10)»*.

(9) San Juan Crisóstomo, *In proditiōe Iudae homilia* 2, 6.

(10) *Matth.* V, 23-24.

(") *Es Cristo que pasa*, n. 157.

Todo esto lo hace posible la Santísima Eucaristía. *El mismo sacrificio se ofrece* —dice San Juan Crisóstomo— *para que haya paz entre ti y tu hermano. Y si el sacrificio se ofrece por la paz con tu prójimo y tú no conservas esa paz, es inútil que participes en él. Guarda, por tanto, en primer lugar, la paz por la que se ofrece el sacrificio; y entonces gozarás de él como es debido. Que a esto vino al mundo el Hijo de Dios: a reconciliar con el Padre nuestra naturaleza*¹².

Hemos de imitar a Jesucristo *que de dos pueblos ha hecho uno rompiendo —por medio del sacrificio de su carne— el muro de separación, esa enemistad que los dividía*¹³, y pedirle: *concede, Señor, a tu Iglesia, los dones de la unidad y de la paz, místicamente significados en las ofrendas sacramentales que te presentamos*¹⁴.

CUANDO el Señor en la Última Cena instituyó la Sagrada Eucaristía, era de noche, lo que —comenta San Juan Crisóstomo— manifestaba que los tiempos habían sido cumplidos (In Matth. hom. 82, 1). Se hacía de noche en el mundo, porque los viejos ritos, los antiguos signos de la misericordia infinita de Dios con la humanidad iban a realizarse plenamente, abriendo el camino a un verdadero amanecer: la nueva Pascua:

(12) San Juan Crisóstomo, *In proditione Iudae homilía* 2, 6.

(13) *Ephes.* II, 14.

(14) *In solemnitate Sanctissimi Corporis et Sanguinis Christi, Orat. super oblata.*

La Eucaristía fue instituida durante la noche, preparando de antemano la mañana de la Resurrección.

*También en nuestras vidas debemos preparar esa alborada. Todo lo caduco, lo dañoso y lo que no sirve —el desánimo, la desconfianza, la tristeza, la cobardía— todo eso ha de ser echado fuera. La Sagrada Eucaristía introduce en los hijos de Dios la novedad divina, y debemos responder in novitate sensus (Rom. XII, 2), con una renovación de todo nuestro sentir y de todo nuestro obrar. Se nos ha dado un principio nuevo de energía, una raíz poderosa, injertada en el Señor. No podemos volver a la antigua levadura, nosotros que tenemos el Pan de ahora y de siempre*¹⁵.

La vocación ha dado a nuestra vida ese sentido nuevo, que tiene —entre otras manifestaciones— la de hacernos instrumentos de unidad entre las personas con quienes convivimos. *Congregavit nos in unum Christi amor*¹⁶: el amor de Cristo nos congregó en la unidad; y la Sagrada Eucaristía hace que cada vez sea más profunda nuestra unión vital con Jesucristo y con su Cuerpo Místico, y que, por tanto, nos sintamos siempre solidarios con todas las almas.

Somos muchos en la Obra, pero el Señor quiere que seamos muchos más los hombres y mujeres dedicados a la tarea divina de hacer el Opus Dei en la tierra. Gentes de innumerables países, de diversos

(15) *£5 Cristo que pasa*, n. 155.

(16) Himno *Ubi caritas*.

temperamentos, de todas las condiciones, cada uno con su personalidad propia; pero todos animados de un mismo espíritu, comprometidos en una sola tarea. *Hijos míos, yo quisiera haceros sentir y persuadiros de la necesidad de vernos todos como miembros de un solo cuerpo. Unum corpus multi sumus (I Cor. X, 17): todos una sola cosa. Que esto se manifieste en unidad de miras, en unidad de apostolado, en unidad de sacrificio, en unidad de corazones, en la caridad con que nos tratamos, en la sonrisa ante la cruz y en la cruz: ¡sentir, vibrar todos unísonamente!*¹⁷.

La Comunión es un momento especialmente adecuado para vivir esta unidad de la Obra: en cada Comunión, al recibir a Jesús, nos unimos también de algún modo a todas las almas que están unidas a Cristo, especialmente a la Virgen y a San José; y, con una especial Comunión de los Santos, nos unimos a nuestro Padre, al Padre y a nuestros hermanos. Es el momento de pedir por el Padre y por las labores de la Obra en todo el mundo; el momento de sentir, como decía nuestro Fundador, que todos formamos *una pira de corazones*.

Jesucristo realmente presente en la Eucaristía es el fundamento último de esa unidad, quien la hace posible y le da consistencia. Por eso, hemos de fo-

(17) De nuestro Padre, Crónica IX-58, p. 7.

mentar *un deseo ardiente de unirnos a Jesús, Sacerdote y víctima: con estas disposiciones iremos diariamente al altar*¹⁸. Nos acercaremos como nos enseña nuestro Padre: de la mano de la Virgen, procurando hacer nuestras las disposiciones con que Ella acogió a su Hijo. *Nuestra Señora fue concebida inmaculada, para recibir al Señor: medítadlo*¹⁹.

(18) De nuestro Padre, *Carla*, 8-VIII-1956, n. 18.

(19) De nuestro Padre, *Carta*, 8-VIII-1956, n. 18.

226.

DOMINGO DESPUÉS DEL CORPUS CHRISTI

—La Eucaristía, memorial de la Pasión de Cristo.

—Corresponder a la entrega del Señor acudiendo bien preparados para recibirle.

—Actualizar nuestra entrega en la Santa Misa.

*CUANTAS veces comiereis este pan y bebiereis este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor hasta que venga*¹. La muerte redentora de Jesucristo en la Cruz no bastó a calmar sus ansias de redención. El Señor sabía que su Sacrificio saldaba, de una vez para siempre, la deuda que la humanidad pecadora había contraído con Dios, que satisfacía sobreabundantemente a la justicia divina. Pero su amor llegó más lejos y, *a fin de que siempre quedase memoria entre nosotros de tan inmenso beneficio, dejó a sus fieles su Cuerpo como comida y su Sangre como bebida, para que lo tomásemos bajo las especies de pan y de vino*².

La Misa, por mandato expreso del Señor, actualiza a lo largo del tiempo el Sacrificio único del Calvario. *Una sola y la misma es, en efecto, la víctima; y el que ahora se ofrece por el ministerio de los sacerdotes es el mismo que entonces se ofreció a sí mismo*

(1) I Cor. XI, 26.

(2) Santo Tomás, *Opusculum* 57, in festo Corporis Christi.

*en la cruz*³. Sólo el amor omnipotente de Dios pudo encontrar el modo de que el Sacrificio redentor de Cristo, consumado hace muchos siglos en el Calvario, se renovase cada día en el altar. Trascendiendo las leyes del tiempo y del espacio, la Santa Misa nos hace presente la muerte del Señor en toda su virtud salvífica y nos aplica sus frutos. *El augusto Sacrificio del altar no es, por lo tanto, una pura y simple conmemoración de la pasión y muerte de Jesucristo*⁴; es la misma acción redentora que se hace actualmente presente, *siendo sólo distinta la manera de ofrecerse*⁵: de modo cruento en el Calvario, con real derramamiento de sangre; de modo incruento, en el altar, *pues así como está realmente presente su Cuerpo, también lo está su Sangre; y de esta manera las especies eucarísticas, bajo las que se halla presente, simbolizan la cruenta separación del cuerpo y de la sangre. De este modo la conmemoración de su muerte, que realmente sucedió en el Calvario, se repite en cada uno de los sacrificios del altar*⁶.

Sin embargo —escribió nuestro Padre—, *no descubro nada nuevo si digo que algunos cristianos tienen una visión muy pobre de la Santa Misa, que para otros es un mero rito exterior, cuando no un convencionalismo social. Y es que nuestros corazones,*

í! Concilio de Trento, decr. De Sancto Sacrificio Missae, cap. 2.
 S^o no XII, Litt. enc. Mediator Dei, 20-XM947, n. 20.
 Concilio de Trento, decr. De Sancto Sacrificio Missae, cap. 2.
 S^o no XII, Litt. enc. Mediator Dei, 20-XI-1947, n. 20.

mezquinos, son capaces de vivir rutinariamente la mayor donación de Dios a los hombres. En la Misa, en esta Misa que ahora celebramos, interviene de modo especial, repito, la Trinidad Santísima. Corresponder a tanto amor exige de nosotros una total entrega, del cuerpo y del alma: oímos a Dios, le hablamos, lo vemos, lo gustamos. Y cuando las palabras no son suficientes, cantamos, animando a nuestra lengua —Pange, lingual— a que proclame, en presencia de toda la humanidad, las grandezas del Señor⁷.

DESGRACIADAMENTE, son muchos los cristianos que no se esfuerzan por corresponder a los dones divinos, y especialmente a la entrega de Cristo en la Santa Misa. Se vuelve a repetir aquella parábola del Evangelio: la del rey que celebró las bodas de su hijo, y envió a sus criados a llamar a los invitados a las bodas; pero éstos no querían acudir⁸. De nada sirve la generosidad de aquel señor: los invitados prefieren ir a su granja, a sus negocios, a sus asuntos pequeños y mezquinos, antes que responder a la invitación que se les ha hecho. Entonces dijo el rey a sus criados: *id, pues, a los cruces de los caminos, y llamad a las bodas a cuantos encontréis. Los criados, saliendo a los caminos, reunieron a todos los que en-*

(7) *Es Cristo que pasa*, n. 87.

(8) *Matth.* XXII, 3.

contraron, buenos y malos; y se llenó de comensales la sala de bodas⁹.

Ese gran banquete de bodas es figura de la salvación que Dios ofrece al mundo. También lo es de la Sagrada Eucaristía, verdadera renovación del Sacrificio de la Cruz y, al mismo tiempo, memorial de la Última Cena, donde Cristo anticipó sacramentalmente su muerte al consagrar el pan y el vino. El altar es la mesa del Cenáculo; el Padre celestial, el anfitrión; los comensales, el sacerdote y los fieles; y el manjar es el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Dios Padre invita a todos los hombres al banquete eucarístico, porque la entrega de su Hijo no tiene límites: *en esto hemos conocido el amor de Dios, en que dio el Señor su vida por nosotros¹⁰.*

La entrega de Jesucristo, perpetuada en la Eucaristía, es absoluta; pero, como en la gran cena de la parábola, a menudo los convidados rechazan la invitación: *he comprado una granja y necesito ir a verla; te ruego que me des por excusado*¹¹. La generosidad de Jesús ha sido correspondida con frialdad e indiferencia, y no raramente con la traición y el engaño. Pues mucha gente acude a la Comunión sin antes pedir perdón de sus pecados mortales en el Sacramento de la Penitencia. Se repite así, una vez más, la escena de la parábola: *entró el rey para ver a los co-*

(9) *Hid.*, 9-10.

(10) *1 Ioann.* III, 16.

(11) *c.* XIV, 18.

*mentales, y se fijó en un hombre que no vestía traje de bodas; y le dijo: amigo, ¿cómo has entrado aquí sin llevar traje de bodas? Pero él se calló*¹².

Aquel hombre fue arrojado de la sala por no llevar la blanca vestidura que se entregaba a los invitados. *¿Cuál es, pues, aquel vestido nupcial?*, pregunta San Agustín. Y responde: *éste es. "El fin del mandamiento —dice el Apóstol— es el amor que procede de un corazón puro, de la conciencia recta y de la que no fingida" (I Tim. 1, 5). Este es el vestido nupcial. No cualquier amor, pues con frecuencia vemos amarse a hombres partícipes de mala conciencia (...). Nazca en ti la caridad, si aún no ha nacido; y si ya ha nacido, aliméntala, nútreala, haz que crezca*¹³.

*Hijo: dile al Señor que en lo sucesivo, cada vez que celebres o asistas a la Santa Misa, y administres o recibas el Sacramento Eucarístico, lo harás con una fe grande, con un amor que queme, como si fuera la última vez de tu vida*¹⁴.

*CANTARE al Señor por los bienes que me ha hecho, alabaré el nombre del Señor*¹⁵. La oblación de Jesucristo, hecho holocausto por amor, debe movernos a hacer más perfecta nuestra entrega. ¿Y qué

(12) *Matth.* XXII, 11-12.

(13) San Agustín, *Sermo* 90, 6.

(14) De nuestro Padre, Meditación, 14-IV-1960.

(15) *Ps.* XII, 6.

momento mejor para esta consideración que la Santa Misa? En ella, cada día, Jesús se ofrece a Dios por manos del sacerdote: ¿sabemos nosotros acompañarle, ofrecernos junto con El a la Trinidad Beatísima?

Siempre os he enseñado, hijas e hijos queridísimos, que la raíz y el centro de vuestra vida espiritual es el Santo Sacrificio del Altar, en el que Cristo Sacerdote renueva su Sacrificio del Calvario, en adoración, honor, alabanza y acción de gracias a la Trinidad Beatísima.

*De este modo, muy unidos a Jesús en la Eucaristía, lograremos una continua presencia de Dios, en medio de las ocupaciones ordinarias propias de la situación de cada uno en este peregrinar terreno, buscando al Señor en todo tiempo y en todas las cosas. Teniendo en nuestras almas los mismos sentimientos de Cristo en la Cruz, conseguiremos que nuestra vida entera sea una reparación incesante, una asidua petición y un permanente sacrificio por toda la humanidad, porque el Señor os dará un instinto sobrenatural para purificar todas las acciones, elevarlas al orden de la gracia y convertirlas en instrumento de apostolado*¹⁶.

Habéis de tener en vuestros corazones los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo en el suyo", Proponía San Pablo a los cristianos de Filipos. Y esto

(16) De nuestro Padre, *Carla*, 2-II-1945, n. 11.

(17) *Philip.* II, 5.

exige a todos los cristianos que reproduzcan en sí, en cuanto al hombre es posible, aquel sentimiento que tenía el Divino Redentor cuando se ofrecía en Sacrificio (...). Exige, además, que de alguna manera adopten la condición de víctima, abnegándose a sí mismos según los preceptos del Evangelio (...). Exige finalmente que nos ofrezcamos a la muerte mística en la Cruz juntamente con Jesucristo, de modo que podamos decir como San Pablo: "estoy clavado en la Cruz con Cristo" (Galat. //, 19)^m.

En la Misa podemos renovar nuestra entrega. Es un modo concreto de decir al Señor que tenemos los mismos deseos de darnos —¡más aún!— que cuando nos unimos a la Obra con un compromiso de amor. Y allí, ante Jesús Sacramentado, examinaremos despacio, a la luz de la oblación de Cristo, si nuestra entrega a Dios y a las almas es como la suya: incondicionada, humilde, escondida, perseverante en las cosas grandes y en las pequeñas: una entrega de personas enamoradas.

Hay que darse de una vez, sin reservas (...). Decirle al Señor: ecce ego, quia vocasti me (I Sam. ///, 8). Quemar las naves de una vez, que no haya posibilidad de retroceder^w. Preguntémonos, con palabras que nuestro Padre pone en nuestra boca: ¿cómo es mi entrega? ¿Ha habido algún mohín de disgusto, ha habi-

(18) Pío XII, Litt. ene. *Medialor Dei*, 20-XI-1947, n. 22.

(19) De nuestro Padre, Crónica XII-57, p. 8.

*do algo que te pueda a Ti, Señor, Amor mío, doler?*²⁰. Y como la entrega no es obra de un día, ni de un mes, ni de un año, sino para toda la vida, hacemos ahora el propósito, ante Jesús que nos preside en el Tabernáculo, de considerar con frecuencia si nuestra entrega sigue siendo joven, si se ajusta al modelo que El nos muestra en el Sagrario y que su Madre supo realizar perfectamente.

(20) De nuestro Padre, Meditación, 6-I-1956.

227.

LUNES DESPUÉS DEL CORPUS CHRISTI

—La presencia real de Cristo da un valor infinito a la Eucaristía.

—Hemos de remover los obstáculos que se oponen a la llegada del Señor a nuestra alma.

—Disposiciones necesarias para recibir la Eucaristía.

LA TARDE anterior, Jesús había realizado el gran milagro de la multiplicación de los panes. La multitud, que le buscaba afanosamente, lo encuentra al fin en la otra orilla del mar de Tiberíades. Y se inicia un diálogo singular: *vosotros me buscáis, no por los signos que habéis visto, sino porque os he dado de comer con aquellos panes hasta saciaros. Trabajad para tener, no el alimento que se consume, sino el que dura hasta la vida eterna*¹.

En las palabras del Señor se anuncia el misterio de la Eucaristía: *el pan que Yo os daré —dice más adelante— es mi misma carne, para la vida del mundo*². Esta promesa, que los judíos rechazan con escándalo, se hará realidad la noche del Jueves Santo, en la intimidad del Cenáculo, ante los discípulos que han creído que sólo El tiene *palabras de vida eterna*³. Y desde entonces, *por la consagración del*

(1) *Ioann.* VI, 26-27.

(2) *Ibid.*, 52.

(3) *Ibid.*, 69.

*pan y del vino, se convierte la substancia de todo el pan en la substancia del Cuerpo de Cristo, Nuestro Señor; y la substancia de todo el vino en la substancia de su Sangre*⁴.

Hablando de la institución de la Sagrada Eucaristía, nuestro Padre nos decía: *me recuerda la despedida del que necesariamente se tiene que ir, y a la vez querría quedarse; pero el deber —el que sea— le obliga a separarse de los que ama. Y les deja una fotografía, con una dedicatoria tan encendida, que es milagro que no arda la cartulina. No puede hacer más, porque el poder de los hombres no llega tan lejos como su querer. Pero lo que no podemos nosotros, lo puede Dios: se va y se queda: para que le comamos, para que nos hagamos uno con El. Tú, Todopoderoso, me has hecho entender esa locura de amor de la Hostia. Te agradezco que, desde joven, me hayas hecho entrever este misterio inefable. Yo hubiera hecho igual, si hubiera podido. Irme y quedarme, al mismo tiempo *

Bajo las especies consagradas se esconde Cristo entero, Dios y Hombre, pan vivo que, *por ser vivo, tiene el poder de vivificar también a aquellos que lo reciben*⁶. La presencia real de Jesucristo da a la Eucaristía una eficacia sobrenatural infinita, porque ella *contiene algo absolutamente sagrado, esto es, a Cristo mismo*⁷.

Hecho manantial de agua que salta hasta la vida

(4) Concilio de Trento, decr. *De Sanctissima Eucharistia*, cap. 4.

(5) De nuestro Padre, Meditación, 26-111-1964.

(6) San Hilario de Poitiers, *Tractatus super Psalmos* 128, 10.

(7) Santo Tomás, *S. Th.* III, q. 73., a. 1 ad 3.

*eterna*⁸, el Señor nos espera en la Eucaristía para santificarnos, para que nos identifiquemos con El. Esta unión graba en el alma el sello de Cristo, la asemeja más y más a El, y la conduce —por la identificación total con Cristo paciente— a las cimas más altas de la santidad.

*LO QUE contemplan los ángeles temblando, lo que no se atreven a mirar sin temor cara a cara por el resplandor que irradia, de eso nos alimentamos, con eso nos unimos estrechamente, y venimos a ser con Cristo un solo cuerpo y una sola carne*⁹. En la Sagrada Comunión, el alma se transforma en Jesucristo; pero el grado de esta unión depende de nuestras disposiciones interiores: *los sacramentos de la nueva ley, en efecto, al mismo tiempo que actúan por su propia virtud, producen un efecto tanto mayor cuanto más perfectas son las condiciones de quien los recibe*¹⁰. Por eso, una sola Comunión —si nuestras disposiciones fuesen perfectas— bastaría para alcanzar la meta a que el Señor nos llama, porque *el efecto propio de este sacramento es la transformación del hombre en Cristo, para que pueda decir con el Apóstol: "no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí" (GaXat. II, 20)*".

Hay dificultades, obstáculos reales que impiden

(8) *Ioann.* IV, 14.

(9) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 82.

(10) San Pío X, *decr. Sacra Tridentina Synodus*, 20-XII-1905.

(11) Santo Tomás, *In IV Sent., dist. XII, q. 2, a. I.*

nuestra unión profunda con Jesús; hilos tal vez sutiles, pero que pueden formar una barrera entre al alma y Dios e impiden la eficacia plena del Sacramento. Así podemos comprender que, después de tantos años de recibir a Cristo en la Eucaristía, la imperfección de nuestras disposiciones haya hecho que nuestros progresos no sean mayores. *¡Cuántos años comulgando a diario! —Otro sería santo —me has dicho—, y yo ¡siempre igual!*

—Hijo —te he respondido—, *sigue con la diaria Comunión, y piensa: ¿qué sería yo, si no hubiera comulgado?*¹².

Hemos de hacer examen, meditar en la presencia de Dios, descubrir y quitar esas trabas que se oponen a la acción de la gracia; y así nuestras Comuniones serán todavía más eficaces, nos llevarán antes y mejor a la perfecta unión con Jesús. Y mientras examinamos esos obstáculos, deseosos de apartarlos para estrechar nuestra identificación con Cristo, le decimos, confiados en su misericordia: *yo quisiera, Señor, recibiros, con aquella pureza, humildad y devoción con que os recibió vuestra Santísima Madre, con el espíritu y fervor de los santos*¹³.

*SEÑOR, yo no soy digno de que entres en mi casa; pero una palabra tuya bastará para sanarme*¹⁴, re-

(12) *Camino*, n. 534.

(13) Fórmula de la Comunión espiritual.

(14) *Ordo Missae*.

petimos todos los días antes de recibir a Jesús Sacramentado. Con las palabras llenas de fe del Centurión, hacemos presente al Señor nuestra miseria, y le decimos que queremos disponernos a recibirle mejor cada día. De esta preparación depende en gran parte el fruto sobrenatural de la Comunión.

Para recibir dignamente a Jesucristo debemos tener unas disposiciones habituales, en el cuerpo y en el alma, que preparen el deseado momento de la unión. *¿Has pensado alguna vez cómo te prepararías para recibirle si se pudiera comulgar sólo una vez en la vida? Cuando yo era pequeño, y no estaba tan extendida la práctica de la Comunión frecuente, la gente se preparaba con gran cuidado para comulgar. Primero, con una buena confesión; con un traje, si se podía, nuevo; limpios de los pies a la cabeza. Disponían el alma y el cuerpo, como enamorados. Hemos de agradecer al Señor la facilidad que tenemos ahora para acercarnos a El; pero hemos de agradecersele, preparándonos muy bien a recibirle*¹⁵.

Disposiciones del alma, en primer lugar. La preparación cariñosa, sencilla y esmerada de todo un día vivido en presencia de Dios; luchando por cumplir lo mejor posible nuestros deberes cotidianos; sintiendo, cuando cometemos un error, la necesidad de desagraviar al Señor e incluso de acudir a la Confesión sacramental antes de comulgar, si fuera nece-

(15) De nuestro Padre, Meditación, 14-IV-1960.

sario; y llenando la jornada de acciones de gracias y de Comuniones espirituales: *que nuestra vida, dice nuestro Padre, sea un dar gracias por haberle recibido, y un prepararnos para recibirle de nuevo*¹⁶.

Es propio de un alma enamorada, vivir el trabajo, la vida de familia, todo cuanto hacemos, con el corazón puesto en el Señor. *Por eso —nos ha dicho también nuestro Fundador—, cuando el alma está en gracia —y es un alma enamorada de Dios—, no se debe pensar que falta preparación para comulgar; porque mientras estamos trabajando, abriendo otros frentes de esta guerra de paz y de bien en el mundo, nos estamos preparando maravillosamente*¹⁷.

Cuanto más se acerca el momento de comulgar, más vivo ha de ser nuestro deseo. Vamos a recibir la *Hostia pura, Hostia santa, Hostia inmaculada; el Pan Santo de la vida eterna, el Cáliz de la perpetua salvación*¹⁸, y queremos disponernos de una manera digna, adecuada: el tiempo de la noche, cuajado de Comuniones espirituales; la oración de la mañana, coloquio íntimo con el Señor en el Sagrario; la asistencia a la Santa Misa, con una participación activa, plena. *Hemos de recibirle como a los grandes de la tierra: con adornos, luces, trajes nuevos. Y si preguntas qué limpieza, qué adornos y qué luces has de tener, te contestaré:*

(16) De nuestro Padre, Meditación, 28-V-1964.

(17) De nuestro Padre, Meditación, 28-V-1964.

(18) *Ordo Missae*.

limpieza en tus sentidos, uno por uno; adorno en tus potencias, una por una; luz en toda tu alma^w.

Junto a las disposiciones del alma, las del cuerpo: el ayuno que nos pide la Iglesia en señal de respeto y reverencia, la compostura, el arreglo personal, para presentarnos con la dignidad que conviene al mayor prodigio que se realiza en el mundo. Disponiendo así alma y cuerpo, la venida diaria de Jesucristo dará mucho fruto en nosotros. El alma se llenará de gozo en la acción de gracias, y surgirán los actos de amor y de reparación, las peticiones, los propósitos.

Para terminar hoy nuestra oración, acudamos a Nuestra Señora pidiéndole que nos enseñe a preparar cada día mejor la llegada de su Hijo: *Señora, Madre nuestra: el Señor ha querido que fueras tú, con tus manos, quien cuidara de Dios; ¡enséñame a tratar a tu Hijo!*²⁰.

(19) De nuestro Padre, Meditación, 14-IV-1960.

(20) De nuestro Padre, Meditación, 9-I-1959.

228.

MARTES DESPUÉS DEL CORPUS CHRISTI

—En la Eucaristía, Jesucristo se ofrece como alimento espiritual y prenda de vida eterna.

—Al recibir la Comunión, nos identificamos con Cristo.

—Cuidar la acción de gracias después de la Misa.

LA EUCARISTÍA es la carne de nuestro Salvador Jesucristo, la misma que padeció por nuestros pecados, la misma que, por su bondad, resucitó el Padre¹; y esa carne del Señor es alimento del alma: mi carne es verdadera comida, y mi sangre verdadera bebida². En la Comunión, el Señor se entrega como manjar del alma, nos hace crecer y nos lleva al estado de varón perfecto, a la medida de la edad perfecta de Cristo³.

La vida espiritual guarda estrecho paralelo con la corporal; y así como es claro que el cuerpo requiere generación, con la que el hombre recibe la vida; crecimiento, con el que la lleva a su plenitud; y alimento, con el que la conserva; así también convino a la vida espiritual que hubiera Bautismo, que es una espiritual generación; Confirmación, que es crecimiento espiritual, y Eucaristía, que es espiritual

(1) San Ignacio de Antioquia, *Epístola ad Smyrnaeos* 7, 1.

(2) *Ioann.* VI, 56.

(3) *Ephes.* IV, 13.

alimento *. Y por tanto, *todo lo que hacen el manjar y la bebida material, como sustentar, aumentar, reparar y deleitar, lo hace este sacramento en la vida espiritual*⁵.

El alimento mantiene vivo el cuerpo y lo fortalece. Y así la Eucaristía sustenta el alma dándole fuerzas para evitar el pecado. Con la Comunión diaria, el alma crece en santidad y se conforma con Cristo; y, cuando nuestras miserias vienen a deslucir la imagen del Señor en nosotros, *este pan es remisión de los pecados*⁶: limpia las faltas que hayamos podido cometer —pequeñas escaramuzas de la lucha diaria—, y nos da fuerzas para volver con más brío a esa *hermosísima guerra de paz*. La Eucaristía, en fin, deleita a quien la recibe, pues sumerge al alma en el torrente del amor divino. No es un gozo sensible, aunque a veces quiera el Señor concederlo, sino la alegría serena, radicada en la fe, de sabernos templos vivos de Dios, sagrarios de la Humanidad Santísima de Cristo.

Sin embargo, hay una diferencia grande entre el alimento eucarístico y el alimento material: la acción de éste es temporal, pasajera: prolonga la vida sin evitar la muerte. El manjar eucarístico, al contrario, es *medicina de la inmortalidad, antídoto contra la muerte y alimento para vivir por siempre en*

(4) Santo Tomás, S. Th. III, q. 73, a. 1 c.

(5) *Ibid.*, q. 79, a. 1 c.

(6) San Ambrosio, In Psalmo CXVIII expositio 9, 38.

*Jesucristo*⁷. Cumple así la promesa que hiciera el Señor a los judíos en Cafarnaúm: *quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y Yo le resucitaré en el último día*⁸.

Para que la Sagrada Comunión sea, en efecto, prenda de vida eterna y garantía de la resurrección, es preciso recibirla dignamente, *porque quien comiere este pan o bebiere el cáliz del Señor indignamente, reo será del cuerpo y de la sangre del Señor*⁹. Examinemos a la luz de estas consideraciones cómo es nuestro encuentro diario con Jesús en la Eucaristía; cómo nos preparamos para recibirlo; cómo le tratamos en la acción de gracias.

*TU, SEÑOR Omnipotente, creaste todas las cosas por causa de tu nombre y diste a los hombres comida y bebida para su disfrute. Mas a nosotros nos has dado un manjar y bebida espiritual y la vida eterna por medio de tu Hijo*¹⁰. La Eucaristía es un alimento infinitamente más noble y digno que la comida material. *Los deleites corporales, cuando no se tienen, avivan un gran deseo de ellos; pero cuando se los gusta con avidez, enseguida producen hastío*¹¹. El Cuerpo de Cristo, en cambio, sacia sin

(7) San Ignacio de Antioquía, Epístola ad Ephesios 20, 2.

(8) Ioann. VI, 55.

(9) ICor. XI, 27.

(10) Didache X, 3.

(11) «an Gregorio Magno, Homiliae in Evangelia 36, 1.

saciar, endulza sin empalago: *los que me comen tendrán aún hambre, y quienes me beban tendrán aún sed*¹². Es un manjar que, aun tomado todos los días, no cansa: cada Comunión supone encontrar de nuevo a Cristo, *manantial de agua que salta hasta la vida eterna*¹³.

Pero aún hay más. *Si comemos la carne de Cristo, el Salvador de todos nosotros, y bebemos su preciosa sangre, tenemos vida en nosotros, nos hacemos una sola cosa con El y, al mismo tiempo, le tenemos con nosotros*¹⁴. Al comulgar con las disposiciones requeridas —no tener conciencia de pecado mortal y guardar las normas establecidas por la Iglesia—, conformamos nuestra alma a imagen de Jesucristo, y la figura del Señor se graba en nosotros. En esto estriba la mayor diferencia entre el alimento espiritual y el material: *éste se convierte en substancia del que se nutre, de tal modo que no puede conservar el hombre su vida si realmente no lo toma. Mas el manjar espiritual transforma al hombre en sí, como dice San Agustín, que oyó la voz de Cristo que le decía: "no me convertirás tú en ti, como comida de tu carne, sino que tú te cambiarás en Mí"* (Confesiones, VII, 10)¹⁵.

Nuestra alma tiene necesidad de recibir el Cuer-

(12) Eccli. XXIV, 29.

(13) Ioann. IV, 14.

(14) San Cirilo de Alejandría, *In Lucam commentarium* 22, 14, 21.

(15) Santo Tomás, S. Th. III, q. 73, a. 3 ad 2.

po y la Sangre del Señor: *es tal la eficacia de su poder, que con sólo su deseo recibimos la gracia, con la que nos vivificamos espiritualmente*¹⁶. El manjar eucarístico es imprescindible en nuestra vida de apóstoles; por eso, nuestro Padre nos decía que *hemos de encontrar nuestro alimento en la Misa, que es el centro de nuestra vida interior, en el encuentro con Cristo en el Evangelio y en la Sagrada Eucaristía*¹⁷.

EL AMOR a Cristo, que se ofrece por nosotros, nos impulsa a saber encontrar, acabada la Misa, unos minutos para una acción de gracias personal, íntima, que prolongue en el silencio del corazón esa otra acción de gracias que es la Eucaristía. ¿Cómo dirigirnos a El, cómo hablarle, cómo comportarse?

No se compone de normas rígidas la vida cristiana, porque el Espíritu Santo no guía a las almas en masa, sino que, en cada una, infunde aquellos propósitos, inspiraciones y afectos que le ayudarán a percibir y a cumplir la voluntad del Padre. Pienso, sin embargo, que en muchas ocasiones el nervio de nuestro diálogo con Cristo, de la acción de gracias después de la Santa Misa, puede ser la consideración de que el Señor es, para nosotros, Rey, Médico, Maestro, Amigo.

Es Rey y ansia reinar en nuestros corazones de hi-

(16) Santo Tomás, S. Th. III, q. 79, a. 1 ad 1.
(17) De nuestro Padre, *Carta*, 15-X-1948, n. 21.

jos de Dios. Pero no imaginemos los reinados humanos; Cristo no domina ni busca imponerse, porque no ha venido a ser servido sino a servir (Matth. XX, 28).

Su reino es la paz, la alegría, la justicia. Cristo, Rey nuestro, no espera de nosotros vanos razonamientos, sino hechos, porque no todo aquel que dice ¡Señor!, ¡Señor! entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial, ése entrará (Matth. VII, 21).

Es Médico y cura nuestro egoísmo, si dejamos que su gracia penetre hasta el fondo del alma. Jesús nos ha advertido que la peor enfermedad es la hipocresía, el orgullo que lleva a disimular los propios pecados. Con el Médico es imprescindible una sinceridad absoluta, explicar enteramente la verdad y decir: Domine, si vis, potes me mundare (Matth. VIII, 2), Señor, si quieres —y Tú quieres siempre—, puedes curarme. Tú conoces mi flaqueza; siento estos síntomas, padezco estas otras debilidades. Y le mostramos sencillamente las llagas; y el pus, si hay pus. Señor, Tú, que has curado a tantas almas, haz que, al tenerme en mi pecho o al contemplarte en el Sagrario, te reconozca como Médico divino.

Es Maestro de una ciencia que sólo El posee: la del amor sin límites a Dios y, con Dios, a todos los hombres. En la escuela de Cristo se aprende que nuestra existencia no nos pertenece: El entregó su vida por todos los hombres y, si le seguimos, hemos de comprender que tampoco nosotros podemos apropiar-

nos de la nuestra de manera egoísta, sin compartir los dolores de los demás. Nuestra vida es de Dios y hemos de gastarla en su servicio, preocupándonos generosamente de las almas, demostrando, con la palabra y con el ejemplo, la hondura de las exigencias cristianas.

Jesús espera que alimentemos el deseo de adquirir esa ciencia, para repetirnos: el que tenga sed, venga a mí y beba (Ioann. VII, 37). Y contestamos: enséñanos a olvidarnos de nosotros mismos, para pensar en Ti y en todas las almas. De este modo el Señor nos llevará adelante con su gracia, como cuando comenzábamos a escribir —¿recordáis aquellos palotes de la infancia, guiados por la mano del maestro?—, y así empezaremos a saborear la dicha de manifestar nuestra fe, que es ya otra dádiva de Dios, también con trazos inequívocos de conducta cristiana, donde todos puedan leer las maravillas divinas.

Es Amigo, el Amigo: vos autem dixi amicos (Ioann. XV, 15), dice. Nos llama amigos y El fue quien dio el primer paso; nos amó primero. Sin embargo, no impone su cariño: lo ofrece. Lo muestra con el signo más claro de la amistad: nadie tiene amor más grande que el que entrega su vida por su amigos (Ioann. XV, 13). Era amigo de Lázaro y lloró por él, cuando lo vio muerto: y lo resucitó. Si nos ve fríos, desganados, quizá con la rigidez de una vida interior que se extingue, su llanto será para nosotros vida: Yo te lo mando, amigo mío, levántate y anda

(cfr. Ioann. XI, 43; Luc. V, 24), *sal fuera de esa vida estrecha, que no es vida*¹⁸.

Nuestro afán de unión con Jesucristo no ha de conocer límites. Por eso le pedimos, por mediación de su Madre bendita, que este encuentro diario de la Hostia Santa sea preludio de esa otra unión definitiva y total de Cielo: *joh Jesús, a quien ahora contemplo velado! Te pido que se cumpla lo que tanto anhelo: viéndote finalmente cara a cara, sea yo dichoso con la vista de tu gloria*^w.

(18) *Es Cristo que pasa*, nn. 92-93.

(19) Himno *Adoro te devote*.

229.

MIÉRCOLES DESPUÉS DEL CORPUS CHRISTI

—Ser alma de Eucaristía es tratar a Jesucristo como le trataba la familia de Betania.

—Para ser almas de Eucaristía, nuestra jornada entera debe centrarse en el Sagrario.

—Manifestaciones concretas de vida eucarística.

NUESTRA vida toda está centrada en Jesucristo, raíz donde encuentra su fuerza el alma enamorada: por eso es necesario que le busquemos, que queramos unirnos a El; y en el Sacramento del Altar alcanzamos esa unión —velada por el misterio— que es promesa y prenda de la unión plena y definitiva del Cielo.

*La Obra es esencialmente eucarística*¹, y nosotros debemos ser *almas de Eucaristía*. La casa de Betania, que fue lugar de reposo para Cristo, donde reparaba las fuerzas gastadas por el trabajo, es buen modelo para nuestro trato con Jesús en la Eucaristía. En aquel hogar, el Señor no encontró sólo la cortesía que echara en falta en casa de Simón el fariseo, y la generosidad abierta, llena de buena voluntad, de Zaqueo. En Betania Jesús halló paz, cariño, sencillez, claridad, confianza. *Lázaro se pasaba un rato conversando con el Señor —tenían la Confidencia—, y des-*

(1) De nuestro Padre, *Crónica VI-65*, p. 10.

pues los tres hermanos de Betania, le ofrecían la comida —lo mejor que tenían, lo mejor que podían— y El la tomaría gustosamente, porque esa muestra de hospitalidad también era prueba de amor².

Jesús se encontraba bien en casa de sus amigos, en aquella aldea donde siempre halló descanso de la fatiga de los caminos. Ese ambiente —el ambiente de Betania— es el que nuestro Padre quería para nuestros Sagrarios: lugares donde el Señor esté siempre bien acompañado, donde acudamos para desagraviarle, para contarle nuestros afanes y nuestras ilusiones. Allí nos espera el Señor, a que volvamos del trabajo, como Lázaro, y le abramos el corazón, y le contemos: me ha pasado esto y lo otro; y tengo un amigo al que le ocurre tal cosa...³.

El Sagrario ha de ser siempre el centro de nuestros Centros y de la vida nuestra. A él acudimos en todo momento para hablar con Jesucristo, que siempre nos escucha y siempre tiene una palabra de consuelo, de aliento, de cariño: el Sagrario debe ser en nuestra vida lo que Betania fue para Jesús. *Es verdad que a nuestro Sagrario le llamo siempre Betania... —Hazte amigo de los amigos del Maestro: Lázaro, Marta, María. —Y después ya no me preguntarás por qué llamo Betania a nuestro Sagrario*⁴.

(2) De nuestro Padre, Tertulia, 19-111-1957.

(3) De nuestro Padre, Noticias VII-55, p. 11.

(4) Camino, n. 322.

*SED ALMAS de Eucaristía. Cuando el centro de los pensamiento y esperanzas de una casa es el Sagrario, ¡qué abundantes los frutos de santidad y apostolado!*⁵. Pero ¿qué es ser alma eucarística? Es vivir del Sagrario, hacer que nuestra jornada entera gire alrededor del Tabernáculo. Ser alma eucarística es buscar la unión con Jesucristo Sacramentado en todos los lugares y en las más variadas circunstancias. *Debéis mantener —a lo largo de vuestro día— un diálogo constante con el Señor, que se alimente de las mismas incidencias de vuestra tarea profesional. Id con el pensamiento al Sagrario, y ofreced al Señor la labor que tengáis entre manos*⁶.

Podemos acudir a El en cualquier momento del día. A veces, una visita corta, unos momentos de conversación encendida; otras, en cambio, la labor que llevemos entre manos no nos permitirá acercarnos materialmente al Sagrario; pero siempre podremos hablar *íntimamente con El, como se habla con el hermano, como se habla con el padre, como se habla con el Amor*⁷. De ese vivir continuo junto a Jesús Sacramentado nacen nuestra alegría y nuestra paz: nuestra vida de almas contemplativas en el mundo. Cuando las cosas salen bien y cuando salen menos bien; cuando el cansancio incita a abandonar la tarea comenzada; cuando el gozo del apostolado nos llena

(5) De nuestro Padre, Crónica VI-65, p. 12.

(6) De nuestro Padre, Carta, 15-X-1948, n. 22.

(7) De nuestro Padre, Meditación, 12-X-1947.

por entero; cuando la monotonía de las jornadas iguales quiere entibiar el corazón; cuando el alma se siente herida por la ingratitud o la indiferencia...; en cualquier circunstancia, quien tiene alma eucarística sabe dirigir su mirada al Sagrario, *para sentirse seguro, para sentirse sereno; pero también para sentirse amado, y para amar*⁸.

Ser almas de Eucaristía exige tener el corazón en el Sagrario, junto al corazón de Jesucristo; pensar con Cristo, obrar con Cristo, vivir de El y en El; saber rectificar el rumbo de los pensamientos cuando sea preciso, para encontrar de nuevo a nuestro Amor. *Id muchas veces al Sagrario*, nos recomienda nuestro Padre. *Sin embargo, cuando tengáis un trabajo que no podáis dejar, acercaos con el pensamiento al oratorio; acercaos al Sagrario y ofreced a Nuestro Señor esa pequeña contrariedad, esa cosa que os cuesta. Le ofrecéis aquello y seréis felices, con una felicidad que se manifestará por la caridad que tendréis con vuestros hermanos*⁹.

En el Sagrario encontramos siempre a Cristo *que nos sienta a su mesa: a Cristo que nos sirve; a Cristo, amante de los hombres, que nos reanima*¹⁰. A su amor infinito debemos corresponder con nuestro amor sin límites; a su entrega total, con abnegación generosa. Vibrando así, seremos en verdad almas de

(8) De nuestro Padre, Crónica VI-65, p. 11.

(9) De nuestro Padre, Noticias VII-55, p. 9.

(10) San Cirilo de Alejandría, *inter diversas homilias* 10.

Eucaristía, almas que están pendientes de Jesucristo: *¿ves, hijo mío, cómo saludas siempre al Señor al entrar y salir de casa; cómo sientes esa preocupación —casi instintiva— por el Sagrario, aunque estés lejos de casa; cómo saludas a los Sagrarios de las iglesias que encuentras en tu camino habitual?*¹¹.

EL AMOR a la Eucaristía nos empuja a referir toda nuestra jornada al Tabernáculo. El Señor ha venido realmente a nuestro corazón en el momento de la Comunión sacramental, y nada es más lógico que devolverle la visita; y que todos los del Centro, en familia, hagan una Visita al Santísimo en el oratorio. Pero el alma eucarística no se conforma con un simple acto de cortesía: quiere estar muchas veces con Jesús, y acude en cuanto puede al Sagrario, con esas visitas breves pero intensas en que se manifiesta el amor: *no dejes la Visita al Santísimo. —Luego de la oración vocal que acostumbres, di a Jesús, realmente presente en el Sagrario, las preocupaciones de la jornada. Y tendrás luces y ánimo para tu vida de cristiano*¹².

El amor nos hace vigilantes. Cuando vamos por la calle, el alma se esfuerza en descubrir el *maravilloso misterio de los innumerables Tabernáculos que*

(11) De nuestro Padre, Crónica VI-65, p. 11.

(12) *Camino*, n. 554.

*forman constelaciones de luz, visibles sólo a los ángeles, a los santos y a los creyentes, cubriendo la faz de la tierra*¹³. Ante ese encuentro, al doblar una esquina o al divisar las lejanas torres de una iglesia, el corazón rebosa de alegría: *¿no te alegra* —pregunta nuestro Padre— *sí has descubierto en tu camino habitual por las calles de la urbe ¡otro Sagrario!?*¹⁴.

El deseo de unión con Jesucristo nos come el alma. Por eso entendemos muy bien las palabras de nuestro Padre y procuramos llevarlas a la práctica: *no seas tan ciego o tan atolondrado que dejes de meterte dentro de cada Sagrario cuando divises los muros o torres de las casas del Señor*¹⁵. Y ese mismo anhelo de unión nos mueve a querer llevar siempre realmente a Cristo en nuestro corazón. Y surgen a lo largo del día esas comuniones espirituales, frecuentes y afectuosas, que son Norma de siempre y apoyo firme en el caminar. *¡Qué fuente de gracias es la comunión espiritual! —Practícala frecuentemente y tendrás más presencia de Dios y más unión con El en las obras*¹⁶. Nos gusta decir al Señor de mil maneras que queremos recibirle. Y recitamos, especialmente, con pausa, saboreándola, esa oración que nuestro Padre nos ha enseñado: *yo quisiera, Señor, recibirlos...* Le hacemos presente que nos sentimos pequeños, que no es-

(13) Pablo VI, *Homilía*, 11-VI-1965.

(14) *Camino*, n. 270.

(15) *Camino*, n. 269.

(16) *Camino*, n. 540.

tamos tan bien preparados como sería debido; pero que nuestra voluntad, nuestro deseo de ser mejores, nuestro amor, es cabal, verdadero. Y le pedimos las disposiciones —*pureza, humildad y devoción*— de su Madre Santísima, y el *espíritu y fervor* con que le recibieron los Santos.

En los días grandes, nuestra piedad eucarística se viste de fiesta, y adoramos al Señor expuesto en la Custodia. Y durante la noche de los primeros viernes de mes celebramos, como dice nuestro Padre, *una vela de amor y de reparación, porque la Obra es eminentemente eucarística, porque tenemos necesidad de Cristo*¹⁷, porque queremos corresponder a todas sus bondades, haciéndole compañía en recuerdo de aquella noche amarga del Jueves al Viernes Santo, en la que tanto desprecio y tormento sufrió por nosotros.

La Eucaristía llena nuestra vida, le da sentido. De la mano de la Virgen, como niños pequeños, aprendemos a amar más delicadamente a Jesús Sacramentado. Y como niños que somos, seguiremos gustosamente el consejo del Padre: *Niño: no pierdas tu amorosa costumbre de "asaltar" Sagrarios*¹⁸.

(17) De nuestro Padre, *Crónica* VI-65, p. 12.

(18) *Camino*, n. 876.

230.

JUEVES DESPUÉS DEL CORPUS CHRISTI

—En el Sagrario está Jesucristo, Rey de reyes y Señor de señores.

—Toda la riqueza, el lujo y la majestad son pocos para honrar al Señor como debemos.

—Delicadeza y urbanidad de la piedad para acercarnos a recibir a Jesucristo.

EL SAGRARIO es el centro de nuestros Centros. Allí nos aguarda Jesucristo, el Hijo Unigénito del Padre, *imagen perfecta de Dios invisible, engendrado antes que toda criatura, por quien fueron creadas las cosas todas de los cielos y de la tierra, ya sean tronos o dominaciones, principados o potestades*¹. El es, con el Padre y el Espíritu Santo, el Creador del Universo; en El, por su Encarnación, *habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad*²; sólo a El le ha sido *dado todo poder en el cielo y en la tierra*³, y solamente El *tiene escrito en su vestidura y en su cadera: Rey de reyes y Señor de señores*⁴. Y ese gran Dios y Salvador nuestro⁵, ante quien tiemblan los ángeles y los demonios, ante quien los poderosos de la tierra son

(1) *Colos.* I, 15-16.

(2) *Ibid.*, II, 19.

(3) *Matth.* XXVIII, 18.

(4) *Apoc.* XIX, 16.

(5) *Tít.* II, 13.

polvo y miseria, ha preferido ocultar su realeza en la Hostia, para que nos acerquemos a El con confianza: *en Cristo tenemos todos los ideales: porque es Rey, es Amor, es Dios*⁶.

Jesucristo es *Dios de Dios y Luz de Luz*⁷. Y con su Humanidad Santísima, toda la Trinidad mora —de un modo inefable— en el Tabernáculo: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Por eso, toda la riqueza parece poca para honrar como se merece a nuestro Creador, a nuestro Redentor, a nuestro Rey. No cabe la cicatería, la mezquindad de corazón.

*Aquella mujer que en casa de Simón el leproso, en Betania, unge con rico perfume la cabeza del Maestro, nos recuerda el deber de ser espléndidos en el culto de Dios. —Todo el lujo, la majestad y la belleza me parecen pocos. —Y contra los que atacan la riqueza de vasos sagrados, ornamentos y retablos, se oye la alabanza de Jesús: "opus enim bonum operata est in me" —una buena obra ha hecho conmigo*⁸.

SEÑOR, he amado el decoro de tu casa y el lugar donde habita tu gloria⁹. Hemos aprendido de nuestro Padre a dar al Señor lo mejor. La mejor habitación es para el oratorio. Y luego, no se escatiman los

(6) *Camino*, n. 426.

(7) *Symb. nic.-const.*

(8) *Camino*, n. 527.

(9) *Ps.* XXV, 8.

medios para que los ornamentos, el altar, los candeleros... y, sobre todo, los vasos sagrados y el tabernáculo —dentro de nuestra pobreza— tengan el mayor decoro. *Es el sacrificio de Abel. No podemos tener la piedad encogida de hacer para el culto de Dios los vasos sagrados y los instrumentos litúrgicos de barro de botijo*¹⁰. Nuestro Dios tiene derecho a lo mejor, porque El es el dueño de cielos y tierras: *mía es la plata y mío es el oro, dice el Señor de los ejércitos*¹¹.

Siempre obramos así: la morada más digna, lo más precioso es para el Señor. ¿Qué otra cosa podríamos hacer? *Los enamorados no se regalan trozos de hierro, ni sacos de cemento, sino cosas preciosas: lo mejor que tienen: cuando ellos cambien, cambiaremos de parecer nosotros*¹².

Nuestra pobreza nos empuja a vivir así el culto eucarístico; y el amor al Señor, la adoración que le debemos se manifiesta también en el cuidado con que procuramos tratar las cosas sagradas. *Tratadme bien los objetos de culto*, nos dice nuestro Fundador: *es manifestación de fe, de piedad y de esa bendita pobreza nuestra que, si nos lleva a destinar al culto lo mejor de que podemos disponer, nos obliga por eso mismo a tratarlo con la más exquisita delicadeza: sancta sánete tractanda/ Son joyas de Dios*¹³.

(10) De nuestro Padre, Crónica VI-66, p. 22.

(11) Agg. II, 9.

(12) De nuestro Padre, Crónica VI-66, p. 24.

(13) De nuestro Padre, Carta, 8-VIII-1936, n. 23.

Desde el principio, nuestro Padre nos enseñó a vivir este derroche generoso y a dar la debida dignidad al culto divino. Ya en 1935 nos prevenía contra ciertas deformaciones: *mucha luz eléctrica, en el retablo y hasta en el tabernáculo de la Exposición. Bambalinas y teloncillos de teatro provinciano. Floripondios de papel y trapo. Imágenes relamidas de pasta flora. Puntillas y primores femeniles en las albas y en los manteles. Cacharros feísimos —la última moda: los vi hasta en una famosa catedral— sobre el altar, y aun sobre la misma ara*¹⁴. Y nos enseñó a esmerarnos en la liturgia, a procurar generosamente la verdadera dignidad en el culto divino.

La fe y el amor hacen que nunca nos parezca suficiente la riqueza en las cosas del Señor, y El se llena de contento con estas manifestaciones materiales de cariño, porque sabe que proceden de lo hondo del corazón. *Vive la fe, alegre, pegado a Jesucristo. —Amale de verdad —¡de verdad, de verdad!—, y serás protagonista de la gran Aventura del Amor, porque estarás cada día más enamorado*¹⁵.

LOS HIJOS... ¡Cómo procuran comportarse dignamente cuando están delante de sus padres! Y los hijos «e Reyes, delante de su padre el Rey, ¡cómo procuran

(14) De nuestro Padre, Instrucción, 9-1-1935, n. 252.
(15) *Foja*, n. 448.

231.

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS (I)

—El Amor de Dios se nos manifiesta en el Corazón Sacratísimo de Jesús.

—Conocer el Corazón de Cristo Jesús.

—La verdadera devoción al Corazón de Cristo.

DIOS PADRE se ha dignado concedernos, en el Corazón de su Hijo, infinitos dilectionis thesauros (Orat), tesoros inagotables de amor, de misericordia, de cariño. Si queremos descubrir la evidencia de que Dios nos ama —de que no sólo escucha nuestras oraciones, sino que se nos adelanta—, nos basta seguir el mismo razonamiento de San Pablo: El que ni a su propio Hijo perdonó, sino que le entregó a la muerte por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con El todas las cosas? (Rom. VIII, 32).

La gracia renueva al hombre desde dentro, y le convierte —de pecador y rebelde— en siervo bueno y fiel (cfr. Matth. XXV, 21). Y la fuente de todas las gracias es el amor que Dios nos tiene y que nos ha revelado, no exclusivamente con las palabras: también con los hechos. El amor divino hace que la segunda Persona de la Santísima Trinidad, el Verbo, el Hijo de Dios Padre, tome nuestra carne, es decir, nuestra condición humana, menos el pecado. Y el Verbo, la Palabra de Dios, es Verbum spirans amorem, la Palabra de

la que procede el Amor (Santo Tomás de Aquino, S. Th. I, q. 43, a. 5).

El amor se nos revela en la Encarnación, en ese andar redentor de Jesucristo por nuestra tierra, hasta el sacrificio supremo de la Cruz. Y, en la Cruz, se manifiesta con un nuevo signo: uno de los soldados abrió a Jesús el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua floann. XIX, 34). Agua y sangre de Jesús que nos hablan de una entrega realizada hasta el último extremo, hasta el consummatum est floann. XIX, 30), el todo está consumado, por amor.

En la fiesta de hoy, al considerar una vez más los misterios centrales de nuestra fe, nos maravillamos de cómo las realidades más hondas —ese amor de Dios Padre que entrega a su Hijo, y ese amor del Hijo que le lleva a caminar sereno hacia el Gólgota— se traducen en gestos muy cercanos a los hombres¹.

NO PUEDO dejar de confiaros algo, que constituye para mí motivo de pena y de estímulo para la acción: pensar en los hombres que aún no conocen a Cristo, que no barruntan todavía la profundidad de la dicha que nos espera en los cielos, y que van por la tierra como ciegos persiguiendo una alegría de la que ignoran su verdadero nombre, o perdiéndose por caminos que les alejan de la auténtica felicidad. Qué bien

¹ O Es Cristo que pasa, n. 162.

se entiende lo que debió sentir el Apóstol Pablo aquella noche en la ciudad de Tróade cuando, entre sueños, tuvo una visión: un varón macedonio se le puso delante, rogándole: pasa a Macedonia y ayúdanos. Acabada la visión, al instante buscaron —Pablo y Timoteo— cómo pasar a Macedonia, seguros de que Dios los llamaba para predicar el Evangelio a aquellas gentes (Act. XVI, 9-10).

¿No sentís también vosotros que Dios nos llama, que —a través de todo lo que sucede a nuestro alrededor— nos empuja a proclamar la buena nueva de la venida de Jesús? Pero a veces los cristianos empequeñecemos nuestra vocación, caemos en la superficialidad, perdemos el tiempo en disputas y rencillas. O, lo que es peor aún, no faltan quienes se escandalizan falsamente ante el modo empleado por otros para vivir ciertos aspectos de la fe o determinadas devociones y, en lugar de abrir ellos camino esforzándose por vivirlos de la manera que consideran recta, se dedican a destruir y a criticar. Ciertamente pueden surgir, y surgen de hecho, deficiencias en la vida de los cristianos. Pero lo importante no somos nosotros y nuestras miserias: el único que vale es El, Jesús. Es de Cristo de quien hemos de hablar, y no de nosotros mismos.

Las reflexiones que acabo de hacer, están provocadas por algunos comentarios sobre una supuesta crisis en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. No hay tal crisis; la verdadera devoción ha sido y es actualmente una actitud viva, llena de sentido humano y de

sentido sobrenatural. Sus frutos han sido y siguen siendo frutos sabrosos de conversión, de entrega, de cumplimiento de la voluntad de Dios, de penetración amorosa en los misterios de la Redención.

Cosa bien diversa, en cambio, son las manifestaciones de ese sentimentalismo ineficaz, ayuno de doctrina, con empacho de pietismo. Tampoco a mí me gustan las imágenes relamidas, esas figuras del Sagrado Corazón que no pueden inspirar devoción ninguna, a personas con sentido común y con sentido sobrenatural de cristiano. Pero no es una muestra de buena lógica convertir unos abusos prácticos, que acaban desapareciendo solos, en un problema doctrinal, teológico.

Si hay crisis, se trata de crisis en el corazón de los hombres, que no aciertan —por miopía, por egoísmo, por estrechez de miras— a vislumbrar el insondable amor de Cristo Señor Nuestro. La liturgia de la santa Iglesia, desde que se instituyó la fiesta de hoy, ha sabido ofrecer el alimento de la verdadera piedad, recogiendo como lectura para la misa un texto de San Pablo, en el que se nos propone todo un programa de vida contemplativa —conocimiento y amor, oración y vida—, que empieza con esta devoción al Corazón de Jesús. Dios mismo, por boca del Apóstol, nos invita a andar por ese camino: que Cristo habite por la fe en vuestros corazones; y que arraigados y cimentados en la caridad, podáis comprender con todos los santos, cuál sea la anchura y la grandeza, la altura y la profundidad del misterio; y conocer también aquel amor de Cristo,

que sobrepaja todo conocimiento, para que os llenéis de toda la plenitud de Dios (Ephes. III, 17-19).

La plenitud de Dios se nos revela y se nos da en Cristo, en el amor de Cristo, en el Corazón de Cristo. Porque es el Corazón de Aquél en quien habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente (Colos. II, 9). Por eso, si se pierde de vista este gran designio de Dios —la corriente de amor instaurada en el mundo por la Encarnación, por la Redención y por la Pentecostés—, no se comprenderán las delicadezas del Corazón del Señor².

TENGAMOS presente toda la riqueza que se encierra en estas palabras: Sagrado Corazón de Jesús. Cuando hablamos de corazón humano no nos referimos sólo a los sentimientos, aludimos a toda la persona que quiere, que ama y trata a los demás. Y, en el modo de expresarse los hombres, que han recogido las Sagradas Escrituras para que podamos entender así las cosas divinas, el corazón es considerado como el resumen y la fuente, la expresión y el fondo último de los pensamientos, de las palabras, de las acciones. Un hombre vale lo que vale su corazón, podemos decir con lenguaje nuestro.

Al corazón pertenecen la alegría: que se alegre mi corazón en tu socorro (Ps. XII, 6); el arrepentimiento:

(2) Es Cristo que pasa, n. 163.

mi corazón es como cera que se derrite dentro de mi pecho (Ps. XXI, 15); la alabanza a Dios: de mi corazón brota un canto hermoso (Ps. XLIV, 2); la decisión para oír al Señor: está dispuesto mi corazón (Ps. LVI, 8); la vela amorosa: yo duermo, pero mi corazón vigila (Cant. V, 2). Y también la duda y el temor: no se turbe vuestro corazón, creed en mí (Ioann. XIV, 1).

El corazón no sólo siente; también sabe y entiende. La ley de Dios es recibida en el corazón (cfr. Ps. XXXIX, 9), y en él permanece escrita (cfr. Prov. VII, 13). Añade también la Escritura: de la abundancia del corazón habla la boca (Matth. XII, 34). El Señor echó en cara a unos escribas: ¿por qué pensáis mal en vuestros corazones? (Matth. IX, 4). Y, para resumir todos los pecados que el hombre puede cometer, dijo: del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, adulterios, fornicaciones, hurtos, falsos testimonios, blasfemias (Matth. XV, 19).

Cuando en la Sagrada Escritura se habla del corazón, no se trata de un sentimiento pasajero, que trae la emoción o las lágrimas. Se habla del corazón para referirse a la persona que, como manifestó el mismo Jesucristo, se dirige toda ella —alma y cuerpo— a lo que considera su bien: porque donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón (Matth. VI, 21).

Por eso al tratar ahora del Corazón de Jesús, ponemos de manifiesto la certidumbre del amor de Dios y la verdad de su entrega a nosotros. Al recomendar lo, devoción a ese Sagrado Corazón, estamos recomen-

dando que debemos dirigirnos íntegramente —con todo lo que somos: nuestra alma, nuestros sentimientos, nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestras acciones, nuestros trabajos y nuestras alegrías— a todo Jesús.

En esto se concreta la verdadera devoción al Corazón de Jesús: en conocer a Dios y conocernos a nosotros mismos, y en mirar a Jesús y acudir a El, que nos anima, nos enseña, nos guía. No cabe en esta devoción más superficialidad que la del hombre que, no siendo íntegramente humano, no acierta a percibir la realidad de Dios encarnado³.

La Virgen Santísima es Maestra de amor a Dios. Si la tratamos con piedad de hijos, si acudimos siempre y en todo a su Corazón Dulcísimo e Inmaculado, Ella nos llevará al Corazón Sacratísimo y Misericordioso de Jesús.

(3) *Es Cristo que pasa*, n. 164.

232.

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS (II)

—El Corazón llagado de Cristo nos invita a la reparación.

—Motivos para reparar.

—Amor y desagravio: entrega con sacrificio.

LA IGLESIA nos invita en esta fiesta a penetrar más en el misterio del amor de Jesús. *Cristo, siendo todavía nosotros débiles, a su tiempo murió por los impíos* —leemos en una de las lecturas de la Misa—. *Apenas hay, en efecto, quien muera por un justo. Puede que alguien sea capaz de morir por una persona buena. Pero Dios demuestra su amor hacia nosotros porque, siendo todavía pecadores, Cristo murió por nosotros. Cuánto más, habiendo sido justificados ahora en su sangre, seremos salvados por El de la ira. Que si cuando éramos enemigos fuimos reconciliados con Dios por medio de la muerte de su Hijo, mucho más, una vez reconciliados, seremos salvados por su vida. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien ahora hemos recibido la reconciliación¹.*

El amor infinito de Dios a los hombres se nos ha mostrado en Jesucristo. Es un amor sin medida, que

(1)/.. //(C)(Rom. V, 6-11).

le llevó a dar su vida por nosotros, a la entrega plena y total, para salvarnos de nuestros pecados. En este día, la Iglesia nos hace considerar el amor redentor de Cristo y quiere que le contemplemos en la Cruz, muerto por amor, entregando hasta la última gota de su sangre: *viendo que ya estaba muerto, no le rompieron las piernas, sino que uno de los soldados abrió con la lanza su costado: y salió sangre y agua*². San Juan, que nos describe la escena, insiste, como para convencernos de la realidad del sacrificio de Cristo: *y quien lo vio lo atestigua, y su testimonio es verdadero. Sabe que dice la verdad, para que vosotros creáis*³. Y recuerda el verso de la Escritura: *verán los ojos a Aquél a quien traspasaron*⁴.

El Señor, en su deseo infinito de reparación, nos dio todo lo que tenía: nada ha quedado sin entregar en su Cuerpo muerto; todo lo ha sufrido por nuestro amor. *No hay en El parecer, no hay hermosura que atraiga las miradas, no hay en El belleza que agrade. Despreciado, desecho de los hombres, varón de dolores, conocedor de todos los quebrantos, menospreciado, estimado en nada (...). Fue traspasado por nuestras iniquidades y molido por nuestros pecados. El castigo salvador pesó sobre El y en sus llagas hemos sido curados*⁵.

(2) Ev. (B) (Ioann. XIX, 33-34).

(3) *Ibid.*, 35.

(4) *Ibid.*, 37.

(5) *Isai.* UII, 2-5.

*Niño bobo, mira: todo esto..., todo lo ha sufrido por ti... y por mí. —¿No lloras?*⁶, nos invita a considerar nuestro Padre. Y nosotros, *rota el alma de dolor, decimos sinceramente a Jesús: soy tuyo, y me entrego a Ti, y me clavo en la Cruz gustosamente, siendo en las encrucijadas del mundo un alma entregada a Ti, a tu gloria, a la Redención, a la corredención de la humanidad entera*⁷.

*ESTO dice el Señor: cuando Israel era niño, Yo lo amé y de Egipto llamé a mi hijo (...). Y Yo, como ayo de Efraim, los traía en mis brazos, y no conocieron que Yo los cuidaba. Con ataduras humanas los atraeré y con lazos de caridad; seré para ellos como quien les quita el yugo, y me acerqué a ellos para que comiesen. Mi corazón se ha trastornado dentro de Mí*⁸.

Es un lamento de amor, ante el que no podemos permanecer indiferentes. Tenemos viva conciencia de los pecados de nuestra vida, de las faltas diarias, y también de las ofensas de la humanidad entera. Y el Señor, desde la Cruz, nos sigue diciendo: *tengo sed*⁹. Viendo a Jesús así, podemos meditar con nuestro Padre que *mucho duele al Señor la inconsistencia de tantos y tantas, que no se esfuerzan en evitar los pe-*

(6) *Santo Rosario*, V misterio doloroso.

(7) *Vía Crucis*, XI estación.

(8) *L. I* (B) (*Osee* XI, 1, 3-4, 8).

(9) *Ioann.* XIX, 28.

*codos veniales deliberados. ¡Es lo normal —piensan y se justifican—, porque en esos tropiezos caemos todos!*¹⁰. Y añade: *Óyeme bien: también la mayoría de aquella chusma, que condenó a Cristo y le dio muerte, empezó sólo por gritar —¡como los otros!—, por acudir al Huerto de los Olivos —¡con los demás!—...*

Al final, empujados también por lo que hacían "todos", no supieron o no quisieron echarse atrás..., ¡y crucificaron a Jesús!

—Ahora, al cabo de veinte siglos, no hemos aprendido ».

Hay muchos motivos para reparar, para expiar. En primer término, nuestras faltas personales de entrega, la dureza de nuestro corazón, que se resiste a darse: *Tú ves mis deseos, Tú penetras todos los designios de mi corazón. Si yo tuviera alguna sabiduría, bien sabes que no la emplearía sino para Ti. Pero Dios mío, Tú conoces muy bien mis extravíos y toda mi necesidad*¹². Contrición humilde de nuestras miserias, y desagravio también por los pecados de todos los hombres, que han dejado en soledad el Corazón de Jesús. *Queremos ofrecer nuestra vida —nos dice nuestro Padre—, nuestra dedicación sin reservas y sin regateos, como expiación por nuestros pecados; por los pecados de todos los hombres, hermanos nuestros;*

(10) *Surco*, n. 139.

(11) *Surco*, n. 139.

(12) San Bernardo, *In Cántico Canticorum sermo* 20, 1.

por los pecados cometidos en todos los tiempos, y por los que se cometerán hasta el fin de los siglos: ante todo, por los católicos, por los elegidos de Dios que no saben corresponder, que hacen traición al amor de predilección que el Señor les ha tenido.

Amar como el que más: *ganar para Cristo todas las almas; reparar abundantemente por las ofensas hechas al Corazón Sacratísimo de Jesús: he aquí nuestras ambiciones*¹³.

*OH DIOS, que en el Corazón de tu Hijo, herido por nuestros pecados, has depositado infinitos tesoros de caridad; te pedimos que, al rendirte el homenaje de nuestro amor, le ofrezcamos una cumplida reparación*¹⁴. Primero, nuestra piedad, nuestro amor filial. Nuestro Padre nos enseñó a tener una piedad recia y profunda —humana— a Cristo en la Cruz: *métete en las llagas de Cristo crucificado*¹⁵, nos invitaba. *Únete a Cristo, para purificarte, y siente, con El, los insultos, y los salivazos, y los bofetones..., y las espinas, y el peso de la Cruz..., y los hierros rompiendo tu carne, y las ansias de una muerte en desamparo... Y métete en el costado abierto de Nuestro Señor Jesús hasta hallar cobijo seguro en su llagado Corazón*¹⁶.

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 83.

(H) *Orat.*

(15) *Camino*, n. 288.

(16) *Camino*, n. 58.

De esta manera, unidos al Corazón de Jesús, haremos de nuestra vida entera una ofrenda, un acto de reparación. Nuestra dedicación completa al Señor es ya desagravio por nuestros pecados y por los de todos los hombres; pero es menester que la entrega sea siempre vibrante, que no abandonemos a Jesús, que estemos siempre junto a su Corazón, alegres en el sufrimiento. En la Obra están previstos los medios: los actos de desagravio son Norma de siempre; es el amor que se duele de ver a su Amor ofendido, y pide perdón, y siente también el dolor. Y cuando, por debilidad, notemos que el corazón se duerme, que flaquea, sentiremos en el fondo del alma —como los Apóstoles, que se durmieron en el Huerto de los Olivos— aquel reproche amoroso: *¿ni siquiera una hora pudisteis vigilar conmigo?*¹⁷. Nuestro corazón se dispondrá de nuevo al entregamiento, a no buscar consuelos humanos.

Y nada de mentalidad de víctima —nos advierte nuestro Padre—. *Hay una sola Víctima: Cristo Señor Nuestro en la Cruz*¹⁸. Ante los sufrimientos de Jesús, pequeño sacrificio es el nuestro. *¡Cuántos trabajos y fatigas ha soportado mi Salvador por rescatarme! Soportó, en sus enseñanzas, contradicciones; en sus obras, censores e insidiosos; burlas sangrientas e irri-*

(17) *Matth.* XXVI, 40.

(18) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 15.

*tantes insultos en su muerte. Tal ha sido el exceso de su amor*¹⁹.

María Corredentora, que sintió su Corazón atravesado por una espada, y que estuvo de pie junto a la Cruz de su Hijo, nos ayudará a estar cerca del Corazón de Jesús, a desagraviarle de continuo, y especialmente cuando veamos que le ofenden, cuando por nuestras mismas faltas no estamos despiertos y vigilantes.

(19) San Bernardo, *In Cántico Canticorum sermo* 20, 2.

233.

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS (III)

—El Corazón de Cristo, traspasado por la lanza, nos habla de cuánto ama Dios a cada criatura humana.

—También nosotros hemos de amar así a las almas.

—Vivir dentro del Sagrado Corazón de Jesús.

JESÚS en la Cruz, con el corazón traspasado de Amor por los hombres, es una respuesta elocuente —sobran las palabras— a la pregunta por el valor de las cosas y de las personas. Valen tanto los hombres, su vida y su felicidad, que el mismo Hijo de Dios se entrega para redimirlos, para limpiarlos, para elevarlos. ¿Quién no amará su Corazón tan herido?, preguntaba ante eso un alma contemplativa. Y seguía preguntando: ¿quién no devolverá amor por amor? ¿Quién no abrazará un Corazón tan puro? Nosotros, que somos de carne, pagaremos amor por amor, abrazaremos a nuestro herido, al que los impíos atravesaron manos y pies, el costado y el Corazón. Pidamos que se digne ligar nuestro corazón con el vínculo de su amor y herirlo con una lanza, porque es aún duro e impenitente (San Buenaventura, Vitis mystica 3, 11).

Son pensamientos, afectos, conversaciones que las almas enamoradas han dedicado a Jesús desde siempre. Pero, para entender ese lenguaje, para saber de verdad lo que es el corazón humano y el Corazón de

Cristo y el amor de Dios, hace falta fe y hace falta humildad. Con fe y humildad nos dejó San Agustín unas palabras universalmente famosas: nos has creado, Señor, para ser tuyos, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti (San Agustín, Confesiones I, I, I).

Cuando se descuida la humildad, el hombre pretende apropiarse de Dios, pero no de esa manera divina, que el mismo Cristo ha hecho posible, diciendo tomad y comed, porque esto es mi cuerpo (I Cor. XI, 24): sino intentando reducir la grandeza divina a los límites humanos. La razón, esa razón fría y ciega que no es la inteligencia que procede de la fe, ni tampoco la inteligencia recta de la criatura capaz de gustar y amar las cosas, se convierte en la sinrazón de quien lo somete todo a sus pobres experiencias habituales, que empequeñecen la verdad sobrehumana, que recubren el corazón del hombre con una costra insensible a las mociones del Espíritu Santo. La pobre inteligencia nuestra estaría perdida, si no fuera por el poder misericordioso de Dios que rompe las fronteras de nuestra miseria: os daré un corazón nuevo y os revestiré de un nuevo espíritu; os quitaré vuestro corazón de piedra y os daré en su lugar un corazón de carne (Ezech. XXXVI, 26). Y el alma recobra la luz y se llena de gozo, ante las promesas de la Escritura Santa.

Yo tengo pensamientos de paz y no de aflicción (Ierem. XXIX, 11), declaró Dios por boca del profeta Jeremías. La liturgia aplica esas palabras a Jesús, por-

*que en El se nos manifiesta con toda claridad que Dios nos quiere de este modo. No viene a condenarnos, a echarnos en cara nuestra indigencia o nuestra mezquindad: viene a salvarnos, a perdonarnos, a disculparnos, a traernos la paz y la alegría. Si reconocemos esta maravillosa relación del Señor con sus hijos, se cambiarán necesariamente nuestros corazones, y nos haremos cargo de que ante nuestros ojos se abre un panorama absolutamente nuevo, lleno de relieve, de honra y de luz *

PERO fijaos en que Dios no nos declara: en lugar del corazón, os dará una voluntad de puro espíritu. No: nos da un corazón, y un corazón de carne, como el de Cristo. Yo no cuento con un corazón para amar a Dios, y con otro para amar a las personas de la tierra. Con el mismo corazón con el que he querido a mis padres y quiero a mis amigos, con ese mismo corazón amo yo a Cristo, y al Padre, y al Espíritu Santo y a Santa María. No me cansaré de repetirlo: tenemos que ser muy humanos; porque, de otro modo, tampoco podremos ser divinos.

El amor humano, el amor de aquí abajo en la tierra cuando es verdadero, nos ayuda a saborear el amor divino. Así entrevemos el amor con que gozaremos de Dios y el que mediará entre nosotros, allá en

(1) *Es Cristo que pasa*, n. 165.

el cielo, cuando el Señor sea todo en todas las cosas (I Cor. XV, 28). Ese comenzar a entender lo que es el amor divino nos empujará a manifestarnos habitualmente más compasivos, más generosos, más entregados.

Hemos de dar lo que recibimos, enseñar lo que aprendemos; hacer partícipes a los demás —sin engreimiento, con sencillez— de ese conocimiento del amor de Cristo. Al realizar cada uno vuestro trabajo, al ejercer vuestra profesión en la sociedad, podéis y debéis convertir vuestra ocupación en una tarea de servicio. El trabajo bien acabado, que progresa y hace progresar, que tiene en cuenta los adelantos de la cultura y de la técnica, realiza una gran función, útil siempre a la humanidad entera, si nos mueve la generosidad, no el egoísmo, el bien de todos, no el provecho propio: si está lleno de sentido cristiano de la vida.

Con ocasión de esa labor, en la misma trama de las relaciones humanas, habéis de mostrar la caridad de Cristo y sus resultados concretos de amistad, de comprensión, de cariño humano, de paz. Como Cristo pasó haciendo el bien (Act. X, 38) por todos los caminos de Palestina, vosotros en los caminos humanos de la familia, de la sociedad civil, de las relaciones del quehacer profesional ordinario, de la cultura y del descanso, tenéis que desarrollar también una gran siembra de paz. Será la mejor prueba de que a vuestro corazón ha llegado el reino de Dios: nosotros conocemos haber sido trasladados de la muerte a la vida —escribe

el Apóstol San Juan— en que amamos a los hermanos (/ Ioann. III, 14).

Pero nadie vive ese amor, si no se forma en la escuela del Corazón de Jesús. Sólo si miramos y contemplamos el Corazón de Cristo, conseguiremos que el nuestro se libere del odio y de la indiferencia; solamente así sabremos reaccionar de modo cristiano ante los sufrimientos ajenos, ante el dolor².

EL AMOR de Jesús a los hombres es un aspecto insondable del misterio divino, del amor del Hijo al Padre y al Espíritu Santo. El Espíritu Santo, el lazo de amor entre el Padre y el Hijo, encuentra en el Verbo un Corazón humano.

No es posible hablar de estas realidades centrales de nuestra fe, sin advertir la limitación de nuestra inteligencia y las grandezas de la Revelación. Pero, aunque no podamos abarcar esas verdades, aunque nuestra razón se pase ante ellas, humilde y firmemente las creemos: sabemos, apoyados en el testimonio de Cristo, que son así. Que el Amor, en el seno de la Trinidad, se derrama sobre todos los hombres por el amor del Corazón de Jesús.

Vivir en el Corazón de Jesús, unirse a él estrechamente es, por tanto, convertirnos en morada de Dios. El que me ama será amado por mi Padre (cfr. Ioann.

(2) *Es Cristo que pasa*, n. 166.

XIV, 21), nos anunció el Señor. Y Cristo y el Padre, en el Espíritu Santo, vienen al alma y hacen en ella su morada (cfr. Ioann. XIV, 23).

Cuando —aunque sea sólo un poco— comprendemos esos fundamentos, nuestra manera de ser cambia. Tenemos hambre de Dios, y hacemos nuestras las palabras del Salmo: Dios mío, te busco solícito, sedienta de ti está mi alma, mi carne te desea, como tierra árida, sin agua (cfr. Ps. LXII, 2). Y Jesús, que ha fomentado nuestras ansias, sale a nuestro encuentro y nos dice: si alguno tiene sed, venga a mí y beba (Ioann. VII, 37). Nos ofrece su Corazón, para que encontremos allí nuestro descanso y nuestra fortaleza. Si aceptamos su llamada, comprobaremos que sus palabras son verdaderas: y aumentará nuestra hambre y nuestra sed, hasta desear que Dios establezca en nuestro corazón el lugar de su reposo, y que no aparte de nosotros su calor y su luz.

Ignem veni mittere in terram et quid voló nisi ut accendatur?, fuego he venido a traer a la tierra, y ¿qué he de querer sino que arda? (Luc. XII, 49). Nos hemos asomado un poco al fuego del Amor de Dios; dejemos que su impulso mueva nuestras vidas, sintamos la ilusión de llevar el fuego divino de un extremo a otro del mundo, de darlo a conocer a quienes nos rodean: para que también ellos conozcan la paz de Cristo y, con ella, encuentren la felicidad. Un cristiano que viva unido al Corazón de Jesús no puede tener otras metas: la paz en la sociedad, la paz en la Iglesia, la paz en la

propia alma, la paz de Dios que se consumará cuando venga a nosotros su reino.

María, Regina pacis, reina de la paz, porque tuviste fe y creíste que se cumpliría el anuncio del Ángel, ayúdanos a crecer en la fe, a ser firmes en la esperanza, a profundizar en el Amor. Porque eso es lo que quiere hoy de nosotros tu Hijo, al mostrarnos su Sacratísimo Corazón³.

(3) *Es Cristo que pasa*, nn. 169-170.

234.

CORAZÓN INMACULADO DE MARÍA (Sábado siguiente a la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús)

—En el Corazón Inmaculado de María hallamos la gracia para nuestro camino.

—Vivir como hijos en el Corazón de la Virgen.

—El Corazón Dulcísimo de María es modelo para nuestra pureza de corazón.

ACERQUÉMONOS con fiadamente al trono de la gracia, a fin de recibir misericordia y hallar gracia para el auxilio oportuno¹. Nos propone hoy la Iglesia una fiesta entrañable —la del Corazón Inmaculado de María— para animarnos a confiar siempre en la Virgen Santísima, fuente de gracia y de misericordia, Madre que sabe dar a sus hijos, en cada situación de la vida, la gracia que necesitan para el camino.

Durante su paso por la tierra, el Señor nos enseñó que *el hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca cosas buenas²*; por eso, del Corazón de María, henchido de amor de Dios, morada del Espíritu Santo, movido por los mismos sentimientos del Corazón de Cristo, salen torrentes de misericordia y de perdón. *Yo soy la Madre del Amor Hermoso, del te-*

(1) *Hebr.* IV, 16.

(2) *Matth.* XII, 35.

mor y de la sabiduría y de la santa esperanza. En mí está toda la gracia del camino y de la verdad, en mí toda la esperanza de vida y de virtud. ¡Venid a mí todos los que me deseáis, y saciaos de mis frutos!, porque mi espíritu es más dulce que la miel, y mi heredad más suave que el panal³.

El Corazón Inmaculado de Nuestra Madre nos indica cuáles son los verdaderos afectos que deben llenar el nuestro, y nos incita a abrir el alma plenamente a la gracia divina, para que su Hijo, con el Padre y el Espíritu Santo, pueda hacer dentro su morada. *De este Corazón, como si fuera un horno, saca la Virgen palabras buenas inflamadas del divino amor, pensamientos de ardentísima caridad. Pues como de un vaso repleto de buen vino no puede salir sino un vino bueno, y de un horno ardiente no puede proceder sino un incendio devorador, así de la Madre de Cristo no pueden venir afectos que no estén llenos del divino amor⁴.*

En el Corazón de María aprendemos a ser almas contemplativas; es una escuela donde se enseña a tratar afectuosamente al Señor. Ella llevó a Jesús durante nueve meses muy cerca de su Corazón, y le acompañó luego en su caminar terreno, mirando con ojos de fe cuanto Dios le daba a entender, conservando *todas estas cosas dentro de sí y ponderándolas*

(3) Ecclí. XXIV, 24-27 (Vg).

(4) San Bernardino de Siena, *Sermo 9 de Visitatione*.

en su corazón⁵. Por eso, hoy es un buen día para que también nosotros, muy metidos en el Corazón Inmaculado de la Virgen, identifiquemos más nuestros sentimientos con los suyos, alegrándonos con lo que le alegra y sufriendo con lo que le hace sufrir; para que reavivemos nuestros afectos y rectifiquemos lo que necesite rectificación en nuestra vida.

CUANDO la Virgen aceptó ser Madre' de Dios y el Verbo se encarnó en su seno, al mismo tiempo, aquel *fiat* generoso nos hizo nacer para siempre en su Corazón. Y allí surgimos también, numerosos como las estrellas del Cielo, todos los hijos de Dios, pues *María cooperó con su caridad para que nacieran en la Iglesia los fieles, miembros de aquella Cabeza de la que es efectivamente madre según el cuerpo⁶.* Desde entonces, entramos a vivir en el amor de Nuestra Madre por Jesús. El cariño que guarda su Corazón es único: cariño a Jesús y a nosotros por Jesús. Todo lo que la Virgen hizo por El en la tierra —alimentarle, cuidarle...—, lo hace ahora espiritualmente por nosotros desde el Cielo.

Aunque seamos muchos, la Virgen nos ama a cada uno *como una madre a su hijo único⁷.* Por eso, *han de dolemos, si las encontramos, nuestras faltas de*

(5) Év. (Luc. II, 19).

(6) San Agustín, *De Sancia Virginitate* 6.

(7) II Reg. I, 26.

delicadeza con esta Madre buena. Os pregunto —y me pregunto yo—, ¿cómo la honramos?

Volvemos de nuevo a la experiencia de cada día, al trato con nuestras madres en la tierra. Por encima de todo ¿qué desean, de sus hijos, que son carne de su carne y sangre de su sangre? Su mayor ilusión es tenerlos cerca. Cuando los hijos crecen y no es posible que continúen a su lado, aguardan con impaciencia sus noticias, les emociona todo lo que les ocurre: desde una ligera enfermedad hasta los sucesos más importantes.

Mirad: para nuestra Madre Santa María jamás dejamos de ser pequeños, porque Ella nos abre el camino hacia el Reino de los Cielos, que será dado a los que se hacen niños (cfr. Matth. XIX, 14). De Nuestra Señora no debemos apartarnos nunca. ¿Cómo la honramos? Tratándola, hablándole, manifestándole nuestro cariño, ponderando en nuestro corazón las escenas de su vida en la tierra, contándole nuestras luchas, nuestros éxitos y nuestros fracasos⁸.

¡Qué deuda más grande hemos contraído con María! Desde que la empezamos a tratar de veras, desde que sentimos cuánto nos amaba, se abrió una nueva perspectiva en nuestra vida: el gozo de saber que, sin ningún mérito propio, sin otro título que nuestra indigencia de hijos pequeños, estábamos viviendo —tal vez sin advertirlo siquiera— en el Corazón de una Madre que nos quiere infinitamente.

(8) *Amigos de Dios*, nn. 289-290.

Es justo que demos gracias al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, por el camino recorrido, nos aconseja nuestro Fundador; y que procuremos que estas acciones de gracias pasen por las manos de la Virgen Santa María —Cor Mariae Dulcissimum, iter para tutum/—, que es la Madre de Dios, que es la Madre de los hombres, que es la Madre del Opus Dei, que es la Madre de cada uno de nosotros.

Y que nos llenemos de confianza para el porvenir: confianza en la intercesión maternal, amorosísima de Nuestra Señora: Recordare, Virgo Mater Dei, dum steteris in conspectu Domini, ut loquaris pro nobis bona. Ese trato confiado, lleno de ternura para la Madre nuestra, es parte principal de nuestro espíritu. Y Santa María nos ha dado pruebas palpables de su predilección especialísima, nos ha sonreído siempre. Toda la fortaleza que necesitamos —por nuestra pequeñez personal, por nuestras debilidades y errores— la iremos a buscar continuamente en Dios a través de nuestra filial devoción mañana⁹.

OH DIOS, que preparaste una morada digna del Espíritu Santo en el Corazón de la Santísima Virgen María; concédenos, por su intercesión, ser templos vivos de tu gloria¹⁰.

El Corazón Purísimo de María es una llamada a

(9) De nuestro Padre, *Carla*, 31-V-1954, n. 36.

(10) *Oral*.

la pureza de nuestro corazón, apegado aún —tantas veces— a las cosas de la tierra, de las que no nos hemos desprendido por completo. *Vuestros pensamientos, vuestros deseos, vuestro trabajo, vuestra mirada tienen que estar en los cielos: que Cristo no comparta el corazón, lo quiere entero*¹¹.

El amor de Nuestra Señora a Dios era total y exclusivo, un amor virginal que sólo cabe en un corazón puro y desasido. El Corazón de María latió siempre al unísono con el de Jesús. Por eso, Ella puede enseñarnos como nadie a guardar nuestros afectos para el Señor, a querer a todas las criaturas en el Corazón de su Hijo.

*Haces un derroche de ternura, advierte nuestro Padre. —Y te digo: caridad con tus prójimos, sí: siempre. —Pero —óyeme bien, alma de apóstol— es de Cristo, y sólo para El, ese otro sentimiento que el Señor mismo ha puesto en tu pecho. —Además... ¿no es cierto que al descorrer algún cerrojo de tu corazón —siete cerrojos necesitas— más de una vez quedó flotando en tu horizonte sobrenatural la nubécula de la duda..., y te preguntas, atormentado a pesar de tu pureza de intención: ¿no habré ido demasiado lejos en mis manifestaciones exteriores de afecto?*¹².

Precisamos de una continua atención para conservar libre de trabas nuestro corazón; pero desconfiamos ya de nuestras fuerzas, y por eso nos esca-

(11) *De nuestro Padre*, n. 150.

(12) *Camino*, n. 161.

pamos junto a la Señora, muy pegados a su Corazón Inmaculado, para que su amor abraza nuestras entrañas y nos purifique de todo afecto desordenado que aún quede en nuestra vida. *Acostúmbrate a poner tu pobre corazón en el Dulce e Inmaculado Corazón de María, para que te lo purifique de tanta escoria, y te lleve al Corazón Sacratísimo y Misericordioso de Jesús*¹³.

Como fruto de este rato de oración pedimos a la Virgen su ayuda para romper decididamente cualquier atadura. Su cariño de Madre llenará nuestro corazón, hasta que nuestros afectos —puestos sólo en el Señor— no se distingan de los suyos; sacrificaremos lo que sea preciso, para que haga morada en nuestra alma un hondo amor, vibrante, premio de una entrega más delicada, que nos colmará de paz, de serenidad, de alegría.

La Virgen nos ofrece esa gracia, que se desborda generosamente de la abundancia de su Corazón; un don gratuito que nos mueve a decir: *te rogamos, Señor, que los que celebramos la memoria de la Madre de tu Hijo, nos gloriemos de la plenitud de tu gracia y experimentemos un continuo aumento de santidad*¹⁴.

(13) *Surco*, n. 830.

(14) *Orat. post Comm.*

Tiempo ordinario
(Semanas IX a XX)

235.

DOMINGO IX DEL TIEMPO ORDINARIO

- Identificarse incondicionalmente con la Voluntad de Dios.
- El abandono en la divina voluntad exige vencer cualquier resistencia nuestra, evitar todo desamor.
- Se adquiere esa identificación por medio de la obediencia.

ADVIERTE Jesús en el Evangelio de la Misa de hoy: *no todo el que dice: Señor, Señor, entrará en el Reino de los Cielos; sino el que hace la Voluntad de mi Padre que está en los Cielos*¹.

La vida del cristiano es un continuo esfuerzo por cumplir el querer divino: no como se observa una ley que atañe sólo externamente, sino con el afecto de un hijo que trata de dar gusto en todo a su padre. Para llegar a esta perfección, hay que recorrer el camino señalado por nuestro Fundador: *escalones: Resignarse con la Voluntad de Dios: Conformarse con la Voluntad de Dios: Querer la Voluntad de Dios: Amar la Voluntad de Dios*².

Se trata de un verdadero programa de santificación. Resignarse con la Voluntad divina, como si fuera algo malo, pero inevitable, no es propio de un hijo de Dios. Tampoco debemos contentarnos sólo con aceptar la Voluntad manifiesta de Dios como una co-

(1) Ev. (A) (Matth. VII, 21).
W Camino, n. 774.

sa buena, aunque costosa. Hemos de aspirar a lo mejor: a enamorarnos del querer divino, a buscarlo, a identificarnos con lo que Dios quiere, que será siempre lo que más nos conviene, lo que nos haga felices.

Feliz es siempre el que ama la santa y amable Voluntad de su Dios. Feliz, aun cuando ese querer se presente a veces con aspecto de especial dureza. Nuestro Padre nos anima: "*Servite Domino in laetitia!*" —*¡Serviré al Señor con alegría! Una alegría que será consecuencia de mi Fe, de mi Esperanza y de mi Amor..., que ha de durar siempre, porque, como nos asegura el Apóstol, "Dominus prope est!"...* —el Señor me sigue de cerca. Caminaré con El, por tanto, bien seguro, ya que el Señor es mi Padre..., y con su ayuda cumpliré su amable Voluntad, aunque me cueste³.

Si el Señor nos prueba permitiendo dificultades, es para hacernos más suyos, para identificarnos más plenamente con su Voluntad. Porque ¿quién nos quiere más que Dios Nuestro Señor? Ni la ternura de una madre, ni el afecto del padre más cariñoso, ni nosotros mismos, nos queremos tanto como Dios nos ama. Todo lo mejor, todo cuanto a cada uno le conviene más y le hará más feliz, eso es lo que el Señor desea, ésa es la Voluntad de Dios para él. En verdad, todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios, de aquellos que El ha llamado según su designio para ser santos *.

(3) Surco, n. 53.

(4) Rom. VIII, 28.

¿Acaso no es la identificación incondicional con lo que el Señor desea de nosotros, la fuente de toda verdadera alegría? Por eso, *nadie es feliz, en la tierra, hasta que se decide a no serlo. Así discurre el camino: dolor, ¡en cristiano!, Cruz; Voluntad de Dios, Amor; felicidad aquí y, después, eternamente*⁵.

*EL ABANDONO en la Voluntad de Dios es el secreto para ser feliz en la tierra. —Di, pues: "meus cibis est, ut faciam voluntatem eius" —mi alimento es hacer su Voluntad*⁶. ¡Qué seguridad la del que vive identificado con la Voluntad Santísima de Dios! Y cuando no hay identificación, ¡qué intranquilidad! *Tu propia voluntad, tu propio juicio: eso es lo que te inquieta*⁷. ¡Y qué agradecimiento tan grande debemos al Señor, que nos exige para hacer, de cada uno, *aher Christus!*

Nosotros somos piedras, sillares, que se mueven, que sienten, que tienen una libérrima voluntad.

Dios mismo es el cantero que nos quita las esquinas, arreglándonos, modificándonos, según El desea, a golpe de martillo y de cincel.

No queramos apartarnos, no queramos esquivar su Voluntad, porque, de cualquier modo, no podremos evitar los golpes. —Sufriremos más e inútilmente, y, en

(5) Surco, n. 52.

(6) Camino, n. 766.

(7) Camino, n. 777.

lugar de la piedra pulida y dispuesta para edificar, seremos un montón informe de grava que pisarán las gentes con desprecio".

Si Dios nos ha tomado en sus manos amorosas, y está empeñado en sacar de cada uno una obra maestra, un sillar reglado y firme de la Iglesia y de la Obra; si Dios así nos ama, ¿por qué todavía tanta resistencia?

Procuremos, por tanto, no perder jamás el punto de mira sobrenatural, viendo detrás de cada acontecimiento a Dios: ante lo agradable y lo desagradable, ante el consuelo... y ante el desconsuelo por la muerte de un ser querido. Primero de todo, la charla con tu Padre Dios, buscando al Señor en el centro de nuestra alma. No es cosa que pueda considerarse como pequeñez, de poca monta: es manifestación clara de vida interior constante, de auténtico diálogo de amor. Una práctica que no nos producirá ninguna deformación psicológica, porque —para un cristiano— debe resultar tan natural como el latir del corazón⁹.

¿COMO podemos identificarnos con el querer divino? Recibiendo con amor lo que Dios permite y lo que expresamente nos pide, por medio de los Directores.

(8) *Camino*, n. 756.

(9) *Amigos de Dios*, n. 247.

En la obediencia sacrificamos nuestra voluntad; por tanto es muy agradable a Dios¹⁰. Esta docilidad nos identifica con El, porque sustituye nuestra voluntad por la de Dios, porque así llegaremos a cumplir el deseo del Apóstol: vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Y cuando se manifieste Cristo, vuestra vida, entonces también os manifestaréis gloriosos con El¹¹.

Piensa, hijo mío —son palabras de nuestro Padre—, qué grato es a Dios nuestro Señor el incienso que se quema en su honor. Piensa en lo poco que valen las cosas de la tierra, que apenas comienzan y ya se acaban. Piensa que todos los hombres somos nada: pul vis es, et in pulverem reverteris (Feria IV Cinerum, Ant.); volveremos a ser como el polvo del camino. Pero lo extraordinario es que, a pesar de eso, no vivimos para la tierra, ni para nuestra honra, sino para la honra de Dios, para la gloria de Dios, para el servicio de Dios. ¡Esto es lo que nos mueve!

Por lo tanto, si tu soberbia te susurra: aquí pasas inadvertido, con tus talentos extraordinarios..., aquí no vas a dar todo el fruto que podrías..., que te vas a malograr, a agotar inútilmente... Tú, que has subido a la barca de la Obra porque te dio la gana, porque inequívocamente te llamó Dios —nadie puede venir a Mí, si el Padre que me envió no le atrae (Ioann. VI, 44)—,

(10) San Gregorio Magno, *Moralia* 35, 14, 28.

(11) *Colos.* III, JA.

*has de corresponder a esa gracia quemándote, haciendo que nuestro sacrificio gustoso, nuestra entrega sea una ofrenda: ¡un holocausto!*¹².

*Sicut lutum in manu figuli*¹³, como el barro en manos del alfarero. Fieles, dóciles hemos de ser, con la mente y el corazón rendidos, abiertos de par en par en la dirección espiritual que, respetando plenamente nuestra propia personalidad, nos ayuda a sobrenaturalizarla. La obediencia nos libera de todo lo personal que no está de acuerdo con el espíritu de la Obra, nos hace hombres y mujeres de Dios, firmes, seguros. Lo afirma el mismo Cristo: *todo el que oye estas palabras mías y las pone en práctica, es como un hombre prudente que edificó su casa sobre roca: cayó la lluvia, llegaron las riadas, soplaron los vientos e irrumpieron contra aquella casa, pero no se cayó, porque estaba cimentada sobre roca*¹⁴.

¿Quién más enamorada, más identificada con la amabilísima Voluntad de Dios, que Nuestra Madre la Virgen? En sus manos ponemos el fruto de la oración de hoy.

(12) De nuestro Padre, Meditación *Vivir para la gloria de Dios*, 21-XI-1954.

(13) *Eccli.* XXXIII, 13.

(14) *Ev. (A) (Uatth.* VII, 24-25).

236.

LUNES

—Dios nos ha elevado a la vida de la gracia.

—Necesidad de acudir al Señor en la lucha por la santidad personal.

—La eficacia apostólica también viene de Dios.

HEMOS sido elevados a una dignidad —el orden sobrenatural— que supera absolutamente las exigencias de nuestra naturaleza humana. Con palabras de San Pedro, nos recuerda la liturgia de hoy que Dios, por su infinita bondad, *nos hizo merced de preciosas y ricas dádivas para haceros así partícipes de la naturaleza divina*¹, nos ha hecho y nos ha llamado hijos suyos.

Por la vocación a la Obra hemos sido llamados de manera especial a esta unión con Dios, hasta el punto de que —como escribe nuestro Padre— *nada tiene para nosotros sentido sin las luces del amor de Dios y, sin embargo, con ellas, lo divinizamos todo y apenas distinguimos lo temporal de lo espiritual*². Nuestra personalidad ha de tener su fundamento más hondo en la vida sobrenatural. Lo humano y lo divino han de estar muy unidos, porque hemos sido elegidos por Dios en medio del mundo para llevar a

(1) *L I (II) (II Peir.* I, 4).

(2) De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, n. 68.

Cristo a la cumbre de todas las actividades humanas, para divinizar todo lo terreno. Y para esta labor es imprescindible la ayuda divina. *Tú, solo, sin contar con la gracia, no podrás nada de provecho, porque habrás cortado el camino de las relaciones con Dios.*

—*Con la gracia, en cambio, lo puedes todo*³.

Nuestro Señor Jesucristo llama a la gracia agua viva: *porque actúa siempre, porque la gracia del Espíritu Santo, cuando entra y se establece en el alma, tiene más ímpetu que cualquier torrente: no se agota nunca (...), no se seca, no se acaba. Para indicar este don inagotable, esta energía inefable, él Señor la llama fuente y río (...). Y es más que un río: es una red de ríos. Y la llama también agua que salta, para indicar su fuerza, su ímpetu.*

*Para entender bien qué significa todo esto hay que pensar en la sabiduría de Esteban, en la palabra de Pedro, en la fuerza de Pablo. Nada pudo contener o men- guar su empuje: ni la cólera del pueblo, ni la violencia de los tiranos, ni el ataque de los demonios, ni los asesinatos cotidianos. Como un río impetuoso, pasaron por encima de todo lo que estaba delante de ellos*⁴.

Así será nuestra vida, si correspondemos fielmente a la gracia de Dios. Nada podrá detener el ímpetu de la gracia: *a través de los montes, las aguas pasarán*⁵. Porque Dios todo lo llena, todo lo fecunda

(3) *Forja*, n. 321.

(4) San Juan Crisóstomo, *In Ioannem homiliae* 51, 1.

(5) *Ps.* CIII, 10.

con su gracia. Con su fuerza podemos alcanzarlo todo: basta que quitemos los obstáculos que se oponen a su acción. Entonces tendremos todo el poder de Nuestro Padre Dios. Amparado en esa confianza, nos impulsa nuestro Fundador: *con la gracia de Dios, tú has de acometer y realizar lo imposible..., porque lo posible lo hace cualquiera*⁶.

LA SANTIDAD, la plenitud de la vida de la gracia, es una meta que sobrepasa por completo nuestras posibilidades: *para el hombre esto es imposible; para Dios, sin embargo, todo es posible*⁷. Dios mismo va construyendo el edificio de la santidad, *porque sin Mí nada podéis hacer*⁸. Nuestra actitud ha de ser de profunda humildad ante el Señor. Por eso, si alguna vez viniese el desánimo —en la lucha ascética, ante un obstáculo cualquiera—, cabría pensar que pretendíamos santificarnos por nuestra cuenta, sólo con un esfuerzo de voluntad. Y solos no podemos. Cuanto más claramente sentimos esa incapacidad, más dóciles seremos a la gracia del Señor.

A veces ocurre —ha dicho nuestro Padre— que *se llena el alma no de falta de paz, pero sí de intranquilidad, de inquietud. En esos momentos yo me acerco al Señor y le digo: Tú harás las cosas antes, más y*

(6) *Forja*, n. 216.

(7) *Matth.* XIX, 26.

(8) *Ioann.* XV, 5.

*mejor, y me lleno de tranquilidad. Ponerse en manos del Señor, como un niño pequeño se pone en brazos de su padre. Es una entrega a Dios: Tú lo harás antes, más y mejor. Es una entrega que supone esperanza, fe, confianza y amor*⁹.

Es necesario no olvidar que sin la gracia nada sobrenatural podemos hacer. *Nadie, puede decir: ¡Señor Jesús!, sino por el Espíritu Santo*¹⁰. *La gracia de Dios te saca libre cada día de los lazos que te tiende el enemigo*", escribe nuestro Fundador. Y la liturgia de hoy canta estas palabras del Dios todopoderoso: *porque en Mí ha esperado, lo libraré, lo protegeré, porque ha conocido mi nombre. Clamará a Mí, y Yo lo oiré, con él estoy en la tribulación*¹².

Pero no basta que sintamos la mano poderosa de Dios en nuestra vida. Es necesario que procuremos corresponder, que extendamos nuestro brazo, para tomar su mano omnipotente de Padre. *El dedo de Dios, su gracia, al encontrar correspondencia, hace maravillas*¹³. ¿Y cómo podemos mejorar esta correspondencia? Con la ayuda de la oración. Es cierto que nada tenemos, que nuestras fuerzas no bastan; pero somos hijos de Dios, y ésta es la mejor garantía, la más alta prenda de esperanza: si rezamos, nuestro Padre Dios nos escuchará. Vamos a la ora-

(9) De nuestro Padre, Círculo breve, 11-11-1962.

(10) I Cor. XII, 3.

(11) Camino, n. 434.

(12) Ps. R. (II) (Ps. XC, 14-15).

(13) De nuestro Padre, Instrucción, 9-1-1935, n. 261.

ción, por tanto, con confianza. Nada somos, toda la eficacia ha de venir del Señor. *No es necesario que dirijamos oraciones a Dios para darle a conocer lo que nos falta, nuestros deseos, sino para que nosotros mismos comprendamos que hay que recurrir al auxilio divino*".

Y con la oración, la penitencia. Porque, para que Dios nos escuche, hemos de pedir rectamente: *hágase tu Voluntad así en la tierra como en el Cielo*¹⁵. Y para identificar nuestra voluntad con la de Dios, necesitamos purificarnos: apartar, por la mortificación, todo lo que nos separa de El. De este modo, nuestra vida será eficaz; con una fecundidad que Dios mismo producirá a través de nosotros, a pesar de nuestra personal poquedad.

FORMANDO parte esencial de la *vocación a la que hemos sido llamados*¹⁶, está el apostolado y el proselitismo, que es un mandato imperativo de Cristo. Pero, sin la ayuda del Señor, tampoco haremos nada en este campo, porque los frutos que buscamos son sobrenaturales, verdaderos milagros que Dios realiza utilizándonos como instrumentos. Debemos estar unidos al Señor. De la vinculación con Jesucristo, que es la Vid verdadera, depende la eficacia

(14) Santo Tomás, S. Th. II-II, q. 83, a. 2 ad II.

(15) Matth. VI, 10.

(16) Ephes. IV, 1.

apostólica. *El sarmiento no puede dar fruto por sí mismo si no permanece unido a la vid* ". El sarmiento produce fruto si permanece unido a la corriente vital que de la cepa toma su fuerza. *Las vocaciones de apóstol las envía Dios. Pero tú no debes dejar de poner los medios: oración, mortificación, estudio o trabajo, amistad, visión sobrenatural..., ¡vida interior!*¹⁸. Nuestro apostolado sería ineficaz, estéril, si no pudiéramos, en primer lugar, los medios sobrenaturales: *sine me, nihil potestis facere*¹⁹, sin Mí, nada podéis hacer.

Vuestra eficacia, hijos míos, será consecuencia de vuestra santidad personal, que cuajará en obras responsables, que no se esconden en el anonimato. Cristo Jesús, Buen Sembrador, nos aprieta —como al trigo— en su mano llagada, nos inunda con su sangre, nos purifica, nos limpia, ¡nos emborracha! Y luego, generosamente, nos echa por el mundo uno a uno, como deben ir sus hijos del Opus Dei, esparcidos: que el trigo no se siembra a sacos, sino grano a grano.

Sois luz en el Señor: comportaos, pues, como hijos de la luz. El fruto de la luz es todo bondad, justicia y verdad (Ephes. V, 8-9). *Es inconcebible —sería una falsedad, una doble vida, una comedia— la vida de un hijo mío que no dé frutos abundantes de apostolado. Os digo una vez más que ese hijo mío es-*

(17) Ioann. XV, 4.
(18) Surco, n. 190.
(19) Ioann. XV, 5.

taría muerto, ¡podrido!: iam foetet (Ioann. XI, 39). Y yo —lo sabéis bien— a los cadáveres los entierro piadosamente.

*A través del trato individual con vuestros compañeros de profesión o de oficio, con vuestros parientes, amigos y vecinos, en una labor que muchas veces he llamado apostolado de amistad y de confianza, sacudiréis su modorra, abriréis horizontes amplios a su existencia egoísta y aburguesada, les complicaréis la vida, haciendo que se olviden de sí mismos y comprendan los problemas de quienes les rodean. Y estad seguros de que, al complicarles la vida, les lleváis —tenéis experiencia— al gaudium cum pace, a la alegría y a la paz*²⁰.

El apostolado dará fruto, las vocaciones vendrán con abundancia si estamos bien unidos al Señor por la oración y el espíritu de penitencia. Por eso acudimos a la Virgen, Medianera de todas las gracias: *ésta es la voluntad del Señor, que quiso que todo lo obtuviéramos por María*²¹.

(20) De nuestro Padre, Carta, 9-1-1959, n. 16.

(21) San Bernardo, *De aquaeducto sermo* 1.

237.

MARTES

—Misión de los laicos dentro de la Iglesia.

—Actividad de los cristianos en la entraña de la sociedad civil.

—Servicio que los miembros del Opus Dei prestan a la Iglesia.

LOS LAICOS, congregados en el pueblo de Dios y constituidos en un solo Cuerpo de Cristo bajo una sola Cabeza, cualesquiera que sean, están llamados, por ser miembros vivos, a procurar el crecimiento de la Iglesia y su perenne santificación con todas sus fuerzas, recibidas por beneficio del Creador y gracia del Redentor^x.

A los laicos pertenece por propia vocación buscar el reino de Dios tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales. Viven en el siglo, es decir, en todas y cada una de las actividades y profesiones del mundo, así como en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social con las que su existencia está como entretejida. Allí están llamados por Dios a cumplir su cometido, guiándose por el espíritu evangélico, de modo que, igual que la levadura, contribuyan

(1) Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 33.

desde dentro a la santificación del mundo y de este modo manifiesten a Cristo a los demás².

Desde que el Señor suscitó su Obra, en 1928, vivimos este espíritu que ha sancionado el Concilio Vaticano II: de santificación de todas las estructuras temporales, de santidad en el mundo, tomando ocasión del mundo. *La labor que Dios quiere de nosotros no se desarrolla de ordinario en ambientes eclesiásticos o religiosos, sino en la misma entraña de la sociedad civil.*

Se trata de hacernos presentes —con la ciencia de Dios y por medio de las ciencias humanas, del trabajo profesional de cada uno— en todas las actividades de los hombres, allí donde haya un alma que salvar, siempre con los brazos abiertos para todos y para todo lo humano noble.

Y así, cada uno con el bagaje de su propia preparación profesional, de toda la cultura humana que pueda adquirir, con la mentalidad característica de su ambiente y de su condición, hará llegar la doctrina de Jesucristo, con don de lenguas, de manera que le entiendan, a todos los hombres que encuentre en el camino de su vida.

Muchas almas, al recibir de este modo la luz de Dios, volverán a preguntarse admiradas, como aquella multitud —ex omni natione, quae sub cáelo est (Act. 17, 5), de todas las naciones del mundo— que presen-

(2) *Ibid.*, n. 31.

*ciaba la efusión de la Pentecostés: et quomodo nos audivimus unusquisque linguam nostram, in qua nati sumus? (Act. 11, 8), ¿cómo es que los oímos cada uno de nosotros hablar en nuestra lengua nativa?*³.

San Pablo nos habla de la diversidad de dones en la Iglesia: *hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo; y diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo; y diversidad de acciones, pero Dios es el mismo, que obra todo en todos. A cada uno se le concede la manifestación del Espíritu para provecho común* *. Nosotros también tenemos un don de Dios, una llamada expresa a contribuir a la edificación de la Iglesia, valiéndonos de nuestra profesión, de la propia actividad en el mundo.

EL EVANGELIO de la Misa de hoy nos presenta a Jesucristo que, ante la trampa que le habían tendido los fariseos y herodianos sobre el pago de los tributos, responde con una sentencia que va más allá de la simple diatriba legal: *dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios*⁵.

Ciudadanos al mismo tiempo de la sociedad eclesial y de la sociedad civil, con todos los derechos y todos los deberes de los demás ciudadanos, los cristianos que vivimos y trabajamos en medio del mundo hemos de hacer frente a la mentalidad laicista.

(3) De nuestro Padre, *Carta*, 15-VIII-1953, nn. 8-9.

(4) I Cor. XII, 4-7.

(5) Ev. (Marc. XII, 17).

Desgraciadamente, esta *mancha negra* del laicismo —así la describía nuestro Padre hace muchos años— *avanza y avanza, especialmente en los países latinos, de una manera más hipócrita en otras naciones: es el ambiente anticlerical, el anticlericalismo malo, que quiere relegar a Dios y a la Iglesia al fondo de la conciencia. Aunque no es eso. Vamos a decirlo de otra manera más clara: quiere como encerrar a Dios y a la Iglesia dentro de los límites de la vida privada, sin que el hecho de tener la fe y la moral del cristiano se manifieste en la vida pública*⁶.

En nuestro apostolado personal, hemos de recordar que todo lo humano justo y noble tiene también un sentido divino, pues de Dios procede y a Dios se ordena. Evitaremos así una dicotomía frecuente en la vida de bastantes católicos, pues *se malentiende, a veces, aquella distinción que hizo el Señor entre las cosas de Dios y las cosas del César (cfr. Matth. XXII, 21). Distinguió Cristo los campos de jurisdicción de dos autoridades: la Iglesia y el Estado y, con ello, previno los efectos nocivos del cesarismo y del clericalismo. Sentó la doctrina de un anticlericalismo sano que es amor profundo y verdadero al sacerdocio —da pena que la alta misión sacerdotal se rebaje y envilezca, mezclándose en asuntos terrenos y mezquinos—, y fijó la autonomía de la Iglesia de Dios y la legítima autonomía*

(6) De nuestro Padre, *Carta*, 30-IV-1946, n. 32.

de que goza la sociedad civil, para su régimen y estructuración técnica.

Pero la distinción establecida por Cristo no significa, en modo alguno, que la religión ha de relegarse al templo —a la sacristía— ni que la ordenación de los asuntos humanos haya de hacerse al margen de toda ley divina y cristiana. Porque esto sería la negación de la fe de Cristo, que exige la adhesión del hombre entero, alma y cuerpo; individuo y miembro de la sociedad.

El mensaje de Cristo ilumina la vida íntegra de los hombres, su principio y su fin, no sólo el campo estrecho de unas subjetivas prácticas de piedad. Y el laicismo es la negación de la fe con obras, de la fe que sabe que la autonomía del mundo es relativa, y que todo en este mundo tiene como último sentido la gloria de Dios y la salvación de las almas⁷.

TU VOCACIÓN de cristiano te pide estar en Dios y, a la vez, ocuparte de las cosas de la tierra, empleándolas objetivamente tal como son: para devolverlas a El«.

Todo está pidiendo, como exigencia de su mismo ser, orden a Dios. Nos hemos entregado al servicio del Señor para que reine en las almas, y servimos a

(⁷) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1959, n. 31.

(⁸) *Surco*, n. 295.

la Iglesia desde la entraña de la sociedad civil, vivificando todas las tareas humanas. Esta es la misión específica de los fieles laicos, aunque en los últimos siglos, los religiosos de vida activa, tratando de acercarse al mundo —aunque siempre desde fuera— han intentado especializar sus apostolados e infundir el espíritu cristiano en determinadas tareas humanas: educación, beneficencia, etc. Labor benemérita, aunque con frecuencia no tenía tanto la finalidad de configurar o expresar la vocación propia de los religiosos como la de suplir la falta de iniciativa de los ciudadanos católicos. Estos, quizá porque se había descuidado su formación cristiana, no sentían la responsabilidad de cristianizar las instituciones temporales.

Pero los religiosos, en esa tarea —no específica de su vocación, sino de suplencia—, al buscar la especialización, se encontraban limitados, ya que hay muchos campos humanos que, siendo nobles y limpios, son absolutamente incompatibles con el estado propio de esas almas, cuya principal misión común es ofrecer al mundo —del que se han segregado santamente— el testimonio de su vida consagrada. Además, el laicismo de los últimos tiempos —en muchos países, aun católicos— va echando a los religiosos de las escuelas, de las instituciones benéficas, o —al menos— limitando sus actividades no estrictamente religiosas.

Con el apostolado de la Obra, los laicos, sin suplencias de ningún tipo, sino tomando posesión —con conciencia plena y responsable— del campo específico

*que Dios les ha señalado como lugar de su misión en la Iglesia, llevan a cabo un apostolado, cuyas posibilidades de especialización son imprevisibles, porque se confunden con las posibilidades del trabajo humano y de sus funciones sociales y, sin inmovilismos, ese apostolado está abierto a todos los cambios de estructuras que puedan ocurrir, con el curso del tiempo, en la configuración de la sociedad*⁹.

Y escribe también nuestro Padre: *por ese motivo, podemos decir, hijos míos, que pesa sobre nosotros la preocupación y la responsabilidad de toda la Iglesia Santa —sollicitudo totius Sanctae Ecclesiae Dei—, no de esta parcela concreta o de aquella otra*¹⁰. Por vocación divina, *servimos a toda la Iglesia con un servicio de carácter profesional, de ciudadanos que llevan el testimonio cristiano del ejemplo y la doctrina hasta los últimos rincones de la sociedad civil*."

Esta acción apostólica en la entraña de la sociedad será más eficaz si acudimos a la Santísima Virgen. *En medio del júbilo de la fiesta, en Cana, sólo María advierte la falta de vino... Hasta los detalles más pequeños de servicio llega el alma si, como Ella, se vive apasionadamente pendiente del prójimo, por Dios*¹².

(9) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1959, n. 14.

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1959, n. 15.

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1959, n. 15.

(12) *Surco*, n. 631.

238.

MIÉRCOLES

—El Señor pone en nosotros la semilla de la gracia para que fructifique.

—Necesitamos purificarnos para que la gracia crezca.

—La lucha ascética como medio de purificación interior.

LA LITURGIA de hoy propone a nuestra consideración estas palabras de San Pablo a su discípulo Timoteo: *te amonesto a que avives la gracia de Dios que hay en ti por la imposición de mis manos. Porque Dios (...) nos libró, y llamó con su santa vocación, no según nuestras obras, sino según su propósito y la gracia que nos ha sido dada en Jesucristo antes de los siglos*¹.

Cristo ha infundido en nuestras almas la vida sobrenatural. *Yo he venido para que todos tengan vida, y para que la tengan en más abundancia*². El Señor mereció con su Pasión y su Muerte la gracia necesaria para salvar y santificar a todos los hombres. Pagó con su sangre el precio de nuestra Redención y nos liberó del pecado.

Pero *es menester que Cristo, después de haber rescatado al mundo con el valiosísimo precio de sí mismo, entre en la posesión real y efectiva de las al-*

(1) *L. I (II) (II Tim. I, 6 y 9).*

(2) *Ioann. X, 10.*

*mas. Por esto, para que se lleve a cabo y sea grata a Dios la redención y salvación de todos los individuos y de las generaciones venideras hasta el fin de los siglos, es de absoluta necesidad que todos tomen contacto vital con el sacrificio de la Cruz, y así los méritos de Cristo se transmitan y apliquen*³.

*Sin el Señor —nos dice nuestro Padre— no podrás dar un paso seguro. —Esta certeza de que necesitas su ayuda, te llevará a unirte más a El, con recia confianza, perseverante, ungida de alegría y de paz, aunque el camino se haga áspero y pendiente*⁴.

Es necesario que todos los miembros se asemejen a El hasta que Cristo quede formado en ellos. Por eso somos asumidos en los misterios de su vida, configurados con El, muertos y resucitados juntamente con El, hasta que con El reinemos. Peregrinos todavía sobre la tierra, siguiendo sus huellas en el sufrimiento o en la persecución, nos unimos a sus dolores como el cuerpo a la cabeza, padeciendo con El para ser con El glorificados.

Y para que incesantemente nos renovemos en El, nos concedió participar de su Espíritu, que es uno mismo en la Cabeza y en los miembros, y que de tal forma vivifica, unifica y mueve a todo el cuerpo, que su operación pudo ser comparada por los Santos Pa-

(3) Pío XII, Litt. ene. *Mediator Dei*, 20-XI-1947, n. 21.

(4) *Surco*, n. 770.

*dres con el servicio que realiza el principio de la vida, el alma, en el cuerpo humano*⁵.

El Señor nos da la vida suya, nos comunica la gracia del Espíritu Santo a través de los sacramentos, y principalmente en la Eucaristía, en la Santa Misa. *Su Carne, inmolada por nosotros, es alimento que nos fortalece; su Sangre, derramada por nosotros, es bebida que nos purifica*⁶. Agradecidos por tanta bondad, cantamos hoy con la Iglesia: *dulce y recto es el Señor; por esto enseñará el camino a los pecadores. Enderezará a los mansos en justicia, enseñará a los apacibles sus caminos*⁷.

LA GRACIA de Cristo exige nuestra cooperación consciente y libre. Dios siembra la semilla, y nosotros debemos preparar el terreno, abonarlo, quitar los abrojos: purificarnos. Esa labor humana se dirige principalmente a apartar los obstáculos, a abrir el alma a la acción de Dios, a ofrecernos sin trabas a la obra vivificadora de la gracia.

*Creced en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo*⁸; y para que la gracia se nos conceda más intensamente, necesitamos purificación, vigilancia: *pues los beneficios de Dios, dice*

(5) Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 7.

(6) Misal Romano, *Praef. Ss. Eucaristiae I*.

(7) *Ps. R. (I) (Ps. XXIV, 8-9)*.

(8) *II Petr. III, 18*.

San Ambrosio, *no se otorgan a los que duermen sino a los que velan*⁹.

Alta es la meta, a la que Jesús nos llama: inasequible, hasta el fin mismo del camino de la vida. Siempre se puede tender a más, y el que no avanza, retrocede; el que no crece, mengua. Los que me comen, *se lee en el Eclesiástico*, aún tendrán hambre; y los que me beben, aún tendrán sed (Eccli. XXIV, 29) (...).

*No nos queramos engañar: tendremos miserias. Cuando seamos viejos, también: las mismas malas inclinaciones que a los veinte años. Y será igualmente necesaria la lucha ascética, y tendremos que pedir al Señor que nos dé humildad. Es una lucha constante. Militia est vita hominis super terram (Iob VII, 1). Pero la paz está justamente en la lucha. ¡La paz es consecuencia de la victoria!*¹⁰.

*Desnudaos del hombre viejo —escribe San Pablo— según el cual habéis vivido en vuestra vida pasada, que se corrompe siguiendo los deseos del error. Renovaos en el espíritu de vuestra alma y revestios del hombre nuevo, que es creado según Dios en la justicia y santidad verdadera*¹¹. Renovación interior, purificación; es una tarea constante, pues constantes son también nuestras miserias. El espíritu de penitencia ha de crecer cada día; y tenemos un medio divino: *en el*

(9) San Ambrosio, *Expositio Evangelii secundum Lucam* 4, 49.

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 10.

(11) *Ephes.* IV, 22-24.

*Sacramento de la Penitencia es donde tú y yo nos revestimos de Jesucristo y de sus merecimientos*¹². En la Confesión hallamos la Cruz de Cristo, nos configuramos con El, y nos revestimos del hombre nuevo.

Este espíritu de purificación se manifiesta también cuando aceptamos con alegría los pequeños disgustos diarios, y los grandes, si alguna vez vinieran, presentándolos junto a la Hostia divina en la Santa Misa: *confiados en tu amor, Señor, traemos ofrendas a tu altar; para que, purificados con tu gracia, nos santifiquen los mismos misterios que celebramos para gloria de tu nombre*¹³.

ANTE esa tarea de purificación que tenemos por delante, ante el panorama de que siempre tendremos miserias y necesitaremos rectificar, mejorar un poco cada día, hay una consideración que ha de darnos optimismo: la misma lucha de cada hora, de cada minuto, nos lleva a Dios, nos purifica. Es una vida corriente la nuestra, sin cosas extraordinarias. Nada más grande que la maravilla de la gracia, que la vida de Cristo en nosotros, que la vocación corredentora que hemos recibido. Todo ese vigor sobrenatural, que no se manifiesta con espectáculo, va creciendo en el alma con la lucha humilde de todos los días.

(12) *Camino*, n. 310.

(13) *Orat. super oblata*.

Esa actividad que lleva a vencernos, que nos mueve a olvidarnos de nosotros mismos, garantiza la vida interior, la progresiva incorporación a Cristo.

Hijos míos: sabéis vosotros, como yo, que la vida interior consiste en recomenzar cada día; sabéis, como yo, que hay que luchar continuamente; y sabéis, como lo sé yo, que hay pequeños reveses que a veces parecen muy grandes, porque son faltas de amor, de entrega, de espíritu, de sacrificio. No os preocupen¹⁴. Porque —añade nuestro Padre—, si lleváis la vida del Opus Dei, de hijos de Dios, la derrota será en cosas pequeñas, en la periferia, nunca en un punto trascendental. Será una pequeña falta de amor, que se remedia con un nuevo acto de amor y con una nueva entrega. Es la lucha en cosas pequeñas, y el cielo sonríe cuando hay una de esas caídas, si continuamos luchando¹⁵.

La Confesión sacramental, el examen particular y el general, los pequeños propósitos, el empeño diario en el trabajo, la entrega silenciosa a los demás..., son otros tantos medios de purificación. *Me dirás: Padre, yo tengo muchas equivocaciones, muchos errores. Ya lo sé. Pero Dios Nuestro Señor, que también lo sabe y cuenta con ellos, sólo nos pide la humildad de reconocerlos, y la lucha para procurar rectificar, para servirle cada día mejor, con más vida interior, con una oración continua, con la piedad y con el empleo de los*

(14) De nuestro Padre, Meditación, 19-111-1960.

(15) De nuestro Padre, Crónica XII-61, p. 17.

medios que nos proporciona el Opus Dei¹⁶.

Poner en práctica fielmente esos medios significa vivir vida de fe, de esperanza y de amor. Si el Señor nos da siempre su gracia, ¿qué puede desanimarnos? *No temas nada, que Yo estoy contigo; no desmayes, que yo soy tu Dios. Yo te fortaleceré, o vendré en tu ayuda, y con la mano de mi justicia te sostendré¹⁷*, nos dice por medio del profeta Isaías. Y nuestro Fundador nos recuerda: *la gracia de Dios no te falta. Por lo tanto, si correspondest, debes estar seguro.*

El triunfo depende de ti: tu fortaleza y tu empuje —unidos a esa gracia— son razón más que suficiente para darte el optimismo de quien tiene segura la victoria¹⁸.

En la lucha ordinaria hallamos la alegría, porque encontramos a Dios que nos ayuda; y nos pasmarémos ante su eficacia, desproporcionada a nuestro esfuerzo, tanto en la santidad personal como en los frutos apostólicos.

El Corazón Dulcísimo de María, que no abandona a sus hijos, cuidó y cuida de cada uno de los pasos de la Obra de Dios en el mundo; ha allanado la senda y salvado los obstáculos; ha preparado siempre un camino seguro. Y lo mismo hará en esta lucha diaria que llevamos cada uno de sus hijos del Opus Dei: *Cor Mariae dulcissimum, iter para tutum!; Cor Mariae dulcissimum, iter serva tutum!*

(16) De nuestro Padre, Meditación, 28-V-1964.

(17) *Isai.* XLI, 10.

(18) *Surco*, n. 80.

239.

JUEVES

—El Señor quiere que le entreguemos el corazón.

—La entrega del corazón, aunque costosa, evita la miseria de las compensaciones.

—La entrega del corazón nos ayuda a vivir una caridad fraterna universal, sin particularismos.

*ESCUCHA, Israel, el Señor Dios nuestro es el único Señor, y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente y con todas tus fuerzas \ Son las palabras del Antiguo Testamento con las que Cristo responde a la pregunta que le hicieron en cierta ocasión: ¿cuál es el primero de todos los mandamientos?*². Respuesta de Jesucristo, Señor nuestro, que se entiende plenamente a la luz de aquella petición divina: *dame, hijo mío, tu corazón*³.

Dios tiene derecho a pedirnos el corazón, nuestros afectos, nuestro cariño: porque nos ha creado, nos mantiene en el ser, nos ha redimido al precio de la sangre de su Hijo y se preocupa continuamente de nosotros; porque nos ha llamado por nuestro nombre y a cada uno de nosotros nos quiere más que todas

(1) *Ev. (Marc. XII, 29-30).*

(2) *Ibid.*, 28.

(3) *Prov. XXIII, 26.*

las madres del mundo pueden querer a sus hijos *. Por eso espera que le entreguemos nuestro cuerpo con todos sus sentidos; nuestra alma, con todas sus potencias; nos pide lo más íntimo de nosotros mismos: el corazón.

Iesus Christus heri, et hodie: ipse et in saecula; *Jesucristo el mismo que ayer es hoy; y lo será por los siglos* (Hebr. XIII, 8).

Jesucristo vive, *con carne como la mía, pero gloriosa; con corazón de carne como el mío*. Scio enim quod Redemptor meus vivit, *sé que mi Redentor vive* (Iob XIX, 25). *Mi Redentor, mi Amigo, mi Padre, mi Rey, mi Dios, mi Amor, ¡vive! Se preocupa de mí. Me quiere más que la bendita mujer —mi madre— que me trajo a este mundo (...). ¡Cuántas veces esta consideración, tan sencilla y trillada, ha sido el origen de un devorador incendio de Fe y Amor, en más de un corazón varonil!*⁵.

Preparado está mi corazón, oh Dios, preparado está mi corazón, decimos con la Iglesia; *cantaré y entonaré salmos a Ti, mi gloria*⁶. No podemos dejar de oír el requerimiento enamorado del Señor. Y ante esa insistencia —*dame, hijo mío, tu corazón*—, nace en el fondo del alma enamorada el deseo sincero de decir a nuestro Dios: *¡Jesús, guarda nuestro corazón! ¡Guárdalo para ti! Un corazón recio, fuerte, duro y*

(4) *Camino*, n. 267.

(5) De nuestro Padre. *Instrucción*, 9-1-1935, nn. 248-249.

(6) *Ad Laudes* (Ps. LVI, 8).

tierno y afectuoso y delicado, lleno de caridad, por Ti, con mis hermanos y con todas las almas⁷. De este modo mereceremos oír el elogio que Jesús dirigió al escriba, después de que éste aceptara en toda su integridad el primer mandamiento: *no estás lejos del Reino de Dios*⁸.

*DESASIMIENTO. Vuestro corazón debe estar en el cielo. Sólo así podréis luego ponerlo, en su justa medida, en las cosas de la tierra*⁹. Cuesta este desasimiento porque el corazón muchas veces busca consuelos sensibles, experimenta el deseo, demasiado humano, de sentirse querido, comprendido, disculpado por los demás: busca compensaciones terrenas. ¡Pobre corazón, que es el que te escandaliza! Apriétalo, estrújalo entre tus manos: no le des consuelos. —Y, lleno de una noble compasión, cuando los pida, dile despacio, como en confidencia: "Corazón, ¡corazón en la Cruz!, ¡corazón en la Cruz!"¹⁰.

Hay que volver los ojos a Jesucristo, que es nuestro Amor, y decirle que, a pesar de nuestra debilidad, queremos ser suyos, solamente suyos. ¿No presientes que te aguarda más paz y más unión cuando hayas correspondido a esa gracia extraordinaria que te exige un total desasimiento?

(7) De nuestro Padre, Meditación, 6-1-1956.

(8) Ev. (Marc. XII, 34).

(9) De nuestro Padre, n. 149.

(10) Camino, n. 163.

—*Lucha por El, por darle gusto: pero fortalece tu esperanza*¹¹.

Cuando arrecia el afán de compensaciones, cuando la tentación de los consuelos humanos quiere encadenar el corazón, y apartarlo del Amor divino, hay que pensar en el Cielo, en aquella felicidad sin fin que el Señor nos tiene reservada: *¿por qué abocarte a beber en las charcas de los consuelos mundanos si puedes saciar tu sed en aguas que saltan hasta la vida eterna?*¹².

Si hemos entregado a Cristo el corazón —entero, joven, vibrante—; si buscamos sólo a El y su gloria, no queda lugar para el peligro del apegamiento a las criaturas: porque queremos a las personas y a las cosas por amor de Dios, con el Corazón de Cristo.

¡Qué claro el camino!... ¡Qué patentes los obstáculos!... ¡Qué buenas armas para vencerlos!... —Y, sin embargo, ¡cuántas desviaciones y cuántos tropiezos! ¿Verdad?

—*Es el hilillo sutil —cadena: cadena de hierro forjado—, que tú y yo conocemos, y que no quieres romper, la causa que te aparta del camino y que te hace tropezar y aun caer. —¿A qué esperas para cortarlo... y avanzar?*¹³.

Cuando viváis toda esa doctrina —nos dice nuestro Padre—, a veces no os bastará hablar, tendréis ne-

¡Jl) Camino, n. 152.

UJl) Camino, n. 148.

UJl) Camino, n. 170.

cesidad de cantar por amor, como esos jóvenes que van de ronda; pero vosotros haréis coplas de amor humano a lo divino, y os sentiréis como aquellas criaturas de las que habla Ezequiel, para representar a los evangelistas del Señor: ibant et revertebantur in similitudinem fulguris coruscantis (Ezech. 1, 14); andaréis por el mundo, dando luz, como hachones encendidos que chispean fuego ¹⁴.

TIENES miedo de hacerte, para todos, frío y envarado. ¡Tanto quieres despegarte!

—Deja esa preocupación: si eres de Cristo —¡todo de Cristo!—, para todos tendrás —también de Cristo— fuego, luz y calor ¹⁵. La entrega completa del corazón nos ayuda a vivir la caridad fraterna, porque elimina el peligro de buscarnos a nosotros mismos, y evita que el cariño a nuestros hermanos se base únicamente en razones humanas. Si tenemos el corazón puesto sólo en Dios, y por El, en nuestros hermanos y en todas las almas, podremos seguir de verdad el consejo de San Agustín: *ama y haz lo que quieras. Si callas, calla por amor (...); si corriges, corrige por amor; si perdonas, perdona por amor. Que exista en tu alma esa raíz de caridad, pues de ella no puede proceder sino bien* ¹⁶.

(14) De nuestro Padre, *Carta*, 11-111-1940, n. 30.

(15) *Camino*, n. 154.

(16) San Agustín, *In Epístola Iohannis ad Parthos tractatus* 7-8.

El amor a Dios nos llevará a querer a todos por igual, a pesar de las diferencias de carácter, de gustos, de temperamentos. *Lo malo no es tener simpatía o antipatía hacia unas personas concretas, ha dicho nuestro Padre; lo malo es demostrar esa simpatía o esa antipatía, en detrimento de la verdadera caridad* ¹⁷. En Casa queremos a todos, de modo inquebrantable, firme, constante, con un cariño que no nace de afinidad humana, sino de la común fraternidad sobrenatural. Por eso, dice nuestro Fundador, *entre los tuyos, evita cuidadosamente aun la apariencia de una amistad particular* ¹⁸, que sería índice claro de que vivimos aún en un plano demasiado humano; sería abrir las puertas a muchos males, con perjuicio de la unidad del apostolado, peligro para las almas, daño para la Obra e ineficacia para el servicio que debemos a la Iglesia ¹⁹. Por esta razón nuestro Padre nos previene contra esas inclinaciones de simpatía, de parentesco, de paisanaje, de amistad anterior a la vocación, de estudios comunes, etc., que son ordinariamente el origen de esos posibles errores ²⁰.

Como fruto de este rato de oración, renovemos el propósito de despegar el corazón de todo afecto desordenado para ponerlo sólo en Dios Nuestro Se-

11!! ¹⁸ nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, nota 125.

119 ¹⁹ *Camino*, n. 366.

11 ²⁰ nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, n. 87.

1 ²¹ ²² nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, n. 87.

ñor. *El Amor... ¡bien vale un amor!*²¹. Pidamos a Jesús que el Sacramento de su Cuerpo y de su Sangre nos sirva de medicina espiritual y limpie nuestro corazón; que nos haga amar a todos nuestros hermanos, a todas las almas, con cariño sacrificado y generoso, como El nos ha amado. *Pedid a la Madre bendita del Cielo que purifique vuestro corazón, y Ella lo alcanzará del Padre*²².

(21) *Camino*, n. 171.

(22) De nuestro Padre.

240.

VIERNES

—La fe es el inicio de la salvación.

—La razón puede mostrar los fundamentos de la fe.

—Conocer bien nuestra fe y sus fundamentos, para poder difundirla.

*TODA Escritura divinamente inspirada es útil para enseñar, para corregir y para instruir en la justicia. Para que el hombre de Dios sea perfecto y esté prevenido para toda obra buena*¹. Esta enseñanza, que leemos en la Misa de hoy, la dirigía San Pablo a Timoteo a fin de inculcarle la perseverancia en la fe recibida, porque la fe es la puerta de todos los bienes sobrenaturales. Y de esa amonestación paulina se hacía eco nuestro Padre cuando nos escribía: *fortes in fide* (I Petr. V, 9), *así os veo, hijas e hijos queridísimos: fuertes en la fe, dando con esa fortaleza divina el testimonio de vuestras creencias en todos los ambientes del mundo, movidos por el poder impetuoso del Espíritu Santo en una renovada Pentecostés*².

Dios se ha manifestado a los hombres. La revelación es *locutio Dei*, un hablar de Dios, con palabras humanas, para darnos a conocer las verdades divinas.

Esta revelación de sí mismo y de sus designios

(1) *L I* (II) (ii) rim. n. 16.7)
 12. Ue nuestro Padre, *Carta*, 19-111-1967, n. 1.

*amorosos para nosotros culminó cuando quiso el Verbo divino asumir nuestra naturaleza*³. La revelación tiene su centro en la Persona de Jesús y en su Palabra, y tiene que aceptarse por medio de la fe; hay que creer en ella. No hay que conocerla solamente, sino que es preciso acogerla con un acto vital y total de la inteligencia y del corazón, porque es El, Cristo, quien la anuncia; porque sólo El "tiene palabras de vida eterna" (Ioann. VI, 69), como exclamó San Pedro después del difícil discurso de Cafarnaúm, anunciador de la Eucaristía*.

*Sin la fe es imposible agradecer a Dios. Por eso, el que se acerca a Dios debe creer que Dios existe y que es remunerador de los que le buscan*⁵. La fe es absolutamente necesaria para alcanzar la salvación. Mientras vivamos en la tierra, es la fe la que nos hace conocer a Dios, de modo sobrenatural y a la vez oscuro. Pero ¿por qué esta oscuridad? Este es el secreto de los designios divinos: "investigabiles viae eius" (Rom. XI, 33), no podemos entender sus caminos. Dios quiere ponernos a prueba en la fe durante esta vida, y nuestra salvación depende de que aceptemos su designio⁶.

Al mismo tiempo, la fe es una luz que eleva al entendimiento muy por encima de sus fuerzas, y le

(3) De nuestro Padre, Carta, 19-11-1967, n. 6.

(4) Pablo VI, alloc. 15-11-1967.

(5) Hebr. VI, 69.

(6) Pablo VI, alloc. 15-11-1967.

hace capaz de aceptar las verdades altísimas reveladas por Dios, que jamás hubiera sospechado la mente humana. *Con la luz de la fe y la meditación de la palabra divina, puede uno conocer siempre y en todo lugar a Dios, "en quien vivimos, nos movemos y somos"* (Act. XVII, 28), *buscar su voluntad en todos los acontecimientos, contemplar a Cristo en todos los hombres, sean conocidos o extraños, y juzgar rectamente sobre el sentido y valor de las cosas en sí mismas y en relación al fin del hombre*⁷.

La fe es el fundamento de las cosas que se esperan⁸, un anticipo de la visión clara del Cielo; la fe es para los hombres el principio de la salvación: *humanae salutis initium est*⁹. Como San Pedro hacía notar a los primeros cristianos: *el poder de Dios os conserva por medio de la fe, para haceros gozar de la salvación que ha de manifestarse en los últimos tiempos*¹⁰.

PARA creer es imprescindible la inspiración y ayuda de la gracia, porque nada hay sobre la tierra que pueda mover eficazmente a abrazar la fe: *cree-mos que es verdadero lo que Dios nos ha revelado, confiesa la Iglesia; no por la intrínseca verdad de las cosas, percibidas por la luz natural de la razón, sino*

(7) Concilio Vaticano II, decr. *Apostolicam actuositatem*, n. 4.

(8) Hebr. XI, 1.

(9) Concilio Vaticano I, Const. dogm. *Dei Filius*, cap. 3.

(10) I Petr. I, 5.

*por la autoridad de Dios que revela, que no puede engañarse ni engañarnos*¹¹.

La razón no puede llevar a la fe, pero sí es capaz de mostrar sus fundamentos y de ilustrar su contenido. La razón puede descubrir por sí sola que Dios existe y que es posible y conveniente el hecho de la Revelación, y que muchas y sólidas razones dan testimonio de este hecho.

Por una parte, no es la fe fruto del razonamiento. Por otra parte, la mente humana tiene capacidad para alcanzar verdades inmutables y necesarias. Si lo primero es indispensable para salvaguardar la sobrenaturalidad estricta de la fe, lo segundo lo es para salvar la objetividad misma de la Verdad revelada, que supone el recto uso de la razón.

*Sin embargo, en la situación actual de naturaleza caída en que nos encontramos, se hace más difícil el conocimiento natural de la verdad, especialmente por lo que se refiere a Dios y a los preceptos morales. Y la fe viene también a sanar esa herida que nos dejó el pecado original*¹².

La fe católica tiene un sólido fundamento racional; tenemos poderosos motivos para creer: los milagros, hechos históricos que nos narra la Sagrada Escritura y la Tradición; las profecías, que se cumplen; la Vida, la Muerte y la Resurrección de Jesucristo,

(11) Concilio Vaticano I, Const. dogm. *Dei Filius*, cap. 3.

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 19-II-1967, nn. 35-36.

verdades históricas incontrovertibles. Y después, la asombrosa expansión y vida de la Iglesia, su perennidad a través de los tiempos; la sublimidad de su doctrina, que llena las más altas aspiraciones de los hombres. Incluso la experiencia de felicidad y de amor, cuando creemos en la verdad revelada, es otro motivo que refuerza la credibilidad. Todo eso, avalado por el testimonio de muchas almas santas, nos dice que lo más razonable es creer. *Ninguno ha creído a Sócrates, hasta morir por su doctrina* —exclamaba San Justino—; *pero, por Cristo, hasta los artesanos y los ignorantes han despreciado, no sólo la opinión del mundo, sino también el temor de la muerte*¹³.

Pero, bien lo sabemos, la fe es una gracia. Se puede desear la salvación, se puede desear la fe; pero para asentir a la verdad revelada por Dios, diciendo "yo creo", es necesaria la gracia divina. Sólo Dios nos puede mover. Por eso, para acrecentar nuestra fe, hemos de pedirle como los Apóstoles: *adauge nobis fidem*¹⁴, auméntanos la fe. Entonces podremos ser testimonios vivos de Dios y *decir a la sociedad que nos rodea, decir al mundo cercano y lejano, que creemos en Jesucristo y que le queremos seguir; y que siguiéndole no andamos a ciegas, en las tinieblas, sino en la luz de su palabra, de sus ejemplos, de su gracia*¹⁵.

(13) San Justino, // *Apología* 10.

(14) *Luc.* XVII, 5.

(15) Pablo VI, *alloc.* 19-11-1967.

HERMANOS —nos dice San Pablo—, *no tenemos que luchar sólo contra las desviaciones de la carne y de la sangre, sino también contra los principados y las potestades, contra los gobernadores de estas tinieblas del mundo, contra los espíritus malignos de los aires*¹⁶.

La advertencia del Apóstol es clara. No sólo está en la carne y en lo sensible lo que dificulta la fe. Está también en el demonio, y en lo espiritual cuando se desvía. Se opone también a la fe la siembra de confusión, que desorienta las inteligencias, y que a veces condiciona la cultura. *La herejía y la impiedad suelen ahora provenir, más que de controversias directamente teológicas, de errores propugnados por las ciencias profanas: no porque las ciencias profanas puedan por sí mismas oponerse a la verdad sobrenatural —la luz de la razón, que proviene de Dios, no puede contradecir la luz de la revelación divina—, sino porque los hombres, movidos por las mismas pasiones que en otros tiempos, tratan ahora de encontrar el fundamento del ateísmo o de la herejía especialmente en las llamadas ciencias experimentales*¹⁷.

Tenemos una gran labor que hacer, en el campo de las ideas, para ir deshaciendo prejuicios: mostrar los preámbulos de la fe, preparar el terreno —librarlo de materialismo y de una desordenada exaltación del hombre— donde arraigue la semilla de la pala-

(16) *Ephes.* VI, 12.

(17) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1951, n. 6.

bra divina en toda su integridad y con todas sus consecuencias. *Tenemos el deber de cooperar, con la mayor eficacia posible, a que todas las ciencias sean medio para hacer la apología de la Fe Católica*¹⁸.

Pero defender la fe católica y difundirla no quiere decir que se pretenda incrustarla en la conciencia de las gentes, a base de discursos y disquisiciones. *Cada uno recorre su propio camino hacia la verdad, al paso que le marca Dios —siempre contando con la libertad personal y con las pasiones—, y nos hemos de sentir obligados a adaptar nuestra ayuda a esas disposiciones del prójimo y a la labor que la gracia va obrando en su alma*¹⁹.

No podemos meter la fe en la mente y el corazón de las personas a martillazos. *Por eso no me han gustado nunca expresiones como vencer al adversario, triunfar en una discusión, y otras semejantes; y, cuando se trata de un diálogo de apostolado para acercar un alma a Dios, las encuentro totalmente inapropiadas: porque quien recibe la fe o crece en la vida de la gracia, se siente siempre victorioso, no ha sido vencido, sino que ha vencido en él el amor de Dios*²⁰. Esa ha de ser nuestra actitud: hacer amable la verdad, apartando los prejuicios que se pueden oponer para aceptarla. Y luego, rezar, y atraer con el ejemplo, porque *la fe se vive con toda la vida y*

(18) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1951, n. 12.

(19) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1965, n. 33.

(20) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1965, n. 33.

*es virtud sobrenatural que da Dios a la inteligencia. Se consigue llamando a Dios con la humildad y con las buenas obras: la fe debe pedirse humildemente, con oración y con una conducta honrada, con unas costumbres limpias*²¹.

*Invocad a la Santísima Virgen; no dejéis de pedirle que se muestre siempre Madre nuestra —monstra te esse Matrem!—, y que nos dé, con la gracia de su Hijo, claridad de buena doctrina en la inteligencia y amor y pureza en el corazón, con el fin de que sepamos ir a Dios y llevarle muchas almas*²².

(21) De nuestro Padre.

(22) De nuestro Padre, n. 281.

241.

SÁBADO

—La vida cristiana exige lucha.

—No permitir que nuestra alma se enturbie y para eso ser siempre dóciles.

—El Señor nos da los medios para ser fieles en la lucha ascética.

POR LA mente de San Pablo discurriría toda su vida, gastada en el servicio de Dios, al escribir estas palabras a Timoteo: *ya estoy a punto de ser inmolado y cerca está el tiempo de mi muerte. He peleado buena batalla, he acabado mi carrera, he guardado la je. Por lo demás, me está reservada la corona de la justicia, que el Señor justo Juez me dará en aquel día; y no sólo a mí, sino también a aquellos que aman su venida*¹. Nos espera la felicidad eterna del Cielo, el amor inconmensurable de Dios, si somos fieles. Pero, como San Pablo, hemos de pelear de continuo, deportivamente, por Amor a Dios, con la esperanza del premio.

Bien sabemos que la santificación es obra de la gracia, de la acción del Espíritu Santo en el alma, y que a nosotros se nos pide sólo corresponder a ese continuo don. Pero, aun con la buena disposición de

⁽¹⁾ L / (II) (II Tim. IV, 6-8).

dejarnos conducir por el Paráclito, siempre habremos de mantenernos vigilantes, con oración y sacrificio, porque el espíritu en verdad está pronto, mas la carne es flaca².

Además, el alma puede enfermar, como ocurre con el cuerpo, y somos capaces de comportarnos como criminales o como necios. En la tierra, hijos, no hay santos; todos somos pecadores, y podemos cometer cualquier locura, hasta la de perder nuestra alma. Por eso, os repito siempre que hay que luchar continuamente, que lo importante es no abandonarse.

Si hay una guerra, es preciso hacerla bien, con todos los medios a nuestro alcance. Cuando un soldado, en medio del combate, busca las municiones y no las encuentra, porque ha sido poco previsor, está perdido: la derrota es segura.

Nosotros podemos perder batallas, pero no la guerra. Si salís derrotados alguna vez en una escaramuza, acudid rápidamente a la Confesión. Pero recordad, hijos, que no conviene perder ningún combate, porque no sabemos cuál puede ser el último. Hemos de luchar siempre como si cada pelea fuese la decisiva, la que determina la suerte de la guerra.

Dios es muy bueno, hijas e hijos míos; nos ama como un Padre amorosísimo, siempre dispuesto a perdonar, a acoger de nuevo a quien regresa arrepentido después de haber dilapidado la mitad de la hacienda.

(2) Marc. XIV, 38.

Pero no podemos ser malos hijos de un buen Padre. Por eso os insisto tanto en la importancia de la última batalla, convencido de que cualquier tarea, cualquier trabajo, cualquier vencimiento, son posibilidades de hacer al Señor el ofrecimiento de nuestra vida³.

Dios nos busca de continuo, con cariño de padre y de madre. El Señor está siempre a la expectativa. Vive amorosamente en nuestras almas, y no se va, si luchamos sinceramente; más aún, cuando combatimos contra el pecado venial, contra las imperfecciones, se queda más a gusto. No sólo se queda, sino que nos hace probar y vivir del sentido de su amor.

Alimentad, por tanto, el corazón con amor de Dios. ¡Dádselo todo! Y llenad también ese corazón de amor al prójimo, que, si es verdadera caridad, pasará por el Corazón Sacratísimo y Misericordioso de Jesús, y por el Corazón Purísimo de María, Madre de Dios y Madre nuestra⁴.

EN ESTA tienda espiritual que llena el alma de paz, además de los grandes enemigos —el egoísmo, el orgullo, la pereza, la sensualidad...— hay que hacer frente a adversarios más pequeños pero no menos peligrosos que, en una especie de guerrilla sin tregua, desgastan las fuerzas y preparan el terreno para acometidas devastadoras.

(3) De nuestro Padre, Crónica, 1974, pp. 218-219.

(4) De nuestro Padre, Crónica, 1974, p. 219.

El que busca compensaciones para su corazón, aunque sean muy pequeñas, es tonto de capirote, porque lo pasa muy mal; y además de pasarlo muy mal, se expone a perder la felicidad de aquí y la vida eterna. Os aseguro que no conozco ninguno que se haya apartado del camino y sea feliz: ¡si pudieran deshacer lo que han hecho, no lo dudarían! Han comprobado que se sufre entonces y se sufre después. ¡Vamos a escarmentar en cabeza ajena, hijos míos!

Lo que hay que hacer en todo momento es perseverar, guardarse⁵. No permitiremos que nuestra alma se enturbie con pequeneces de imaginación, de amor propio, de respetos humanos, de agravios que nadie nos ha hecho, de caprichos y complicaciones en la lucha que no son lo que el Señor nos pide.

En la vida espiritual es necesaria la docilidad del alma, y estoy seguro de que mis hijos siempre obedecerán. Puede ocurrirnos que alguna vez una indicación os siente mal, y entonces debéis tener la humildad de decirlo: me va a costar mucho, pero con la ayuda de Dios lo voy a hacer. Ante esas dificultades, no penséis que sois peores; me atrevería a decir que sois mejores, porque habéis perdido un poco de esa ingenuidad infantil, y habéis adquirido una madurez que os llevará a hacer las cosas a contrapelo, con gusto. Yo he trabajado casi siempre a contrapelo, y por eso entiendo que pueda haber

(5) De nuestro Padre, Crónica, 1974, p. 220.

una resistencia; pero una resistencia que, venciendo-la, hace más meritoria la docilidad.

Vamos a hilar fino en nuestra vida interior, exigiéndonos y dejando que nos exijan. La guerra, la lucha interior, es continua, y el Señor pide fidelidad y audacia para seguirle generosamente. A veces cuesta, pero tampoco hay que exagerar: todos tenemos la tendencia a ser excesivamente comprensivos con nosotros mismos. Os digo que, aunque sea muy grande el obstáculo, como la gracia y el cariño de Dios nunca nos faltan, si queremos, venceremos⁶.

TODO, absolutamente todo, se puede superar con una sonrisa en los labios o con la alegría interna de saber que se está sirviendo. Y se supera con oración, con mortificación, y esperando en Dios. Agradezco a cada uno de mis hijos y de mis hijas su fidelidad, porque os dais cuenta de que la entrega total de cada uno es necesaria. Sólo fracasaremos si abandonamos los medios que el Señor nos ha dado. Sed exigentes con vosotros mismos: pensad que en cada momento debéis marchar al paso de Dios. Y sed exigentes, también pensando en el futuro, para que este espíritu de la Obra se mantenga genuino al cabo de los siglos. No olvidéis que depende de cada uno de vosotros.

Contad sinceramente vuestra vida en esa charla

W De nuestro Padre, Crónica, 1974, p. 221.

confidencial, a la que acudís a buscar los remedios espirituales para vuestra alma: tiene muchísima importancia. Os aseguro que, sin dirección espiritual, sin la confesión contrita, no puede haber verdadera vida interior. Cada alma necesita que le exijan: por eso os pido insistentemente que cuidéis esos medios.

Amad, recibéndolo con delicadeza, el Sacramento de la Penitencia. Yo me lleno de gozo, me da mucha alegría confesarme porque sé que el Señor me vuelve a perdonar. Hago muy a gusto de hijo pródigo, y estoy persuadido de que, con la práctica piadosa de la confesión, se aprende a tener más dolor, y por tanto más amor. Pasan por la cabeza, sin escrúpulos, todo ese conjunto de detalles en los que podríamos haber sido más generosos, más entregados, más hijos de Dios.

Hemos de mantenernos metidos en Dios: lo necesitamos, y lo necesitan los demás. La gente acude a cada uno de vosotros para buscar la fortaleza y la seguridad de la fe que ven en vuestras vidas. Pedid, como los Apóstoles: adauge nobis fidem! (Luc. XVII, 5), auméntanos la fe, con el fin de que las almas encuentren en todos nosotros la seguridad de Dios.

No os pongáis orgullosos cuando vencéis una batalla en la vida interior o en el apostolado, porque la victoria se debe siempre a la gracia de Dios, y a la buena disposición de los que escuchan. Somos simplemente instrumentos inútiles, pobres, que queremos y podemos ser fieles. Y si somos fieles en el deber de cada instante, la gracia del Señor no nos faltará en el

momento decisivo. Hemos de darnos cuenta de que siempre es hora de estar unidos como una roca, recia, compacta, fuerte, para que Cristo se apoye en nosotros. Ut castrorum acies ordinata! fCant. VI, 3), unidos como un ejército en orden de batalla.

Hijas e hijos míos, os lo quiero repetir: no está lo importante en comenzar, sino en terminar. Comenzar ya es algo, pero acabar es todo. Por eso pido al Señor y a su Madre bendita, por medio de San José, que es el mejor abogado, que vosotros y yo seamos perseverantes en el amor, fieles a nuestra vocación. De esta manera haremos mucho bien a las almas y a la Iglesia y, además, nos ganaremos el tesoro de la felicidad eterna del Cielo⁷.

(⁷) De nuestro Padre, Crónica, 1974, pp. 221-223.

242.

DOMINGO X DEL TIEMPO ORDINARIO

- Compasión del Señor por la viuda de Naím. Apostolado.
- En nuestra vida interior hay lugar para continuas resurrecciones con actos de contrición.
- Comenzar y recomenzar siempre que haga falta.

SE VEÍA el Tabor, en frente, coronando un valle fértil de tierra buena. Por el camino subía el Señor, con sus discípulos y un inmenso gentío, hacia la ciudad de Naím. A las puertas de la aldea, se encontraron con otro cortejo, más sombrío y callado: *sacaban a enterrar a un difunto, hijo único de su madre, que era viuda*¹. En la comitiva fúnebre, quizá ninguno sabía de Jesús, de su omnipotencia divina para resucitar muertos; el caso es que nadie hizo ademán de detenerle: ni siquiera aquella pobre mujer que lloraba a su único hijo.

Jesús ve la congoja de aquellas personas, con las que se cruzaba ocasionalmente. Podía haber pasado de largo, o esperar una llamada, una petición. Pero ni se va ni espera. Toma la iniciativa, movido por la aflicción de una mujer viuda, que había perdido lo único que le quedaba, su hijo.

(1) Ev. (C) (Luc. VII, 12).

El evangelista explica que Jesús se compadeció: quizá se conmovería también exteriormente, como en la muerte de Lázaro. No era, no es Jesucristo insensible ante el padecimiento, que nace del amor, ni se goza en separar a los hijos de los padres: supera la muerte para dar la vida, para que estén cerca los que se quieren, exigiendo antes y a la vez la preeminencia del Amor divino que ha de informar la auténtica existencia cristiana.

*Cristo conoce que le rodea una multitud, que permanecerá pasmada ante el milagro e irá pregonando el suceso por toda la comarca. Pero el Señor no actúa artificialmente, para realizar un gesto: se siente sencillamente afectado por el sufrimiento de aquella mujer, y no puede dejar de consolarla. En efecto, se acercó a ella y le dijo: no llores (Luc. VII, 13). Que es como darle a entender: no quiero verte en lágrimas, porque yo he venido a traer a la tierra el gozo y la paz. Luego tiene lugar el milagro, manifestación del poder de Cristo Dios. Pero antes fue la conmoción de su alma, manifestación evidente de la ternura del Corazón de Cristo Hombre*².

*El Señor se acercó y tocó el féretro. Los que lo llevaban se detuvieron; y dijo: muchacho, a ti te digo, levántate*³. El muchacho se incorporó ante el imperio de la voz de Jesucristo. Y su cuerpo, que fue ca-

(2) £5 Cristo que pasa, n. 166.

(3) Ev. (C) (Luc. VII, 14).

dáver, sintió que la vida tornaba a correr por sus venas; sus labios secos volvieron a hablar, y en sus ojos apagados brilló de nuevo la luz. *Y le entregó a su madre* *.

*El joven resucitó y la madre viuda se llenó de alegría. Todos los días —comenta San Agustín— hay hombres que resucitan espiritualmente: y su madre, la Iglesia Santa, se alegra. La muerte, en aquel joven, había arrebatado el cuerpo; en éstos, el alma. La muerte en aquél era visible a los ojos de quienes le rodeaban; la muerte de éstos, en cambio, huye de las miradas de los que no tratan de verla. Cristo, que conoce a los muertos, le buscó. Sólo El, que conocía a los muertos, podía restituirlos a la vida. Porque si no hubiese venido para resucitar a los muertos, no habría podido decir el Apóstol: "oh tú, que duermes, levántate; levántate de entre los muertos y te iluminará Cristo" (Ephes. V, 14) *

Es un mandato que muchas veces tendremos ocasión de dirigir a tantas personas alejadas de Dios que encontramos en nuestro camino. No imaginemos que son difíciles de tratar; pensemos que Jesucristo es más indulgente con ellos, porque no le conocen; que sólo espera un leve movimiento de su corazón para darles la gracia de la conversión, utilizándonos como instrumentos. Así nos lo hacía con-

(4) Ev. (C) (Luc. VII, 15).

(5) San Agustín, *Sermo* 44, 2.

siderar nuestro Padre: *¡poder de hacer milagros! Cuántas pobrecitas almas, muertas, y hasta podridas —quatruiduanus est enim floann. XI, 39)— resucitaréis. A cuántos jóvenes que yacen inertes diréis: adolescens, tibi dico: surge! (Luc. VII, 14); ¡muchacho, a ti te lo digo, levántate!; y cuántos veréis que salen adelante, porque son sinceros, quizá mejores que vosotros. Pasaba el Señor y ellos le llamaban sin verle; pasaba Cristo transeúnte, en vosotros, y le conocieron, le pidieron ayuda y se les abrieron los ojos a las maravillas de Dios* ⁶.

TAMBIÉN en nuestra propia vida tiene aplicación la enseñanza de Jesucristo. Los que hemos conocido al Señor y seguido sus pisadas podemos aprovechar esta lección de misericordia, de compasión, que nos da Dios. *Podemos vivir esta escena cada uno dentro de su vida personal, de su vida interior. Os lo he dicho muchas veces, y no me cansaré de repetir que la vida interior se compone de muchos sucesos como los de Naím. Resucitar, ¿qué es sino comenzar y volver a recomenzar? En la vida interior estamos resucitando a cada momento, con actos de contrición, de dolor y de reparación* ⁷.

Cada día tenemos necesidad de resucitar, en grandes o en pequeñas cosas; porque, ante la falta de

(6) De nuestro Padre, Meditación, 19-VI-1955.

(7) De nuestro Padre, Crónica VIII-65, p. 45.

generosidad en nuestra vida, experimentamos el impulso de decir, como Pedro ante la grandeza de Jesucristo: *apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador*⁹. Si no lo entendemos es que somos soberbios, es que no luchamos por vencer la concupiscencia y el orgullo. Ahora, en la presencia del Señor, *recordando la miseria de que estamos hechos, teniendo presentes los fracasos que causó nuestra soberbia, ante la majestad de ese Dios —de Cristo pescador— hemos de decir lo mismo que Pedro: Señor, yo soy un pobre pecador. Y entonces —ahora a vosotros y a mí, como entonces al Apóstol— Jesucristo nos repite lo que también nos dijo cuando nos metió en su red, al llamarnos: ex hoc iam homines eris capiens (Luc. V, 10); desde ahora serás pescador de hombres: con mandato divino, con misión divina, con eficacia divina*⁹.

Al Señor debemos todo: la existencia, la fe, la vocación, la perseverancia; ese continuo volver a empezar, que es ley del caminante. Todo es suyo. Nuestro es sólo el dolor, el arrepentimiento, el deseo —que El mismo pone en nuestro corazón— de volver a ser fieles, de ser mejores. Es preciso dolerse de las faltas cometidas, sinceramente, clamando sin ruido de palabras a nuestro Salvador: *si de los pecados te acordases, Señor, ¿quién podría subsistir? Mas en Ti hay propiciación, y así te reverenciaremos con temor.*

(8) Luc. V, 8.

(9) De nuestro Padre, *Cana*, 24-111-1931, n. 28.

*Confío en el Señor. Mi alma ha confiado en su palabra. Mi alma ha esperado en el Señor (...). Porque en el Señor hay misericordia, y en El hay abundante redención*¹⁰.

Es seguro que Jesucristo nos oirá y nos llamará personalmente —*tibi dico, surge!*— como al muchacho de Naím. *Por eso, si los demás —porque el Señor, en su bondad, no les deja ver nuestra fragilidad— nos tienen por mejores que ellos, nos alaban y muestran desconocer que somos pecadores, debemos pensar y meditar en el fondo de nuestro corazón, con humildad verdadera: tamquam prodigium factus sum multis: et tu adiutor fortis (Ps. LXX, 7); llegué a ser, para muchos, como un prodigio; pero bien sé que tú, Dios mío, eres mi fortaleza* ”.

EL SEÑOR da su gracia a raudales y nos hace resucitar cada día, cada minuto, en cada momento. Basta que seamos humildes, que nos reconozcamos miserables, que sepamos llorar cuando nos vemos de barro. Aquella viuda que salía de Naím no pidió nada, pero ¿hay algo más elocuente que unas lágrimas sinceras? Jesucristo espera que lloremos nuestros errores, que los detestemos; que hagamos el propósito humilde de fiarnos más de El y menos de nuestras

(10) Ps. R. (B) (Ps. CXXIX, 2-7).

(11) De nuestro Padre, *Carla*, 24-111-1931, n. 30.

propias fuerzas; que renovemos la entrega y nuestros deseos de recomenzar.

¿No os habéis fijado en las familias, cuando conservan una pieza decorativa de valor y frágil —un jarrón, por ejemplo—, cómo lo cuidan para que no se rompa? Hasta que un día el niño, jugando, lo tira al suelo, y aquel recuerdo precioso se quiebra en varios pedazos. El disgusto es grande, pero enseguida viene el arreglo; se recompone, se pega cuidadosamente y, restaurado, al final queda tan hermoso como antes.

Pero, cuando el objeto es de loza o simplemente de barro cocido, de ordinario bastan unas lañas, esos alambres de hierro o de otro metal, que mantienen unidos los trozos. Y el cacharro, así reparado, adquiere un original encanto.

Llevemos esto a la vida interior. Ante nuestras miserias y nuestros pecados, ante nuestros errores —aunque, por la gracia divina, sean de poca monta—, vayamos a la oración y digamos a nuestro Padre: ¡Señor, en mi pobreza, en mi fragilidad, en este barro mío de vasija rota, colócame unas lañas y —con mi dolor y con tu perdón— seré más fuerte y más gracioso que antes! Una oración consoladora, para que la repitamos cuando se destroce este pobre barro nuestro¹².

Hagamos hoy el propósito firme y concreto, confiados en el Corazón misericordioso de Jesús, de acudir a El y a nuestros Directores para recomenzar

(12) *Amigos de Dios*, n. 95.

siempre que haga falta. *Que no nos llame la atención si somos deleznales* —insiste nuestro Fundador—, *que no nos choque comprobar que nuestra conducta se quebranta por menos de nada; confiad en el Señor, que siempre tiene preparado el auxilio: el Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?* (Ps. XXVI, 1). *A nadie: tratando de este modo a nuestro Padre del Cielo, no admitamos miedo de nadie ni de nada*¹³. Si nos comportamos así, tendremos luego corazón grande para compadecernos —como Jesucristo— de los que están lejos de El, atraerlos a su redil, curarlos, y resucitarlos si estuvieran muertos.

*Mudaste mi llanto en gozo, rasgaste mi túnica y me rodeaste todo de alegría. Señor, Dios mío, yo te alabaré eternamente*¹⁴. Acudamos a la Virgen, que mueve con sus súplicas el Corazón de su Hijo, para pedirle que, en nuestra vida y en la de quienes pasan a nuestro lado, se haga siempre realidad la escena que hemos contemplado en este rato de oración. Ella lo conseguirá, porque el Señor está siempre dispuesto a repetir milagros como aquel que hizo un día, a las puertas de la ciudad de Naím.

(13) *Amigos de Dios*, n. 95.

(14) Ps. R. (C) (Ps. XXIX, 12-13).

243.

LUNES

—Valor del sufrimiento a los ojos de Dios.

—Los enfermos son el tesoro de la Obra.

—Extremar la delicadeza en el cuidado de los enfermos.

COMIENZA hoy, en la Misa, la lectura de la segunda carta de San Pablo a los Corintios. *Bendito sea el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, el Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que también nosotros seamos capaces de consolar a los que se encuentran en cualquier tribulación, mediante el consuelo con que nosotros mismos somos consolados por Dios*¹. Es propio de la caridad cristiana compartir el dolor de los que sufren, porque todos somos hijos de Dios. *No pases indiferente ante el dolor ajeno*, escribe nuestro Padre. *Esa persona —un pariente, un amigo, un colega..., ése que no conoces— es tu hermano*². Doblemente hermano si —como sucede en la Obra— estamos unidos además por el vínculo de una fraternidad más fuerte que los lazos de la carne, porque está enraizada en la misma vocación.

£5 una idea específicamente cristiana ver en el dolor una señal de amor de Dios y una fuente de gra-

(1) *L. I. (I) (I Cor. I, 34)*.(2) *Surco*, n. 251.

*cias*³. Por eso el sufrimiento *es un bien ante el cual la Iglesia se inclina con veneración, con toda la profundidad de su fe en la redención*⁴. El mismo San Pablo nos revela una de las razones que explican el misterio del dolor, cuando nos dice: *así como abundan en nosotros los padecimientos, así abunda también nuestra consolación por medio de Cristo. Pues, si somos atribulados, es para consuelo y salvación vuestra; si somos consolados, es para vuestro consuelo, que muestra su eficacia en la paciencia con que soportáis los mismos sufrimientos que nosotros*⁵.

Desde el principio de la Obra, nuestro Fundador pidió a muchos enfermos su oración y el ofrecimiento de sus dolores, para que le ayudaran a cumplir la Voluntad de Dios. *Fueron unos años intensos, en los que el Opus Dei crecía para adentro sin darnos cuenta (...). La fortaleza humana de la Obra han sido los enfermos de los hospitales de Madrid: los más miserables; los que vivían en sus casas, perdida hasta la última esperanza humana; los más ignorantes de aquellas barriadas extremas*⁶. Por eso, nuestro Padre pudo escribir que *el Opus Dei nació entre los pobres de Madrid, en los hospitales y en los barrios más miserables: a los pobres, a los niños y a los enfermos seguimos atendiéndolos* \

(3) *Pío XII, alloc.* 17-VII-1940.(4) Juan Pablo II, *Litt. apost. Salvifici doloris*, 11-11-1984, n. 24.(5) *L. I. (I) (I Cor. I, 5-6)*.(6) De nuestro Padre, *Tertulia*, 19-II-1975.(7) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 57.

El dolor, la enfermedad, el sufrimiento son fuentes de eficacia sobrenatural. *A veces —comentaba aquel enfermo consumido de celo por las almas—, protesta un poco el cuerpo, se queja. Pero trato también de transformar "esos quejidos" en sonrisas, porque resultan muy eficaces*⁸.

*NIÑO. —Enfermo. —Al escribir estas palabras, ¿no sentís la tentación de ponerlas con mayúsculas? Es que, para un alma enamorada, los niños y los enfermos son El*⁹. En los enfermos y en los que sufren se hace presente Cristo que padece por nosotros. *Fue El, ciertamente, quien tomó sobre sí nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores (...). Maltratado y afligido, no abrió la boca, como cordero llevado al matadero, como oveja muda ante los trasquiladores*¹⁰. Llevando a efecto la redención mediante el sufrimiento, Cristo ha elevado juntamente el sufrimiento humano a nivel de redención. Así pues, todo hombre, en su sufrimiento, puede hacerse también partícipe del sufrimiento redentor de Cristo¹¹.

El Señor escucha de modo especial a los que sufren, a los que aceptan con alegría el dolor y la muerte. El sufrimiento les hace identificarse místi-

(8) *Surco*, n. 253.

(9) *Camino*, n. 419.

(10) *Isai*. LIH, 4-7.

(11) Juan Pablo II, Litt. apost. *Salvifici doloris*, 11-11-1984, n. 19.

camente con Cristo paciente, y su dolor se transforma en palanca poderosa que mueve la misericordia divina. *No he recibido la enfermedad para no sufrir dolor* —dice San Gregorio Nacianceno—, *sino para aprovecharlo, para aceptarlo rendidamente y para levantar una acción de gracias al sufrir*¹², porque el dolor nos hace corredentores con Cristo.

Hemos de penetrar en la realidad del sufrimiento y de la enfermedad con visión sobrenatural. Sólo así comprenderemos lo que nuestro Padre nos dice: *los enfermos son el tesoro de la Obra*¹³.

El cristiano que se sabe hijo de Dios tiene la certeza de que siempre está en las manos amorosas de su Padre. Y donde algunos encuentran solamente una carga, a veces insoportable, el hijo de Dios halla un tesoro de gran valor, sabe *llevar con paciencia la enfermedad, sin queja ni aflicción, y por poca importancia que tenga, la agradece a la divina Providencia*¹⁴. En esas circunstancias debemos ofrecer a Nuestro Señor todos los dolores, las pequeñas molestias y las grandes, si alguna vez llegaran; pedirle que las una a los sufrimientos que El padeció por nosotros en la Cruz.

En nuestros hermanos enfermos podemos encontrar a Cristo Crucificado, cargado de gracias para nosotros. Son un tesoro que debemos valorar,

(12) San Gregorio Nacianceno, *Epístola* 36.

(13) De nuestro Padre.

(14) San Gregorio Nacianceno, *Epístola* 36.

porque después de la oración del Sacerdote y de las vírgenes consagradas, la oración más grata a Dios es la de los niños y la de los enfermos¹⁵. De ese dolor, que acrisola y purifica, se seguirá un apostolado fecundo.

LA IGLESIA abraza a todos los afligidos por la debilidad humana; más aún, reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador, pobre y paciente, se esfuerza en aliviar sus necesidades, y pretende servir en ellos a Cristo¹⁶. Es una consecuencia inmediata de la caridad. El que ama al prójimo debe hacer tanto bien a su cuerpo como a su alma —dice San Agustín—, y esto no consiste sólo en acudir al médico, sino también en cuidar el alimento, la bebida, el vestido, la habitación y proteger el cuerpo contra todo lo que pueda resultar molesto (...). Son misericordiosos los que ponen cortesía y humanidad al proporcionar lo necesario para resistir males y dolores (...). ¿No sabéis que tener misericordia significa hacerse uno mismo miserable, condoliéndose del otro?¹⁷

Si llevamos a nuestros enfermos muy dentro del corazón, nos resultará fácil pedir por ellos muchas veces al día, en la Misa, en el trabajo; hacer todo lo

posible para que estén contentos. Procuraremos que la enfermedad no les intranquilece; les facilitaremos el descanso y el cumplimiento de todas las prescripciones del médico. Procuraremos hacerles agradables los momentos incómodos.

Desde siempre, cuando algún hijo mío cae enfermo, he dicho a los que tienen que atenderlo: hijos míos, que esta criatura no se acuerde de que tiene lejos a su madre. Quiero indicar con esto que, en esos momentos, hemos de ser nosotros como su madre, para ese hijo mío y hermano vuestro, con el cariño y los cuidados que ella pondría¹⁸. Hemos de vivir, entonces más que nunca, las delicadezas y el cariño humano propios de nuestra vida en familia. Muy grabada tenemos la anécdota, tantas veces repetida por nuestro Fundador, de aquella monja enferma que recibió a su confesor, y que, ante la pregunta del sacerdote que quería saber si estaba contenta, si la trataban bien las demás religiosas, contestó: "aquí me tratan con caridad, pero mi madre me trataba con cariño"¹⁹. Nosotros, con aquel hermano nuestro que se encuentre enfermo hemos de tener delicadezas de madre. No basta la caridad oficial, fría. ¡Cariño!²⁰, pedía nuestro Padre. Si fuese necesario, robaríamos para ellos un pedacito de cielo, y el Señor nos disculparía²¹.

(15) Camino, n. 98.

(16) Concilio Vaticano II, Const. dogm. Lumen gentium, n. 8.

(17) San Agustín, De moribus Ecclesiae catholicae et de moribus manichaeorum 1, 28, 56.

(18) «tro Padre, Carta, 29-IX-1957, n. 12.
(19) «ción, 8-XII-1941, nota 90.
(20) «tro Padre, Crónica, I-66, p. 12.
(21) «tro Padre, Crónica, I-61, p. 10.

Tenemos que atender al cuerpo y al alma de nuestros enfermos. Aliviarles y ayudarles a continuar su lucha ascética. Si es preciso, cumpliremos con ellos las Normas, y procuraremos que ofrezcan sus incomodidades por personas y por labores concretas.

Nuestra Madre —todos los días la invocamos como *Salud de los enfermos*— hará que, de este modo, la enfermedad sea *para gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado en ella*ⁿ. Y si sabemos ver a Jesucristo en nuestros hermanos enfermos, podremos oír un día aquellas palabras del Señor: *venid, benditos de mi Padre, a tomar posesión del reino que os está preparado desde el principio del mundo (...), porque estaba enfermo y me visitasteis*²³.

(22) *Ioann.* XI, 4.

(23) *Matth.* XXV, 34-36.

244.

MARTES

—Dios no falta nunca a sus promesas.

—El Cielo está empeñado en realizar la Obra en la tierra.

—Esta seguridad nos mueve a pedir ayuda al Señor con confianza.

*QUARE fremuerunt gentes, et populi meditati sunt inania?*¹. Las palabras del Salmo —palabra de Dios— pueden movernos hoy al optimismo. Nuestras miserias son pequeña cosa, si consideramos que el Omnipotente está con nosotros, y que El es siempre fiel a sus promesas. ¿Qué importan los enemigos de fuera? *El que habita en los cielos se reirá de ellos*². *Toda la carne y toda su gloria es como la flor del heno: se secó el heno y su flor se cayó; pero la palabra del Señor dura eternamente*³.

La historia del pueblo de Israel es un testimonio claro de la lealtad divina. Cuando Adán y Eva pecaron, Dios les reanimó con la promesa del Redentor.

Un hombre justo, Abraham, se hace depositario de la promesa. Y una noche se le aparece el Señor: *mira al cielo y cuenta si puedes las estrellas; así de numerosa será tu descendencia. Creyó Abraham a Ya-*

d) *Ps.* II, 1.

p) *Ps.* II, 4.

o) *I Petr.* I, 24-25.

vé y fue considerado justo *. Y por la fe, la misma Sara, siendo estéril, recibió virtud de concebir un hijo, por más que la edad fuese ya pasada, porque creyó en la fidelidad de Aquel que lo había prometido (...). Y tuvo una posteridad tan numerosa como las estrellas del cielo y como las arenas sin cuento de las orillas del mar⁵.

Durante cientos de años, los profetas mantienen la fe de Israel en las promesas divinas, clamando a Dios: *mira tu alianza; está la desdichada tierra toda llena de violencias. Que no se vea confuso el afligido, y el pobre y el menesteroso alaben tu nombre. Álzate, ¡oh Dios!, y defiende tu causa*⁶.

El Señor escucha la oración de su pueblo. Tanto amó Dios al mundo que no paró hasta darnos a su Hijo Unigénito, para que los que creen en El no perezcan, sino que tengan vida eterna⁷. Jesucristo, al fundar su Iglesia, promete a Pedro que *las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*⁸. Y el Señor es fiel: *tu palabra, oh Dios, permanece eternamente*⁹.

Jesucristo promete un Paráclito, el Consolador. Y el Espíritu Santo desde el día de Pentecostés asiste a su Iglesia y a todos los que formamos parte de ella. Nuestra vida está llena de confianza, porque so-

(4) *Genes.* XV, 5-6.

(5) *Hebr.* XI, 11-12.

(6) *Ps.* LXXIII, 20-22.

(7) *Ioann.* III, 16.

(8) *Matth.* XVI, 18.

(9) *Ps.* CXVIII, 89.

mos hijos de Dios: *filius meus es tu*¹⁰, porque El nos ha prometido su ayuda: *Yo estaré con vosotros hasta la consumación del mundo*¹¹, porque el Señor cumple siempre sus promesas: *no temáis, mi pequeño rebaño, porque ha sido del agrado de vuestro Padre daros el Reino*¹².

La conciencia de su filiación divina es el cimiento de la vida espiritual de los hijos de Dios en el Opus Dei. Este rasgo típico de nuestro espíritu —ha escrito nuestro Padre— *nació con la Obra, y en 1931 tomó forma: en momentos humanamente difíciles, en los que tenía sin embargo la seguridad de lo imposible —de lo que hoy contempláis hecho realidad—, sentí la acción del Señor que hacía germinar en mi corazón y en mis labios, con la fuerza de algo imperiosamente necesario, esta tierna invocación: Abba! Pater!*¹³.

LA OBRA de Dios viene a cumplir la voluntad de Dios. Por tanto, tened una profunda convicción de que el cielo está empeñado en que se realice¹⁴. Esta seguridad deberá animarnos a ser cada día más fieles, más entregados, más generosos. *Dabo tibi gentes hereditatem tuam et possessionem tuam términos terrae*¹⁵. El Señor quiere, efectivamente,

(10) *Ps.* II, 7.

(11) *Matth.* XXVIII, 20.

(12) *Luc.* XII, 32.

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1959, n. 60.

(14) De nuestro Padre, *Instrucción*, 19-11-1934, n. 47.

(15) *Ps.* II, 8.

realizar el Opus Dei en la tierra: lo haría, incluso, a pesar nuestro. Pero desea nuestra colaboración, que seamos buenos instrumentos en sus manos. Por eso nos purifica, para que adquiramos conciencia de que todo viene de El, nada de nosotros. *Todas aquellas contradicciones que tantas veces nos han hecho sufrir, no han sido causa de que perdiésemos en ningún momento la alegría ni la paz, porque hemos podido experimentar cómo el Señor saca dulzura —miel sabrosa— de las rocas áridas de la dificultad: de petra, melle saturavit eos (Ps. LXXX, 17)*¹⁶.

Muchas veces nos ha hablado nuestro Padre de que es preciso tener unas cuantas ideas madres, a las que acudir con frecuencia para encenderse en ellas. Esta es una: no estamos solos, porque Dios existe, y me ha llamado a la existencia, y me mantiene en ella, y me da fortaleza. Además, me ha elegido con predilección y, si tengo confianza, me concederá la constancia y la firmeza en mi camino, porque, cuando El comienza una obra, la acaba: El hace siempre las cosas perfectas".

Por eso, ante las posibles contradicciones que pudieran presentarse, si en algún caso hubiera necesidad, decid al que se acobarde aquellas palabras de Isaías: dicite pusillanimis, confortamini et nolite timere: ecce Deus vester... veniet, et salvabit vos flsai.

(16) De nuestro Padre, Carta, 29-IX-1957, n. 4.

(17) De nuestro Padre, Carta, 29-IX-1957, n. 67.

XXXV, 4); decid, a los que se desanimen, que se llenen de fortaleza y que no tengan temor, porque nuestro Dios nos sacará siempre adelante^w.

Estoy persuadido —tengo una seguridad moral— de que la Obra permanecerá mientras haya hombres sobre la tierra. Por eso, vosotros y yo hemos de empeñar la vida para que nunca, por falta de vitalidad y fortaleza, sufra daño la Obra.

Porque habéis de ser —os repito— colirio y fortaleza para los demás, habéis de tener conciencia de que el Señor ha dicho: sine me, nihil potestis faceré (Ioann. XV, 5)¹⁹. El Señor, aun pudiendo por sí mismo hacerlo todo, ha querido servirse de nosotros, incluso de nuestras miserias. Volved los ojos al Santo Evangelio: a los apóstoles del Señor, inútiles, egoístas e ignorantes, ni vosotros ni yo los hubiéramos escogido para ese oficio.

Ahora pasa lo mismo, y a nosotros hablaba San Pablo, cuando decía: ved, hermanos, vuestra vocación, porque no sois sabios según la carne: no muchos poderosos, no muchos nobles: sino que lo necio del mundo elige Dios, para confundir a los sabios: y lo enfermo del mundo elige Dios, para confundir a los fuertes: y lo innoble del mundo y lo despreciable elige Dios, y aquellas cosas que no son, para destruir a lo que es (I Cor. /, 26-28) ».

(18) P^c nuestro Padre, Carta, 29-IX-1957, n. 4.

(19) De nuestro Padre, Carta, 29-IX-1957, n. 17.

(«) De nuestro Padre, Instrucción, 19-III-1934, nn. 4-5.

Con esta seguridad volvemos nuestros ojos al Señor: con la confianza de quien sabe que está haciendo una Obra suya. *Tenéis obligado a Cristo por derecho de la promesa* —dice San Agustín—, y *El es veraz y fidelísimo*²¹.

CONTEMPLA la Obra como el Señor la quiso —nos ha dicho nuestro Padre—, y *es preciso esperar: la veo proyectada en el tiempo —¡siglos!— y hacer en la historia de la humanidad —humilde y silenciosamente— un surco hondo y ancho, luminoso y fecundo*²². Pero para esto, es preciso rezar: *postula a me*²³, continúa el Salmo II. Dios ha previsto las oraciones de todos, el sacrificio gustoso, para asentar su Obra en la tierra. *Dios quiere ser rogado, quiere ser coaccionado, quiere ser vencido por una cierta importunidad*²⁴. Jesucristo nos lo enseña, con muchas parábolas. La conclusión es siempre la misma: *pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá*^K: *en verdad os digo, que cuanto pidiereis al Padre en mi nombre os lo concederá. Hasta ahora nada le habéis pedido en mi nombre. Pedidle y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo*²⁶.

(21) San Agustín, *Sermo* 149.

(22) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 172.

(23) Ps. II, 8.

(24) San Gregorio Magno, *In Psalmis Poenitentialibus* 8, 2.

(25) Luc. XI, 9.

(26) *Ioann.* XVI, 23-24.

Aunque Dios había decretado la Encarnación del Verbo, quiso ser importunado. Muchas veces —¡tanta confianza tenían en las palabras del Señor!— los justos del Antiguo Testamento le pedían *exigiendo* el auxilio que había prometido. Con ocasión de uno de los muchos pecados de Israel, que se ha hecho acreedor a la cólera divina, Moisés se encara así con el Señor: *¿por qué, oh Yavé, vas a desfogar tu cólera contra tu pueblo, que sacaste de la tierra de Egipto con gran poder y brazo fuerte? (...). Apaga tu cólera y perdona la iniquidad de tu pueblo. Acuérdate de Abraham, Isaac y Jacob, tus siervos, a los cuales, jurando por tu nombre, dijiste: Yo multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo (...). Y se arrepintió Yavé del mal que iba a hacer a su pueblo*²⁷. La oración de Moisés fue necesaria —así lo quería Dios— para que el pueblo judío llegase a la tierra prometida.

Pedir es identificarse con la voluntad de Dios; y la voluntad de Dios es que la Obra se realice. *Rezar, rezar es el sistema; luego a trabajar con serenidad y alegría*²⁸, porque Dios cuenta con nuestro esfuerzo para sacar la Obra adelante, un esfuerzo que —paradójicamente— consiste sobre todo en dejar que actúe el poder divino.

Cuando se trabaja por Dios, hay que tener "complejo de superioridad", te he señalado.

[V]Exod. XXXII, 11-14.

(28) De nuestro Padre, *Crónica* VI-66, p. 10.

Pero, me preguntabas, ¿esto no es una manifestación de soberbia? —¡No! Es una consecuencia de la humildad, de una humildad que me hace decir: Señor, Tú eres el que eres. Yo soy la negación. Tú tienes todas las perfecciones: el poder, la fortaleza, el amor, la gloria, la sabiduría, el imperio, la dignidad... Si yo me uno a Ti, como un hijo cuando se pone en los brazos de su padre o en el regazo maravilloso de su madre, sentiré el calor de tu divinidad, sentiré las luces de tu sabiduría, sentiré correr por mi sangre tu fortaleza^w.

En Ti, Señor, espero; dije: Tú eres mi Dios; en tus manos están mis días³⁰. Pongamos nuestra confianza en el Señor: beati omnes, qui confidunt in eo³¹. El realizará esta siembra de santidad y de apostolado en todo el mundo; pero también pongamos nuestra oración, nuestro sacrificio, nuestro trabajo para que el espíritu de la Obra se conserve siempre como el Señor quiso desde el principio.

La Virgen Santa María, Regina Operis Dei, protege nuestro camino: hijos míos, insiste nuestro Padre, que invoquéis de corazón, con confianza, a la Santísima Virgen. Pensad que ha sido la gran protectora, el gran recurso nuestro desde aquel 2 de octubre de 1928, y antes³².

(29) *Forja*, n. 342.

(30) *Ps. XXX*, 15-16.

(31) *Ps. II*, 13.

(32) De nuestro Padre, *Meditación*, 25-11-1963.

245.

MIÉRCOLES

—Hemos venido a la Obra para santificarnos y hacer apostolado.

—Para que nuestra labor apostólica sea eficaz, necesitamos obedecer.

—El amor fraterno, raíz del gobierno y de la obediencia.

HEMOS sido llamados *a poseer en herencia la bendición celestial* \ a ser hijos de Dios y herederos con Jesucristo de su gloria. Muy claro lo tenían aquellos cristianos —hombres y mujeres del primer siglo— a los que escribía San Pedro. *Desde que Jesucristo dijo que El es el Camino, la Verdad y la Vida* (Joann. XIV, 6), *e invitó a todos a seguirle* (cfr. Matth. XVI, 24), *brotó con fuerza en el alma de muchos fieles —desde los primeros tiempos de la Iglesia— el deseo de hacer realidad la búsqueda de la perfección trazada por el Evangelio y practicada ejemplarmente por el mismo Jesucristo: vida de santidad personal y de actividad apostólica.*

Así, la auténtica espiritualidad del Evangelio fue produciendo frutos abundantes de santidad, en todos los ambientes de aquella sociedad pagana que rodeaba a los cristianos de la primera hora. Son hombres y mu-

(1) *I Petr. III*, 9.

*jeros que viven sinceramente su fe, y son, por tanto, proselitistas; que trabajan con naturalidad entre los demás —si ciudadanos, como ciudadanos; si esclavos, como esclavos—; que practican una exquisita fraternidad y que se dedican a Dios y a la difusión de la Buena Nueva, en la medida de los dones que cada uno ha recibido (cfr. I Cor. VII, 7). El resultado fue la cristianización de la entera sociedad pagana*².

También nosotros, como los primeros cristianos, hemos recibido la llamada de Dios a cooperar con Cristo en la santificación de las personas y las instituciones de la tierra. *Lo que el Señor quiere* —nos dice nuestro Padre— *es que cada uno de vosotros, en las circunstancias concretas de su propia condición en el mundo, procure ser santo: haec est enim voluntas Dei, sanctificatio vestra (I Thes. IV, 3); ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación. Santidad escondida muchas veces —sin brillo externo—, diaria, heroica: para corredimir con Cristo, para salvar con El las criaturas, para ordenar con El las cosas humanas.*

*Dios quiere servirse de vuestra santidad personal, buscada según el espíritu de la Obra, para enseñar a todos, de una manera peculiar y sencilla, lo que ya vosotros bien sabéis: que todos los fieles, incorporados a Cristo por el bautismo, están llamados a buscar la plenitud de la vida cristiana*³.

(2) De nuestro Padre, *Carta*, U-III-1940, n. 21.

(3) De nuestro Padre, *Carta*, 11-III-1940, n. 25.

Santidad personal en primer lugar: amor a Dios, amor a todas las almas por Dios. Si no procuráramos estar cada día más cerca del Señor, vano sería el esfuerzo apostólico, inútil cualquier actividad exterior. Y estamos más cerca de Dios cuando nos esforzamos por dar a cada instante —aun a los aparentemente vulgares— *vibración de eternidad*⁴. Nada carece de importancia a los ojos de Dios; todo es ocasión de santidad y de apostolado; todas las cosas, por insignificantes que parezcan, poseen un valor eterno. *El que quebrante uno solo de estos mandamientos, incluso de los más pequeños, y enseñe a los hombres a hacer lo mismo, será el más pequeño en el Reino de los Cielos. Por el contrario, el que los cumpla y enseñe, ése será grande en el Reino de los Cielos*⁵.

EN LA Obra, el Señor nos ha dado —con la vocación— los medios para alcanzar la meta. *Cuando Dios Señor Nuestro, el día 2 de octubre de 1928, suscitó su Obra, dentro del Cuerpo Santo de la Iglesia, le dio una finalidad específica; y con ella, un espíritu peculiar y el modo apostólico de trabajar, que le es propio*⁶.

La labor apostólica no puede ser anárquica, requiere un orden: *tiene que haberlo; si no, nuestro*

(4) *Forja*, n. 917.

(5) *Ev. [Matth. V, 19]*.

(6) De nuestro Padre, *Carta*, 15-VIII-1953, n. 6.

*Opus Dei no podría ser un instrumento para servir a las almas, para servir a la Iglesia, para ser fiel al Magisterio del Romano Pontífice*⁷. Y si la Obra no sirve a la Iglesia, no sirve para nada: ¡para eso ha nacido, para eso la ha querido Dios!⁸.

Para servir, servir, os he repetido muchas veces, pues en esa frase se condensa una gran parte de nuestro espíritu: servicio a Dios, repito, a su Santa Iglesia y al Romano Pontífice; servicio a todas las almas; especialmente a los que el Señor ha puesto junto a nosotros, dándoles la vocación al *Opus Dei*, o a aquellos otros que —no teniendo vocación— reciben el influjo del ejemplo y de la doctrina, que es también otro servicio apostólico⁹. En esta labor, debemos actuar con libertad personal y con la orientación de los Directores pues, de lo contrario, no habría un verdadero servicio a la Iglesia y a las almas. Es necesario un orden, pues lo mismo que tenemos en un solo cuerpo varios miembros, y todos los miembros no tienen la misma función, así, siendo muchos, somos un solo cuerpo en Cristo, miembros todos unos de otros, pero teniendo dones diferentes según la gracia que se nos ha dado¹⁰.

Ha querido Dios que los Directores gobiernen en su nombre y que todos seamos igualmente necesari-

*rios: no puede el ojo decir a la mano: no tengo necesidad de ti; y a su vez la cabeza a los pies: no tengo necesidad de vosotros. Sino que, más aun, los miembros del cuerpo que consideramos más débiles resultan ser más necesarios y los que consideramos que son más deshonorosos, a esos mismos los revestimos con mayor honor (...). Dios ha dispuesto el cuerpo dando mayor honor a lo último, para que no haya división en el cuerpo, sino que los miembros se ocupen unos de otros. Y lo mismo que, si sufre un solo miembro, sufren con él todos los miembros, así, si tiene honor, se alegran con él todos los miembros*¹¹.

Gobierno y obediencia no son, pues, acciones contrapuestas, sino manifestaciones mutuamente necesarias de un único amor, de una acción común. Cuando Jesucristo estaba a punto de marchar al Padre, dijo a sus discípulos: *si me amáis, observad mis mandamientos*¹²; si me amáis, obedecedme. Y nuestro Padre nos ha escrito: *formar y gobernar es amar*¹³. Sólo el amor identifica en la Obra las voluntades del que manda y del que obedece, haciéndolas ser una cosa: *congregavit nos in unum Christi amor*¹⁴.

Ojalá sepáis meditar y vivir fielmente todo cuanto os escribo —ha dicho nuestro Padre—, *para que se*

(7) De nuestro Padre, *Carta*, 11-III-1940, n. 27.

(8) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, nota 6.

(9) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, n. 9.

(10) *Rom. XII*, 4-6.

(11) *1 Cor. XII*, 21-26.

(12) *Ioann. XIV*, 15.

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 6-V-1945, n. 39.

(14) *Himno Ubi caritas*

*Dios. Sin caridad nada es agradable a Dios*²².

Nuestro Padre nos ha enseñado que amar la unidad de la Obra es una de nuestras *pasiones dominantes*. Pidamos hoy a Santa María que mantenga siempre en nosotros esta visión universal de la Obra; y que nos conserve unidos, como a los Apóstoles en Jerusalén, por la caridad y la obediencia.

(22) San Clemente Romano, *Epístola ad Coñinthios* 49, 5.

246.

JUEVES

—Vivir todos unidos en Jesucristo, teniendo sus mismos sentimientos.

—Esa unidad de corazones hace fácil la fraternidad y la mutua comprensión.

—Humildad y modestia, virtudes de la convivencia fraterna.

*QUERIDÍSIMOS: sed unánimes en la oración, compasivos, amantes de la fraternidad, misericordiosos, modestos, humildes*¹.

Estas palabras del Apóstol San Pedro van dirigidas a la gran familia cristiana; y nosotros —hijos de Dios en su Obra— podemos aplicarlas especialmente a nuestra vida.

Unánimes in oratione. Lo primero de todo, la oración, que debe ser para el alma lo que la respiración para el cuerpo. Unánimes en la oración: *hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo*², pedimos diariamente. Eso es lo que nos une. *Somos una familia de vínculo sobrenatural, en la que se realizan aquellas palabras de Jesús: ecce mater mea et fratres mei; quicumque fecerit voluntatem Patris mei qui in caelis est, ipse meus frater et sórór et mater est* (Matth. XII, 49-50); *aquí están mi madre y mis hermanos, por-*

(1) / *Petr.* III, 8.
(2) *Matth.* VI, 10.

*que cualquiera que haga la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, es mi hermano y mi hermana y mi madre*³.

Nos congrega la común vocación divina que hemos recibido para llevar a cabo la Obra de Dios. Por eso nos unimos para orar. Cada mañana nos reunimos en torno al Sagrario, y levantamos nuestro corazón a Dios con unos mismos afanes. Es el primer acto de la vida en familia. Estamos con el pensamiento puesto en el Señor, preparándonos para la lucha del día por el Reino de los cielos; y nos acompañan nuestros hermanos de todo el mundo, porque *el Opus Dei entero es un hogar: un solo hogar con un solo puchero*⁴.

Y vivimos *compatientes*, —compasivos con todos—, cooperando en sus luchas, en unidad de sacrificio; quizá alejados físicamente, pero sin que nada de lo que se refiere a nuestros hermanos nos sea indiferente. Compartimos gozos y penas, alegrías y contrariedades; la lucha y las preocupaciones; el afán proselitista, el interés por poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas.

Materializamos así ese precepto de Jesucristo, que hoy nos vuelve a proponer la liturgia: *un mandamiento nuevo os doy, dice el Señor: que os améis los unos a los otros, así como Yo os he amado*⁵.

(3) De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1987, n. 76.

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, n. 11.

(5) *Alleluia*. (Ioann. XIII, 34).

*FRATERNITATIS amatares. Fraternidad: unidad de miras, unidad de sacrificio, fuerza de nuestra vida...*⁶. Fraternidad, en la que se juntan lo humano y lo sobrenatural, porque *nos une también el cariño humano. Con una caridad exquisita —que es característica de la Obra de Dios— nos ayudamos unos a otros a vivir y a querer la propia santidad y la santidad de los demás; y nos sentimos fuertes, con aquella fortaleza de los naipes que —solos— no se pueden sostener, pero que, apoyándose mutuamente, forman castillos que se mantienen en pie. Esa ayuda —demostración de fraternidad— ha de estar llena de delicadeza: si es posible, ni el interesado se enterará de que se le ayuda. Ya lo ve Dios desde el Cielo*⁷.

Mientras estemos unidos por la caridad, como un racimo, como una pira, sin que nada debilite el vínculo sobrenatural que nos une, la Obra irá adelante *como ejército en orden de batalla*⁸, firme y eficaz, sirviendo a las almas. De ahí que todo lo que hacemos por nuestros hermanos, la corrección fraterna, la entrega en la vida en familia, sea manifestación de fraternidad y de amor a la Obra.

Y no turbarán esa unión fraternal los defectos que todos tenemos. *Misericordes*, dice también San Pedro. Hay que saber comprender, saber disculpar. Cuando se convive estrechamente, las pequeñas as-

(6) De nuestro Padre, *Crónica* V-55, p. 74.

(7) De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, n. 76.

(8) *Can.* VI 4.

perezas del carácter afloran con facilidad a la superficie. Y hemos de tener corazón compasivo, estar siempre dispuestos a confiar en los demás, a pesar de sus flaquezas, pasando por alto con elegancia sobrenatural y humana las miserias ajenas, como los demás hacen con nosotros. El Señor nos lo pide con términos inequívocos en el Evangelio de la Misa de hoy: *todo el que se llene de ira contra su hermano será reo de juicio; y el que llame a su hermano "raca" será reo ante el Sanedrín; el que le llame "renegado" será reo del fuego del infierno. Por tanto, si al llevar tu ofrenda al altar recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar, ve primero a reconciliarte con tu hermano y vuelve después para presentar tu ofrenda*⁹.

Hemos de hacer con cariño y oportunidad la corrección fraterna; advertir sin abrumar. No somos censores impacientes, sino hermanos en quienes los demás pueden siempre encontrar comprensión, ayuda y estímulo. *Una manifestación de esa delicadeza, de que os hablo, es el afán de mis hijos por demostrar un especial cariño hacia sus hermanos mayores, de los que tienen tanto que aprender y para los que sienten veneración y agradecimiento, cuidando los detalles elementales de precedencia —de respeto—, que es orden y honor debido*¹⁰.

(9) Ev. (Matth. V, 22-24).

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, n. 79.

MODESTI, humildes. Modestos y humildes. Modestia que es moderación, medida, virtud que temple y suaviza la conducta. Humildad, que nos lleva a preocuparnos de los demás, olvidados de nosotros mismos. Virtudes, las dos, que fundamentan la convivencia fraterna, la delicadeza y el trato que hacen amable la vida en familia.

*Que en toda acción y en toda palabra tu mente permanezca moderada y tranquila*¹¹. La moderación hace que, en las manifestaciones de nuestra vida en familia, evitemos las estridencias, las exageraciones, lo que cansa o empalaga. Al hablar, sabremos dar una opinión sin valorarla excesivamente; y sabremos callar, escuchando con atención. Nuestras tertulias han de tener tono familiar, tono de conversación serena evitando aun la apariencia de discusión. Este es el clima que facilita el ambiente humano y sobrenatural adecuado. Es precisa la moderación en el hablar, ser conscientes de las consecuencias de las propias palabras. *Piensa lo que has de hablar y procura callar a tiempo* —aconseja San Jerónimo—, *para que no tengas que arrepentirte de lo dicho*¹². De este modo, contribuimos a que las tertulias sean descanso del trabajo y fuente de presencia de Dios.

Humiles. Humildes. Tenemos muchas ocasiones de vivir esta virtud en las relaciones con nuestros

(11) San Jerónimo, *Epístola* 148, 19.

(12) San Jerónimo, *Epístola* 148, 18.

hermanos. Humildad que nos moverá a tratarles con consideración, poniéndonos en el último lugar siempre que podamos. *En el Opus Dei no caben los egoístas. Poned empeño en servir de verdad a los demás. Este afán de servir irá cortando lo que, en vuestro yo, haya de superfluo, y llegaréis a ser Ipse Christus. Porque Cristo, que es la plenitud de la caridad, supo empeñarse en un continuo servicio. De esta forma, los encargos, los trabajos que realizáis serán de El, y no os perderéis en pequeneces de egoísmos personales*".

La Virgen es un modelo en quien podemos contemplar cómo debe ser nuestra vida en familia. Ella nos enseñará a poner en nuestra convivencia diaria ese calor de hogar, esa cordialidad que nuestro Fundador ha querido para los hogares de todos sus hijos.

(13) De nuestro Padre, n. 188.

247.

VIERNES

—Necesidad de formación espiritual.

—La formación nos da el común denominador y favorece la personalidad de cada uno.

—Docilidad a la formación que recibimos.

EN ESTOS días, leemos en el Evangelio de la Misa el Sermón de la Montaña. *Muchas veces un comportamiento irresponsable denota falta de cabeza o de formación, más que carencia de buen espíritu*¹; y el Maestro se dedica, con paciencia y constancia, a instruir las inteligencias de aquellas gentes que manifiestan buena disposición al seguirle: *habéis oído que se dijo a los antiguos; pero Yo os digo...*².

Dentro de esa gran catequesis de Cristo, los Apóstoles son objeto de una formación más intensa. *Reunió en torno suyo un pequeño grupo de hombres rudos y, con paciencia infinita, los fue formando. Les fue revelando poco a poco —con pedagogía divina— los más altos misterios, al mismo tiempo que con ternura maternal y la energía de quien tiene autoridad, según hacía falta, iba puliendo y acrisolando sus espíritus toscos y poco sensibilizados para las realidades celestiales*³.

(1) *Surco*, n. 951.

(2) Cfr. *Matth.* V, 21-22.

(3) De nuestro Padre, *Carta*, 6-V4945, n. 2.

Al llamarnos a la Obra, nos ha puesto el Señor en un camino —el único en el que podemos ser felices y eficaces— que comporta obligaciones concretas y modos de hacer específicos. Y con esa misma entereza requerida por Dios, hemos de recorrerlo. El Señor quiere que *busquemos la perfección cristiana y ejerzamos el apostolado con unos medios perfectamente determinados y concretos. Necesitamos, por tanto, formación dentro de nuestra ascética peculiar*⁴.

Más aún, *la Obra misma tiene por labor exclusiva la formación de sus miembros*⁵.

Nuestro afán de santidad y de apostolado sería ineficaz sin ese deseo de formarnos, *porque es inútil que una doctrina sea maravillosa y salvadora, si no hay hombres capacitados que la lleven a la práctica: la Obra no cesa de proporcionarnos la formación específica, que nos dará cohesión y eficacia, para que no pueda repetirse aquella queja del Señor: mi pueblo es como rebaño que, por falta de custodia, se dispersó por mi tierra (cfr. Ezech. XXXIV, 5). Nunca se considera acabada vuestra formación: durante toda vuestra vida, con una humildad maravillosa, necesitaréis perfeccionar vuestra preparación humana, espiritual, doctrinal religiosa, apostólica y profesional.*

Aparte de otras razones, es ésta una consecuencia de vuestra condición secular, que os exige vivir con agili-

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 28-11-1955, n. 12.

(5) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-1-1935, n. 11.

*dad, sin inmovilismos, el espíritu que el Señor nos ha dado. Ese espíritu, por su misma naturaleza, no está limitado por unas circunstancias determinadas de lugar y de tiempo, sino que responderá siempre a los más diversos cambios y situaciones que, a lo largo de los siglos, tengan lugar en la sociedad de los hombres*⁶.

Nuestra vida en medio del mundo y de las actividades seculares nunca nos apartará de *lo único necesario*⁷, porque la formación de la Obra nos permite tener siempre el corazón y la mirada puestas en Dios, tomando ocasión precisamente de nuestro trabajo y de nuestro sitio en la sociedad.

*UNIR el trabajo profesional con la lucha ascética y con la contemplación —cosa que puede parecer imposible, pero que es necesario, para contribuir a reconciliar el mundo con Dios—, y convertir ese trabajo ordinario en instrumento de santificación personal y de apostolado. ¿No es éste un ideal noble y grande, por el que vale la pena dar la vida?*⁸.

En el fragmento de la segunda epístola a los Corintios que leemos hoy en la Misa, San Pablo escribe que los cristianos tienen el *mismo espíritu de fe*⁹, aun en medio de la diversidad de circunstancias en

(6) De nuestro Padre, *Carta*, 6-V-1945, n. 19.

(7) *Luc.* X, 42.

(8) De nuestro Padre, *Instrucción*, 19-11-1934, n. 33.

(9) *L. I* (I) (II *Cor.* IV, 13).

que viven. Para eso necesitamos formación, con *una dirección que abarque todos los actos de la vida, dándonos esa unidad que es como el denominador común, siendo el numerador de cada uno diversísimo*¹⁰.

La formación espiritual constante —nos recuerda nuestro Padre— nos llevará *a mantener siempre —a no perder— el punto de mira sobrenatural en todas las actividades. No vivimos una doble vida, sino una unidad de vida, sencilla y fuerte, en la que se funden y compenetran todas nuestras acciones*¹¹. En esta formación espiritual se engarzan las otras facetas de nuestra formación doctrinal-religiosa, profesional y apostólica; y se facilita la unidad de vida, porque aprendemos a tomar ocasión de las concretas circunstancias que nos rodean, para convertirlas en medio de santidad y de apostolado, con la más plena libertad personal en todas las cuestiones profesionales, sociales, políticas, etc.

Tenemos que llevar a la Confidencia las preocupaciones, tristezas, alegrías y proyectos de vida espiritual y apostólica; hacer presentes nuestras dificultades; la vida entera de nuestra alma, en un deseo de entrega plena a la Obra, sin dejar rincones ocultos. Entonces recibiremos luz y orientación para conformar nuestra vida a la Voluntad de Dios y para desarrollar nuestra personalidad de manera constante y

(10) De nuestro Padre, *Carla*, 28-111-1955, n. 12.

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 6-V-1945, n. 25.

ordenada. Cuanto mayor empeño pongamos en esta tarea, más gracia recibiremos del Señor. *Dios regala siempre a los que pertenecen a su casa. Cuanto más crece su amor por Dios, mayores son los regalos que les hace (...). Dios es absolutamente perfecto (...), mientras que el hombre necesita ir caminando poco a poco (...). Y Dios no se cansa nunca de enriquecerlo con sus bienes, mientras el hombre no se canse de recibir los beneficios de Dios*¹². Hace falta sólo esa disposición nuestra de recibir, de ponernos en manos de los Directores; es el camino querido por el Señor.

*NECESITAMOS una rica vida interior, signo cierto de amistad con Dios y condición imprescindible para cualquier labor de almas; urge adquirir doctrina, y vivir de fe, para poder darla*¹³. Y para adquirir esa vida interior, esa fe operativa y apostólica, tenemos que abrir el corazón. Vinimos al Opus Dei para dejarnos moldear, para dejarnos formar, para dejarnos pulir. Vinimos a conformar nuestra vida con la de Cristo, según el espíritu de la Obra.

Hemos de tener una disposición de ánimo abierta y rendida, plenamente confiada, como la del enfermo que se deja curar, porque quiere recibir salud y vida. Nuestro Padre nos lo repite con unas palabras de la Escritura. Hemos de ser, en manos de los Directores,

(12) San Ireneo de Lyon, *Adversus haereses* 4, 9, 2 y 4, 7, 11.

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 31-V-1943, n. 8.

*sicut lutum in manu figuli*¹⁴, como el barro en manos del alfarero: fieles, dóciles. Y entonces la fealdad ocre y terrosa del barro se tornará lisa y torneada, capaz de reflejar la luz clara del espíritu de la Obra. Pero para eso es necesario que el barro no oponga resistencias, que sea buena arcilla, maleable, dócil.

Habéis venido al Opus Dei, hijos de mi alma —dejad que os lo recuerde una vez más—, decididos a dejaros formar, a prepararos para ser la levadura que hará fermentar la gran masa de la humanidad. Esa formación, mientras permite que vuestra personalidad humana se mejore, con sus características particulares, os facilita además un común denominador, el de este espíritu de familia, que es el mismo para todos. Para eso —insisto— debéis estar dispuestos a poneros en manos de los Directores, y dejaros dar forma sobrenatural como el barro en las manos del alfarero.

*Hijos míos, mirad que todos estamos metidos en una misma red, y la red dentro de la barca, que es el Opus Dei, con un ánimo maravilloso de humildad, de entrega, de trabajo, de amor. ¿No es hermoso esto? ¿Acaso tú lo has merecido? ¿Si te ha encontrado Dios por ahí, en la calle, cuando El pasaba! No somos ninguna especialidad, no somos selectos: podía haber buscado a otros mejores que nosotros. Pero nos ha elegido, y recordarlo no es soberbia, sino agradecimiento*¹⁵.

(14) *Ierem.* XVIII, 6.

(15) De nuestro Padre, *Meditación El talento de hablar*, abril de 1972.

El Señor quiere servirse de nosotros para que muchas almas alcancen la felicidad eterna. Para eso resulta imprescindible luchar contra la soberbia, capaz de agostar los frutos de Cristo en nosotros, y que puede presentarse veladamente, como un descuido habitual, una falta de interés activo y responsable en aprovechar bien los medios de formación: la Confesión y la charla fraterna, el Círculo, los retiros espirituales, la corrección fraterna... Renunciar a esos medios, no recibirlos eficazmente, supondría detenernos en el camino de la santidad.

*Que nuestra respuesta sea: ¡me dejaré conocer mejor, guiar más, pulir, hacer! Que nunca, por soberbia, cuando reciba una indicación que es para mejora de mi vida interior, me rebele; que no tenga en más aprecio mi propio criterio —que no puede ser certero, porque nadie es buen juez en causa propia— que el juicio de los Directores; que no me moleste la indicación cariñosa de mis hermanos cuando me ayudan con la corrección fraterna*¹⁶.

Confiemos a la Virgen Nuestra Señora los propósitos de este rato de oración: Ella nos enseñará a aprovechar cada día mejor los medios de formación espiritual, y nos convertirá en instrumentos eficaces al servicio de la Iglesia Santa.

(16) De nuestro Padre, *Meditación El talento de hablar*, abril de 1972.

248.

SÁBADO

—El conocimiento de nuestra miseria no ha de causarnos asombro ni tristeza.

—La sinceridad hace al alma feliz.

—Abrir el corazón con sencillez en la charla fraterna.

EN EL Opus Dei, hijas e hijos míos, todos debemos ser personas bien maduras, cada uno con sus características propias, que la Obra no sólo respeta, sino que fomenta y defiende. En la vida espiritual, en cambio, hemos de ser todos como niños pequeños: sencillos, transparentes. Por eso me gusta repetir que acabo de cumplir siete años: os aconsejo no pasar de esa edad, porque un niño de ocho o nueve años ya ha aprendido a decir mentirotas muy grandes¹.

Así hablaba nuestro Padre con ocasión de su setenta cumpleaños, recalcando una vez más la importancia de ser muy sinceros. Y este mismo es el consejo que nos transmite el Evangelio de la Misa de hoy, en el que leemos aquellas palabras de Nuestro Señor: *no juréis en absoluto; ni por el Cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es el estrado de sus pies (...). Tampoco jures por tu cabeza, porque no puedes volver blanco o negro ni un solo cabe-*

(1) De nuestro Padre, Meditación *El talento de hablar*, abril de 1972.

lio. Sea, pues, vuestro modo de hablar: sí, sí, o no, no. Lo que excede de esto, viene del Maligno².

Precisamente, con mis siete años de experiencia —continuaba nuestro Fundador—, quiero recordaros algo que me habéis oído muchas veces. Este Padre vuestro se siente capaz de todos los errores y de todos los horrores, en los que puedan caer las personas más desgraciadas. Y vosotros, si os conocéis un poquito, también os sentiréis así. Por tanto, si alguna vez tuvierais la desgracia de tropezar —y de tropezar gravemente, cosa que no sucederá—, no os sorprendáis: ¡a rectificar, a hablar enseguida! Si sois sinceros, el Señor os llenará de su gracia y volveréis a la lucha, con más fuerza, con más alegría, con más amor.

Padre, entonces, ¿usted quiere que caigamos o nos equivoquemos? No, hijos míos. ¡Cómo voy a quererlo! Pero si alguna vez, por debilidad humana, os vais al suelo, no os desaniméis. Sería una reacción de soberbia pensar entonces: yo no valgo. ¡Claro que vales!: vales toda la Sangre de Cristo: empti enim estis pretio magno (I Cor. VI, 20), habéis sido comprados a gran precio. Acercaos inmediatamente al Sacramento de la Penitencia, hablad sinceramente con vuestro hermano, y ¡recomenzad!, que Dios cuenta con vosotros para hacer su Obra.

*No os entristezcáis si, en los momentos más estu-
pendos de vuestra vida, os viene la tentación —que*

P) Ev. {Matth. V, 34-37}.

quizá podéis confundir con un deseo consentido, pero que no lo es— de las fealdades mayores que es posible imaginar. Acudid a la misericordia del Señor, contando con la intercesión de su Madre y Madre nuestra, y todo se arregla. Después, echaos a reír: ¡me trata Dios como a un santo! No tiene importancia ninguna: persuadios de que en cualquier momento puede levantarse la criatura vieja que todos llevamos dentro. ¡Contentos, y a luchar como siempre! Ahora que nadie quiere hablar de batallas ni de guerras, no hay más remedio que recordar aquellas palabras de la Sagrada Escritura: *militia est vita hominis super terram* (Job VII, 1). Aunque lo vuestro, hijas e hijos míos, si hacéis caso a estos consejos de vuestro Padre —que tiene mucha experiencia de las flaquezas humanas: por sacerdote, por los años y por el conocimiento propio— será ordinariamente una guerrilla, una lucha en cosas sin demasiada importancia, bien lejos de los muros capitales de la fortaleza.

De vez en cuando encontraréis quizá más violencia, más fuerza en la soberbia y en las cosas que tiran hacia el barro. La mayor locura que entonces podéis hacer sería callaros. Mientras callé —reza uno de los Salmos—, consumíanse mis huesos con mi gemir durante todo el día, pues día y noche tu mano pesaba sobre mí, y mi vigor se convirtió en sequedad de estío (Ps. XXXI, 3-4). En cambio, todo se arregla si habláis, si contáis vuestras dificultades, errores y miserias, en esa charla personal, íntima y fraterna, que hay en Ca-

sa, y en la confesión. Hablad claro antes, hijos de mi alma, en cuanto notéis el primer síntoma, aunque sea muy leve, aunque parezca no tener importancia. Hablad claro, y pensad que no hacerlo así es llenarse de rubores tontos y de mohines de novicia, cuando deberíais portaros valientemente, como soldados. No me refiero sólo a debilidades de la carne, aunque también incluyo éstas, pero en su sitio, en quinto o sexto lugar. Me refiero sobre todo a la soberbia, que es nuestro mayor enemigo, el que nos hace andar de cabeza.

No os maravilléis, por tanto, si alguna vez cometéis alguna tontería. Enseñad el golpe, la llaga, y dejad obrar a quien os cure, aunque duela. Así recuperaréis la salud, iréis adelante, y vuestra vida se traducirá en un gran bien a las almas³.

LA OBRA es una Madre que deja libérrimos a sus hijos; por tanto sus hijos sentimos la necesidad de ser leales. Si alguno no lo hubiera hecho hasta ahora, le aconsejo que abra el corazón y suelte aquello: el sapo que todos hemos tenido dentro, quizá antes de venir al Opus Dei. Lo aconsejo a todos mis hijos: echad fuera ese sapo gordo y feo. Y veréis qué paz, qué tranquilidad, qué bien y qué alegría. El Señor os dará, en el resto de vuestra vida, mucha más gracia para ser leales a vuestra vocación, a la Iglesia, al Romano Pontífi-

(3) De nuestro Padre, Meditación *El talento de hablar*, abril de 1972.

ce, que tanto amamos sea quien sea. En cambio el que intentase ocultar una miseria, grande o chica, sería un foco de infección, para él y para las demás almas. Son charca los defectos que se ocultan, y también las cosas buenas que no se manifiestan: hasta el remanso de agua clara, si no corre, se pudre. Abrid el corazón con claridad, con brevedad, sin complicaciones.

Sólo los que no son sinceros son infelices. No os dejéis dominar por el demonio mudo, que a veces pretende quitarnos la paz por bobadas. Hijos míos, insisto, si algún día tenéis la desgracia de ofender a Dios, escuchad este consejo del Padre, que sólo quiere que seáis santos, fieles: acudid rápidamente a la confesión y a esa charla con vuestro hermano. Os comprenderán, os ayudarán, os querrán más. Echáis el sapo fuera, y todo andrà bien en adelante.

Todo andrà bien, por muchas razones: en primer lugar, porque el que es sincero es más humilde. Luego, porque Dios Nuestro Señor premia con su gracia esa humildad. Después, porque ese otro hermano que te ha escuchado, sabe que estás necesitado y se siente en la obligación de pedir por ti. ¿Vosotros pensáis que las personas que reciben vuestra charla son gente que no comprende? ¡Si están hechos de la misma pasta! ¿A quién le va a chocar que un vidrio se pueda romper, o que un cacharro de barro necesite lañas? Sed sinceros. Es la cosa que más agradezco en mis hijos, porque así se arregla todo: siempre. En cambio,

sentirse incomprendido, creerse víctima, acarrea siempre también una gran soberbia espiritual.

El espíritu de la Obra lleva necesariamente a la sencillez, y por ese camino se lleva a las almas que se acercan al calor de nuestra labor. Desde que llegasteis a la Obra, no se ha hecho otra cosa que trataros como a las alcachofas: ir quitando las hojas duras de fuera, para que quede limpio el cogollo. Todos somos un poco complicados; por eso, a veces, fácilmente, de una cosa pequeña dejáis que se haga una montaña que os abrumba, aun siendo personas de talento. Tened, en cambio, el talento de hablar, y vuestros hermanos os ayudarán a ver que esa preocupación es una bobada o tiene su raíz en la soberbia.

No olvidéis, además, que decir una verdad subjetiva, que no se ajusta a la verdad real, es engañar y engañarse. Puede estarse en el error por soberbia —repito—, porque este vicio ciega, y la persona, sin ver, piensa que ve. Pero también está equivocado el que se engaña y engaña. Llamad a las cosas por su nombre: al pan, pan; y al vino, vino. Sea vuestro modo de hablar: sí, sí; no, no; que lo que pasa de esto, de mal principio proviene (Matth. V, 37). El creí que, pensé que y es que son los nombres de tres diablos tremendos que no quiero oír en vuestra boca. No os busquéis disculpas, tenéis la misericordia de Dios y la comprensión de vuestros hermanos, ¡y basta!⁴.

H) De nuestro Padre, Meditación *El talento de hablar*, abril de 1972.

POR GRAVE o vergonzosa que pueda parecer, no hay enfermedad espiritual que el Señor no cure, si acudimos contritos al Sacramento de la Penitencia, si abrimos con sencillez el corazón en la charla fraterna. Para animarnos a esta sinceridad, la Iglesia nos recuerda hoy las palabras del salmo: *bendice, alma mía, al Señor, y no te olvides de todos sus beneficios. El perdona todas tus maldades, El sana todas tus enfermedades, El redime tu vida de la muerte, El te corona de misericordia y de piedad*⁵.

Decid las cosas sin ambigüedades. El hijo mío que pinta de colores el error, que deforma lo sucedido, que lo adorna con palabras inútiles, no va bien. Hijas e hijos míos: sabed que cuando se ha cometido un disparate, se tiende a disfrazar la mala conducta con razones de todo tipo: artísticas, intelectuales, científicas, ¡hasta espirituales!, y se acaba por decir que parecen o que son anticuados los mandamientos. A la vuelta de estos cuarenta y tres años largos, cuando algún hijo mío se ha perdido, ha sido siempre por falta de sinceridad o porque le ha parecido anticuado el decálogo. Y que no me venga con otras razones, porque no son verdad.

No intentéis nunca compaginar una conducta floja, con la santidad que os exige la Obra. Formaos un criterio recto, y no olvidéis que vuestra conciencia será cada día más delicada, más exigente, si sois cada día más sinceros. Hay cosas con las que os conformabais

(5) Ps. R. (I) [Ps. CU, 2-4).

hace años, y ahora no: porque notáis la llamada de Dios, que os pide una mayor finura y os da la gracia necesaria para corresponder como El espera (...).

Voy a terminar, hijas e hijos míos, trayendo a vuestra consideración aquel texto de la Escritura Santa que pone en nuestra boca dulzuras de miel y de panal. Elegit nos in ipso ante mundi constitutionem, ut essemus sancti et immaculati in conspectu eius (Ephes. I, 4). Nos escogió el Señor a cada uno de nosotros para que seamos santos en su presencia. Y eso, antes de la creación del mundo, desde toda la eternidad: ésta es la providencia maravillosa de nuestro Padre Dios. Si correspondéis, si lucháis, tendréis una vida feliz también en la tierra, con algunos momentos de oscuridad ciertamente, con algunos ratos de sufrimiento que sin embargo no debéis exagerar: pasan en cuanto abrimos el corazón. Decidme: ¿no es verdad que, cuando contáis aquello que os produce preocupación o que os da vergüenza, os quedáis tranquilos, serenos, alegres?

*Además, de esta manera no nos encontramos nunca solos. Vae solis! (Eccle. IV, 10), ¡ay del que está solo!, dice la Escritura Santa. Nosotros no permanecemos solos nunca, en ninguna circunstancia. En cualquier lugar de la tierra nuestros hermanos nos acogen con cariño, nos escuchan y nos comprenden; siempre nos acompañan el Señor y su Madre Santísima; y, en nuestra alma en gracia, habita como en un templo el Espíritu Santo: Dios con nosotros*⁶.

(6) De nuestro Padre, Meditación *El talento de hablar*, abril de 1972.

249.

DOMINGO XI DEL TIEMPO ORDINARIO

—La parábola del grano de mostaza hecha realidad en la Obra.

—Fe para superar los obstáculos.

—Nuestra fidelidad es condición de la eficacia.

EN AQUEL tiempo, decía Jesús a las gentes: el Reino de Dios es (...) como un grano de mostaza que, cuando se siembra en la tierra, es la más pequeña de todas las semillas que hay en la tierra; pero, una vez sembrado, crece y se hace mayor que todas las hortalizas, y echa ramas grandes, de manera que los pájaros del cielo pueden anidar bajo su sombra¹.

Así comenzó la Iglesia: con la pequeñez de un grano de mostaza. El Señor escogió, para comenzar la instauración de su reinado, a unos pocos hombres, pobres y llenos de defectos; eligió *la flaqueza del mundo para confundir a los fuertes²*. Por eso, a los discípulos, Jesucristo *les invita a la fe con la parábola del grano de mostaza; y les hace ver* —comenta San Juan Crisóstomo— *que, de todos modos, se propagará la predicación del Evangelio. El grano de mostaza —les dice— es de las más pequeñas simientes; pero cuando crece se hace una de las mayores le-*

(1) Ev. (B) (Marc. IV, 31-32).

(2) I Cor. I, 27.

*gumbres, de suerte que vienen las aves del cielo y hacen nidos en sus ramas. Los más pequeños, los más débiles entre los hombres, eran los discípulos del Señor, pero como había en ellos una eficacia divina grandiosa, esa fuerza se desplegó y se difundió por todo el mundo. Con esto quiso dar el Señor una prueba de su grandeza*³.

Así también, con la pequenez del grano de mostaza, nació el Opus Dei. Tiene por base —escribía nuestro Padre en 1934— *pedras desechadas por los que edificaron* (Act. IV, 11). *No encontraréis aquí altos jerarcas de la Iglesia, ni hombres de prestigio nacional. Su labor apenas se ve sobre la tierra: está debajo, crece hacia dentro. ¡Ya llegará la hora de subir!*

Así comenzó todo lo grande: ¿quién era Francisco? ¿Los que convivieron con Ignacio en Alcalá hubieran creído en el impulso y desarrollo de su Compañía?

*Volved los ojos al Santo Evangelio: a los Apóstoles del Señor, inútiles, egoístas e ignorantes, ni vosotros ni yo los hubiéramos escogido para ese oficio*⁴.

Fue el Señor quien quiso servirse de aquellos instrumentos, como se sirvió también de nuestro Fundador y de nuestros primeros hermanos para sembrar en la entraña del mundo la pequeña semilla de su Obra. Cayó la siembra en el corazón de nuestro Padre, y germinó y echó hondas raíces... *Sólo yo*

(3) San Juan Crisostomo, *In Matthaeum homiliae* 46.

(4) De nuestro Padre, *Instrucción*, 19-IIM934, nn. 2-4.

*sé —nos decía— cómo hemos empezado. Sin nada humano. No había más que gracia de Dios, veintiséis años y buen humor. Pero una vez más se ha cumplido la parábola de la pequeña simiente: y hemos de llenarnos de agradecimiento a Nuestro Señor*⁵.

Una y otra vez volvemos a vivir la parábola del grano de mostaza al comenzar nuestro trabajo en un nuevo lugar, al iniciar una nueva labor. Nuestra pequenez personal, la carencia de medios son siempre ocasión de que Dios muestre su grandeza. Pero a nosotros nos pide fe.

*LA OBRA se ha hecho así: sin dinero y sin virtudes; yo sólo tenía —afirmaba nuestro Padre— veintiséis años, gracia de Dios y buen humor. Se ha hecho con la vida santa de vuestros primeros hermanos: con aquella sonrisa continua, con la oración, con el trabajo, con el silencio. Así se ha hecho el Opus Dei, que ha tenido su Cruz y su Resurrección, sin ruido, pero maravillosa*⁶.

Han pasado unos años —pocos aún, para una institución destinada a durar mientras haya hombres sobre la tierra—, y las primicias de los frutos sobrenaturales de aquella pequeña semilla se difunden ya en tantos puntos de la tierra. *Hoy toda la Obra huele a fruto maduro, a campo cuajado, con pa-*

(5) De nuestro Padre, *Meditación En un 2 de octubre*, 2-X-1962.

(6) De nuestro Padre, *Meditación*, 29-111-1959.

labras de la Escritura (cfr. Genes. XXII, 27)⁷.

Cuando contemplo el sendero que hemos recorrido desde 1928, me veo, hijos míos, como un niño pequeño delante de un Padre buenísimo. A un niño pequeño no se le dan cuatro encargos de una vez. Se le da uno, y después otro, y otro más cuando ha hecho el anterior. ¿Habéis visto cómo juega un chiquillo con su padre? El niño tiene unos tarugos de madera, de formas y de colores diversos... Y su padre le va diciendo: pon éste aquí, y ese otro ahí, y aquél rojo más allá... Y al final ¡un castillo! Pues así, hijos míos, así veo yo que me ha ido llevando el Señor ludens coram eo omni tempore; ludens in orbe terrarum (Prov. VIII, 30 y 31), como en un juego divino. Y al final de este maravilloso juego ¿no veis qué fortaleza más hermosa ha salido?: opus sanctum, bonum, pulchrum, amabile!; una Obra suya, con todo este colorido, con toda esa variedad de formas y perfiles, que son reflejo de la Bondad de Dios⁸.

Este espléndido desarrollo del Opus Dei, de este trabajo apostólico que nació pequeño como el grano de mostaza y que, como el árbol de la parábola, ha crecido tanto, con la gracia del Señor, que hoy cobija a multitud de almas⁹, es una llamada perentoria a aumentar nuestra fe, y a traducirla en hechos, en vida de entrega, en fidelidad. El alma, por las cosas ya vistas, puede vislumbrar otras mayores;

(7) De nuestro Padre, Crónica VII-55, p. 25.

(8) De nuestro Padre, Carta, 25-1-1961, n. 2.

(9) De nuestro Padre, Carta, 14-11-1944, n. 9.

y arde con un deseo siempre mayor e incansable de alcanzarlas¹⁰.

Fe, fidelidad, cuando los obstáculos intentan persuadirnos de la imposibilidad de la empresa; fe, fidelidad, cuando las dificultades objetivas nos hacen sentirnos de nuevo pequeños como un grano de mostaza. En las horas de lucha y de contradicción, cuando quizá "los buenos" llenen de obstáculos tu camino, alza tu corazón de apóstol: oye a Jesús que habla del grano de mostaza y de la levadura. —Y dile: "edissere nobis parabolam" —explícame la parábola.

Y sentirás el gozo de contemplar la victoria futura: aves del cielo, en el cobijo de tu apostolado, ahora incipiente; y toda la masa fermentada¹¹.

Fe, fidelidad, también cuando los obstáculos broten de nuestra misma miseria personal, cuando sintamos en la carne y en el alma la amenaza de nuestra flaqueza, de nuestras inclinaciones torcidas. Fe en Dios, fe en la gracia, fidelidad. *Tenemos que estar muy contentos porque las cosas saldrán. Han salido siempre. A veces, aun poniendo obstáculos nosotros, con nuestras faltas de fidelidad¹².*

ESTO dice el Señor Dios: tomaré Yo la copa de un alto cedro y la plantaré; de lo alto de sus ramas

(10) San Gregorio Niseno, De vita Moyses 343.

(11) Camino, n. 695.

(12) De nuestro Padre, n. 257.

desgajaré un renuevo, y lo plantaré sobre un monte alto y descollado. En el alto monte de Israel lo plantaré, y brotará un renuevo y dará fruto y se hará un magnífico cedro; y habitarán debajo de él todas las aves y los volátiles de toda especie anidarán a la sombra de sus ramas".

La Obra de Dios abre los caminos divinos de la tierra, mostrando a los hombres su hermosura divina. Y su crecimiento apostólico no tiene límites. *Mirad cómo será, cuando pase el tiempo, si somos fieles y generosos en la siembra* —*quae enim seminaverit homo haec et metet,*¹³ *porque lo que siembre un hombre, eso recogerá* (Galat VI, 8)—, *el buen grano, fruto de nuestros afanes*¹⁴. Es preciso sembrar con fe, diariamente, con el cumplimiento de las Normas de piedad, con la obediencia pronta, con la fidelidad heroica al plan de vida, con una lucha interior siempre recomenzada.

Necesitamos fe, para darnos de lleno, animosamente, a nuestra labor diaria, sin abrir un resquicio a la rutina, al desaliento, al cansancio, al pesimismo. Fe, para cumplir —heroicamente si hace falta— el pequeño deber de cada instante, para vivir nuestro trabajo con orden y tenacidad; como siembra el campesino, y realiza una a una todas las labores que el cultivo requiere, con los ojos

(13) L. I. (B) (Ezech. XVII, 22-23)

(14) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 96.

puestos en una cosecha que vendrá más tarde. *Que no haya ningún hijo mío que no sienta sobre su vida, sobre su trabajo, sobre su jornada de cada día esa responsabilidad*¹⁵.

Todas las posibles dificultades de ahora serán después abundancia de fruto apostólico. La indigencia de la pequenez inicial es señal de predilección divina. *Todavía no os hacéis cargo del amor que Dios ha derrochado en cada uno de nosotros, llamándonos de los primeros. Cuando pasen treinta años, echaréis la mirada atrás y os pasmaréis. Y no tendréis más que acabar la vida agradeciendo, agradeciendo...*¹⁶. Nos ha elegido Dios como instrumentos de cosas grandes. Su realización depende de nuestra fidelidad diaria, en cada momento, sabiendo que trabajamos cara al hoy y al mañana. Nuestra entrega está haciendo realidad esa Obra de Dios, que nuestro Padre veía —nos lo dijo tantas veces— *proyectada en los siglos y siempre joven, garbosa, guapa y fecunda. Y las aves del cielo, aves de toda especie y de todos los colores, bajan y se cobijan en sus ramas*¹⁷.

Vamos a recomenzar este nuevo día de lucha interior y de labor apostólica, a la luz de esta fe, al calor de esta esperanza. Vamos a poner fidelidad renovada en el cumplimiento de los propósitos que hayamos formulado para hoy, sabiendo que el Señor está

(15) De nuestro Padre, *Noticias* IV-58, p. 16.

(16) De nuestro Padre, *Crónica* VII-55, p. 28.

(17) De nuestro Padre, *Crónica* I-64, p. 63.

empeñado en que nuestra tarea se realice. Qui coepit in vobis opus bonum, perficiet (Philip. I, 6); *El, que ha comenzado su Obra, la llevará a término; podéis estar bien seguros de que no la dejará a medio hacer*¹⁸.

Acudimos también a la protección de la Virgen Santísima, porque *nuestro Opus Dei nació y se ha desarrollado bajo el manto de Nuestra Señora*¹⁹, y Ella lo seguirá protegiendo siempre.

(18) De nuestro Padre, Carta, 14-11-1944, n. 18.

(19) De nuestro Padre, n. 275.

250.

LUNES

—Hemos de amarnos con caridad sobrenatural y con cariño humano: poniendo el corazón.

—Ese amor se manifiesta también en nuestra vida en familia.

—La Costumbre del día de guardia.

*AMAOS los unos a los otros como Yo os he amado*¹. El amor de Cristo es modelo de nuestro amor. Y Jesús —*perfectas Deus, perfectas Homo*² — nos quiso con amor divino y humano; *Jesús es tu amigo*. —*El amigo*. —*Con corazón de carne, como el tuyo*. —*Con ojos, de mirar amabilísimo, que lloraron por Lázaro...* —*Y tanto como a Lázaro te quiere a ti*³.

Muchas veces hemos encontrado en las páginas del Evangelio pasajes enternecedores, que nos hablan del amor de Cristo a los hombres: Jesús se conmueve ante la limosna generosa de una pobre anciana; llora con lágrimas sentidas frente al sepulcro del amigo muerto; movido a misericordia, resucita al hijo de la viuda de Naím; y en la intimidad con los discípulos, sus palabras divinas adquieren un calor hu-

(1) Ioann. XIII, 34.

(2) Symb. Quicumque.

(3) Camino, n. 422.

mano, hondo, cordial: *vos autem dixi amicos*⁴, os llamé amigos porque os he dado a conocer todo lo que oí de mi Padre.

En la Obra nos han enseñado a querernos así. Por amor de Dios hemos de amar también a nuestros hermanos, con caridad afectuosa, porque el cariño humano, acrisolado por el amor de Cristo, es parte integrante de la caridad cristiana. *No tengáis miedo a quereros noblemente, santamente*, insiste nuestro Padre. *Que os queráis mucho: no os dé vergüenza tener corazón. No basta con que nos toleremos. Eso es poco. No basta la caridad oficial, fría. ¡Cariño!, humano y sobrenatural. Hemos de poner el cariño de Cristo inflamado de amor a los hombres, a su Madre, a los Apóstoles, a Lázaro. Cuando alguien tiene una pena, todos con él, para padecer esa pena. Y si alguien tiene una alegría, a alegrarnos con él también todos*⁵.

Hemos de amar a todos los hombres, porque a todos alcanza la Sangre redentora de Cristo; pero la caridad ha de ser ordenada; ha de mirar en primer término a los de nuestra familia sobrenatural, a quienes con nosotros trabajan en esta empresa divina de hacer el Opus Dei en la tierra. Uno es el camino, uno el esfuerzo, uno el ritmo del corazón. En esta senda del Opus Dei nadie puede marchar aislado. La caridad, decía nuestro Padre, *ha de vivirse*

(4) *joann.* XV, 14.

(5) De nuestro Padre, Crónica 1-66, p. 12.

*de un modo particular entre aquellos que tienen el lazo de la fraternidad, por ser hijos de una misma Madre, la Obra*⁶. Y añadía: *no hay nada que arrastre tanto como el cariño. ¡Cuántos pasajes del Evangelio nos enseñan que Cristo se deja ganar por el amor! Pues, hijos míos, ganaos a vuestros hermanos: queredlos con ese cariño que distingue, a los discípulos del Señor, de aquellos que no lo son*⁷. Así debemos querernos; así nos queremos, con el mismo corazón de carne que hemos entregado al Señor, con cariño humano y caridad sobrenatural. Concédenos, Señor, *obrar de tal modo que vivamos con espíritu de hijos tuyos y con caridad fraterna con todos*⁸.

*SOMOS una familia de vínculo sobrenatural. Nuestras casas son hogares de familia cristiana*⁹, con las mismas manifestaciones de cariño y de respeto, con el mismo orden, con la misma visión de la unidad familiar.

En la convivencia diaria hay detalles de entrega a los demás, que suponen finura de alma y amor de Dios. Jesús no pone como ejemplo grandes manifestaciones de caridad; acude a cosas bien pequeñas: a

(6) De nuestro Padre, Meditación, 15-IV-1954.

(7) De nuestro Padre, n. 127.

(8) *Ad tertiam, Orat.*

(9) De nuestro Padre, Crónica 11-57, p. 38.

*quien te pida, dale; y no rehuyas al que quiera de ti algo prestado*¹⁰.

Cada uno de nosotros tiene su carácter, sus gustos personales, su genio —su mal genio, a veces— y sus defectos. Cada uno tiene también cosas agradables en su personalidad, y por eso y por muchas más razones, se le puede querer. La convivencia es posible cuando todos tratan de corregir las propias deficiencias y procuran pasar por encima de las faltas de los demás: es decir, cuando hay amor, que anula y supera todo lo que falsamente podría ser motivo de separación y de divergencia.

Si alguno dice que no puede aguantar esto o aquello, que le resulta imposible callar, está exagerando para justificarse. Hay que pedir a Dios la fuerza para saber dominar el propio capricho; la gracia para saber tener el dominio de sí mismo. Porque los peligros de un enfado están ahí: en que se pierda el control y las palabras se puedan llenar de amargura, y lleguen a ofender y, aunque no se deseaba, a herir y a hacer daño.

*Es preciso aprender a callar, a esperar, y a decir las cosas de modo positivo*¹¹.

El cuidado de esas cosas menudas, pero necesarias para vivir bien la caridad, ha de ser algo constante en la vida de una persona del Opus Dei: la son-

risa habitual, que si es expresión de la paz y el orden interiores, nunca será forzada; el modo delicado de cuidar también detalles materiales que hacen la vida más agradable a los demás; el caminar sin estrépito; la corrección en el vestir, la pulcritud, y tantas otras atenciones que son a diario la sal y el agrado de la convivencia.

Las tertulias, los ratos de vida en familia son momentos especialmente adecuados para tener esas atenciones concretas. *La tertulia es una manera maravillosa de vivir el espíritu de familia. Para eso hay que hablar con sencillez, sin rebuscamiento, con un poco de sentido sobrenatural, y sabiendo contar también cosas divertidas*¹². Incluso, añadía nuestro Padre, no es malo que os gastéis bromas, siempre que no sean imprudentes o molestas¹³.

Es un buen momento para renovar el propósito de poner en práctica lo que nuestro Fundador nos recomienda: *que os sepáis fastidiar alegre y discretamente para hacer agradable la vida a los demás*¹⁴. Saber escuchar, pasar por encima de las preocupaciones personales para darnos a los demás: esto es caridad delicada, fruto de la presencia de Dios y de la visión sobrenatural, que nos lleva a hacerlo todo por El, a descubrirle en los demás, y de un modo par-

(10) Ev. [Matth. V, 42].

(11) De nuestro Padre, Noticias, 1972, pp. 820-821.

(12) De nuestro Padre, Tertulia, 25-VIII-1973.

(13) De nuestro Padre, Crónica, 1972, p. 869.

(14) De nuestro Padre, Crónica 11-57, pp. 38-39.

ticular en nuestros hermanos. La delicadeza en el trato mutuo es finura con el Señor: *en verdad os digo* —son palabras de Cristo— *que siempre que lo hicisteis con alguno de estos pequeñuelos, conmigo lo hicisteis*¹⁵.

HAY UNA Costumbre en la Obra que mira de manera especial a mantener viva en nosotros esa fraternidad, que debe informar nuestra vida entera: es el día de guardia, en el que estamos especialmente pendientes de la santidad de nuestros hermanos.

"Custos, quid de nocte!" —¡Centinela, alerta!

Ojalá tú también te acostumbraras a tener, durante la semana, tu día de guardia: para entregarte más, para vivir con más amorosa vigilancia cada detalle, para hacer un poco más de oración y de mortificación.

*Mira que la Iglesia Santa es como un gran ejército en orden de batalla. Y tú, dentro de ese ejército, defiendes un "frente", donde hay ataques y luchas y contraataques. ¿Comprendes?*¹⁶.

Durante la noche anterior, mientras descansa en Dios el último pensamiento de la jornada, nuestro corazón vela: *ego dormio sed cor meum vigilat*¹⁷. Sabemos que *si el Señor no vigila la ciudad, en vano ve-*

(15) Matth. XXV, 40.

(16) Surco, n. 960.

(17) Cant. V, 2.

*lan los que la custodian*¹⁸; y esa noche le pedimos que nos deje acompañarle con nuestro deseo, en la vela de amor con que El custodia, desde el Sagrario, el descanso y la paz de nuestro Centro.

Llega la luz del día, y nuestro primer pensamiento se hace también luz en el Señor. Y desde ese momento, hay un firme propósito de vivir con ilusión nueva cada una de nuestras Normas y Costumbres. Contamos con las armas de siempre: la oración, la mortificación, el trabajo.

Nos lanzamos con alegría a la lucha, que tendrá un sentido especial: más que nunca somos —por la caridad— la lámpara que alumbra todos los rincones, la sal que sabe desaparecer para dar sabor a la vida en familia. Estaremos más cerca del Sagrario por la oración constante; seremos más generosos en las pequeñas mortificaciones; pondremos más amor en el trabajo, para ayudar a los demás; nos esmeraremos en la corrección fraterna y en el rezo de la oración *saxum*.

Si cada semana vivimos con amor el día de guardia, irá creciendo en nuestra alma la disposición de entrega, de servicio a nuestros hermanos, de responsabilidad por su santificación, por su perseverancia. *Esa disposición, al acercarte más a Dios, te empujará* —nos dice nuestro Padre— *a convertir tus jornadas,*

(18) Ps. CXXVI, 1.

*una tras otra, en días de guardia*¹⁹. Y añade nuestro Fundador: *si habéis vivido este amor, esta caridad de Cristo que nos urge, que nos empuja, viviréis con fidelidad la perseverancia en la tierra... Si os queréis, si hay ese cariño, esa caridad de Cristo, fina, delicada, os apoyaréis unos a otros, y el que vaya a caer se sentirá sostenido y con fortaleza para ser fiel*²⁰.

Nuestra Madre Santa María supo vivir con finura de amor sus deberes familiares. La hemos visto partir apresuradamente para visitar a su prima Santa Isabel; hemos meditado su dedicación amorosa a Jesús durante los años de la vida oculta. Ella nos enseñará a ser cada día mejores hijos suyos y más hermanos de nuestros hermanos.

(19) *Surco*, n. 960.

(20) De nuestro Padre, *Crónica X-57*, p. 72.

251.

MARTES

—Caridad con los que están lejos de la Iglesia.

—Caridad con los demás católicos.

—Caridad con nuestros hermanos en la Obra.

QUIERE hoy la liturgia de la Iglesia que meditemos y saquemos consecuencias prácticas sobre la virtud de la caridad.

En el Evangelio de la Misa, el Señor nos muestra hasta qué extremos hemos de amar a todos los hombres. *Habéis oído que se dijo: amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pero Yo os digo: amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persigan, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los Cielos, que hace salir su sol sobre buenos y malos, y hace llover sobre justos e injustos*¹.

Así hemos aprendido a comportarnos en el Opus Dei: sin fanatismos de ninguna especie, con el corazón abierto a todas las criaturas. Nos lo enseñó nuestro Padre, con su ejemplo y con su palabra, y lo hemos visto reflejado —a veces hasta el heroísmo— en la vida de nuestros hermanos mayores.

En 1956, durante una meditación a sus hijos del Colegio Romano, nuestro Fundador decía: *la caridad*

(1) *Ev. (Matth. V, 43-45)*.

(...) es una virtud sobrenatural, infusa, por la que amamos a Dios, como Sumo Bien, por Sí mismo; y al prójimo y a nosotros mismos por amor de Dios.

El objeto material de la caridad es Dios, los ángeles y los hombres; no los condenados, ni los demonios, porque son incapaces de la amistad de Dios. El objeto formal de esta virtud es Dios, que es el mismo Bien.

Luego nosotros debemos querer a todas las almas, sin excepción: es la primera consecuencia que sacáis cuando os ponéis a reflexionar. Debéis vivir una recta comprensión con los defectos, con las miserias, con los errores, con las flaquezas de los demás. Y esta comprensión os llevará a la convivencia. Hijos míos, ¡cuidadme estas virtudes humanas! Si no, no hay posibilidad de apostolado. Por eso en la Obra, como consecuencia de la caridad, practicamos la santa intransigencia, que es amor de Dios, caridad de Dios; y simultáneamente, la santa transigencia con las personas que están en el error, hasta extremos que quizá no tenían precedentes.

En nuestro Derecho particular (...) he escrito que alrededor de la Obra hay muchas personas que, viviendo lejos de la Casa del Padre o no profesando enteramente la fe católica, nos ayudan sin embargo con su trabajo, con sus limosnas e incluso con su oración. Son los Cooperadores no católicos. ¡Si supierais qué forcejeo filial tuve que sostener en la Santa Sede, para que nos autorizaran a recibir a esas personas en la Obra, como Cooperadores! Y era tan lógico. ¡Es tan ló-

gico que en la Obra haya Cooperadores acatólicos! Es caridad de Dios ésa que nos lleva a la comprensión, a la convivencia, a la santa intransigencia y a la santa transigencia.

Con éstos que no conocen a Cristo, o que le conocen a medias y no lo quieren seguir, los miembros de la Obra han de convivir y los han de trabajar con su oración, con su sacrificio, con su ejemplo, pidiendo para ellos, por intercesión de la Santísima Virgen, que la misericordia divina les conceda la luz de la fe, y procurando atraerlos suave y eficazmente a la práctica de la vida cristiana. ¿Cabe caridad mayor? ¿Cabe comprensión más grande? ¿Cabe convivencia más amable? ¡Si los metemos en el corazón de nuestras labores, si los ponemos en el centro de nuestra alma, si los convertimos con nosotros en brazo y mano de Dios, para realizar su Obra en la tierra! ¿Más convivencia? ¿Más transigencia, santa? ¿Más intransigencia, también santa? ¡No cabe!².

EN UNA de las lecturas de la Misa de hoy, se recoge el elogio de San Pablo a los fieles de Macedonia. Con ocasión de la colecta para los cristianos de Jerusalén, que el Apóstol había promovido entre las diversas comunidades por él fundadas, los Macedonios se distinguieron entre los demás: *su rebosante*

(2) De nuestro Padre, Meditación, 29-IIM956.

gozo y su extrema pobreza se desbordaron en tesoros de generosidad; porque doy testimonio de que según sus posibilidades, y aun por encima de ellas, espontáneamente nos pidieron con mucha insistencia la gracia de participar en el servicio a favor de los santos³.

Esto escribía San Pablo a los Corintios, entre quienes se hallaban siempre vivas las semillas de la división y la discordia, para incitarles a vivir mejor la caridad con los hermanos en la fe.

En aquella meditación, seguía diciendo nuestro Padre: *¿y con los católicos? Desde el primer momento quiso el Señor meter, en el corazón de sus hijos del Opus Dei, un gran cariño al mandatum novum: que os améis unos a otros como Yo os he amado floann. XIII, 34). Hijos míos, ¡qué difícil es convivir sin la caridad! ¡Cuánta bandería! ¡Cuánta mentalidad de partido único! ¡Cuánta soberbia colectiva! A mí, me parece oír gritar a Pablo, que dice a los de Corinto, y a los cristianos de hoy, a los católicos que vivimos en el mundo de estos días: ego quídam sum Pauli, ego autem Apollo, ego vero Cephae, ego autem Christi (I Cor. I, 12). En Corinto, unos decían seguir a Pablo; otros, a Apolo... Nosotros debemos afirmar: yo no soy de esta bandera, ni de aquélla, ni de la de más allá: ¡yo soy de Cristo! Ego autem Christi! ¡De Cristo! ¡De Cristo! ¡De Cristo! Al oro, a la plata limpia, no se le añaden apodos. Cuando la plata es pura, se le llama plata; cuando se*

(3) L. I (I) (II Cor. VIII, 2A).

le aplica algún calificativo, es señal de que han puesto mezcla (...).

A la vista de tanta pequenez, de tanta miseria, de tantas calumnias y discordias..., yo había rezado muchas veces: oremus pro unitate apostolatus. Me acordaba del mandatum novum, del mandamiento nuevo que nos dejó el Señor. Y escribí en nuestro Derecho particular que, en el trato con los demás católicos, nuestra ambición suprema ha de ser la de comportarnos como los primeros seguidores de Cristo, sin que haya discriminación de sangre, de nación, o de lengua. ¡Hijos míos!, ¿cabe más caridad?

¿Veis como habéis de amar a todos los católicos? ¡Así! Mandatum novum do vobis: ut diligatis invicem sicut dilexi vos floann. XIII, 34). Recuerdo que, cuando pusimos la primera labor corporativa, aquella Academia en la calle de Luchana, en un lugar mandé colocar un canelón con el texto del Mandatum novum. Solía comentar a aquellos chicos: este mandamiento sigue siendo nuevo para muchos, a la vuelta de tantos años. ¡Y tan nuevo! ¡Como que no lo usan! Y ahora, hijos míos, todavía continúa siendo nuevo; entre los seguidores de Cristo, en tantas ocasiones, no hay amor, no hay caridad. Es doloroso. Es una pena, pero es la pura verdad. ¡Cuántas veces, los que aseguran que sirven a Cristo, tratan de hundir a otros que también sirven a Cristo! Utilizan la mentira, la trapisonda, frases de doble sentido, palabras de interpretación dudosa para sembrar la confusión (...).

*¡Hijos míos, amadlos también! ¡Amad a todos! Vosotros no tenéis por qué apagar una luz que diga estar encendida en el nombre de Cristo. Si no tiene aceite, se apagará ella sola *.*

*UN MANDAMIENTO nuevo os doy, dice el Señor: que os améis los unos a los otros como Yo os he amado*⁵.

Caridad con vuestros hermanos. Caridad sobrenatural y cariño humano. Caridad eficaz: non diligamus verbo ñeque lingua, sed opere et veritate (I Ioann. III, 18), no sólo con palabras y con la lengua, sino con obras y de verdad.

¿Por qué os recuerdo estas cosas? Porque es lo que me parece más necesario: la caridad fina. En pocas palabras: que no haya un motivo exclusivamente humano de simpatía, en el cariño que os tenéis unos a otros; amaos cada uno a todos y todos a cada uno, sin miedo a quereros. Pero así: quereos con amor sobrenatural, con amor eficaz, que ponga a Dios sobre todos los afectos y sobre todos los amores. Porque la caridad con Dios ha de ser appetitive summa: hemos de amar al Señor más que a ninguna criatura, y estar dispuestos a perder el mundo entero antes que perder la amistad con Dios.

(4) De nuestro Padre, Meditación, 29-111-1956.

(5) Miel. (Ioann. XIII, 34).

¡Qué pena si vuestra alma tuviera rincones sin limpiar! ¡Qué pena si vuestro corazón se apegase a una criatura! Mirad que somos tan poca cosa que enseguida encontramos —sin razón— muchas razones para no cortar inmediatamente, para no arrancar, para no limpiar. Hijo mío, si tú guardases en el corazón algo que no va, te insisto en que es la hora de cortar. Pide a nuestra Madre bendita que te ayude, y te obtendrá esta gracia del Padre del Cielo.

¿Y qué manifestaciones tiene la caridad con tus hermanos? Pues, mira, te lo he dicho mil veces: hacerles amable el camino de la santidad. Han pasado ya muchos años desde que escribí que el tono humano de la Obra de Dios, su ambiente, ha de distinguirse por una extremada delicadeza en el trato mutuo (...).

Por caridad, habéis de cuidar hasta las manifestaciones más pequeñas de delicadeza con vuestros hermanos. Se cuenta que una vez hubo un gran disgusto en una comunidad de religiosas, porque una abría una ventana y otra la quería cerrar. En el Opus Dei nos mortificamos para hacer amable el camino de la santidad a los demás, para que haya ambiente de familia, calor de hogar. Si os amáis, cada una de nuestras casas será el hogar que yo he visto, el que yo quiero —¡lo quiere Dios!— que haya en cada uno de nuestros rincones. Así, cada uno de vuestros hermanos tendrá un hambre santa de llegar a casa, después de la jornada de trabajo; y tendrá después ganas de salir a la calle, a la guerra santa, a esta guerra de paz.

¡Hogar! Porque tú procuras que estén las cosas en su sitio. Y porque, si ves que aquél necesita ropa y no lo dice —que debe decirlo—, lo dices tú; y si aquél no come, lo adviertes al Director; y si se ve una cosa rota, se avisa enseguida.

Caridad con vuestros hermanos. Esa caridad os llevará a ayudarles a conservar su vocación, que es el tesoro más espléndido que el Señor les ha concedido. Esa caridad os empujará a contribuir con vuestro esfuerzo, para que cada uno de los miembros de la Obra sea santo, para que todos posean una sólida vida interior. Cuando estáis en un Centro pequeño, si sabéis que algún hermano vuestro viene retrasando la meditación, o se olvida de confesar en el día señalado, ¿por qué no ayudarlo?: oye, ¿vamos a hacer la meditación?: ¿vienes a confesarte?: hoy nos toca... Si nos damos cuenta de que a aquél o al otro la mortificación le cuesta, ¿no le podremos allanar el camino, con una palabra cariñosa y buen ejemplo?

La caridad nos impulsa a ayudar a los demás, con nuestra oración y con nuestra mortificación; y a ser eficaces en el trabajo extemo, en el trabajo profesional y en la labor apostólica. Alter alterius onera pòrtate et sic adimplebitis legem Christi (GalaL VI, 2): llevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo. Pero llevadla con gusto. ¡Que se queme tu vida! ¡Que arda hasta el final! Hazlo cara a Dios, sin cálculo, con hambre de gastar tus días, tus horas, para servir a los que te rodean. No me olvides que, con tu en-

trega al Señor, por medio de la bendita Comunión de los Santos, ayudas además a todos tus hermanos a santificar su trabajo cotidiano. Y será una maravilla: ¡qué llamarada delante de Dios! ¡Daos!, con amor a Dios y con amor a vuestros hermanos, en un servicio que pase inadvertido. Veréis cómo, si os conducís así, otros comenzarán a vivir del mismo modo, y seréis como una gran hoguera que enciende todo⁶.

Al terminar hoy nuestra oración, pedimos a la Virgen que nos enseñe a querer así, como nos ha enseñado su Hijo, a nuestros hermanos y a todas las almas.

(6) De nuestro Padre, Meditación, 29-111-1956.

252.

MIÉRCOLES

- Hacer las cosas cara a Dios, no cara a los hombres.
- Hay que rectificar la intención frecuentemente.
- La eficacia de la labor es de Dios.

*GUARDAOS bien de hacer vuestra justicia delante de los hombres con el fin de que os vean; de otro modo no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los Cielos*¹. No pide el Señor que escondamos nuestra virtud: *¿acaso se enciende una lámpara para ponerla debajo del celemín o debajo de la cama? ¿No se pone sobre el candelero?*²; lo que desea es que, al hacer el bien, no busquemos nuestra propia gloria, sino la gloria de Dios.

¡Que vean mis obras buenas!... —Pero, ¿no adviertes que parece que las llevas en un cesto de baratijas, para que contemplen tus cualidades?

Además, no olvides la segunda parte del mandato de Jesús: "y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos"³.

Una persona del Opus Dei ha de trabajar cada jornada hasta agotarse, poner en este servicio sus mejores energías, y terminar la tarea emprendida, sabiendo que *somos siervos inútiles: no hicimos más*

(1) *Ev. (Matth. VI, 1).*
 (2) *Marc. IV, 31.*
 (3) *Surco*, n. 718.

*que lo que teníamos obligación de hacer**. Debemos, por tanto, tener un positivo interés en no buscar las alabanzas de los demás, en no pretender la propia gloria, ni individualmente ni en grupo. Nuestro Padre nos ha dejado bien claro que *la gloria de la Obra de Dios es vivir sin gloria humana*⁵.

Trabajamos, tanto personal como corporativamente, cara a Dios, no cara a los hombres. Ningún afecto terreno, el *qué habrán dicho*, el *qué dirán*, puede condicionar nuestro afán de servir. Hemos de trabajar con la mirada puesta en Dios, sin buscar el aplauso. *Sea la gloria sólo para el Padre, para el Hijo con el Espíritu Santo: ahora y por todos los siglos*⁶, se reza en el himno de Laudes. Si mantenemos bien grabada esta convicción, no tendremos miedo a que nuestro comportamiento choque con el ambiente. Por el contrario, pondremos empeño en decir sinceramente y eficazmente al Señor que sólo buscamos su gloria, que queremos vivir sabiendo que *seremos olvidados en la tierra, sin esperar recompensa humana, perseverando hasta el fin, de modo que con nuestra conducta podamos decir: laboramus operantes manibus nostris; maledicimur et benedicimus...; tanquam purgamenta huius mundi facti sumus, omnium peripsema usque adhuc. Nos afanamos trabajando con nuestras propias manos; dicen mal de nosotros y bendecimos...*

⁵ *W Luc. XVII, 10.*

⁶ De nuestro Padre, *Instrucción*, 19-111-1934, nota 31.

(6) *Ad Laudes*, Hymn.

*somos tratados como el estiércol del mundo, como la escoria de todos (I Cor. IV, 12 y 13) *

Si en todo buscamos exclusivamente la gloria de Dios, el Señor se manifestará a través de nuestras obras, que emanarán el *Christi bonus odor*⁸, que atrae a las almas y las acerca a Dios. *Arrancar de cuajo el amor propio y meter el amor a Jesucristo: aquí radica el secreto de la eficacia y de la felicidad*⁹.

LOS CIELOS y la tierra, los animales y las plantas cantan la gloria del Creador. *¡Tuya es, Yavé, la grandeza, el poder, la gloria, el esplendor y la majestad, pues tuyo es cuanto hay en el cielo y en la tierra!*¹⁰. Pero el hombre no siempre es capaz de apreciar este himno de alabanza a Dios. La caída original ha enturbiado nuestra vista, y las criaturas parecen haber perdido su recto sentido: tendemos a hacerlas instrumentos de la propia gloria, en lugar de dirigir-las al Señor.

Cuando des limosna, no lo vayas pregonando, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, con el fin de ser alabados por los hombres (...). Cuando oréis, no seáis como los hipócritas, que son amigos de orar puestos de pie en las sinagogas y en

(1) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 123.

(8) II Cor. II, 15.

(9) *Surco*, n. 696.

(10) I Par. XXIX, 11.

*las esquinas de las plazas, para exhibirse delante de los hombres (...). Cuando ayunéis, no os finjáis tristes como los hipócritas, que desfiguran su rostro para que los hombres noten que ayunan*¹¹.

El deseo de propia excelencia lleva al hombre a buscarse a sí mismo en todas las cosas: en el ejercicio de la profesión, en las relaciones sociales, en la vida familiar, e incluso en las actividades más santas. Tenemos, pues, que *examinar con mucho cuidado nuestra intención en todo lo que hacemos, y no buscar nuestros intereses, si queremos servir al Señor*¹².

*La gloria del hombre es la honra de su padre*¹³. Ver honrado y glorificado al Señor, ver que se le alaba, ha de ser nuestra única ambición; a este fin tenemos que ordenar nuestro prestigio profesional, nuestra vida de relación, nuestros pensamientos y nuestros proyectos.

Apartemos la vanagloria —dice San Juan Crisóstomo—, *amemos sólo la gloria de Dios. De ese modo alcanzaremos la verdadera gloria de la tierra y gozaremos de los bienes eternos, por la gracia y la misericordia de Jesucristo*¹⁴. Pensemos en aquellas palabras de la Escritura: *no se gloríe el sabio en su sabiduría, ni el fuerte en su fuerza, ni el rico en su riqueza*

(11) Ev. [Matth. VI, 2-16].

(12) San Gregorio Magno, *In Ezechielem homiliae* 2, 10, 16.

(13) Eccli. III, 13.

(14) San Juan Crisóstomo, *In Matthaum homiliae* 71, 4.

za; sino que en esto se ha de gloriarse quien desee gloriarse: en tener inteligencia y conocerme, pues Yo soy Yavé, que hago misericordia, derecho y justicia en la tierra¹⁵.

Es preciso examinarse: ¿He rectificado la intención, buscando en todas mis cosas solamente la gloria de Dios?¹⁶ Esto presupone saber que el hombre tiende a la autocomplacencia; la humildad de reconocer que, a menudo, no es un motivo del todo sobrenatural lo que nos mueve. *Con ese fundamento de verdadera humildad —lo natural en el hombre es el egoísmo, el altruismo no se da sin esfuerzo— y con la mortificación cristiana y la continua oración, iremos adelante en el camino que el Señor nos ha señalado, buscando el reino de Dios y su justicia, poniendo al servicio de esa tarea un esfuerzo, que en nuestro caso es vivir las virtudes propias de la Obraⁿ. Sólo entonces podremos decir: mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y dar cumplimiento a su obra¹⁸.*

NO ESPERÉIS nunca que los hombres os agradezcan vuestro trabajo. No busquéis compensaciones humanas. Trabajad siempre por amor a Jesucristo¹⁹.

(15) *Ierem.* IX, 23-24.

(16) Examen del Círculo breve.

(17) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 124.

(18) *Ioann.* IV, 34.

(19) De nuestro Padre, n. 172.

De otro modo, ¿cómo podríamos perseverar en la entrega? A uno que preguntaba: "¿y si alguno viene a la Obra para buscar ayudas humanas?", nuestro Padre le dijo: ¡que pruebe! Lo primero que hacemos es quitarles, a todos, hasta la camisa. Tendrá que obedecer, que trabajar como un burro, que ser casto: tendrá que mortificarse, y además se deberá ver que la alegría le rebosa por todos los poros. ¿Cree Vd. que es posible que persevere?²⁰ Por propia experiencia sabemos que nuestra vida en la Obra no tendría sentido sin un motivo y un fin sobrenaturales.

Pero hemos de profundizar aún más en nuestro examen. La pregunta que nos hacemos en el Círculo nos pide buscar *solamente* la gloria de Dios. Hay que eliminar toda desordenada complacencia en uno mismo; hay que rectificar constantemente. No podemos engañarnos: purificar la voluntad es una tarea que dura toda la vida.

La falta de rectitud puede infiltrarse también en la vida de piedad. A veces, bajo un deseo de perfección, se esconde la vanidad, el amor propio; cuando esto sucede, no amamos a Dios en sí mismo, como Bien Supremo, causa de toda bondad. La misma labor apostólica pierde toda su grandeza —toda su eficacia también— para convertirse en instrumento del propio orgullo. *Vamos a hacer el apostolado de Cristo —nos recuerda nuestro Padre—, nunca nuestro apos-*

(20) *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 41.

*tolado*²¹. Y para lograrlo, para ser verdaderamente Opus Dei, es necesario rectificar con frecuencia.

Habr  rectitud de intención si efectivamente luchamos por cumplir las Normas, si hacemos apostolado, si trabajamos intensamente, cuidando las cosas pequeñas. También cuando nadie nos ve, cuando los resultados de nuestra tarea van a permanecer ocultos. Será engañoso pensar que tenemos rectitud de intención cuando esto no se traduce en una efectiva rectitud de conducta.

Acudamos a la Virgen. *Hemos de dar a Dios toda la gloria. El lo quiere: gloriam meam alteri non dabo, mi gloria no la dará a otro* (Isai. XLII, 8). *Y por eso queremos nosotros que Cristo reine, ya que per ipsum, et cum ipso, et in ipso, est tibi Deo Patri Omnipotenti in im tate Spiritus Sancti omnis honor et gloria; por El, y con El, y en El, es para Ti Dios Padre Omnipotente en unidad del Espíritu Santo todo honor y gloria* (Canon de la Misa).

*Y exigencia de su gloria y de su reinado es que todos, con Pedro, vayan a Jesús por María*²².

(21) De nuestro Padre, *Instrucción*, 19-111-1934, n. 19.

(22) De nuestro Padre, *Instrucción*, 19-111-1934, nn. 36-37.

253.

JUEVES

—La oración vocal, cauce para el trato con Dios.

—Poner atención en las oraciones vocales.

—Las oraciones vocales en el plan de vida.

LA FORMACIÓN espiritual que nos da la Obra fomenta en cada uno de nosotros la amistad personal con Jesucristo. Por eso se nos insiste en que seamos realmente *almas de oración: la oración es el fundamento de toda labor sobrenatural; con la oración somos omnipotentes y, si prescindieramos de este recurso, no lograríamos nada*¹. Cualquier clase de oración —la mental y también la vocal—, si se hace con amor, nos pone en relación íntima con nuestro Dios y nos empuja a conocerle mejor y amarle más.

La oración vocal es uno de los cauces de nuestro trato con Dios: hablamos al Señor con nuestra voz, con nuestros labios, deseosos de rendirle homenaje con todo nuestro ser, con nuestra humanidad que es, a la vez, cuerpo y alma, materia y espíritu. Sólo en este ambiente de trato personal, que nuestro Padre nos ha mostrado, la oración vocal adquiere su verdadero sentido: *ex abundantia enim cor is os lo-*

(1) *Amigos de Dios*, n. 238.

*quitur*², de la abundancia del corazón habla la boca. La oración vocal es sobreabundancia de amor, necesidad de expresar de un modo sensible nuestra adoración.

La palabra une los sentidos y la inteligencia. Palabras, frases para cantar las glorias de nuestro Dios. Palabras de alabanza y de súplica que suben hasta el trono del Altísimo. *A la verdad* —predica San Juan Crisóstomo—, *entras en el coro de los ángeles, eres compañero de los arcángeles y cantas junto con los serafines (...). No haces tu oración a los hombres, sino a Dios*³.

De modo parecido se expresaba nuestro Padre al escribir: así *deseaba dedicarse a la oración un sacerdote, mientras recitaba el Oficio divino: "seguiré la norma de decir, al comenzar: «quiero rezar como rezan los santos», y luego invitaré a mi Ángel Custodio a cantar, conmigo, las alabanzas al Señor"*.

Prueba este camino para tu oración vocal, y para fomentar la presencia de Dios en tu trabajo *.

Hemos de amar las fórmulas usadas por la Iglesia. Fundidos todos los cristianos en la unidad del Cuerpo Místico de Cristo, la oración litúrgica se hace, en el fondo del alma, oración personal de enamorado. *Tu oración* —nos dice nuestro Padre— *debe ser litúrgica. —Ojalá te aficiones a recitar los salmos, y las ora-*

(2) *Matth.* XII, 34.

(3) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 19, 3.

(4) *Forja*, n. 747.

*dones del misal, en lugar de oraciones privadas o particulares*⁵. ¿Qué mejores plegarias podemos dirigir a Dios que las que El mismo nos ha revelado? Por eso, *a la lectura de la Sagrada Biblia debe acompañar la oración, de modo que se entable coloquio entre Dios y el hombre, pues "a El hablamos cuando oramos; a El oímos cuando leemos los oráculos divinos"* (San Ambrosio, *De officiis ministrorum* /, 20, 88)⁶.

Repetiremos de este modo las mismas expresiones que repitieron los patriarcas, los profetas, los mártires, las vírgenes: los justos todos del Pueblo de Dios. Y entre todas esas oraciones, que son parte del tesoro de la Iglesia, la oración vocal por excelencia, que nos viene del mismo Jesucristo; como nos recuerda el Evangelio de la Misa de hoy: *vosotros, pues, orad así: Padre nuestro que estás en los Cielos, santificado sea tu Nombre; venga tu Reino; hágase tu voluntad así en la tierra como en el Cielo. El pan nuestro de cada día dánosle hoy; y perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores; y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal* \

CUANDO te pongas a orar, entra en tu aposento y, cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en lo

(5) *Camino*, n. 86.

(6) Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Dei Verbum*, n. 25.

(7) *Ev. (Matth.)* VI, 9-13).

*oculto (...). Y al orar no empleéis muchas palabras como los gentiles, que se figuran que por su locuacidad van a ser escuchados*⁸. El Señor nos enseña a hacer una oración auténtica, con la cabeza y el corazón. Y tanto la oración mental como la vocal son elevación de la mente a Dios. Nuestra oración vocal no puede ser algo puramente externo. *Despacio. —Mira qué dices, quién lo dice y a quién. —Porque ese hablar de prisa, sin lugar para la consideración, es ruido, golpeo de latas.*

*Y te diré con Santa Teresa, que no lo llamo oración, aunque mucho menees los labios*⁹.

No basta recitar meras fórmulas. Aborrece Dios el culto puramente externo: *este pueblo me honra con los labios, pero tiene lejos de mí su corazón*¹⁰. Sin embargo, hemos de reconocer nuestra debilidad, la facilidad que tenemos para distraernos, y esforzarnos continuamente por penetrar el sentido de las palabras. *Nos pasa a todos. Hasta Santa Teresa dice que alguna vez estaba seca como un palo, y que no podía rezar ni un Padrenuestro dándose cuenta de lo que decía.*

Díselo al Señor. Dile: voy a rezar y querría hacerlo bien; te pido que me ilustres, que me ayudes, para que me dé cuenta de lo que dice el Padrenuestro. Comienzas: Padre. Y te detienes a considerar un ratito qué

(8) *Matth.* VI, 6-7.

(9) *Camino*, n. 85.

(10) *Isai.* XXIX, 13.

quiere decir esta palabra. Piensas en lo que es para ti tu padre, y que además de ese padre de la tierra tienes otro en el Cielo: Dios. Y te llenas de orgullo santo.

Padre nuestro. No sólo es tuyo: es nuestro, de todos. Luego tú eres hermano de las demás criaturas que hay por la tierra. Por tanto, debes querer a la gente, debes ayudarles a ser buenos hijos de Dios, porque todos juntos constituimos la familia de nuestro Padre del Cielo.

Que estás en los cielos... Y enseguida recuerdas lo que me has oído decir: que está también en el Sagrario y en nuestra alma en gracia...ⁿ.

La atención es la característica más importante de nuestra lucha por vivir bien la oración vocal. Y se concreta en detalles pequeños: en pronunciar claramente, con pausa; en huir de la rutina, también en el tono de voz. Ha de haber tiempo para la consideración, de modo que el rezo vaya acompañado por la oración mental y nuestras palabras expresen actos interiores, y susciten afectos y pensamientos. Si alguna vez el trato con Dios se hace árido, nuestra voz, las mismas frases que pronunciamos, serán estímulo seguro de la devoción, fuerza que arrastre a todo nuestro ser.

Cuando nos ponemos a rezar, hermanos amadísimos, debemos estar atentos y poner en las preces todo el corazón. Todo pensamiento carnal y terreno ha

(*) De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, pp. 703-704.

de quedar fuera entonces, y no debe ocupar el ánimo otra cosa que lo que se ora. Por eso el sacerdote, antes del Pater noster, prepara a los fieles (...).

*Cerremos entonces el corazón al enemigo y quede abierto sólo a Dios, y no toleremos que en él tenga cabida el adversario de Dios, pues muchas veces se desliza y penetra y con sutiles apariencias distrae nuestras preces de Dios, de modo que tenemos una cosa en el corazón y otra en los labios: por el contrario, si hay recta intención, deben orar no sólo las palabras que suenan, sino el espíritu y los sentimientos. Y qué grosera desidia es dejarse dominar y distraer por pensamientos ajenos y profanos cuando estás suplicando al Señor, como si fuera cosa distinta lo que piensas de lo que hablas con Dios. ¿Cómo puedes pedir a Dios que te escuche, si tú mismo no te das cuenta de lo que dices?*¹².

Oración atenta, con la mente fija en la persona a quien hablamos. Y entonces podrá ser confiada, íntima, informada por *el Espíritu de adopción de hijos en el que clamamos: ¡Abba, Padre!*TM.

EN LAS oraciones vocales, en los actos litúrgicos, en el Santo Rosario, en la Visita al Santísimo, hemos de buscar una sola cosa: que haya amor. No

(12) San Cipriano, *De oratione dominica* 31.

(13) 4^o c. l. (*Rom.* VIII, 15).

importa que no tengamos ganas, que estemos cansados, que no encontremos una satisfacción especial. El cuidado que ponemos en todo lo exterior es expresión del amor con que queremos rezar.

El Santo Rosario —nos ha dicho nuestro Padre— es como un apretón de manos, como un saludo. *La intensidad del apretón de manos depende del cariño que se tenga a la persona*¹⁴. El gesto externo —la fórmula— es siempre el mismo, y tiene su importancia; pero es el amor lo que cuenta. Por eso no se trata tanto de hacer esfuerzos sobrehumanos para evitar las distracciones sino de luchar por cortarlas y de rezar cada día con más amor.

Y en la visita al Sagrario, las palabras que decimos han de ser manifestaciones de amor al Señor Sacramentado, de nuestro deseo de estar siempre unidos a El.

Las oraciones que rezamos en familia expresan también el amor que nos tenemos, la caridad fraterna. Las Preces llevan a Dios el latir unánime de todos los corazones en el Opus Dei. Rezándolas, sentimos crecer el cariño por nuestros hermanos, y los queremos santos, y vemos que nuestra santidad no es una tarea meramente individual, sino que caminamos todos unidos, ayudándonos unos a otros, *a fin de honrar a Dios, unánimes, con una sola boca*¹⁵.

(14) De nuestro Padre, Crónica 11-67, pp. 11-12.

(15) De nuestro Padre, Crónica VII-58, p. 7.

*¿He rezado con pausa y atención las Preces de la Obra, y las demás oraciones vocales?*¹⁶. Esta pregunta que cada semana nos hacemos nos puede ayudar ahora a examinarnos, y a procurar un cuidado cada día mayor, que se ha de concretar en detalles pequeños. Deseamos ofrecer al Señor, también en la oración vocal, una obra perfecta, acabada, agradable a sus ojos. Quienes nos oyeran, deberían sentirse llevados a Dios por ese modo de rezar nuestro, lleno de espíritu de piedad y vivido con la conciencia de la filiación divina. Nuestro Padre nos ha dejado este consejo: *para evitar la rutina en las oraciones vocales, procura recitarlas con el mismo amor con que habla por primera vez el enamorado...*, y como si fuera la última ocasión en que pudieras dirigirte al Señor¹⁷.

En muchos Centros de la Obra quiso nuestro Fundador que se pusieran estas palabras de la Escritura: *omnes erant perseverantes unanimiter in oratione*: todos perseveraban unánimes en la oración. Y sigue el texto: *cum (...) Maña Matre Iesu*¹⁸, con María, la Madre de Jesús. Le pedimos que Ella presente ante el Señor nuestras oraciones vocales; a Ella nos dirigimos muchas veces para que nos lleve a Dios.

(16) Examen del Círculo breve.

(17) *Forja*, n. 432.

(18) *Act.* I, 14.

254.

VIERNES

- Vivimos la pobreza cristiana en medio del mundo.
- Nuestro desprendimiento está entretejido de naturalidad.
- La pobreza de nuestros Centros.

*NO AMONTONÉIS tesoros en la tierra, donde la polilla y la herrumbre los corroen y donde los ladrones socavan y los roban. Amontonad en cambio tesoros en el Cielo, donde ni polilla ni herrumbre corroen, y donde los ladrones no socavan ni roban*¹.

Nos habla hoy el Señor de la necesidad de estar desprendidos de los bienes materiales. Es una actitud fundamental para seguirle de cerca, y quiere a los suyos despegados de todo lo terreno, para que pongan su corazón en los bienes celestiales, *porque donde está tu tesoro —nos dice— allí estará tu corazón*².

De entre los muchos ejemplos que trae el Evangelio para vivir la pobreza, nuestro Padre nos ha señalado uno que se aplica de un modo especial a los cristianos corrientes que viven en medio del mundo. *Hijas e hijos míos, pensad en aquel fidelis dispensator et prudens, quem constituit dominus supra familiam suam, ut det illis in tempore tritici mensuram, — aquel*

(1) Ev. (*Matth.* VI, 19-20).

(2) *Ibid.*, 21.

hombre fiel y prudente, a quien su señor puso a gobernar la casa, para que dé a cada uno según su necesidad (Luc. XII, 42).

Y es que cada uno de vosotros ha de tener mentalidad de madre o de padre de familia cristiana, numerosa y pobre: ésta es la medida de nuestra pobreza. Doy gracias a Dios Nuestro Señor porque veo que vivís así³.

Nuestra condición de personas corrientes, llamadas por Dios a santificarse en medio de los afares terrenos, trae consigo un modo específico de vivir la pobreza cristiana. Somos nosotros hombres de la calle, cristianos corrientes, metidos en el torrente circulatorio de la sociedad, y el Señor nos quiere santos, apostólicos, precisamente en medio de nuestro trabajo profesional, es decir, santificándonos en esa tarea, santificando con esa tarea y ayudando a que los demás se santifiquen con esa tarea. Convinceos de que en ese ambiente os espera Dios, con solicitud de Padre, de Amigo⁴.

Este espíritu nos lleva, por ejemplo, a exigir la justa retribución económica por nuestras prestaciones profesionales, y también a pagar con arreglo a la justicia, a los que nos sirven, a los que trabajan profesionalmente a nuestro alrededor⁵. Porque, como nos enseñó nuestro Padre, con vuestro quehacer profesio-

(3) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 42.

(4) *Amigos de Dios*, n. 120.

(5) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 47.

nal realizado con responsabilidad, además de sostenerlos económicamente, prestáis un servicio directísimo al desarrollo de la sociedad, aliviáis también las cargas de los demás y mantenéis tantas obras asistenciales —a nivel local y universal— en pro de los individuos y de los pueblos menos favorecidos⁶.

Con la ayuda del Señor, podemos vivir en el mundo sin ser mundanos, movernos con libertad entre los bienes de la tierra, con dominio, con señorío; hacerlos rendir y usarlos para servir a Dios y a las almas, porque a esto nos impulsa la gracia particular de nuestra vocación.

LA SITUACIÓN profesional y social de cada uno, determina en los miembros de la Obra el concreto modo externo de vivir la pobreza. Imitamos el ejemplo de Jesucristo, que siempre actuaba con naturalidad. Tanto —comenta nuestro Padre—, *que Judas, para señalarlo, necesita concertar un signo: aquel a quien yo besare, ése es (Matth. XXVI, 48). No había en Jesús ningún indicio extravagante. A mí, me emociona esta norma de conducta de nuestro Maestro, que pasa como uno más entre los hombres.*

Juan el Bautista —siguiendo una llamada especial— vestía con piel de camello y se alimentaba de

(6) *Amigos de Dios*, n. 120.

langostas y miel silvestre. El Salvador usaba una túnica de una sola pieza, comía y bebía igual que los demás, se llenaba de alegría con la felicidad ajena, se conmovía ante el dolor del prójimo, no rechazaba el descanso que le ofrecían sus amistades, y a nadie se le ocultaba que se había ganado el sustento, durante muchos años, trabajando con sus propias manos junto a José, el artesano. Así hemos de desenvolvernos nosotros en medio de este mundo: como nuestro Señor. Te diría, en pocas palabras, que hemos de ir con la ropa limpia, con el cuerpo limpio y, principalmente, con el alma limpia.

Incluso —por qué no notarlo—, el Señor que predica un desprendimiento tan maravilloso de los bienes terrenos, muestra a la vez un cuidado admirable en no desperdiciarlos. Después de aquel milagro de la multiplicación de los panes, que tan generosamente saciaron a más de cinco mil hombres, ordenó a sus discípulos: recoged los pedazos que han sobrado, para que no se pierdan. Lo hicieron así, y llenaron doce cestos floann. VI, 12-13).

El desprendimiento que predico, después de mirar a nuestro Modelo, es señorío; no clamorosa y llamativa pobreza, careta de la pereza y del abandono. Debes ir vestido de acuerdo con el tono de tu condición, de tu ambiente, de tu familia, de tu trabajo..., como tus compañeros, pero por Dios, con el afán de dar una imagen auténtica y atractiva de la verdadera vida cristiana. Con naturalidad, sin extravagancias: os aseguro

que es mejor que pequéis por carta de más que por carta de menos. Tú, ¿cómo imaginas el porte de Nuestro Señor?, ¿no has pensado con qué dignidad llevaría aquella túnica inconsútil, que probablemente habrían tejido las manos de Santa María? ¿No recuerdas cómo, en casa de Simón, se lamenta porque no le han ofrecido agua para lavarse, antes de sentarse a la mesa? (cfr. Luc. VII, 36-50). Ciertamente El sacó a colación esa falta de urbanidad para realzar con esa anécdota la enseñanza de que en los detalles pequeños se muestra el amor, pero procura también dejar claro que se atiene a las costumbres sociales del ambiente. Por lo tanto, tú y yo nos esforzaremos en estar despegados de los bienes y de las comodidades de la tierra, pero sin salidas de tono ni hacer cosas raras⁷.

LA POBREZA personal que vivimos está acorde con nuestra pobreza corporativa. Cuando leo en San Lucas cómo el Señor misit illos praedicare regnum Dei et sanare infirmos, envió a sus discípulos a predicar el reino de Dios y a curar a los enfermos (IX, 2); y cómo les dijo nolite portare sacculum ñeque peram ñeque calceamenta, no llevéis dinero ni alforjas... (Luc X, 4), me conmuevo.

Porque en estos primeros tiempos, de la misma manera que el Señor envió a sus discípulos, envió yo a

(7) Amigos de Dios, nn. 121-122.

*mis hijos a abrir nuevas obras de apostolado: tan pobres como los primeros discípulos, con la bendición que el Señor les da desde el cielo y la que yo les doy en la tierra*⁸.

También en los Centros de la Obra, que son hogares de familia cristiana, vivimos la pobreza de acuerdo con nuestra vocación secular, aunque haya quienes no la comprendan. *Están acostumbrados —escribió hace años nuestro Padre— a que las obras que se llaman católicas sean tristes, sin el calor de hogar, con la limpieza —cuando la hay— de un hospital o de un cuartel. Y no les cabe en la cabeza, porque parecen gente sin hogar, que las casas del Opus Dei sean hogares nuestros. Y por eso hay calor, flores, aseo, ambiente alegre de familia; pero no hay en nuestras casas, riqueza.*

*No toleréis que llamen riqueza a la limpieza. Si alguna cosa de valor hay en nuestras casas, está en los oratorios, para el servicio de Dios, para el culto divino. Lo demás lo hemos puesto acogedor, sencillo y alegre, con la gracia de Dios y con vuestra gracia humana, para que cada Centro y cada casa pueda ser un lugar atrayente, que se acomode a la finalidad concreta de aquella labor, con el propósito de que sea un sitio de trabajo apostólico y un rincón apacible de familia, en el que puedan vivir y descansar los hijos de Dios*⁹.

(8) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 43.

(9) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, nn. 44-45.

Una manifestación concreta de ese modo laical, secular, de vivir la pobreza, es el que nos detalla nuestro Fundador: *para mí, una manifestación de que nos sentimos señores del mundo, administradores fieles de Dios, es cuidar lo que usamos, con interés en que se conserve, en que dure, en que luzca, en que sirva el mayor tiempo posible para su finalidad, de manera que no se eche a perder. En los Centros del Opus Dei encontraréis una decoración sencilla, acogedora y, sobre todo, limpia, porque no hay que confundir una casa pobre con el mal gusto ni con la suciedad*¹⁰.

Dentro de sus posibilidades, la Santísima Virgen tenía bien puesta la pequeña casa de Nazaret en donde vivía; limpias las ropas de Jesús y de José; relucientes los utensilios domésticos... Le pedimos que, en nuestra vida personal y en la vida de nuestros Centros, reluzca siempre este modo —acogedor, agradable— de vivir la virtud de la pobreza.

(10) *Amigos de Dios*, n. 122.

255.

SÁBADO

—Confianza en la Providencia para obtener medios de apostolado.

—Templanza en el uso de estos medios.

—Manifestaciones de templanza y pobreza en el apostolado.

LAS PALABRAS del Evangelio de la Misa de hoy son una llamada de Cristo a no inquietarnos ante las necesidades materiales, a poner toda nuestra confianza en Dios. *No os preocupéis por vuestra vida* —nos dice—, *qué comeréis; ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis. ¿Acaso no vale más la vida que el alimento y el cuerpo más que el vestido?*¹. Nos invita a fijarnos en las aves del cielo que no siembran, ni siegan, ni almacenan en graneros, y vuestro Padre Celestial las alimenta²; y en la hermosura de los lirios del campo: *no se fatigan ni hilan, y yo os digo que ni Salomón en toda su gloria pudo vestirse como uno de ellos*³. Y concluye: *no andéis, pues, preocupados diciendo: ¿qué vamos a comer, qué vamos a beber, con qué nos vamos a vestir? Por todas esas cosas se afanan los paganos. Bien sabe*

(1) Ev. (Matth. VI, 25).

(2) Ibid., 26.

(3) Ibid., 28-29.

*vuestro Padre Celestial que de todo eso estáis necesitados*⁴.

El Señor, que vino a salvar a los hombres y a dar ejemplo de vida, nos muestra con su conducta el modo de usar los bienes de la tierra en su servicio. *Jesucristo coepit faceré et docere* (Act. I, 1): *antes que con la palabra, anunció su doctrina con las obras. Lo habéis visto nacer en un establo, en la carencia más absoluta, y dormir recostado sobre las pajas de un pesebre sus primeros sueños en la tierra. Luego, durante los años de sus andanzas apostólicas, entre otros muchos ejemplos, recordaréis su clara advertencia a uno de los que se ofrecieron para acompañarle como discípulo: las raposas tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; más el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza* (Luc. IX, 58). *Y no dejéis de contemplar aquella escena, que recoge el Evangelio, en la que los Apóstoles, para mitigar el hambre, arrancan por el camino en un sábado unas espigas de trigo* (cfr. Marc. II, 23).

Se puede decir que Nuestro Señor, cara a la misión recibida del Padre, vive al día, tal y como aconsejaba en una de las enseñanzas más sugestivas que salieron de su boca divina: no os inquietéis, en orden a vuestra vida, sobre lo que comeréis; ni en orden a vuestro cuerpo, sobre qué vestiréis. Importa más la vida que la comida, y el cuerpo que el vestido (...) (Luc. XII, 22-23)⁵.

(4) Ibid., 31-32.

(5) Amigos de Dios, nn. 115-116.

En el Opus Dei, siguiendo el ejemplo de Cristo, *estamos llamados a vivir al día, con lo puesto, sin que nada nos ate, confiados a la Providencia de nuestro Padre Dios. Si no, el camino se torcería. Quizá alguno aguantara un tiempo en ese estado, pero el clima peculiar de la Obra —de entrega total— acabaría por rechazarlo, como cuerpo extraño. Qué horizonte más pobre el de un hijo mío que se embebiera de tal modo en sus cosas que se juzgara intocable, incapaz de considerarse disponible*⁶. Y una parte importante de esa entrega es el ejercicio habitual de la templanza, *que requiere que seamos modestos, sobrios, clementes, humildes; que amemos la honestidad, el pudor, la moderación, la mansedumbre, la mortificación*⁷.

EL MUNDO, las cosas materiales no son un estorbo para la santidad. La tierra es el ámbito donde desarrollamos nuestra vida de entrega. Quiere el Señor que, en el recto empleo de las cosas de este mundo, encontremos satisfacciones que deben ser acicate en el trabajo, motivo de acción de gracias, nunca fin en sí mismas.

Si la confianza en Dios, fruto de la filiación divina, ha de llevarnos al desasimiento de los bienes terrenos, la templanza ha de ayudarnos a usarlos en

(6) De nuestro Padre, *Carta*, 14-11-1974, n. 7.

(7) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 64.

el servicio de Dios y de las almas, con el corazón efectivamente desprendido. Con los medios humanos, que utilizan todos los hombres, hemos de realizar nosotros el apostolado. La templanza se vuelve así eficazísima en nuestra labor de apostolado y proselitismo.

Por eso, *procuraremos dar en toda ocasión ejemplo de esta virtud. Hemos de poner, entre los ingredientes de la comida, por ejemplo, el riquísimo de la mortificación, recordando aquellas palabras de San Pablo a Tito: abnegantes impietatem et saecularia desideria, sobrie, et iuste, et pie vivamus in hoc saeculo (Tit. II, 12). Consejo que puede traducirse perfectamente así: que vivamos en medio del mundo sobriamente, siendo un ejemplo para los demás; y que de una forma piadosa y justa sirvamos a Jesucristo*⁸.

Nuestro Padre nos ha enseñado a concretar el modo de practicar esta virtud, por ejemplo, en las comidas: *dejando un poquito —¡muy poco!— de aquello que más nos gusta, y sirviéndonos un poco más de lo que nos gusta menos: dos cucharaditas. No es una mortificación sin sentido, que no puedan entender los cristianos: de cara a Dios es oración de la carne, mortificación; para la vida, formación del carácter*⁹. De igual modo, en la vida en familia, *puestos a escoger de modo que la elección pase inadvertida*¹⁰, procura-

(8) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 64.

(9) De nuestro Padre, *Tertulia*, 13-IV-1972.

(10) *Camino*, n. 635.

mos que nos toque lo peor. Así tendremos siempre lo justo, lo imprescindible: en el vestir, en los objetos de uso personal, en los instrumentos de trabajo.

Hay un motivo que nos impulsa a cuidar especialmente la templanza en las relaciones sociales: la necesidad de dar siempre buen ejemplo, y más si nuestra condición de miembros del Opus Dei es conocida por las demás personas. *Tenemos la obligación de no dar ocasión a que se produzca el scandalum pusillorum: pero hay otro escándalo, el farisaico, que también hemos de evitar por justicia con nuestros hermanos, porque no faltan quienes al saber que una persona pertenece al Opus Dei, la miran con lupa: y muchas veces se escandalizan y critican —generalizando— Si creen notar una pequeña falta de templanza en la comida, por ejemplo "*

Este vivir templadamente, siendo gente de mundo, es una virtud que enciende, que atrae. No enseñamos a despreciar los bienes temporales, sino a valorarlos en su justa medida. Nuestro estilo es hacer amable la virtud: mostrar el señorío que da la templanza, la serenidad que proporciona ante la vida; enseñar el uso correcto de los bienes de la tierra. De este modo, al ver nuestra conducta —en el trabajo, en la vida de relación, en las labores que realizamos—, otras personas se sentirán impulsadas a vivir con la misma austeridad y señorío.

(11) Instrucción, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 121.

*Tenemos el deber de dar testimonio de Jesucristo, con nuestra conducta de almas dedicadas al Señor, a quienes nos rodean: y si nos esforzamos en vivir por amor de Dios la virtud de la templanza, necesariamente habrá en nosotros ese bonus odor Christi, del que tanto nos habla el Padre*¹².

SIENDO la templanza una virtud que da en gran parte el *bonus odor Christi* necesario en la labor de almas, es especialmente importante cuidarla en el ejercicio del apostolado. Nuestro Padre nos ha dado algunas indicaciones concretas.

Hablando de las relaciones sociales, que el trabajo y el apostolado comportan, nos decía: *no es bueno, de ordinario, hacer o recibir visitas de tres horas. Quizá de momento quedan agradecidos, pero después posiblemente pensarán que ese hijo mío no tiene nada que hacer, y se causa un daño a la Obra. En un caso concreto, por excepción, será necesario estar todo ese tiempo, por caridad y hasta por justicia; pero siempre se tratará de una excepción. Somos civitas supra montem posita, y los que saben que pertenecemos a la Obra se fijan en lo que hacemos. "Este hombre ha estado toda la tarde conmigo. ¿Quién le da de comer? ¿En qué trabaja? ¿Qué apostolado hace?". Olvidan que estar con ellos es un apostolado, y se extrañan del*

(12) Instrucción, mayo-1935, 14IX-1950, nota 121.

*tiempo que se les dedica. Por eso habéis de extremar el cuidado en estas cosas, para no escandalizar tontamente a nadie*¹³.

Tenemos que llevar una vida laboriosa, serena, sin estridencias, *porque somos iguales a los demás. Sin manifestación externa ha de ser nuestra pobreza: si se quiere, podéis ir, aunque llevéis cilicios bien apretados por dentro, hasta tan elegantes como el que más —siempre, sin llamar la atención, sin extravagancias— para que vuestra presencia externa haga agradable la virtud*¹⁴.

En las excursiones, en las reuniones sociales, en los viajes profesionales, en los almuerzos, hemos de vivir la templanza con naturalidad, pero con tal delicadeza *que se repita muchas veces, por quienes os tratan en el ejercicio de vuestras profesiones y en vuestra actuación social, aquel comentario de Cleofás y de su compañero en Emaús: nonne cor nostrum ardens erat in nobis, dum loqueretur in via?; ¿acaso nuestro corazón no ardía en nosotros cuando nos hablaba en el camino?* (Luc. XXIV, 32)¹⁵.

*En algunos casos no tenéis más remedio que hacer lo que hacen vuestros compañeros de profesión*¹⁶, nos ha dicho también nuestro Padre. Pero la naturalidad nunca será motivo para dejar de vivir detalles de po-

(13) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, nota 139.

(14) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, nota 18.

(15) De nuestro Padre, *Instrucción*, 1-IV-1934, n. 3.

(16) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, nota 80.

breza, de aprovechamiento del tiempo, de austeridad, que si faltasen, darían una impresión equivocada de nuestra dedicación a Dios. *Dad a todos los hombres el ejemplo de vuestra austeridad cristiana y de vuestro sacrificio. El Señor nos ha dicho: si alguno quiere venir en pos de mí, negúese a sí mismo* (Matth. XVI, 24). *El nos ha hecho sentir, hijos míos, la fecundidad de vemos pisoteados, deshechos en el lagar, como la uva, para ser jvino de Cristo!* "

Pidamos a la Virgen, que vivió con naturalidad una delicada templanza en el seno de una familia corriente de Nazaret, que nos enseñe a utilizar los bienes de la tierra de este modo, para que lejos de ser obstáculo, sean medio eficaz de santidad y de apostolado.

(17) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1959, n. 60.

256.

DOMINGO XII DEL TIEMPO ORDINARIO

- Fe en la Santa Iglesia, fundamentada en Cristo.
- Fortaleza que presta la fe en medio de las dificultades.
- Oración constante y confiada por la Iglesia.

SUBIÓ el Señor a la barca de Pedro para predicar desde allí a la muchedumbre que le seguía; y al terminar despidió a las gentes, y dijo a los Apóstoles que remasen mar adentro. *Y se levantó una gran tempestad de viento, y las olas se echaban encima de la barca, de manera que se inundaba la barca*¹. La Tradición ha identificado esta barca con la Iglesia, que navega por el mar del mundo, zarandeada en el curso de los siglos por el oleaje de las persecuciones y las herejías; pero siempre firme en su rumbo seguro.

Desde los primeros momentos de su vida, la Santa Iglesia tuvo que afrontar contradicciones de dentro y de fuera. *Nunca han faltado enfermos y enfermedades. Ya en vida de los Apóstoles había herejes: no hay más que coger los Hechos o las Epístolas, para verlo*².

De un modo u otro, son siempre actuales esos embates que sufre nuestra Madre, y con Ella sus hijos

(1) Ev. (B) (Marc. IV, 37).

(2) De nuestro Padre, *Carta*, 19-111-1967, n. 149.

fieles, *ha Iglesia se encuentra en medio de una borrasca tremenda como aquella vez en el lago de Tiberíades, cuando Jesús dormía en la barca de Pedro. Ahora también parece que duerme*³. Nos advertía hace años nuestro Padre: es un hecho de todos conocido que la Iglesia se encuentra desde hace algún tiempo en una dolorosa situación como de anarquía, que da ocasión a un continuo sucederse de desórdenes doctrinales, morales y disciplinarios, con grave daño de las almas⁴.

La Santa Iglesia sufre en todas las épocas el azote de vientos que intentan destruirla. Debe navegar entre las aguas agitadas de tantas pasiones de quienes no quieren sujetarse a la ley divina. Carga también, no pocas veces a lo largo de la historia, con la desidia y la falta de fortaleza de muchos que debieran asistirle. Todos los elementos parecen confabularse para descargar su furia contra la Iglesia, como sobre esa barquichuela que cruza el Mar de Galilea. Pero Cristo vive en la Iglesia y, por eso, *las puertas del infierno no prevalecerán contra Ella*⁵. ¡Qué seguridad tan grande dan estas palabras del Maestro, que ha prometido además permanecer con su Esposa hasta la consumación de los siglos!⁶.

No debemos llenarnos de inquietud: todo lo humano pasa, pero la Iglesia permanece siempre, idéntica

(3) De nuestro Padre, *Crónica*, 1973, p. 342.

(4) De nuestro Padre, *Obras*, 1969, p. 116.

(5) *Matth.* XVI, 18.

(6) *Matth.* XXVIII, 20.

tica a sí misma, tal como Cristo la quiso. Las puertas del infierno, es decir, el reino de la muerte, donde desemboca todo lo que no es de Cristo, jamás prevalecerá sobre la Iglesia. Cristo está presente, y la barca no puede hundirse. Esta asistencia divina hace inquebrantable nuestra fe en la Iglesia, frente a todas las contingencias humanas, en medio de todas las tempestades. No puede hundirse esta nave que nos conduce al Cielo, porque Dios mismo ha empeñado su palabra. Nosotros, al sabernos por la fe hijos de la Iglesia de Jesucristo, nos sentimos seguros, con una serenidad sobrenatural que ninguna flaqueza humana ha de turbar.

EN LA barca se hallaban el Señor y los Apóstoles. Las olas eran enormes y entraba el agua por todas partes. Pero Jesús *estaba en la popa durmiendo sobre un cabezal; entonces lo despiertan, y le dicen: Maestro, ¿no te importa que perezcamos?*⁷.

¡Qué poca fe la nuestra cuando dudamos, porque ha arreciado por un momento la tempestad! Nos dejamos impresionar a veces demasiado por las circunstancias; podemos, incluso, perder la serenidad y la paz. Y esto no debe suceder. *Un alma serena, que está en la barca de Cristo Señor Nuestro, y que tiene los principios y la continuidad de la formación que se*

(7) Ev. (B) (Marc. IV, 38).

*da en el Opus Dei, que se sigue dando cada año, cada día, cada instante, a través de los medios que están previstos; un alma así, un hombre así, una mujer así, no tiene que temer nada en la tierra. Y si se hunde el mundo, ¡yo no me hundo!, porque la barca de Cristo no se hunde, aunque los bandazos —que algunos le hacen dar— puedan llevarnos a pensar en un inminente naufragio*⁸.

Puede parecer en algún momento, más o menos largo, que Cristo no está, que nos ha abandonado. Pero, *¿qué significa eso de ir Cristo dormido en ti?*, pregunta San Agustín. *Que eres tú quien te has olvidado de Cristo. Despiértalo y tráelo a tu memoria, pues despertar a Cristo es estar con Él*⁹. Es lo que hicieron los Apóstoles con sus voces. Y levantándose, increpó al viento y dijo al mar: *¡calla, enmudece! Y se calmó el viento, y se produjo una gran bonanza. Entonces les dijo: ¿por qué tenéis miedo? ¿Todavía no tenéis fe?*¹⁰.

Vida de fe: ver a Cristo en la Iglesia, en la Obra, en nuestro corazón. Sabiendo que está Dios a nuestro lado, en la lucha personal, en la labor apostólica y en toda la vida de la Iglesia, nos sentiremos seguros, fuertes —*fortes in fide!*¹¹—, con la fortaleza de Dios, y saldremos siempre victoriosos.

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 19-111-1967, n. 48.

(9) S^{mo} Agustín. *Sermo* 63, 2.

(10) Ev. (B) (Marc. IV, 39-40).

(11) I Petr. V, 9.

El Señor está en su Iglesia, junto a nosotros, y no hemos de temer nada. Por eso, *a última hora, hemos de deducir de ahí que tenemos que ser más fieles, más seguros en la doctrina, decididos a volver a Dios cuando nos hemos alejado poco o mucho, rindiendo el corazón y la cabeza*¹².

NUESTRA vocación es una maravilla. En estos momentos —decía nuestro Padre en 1969—, en los que el Señor permite que la Iglesia esté peor que en tiempos de Lutero; en estos tiempos en los que se ataca el dogma, la moral y las costumbres, la santidad del matrimonio y la del sacerdocio; cuando se quebranta en tantos sitios la disciplina eclesiástica, me da mucha alegría, al abrir los paquetes de cartas que me llegan, ver que en todo el mundo hay miles de hermanos vuestros, de una y otra Sección, que están fuertes en la fe.

*Y no pierden la paz, porque se preocupan apostólicamente de los demás. Sigamos así, y tendremos siempre mucha alegría, mucha paz, mucha serenidad, mucha esperanza: fortes in fide! (I Petr. V, 9)*¹³.

El Opus Dei ha crecido gracias a esta vida de fe, don de Dios que nos permite ver siempre a Jesucristo guiando a su Iglesia, conduciendo a la Obra, disponiendo todo en nuestra vida. Por eso, las cir-

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 19-II-1967, n. 149.

(13) De nuestro Padre, *Tertulia*, 3-1-1969.

cunstancias por las que atravesase la Iglesia en cada momento, sean cuales fueren, no han de constituir nunca motivo de desaliento, sino estímulo para acrecentar nuestra fe, acicate para mejorar nuestra oración. Como nos decía nuestro Padre, *esta situación nos duele profundamente, y es la misma inquebrantable esperanza que tenemos* —portae inferi non praevalerunt adversus eam (Matth. XVI, 18), ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem saeculi (Matth. XXVIII, 20)—, *lo que me mueve a rogaros, por amor de Jesucristo, que hagáis más intensa y más continua vuestra oración por la Iglesia universal*¹⁴.

Hacemos hoy el propósito firme de perseverar en una oración confiada, de acudir al Señor, que está junto a nosotros, a la hora de la dificultad, como los Apóstoles recurrieron a El cuando arreció el temporal. Nosotros, *a ser fieles. Y a rezar, hijas e hijos míos, a rezar mucho: que ha sido, es y será siempre la oración personal nuestra gran arma. Rezar, para dar gloria al Señor, y para trabajar siempre con rectitud de intención. Si estamos metidos en Dios, con una presencia suya y una tarea profesional que se funden en servicio al Señor, no perderemos jamás la buena dirección.*

Ya veis que ése solo es el medio con el que hacemos todo: la oración. Sin este trato, constante y renovado, con Nuestro Señor, no puede salir nada. Rezad,

(14) De nuestro Padre, *Obras*, 1969, pp. 116-117.

buscad continuamente la conversación con el Padre, con el Hijo, con el Espíritu Santo, y encontraréis su paz, su serenidad.

Poseeréis de este modo la alegría de caminar por encima de todas las mareas, de todas las tempestades, porque Dios será siempre nuestra fortaleza, a pesar de nuestros personales errores; El nos mantenga limpios y sin temores: benedicam te in vita mea: et in nomine tuo levabo manus meas (Ps. LXII, 5); así te bendeciremos, Señor, durante toda nuestra vida, y alzaremos con gozo nuestras manos en oración (...).

Que vuestra oración llegue a Dios por medio del Corazón dulcísimo de Nuestra Madre Santa María. Haced que interceda, como lo hizo en aquellas bodas de Cana: al faltar el vino, dijo a Jesús: no tienen vino floann. //, 3). Veréis cómo esos torrentes de agua fangosa que amenazan anegarlo todo, se convertirán en vino de Cristo, alimento —doctrina— que confortará nuestra debilidad, fuerza que embriagará nuestras almas de fe, de esperanza, de amor, de unión¹⁵.

(15) De nuestro Padre, *Carta*, 19-II-1967, nn. 149-150.

257.

LUNES

—La caridad crea a nuestro alrededor un ambiente de confianza.

—Se evitan las murmuraciones mediante la práctica de la corrección fraterna.

—La caridad en la tierra es preludio de la del Cielo.

EN AQUEL tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: no juzguéis y no seréis juzgados. Porque con el juicio con que juzguéis se os juzgará, y con la medida con que midáis se os medirá¹.

Nos habla hoy el Señor de extremar la caridad en nuestros juicios y palabras, porque *camino de amor es el nuestro, hijos míos. De amor a Dios, nuestro Padre; de sincera, constante y delicada caridad fraterna. Siempre y en todo debéis vivir la caridad, porque también continuamente la caridad de nuestro Padre celestial es derramada en nuestros corazones (cfr. Rom. V, 5)².*

Desgraciadamente, tanto en la sociedad civil como en la eclesiástica, muchas personas no conceden importancia a este precepto del Señor, y acaban por caer en la murmuración o en la calumnia. Olvidan que *la lengua, siendo un miembro pequeño, pue-*

(1) Ev. (*Matth.* VII, 1-2).

(2) De nuestro Padre, *Carta*. 11-III-1940, n. 6.

de ser origen de cosas de gran importancia. ¡Mirad un poco de fuego —escribe Santiago Apóstol— cuan grande bosque incendia! La lengua también es un fuego, es un mundo entero de maldad (...). Con ella bendecimos a Dios Padre y con la misma maldecimos a los hombres, formados a semejanza de Dios; de una misma boca sale la bendición y la maldición. No han de ser así las cosas, hermanos míos³.

Gracias a Dios, en el Opus Dei nos esforzamos siempre por vivir de otra manera, fieles a las enseñanzas de Jesucristo, procurando que alrededor de nosotros —en la propia familia, en el lugar de trabajo, en la vida social— haya siempre un ambiente de confianza y de lealtad, donde la gente se encuentre a gusto, porque no hacemos ni permitimos ninguna crítica a espaldas del interesado. *No quiero detenerme a comentaros —escribía a este propósito nuestro Padre— las maravillas de la caridad sobrenatural y del cariño humano verdadero, que con tanta delicadeza estáis viviendo desde el principio de la Obra: no son pocas las almas que han descubierto el Evangelio en este calor cristiano de nuestro hogar, donde nadie puede sentirse solo, donde nadie puede padecer la amargura de la indiferencia (...).*

Así haremos ver que la Santa Iglesia —trabajando nosotros y enseñando a los demás a trabajar fraternalmente, lealmente, codo con codo con todos los hom-

(3) *Iacob.* III, 5-10.

bres— es una realidad viva, que vive especialmente por sus santos, que nunca faltan en alguna parte de este Cuerpo Místico.

Amor sincero a todos los hombres —manifestación necesaria del amor que tenemos a Dios (cfr. I Ioann. IV, 20)—, y amor también al mundo en el que habitamos, a todas las cosas nobles de la tierra, que son también objeto del amor de Dios (cfr. Ioann. III, 16). Olvidad, pues, vuestra pequenez y vuestra miseria, hijas e hijos míos, y poned los ojos y el corazón en este caudaloso río de aguas vivas, que es la Obra, que trata de contribuir eficazmente a que la humanidad se llene de caridad, de alegría y de paz⁴.

FRATERNITATIS amatores\ amantes de la fraternidad, nos quiere el Apóstol San Pedro. Y nuestro Padre nos dijo desde el principio: si no te veo practicar la bendita fraternidad, que de continuo te predico, te recordaré aquellas palabras entrañables de San Juan: "Filioli mei, non diligamus verbo ñeque lingua, sed opere et veritate" —Hijitos míos, no amemos con la palabra o con la lengua, sino con obras y de verdad⁶.

Una formidable defensa de esa fraternidad es la práctica de la corrección fraterna, que corta de raíz

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 11-111-1940, n. 7.

(5) I *Petr.* III, 8.

(6) *Camino*, n. 461.

toda posible murmuración dentro de la Obra. Sé que os portáis bien, hijos míos, pero ¡jojo con la murmuración! Un hijo mío que murmura hace mucho daño: a sí mismo, a los demás y a toda la Obra.

En cambio, tenéis el derecho y el deber de hablar cara a cara. Vais al Director y decís: pasa esto, sabiendo que podéis tener razón o estar equivocados. No se enfadarán: os escucharán y —no inmediatamente— quizá al día siguiente, os llamarán para decir: tienes razón, o no la tienes. Porque cada uno está en un punto determinado, pero los que están más alto ven mejor las cosas.

Si queremos subir a la cima de un monte, es fácil que con la mejor voluntad del mundo nos vayamos hacia un despeñadero, porque no vemos bien la montaña. En cambio, desde arriba se ve todo, y nos pueden ir dirigiendo: por aquí, por allá o por el otro lado.

De modo que hay más luz, por gracia de Dios, en los que gobiernan, pero saben también que pueden equivocarse, como sé yo que puedo equivocarme. Por eso hacéis bien cuando, cara a cara, con nobleza, decís las cosas. Además, así os quedaréis tranquilos, os desahogaréis.

Hablad cuando se trate de algo que puede hacer daño al alma, lo que sea. Eso que puede haber dentro y a lo que se da vueltas y más vueltas: dilo al Director con sencillez, cara a cara, y todo se arreglará. En cuanto hayas hablado, tendrás mucha tranquilidad y mucha paz. Y después, cuando te den la res-

puesta —afirmativa o negativa, en todo o en parte: lo que sea, porque no hay deseo de engañarte—, confirmarás la alegría, y estarás verdaderamente feliz por no haber murmurado.

¿No os parece que es una cosa asquerosa murmurar?, ¿no os parece que es destruir? Coger un pico y golpear una pared para echarla abajo es muy fácil; pero levantar la pared, levantar una casa... Para eso se necesita ciencia, esfuerzo en el trabajo y la ayuda de Dios.

Hijos míos, tened horror a la murmuración. Padre, si no murmuramos. Ya lo sé; no os acuso de murmurar. Alguno habrá podido tener alguna vez un poco de debilidad en esto, pero no debe apurarse: en lo sucesivo, ya no la tendrá (...).

Tenéis también que hacer siempre la corrección fraterna sobre este punto. Si alguno murmura, le interrumpís inmediatamente, y le hacéis ver que no es de buen espíritu, que no es propio de un buen hijo de Dios; que eso mismo debe decirlo al Director, cara a cara, con cariño y con respeto⁷.

BIENAVENTURADA la gente que tiene al Señor por su Dios, el pueblo a quien eligió por heredad⁸. Unidos en la caridad, con unos mismos sentimientos

(7) De nuestro Padre, Noticias, 1973, pp. 861-863.

(8) Ps. R. (I) (Ps. XXXII, 12).

y un caminar concorde, nuestra vida en la Obra es como un anticipo del Cielo. *Ninguno de vosotros está solo, ninguno es un verso suelto: somos versos del mismo poema, épico, divino. Y a todos nos importa que se conserve íntegra esta unidad maravillosa, esta armonía, que nos hace fuertes y eficaces en el servicio de Dios, ut castrorum acies ordinata* (Cant. VI, 3), *como un ejército en orden de batalla.*

Hablo ahora al oído a cada uno de vosotros: acuérdate, hija o hijo mío, de que tu debilidad, y la debilidad de los otros, y mi misma debilidad, estando nosotros consummati in unum floann. XVII, 23), se unen en la caridad de Dios, y se hacen fortaleza grandísima: porque el hermano ayudado por su hermano es como una ciudad amurallada, frater qui adiuvatur a fratre quasi civitas firma! (Prov. XVIII, 19)".

Perseverar en la caridad, en el amor a Dios y en el amor fraterno, es el gran propósito nuestro. *La caridad nunca se acaba*¹⁰, traspasa los límites de la muerte y encuentra su plenitud en el más allá glorioso, que supera todas las posibilidades de nuestras palabras y de nuestros conceptos: *ni ojo vio, ni oído oyó, ni pasó a hombre por pensamiento, qué cosas tiene Dios preparadas para los que le aman*". El Cielo es la coronación y la recompensa del amor. Lo espe-

ramos ansiosamente para nosotros y para todos los hombres.

*Veni, Domine Iesu!*¹²; ¡ven, Señor Jesús! Ven ahora, y siempre, a nuestro corazón; ven después de que hayamos trabajado largamente por Ti en la tierra, a llevarnos al Reino del Padre celestial. Reúne a todos tus santos, que desde la eternidad tienes contados y llévalos al lugar donde *Dios enjugará todas sus lágrimas, donde no habrá ya muerte, ni llanto, ni alarido, ni habrá más dolor*¹³. Ven, Señor, para que nuestros cuerpos resuciten a semejanza del tuyo, gloriosos, y nuestros ojos contemplen *el cielo nuevo y la tierra nueva*¹⁴, que nos tienes prometidos.

*Concédenos vivir siempre, Señor, en el amor y respeto a tu santo Nombre, porque jamás dejas de dirigir a quienes estableces en el sólido fundamento de tu amor*¹⁵. Y Tú, Madre nuestra, haz que la caridad aumente aún más en nuestros corazones, para que viviendo unidos en la tierra, vivamos para siempre contigo en el Cielo, en unión con la Trinidad Beatísima.

ta De nuestro Padre, Carta, 28-111-1955, n. 31.

(10) I Cor. XIII, 8.

(11) I Cor. II, 9.

(12) Apoc. XXII, 20.

(13) Apoc. XXI, 4.

(14) Apoc. XXI, 1.

(15) Oral.

258.

MARTES

- En la liturgia damos culto a Dios con todo nuestro ser.
- El canto, expresión del amor y de la alegría del corazón.
- Vivir con delicadeza, y siempre que se pueda, esta manifestación de piedad.

*ALABARE al Señor en todo tiempo; mis labios no cesarán de alabarle*¹. Alabar al Señor es el fin de la vida del hombre, la única razón de su existencia. La creación entera es un canto de alabanza a Dios y nuestra vida en la tierra, toda nuestra actividad, debe estar informada por esta suprema aspiración. Pero bien sabemos que *por nosotros mismos somos incapaces de concebir un solo pensamiento bueno, que nuestra suficiencia viene de Dios*². Para que nuestra vida sea limpia y recta, canto enamorado a Dios que nos creó, tenemos que acudir a Jesucristo, a la Santa Misa. Allí ofrecemos al Padre una *oblación de olor suavísimo*³, una Víctima pura e inmaculada, un himno perfecto de alabanza y de agradecimiento.

Nuestra piedad se alimenta en la Misa, centro de la vida interior. Y la acción litúrgica en que participamos es cauce especialmente eficaz para nuestra

(1) Ps. XXXIII, 2.
 (2) II Cor. III, 5.
 (3) Levit. I, 17.

vinculación al Santo Sacrificio. Toma parte en ella nuestra persona entera: el entendimiento, la voluntad, y también el cuerpo con las acciones y signos sensibles. *Nuestra unión con la Iglesia celestial se realiza de una forma nobilísima y especialmente cuando, en la sagrada liturgia, en la que "la virtud del Espíritu Santo obra en nosotros por signos sacramentales" celebramos juntos con fraternal alegría, la alabanza a la Divina Majestad, y todos los redimidos por la Sangre de Cristo, de toda tribu, lengua, pueblo y nación (cfr. Apoc. V, 9), congregados en una misma Iglesia, ensalzamos con un mismo cántico de alabanza a Dios Uno y Trino* *.

*Ten veneración y respeto por la Santa Liturgia de la Iglesia y por sus ceremonias particulares, escribió nuestro Fundador. —Cúmpelas fielmente. —¿No ves que los pobrecitos hombres necesitamos que hasta lo más grande y noble entre por los sentidos?*⁴. Con cada uno de los ritos y ceremonias, la Iglesia nos ayuda a conocer y a contemplar las verdades del orden sobrenatural, y especialmente el Misterio eucarístico, centro de la vida litúrgica.

Perenne actualidad tienen aquellas consideraciones que nos hacía nuestro Padre, hace ya tantos años: *me viste celebrar la Santa Misa sobre un altar desnudo —mesa y ara, sin retablo. El Crucifijo, gran-*

(4) Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 50.
 (5) *Camino*, n. 522.

de. Los candeleros recios, con hachones de cera, que se escalonan: más altos, junto a la cruz. Frontal del color del día. Casulla amplia. Severo de líneas, ancha la copa y rico el cáliz. Ausente la luz eléctrica, que no echamos en falta.

—*Y te costó trabajo salir del oratorio: se estaba bien allí. ¿Ves cómo lleva a Dios, cómo acerca a Dios el rigor de la liturgia?"*

EL ALMA cristiana busca en la liturgia la forma de elevar el corazón a Dios y de ponerse bajo su protección y amparo, siguiendo el consejo del Apóstol: *vivid siempre alegres, orad sin descanso, dad gracias por todo, porque esto es lo que quiere Dios que hagáis*⁷. La Iglesia pone a nuestra disposición una forma muy humana de dar cauce a lo que tenemos en el corazón: el canto. Es como una necesidad, porque *cantar es propio del que ama*⁸, y nosotros estamos enamorados.

*He llenado las carreteras de Europa de avemarias y de canciones*⁹, comentó muchas veces nuestro Padre. El amor nos lleva incluso a hacer nuestras las canciones populares, limpias y nobles, refiriéndolas a Dios, a la Santísima Virgen, a la Obra, que son

(6) *Camino*, n. 543.

(7) I *Thes.* V, 16-18.

(8) San Agustín, *Sermo* 336, 1.

(9) De nuestro Padre.

nuestra vida, y cantándolas a lo divino. También hay canciones de familia, que han compuesto hermanos nuestros, motivadas a veces por unas palabras de nuestro Fundador; canciones que recogen directamente nuestros deseos y aspiraciones: *vale la pena* entregar la vida para sembrar el mundo de alegría y paz; *soy un borrico de noria*, un borrico de Jesús, y *es mi gozo el trabajar; me gusta andar y no volver la cara atrás*, con fidelidad absoluta al camino divino en la tierra... *No dejéis de cantar esas canciones*, nos decía nuestro Padre. *Hay que sabérselas. Nosotros tenemos que cantar por todos los caminos de la tierra... Se os caerán las lágrimas de alegría, cuando tengáis setenta años y oigáis cantar estas canciones a los más jóvenes*¹⁰.

El canto es expresión de alegría, fruto genuino del amor. Por eso, nuestra vida —vida de enamorados— necesita romper en canciones de felicidad, como hicieron los justos que han cantado siempre a nuestro Padre Dios. La Iglesia en su liturgia, y nosotros con ella, también cantamos al Señor, para expresar nuestra alegría. Es un canto lleno, vibrante, que nace de la abundancia de un corazón entregado a Dios, y quiere poner por obra el consejo de San Pablo: *llenaos del Espíritu Santo, hablando entre vosotros con himnos y canciones espirituales, cantando y alabando a Dios en vuestros corazones, dando siem-*

(10) De nuestro Padre, *Crónica* 1-64, pp. 31-32.

pre gracias por todo a Dios Padre, en nombre de Nuestro Señor Jesucristo".

MUCHAS veces ha indicado la Iglesia la conveniencia de que, en las funciones litúrgicas, los fieles participen activamente con sus cantos¹². Es un deseo antiguo de nuestro Fundador: *que el canto gregoriano, pausado y solemne, sea expresión de vuestra piedad*¹³, nos enseñó desde los comienzos de la Obra. Canto gregoriano *al que hay que dar un lugar principal en las acciones litúrgicas*¹⁴. Y cantamos en las Misas solemnes, en los actos eucarísticos, y en otras ceremonias.

Los cantos litúrgicos están llenos de un denso contenido doctrinal que podemos aprovechar para la oración. Confesamos en el *Credo* nuestra fe en Dios Uno y Trino, en Dios Creador de todas las cosas, en Jesucristo, Hijo de Dios, *qui propter nos homines et propter nostram salutem descendit de caelis*¹⁵. Le rendimos alabanza con el canto del *Gloria*; reconocemos su excelsa majestad en el *Sanctus*; pedimos que limpie nuestros pecados al entonar el *Agnus Dei*. Y adoramos el Cuerpo y la Sangre del Señor, oculto por Amor en la Hostia Santa: *Pange, lingua...*¹⁶, canta, lengua, el mis-

(11) *Ephes.* V, 18-20.

(12) Cfr. Concilio Vaticano II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, nn. 113-114.

(13) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-1-1935, n. 155.

(14) Concilio Vaticano II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 116.

(15) *Ordo Missae*, *Symb. nic.-const.*

(16) Himno. *Pange lingua*.

terio glorioso del Cuerpo y de la Sangre preciosa... Confesamos nuestra fe en su presencia real: *visus, tactus, gustus in te fallitur, sed auditu solo tuto creditur*¹⁷. Cantamos a la Virgen cada sábado: *Salve Regina, Mater misericordiae...*¹⁸. Y elevamos la voz a Dios en el *Oremus pro Patre*, pidiendo por la Obra entera, en unidad vibrante de corazones.

*Canta la Iglesia —se ha dicho—, porque hablar no sería bastante para su plegaria. —Tú, cristiano —y cristianoescogido—, debes aprender a cantar litúrgicamente*¹⁹. La liturgia de hoy nos lo recuerda: *cantaré la justicia y la gracia; quiero cantarte a ti, oh Dios*²⁰. No podemos dejar que se introduzca la rutina en nuestra plegaria cantada. Ha de ser siempre un *cántico nuevo*²¹, joven, ilusionado. Por eso, alguna vez, debemos detenernos a considerar en la oración lo que con la voz entonamos.

*¡Canta! Que se desborde en armonía tu agradecido entusiasmo por tu Dios*²², nos decía nuestro Padre. *Algunos mueren rabiando; yo, con la gracia de Dios, pienso morir cantando*²³. Cantamos a la Virgen, presente en nuestro caminar: *vida, dulzura, esperanza nuestra (...). Vuelvan los ojos nuestros misericordiosos (...). Muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre*²⁴.

(17) Himno *Adoro te devote*.

(18) Himno *Salve Regina*.

(19) *Camino*, n. 523.

(20) *Ad Laudes* (Ps. C, 1).

(21) *Ad Laudes*, ant. 3.

(22) *Camino*, n. 524.

(23) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XIM941, nota 124.

(24) Himno *Salve Regina*.

259.

MIÉRCOLES

—Al llamarnos a la Obra, el Señor nos pide frutos de apostolado.

—Tenemos los medios necesarios para ser eficaces.

—Frutos abundantes y duraderos: consecuencia de la humildad y del afán de almas.

QUIERE hoy el Señor recordarnos que espera de nosotros frutos de santidad y de apostolado, y nos propone una comparación: *¿acaso se cosechan uvas de los espinos o higos de las zarzas? (...). Un árbol bueno no puede dar frutos malos, ni un árbol malo dar frutos buenos*¹.

El Señor nos pide fruto de almas. *Con el mismo rigor nos exigirá el Juez nuestra propia salvación que la del prójimo* —escribe San Juan Crisóstomo—. *De ahí que San Pablo nos exhorte en cada momento a que no busquemos nuestro interés, sino el de nuestro prójimo (...). Acaso alguno podría decir: ¿qué tengo que ver con los demás? El que se pierde que se pierda, y el que se salva, que se salve. Pues precisamente para cortar ese pensamiento despiadado e inhumano, el Apóstol nos puso la muralla de estas leyes, man-*

(1) Ev. (Matth. VII, 16-18).

*dándonos en muchas ocasiones dejar de lado el propio interés para buscar el del prójimo*².

Hay que dar fruto en todo momento, porque el tiempo es breve. La formación que recibimos nunca se interrumpe ni termina, y es comparable a la paciente tarea del dueño de la viña, que poda el buen sarmiento para que rinda más. *Toda nuestra formación debe cuajar en obras. Nuestro espíritu ha de ser sangre y vida, savia de toda planta, para que el árbol dé frutos divinos*³. Sin embargo, puede haber momentos en que los frutos tarden en llegar. El Señor pone a prueba nuestra fe, y parece entonces como si trabajásemos inútilmente. *No te preocupes* —nos dice entonces nuestro Padre—, *si tu labor ahora parece estéril. Cuando la siembra es de santidad, no se pierde. Otros recogerán el fruto*⁴.

Mil veces hemos tenido ocasión de comprobar la verdad de esas palabras al ver germinar, empapada en el rocío de la gracia, la simiente ya olvidada, o al recoger con alegría la cosecha abundante que otros sembraron. El fruto viene siempre, es ley de vida sobrenatural, porque *todo árbol bueno da frutos buenos*⁵. Pero hemos de examinar si nuestra siembra es generosa, si se manifiesta en hechos concretos

(2) San Juan Crisóstomo, *Adversus oppugnatores vitae monasticæ* 3, 2.

(3) De nuestro Padre, *Carta*, 6-V-1945, n. 44.

(4) De nuestro Padre, n. 192.

(5) Ev. (Matth. VII, 17).

nuestro espíritu de proselitismo, si utilizamos todos los medios sobrenaturales y humanos.

*Por sus frutos los conoceréis*⁶. Estas palabras del Señor parecen traer el eco de aquellas otras misteriosas del festín de Baltasar, cuyo sentido supo entender el profeta Daniel: *has sido puesto en la balanza y hallado falto de peso*⁷. Con la gracia de Dios, que es siempre abundante, no se podrá decir esto de nosotros, si somos fieles.

*MUCHAS veces no veréis inmediatamente el fruto, porque trabajáis con material en apariencia tosco. Pero vuestras enseñanzas, vuestro ejemplo, vuestra paciencia, el cariño que derrocháis, vuestra ciencia, las prácticas de piedad que os ven realizar...; todo eso influye. Y sin que os deis cuenta, los estáis formando. Es muy posible que sean los de la generación inmediata los que recojan la cosecha, repitiéndose lo que dice el Evangelio: uno es el que siembra y otro el que siega (Ioann. IV, 37). De modo que podéis estar muchos años por ahí y no gozar ni de las flores ni de los frutos... ¡Pues bendito sea Dios!*⁸.

No podemos olvidar que los frutos sobrenaturales vienen sólo de Dios, pero el Señor cuenta con

(6) *Ibid.*, 20.

(7) *Dan.* V, 27.

(8) De nuestro Padre, Tertulia, 30-VM974.

nuestro trabajo. Por eso, *aunque seamos instrumentos que no sirven para nada, aunque aparentemente no recojamos más que fracasos, debemos poner los medios que estén de nuestra parte para acercar las almas a Dios. En el Cielo veremos los frutos de nuestra buena voluntad.*

*Persuadios de esto: yo debo poner los medios a mi alcance y, aunque no convierta a nadie, habré cumplido el querer de Dios; aparte de que es seguro que en el Cielo me encontraré con muchos convertidos... Reconoced vuestros fracasos, pero no hagáis alarde de indiferencia. ¡Cómo me duele que un sacerdote o un religioso no busque vocaciones para el seminario diocesano o para su noviciado! Casi siempre es señal de que ellos mismos no están contentos de su vocación, de que no son felices, o incluso de que se sienten unos desgraciados. En cambio, cuando se ama esa predilección de Dios, que nos invita a colaborar con El, a corredimir, entonces, sin tonterías humanas, sin cascabeles de la tierra, se tiene, no deseo, ¡hambre de pegar esa locura a otros! Es algo que viene solo, como el latir del corazón*⁹.

*Yo os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca*¹⁰. En Casa tenemos todos los medios para ser santos, para dar fruto. El Señor nos lo exige porque pa-

(9) De nuestro Padre, Tertulia, 29-XII-1959.

(10) *Ioann.* XV, 16.

ra eso ha encendido nuestra vida con su gracia. *Hijos míos, con vuestro ejemplo y con vuestra palabra, debéis transmitir este fuego divino a quienes os rodean, levantando, al menos —si no los podéis encender—, su temperatura espiritual. Esa es la señal cierta del celo verdadero.*

Con los medios sobrenaturales —la oración, la mortificación, la comunicación de la Palabra de Dios— poned también en juego los medios humanos —el testimonio de una vida de trabajo bien hecho, la amistad sincera, la cordialidad leal, vuestra simpatía también— y se repetirá en muchas almas aquel milagro obrado por Jesucristo Nuestro Señor: daréis vista a muchos ciegos, con un colirio portentoso, hecho de vuestro barro y de la gracia de Dios (cfr. Ioann. IX, 1-40).

Este celo apostólico no es consecuencia de temperamentos, de modos de ser o de peculiar idiosincrasia. Es algo sobrenatural, fruto del trabajo de la gracia en el alma".

*POR SUS frutos los conoceréis*¹². El buen árbol se reconoce por la calidad del fruto. Pero no siempre podemos guiarnos por las apariencias: hay frutos hermosos a la vista que por dentro están agusanados,

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 12-XII-1952, n. 36.

(12) *Ev. (Matth. VII, 20).*

dos, y plantas espléndidas, pero estériles y sin aroma, como aquella higuera frondosa de la parábola, a quien el dueño había cuidado con esmero y que, sin embargo, no producía higos¹³.

Los frutos se muestran en toda su sazón cuando proceden de un alma humilde. *Lo mismo que se condimentan con sal los alimentos, para que no sean insípidos, en la vida nuestra hemos de poner siempre la humildad. Hijas e hijos míos —no es mía la comparación: la han usado los autores espirituales desde hace más de cuatro siglos—, no vayáis a hacer como esas gallinas que, apenas ponen un solo huevo, atronan cacareando por toda la casa. Hay que trabajar, hay que desempeñar la labor intelectual o manual, y siempre apostólica, con grandes intenciones y grandes deseos —que el Señor transforma en realidades— de servir a Dios y pasar inadvertidos (...).*

Y si el Señor os permite ver que desea servirse de vosotros, que se está sirviendo ya ahora, o desde hace años, e incluso desde hace mucho tiempo: in gratiarum semper actione maneamus! Romped en acción de gracias a Dios Nuestro Señor, porque nos ha buscado como instrumentos. Pero dadle gracias sinceramente, porque si no, no se pasa de ser un árbol frondoso, abarrotado de hojas y quizá de frutos, pero vanos, vacíos, sin peso, porque no doblagan las ramas. Los

(13) *Cfr. Luc. XII, 6-9.*

*frutos maduros, rebosantes de pulpa carnosa, dulce y grata al paladar, consiguen bajar las ramas al árbol con humildad*¹⁴.

Frutos de santidad: éstos son los que pide el Señor y los hombres esperan. No caben pretextos: yo... es que no he recibido la formación necesaria; yo... es que estuve enfermo; yo... es que no tengo cualidades.

¡Ay del que se adorna con las hojas de un falso apostolado, del que ostenta el follaje de una aparente vida fecunda, sin tener fruto! Parece que aprovecha el tiempo, pero es éste un árbol estéril.

*Hijos míos, hemos de ser árbol que dé fruto. Que otros hay que, cuando se acercan a ellos las criaturas, no sirven de provecho: tienen solamente hojas... Hemos de dar fruto, fruto que sacie el hambre de las almas cuando se acerquen a nosotros. Porque tenemos todos los medios sobrenaturales y la doctrina suficiente; porque —si queremos— estamos en condiciones de vivir, con la gracia del Señor, a pesar de nuestra miseria, una vida capaz de iluminar y de arrastrar a otros, la vida de Cristo en nosotros*¹⁵.

La santidad personal es el secreto de la eficacia. Sólo así podremos acercar los hombres a Dios. Pero, al mismo tiempo, la santidad se manifiesta en obras: el buen árbol crece y *se multiplica como el cedro del Líbano*¹⁶. No podemos estar mano sobre mano, inac-

(14) De nuestro Padre, Meditación *Tiempo de acción de gracias*, 25X11-1972.

(15) De nuestro Padre, Meditación, 9-1-1956.

(16) Ps. XCI, 13.

tivos. Esta preocupación habrá de traducirse en oración constante y en obras. Vuestro afán apostólico os llevará a salir por todas las encrucijadas del mundo para buscar almas, para comunicarles la llamada de Jesucristo, porque, aunque permaneciendo en el mismo sitio hubiese podido Cristo atraer a las gentes a sí, para que oyese su predicación, no lo hizo de este modo; dándonos ejemplo, para que recorramos también nosotros los caminos, buscando a los que se pierden como el pastor busca la oveja descarriada, como el médico acude al enfermo (San Juan Crisóstomo, In Luc. hom. 42, 10).

*Iréis a buscarlos donde estén, para atraerlos al calor de nuestro espíritu, a la luz divina de nuestra labor de formación (...), para encenderlos, para purificarlos, para llenarlos de doctrina y de amor de Dios y de una noble devoción a Santa María, a la Iglesia Santa y al Romano Pontífice*¹⁷.

(17) De nuestro Padre, Carta. 24-X-1942, n. 70.

260.

JUEVES

—La liturgia es el culto del entero Cuerpo Místico de Cristo.

—La piedad personal nos lleva a unirnos a Cristo en la liturgia.

—Nuestra oración debe ser litúrgica.

LA LECTURA del Libro de los Reyes nos recuerda el saqueo de Jerusalén por Nabucodonosor. De aquel cúmulo de calamidades sobrevenidas a la ciudad, el escritor sagrado sólo narra con detalle la destrucción del Templo para que consideremos su significado: *sacó de allí todos los tesoros de la casa del Señor (...), e hizo pedazos todos los vasos de oro que había hecho Salomón, rey de Israel, en el Templo del Señor*¹.

Comprendemos bien la tristeza que expresa la narración inspirada, porque la fe nos lleva a valorar en primer término lo que a Dios directamente se refiere; y por eso el oratorio es también el lugar más importante de nuestros Centros. *Dios mora en su lugar santo*²; el oratorio es *casa de Dios, lugar de habitación especial del Señor, para que nosotros le demos culto*³.

Pero además, en las acciones litúrgicas, Cristo

(1) L. I (II) (II Reg. XXIV, 13).

(2) Ps. LXVII, 6.

(3) De nuestro Padre, Homilía, 4-III-1957.

es el sacerdote principal que tributa a Dios la gloria debida y asocia en esta acción a la Iglesia. La liturgia es el culto esencial y perfecto del Cuerpo Místico de Cristo, es decir, de la Cabeza y de sus miembros: *justamente por eso se considera la liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo; en ella, por medio de signos sensibles, se significa y, en el modo que le es propio, se realiza la santificación del hombre; y el Cuerpo Místico de Jesucristo, es decir, su Cabeza y sus miembros, tributan el culto público integral*⁴.

En la liturgia pregustamos y participamos del canto que los Angeles y los Santos entonan en la gloria del Cielo, y que nosotros estamos llamados a cantar algún día: *alabad a Y avè, porque es bueno, porque es eterna su misericordia. ¿Quién contará las obras del poder del Señor, darle toda la alabanza que merece?*⁵.

En la Obra tenemos un amor grande a la liturgia, porque toda nuestra vida gira en torno a la Santa Misa, culmen de la acción litúrgica de la Iglesia. Y a través de la Misa discurre nuestro trato con la Trinidad Beatísima, con la Virgen nuestra Madre, con los Angeles y con los Santos.

Son multitud los detalles teológicos y ascéticos, doctrinales y prácticos, que manifiestan el espíritu litúrgico de la Obra, y que hemos aprendido a vivir

(4) Concilio Vaticano II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 7.

(5) Ps. R. (I) (Ps. CV, 1-2).

desde siempre, enseñados por nuestro Padre. ¡Valor de la piedad en la Santa Liturgia!

—Nada me extrañé lo que, hace unos días, me comentaba una persona hablando de un sacerdote ejemplar, fallecido recientemente: ¡qué santo era!

—¿Le trató Vd. mucho?, le pregunté.

—No —me contestó—, pero le vi una vez celebrar la Santa Misa⁶.

Queremos vivir con delicadeza y cariño todo lo que se refiere al culto, al cuidado del oratorio y del Tabernáculo, porque allí está Jesucristo, que es el objeto de nuestros amores.

LA VIDA litúrgica es fundamentó y apoyo de toda la vida de piedad. Nuestra devoción personal se alimenta y se manifiesta especialmente en los sacramentos, que son los actos más excelsos en que podemos participar; porque *si la piedad privada e interna descuidase el augusto Sacrificio del Altar y los sacramentos, y se sustrajese al influjo salvador que emana de la Cabeza en los miembros, sería, sin duda alguna, cosa reprobable y estéril*⁷. Todas nuestras acciones, para que se encaminen a la gloria de Dios Padre, deben fundarse en Cristo y estar vinculadas al Sacrificio de la Cruz.

En Casa todo esto se hace realidad al ser la San-

(6) Forja, n. 645.

(7) Pío XII, Litt. enc. *Mediator Dei*, 20-XI-1947, n. 10.

ta Misa *el centro y la raíz de nuestra vida interior (...), de modo que, para nosotros, toda la jornada es un continuo acto de culto, prolongación de una Misa y preparación para la siguiente, que se va desbordando en jaculatorias, Visitas al Santísimo, ofrecimiento del trabajo*⁸, y todas esas Normas de piedad y Costumbres que entretejen nuestro plan de vida.

Vivir bien la liturgia exige a su vez una sólida vida interior; porque sin las prácticas personales de piedad, sin el esfuerzo ascético que purifica el alma y nos acerca a Cristo, acabaríamos fuera del camino de la santidad, y terminaríamos desertando de los mismos actos litúrgicos. Sin ese acto interior de la voluntad, la liturgia no tendría alma, perdería mucha de su eficacia. Mereceríamos aquel reproche divino: *este pueblo se me acerca sólo de palabra y me honra sólo con los labios, pero su corazón está lejos de mí*⁹.

No puede haber oposición alguna entre la liturgia y las demás prácticas de piedad, porque tienden a los mismos fines: la glorificación de Dios y la santificación de las almas. Fundados en la fe y en el amor, descubrimos que el sentido profundo de la liturgia es manifestar la vida interior del alma cristiana, que ansia desbordarse en alabanza pública y externa a Dios: *¡qué bueno es alabar al Señor y celebrar tu nombre, oh Altísimo!; expresar por la mañana tu*

(8) De nuestro Padre, Meditación, 14-IV-1960.

(9) *Isai.* XXIX, 13.

*misericordia y por la noche tu fidelidad, con el salterio de diez cuerdas, con la lira, con cánticos acompañados de la cítara*¹⁰.

El corazón pide esas manifestaciones externas, necesita expresarse con la palabra y con el gesto. Y, a la vez, se siente movido a amar más a Dios por la belleza de las ceremonias, la armonía de los cantos, el rigor solemne de los ritos.

Hemos de amar entrañablemente la liturgia; poner empeño en vivirla con delicada atención. *Quiero insistir, hijos míos* —nos dice nuestro Padre—, *aunque conozco sobradamente la rectitud de vuestras disposiciones, en que pongáis siempre un particular empeño en seguir con toda docilidad el Magisterio de la Iglesia Santa; y como consecuencia, que cumpláis, con delicada obediencia también, todas las indicaciones de la Santa Sede en materia litúrgica, adaptándoos con generosidad a las posibles modificaciones —que siempre serán accidentales— que el Romano Pontífice pueda introducir en la lex orandi*¹¹.

NO OLVIDÉIS —nos ha recordado nuestro Padre— *que siempre os he enseñado a encontrar la fuente de vuestra piedad en la Escritura Santa y en la oración oficial de la Iglesia, en la Sagrada Liturgia, al*

(10) Ps. XCI, 2A.

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 8-VIII-1956, n. 22.

*tiempo que he reprobado —y repruebo— las devociones particulares de cada uno hechas en común*¹². La liturgia es alimento de nuestra piedad personal; y aunque en ella no se agota toda la vida espiritual¹³, es conveniente que dispongamos las prácticas de piedad *teniendo en cuenta los tiempos litúrgicos, de manera que vayan de acuerdo con la Sagrada Liturgia, y en cierto modo se inspiren en ella*¹⁴.

A lo largo del año, la Iglesia nos va presentando los hechos fundamentales de la vida de Jesús. Vemos al Señor de una manera viva y actual, porque el año litúrgico *no es una representación fría e inerte de cosas que pertenecen a tiempos pasados, ni un simple y desnudo recuerdo de una edad pretérita, sino más bien es Cristo mismo quien persevera en su Iglesia*¹⁵. Siguiendo los diversos aspectos de su vida, que se nos hacen presentes, encontraremos nuevas virtudes que imitar, nuevos motivos de agradecimiento y de amor.

La liturgia nos trae también, en sus lecturas y oraciones, el eco de la misma palabra de Cristo, y suministra un caudal precioso para nuestra meditación personal.

Vida litúrgica y vida interior son inseparables: mutuamente se exigen. Sería una equivocación, y un motivo de retraso en el camino de la santidad, descuidar cualquiera de estos dos aspectos. Por el con-

(12) De nuestro Padre, *Carla*, 6-V-1945, n. 29.

(13) Cfr. Concilio Vaticano II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 12.

(14) Concilio Vaticano II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 13.

(15) Pío XII, Litt. ene. *Mediator Dei*, 20-XI-1947, n. 41.

trario, si el alma se esfuerza en vivir la liturgia y cultivar la vida interior, caminará derecha hacia Dios. Las buenas disposiciones íntimas, reforzadas por la meditación y por las prácticas privadas de piedad, multiplican los efectos del culto litúrgico; y éste, a su vez, crea en nosotros el hábito de tratar a Dios, de tenerle presente, de hablarle y dirigirnos a El. *No olvides* —nos recordaba nuestro Padre— *que vida litúrgica es vida de amor; amor a Dios Padre, por Jesucristo, en el Espíritu Santo, con toda la Iglesia, de la que tú formas parte*¹⁶.

Es lógico, pues, que nuestra vida esté influida e impregnada de espíritu litúrgico; que las oraciones o preces de los actos litúrgicos pasen a ser tema de nuestras jaculatorias, a lo largo del día; que ese trato con el Señor en la Misa se perpetúe en las Visitas al Santísimo o en otros actos de piedad; que nos lleve a honrar a la Virgen, a la que la Iglesia ha dedicado tantas fiestas con veneración filial.

El espíritu litúrgico nos lleva a hacer de todo nuestro día un continuo acto de culto, centrado en la Misa, para que unidos a Jesucristo, con la intercesión de la Santísima Virgen, podamos decir: *recibe, Señor, este sacrificio de propiciación y de alabanza, para que, limpios por su poder, te agrademos con la ofrenda de nuestro amor*".

(16) De nuestro Padre, Obras IV-65, p. 13.

(17) *Oral, super oblata*.

261.

VIERNES

—La lepra de la mala doctrina.

—Los órganos de la opinión pública son un gran medio para difundir la verdad.

—Responsabilidad e iniciativa personal en este campo.

RECORRÍA Jesús los pueblos de Galilea, cuando se le acercó un leproso, se postró ante él y dijo: *Señor, si quieres, puedes limpiarme*¹.

La gente que rodeaba al Señor, se ha apartado por temor al contagio: los leprosos, segregados del pueblo por la ley de Moisés, viven ocultos a las miradas de los hombres, arrastrando a solas su miseria. Una cueva abandonada suele ser su refugio, y ni siquiera —tanta es la podredumbre de su cuerpo— se atreven a sentarse a la vera de los senderos.

Por eso es admirable el corto diálogo entre Jesús y aquel leproso de Galilea. Compadecido Cristo, le ha curado con una sola palabra; luego le dice: *mira, no lo digas a nadie, sino anda, preséntate al sacerdote y lleva la ofrenda prescrita por Moisés, para que les sirva de testimonio*².

Ha sido grande el milagro, y el leproso sigue aún postrado en tierra, murmurando palabras de agrade-

(1) Ev. (Matth. VIII, 2).

(2) *Ibid.*, 4.

cimiento. Casi no se atreve a dar crédito a sus ojos, cuando ha visto su carne quedar limpia como la de un niño.

*¡Cuántos leprosos hay en el mundo, hijos míos! —exclamaba nuestro Fundador—; leprosos por la ignorancia, por el error, por la impureza... Y tantas personas buenas que se dejan ofuscar por esas propagandas y publicaciones falsas, que son otra lepra podrida: la lepra de la mala doctrina*³.

Por la mente de aquel pobre leproso, arrodillado a los pies de Jesús, pasó su vida con la velocidad del relámpago en el cielo: largos años en los que, día a día, se adueñaba de su cuerpo aquel inicio de muerte. Después, la noticia que corrió de boca en boca por todos los senderos de Galilea: un profeta nuevo había aparecido, capaz de devolver la vida que se escapa a los cuerpos enfermos. La indecisión primero, y luego una postrer esperanza, removieron sus entrañas; y se había puesto en camino.

Ahora, ya curado, no pudo contener aquella alegría que le estallaba en el pecho. Como narra San Marcos, *una vez que se fue, comenzó a proclamar y a divulgar la noticia, hasta el punto de que ya no podía entrar abiertamente en ciudad alguna, sino que se quedaba fuera, en lugares apartados*⁴.

Hay que difundir las maravillas del Señor, hijos míos, como hizo este pobrecito. Es necesario que llegue

(3) De nuestro Padre, Tertulia, 12-111-1960.

(4) *Man*: I, 45.

*a todas partes la verdad de Dios: con la prensa y con otras publicaciones, con el cine, la radio y la televisión... Y esto es una labor vuestra*⁵.

La misión de dar doctrina es tan connatural a nuestra vocación, que cada uno de nosotros, personalmente, siente la responsabilidad de formarse más, de llegar a ser un buen instrumento para cumplir esta gran tarea. Dar doctrina: esta exigencia de nuestro espíritu, que hace de toda la Obra un foco de luz, de verdad para todo el mundo, opera en cada miembro de la Obra una efectiva ordenación de sus virtudes, de sus disposiciones interiores y de sus talentos naturales hacia ese fin.

Esa pasión por dar doctrina se enardece aún más si contemplamos la gran cantidad de almas que carecen en absoluto de ella. Por eso, *para poder llevar a cabo toda esta labor, colosal, inmensa, es imprescindible que tú y yo seamos fieles, que tengamos santidad personal y mucha alegría; así sacaremos todo adelante*⁶.

NUESTRA labor apostólica se desarrolla en el ámbito de la profesión, de la amistad personal que cada uno tiene con sus colegas, con las personas que le rodean: es principalmente un trabajo personal, de

(5) De nuestro Padre, Tertulia, 12-111-1960.

(6) De nuestro Padre, Tertulia, 12-111-1960.

trato. Pero nuestro deseo se extiende a todos, tenemos hambre de llegar a mucha más gente, y existe una actividad humana que nos proporciona esa posibilidad: las labores que tienden a formar e informar la opinión pública. Todo lo que podamos hacer en este campo no sustituye la obligación de ir también a las personas, una a una; por el contrario, abre nuevas perspectivas y ofrece nuevas ocasiones. *La labor de orientar y dirigir la opinión pública* —escribió nuestro Padre—, *no es sólo ya de por sí un gran apostolado, sino también una magnífica ayuda —y, a veces, un medio indispensable— para todas las demás tareas apostólicas*⁷.

Es muy grande la importancia que tienen los medios de información: *cuando la familia y la escuela no han sabido, o no han podido, cumplir su función específica, se ha producido el fenómeno de la aparición de masas ingentes, cuya única educación constante ha sido la que reciben por los periódicos, revistas, radio, y por algún libro de fácil lectura.*

Daos cuenta, hijos míos, del extraordinario e insospechado poder que vienen a tener, de este modo, los que utilizan esos canales y conocen su peculiares reglas didácticas, y de la inmensa responsabilidad que contraen frente a Dios y frente a los hombres.

Son educadores, hacen el papel —muchas veces oculto e impersonal— de maestros: a ellos se entregan,

(7) De nuestro Padre, *Carta*, 30-IV-1946, n. 64.

*casi incondicionalmente, las inteligencias, y hasta las conciencias de millones de hombres*⁸.

En presencia de estas nuevas realidades, no podemos tener más que admiración y simpatía, junto con la ilusión de contribuir todos —aunque no sea siempre directamente en las profesiones de la información y de la opinión pública— a llevar a Dios, a devolver al Señor esa parcela de la creación.

Devolver, os decía, porque la maldad de los enemigos de Dios, y la falta de responsabilidad de muchos cristianos, han producido el triste fenómeno que todos conocéis, y del que en todas partes la humanidad sufre las consecuencias: pienso en el mal uso, en el abuso que se suele hacer de casi toda la prensa de información y de opinión, de casi todos los espectáculos.

*Os quiero hablar de este engaño —lingua fallax non amat veritatem (Prov. XXVI, 28)— realmente doloroso que sufren los hombres y los pueblos cuando se ven privados de las más legítimas libertades, precisamente porque otros hombres sin conciencia se sirven con dolo del poder que tienen, al poseer o dirigir los medios de comunicación colectiva. Y lo más penoso es que se va estabilizando esta imposición: corrompen a los niños desde la escuela elemental, y alimentan con el mismo veneno a padres e hijos*⁹.

Esta situación, descrita por nuestro Padre en 1946, no ha hecho más que agravarse. Años más tar-

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 30-IV-1946, n. 9.

(9) De nuestro Padre, *Cana*, 30-IV-1946, nn. 12-13.

de insistía nuestro Fundador, haciéndonos ver que *hoy puede decirse que no hay prensa, que son muy pocas las publicaciones en las que se trabaje con mentalidad auténticamente cristiana; donde se respete a los demás, amando y defendiendo también la libertad de todos los hombres; donde se sepa comprender, disculpar, unir.*

A pesar de eso, algunos católicos pequeñitos se escandalizan de que los miembros del Opus Dei trabajen en labores de prensa; mientras dejan que los que no conocen al Señor y los que le atacan hagan una propaganda infame, a través de todos los medios de comunicación social. Esto es tener lepra en la cabeza, y no darse cuenta de que el mundo está lleno de leprosos^w.

SOMOS para la muchedumbre, para la masa, y abomino de toda tiranía y violencia. Nos interesan las almas, una a una. Por eso tenemos que acudir en defensa de tantas conciencias oprimidas, para que vuelvan a respirar aire puroⁿ.

El Magisterio de la Iglesia, en el último Concilio ecuménico, ha querido afrontar este urgente problema: *como la opinión pública ejerce hoy un poderoso influjo en todos los órdenes de la vida social, pública y privada, es necesario que todos los miembros de la*

(10) De nuestro Padre, Tertulia, 12-III-1960.

(11) De nuestro Padre, Carta, 30-IV-1946, n. 13.

sociedad cumplan sus deberes de justicia y caridad también en esta materia, y, por tanto, que también con el auxilio de esos medios, se procure formar y divulgar una recta opinión pública¹².

ha contribución de cada uno de mis hijos a esta labor —había escrito muchos años antes nuestro Padre— dependerá de sus circunstancias y posibilidades personales: especialmente eficaz debe ser la colaboración de quienes trabajen profesionalmente en estos medios de comunicación.

Habrán también otros que, sin dedicarse profesionalmente a trabajos relacionados con la opinión pública, podrán llegar sin embargo a círculos amplios de personas: por sus amistades, porque están en condiciones de enviar informaciones fidedignas a oficinas de información de organismos o grupos internacionales, etc.

Y todos pueden —y deben— tratar de estos temas en conversaciones con sus parientes, colegas o amigos, o aclarar ideas a quienes presenten dudas u objeciones¹³.

Esas actividades pueden constituir para nosotros una intención, un cauce por donde fluya durante una temporada, de modo especial, la fuerza de nuestra oración, de nuestra mortificación y de nuestra actividad. Y si tenemos que jugar un papel cual-

(12) Concilio Vaticano II, de cr. *inter mirifica*, n. 53.

(13) De nuestro Padre, Carta, 30-IV-1946, n. 65.

quiera —el que sea: escribir, hablar sobre estos temas, o difundir revistas de criterio cristiano—, realizaremos esas actividades con afán apostólico y con sentido de responsabilidad.

Una cosa podemos y debemos hacer todos: rezar. *Acordaos de pedir todos los días* —nos escribía nuestro Padre—, *y de poner los medios a vuestro alcance, para que el apostolado de la opinión pública sea una realidad en todo el mundo; porque en todas partes hemos de ser sembradores de paz y de alegría.*

*Donde haya leprosos, allí hemos de estar también nosotros, dando eficacia a los miembros secos; vida a los cuerpos muertos. Pero, os lo repito, es necesario que todos sientan el calor limpio de vuestro corazón; el bonus odor Christi de vuestra conducta recta. Y cuando encontréis dificultades que parezcan insuperables, acordaos de que nada es insuperable: la oración es el medio más eficaz para un alma con doctrina. Venceréis, y la paz de Dios se derramará copiosamente a vuestro alrededor*¹⁴.

Por otra parte, debemos estar vigilantes frente a las informaciones que nos llegan, y ayudar por todos los medios a nuestros amigos y compañeros a formarse un criterio seguro que les libre de posibles prejuicios: *puesto que los instrumentos de la comunicación social son accesibles a receptores de diversa edad y formación cultural* —enseña el Con-

(14) De nuestro Padre, Tertulia, 12-111-1960.

cilio Vaticano II—, *es necesaria una adaptada y proporcionada formación teórica y práctica de los mismos receptores*¹⁵.

Es una materia sobre la que debemos reflexionar, cada uno según sus circunstancias; y pedir a la Virgen, Madre de Dios y Madre de los hombres, que aumente nuestro celo por las almas en esta actividad concreta.

(15) Concilio Vaticano II, decr. *inter mirifica*, n. 13.

262.

SÁBADO

- Las virtudes humanas del centurión de Cafarnaum.
- Poner los medios humanos con espíritu de fe.
- La fe ha de manifestarse en una obediencia decidida, sobrenatural.

AL ENTRAR en Cafarnaum se le acercó un centurión y, rogándole, dijo: Señor, mi criado yace paralítico en casa con dolores muy fuertes >.

Este centurión era un hombre enérgico —manda a un soldado: *ve y va*; y a otro: *ven y viene*² — y, al mismo tiempo, tenía corazón; era capaz de querer a los que le rodeaban, como a ese criado enfermo, a quien estimaba mucho³. Se hacía respetar y amar, incluso de aquéllos que tenía sometidos por las armas, pues el evangelista nos dice que los judíos principales de la comarca le recomendaron a Jesús: *merece que le hagas eso*⁴. Era también audaz y respetuoso: al acudir a Jesús para pedirle nada menos que un milagro, lo hizo con una delicadeza tan extraordinaria que conmovió al Señor. A pesar de ser oficial de un gran ejército, se considera sin títulos para me-

tf) Ev. (Ualrh. VIII, 5-6).

(2) *Ibid.*, 9.

(3) *Luc.* VII, 2.

(4) *Ibid.*, 4

recer la amistad de Jesucristo: *Señor, no soy digno de que entres en mi casa*⁵.

Este conjunto de cualidades humanas agrada a Jesús, que está dispuesto a atender la súplica del centurión. Por contraste, *muchos son los cristianos que siguen a Cristo, pasmados ante su divinidad, pero le olvidan como Hombre...*, y fracasan en el ejercicio de las virtudes sobrenaturales —a pesar de todo el armatoste externo de piedad—, porque no hacen nada por adquirir las virtudes humanas⁶.

Es una enseñanza del Evangelio de la Misa de hoy: que hay que ser muy humanos para poder ser muy divinos, para parecerse a Cristo, que es perfecto Dios y Hombre perfecto⁷.

¡Gracias, Jesús mío!, porque has querido hacerte perfecto Hombre, con un Corazón amante y amabilísimo, que ama hasta la muerte y sufre; que se llena de gozo y de dolor; que se entusiasma con los caminos de los hombres, y nos muestra el que lleva al Cielo; que se sujeta heroicamente al deber, y se conduce por la misericordia; que vela por los pobres y por los ricos; que cuida de los pecadores y de los justos...

—*¡Gracias, Jesús mío, y danos un corazón a la medida del Tuyo!*⁸.

(5) Ev. (Matth. VIII, 8).

(6) *Surco*, n. 652.

(7) Cfr. *Symb. Alhan.*

(8) *Surco*, n. 813.

TAN SORPRENDENTE armonía de cualidades y virtudes del centurión culmina en su fe, la mayor que hasta entonces había encontrado el Señor por los caminos de Palestina. Esa fe, transida de amor al prójimo —a su criado enfermo—, consiguió de Cristo un milagro portentoso. También ahora, por los caminos del mundo, el Señor quiere sanar a muchas almas, pero necesita amigos de fe recia y rendida, que le pidan maravillas con sencillez de corazón.

Para hacer su Obra en la tierra, el Señor cuenta de ordinario con nuestro esfuerzo y nuestro trabajo. Cruzarse de brazos y esperar todo de Dios, sin poner nada de nuestra parte, sería pereza o presunción. No somos *carismáticos* ni *milagreros*, aunque creemos en los carismas de Dios y en los milagros; somos obreros de la viña, borricos de noria, que nos fatigamos todos los días de sol a sol para sacar el agua que requiere el campo de nuestra labor, con un trabajo personal, que agota nuestras fuerzas.

Se ha puesto de relieve muchas veces —nos recuerda nuestro Padre— el peligro de las obras sin vida interior que las anime, pero se debería también subrayar el peligro de una vida interior —si es que puede existir— sin obras.

Obras son amores y no buenas razones: *no puedo recordar sin emoción este cariñoso reproche —loquela divina— que el Señor grabó con claridad y a fuego en el alma de un pobre sacerdote, mientras distribuía la Sagrada Comunión, hace años, a unas religiosas y de-*

cía sin ruido de palabras a Jesús, hablando con el corazón: te amo más que éstas.

¡Hay que moverse, hijos míos, hay que hacer! Con valor, con energía, y con alegría de vivir, porque el amor echa lejos de sí el temor (cfr. I Ioann. IV, 18), con audacia, sin timideces (...). Tenéis que huir tanto de la actitud del intrépido que todo lo ve fácil, porque cree que le sobran energías, como del encogimiento del tímido, que todo lo ve con dificultad insuperable, porque cree que no tiene fuerzas.

Pero no olvidéis que, si se quiere, todo sale: Deus non denegat gratiam; Dios no niega su ayuda, al que hace lo que puede⁹.

Al poner los medios humanos, hemos de tener presente que somos instrumentos de Dios, sólo instrumentos, y que *las obras maravillosas son propias sólo del Altísimo*¹⁰. Confiados en el poder y ayuda de Dios, hay que buscar y emplear los medios humanos convenientes; con esta fe venceremos obstáculos que podrían parecer insuperables. Incluso cuando alguna vez nos encontrásemos privados de todo, sin ningún recurso humano, desprovistos también de cualidades personales, la fe nos dará la certeza de la esperanza: esa fe que mueve montañas y que hizo posible la Obra; aquella misma fe inquebrantable del centurión, que atrae la omnipotencia divina y hace milagros. Sería ése el momento de evitar cálculos de-

(9) De nuestro Padre, *Carta*, 6-V-1945, n. 44.

(10) *Eccli.* XI, 4.

masiado humanos, y confiar plenamente en el Señor: *sientes una fe gigante... —El que te da esa fe, te dará los medios ".*

NUESTRO camino no es de mártires —si el martirio viene, lo recibiremos como un tesoro—, sino de confesores de la fe: confesar nuestra fe, manifestar nuestra fe en nuestra vida diaria ".

La fe nos da fuerzas para seguir el camino que en la Obra se nos señala. Para nosotros, la Voluntad de Dios es siempre clara, transparente; la podemos conocer hasta en sus mínimos pormenores, porque el espíritu de la Obra y la ayuda de nuestros Directores nos permiten saber lo que el Señor nos pide en cada momento. En el cumplimiento de esa Voluntad divina, en una obediencia alegre y total, ha de manifestarse nuestro espíritu de fe sobrenatural y operativa.

La fe nos da energía para acometer las empresas más difíciles al servicio de Dios y de su Obra, siempre que, por ser indicación de los Directores, Dios quiera que las realicemos. Y cuando pidan nuestra opinión, hemos de darla en conciencia y con toda lealtad, pero dispuestos de antemano a aceptar rendidamente la solución opuesta a nuestro consejo, persuadidos íntimamente de que eso es lo que conviene, porque Dios quiere nuestra obediencia y por

(11) *Camino*, n. 577.

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1930, n. 10.

tanto hay que poner todos los medios y todos nuestros talentos a su servicio.

Creced en la fe, ante los obstáculos propios o ajenos. Mirad cómo se comporta el centurión, según lo narra San Lucas: estando ya cerca de la casa, el centurión le envió a decir por medio de sus amigos: Señor, no te tomes esta molestia, que no merezco yo que tú entres en mi casa. Por esa razón, tampoco me consideré digno de salir en persona a buscarte; pero di tan sólo una palabra, y sanará mi criado (Luc. VII, 6-7).

Las dificultades, las contrariedades desaparecen, en cuanto nos acercamos a Dios en la oración ".

Hemos de vivir una fe operativa en el cumplimiento de nuestro encargo apostólico, que es la parcela de labor que se nos confía. Tanto si se trata de un quehacer material, o de la dirección de algunos hermanos nuestros, o del trabajo en una obra corporativa de apostolado, el espíritu de fe, el sentido de responsabilidad y el esmero en obedecer, son garantía segura del éxito sobrenatural, que es lo que cuenta.

Es admirable la fe del centurión, que obtuvo en recompensa la salud de su siervo. Pero es más admirable todavía la fe de la Virgen Santísima. Su prima Isabel la llama bienaventurada por haber creído las palabras del Arcángel. Por intercesión de nuestra Madre, pedimos también nosotros al Señor, como los Apóstoles: *adauge nobis fidem ".*

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 54.

(14) *Luc.* XVII, 5.

263.

DOMINGO XIII DEL TIEMPO ORDINARIO

- Para vivir en Cristo, hay que morir con El.
- Modo de practicar el espíritu de mortificación.
- Los frutos de la mortificación.

¿NO SABÉIS que cuantos hemos sido bautizados en Jesucristo, hemos sido bautizados en su muerte? En el Bautismo, en efecto, hemos sido sepultados con El muriendo al pecado, a fin de que así como Cristo resucitó de muerte a vida para la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida¹.

La voz de San Pablo, en una de las lecturas de la Misa de hoy, nos recuerda que la tarea de nuestra santificación se resume en identificarnos cada vez más con el Señor. *Que te identifiques con ese Cristo, que es Vida²*, insistía nuestro Padre, porque *la vida de Jesucristo, si le somos fieles, se repite en la de cada uno de nosotros de algún modo, tanto en su proceso interno —en la santificación—, como en la conducta externa³.*

El proceso de esa identificación nuestra con Jesús empezó en el Bautismo, y está destinado a prolongarse durante nuestro peregrinar terreno. Es el

(1) L. II (A) (Rom. VI, 34).

(2) De nuestro Padre, Meditación, 12-IV-1954.

(3) Forja, n. 418.

Espíritu Santo quien *nos hace cristiformes mediante su fuerza santificadora⁴*; y los sacramentos, la vida de oración, la mortificación, son las fuentes de la vida divina en el alma. Nos lo recordaba nuestro Fundador: *hijo mío, estás en la Obra porque El te ha llamado; y el mismo que te llamó, te da ahora los medios sobrenaturales y completos para que llegues a ser Ipse Christus. Y los medios sensibles, que podemos ver, que impiden el descamino, son nuestras Normas y nuestras Costumbres. Cúmpleslas, y llegará un momento en que podrás decir, sintiendo esta verdad en lo más íntimo de tu alma: no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí (Galat. II, 20)⁵.*

Sólo así, *si hemos muerto con Cristo, también viviremos con El; pues sabemos que Cristo, resucitado de entre los muertos, ya no muere, la muerte ya no tiene dominio sobre El. Pues en cuanto murió para matar el pecado, murió una sola vez; pero en cuanto vive, para Dios vive. Así pues, considerad que también vosotros estáis ciertamente muertos al pecado, y ahora vivís para Dios en Jesucristo Nuestro Señor⁶.*

QUEREMOS identificarnos con Cristo, vivir gloriosamente con El. Y no se consigue este fin sin la

(4) San Cirilo de Alejandría, *Homiliae paschalia* 10, 2.

(5) De nuestro Padre, Crónica 1-64, pp. 6-7.

(6) L. II (A) (Rom. VI, 8-11).

mortificación. *Nos ha llamado el Señor a su Obra para que seamos santos; y no seremos santos, si no nos unimos a Cristo en la Cruz: no hay santidad sin cruz, sin mortificación* ⁷.

Quotidie morior ⁸, cada día estoy muriendo, decía San Pablo. Y también nosotros hemos de morir en cada instante, para que la vida de Jesús crezca en nuestras almas. *Hay que morir poco a poco, por la continua mortificación en mil detalles; y no es para asustarse, porque ha de llegar a ser una cosa tan natural como el latir del corazón* ⁹.

Debemos hallar, con la gracia de Dios, esas ocasiones de mortificarnos en la labor diaria. *Os he enseñado siempre* —escribió nuestro Padre— *que no es verdadera mortificación, porque es un desorden, mortificarse cuando esa mortificación impide o retrasa el trabajo, o produce daño al cumplimiento de vuestros deberes profesionales y sociales.*

La mortificación que nos pide el Señor está en el orden, en la puntualidad, en el cuidado de los detalles de la labor que realizamos; en el cumplimiento fiel del más pequeño deber de estado, aun cuando cueste sacrificio; en hacer lo que tenemos obligación de hacer, venciendo la tendencia a la comodidad ¹⁰.

No despreciamos la mortificación corporal; la

(7) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1930, n. 15.

(8) *I Cor.* XV, 31.

(9) De nuestro Padre, *Meditación*, 15-IV-1954.

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 15-X-1948, n. 25.

practicamos, fieles a una tradición multisecular de la vida cristiana. *Tenemos determinadas prácticas tradicionales en la ascética cristiana, que nos llevan a adquirir el espíritu de penitencia.*

Pero, al mismo tiempo, os digo que la penitencia más hermosa, que la mortificación más eficaz es aquella que consiste en aceptar con alegría lo que lleva consigo el oficio o el trabajo profesional que cada uno, en tan diversas manifestaciones de la labor humana, realiza en medio del mundo y en su propio estado, tratando a su familia y a sus colegas: mortifícate ergo membra vestra, quae sunt super terram; mortificad los miembros del hombre terreno, que hay en vosotros (Colos. III, 5)". Esta es la mortificación que nuestro Padre recomendaba más a sus hijos: *la constancia, que les lleva a trabajar día tras día, con una monotonía que es sólo aparente, porque para los que aman a Dios ninguna cosa es monótona: todo es objeto de ofrecimiento a Dios, es ocasión de un coloquio con el Señor, que siempre tiene y produce luces nuevas* ¹¹.

Junto al trabajo, otra ocasión importante de mortificación es la convivencia diaria, el trato amable con las personas que nos rodean: *fomenta tu espíritu de mortificación en los detalles de caridad, con afán de hacer amable a todos el camino de santidad en medio del mundo: una sonrisa* —concretaba nues-

(11) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 27.

(12) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, nota 36.

tro Padre— *puede ser, a veces, la mejor muestra del espíritu de penitencia*¹³.

Para vivir con Cristo, para ser *ipse Christus*, debemos unir nuestro pequeño y pobre sacrificio al Suyo: llevar, en cada momento, el dulce peso de la Cruz. Ocasiones no nos van a faltar, porque el trabajo y el trato con las demás personas llenan muchas horas de nuestra jornada. En estos dos campos podemos y debemos afinar, para vivir la mortificación según el espíritu de la Obra. *El mejor espíritu de sacrificio* —repetía nuestro Fundador— *es la perseverancia en, la ilusión del trabajo comenzado*¹⁴. Y también: *busca mortificaciones que no mortifiquen a los demás*¹⁵.

*LOS MIEMBROS del Opus Dei cultivan en su vida el espíritu de mortificación y de penitencia, con un ascetismo sonriente, como medio de purificación y de verdadero y sólido progreso espiritual; como demostración práctica del amor a Jesucristo, qui dilexit me et tradidit semetipsum pro me, que nos amó y se entregó hasta la Cruz por cada uno de nosotros; y, finalmente, como preparación para todo apostolado y para la perfecta ejecución de cada apostolado*¹⁶.

Purificación personal, en primer lugar. ¡Son tan-

(13) *Forja*, n. 149.

(14) *De nuestro Padre*, n. 50.

(15) *Camino*, n. 179.

(16) *Catecismo*, 5ª ed., n. 77.

tos los pecados que han afeado nuestra vida! Aunque el Señor nos haya perdonado en el Sacramento de la Penitencia, el alma ha perdido su original belleza y las pasiones quedaron más desordenadas. Necesitamos, pues, de la mortificación para que, como dice San Pablo, *os despojéis del hombre viejo y os revisitéis del nuevo*”; y también para expiar los pecados ajenos, *para reparar por los que todavía se obstinan en hacer estéril el sacrificio de Cristo en la Cruz*¹⁸.

Mortificación como medio de progreso en santidad. *Hijos de mi alma* —decía nuestro Padre—: *no olvidéis que el Espíritu Santo es fruto de la Cruz*¹⁹. El es quien santifica a las almas, quien obra la identificación con Jesucristo, meta de toda nuestra vida: ¿cómo vendría a nosotros, si no amáramos la mortificación?

Además, en el ejercicio de la mortificación imitamos a Jesucristo, que, a lo largo de su vida en la tierra, nos enseñó a amar el sufrimiento y a ser felices en medio de la abundancia y de la escasez, del frío y del calor, del honor y la deshonra. *¿Qué importa padecer si se padece por consolar, por dar gusto a Dios nuestro Señor, con espíritu de reparación, unido a El en su Cruz, en una palabra: si se padece por Amor?*²⁰.

Mortificación, en fin, para que el apostolado sea

(17) *Colos.* III, 9.

(18) *Via Crucis*, VIII estación, punto 2.

(19) *De nuestro Padre*, Círculo breve, 10-VI-1962.

(20) *Camino*, n. 182.

eficaz. *Cuando te decidas a ser mortificado, mejorará tu vida interior y serás mucho más fecundo*²¹.

Hacemos hoy el propósito de que sean realidad en nuestra vida las palabras de San Pablo: *traemos siempre en nuestro cuerpo la mortificación de Jesús, para que su vida se manifieste también en nuestra carne mortal*²². Y sabremos que somos en verdad almas mortificadas, unidas íntimamente a Jesucristo paciente, si en nuestra jornada diaria se dan los frutos sabrosos de la mortificación: *comprensión y transigencia para las miserias ajenas; intransigencia para las propias*²³.

Santa María, que estuvo al pie de la Cruz, místicamente identificada con la Pasión y Muerte de Cristo, vive ahora gloriosamente en el Cielo, participando plenamente —en el cuerpo y en el alma— de la vida inmortal de su Hijo. Le pedimos que sepamos morir un poco más a nosotros mismos, para que un día podamos cantar *eternamente las misericordias del Señor*²⁴.*

(21) *Surco*, n. 984.

(22) II *Cor.* IV, 10.

(23) *Camino*, n. 198.

(24) *Ps. R. (A)* (*Ps.* LXXXVIII, 2).

264.

LUNES

—La lógica nueva que Cristo ha instaurado en la tierra, nos lleva a entregarnos sin reservas.

—Hemos de dirigir nuestra vida entera al fin apostólico de nuestra vocación.

—Los frutos de una vida entregada a Dios sin condiciones.

CONTEMPLAMOS hoy al Señor rodeado de una muchedumbre que le ha llevado enfermos del cuerpo y del alma para que los sane. Después de atender sus ruegos, *viendo Jesús a la multitud que estaba a su alrededor, ordenó pasar a la otra orilla. Y acercándose a El cierto escriba, le dijo: Maestro, te seguiré dondequiera que vayas. Jesús le contestó: las zorras tienen sus guaridas y los pájaros del cielo sus nidos, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza*'.

No sabemos si aquel hombre, al escuchar estas palabras exigentes del Señor, que reclaman el desprendimiento más absoluto, perseveró en su propósito de seguir de cerca a Jesucristo. Lo que sí sabemos es que nosotros, todos los que el Señor ha querido llamar a su Opus Dei, *hemos sido escogidos para que demos la vida entera, sin reservarnos nada, como hijos*

(1) *Ev. (Matth. VIII, 18-20).*

queridísimos (Ephes. V, 1) *que* sirven de todo corazón (cfr. I Reg. XII, 20)².

Así nos escribía nuestro queridísimo Padre, un año antes de su tránsito al Cielo, haciendo sonar por tercera vez en pocos meses *la campana gorda*, espoleándonos a no aflojar en nuestra entrega total al servicio de Dios. Sus palabras pueden servirnos hoy para hacer este rato de oración.

Con el ejemplo de Jesucristo que viene a entregarse por nosotros (cfr. I Ioann. III, 16), *hemos de animarnos a responder con la misma generosidad con que Tomás moviliza a los demás Apóstoles, para seguir a Jesús, arriesgando la vida: vayamos también nosotros y muramos con El* (Ioann. XI, 16).

Hijos míos, Dios nos enseña a abandonarnos por completo. Mirad cuál es el ambiente, donde Cristo nace. Todo allí nos insiste en esta entrega sin condiciones: José —una historia de duros sucesos, combinados con la alegría de ser el custodio de Jesús— pone en juego su honra, la serena continuidad de su trabajo, la tranquilidad del futuro; toda su existencia es una pronta disponibilidad para lo que Dios le pide. María se nos manifiesta como la esclava del Señor (Luc. I, 38) *que, con su fiat, transforma su entera existencia en una sumisión al designio divino de la salvación. ¿Y Jesús? Bastaría decir que nuestro Dios se nos muestra como un niño; el Creador de todas las cosas se nos pre-*

senta en los pañales de una pequeña criatura, para que no dudemos de que es verdadero Dios y verdadero Hombre.

Sería suficiente recordar aquellas escenas, para que los hombres nos llenáramos de vergüenza y de santos y eficaces propósitos. Hay que embeberse de esta lógica nueva, que ha inaugurado Dios bajando a la tierra. En Belén nadie se reserva nada. Allí no se oye hablar de mi honra, ni de mi tiempo, ni de mi trabajo, ni de mis ideas, ni de mis gustos, ni de mi dinero. Allí se coloca todo al servicio del grandioso juego de Dios con la humanidad, que es la Redención. Rendida nuestra soberbia, declaremos al Señor con todo el amor de un hijo: ego servus tuus, ego servus tuus, et filius ancillae tuae (Ps. CXV, 16): *yo soy tu siervo, yo soy tu siervo, el hijo de tu esclava, María: enséñame a servirte*³.

ANTES de subir a la barca, otro de sus discípulos le dijo: *Señor, permíteme ir primero a enterrar a mi padre. Jesús le respondió: sígueme y deja a los muertos enterrar a sus muertos*⁴.

Con frase de aparente dureza, Jesucristo recuerda a aquel discípulo que, para seguirle de cerca, hay que estar desprendidos de todo lo de este mundo, sin

(2) De nuestro Padre, *Carla*, 14-11-1974, n. 2.

(3) De nuestro Padre, *Carla*, 14-11-1974, n. 2.

(4) *Ev. (Matth. VIII, 21-22).*

exceptuar nada. En este sentido hay que entender las palabras del Señor: *si Jesús se lo prohibió* —comenta San Juan Crisóstomo—, *no es porque nos mande descuidar el honor debido a quienes nos engendraron, sino para darnos a entender que nada ha de haber para nosotros más necesario que atender a las cosas del Cielo, que a ellas hemos de entregarnos con todo fervor, y que ni por un momento podemos diferirlas, por muy ineludible y urgente que sea lo que pudiera apartarnos de ellas*⁵.

Paraos por ahora un poco, hijos, y pensad en vosotros mismos, nos pide nuestro Padre. Quizá comencemos a sentir ya el repique de la campana gorda —de la gracia del cielo— en el fondo del alma. Dios nos advierte, desde su donación incondicionada, que la conducta auténticamente cristiana se teje con los hilos de una trama divina y humana: la voluntad del hombre que enlaza con la voluntad de Dios. Soltar un hilo, aunque parezca sin importancia, supone empezar a deshacer el tapiz. ¡Triste fracaso, un buen tapiz deshilachado! ¡Qué dolor, si un hijo de Dios se atreve a reclamar la voluntad, que había entregado al servicio de esta Obra donde reina la Cruz salvadora!

Os escribo para que estéis prevenidos ante los asaltos del diablo, que ataca a la hora undécima quizá, casi al fin de este caminar de aquí abajo, cuando vuel-

(5) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 27.

ve a remover los resortes de la prudencia carnal. Tú y yo, tenlo presente, hemos venido a entregar la vida entera. Honra, dinero, progreso profesional, aptitudes, posibilidades de influencia en el ambiente, lazos de sangre; en una palabra, todo lo que suele acompañar la carrera de un hombre en su madurez, todo ha de someterse —así, someterse— a un interés superior: la gloria de Dios y la salvación de las almas.

A servir a Dios y sólo a El (cfr. Matth. IV, 10; Luc. IV, 8) hemos sido llamados. Responder sinceramente a esta elección significa, en el *Opus Dei*, dirigir la vida entera al fin apostólico de nuestra vocación. Si algo, en nosotros, quedara voluntariamente al margen de ese intento, sería señal cierta de que habíamos emprendido el descamino de vivir para nosotros mismos y, como sugiere San Agustín, *mortui sumus illi, quando viximus nobis: estamos muertos para El, cuando vivimos para nosotros* (In Ioann. Ev., 75, 3). La unidad de vida, tan necesaria —indispensable— para nuestra fisonomía espiritual, constituye la más clara manifestación de la plenitud de entrega que tratamos de hacer realidad.

Pensad en esta unidad de vida cuando, con el paso del tiempo, os encontráis cogidos de lleno por el quehacer profesional. Debéis sentir la responsabilidad de quienes han de permanecer más metidos en Dios que nadie, haciendo de la profesión una continua ocasión de apostolado. Si en esos años de madurez la profesión se fuera convirtiendo como en un coto aislado, donde

sólo con dificultad tienen acceso los criterios apostólicos, hemos de ver ahí un indicio evidente de que se está rompiendo la unidad de vida: y habría que recomponerla. Habría que volver a vibrar, es decir, habría que volver a la piedad, a la sinceridad, al sacrificio —gustoso o dificultoso— por las cosas de la Obra, del apostolado, a hablar de Dios sin empachos ni respetos humanos⁶.

HE DE agradecer al Señor su gran bondad, porque mis hijas y mis hijos me han proporcionado, en este casi medio siglo, tantas y tantas alegrías, precisamente con su adhesión firme a la fe, su vida reciamen- te cristiana y su total disponibilidad —dentro de los deberes de su estado personal, en el mundo— para el servicio de Dios en la Obra. Jóvenes o menos jóvenes, han ido de acá para allá con la mayor naturalidad, o han perseverado fieles y sin cansancio en el mismo lugar; han cambiado de ambiente si se necesitaba, han suspendido un trabajo y han puesto su esfuerzo en una labor distinta que interesaba más por motivos apostólicos; han aprendido cosas nuevas, han aceptado gustosamente ocultarse y desaparecer, dejando paso a otros: subir y bajar.

Es el juego divino de la entrega, al que mis hijos han respondido conscientes de su responsabilidad an-

(6) De nuestro Padre, *Carla*, 14-11-1974, nn. 3-4.

te Dios de sacar adelante la Obra en bien de las al- mas. El Señor se ha lucido y, sobre vuestra generosi- dad, ha volcado su eficacia santificadora: conversio- nes, vocaciones, fidelidad a la Iglesia en todos los rincones del mundo. Así brota el fruto sobrenatural de un entregamiento sin condiciones. Y esto, en la Obra, se pide a todos: porque ha de ser siempre lo ordinario, lo natural.

¡Ay, si una hija mía o un hijo mío perdiera esa sol- tura para seguir al ritmo de Dios y, con el correr del tiempo, se me apoltronara en su quehacer temporal, en un pobre pedestal humano, y dejara crecer en su alma otras aficiones distintas de las que enciende en nues- tros corazones la caridad de Dios! En una palabra: produciría una pena inmensa que, al cabo de los años, un alma no rechazara la tentación de condicionar su entrega⁷.

Las palabras de nuestro Padre nos invitan a hacer un examen valiente y sincero. Todo lo que pueda condicionar la entrega estorba, aunque sea pequeño en apariencia, porque —como también nos señalaba nuestro Fundador— *arranca de ahí el itinerario de la soberbia. Después se perciben los síntomas de enmohecimiento del corazón para la piedad, para la fraternidad, para los encargos apos- tólicos; se enrarece el carácter, con reacciones des- proporcionadas ante estímulos ordinarios; el alma se*

(7) De nuestro Padre, *Carla*, 14-11-1974, n. 5.

ensombrece y crea distancias respecto a los demás y como un alejamiento de lo que, en horas de fidelidad, era algo entrañable; aparece la frialdad de una criatura que no ha asimilado sobrenaturalmente una humillación, o un error o un detalle que suponía un vencimiento.

Vuelve, añadiría yo, si tropezara con un hijo mío en esa situación: vuelve a la piedad de hijo pequeño de Dios, a la sinceridad fraterna, reconoce humildemente que has descubierto —tú, que te creías ya por encima de tantas cosas— las más baratas miserias medidas en el corazón. Reza, habla, piensa de nuevo en las almas. Comprobarás que recomienzas a luchar y a vencer como el Señor espera de ti. Tus heridas se cambiarán en condecoraciones.

Comprende que eres de barro de botijo y no te asustes, nunca más, de topar dentro de ti con abismos de vileza. Clama, ruega, recorre las etapas del hijo pródigo. Tu Padre Dios sale a tu encuentro apenas te confiesas pecador, en aquello que la soberbia te ocultaba como pecado. Comienza para ti una gran fiesta —la profunda alegría del arrepentimiento— y estrenas un traje limpio: una caridad más honda, más divina y más humana, porque cuentas ya con la seguridad de haber aceptado humildemente la poquedad de tu condición⁸.

Jesucristo se nos entrega cada día en la Sagra-

(8) De nuestro Padre, *Carla*, 14-11-1974, n. 7.

da Comunión. Aprovechemos esos momentos para pedirle, con la liturgia de la Iglesia: haz, Señor *que, unidos a Ti en una caridad perpetua, demos frutos que siempre permanezcan*': frutos de santidad personal y de apostolado, que la Virgen Santísima nos alcanzará como premio a nuestra entrega total, absoluta, sin condiciones.

(9) *Oral post Com.*

265.

MARTES

- Cómo comportarse en las tempestades de la vida interior.
- La charla fraterna es un medio seguro que la Obra nos ofrece para mantener el rumbo divino de nuestra vida.
- Cómo hacer la Confidencia para obtener de ella el mayor provecho espiritual.

EN AQUEL tiempo, subiendo Jesús a una barca, le siguieron sus discípulos. Y he aquí que se levantó en el mar una tempestad tan grande, que las olas cubrían la barca; pero El dormía¹.

Hemos recibido, como los discípulos, el don divino de estar en la barca de Jesucristo; unidos a El llegaremos al término de nuestro viaje, que es la felicidad del Cielo. Pero en este navegar de ahora pueden sobrevenir tempestades —momentos de oscuridad, de turbación, de prueba— o, más a menudo, ocasiones en que tengamos necesidad de rectificar el rumbo, porque hayamos sufrido pequeños desvíos.

Sé que habéis meditado y hecho meditar muchas veces, con un optimismo lleno de recuerdos viejos y actuales, este pasaje de la Sagrada Escritura que nos muestra a Cristo dormido, a causa de la fatiga: ipse vero dormiebat (Matth. VIII, 24). Pero el Señor no

(1) Ev. (Matth. VIII, 23-24).

duerme. Cor meum vigilat (Cant. V, 2), nos dice. El Corazón de Cristo y el Corazón Dulcísimo de Nuestra Madre, que es Madre de Dios, están siempre vigilantes. ¡Si yo os contara, hijos míos, las tormentas pasadas!

Metidos en Dios, las cosas tienen la importancia que les queramos dar. Si somos almas de fe, a los sucesos de esta tierra les daremos una importancia muy relativa, como se la dieron siempre los Santos, porque estamos anclados en la piedra inmovible que es Cristo Jesús.

Os decía que hemos de estar con Cristo en la barca, con Cristo que parece dormido. Y acercándose a El sus discípulos, le despertaron diciendo: Señor, sálvanos, que perecemos (Matth. VIII, 25). Hijos, en nuestra lucha interior, cuando el Señor nos concede luz para descubrir nuestros errores, cuando hay dificultades e incomprensiones en el apostolado, hemos de dirigirnos a El, como los discípulos, diciendo: Domine, salva nos! Pero sin exagerar. Nos salvó en la Redención, y nos ha salvado para siempre.

De todos modos, si debemos acudir al Señor muchas veces al día, con el deseo de estar en un trato continuo con El, para darle gracias y desagraviarle por las múltiples ofensas que recibe, nuestras y ajenas, es lógico que le busquemos especialmente cuando viene alguna contradicción. Sin exagerarlas, os repito, porque las tiene todo el mundo: el pariente, a veces el más próximo; el amigo, el vecino..., los que no pueden tolerar que seamos eficaces en el servicio de la Iglesia.

¿De qué teméis, hombres de poca fe? (Matth. VIII, 26). ¿Veis? En una ocasión ha dicho que la fe mueve montañas, y ahora nos pide que seamos audaces, atrevidos. Con la fe, con la fortaleza de la fe, no tenemos miedo a nada, ni a nadie; ni a Dios, que es nuestro Padre. Para nosotros nunca pasa nada, nada. Mientras tratemos de ser fieles, aunque tengamos errores, aunque hayamos de pedir perdón setenta veces siete cada día, tenemos a nuestro lado la fortaleza de Cristo. El es lo permanente. Lo demás es anécdota, cosa pasajera.

Que ningún hijo mío pierda nunca esta seguridad, que no pierda —ni ante sus errores personales, aunque sean grandes, si acude contrito a la confesión— el *gaudium cum pace*, y, por tanto, la serenidad. ¡Seguros! Porque tenemos la luz de Dios y la fortaleza de Dios: quia tu es, Deus, fortitudo mea (Ps. XLII, 2). ¡Serenos!, porque no queremos maltratar al Señor, sino servirle como buenos hijos, con amor².

ALGUNA vez saldrá este grito desde el fondo del alma: ¡Señor, sálvanos, que perecemos!³. Y Jesucristo, por conducto de nuestros hermanos, a través de los medios ordinarios propios de nuestro espíritu —la Confesión sacramental, la Confidencia—, devolverá la luz y la paz a nuestro corazón. Conviene que

(2) De nuestro Padre, Meditación, 31-1-1965.

(3) Ev. (Matth. VIII, 25).

conozcas esta doctrina segura: el espíritu propio es mal consejero, mal piloto, para dirigir el alma en las borrascas y tempestades, entre los escollos de la vida interior.

*Por eso es Voluntad de Dios que la dirección de la nave la lleve un Maestro, para que, con su luz y conocimiento, nos conduzca a puerto seguro*⁴.

Necesitamos un buen piloto que marque con mano firme el rumbo de nuestra vida espiritual. Por eso, uno de los medios con los que Cristo quiere que se mantenga recto el sentido divino de nuestra vida es la charla fraterna. El objeto de la Confidencia, llena de sinceridad, que periódicamente debe tener cada miembro con su Director o con la persona designada por los Directores, es identificar su espíritu con el de la Obra y mejorar sus actividades apostólicas⁵. La charla fraterna es una eficacísima ayuda que la Obra nos ofrece para mantenernos seguros en la barca de Cristo, pescadores de almas por los mares del mundo. Y hemos de procurar siempre que sea tan natural, tan espontánea, tan sencilla, como eran los coloquios de los Apóstoles con el Señor, mientras le acompañaban por los caminos de la tierra.

Sinceros, sencillos, repetía nuestro Padre: contad lo que os produce cansancio, sufrimiento, preocupación, lo que os quita la paz. Si abrís el corazón, Nues-

(4) Camino, n. 59.

(5) Catecismo, 5ª ed., n. 276.

*tro Señor lo ilumina con su gracia, lo enriquece con la fuerza vital y operativa del Espíritu Santo*⁶. Y añadía: *sed sinceros, sed sencillos, sed claros, sed objetivos. ¡Lo malo no es ver la enfermedad! Verla es un gran paso para el bien, para la curación* \

Buen ejemplo de sencillez nos dan los primeros discípulos. Jesucristo, cansado, duerme en la barca; pero los Apóstoles necesitan su ayuda y le despiertan para que los salve. En otros momentos no les dará vergüenza dirigirse a El, para decirle cuanto se les antoja: *¿quién será el mayor en el Reino de los Cielos?*⁸; *¿quieres que mandemos que llueva fuego del cielo y los devore?*⁹; *concédenos que en tu gloria nos sentemos el uno a tu derecha y el otro a tu izquierda*¹⁰; *Señor, muéstranos al Padre y eso nos basta*¹¹. Preguntas y peticiones, a veces inoportunas e indiscretas, que reflejan todavía sus defectos, sus ambiciones terrenas, su débil visión sobrenatural; pero que son siempre expresión de una sencillez patente y de una gran confianza en el Señor.

De esta misma naturalidad necesitamos para hacer bien la charla fraterna. *Mira: los apóstoles, con todas sus miserias patentes e innegables, eran sinceros, sencillos..., transparentes.*

(6) De nuestro Padre, n. 239.

(7) De nuestro Padre, n. 241.

(8) Matth. XVIII, 1.

(9) Luc. IX, 54.

(10) Marc. X, 37.

(11) Ioann. XIV, 8.

*Tú también tienes miserias patentes e innegables. —Ojalá no te falte sencillez*¹².

LA CONDUCTA de los Apóstoles, la sencilla espontaneidad con que acudían al Señor, tiene que servirnos de norma al hacer la Confidencia. *Sea vuestro modo de hablar: sí, sí; no, no; que lo que pasa de esto, de mal principio proviene*¹³. Hablaremos con sencillez y naturalidad, abriendo el corazón de par en par, con plenísima confianza y, si hace falta, con sinceridad salvaje. Así lograremos la ayuda más eficaz para la perseverancia y el progreso espiritual, porque *no hay cosa que nos defienda mejor que la veracidad*¹⁴.

A la Confidencia —ha repetido nuestro Padre— *no se va por amistad, ni por motivos personales; sino por motivos sobrenaturales; cualquiera que sea quien recibe la Confidencia, es vuestro mismo Padre quien la recibe*¹⁵. Sólo así conseguiremos el mayor provecho espiritual y sobrenatural, pues tendremos dispuesto el corazón para recibir *los consejos como si vinieran del mismo Jesucristo, Señor Nuestro*¹⁶.

Luego, habremos de grabar con fuerza esos consejos en nuestra mente y luchar para ponerlos por obra, con sincero interés y buena voluntad, persua-

(12) Camino, n. 932.

(13) Matth. V, 37.

(14) San Gregorio Magno, *Regulae pastoralis liber* 3, 11.

(15) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, nota 132.

(16) *Catecismo*, 5ª ed., n. 279.

didados de que Dios así lo quiere. Todo el esfuerzo derrochado en este sentido podemos darlo por bien empleado, seguros de su eficacia. *Tenéis experiencia, como la tengo yo* —escribía nuestro Fundador—, *de que después de una Confidencia bien hecha nos quedamos cum gaudio et pace, dispuestos para el trabajo fervoroso y sereno. En esa Confidencia el Señor nos da luces para saber —para aprender— lo que hay que hacer para portarse bien (...) en un caso determinado*¹⁷, en cada una de las circunstancias personalísimas y singulares, en que podamos encontrarnos a lo largo de nuestro camino.

¡Luces nuevas! —¡Qué alegría tienes porque el Señor te hizo descubrir otro Mediterráneo!

—Aprovecha esos instantes: es la hora de romper a cantar un himno de acción de gracias: y es también la hora de desempolvar rincones de tu alma, de dejar alguna rutina, de obrar más sobrenaturalmente, de evitar un posible escándalo en el prójimo...

*—En una palabra: que tu agradecimiento se manifieste en un propósito concreto*¹⁸.

A la Virgen, llena de gracia, que manifestó en el *Magnificat* los más profundos sentimientos de su alma, le pedimos que nos alcance de Dios una gran fe y sentido sobrenatural para hacer siempre la charla fraterna con sencillez y sinceridad plenas.

(17) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 20.

(18) *Camino*, n. 298.

266.

MIÉRCOLES

—El examen: exigencia de amor.

—Examen general.

—Examen particular.

*EGO cogito cogitationes pacis, et non afflictionis*¹. El Señor nos mira con pensamientos de paz, no quiere que nos intranquilemos. El no desea que perdamos la paz a la vista de nuestras miserias, y el examen debe ser un arma magnífica para adquirir serenidad, medida, para conocernos mejor y para conocer mejor a Dios.

¿Por qué nos examinamos? ¿Por qué hemos de tener espíritu de examen? Nos lo dice nuestro Padre: *el examen responde a una necesidad de amor, de sensibilidad*². Desde que el Señor nos llamó a su Obra, toda nuestra vida es de amor, busca el amor, tiende al amor. En muchas ocasiones el corazón nos mueve espontáneamente a un acto de amor, nos trae a la boca unas palabras de cariño, de afecto que sale del fondo del alma. Queremos al Señor, y estamos llenos de deseos de amarle más cada día. Pero estos deseos no bastan. ¡Obras son amores! El

(1) *Ierem.* XXIX, 11.

(2) De nuestro Padre, *Crónica* XI-62, p. 7.

amor nos tiene que llevar a que las obras respondan a los deseos del alma.

Para eso luchamos, y también para eso necesitamos el examen. Es un medio indispensable: *pasé junto al campo del perezoso* —dice la Sagrada Escritura— *y junto a la viña del insensato, y me encontré con que todo eran cardos; las ortigas cubrían la superficie y la cerca de piedra estaba destruida*³. Si por pereza descuidamos el examen, no podremos evitar que las pequeñas infidelidades, los errores, las malas inclinaciones, se propaguen como la mala hierba en el alma.

Mira tu vida con detenimiento —nos dice nuestro Padre—. *Verás que estás lleno de errores, que te hacen daño a ti y quizá también a los que están a tu lado. Recuerda que no son menos importantes los microbios que las fieras. Tú cultivas esos errores, esas equivocaciones —como se cultivan los microbios en un laboratorio— con tu falta de humildad, con tu falta de oración, con tu falta de propio conocimiento: y, después, esos focos infectan el ambiente. Cazadnos las raposas pequeñas, que asolan las viñas, leemos en la Sagrada Escritura (Cant. II, 15). Me da pena encontrar almas tartarinescas que quieren cazar leones por los pasillos de sus casas, y abandonan la lucha por adquirir la perfección cristiana en la vida ordinaria, mientras distraen su imaginación con absurdos deseos de*

(3) Prov. XXIV, 30-31.

acciones grandemente heroicas, que no tienen ni tendrán ocasión de realizar. Me dan mucha pena: lo importante, para poder hacer cosas grandes, es matar las pequeñas raposas, que se comen la viña del Señor: las pequeñas faltas de sinceridad, de amor, de sacrificio *.

A eso vamos en el examen: a descubrir esas faltas pequeñas que nos alejan de un servicio cumplido a Dios y a las almas. *Oh Dios, Padre de bondad, que por la adopción filial nos has hecho hijos de la luz; concédenos que, libres de las tinieblas del error, permanezcamos siempre en el esplendor de la verdad*⁵.

EXAMEN. —*Labor diaria.* —*Contabilidad que no descuida nunca quien lleva un negocio. ¿Y hay negocio que valga más que el negocio de la vida eterna?*⁶.

El examen nos hace ver lo que Dios quiere cada día de nosotros. El espíritu de examen nos lleva a preguntarnos muchas veces: ¿hago ahora lo que Dios quiere y como Dios quiere que lo haga? Es razonable esa actitud, pues nos mueve el amor. Si tenemos presencia de Dios, si procuramos agradarle en todo, el espíritu de examen es simple manifestación de amor. Espíritu de examen es finura de amor, es sensibilidad, es atención permanente que busca mejorar el modo de hacer las cosas, que busca la rectitud de in-

(4) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 116.

(5) *Oral*

(6) *Camino*, n. 235.

tención en todo. Nos explicamos bien entonces aquellas palabras del profeta: *¿acaso si uno cae no se levanta, o si uno se desvía no se vuelve? ¿Por qué me ha rechazado este pueblo, por qué Jerusalén no deja sus faltas? Se han aferrado al engaño, han rehusado convertirse. Yo he puesto atención y he escuchado; no hablan rectamente; no hay nadie que se arrepienta de su maldad, y diga: ¿qué he hecho?*⁷.

Dios nos pide un examen profundo. Tenemos que preguntarnos valientemente si cumplimos en cada momento la Voluntad de Dios. Y si nos hemos equivocado, hay que rectificar, pedir perdón y comenzar de nuevo, pidiendo más ayuda al Señor. *Es una hora propicia para hacer un propósito eficaz, para decir creo, para decir espero, para decir amo; para dirigirse a la Madre del Señor, Hija, Madre, Esposa de Dios, Madre nuestra: para que nos obtenga de la Trinidad Beatísima, más gracia; la gracia de la fe, de la esperanza, del amor, de la contrición. Para exclamar, con San Pedro: Domine, tu omnia nosti; tu seis quia amo te! (Ioann. XXI, 17)*⁸.

Cada día dedicamos un rato al examen. Al final de la jornada nos detenemos unos momentos delante del Señor, pedimos luces al Espíritu Santo, y en diálogo tranquilo y humilde con nuestro Padre del Cielo, vemos cómo ha sido ese día nuestro servicio. ¿Có-

(7) *Ierem.* VIII, 4-6.

(8) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 118.

mo hemos de hacer el examen general? *No se pueden dar reglas fijas*, nos decía nuestro Padre. *El examen que va bien a una persona no va bien a otra; y aun a una persona le va bien durante una temporada, y después no. Eso depende de las circunstancias de cada uno*⁹. Nos aconsejarán en la charla fraterna el modo que nos conviene, pero hemos de estar convencidos de que nunca podemos dejar el examen, y de que ha de ser un diálogo con el Señor, lleno de confianza y de paz: *ego cogito cogitationes pacis*.

*Recomiendo siempre a las almas que pasan una temporada de intranquilidad, que reduzcan su examen de conciencia a esta triple pregunta, breve, rápida: ¿qué hecho mal?, ¿qué he hecho bien?, ¿qué podría haber hecho mejor? Y basta*¹⁰.

CON EL examen particular has de ir derechamente a adquirir una virtud determinada o a arrancar el defecto que te domina¹¹. El examen particular da a nuestra lucha ascética la alegría y el espíritu de superación del deporte. Es arma de ataque —*espada toledana*¹², lo llamaba nuestro Fundador—, que se distingue del examen general: lo contrario indicaría que en nuestra vida interior hay poco impulso, poca

(9) De nuestro Padre, *Crónica* XI-62, p. 13.

(10) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 65.

(11) *Camino*, n. 241.

(12) *Camino*, n. 238.

diligencia, y como la hoguera del amor de Dios necesita ser constantemente alimentada, el que no mejora, retrocede.

Tenemos los medios para conocernos y saber donde hemos de luchar especialmente: alguna virtud descuidada, algún aspecto de la entrega que se resiente; o, a veces, un hábito que perjudica nuestro progreso en el amor a Dios. Para ganar estas luchas está el examen particular. Buena figura de este modo de proceder es lo que el rey de los sirios decía a sus soldados: *no luchéis contra lo chico o contra lo grande, sino sólo contra el rey de Israel*¹³. Sabía que si lograba derribar al rey había ganado la batalla. Eso tenemos que buscar nosotros.

No podemos quedarnos sólo en las manifestaciones externas, en los síntomas. Hay que pedir luces *hasta dar con la raíz para aplicarle esa arma de combate que es el examen particular*¹⁴. Un descuido repetido de la delicadeza en el trato, por ejemplo, puede ser síntoma de que no vivimos la presencia de Dios; una vibración apostólica a medias, que no aprovecha todas las ocasiones, que no busca todos los medios para fortalecer la amistad, puede ser consecuencia de una vida de oración tibia, de una piedad raquítica y estéril. Detectar estas causas tiene enorme importancia, y el examen particular nos ayuda a luchar con más eficacia. Nos mantiene en tensión todo el

(13) II Par. XVIII, 30.

(14) Camino, n. 240.

día, colorea la jornada con la ilusión del esfuerzo y de la victoria. Nos conviene mantener vivo el examen particular con fortaleza, constancia y humildad, y para eso debemos buscar orientaciones en la Confidencia que dirijan nuestros esfuerzos.

Pidamos al Señor que nos ayude a mejorar en espíritu de examen. Que cada día profundicemos un poco en esta Norma de nuestro plan de vida. Que, *dirigiendo la atención a nuestra conciencia* —como dice San Juan Crisóstomo—, *le pidamos cuenta de las palabras, de las acciones y de los pensamientos*¹⁵.

*Tú, Señor, me conoces; Tú me ves; Tú penetras los sentimientos de mi corazón para contigo*¹⁶. Y después de ese diálogo con Dios, viene el dolor, fruto sobrenatural del examen. *Pon todas tus faltas delante de tus ojos. Ponte frente a ti mismo, como delante de otro, y luego llora*¹⁷. Y del dolor de amor nace el propósito. *Hijo mío, debes pensar en tu vida y pedir perdón. A la vista de la pobre vida tuya, pedir perdón y hacer el propósito firme, concreto y bien determinado de mejorar en esto y en aquello; en aquello que te cuesta, en aquello que habitualmente no haces como debes, y lo sabes*¹⁸.

La Virgen Santísima, *Stella maris*, nos dará esa luz diaria en el examen, que tanto necesitamos.

(15) San Juan Crisóstomo, *Sermones panegíricos* 4.

(16) *Ierem.* XII, 3.

(17) San Bernardo, *Meditationes piissimae* 5.

(18) De nuestro Padre, Meditación, 15-VIII-1961.

267.

JUEVES

—Abandono y docilidad, medios para tener vida de infancia espiritual.

—Audacia y entusiasmo, manifestaciones de la vida de infancia espiritual.

—Sencillez, característica de la vida de infancia.

EN AQUEL tiempo, subiendo Jesús a una barca, cruzó de nuevo el mar y vino a su ciudad. Entonces le presentaron un paralítico postrado en una camilla¹.

Es un buen ejemplo de docilidad el de este paralítico. Postrado en su camilla, con la mirada tranquila y suplicante, está acostumbrado a dejarse llevar, a hacer lo que le digan. Delante del Señor, se abandona plenamente a su poder: ha esperado con impaciencia esta ocasión y ahora que se encuentra ante El, no le pide nada: simplemente le mira, confiado en su misericordia.

El Señor nos conoce bien por dentro. Una mirada suya lo averigua todo: la malicia de esos escribas, que contemplan la escena buscando la ocasión de desautorizar a Jesús, y la fe del paralítico y de sus acompañantes. Todo lo penetra la mirada de Cristo.

(1) Ev. (Matth. IX, 1-2).

Ten confianza, hijo, tus pecados te son perdonados². Es la reacción misericordiosa de Jesucristo hacia nosotros. El Señor nos trata como a hijos pequeños suyos. Durante la Última Cena, conmovido su corazón al dejar a los Apóstoles, les llama *hijitos*: hijos muy pequeños de un Padre divino.

Es preciso hacerse niños para que Dios se enterece ante el abandono con que le buscamos. En la Comunión está el Señor como en la Última Cena, esperándonos como un padre a su hijo. Hay que hacerse pequeño para dejarse llevar dócilmente hacia Jesús, a través de la dirección espiritual. Dejarse llevar y pedir que nos lleven hasta Jesús sin ofrecer resistencia, dando facilidades, haciendo caso.

Así debemos actuar en la Obra, con docilidad y con confianza, como el enfermo que ha buscado a quienes le curen, y se abandona en sus manos. Debemos fiarnos de quien nos lleva por el camino de la santidad que hemos emprendido. Siendo dóciles a las indicaciones que recibimos, nos haremos niños ante Dios.

Alguno puede tal vez imaginar que en la vida ordinaria hay poco que ofrecer a Dios: pequeneces, naderías. Un niño pequeño, queriendo agradar a su padre, le ofrece lo que tiene: un soldadito de plomo descabezado, un carrito sin hilo, unas piedrecitas, dos bo-

(2) *Ibid.*, 2.

*tones: todo lo que tiene de valor en sus bolsillos, sus tesoros. Y el padre no considera la puerilidad del regalo: lo agradece y estrecha al hijo contra su corazón, con inmensa ternura. Obremos así con Dios, que esas niñerías —esas pequeneces— se hacen cosas grandes, porque es grande el amor: eso es lo nuestro, hacer heroicos por Amor los pequeños detalles de cada día, de cada instante*³.

HAY QUE razonar sobrenaturalmente para entender la infancia espiritual. En el ofrecimiento enamorado de lo ordinario, de lo pequeño, el Señor descubre nuestros sueños de Amor y nuestra sed de almas. Nos acercamos a El con la fe y la esperanza que manifiesta el paralítico. *Presentan a Jesús un enfermo, y El le mira. —Contempla bien la escena y medita sus palabras: "confide, fili" —ten confianza, hijo.*

*Eso te dice el Señor, cuando sientes el peso de los errores: ¡fe! La fe es lo primero; después, dejarse llevar como el paralítico: ¡obediencia interior y sumisa!*⁴.

La fe del paralítico y de los que le acompañan introduce, en el ambiente de aquella casa abarrotada de gente, una ráfaga de entusiasmo que desborda el que ya todos sienten por Jesús. Sólo los fariseos se sorprenden de que pueda perdonar los pecados. El

(3) De nuestro Padre, *Carla*, 24-111-1930, n. 19.

(4) *Forja*, n. 231.

Señor intenta que se liberen de su forma estrecha y chata de razonar, y les dice, al ver sus pensamientos: *¿por qué pensáis mal en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir: tus pecados te son perdonados, o decir: levántate y anda?*⁵.

La curación del paralítico ratifica la autenticidad del perdón otorgado por Jesucristo y aumenta el fervor de los que le rodean. *Al ver esto las multitudes se atemorizaron y glorificaron a Dios por haber dado tal poder a los hombres*⁶. La alegría, el entusiasmo sobrenatural debe estar presente en nuestra vida. La piedad todo lo informa, todo lo llena. El trato con Dios, que se renueva con el continuo perdón de nuestros pecados y de nuestras faltas de atención, nos ha de mantener estrechamente unidos al Señor.

Así se comportan los niños pequeños, que no se separan de sus padres, que sienten la necesidad de preguntar, asombrados, por lo más evidente. En la vida de un niño, las cosas pequeñas tienen una extraordinaria importancia; y si hay algo que no puede hacer por sí mismo, no se inquieta porque lo hará su padre: nada puede debilitar su contento. Por eso nos recomendaba nuestro Fundador: *procura ser un niño con santa desvergüenza, que "sabe" que su Padre Dios le manda siempre lo mejor.*

Por eso, cuando le falta hasta lo que parece nece-

(5) *Ev. (Matth. IX, 4-5).*

(6) *Ibid.*, 8.

sario, no se apura; y, lleno de paz, dice: me queda y tengo al Espíritu Santo⁷.

ABANDONO, confianza, decisión, audacia, alegría: características de la vida de infancia. Entre todas las que se podrían enumerar destaca una, que nunca debe faltar: la sencillez.

La sencillez es la naturalidad de los niños, que no tienen recelos. Saben que para su padre todas las cosas son interesantes. Saben que su padre se fija en todo lo suyo y que cuida de suplir las limitaciones. Por eso, los niños cuentan todo. *Un niño no piensa una cosa y dice otra, y así también nosotros; si no tuviéreis tal inocencia y tal pureza de intención, no podréis entrar en el Reino de los Cielos*⁸.

La sinceridad es un medio necesario para llegar a esa sencillez, que es *como la sal de la perfección*⁹. *Niño bobo: el día que ocultes algo de tu alma al Director, has dejado de ser niño, porque habrás perdido la sencillez*¹⁰.

Sencillez es todo lo contrario de la afectación. Se pone de manifiesto cuando sabemos ocupar el puesto que nos corresponde, sin darnos importancia cuando se trate de un puesto socialmente alto, y sin sentirnos humillados si es poco brillante. En la vida

(7) Forja, n. 924.

(8) San Jerónimo, *In Evangelium secundum Matthaewm commentarium* 3, 18, 3.

(9) Camino, n. 305.

(10) Camino, n. 862.

del Señor todo es sencillo: sus años de Nazaret y su caminar con los Apóstoles.

Dijo al paralítico: levántate, toma tu camilla y ve-te a tu casa. El se levantó y se marchó a su casa". Hay que ser niños para reaccionar de esta manera: para mostrar nuestros defectos al Señor y dejarnos curar, obedeciendo con prontitud a lo que nos dice.

La sencillez es esa transparencia de los niños muy pequeños, que nada ocultan. *Sé pequeño, muy pequeño. —No tengas más que dos años de edad, tres a lo sumo. —Porque los niños mayores son unos pica-ros que ya quieren engañar a sus padres con inverosímiles mentiras. Es que tienen la maldad, el fomes del pecado, pero les falta la experiencia del mal, que les dará la ciencia de pecar, para cubrir con apariencia de verdad lo falso de sus engaños.*

*Han perdido la sencillez, y la sencillez es indispensable para ser chicos delante de Dios*¹².

La sencillez es la naturalidad de una persona equilibrada, de un alma que no está deformada por rarezas enfermizas. Sencilla es la persona que tiene conciencia clara de sus defectos y no trata de justificarse con falsas excusas. Le duelen sus miserias, pero sin inquietudes ni escrúpulos; tampoco pretende ignorarlas aunque sean pequeñas; cuenta con la gracia. Sólo los niños muy pequeños obran naturalmen-

(11) Ev. (Matth. IX, 6-7).

(12) Camino, n. 868.

te de esta manera, sabiendo que se han portado mal y llorando de pena cuando les riñen, sin disimular sus diabluras.

Has de sentir la necesidad urgente de verte pequeño, desprovisto de todo, débil. Entonces te arrojarás en el regazo de nuestra Madre del Cielo, con jaculatorias, con miradas de afecto, con prácticas de piedad mariana..., que están en la entraña de tu espíritu filial.

—Ella te protegerá¹³.

(13) *Forja*, n. 354.

268.

VIERNES

—El Señor ha venido a salvar a todos.

—La caridad nos impulsa a entrar en la vida de los demás.

—En el proselitismo hay que ser pacientes y perseverantes.

EN MEDIO de su tarea diaria, entre los demás públicanos y alcabaleros, le llegó a Mateo la llamada. Un día, después de haber curado a un paralítico en Cafarnaum, Jesús *vio a un hombre sentado en el telonio, llamado Mateo, y le dijo: sigúeme. El se levantó y le siguió*¹.

Atrás quedaron en un instante las cuentas, las monedas del cambio y los tributos. Todo lo dejó con gusto y le pareció poco, en comparación con aquella palabra —*sigúeme*— que le colocaba para siempre a la vera del Maestro.

No se conformó Mateo con abandonar todas las cosas por seguir a Cristo; quiso extender su ventura entre los que le rodeaban, arrastrar también a sus compañeros de profesión: hacerles conocer a Aquél que había cambiado el rumbo de su vida. Era un afán apostólico connatural con la llamada recibida, porque la vocación *comunica al trabajo un sentido de misión, que ennoblece y da valor a nuestra existen-*

(1) Ev. [Matth. IX, 9].

*cia*². Y Mateo dio un banquete en su casa, en honor del Señor.

*Estando Jesús a la mesa en casa de Mateo, vinieron muchos públicos y pecadores, y se pusieron también a la mesa con Jesús y sus discípulos*³. Quizá soñaba ya Mateo con acompañar al Maestro hasta los límites de Palestina, y aun más allá de sus fronteras. Sin embargo, no espera ese momento para dar a conocer a Cristo: comienza enseguida a ejercitar su apostolado. *El apóstol* —comentaba nuestro Padre— *ha de empezar a hacer su labor divina en lo que tiene a su lado, sin agotar su celo en fantasías, o en ojalas. Y ése es el consejo que os doy. Llegará el día, en el que podréis poner en práctica vuestros deseos de amor y de apostolado entre gentes de toda la tierra*⁴.

Fama de embaucadores y oportunistas tenían muchos públicos; atentos sólo a su ganancia, veían con buenos ojos la dominación romana en Palestina. Por eso, al ver que Jesús *comía con públicos y pecadores*, los escribas y fariseos decían a sus discípulos: *¿cómo es que vuestro Maestro come y bebe con públicos y pecadores?*⁵.

¿Te das cuenta? Los enemigos de Cristo le echan en cara que sea amigo de los pecadores. ¡Claro! ¡Y tú

también! Si no, ¿cómo los vamos a convertir?, ¿cómo los vamos a acercar al Médico divino?

¡Naturalmente que somos amigos de los pecadores! Tú puedes hacer esa labor en tanto en cuanto la amistad con esos hombres no sea un peligro para tu vida interior; siempre que tengas la suficiente temperatura espiritual para levantar la de aquellas personas sin perder la tuya.

*¡Sí!, amigos de los pecadores, amigos de verdad: con vuestra oración, con vuestro trato agradable y sincero, noble, pero evitando que aquello sea un peligro para vuestra alma*⁶.

Jesús había venido para salvar a todos los hombres sin excepción; por eso, ante las murmuraciones de los escribas y fariseos, dijo: *no tienen necesidad de médico los sanos sino los enfermos (...); pues no he venido a llamar a los justos sino a los pecadores*⁷.

Siguiendo el ejemplo de Jesucristo, *en la acción apostólica, no debemos dejarnos arrastrar por ninguna acepción de personas, ni podemos excluir ninguna actividad humana, porque todas las ocupaciones honestas, todos los oficios honrados serán para nosotros motivos de santificación, y medios de apostolado efficacísimo*⁸.

(2) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 9.

(3) *Ev. (Matth. IX, 10).*

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VII-1933, n. 15.

(5) *Ev. (Matth. IX, 11).*

(6) De nuestro Padre, *Meditación*, 15-IV-1954.

(7) *Ev. (Matth. IX, 12-13).*

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 40.

LA ESCENA del Evangelio que contemplamos es bien elocuente: los publicanos, los hombres más despreciados en Israel, son recibidos amorosamente por Jesucristo, pues incluso entre ellos *eran muchos los que le seguían*⁹. También nosotros *queremos hacer el bien a todos: a los que aman a Jesucristo y a los que quizá le odian. Pero éstos nos dan además mucha pena: por eso hemos de procurar tratarles con afecto, ayudarles a encontrar la fe, ahogar el mal —repito— en abundancia de bien*¹⁰.

Vamos a hacernos amigos —insiste nuestro Padre— entre todos nuestros compañeros de trabajo, entre todos los que viven en nuestro ambiente, aunque estén lejos de Dios; incluso os puedo decir que a éstos nos debemos acercar más, porque nos necesitan más. Nos necesitan, primero, los cristianos flojos, los que no viven de acuerdo con la fe que profesan; vamos a acercarnos a ellos con toda nuestra caridad y con toda nuestra comprensión, ofreciéndoles una amistad sincera, auténtica, humana y sobrenatural.

No os retraiga el peligro del contagio; con nuestra vida contemplativa, con la fidelidad a nuestro espíritu, a nuestras Normas y a nuestras Costumbres, estamos inmunizados de sus errores y de sus ejemplos, si no son cristianos. Como los queremos con el corazón de Cris-

⁹ *is Marc.* II, 15.

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VIM933, n. 24.

*to, está Jesús entre nosotros y ellos, y acabaremos ahogando el mal en abundancia de bien*¹¹.

Cualquiera que sea la dificultad que debamos vencer, jamás dejaremos de intentar —al menos— prestar ayuda a las almas. La experiencia nos ha enseñado que, muchas veces, en las personas que exigen más oración y más sacrificio en el trato, cuando se dejan vencer por la gracia de Dios, se despierta un afán hondo de reparación y de servicio generoso. Por eso, teniendo siempre un gran amor y un cuidado extremado por la libertad de los demás, nunca el respeto humano o la cobardía deben impedirnos hacer lo posible por alcanzar de Dios la gracia de la vocación para un alma.

Una chifladura divina nos ha de empujar a intervenir con audacia, y a la vez delicadamente, en la vida espiritual de nuestros compañeros y amigos. *Los que tenemos la verdad de Cristo en el corazón hemos de meter esta verdad en el corazón, en la cabeza y en la vida de los demás: tenemos obligación grave. Lo contrario es comodidad, política falsa. A ti —nos pregunta nuestro Fundador—, ¿te pidió permiso Jesucristo para meterse en tu vida? A mí, tampoco. Y vosotros y yo tenemos que ser otro Cristo, y todos los cristianos tenemos el deber de ser proselitistas durante toda la vida. Quien no tiene la fe viva, no tiene verdadera entrega a Jesucristo. Quien no se mete en la vida de*

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 9-I-1932, n. 75.

*los demás, es que no sabe redimir con Cristo*¹². Porque, si nos interesamos por la vida de los demás, es para ayudarles: para estimular, para sugerir, para proponer, para fomentar un cambio que les hará bien; para animarles a ser mejores.

*NO TIENE vocación para el Opus Dei aquel que no tiene sed universal de almas*ⁿ. Tú y yo, hijos de Dios, dedicados a servir a los demás por amor del Señor, cuando vemos a la gente, tenemos que pensar en las almas: he aquí un alma —hemos de decirnos— que hay que ayudar; un alma que hay que comprender; un alma con la que hay que convivir; un alma que hay que salvarⁿ.

El Señor cuenta con el tiempo para hacer su obra en las almas. No nos extrañemos, pues, si alguna persona de las que tratamos tarda en reaccionar; antes de suponer que no reúne condiciones, o que no tiene generosidad suficiente, pensemos que quizá Dios le ha marcado otro ritmo o que quiere probar nuestra fe. Lo que es totalmente cierto es que *nada de lo que hacemos los pobrecitos hombres se pierde, cuando de verdad buscamos servir al Señor. Si ponemos un empeño constante por ser fieles y ayudar a las almas, escucharemos la voz segura de la Providencia: no temáis. Yo os daré el incremento. Si habéis trabaja-*

(12) De nuestro Padre, Noticias IX-61, p. 21.

(13) De nuestro Padre, Crónica IX-64, p. 69.

(14) De nuestro Padre, Meditación, 25-11-1963.

*do con generosidad, si habéis rezado de verdad, esa promesa no puede fallar, aunque quizá no veamos el fruto inmediato en el apostolado*¹⁵.

Hay que ser pacientes, hay que saber esperar. Moderad vuestra impaciencia, escribía nuestro Padre; *haced el apostolado del proselitismo con calma, despacio, al paso de Dios... Pero sin interrumpir jamás la labor ¡cueste lo que cueste!*¹⁶, sin desfallecer, sin interrupciones. La labor apostólica ha de ser constante. *El oro bueno está en las entrañas de la tierra, no en la palma de la mano. Y en esa aparente oscuridad es donde se puede preparar la gran mina de oro de las vocaciones santas. La labor de proselitismo depende de ese fervor, de esa alegría, de ese trabajo tuyo, oscuro y vulgar; ordinario*ⁿ: de esa voluntad incansable de no abandonar nunca el trato apostólico con amigos y conocidos.

Con esa labor —además de obtener vocaciones inmediatas— se benefician muchas otras almas, que mejoran, adquieren luz y virtudes, y quedan atadas con lazos de amor a la Obra y a la Iglesia; que conservarán siempre un cariño agradecido, que les moverá a cooperar en nuestros apostolados; y que quizá más tarde reciban la llamada a un mayor entregamiento.

Madre nuestra, Reina de los Apóstoles, haznos tenaces y constantes en el afán, en la oración, en el sacrificio y en el trabajo por el proselitismo.

(15) De nuestro Padre, n. 198.

(16) De nuestro Padre, Instrucción, I-IV-1934, n. 90.

(17) De nuestro Padre, Noticias X-57, p. 15.

269.

SÁBADO

—Conviene estar prevenidos: podemos pasar por momentos de ceguera.

—Nuestra decisión de seguir el camino iniciado ha de ser irrevocable.

—Propósito firme: ser fieles en lo pequeño para ser fieles siempre.

NOS REMONTAMOS hoy a los tiempos de los Patriarcas, para considerar la historia de dos hermanos, Esaú y Jacob. Su padre Isaac, a las puertas de la muerte, derrama su bendición sobre Jacob y sobre toda su descendencia. *El olor de mi hijo* —le dice— *es como el olor de un campo cuajado, al que ha bendecido Yavé. Déte Dios el rocío del cielo y la grosura de la tierra, y abundancia de trigo y de mosto. Sírvante los pueblos y prostérnense ante ti las naciones. Sé señor de tus hermanos, e inclínense ante ti los hijos de tu madre. Maldito quien te maldiga, y bendito quien te bendiga*¹.

El hijo pequeño es preferido al mayor, y Esaú llora y se desespera —cuando su desgracia no tiene remedio— porque le fue arrebatada la bendición paterna. Pero el llanto de Esaú, llanto estéril y sin esperanza, es el grito inútil y de tardío arrepentimien-

(1) L. I (I) (Genes. XXVII. 27-29).

to por el error irreparable que cometió en una hora ciega de ofuscación.

Aunque esas cosas no suelen aparecer de repente —en la historia de Esaú hay una serie de torpezas e infidelidades, pequeñas las más y algunas no tan pequeñas—, un día fue el decisivo. Aquél en que, al volver hambriento del campo, vendió a su hermano Jacob la primogenitura. Y la vendió para satisfacer un antojo, el capricho de un momento, por el precio irrisorio de un plato de lentejas. *¿Qué me importa a mí la primogenitura?*², había respondido desdeñosamente a Jacob. Lo único que entonces parecía importarle era saciarse, satisfacer su apetito; todo lo demás había perdido atractivo y relieve para su corazón obcecado.

¿Nos sorprende el llanto de Esaú? No. Era natural. Pasó la hora de la ceguera y, ante sus ojos, las cosas recobraron su justa medida; y entonces, ¡qué miserable aparece el pobre precio, por el que cambió su dignidad de hijo primogénito! Pero ya es tarde, y su congoja de ahora sirve tan sólo para hacerle sentir todo el peso de su desdicha; una desdicha de la que él mismo fue autor, al arrojar por la borda, en una hora de locura, el mejor tesoro de su vida.

Por si alguna vez hubiésemos de encontrarnos en una situación parecida, en que el egoísmo ciegue nuestra visión sobrenatural, recordemos ahora

(2) Genes. XXV. 32.

aquellas palabras de nuestro Padre: *no olvidéis (...)* *que se puede cometer en la vida algún error, pero eso no quiere decir nada contra el camino, ni contra el Amor: quiere decir que, en lo sucesivo, hemos de ser más prudentes. Nadie puede razonar así: puesto que no puedo con la carga de un deber, no cumpliré ninguno. Es una reacción de soberbia, es pasar del endiosamiento al endiablamiento. Corruptio optimi pessima, enseña el viejo adagio escolástico: la corrupción de lo bueno es pésima. Sólo la humildad —con la gracia— puede impedir esa corrupción, ese paso breve de lo mejor a lo peor*³.

ESAU era el mayor de los hermanos, y a él correspondía por nacimiento la primogenitura. A él parecían reservadas antes que a nadie las bendiciones de la predilección divina, porque de la descendencia de Isaac, de su línea primogénita, nacería el Salvador. Todo lo perdió a cambio de nada, en una hora triste de su vida.

También en la existencia de una persona dedicada al servicio del Señor, puede haber un momento de ceguera, un momento en que dejen de brillar ante sus ojos las luces claras de Dios y lleguen a perder encanto los ideales grandes que le movieron a tomar aquella decisión. La vocación divina, los frutos fecundos de la fidelidad, todo parece entonces desva-

(3) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 46.

necerse y perder valor ante la obsesión de la carne o las veleidades de un corazón que se enfrió; ante el afán de vivir la propia vida o el impulso cerril de la soberbia. Y se insinúa entonces en el alma la tentación de Esaú, la necedad suicida de querer matar la propia vocación, de perder tristemente el mayor tesoro que Dios podía darle, por algo que vale lo que un plato de lentejas.

Suelo afirmar —ha escrito nuestro Padre— que tres son los puntos que nos llenan de contento en la tierra y nos alcanzan la felicidad eterna del Cielo: una fidelidad firme, delicada, alegre e indiscutida a la fe, a la vocación que cada uno ha recibido y a la pureza. El que se quede agarrado a las zarzas del camino —la sensualidad, la soberbia...—, se quedará por su propia voluntad y, si no rectifica, será un desgraciado por haber dado la espalda al Amor de Cristo.

*Vuelvo a afirmar que todos tenemos miserias. Pero las miserias nuestras no nos deberán mover nunca a desentendernos del Amor de Dios, sino a acogernos a ese Amor, a meternos dentro de esa bondad divina, como los guerreros antiguos se metían dentro de su armadura: aquel ecce ego, quia vocasti me (I Reg. III, 6, 8) —cuenta conmigo, porque me has llamado—, es nuestra defensa. No hemos de alejarnos de Dios, porque descubramos nuestras fragilidades; hemos de atacar las miserias, precisamente porque Dios confía en nosotros*⁴.

(4) *Amigos de Dios*, n. 187.

El llanto de Esaú, llanto para él estéril y tardío, puede ser, sin embargo, preciosa advertencia para nosotros, si algún día tuviéramos necesidad de recordar la lección que en él se encierra. Nos lo dice San Ambrosio: *tú, que eres imagen de Dios, que eres semejante a El, no quieras destruirla por un placer repugnante, irracional. Tú eres "opus Dei"*⁵.

QUIEN estaba llamado por el Señor para ser sal de la tierra, si se desvirtúa, viene a ser cosa inútil que *para nada sirve ya, sino para ser arrojada y pisada por las gentes*⁶. Los que, cegados por su egoísmo o por su soberbia, abandonan el servicio del Señor, difícilmente sirven ya para trabajar por Cristo, pues *ninguno que, después de haber puesto su mano en el arado, vuelve los ojos atrás, es apto para el Reino de Dios*⁷. No hallé —escribe San Agustín— *personas mejores que las que adelantan en la santidad, pero tampoco las he encontrado peores que las que la abandonaron, hasta el punto de que pienso que a esto se refiere lo que está escrito en el Apocalipsis: "el justo justifíquese más y el corrompido corrómpase más ¿úirt?"*(Apoc. XXII, 11)*.

El precio por el que vendieron su vocación y su ideal, es una bagatela, que pronto se deshace entre

(5) San Ambrosio, *Expositio Evangelii secundum Lucam* 15, 8.

(6) *Matth.* V, 13.

(7) *Luc.* IX, 62.

(8) San Agustín, *Epístola* 78, 9.

las manos. *No encontraréis la felicidad fuera de vuestro camino, hijos, nos enseña nuestro Fundador. Si alguien se descaminara, le quedaría un remordimiento tremendo: sería un desgraciado. Hasta esas cosas que dan a la gente una relativa felicidad, en una persona que abandona su vocación se hacen amargas como la hiél, agrias como el vinagre, repugnantes como el rejalgar. Cada uno de vosotros, y yo también, vamos a decirle a Jesús: Señor, que yo quiero luchar y sé que Tú no pierdes batallas; que, si alguna vez yo las pierdo, es porque me he apartado de Ti. Tenme de tu mano, y no te fíes de mí, no me dejes.*

*Tú me dirás: Padre, ¿si estoy tan feliz con mi vocación! ¿Si amo a Jesucristo! ¿Si, aunque soy de barro, quiero ser santo con la ayuda de Dios y de su Madre del Cielo! Ya lo sé, hijo mío, ya lo sé; pero te digo estas cosas por si acaso, por si viene un mal momento. No lo olvidéis nunca; escarmentad en cabeza ajena*⁹.

Hagamos ahora —de la mano de Nuestra Madre Santa María— el propósito firme de ser fieles siempre, fieles cada día, en esas cosas pequeñas que van tejiendo la fidelidad continuada, de toda la vida: la perseverancia.

(9) De nuestro Padre, Meditación, 8-III-1962.

270.

DOMINGO XIV DEL TIEMPO ORDINARIO

- El Señor envía a sus discípulos delante de Sí.
- Responsabilidad de vivir cada uno su encargo apostólico.
- Perseverancia en la tarea comenzada.

DESIGNO`el Señor a otros setenta y dos, y los envió de dos en dos delante de El a toda ciudad y lugar a donde El había de ir¹. Todavía no ha llegado el momento de anunciar a todas las gentes el mensaje salvador de Cristo. Ahora, el Señor quiere que los discípulos se ejerciten en Palestina, como en una palestra, y así se preparen para sus combates por toda la tierra. De ahí —comenta San Juan Crisóstomo— que cada vez les va ofreciendo más ancho campo a sus peleas, en cuanto su virtud lo permitía, con el fin de que luego se les hicieran más fáciles las luchas que les esperaban (...). Por de pronto, los constituye médicos de los cuerpos, y más adelante les confiará también la curación, más importante, de las almas².

Los Apóstoles y los discípulos obedecen al mandato de Jesús, tal y como les ha sido dado. Más tarde, recibirán del Señor una tarea de ir por el mundo

(1) Ev. (C) (Luc. X, 1).

(2) San Juan Crisóstomo, *In Matthaum homiliae* 32, 2.

entero, para predicar la Buena Nueva a todos los hombres. Y, llenos del Espíritu Santo, se lanzarán a la misión universal que Cristo les confía. Cada uno se hará responsable de una tarea concreta, en un lugar determinado, con unos medios precisos. En adelante, su vida será la historia de su fidelidad a la misión recibida, la labor que hará posible el cumplimiento del mandato universal del Señor.

El modo de proceder de estos primeros ha marcado la pauta que seguirían los cristianos a lo largo de los siglos. Toda gran tarea exige diversificación; para conseguir el fin de cualquier trabajo, se hace preciso un reparto de responsabilidades. Cada uno es responsable de su cometido, y en el cumplimiento de su deber se siente solidario con la eficacia del conjunto.

Nos lo recordaba nuestro Padre: *ninguno de vosotros es una pieza aislada. Si tú te paras, haces que se paren todos*³. Las actividades apostólicas que personalmente desempeñamos, se unen unas a otras para constituir, cada día, *como un gran tejido, que ofrecemos al Señor. Si todos cumplimos, si somos fieles y entregados, ese gran tejido será hermoso y sin falla* *. Y saldrá adelante la labor apostólica de la Obra, porque cada uno habrá sido fiel a esa parte del apostolado que le corresponde.

(3) De nuestro Padre, Meditación, 19-VI-1955.

(4) De nuestro Padre, Crónica Xt59, p. 7.

A TRAVÉS del Padre y de los Directores, es el Señor mismo quien *señala a cada uno su labor*⁵. Todos tenemos un encargo apostólico concreto, que se acomoda a nuestras circunstancias personales y es garantía de que nuestro apostolado no será algo esporádico, a merced de las circunstancias, sino tarea constante, como el latir del corazón: una función necesaria para el mantenimiento de la vida propia y de la Obra entera.

En la fidelidad al encargo apostólico concreto tenemos un indicador de nuestro sentido de responsabilidad, de ese sabernos *un pequeño tornillo en esa gran empresa de Cristo*⁶. Cuando en la Obra se nos encomienda una labor, la tarea concreta que se nos asigna se convierte en instrumento para *hacer el Opus Dei*. Por eso no hay encargos de poca monta: *todos son de mucha categoría*⁷; en todo caso, podemos darles mayor relevancia según el grado de responsabilidad y de amor de Dios con que los llevemos a cabo. Tanta es la importancia del encargo apostólico concreto, que nuestro Padre dispuso que nos preguntásemos en el examen del Círculo: *¿he puesto la debida diligencia en el desempeño de los cargos y ministerios propios de la Obra?*⁸.

Especial importancia asume la diligencia en los

(5) Marc. XIII, 14.

(6) Camino, n. 830.

(7) De nuestro Padre, n. 48.

(8) Examen del Círculo breve.

encargos, si la tarea que se nos encomienda —como es habitual— se engarza inmediatamente con la de los demás. Entonces debemos esmerarnos en el cuidado del orden y la puntualidad. *Una muestra más de nuestra espiritualidad* —especifica nuestro Padre— es *atender la eficacia en el trabajo. No hagáis charco en vuestra tarea. Una persona que retiene innecesariamente un asunto —por dejadez o desidia, porque sí—, entorpece la labor*⁹.

Hay que prevenir con energía la tentación de la negligencia o de la pereza en el cumplimiento de los encargos apostólicos. Comentaba nuestro Padre que *gracias a Dios, no ha sucedido nunca, pero daría vergüenza si alguno considerara que hace un favor a la Obra cuando cumple sus encargos. ¡Si es todo lo contrario! Por eso, sufro cuando a veces noto como algo de flojera en algunos de mis hijos, y recuerdo aquellos años del principio, aquel no parar... He prohibido dedicar las horas de sueño al trabajo, pero hemos de estar pendientes de las cosas de Dios, día y noche*¹⁰.

Todos hemos de sentir la necesidad de trabajar mucho y bien por el apostolado. Con el amor de hijos que trabajan para su Padre Dios, con sentido de responsabilidad ante la misión recibida, surgirá en nuestra alma el deseo de servir, de cumplir con perfección esa tarea de amor. Y buscaremos los medios

(9) De nuestro Padre, Círculo breve, 5-V-1963.

(10) De nuestro Padre, Círculo breve, 12-V-1963.

para que ese apostolado concreto que desarrollamos sea eficaz, llegue cada vez más lejos; para que contribuya a esa labor grande en la viña del Señor.

*SI GUARDÁIS mis mandamientos, permaneceréis en mi amor*¹¹. El perfecto cumplimiento del deber, la continuidad en nuestro encargo apostólico, es prueba de nuestra entrega. La ilusión en el desempeño de los encargos es perfectamente compatible con la ausencia de satisfacciones sensibles. Tener ilusión significa esforzarse, perseverar un día y otro en la tarea, por amor de Dios. *Yo me persuado* —decía nuestro Padre— *de la vida de oración y del espíritu de sacrificio de aquel hijo mío que a los tres, a los cinco años, sigue realizando su labor con el mismo empeño que el primer día, aunque lo haga a contrapelo*¹². Porque, como siempre nos enseñó nuestro Fundador, *en el Opus Dei no hacemos las cosas porque tenemos ganas de hacerlas, sino porque hay que hacerlas. Y cuando las hacemos, las hacemos por amor de Dios, con garbo y con alegría*¹³.

Nuestro encargo apostólico concreto no es una tarea ya hecha, que exija de nosotros sólo un cuidado pasivo, la mera conservación de lo que se nos confía. Es un quehacer divino y humano. Cada uno

(11) *Ioann.* XV, 10.

(12) De nuestro Padre, Círculo breve, 20-11-1966.

(13) *De nuestro Padre*, n. 202.

ha de aportar su esfuerzo renovado y las iniciativas necesarias para desarrollarlo, a fin de llegar a más almas y extender cada vez más el radio de nuestro apostolado.

Con la preocupación diaria de todos, con el afán personal por sacar adelante el encargo, la Obra entera alcanzará la meta divina que el Señor nos ha señalado: llevar a El todos los hombres.

Al cumplimiento fiel del encargo, a la fidelidad diaria, nos mueve eficazmente la gracia de Dios. *No se contenta el Señor con animar a sus discípulos (...), sino que los hace aptos para ese ministerio*¹⁴. Tenemos que llenarnos de confianza: las dificultades, los obstáculos que podamos encontrar, los superaremos con la gracia de Dios. Si El nos ha llamado a servirle, y nos ha asignado un sitio concreto, una labor precisa, está claro que nos concederá toda la ayuda necesaria.

Junto al Señor está siempre María Santísima, que nos recuerda cariñosamente la obligación que tenemos contraída con su Hijo: *haced lo que El os diga*¹⁵. Ella intercederá por la eficacia de esa labor apostólica personal que a cada uno se nos encomienda.

(14) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 32, 3.

(15) *Ioann.* II, 5.

271.

LUNES

—El Señor quiere que le pidamos con humildad.

—Perseverancia en la oración.

—Nuestra petición ha de ser confiada.

ESTABA Jesús hablando a la muchedumbre, cuando *un hombre importante se acercó y postrándose le dijo: mi hija acaba de morir, pero ven, impon tu mano sobre ella y vivirá. Levantándose Jesús, le siguió con sus discípulos*^x. Hay un acento de profunda fe en la petición de este hombre. Y el Señor no se resiste: inmediatamente se pone en camino, para aliviar la necesidad de un padre angustiado. Durante el trayecto tiene lugar un episodio que también nos habla de cómo hay que pedir a Dios: con una fe impregnada de humildad.

Es San Mateo quien nos cuenta una situación conmovedora. He aquí que una mujer, que hacía doce años que padecía un flujo de sangre, vino por detrás y rozó el borde de su vestidura (Matth. IX, 20). *¡Qué humildad la suya!* Porque pensaba ella entre sí: con que pueda solamente tocar su vestido me veré curada (Matth. IX, 21). *Nunca faltan enfermos que imploran, como Bartimeo, con una fe grande, que no tienen repa-*

(1) *Ev. [Matth. IX, 18-19].*

ros en confesar a gritos. Pero mirad cómo, en el camino de Cristo, no hay dos almas iguales. Grande es también la fe de esta mujer, y ella no grita: se acerca sin que nadie la note. Le basta tocar un poco de la ropa de Jesús, porque está segura de que será curada. Cuando apenas lo ha hecho, Nuestro Señor se vuelve y la mira. Sabe ya lo que ocurre en el interior de aquel corazón; ha advertido su seguridad: hija, ten confianza, tu fe te ha salvado (Matth. IX, 22).

Tocó delicadamente el ruedo del manto, se acercó con fe, creyó y supo que había sido sanada... Así nosotros, si queremos ser salvados, toquemos con fe el vestido de Cristo (*San Ambrosio*, Expos. Ev. sec. Luc, 6, 56, 58). *¿Te persuades de cómo ha de ser nuestra fe? Humilde. ¿Quién eres tú, quién soy yo, para merecer esta llamada de Cristo? ¿Quiénes somos, para estar tan cerca de El? Como a aquella pobre mujer entre la muchedumbre, nos ha ofrecido una ocasión. Y no para tocar un poquito de su vestido, o un momento el extremo de su manto, la orla. Lo tenemos a El. Se nos entrega totalmente, con su Cuerpo, con su Sangre, con su Alma y con su Divinidad. Lo comemos cada día, hablamos íntimamente con El, como se habla con el padre, como se habla con el Amor. Y esto es verdad. No son imaginaciones*².

Pedir a Dios con humildad es una de las condiciones para que la oración sea escuchada. *Entre los*

*hombres —explica Santo Tomás— la petición es necesaria porque el que necesita algo ha de dar a conocer su indigencia, y tiene también que ablandar el corazón del que acoge la súplica. Pero estas dos cosas no tienen razón de ser, cuando nuestra súplica se dirige a Dios. Cuando rezamos a Dios no le queremos dar a conocer nuestra indigencia, ya que El todo lo conoce (...). No se trata tampoco de hacer que la Voluntad divina ceda a la persuasión humana, hasta hacerle querer lo que antes no quería (...). Si la petición es necesaria al hombre para obtener los beneficios de Dios, es porque ejerce influencia sobre el mismo que pide. Porque debe detenerse a considerar su pequenez, y desear con fervor y espíritu filial lo que espera obtener con la oración. Así se hace capaz de recibirlo*³.

EL SEÑOR está dispuesto a concedernos las cosas buenas que le pedimos, pero quiere que seamos perseverantes en la oración. ¡Cuántas veces nos lo advirtió, poniéndonos ejemplos como el de la viuda pobre que pide justicia, el del hombre que llama a la puerta de su amigo fuera de hora...! *Porque me amó, Yo le salvaré; Yo le defenderé porque confesó mi nombre. Me invocará él y Yo le oiré*⁴.

(2) *Amigos de Dios*, n. 199.

(3) Santo Tomás, *Compendium theologiae* II, 2.

(4) Ps. R. (I) (Ps. XC, 14-15).

También en la vida de la Obra resplandece esa tozudez santa para pedir. Desde los quince años —nos decía nuestro Padre, refiriéndose a la fundación de la Obra— *comencé a pedir por el Opus Dei, sin saber lo que era. Tenía barruntos. Pedí muchos años sin saber lo que era, y decía: Domine, ut sit!*⁵. Y esto mismo han hecho siempre las almas de Dios. Cuando digo a alguno: *"ruega a Dios, pídele, suplícale"*, me responde: *"ya pedí una vez, dos, tres, diez, veinte veces, y nada he recibido"*. No ceses, hermano, hasta que hayas recibido; la petición termina cuando se recibe lo que se ha pedido. Cesa cuando hayas alcanzado; mejor aún, tampoco entonces pares. Persevera todavía. Mientras no recibas, pide para conseguir; y cuando hayas recibido, da gracias⁶.

Hay una razón para ser perseverantes en la oración: cuanto más rezamos, más nos acercamos a Dios. Y al contrario: más consigue aquél que importuna más de cerca... Por eso, acércate a Dios: *empéñate en ser santo*⁷, nos recomienda nuestro Padre.

Antes de dirigirse a un hombre, hay que tener cierta familiaridad, algún lazo que nos una a él; pero el que pide a Dios, enseguida se hace familiar suyo, porque su alma se eleva hasta El y lo adora en espíritu de verdad. Y así, esta amistad cordial producida por el ruego abre camino a una súplica

(5) De nuestro Padre, Tertulia, 20-IX-1961.

(6) San Juan Crisóstomo, *In dimissione chananae homilia* 10.

(7) Surco, n. 648.

más confiada aún. Por eso se lee en el salmo: *"he gritado —es decir, he rezado con fe—, y por esto me escuchaste, Dios mío"* (Ps. LXXXVII, 14); como si, introducidos en la intimidad divina por el primer ruego, pudiésemos implorar con mucha más confianza la siguiente vez. Por eso, en la petición dirigida a Dios, la asiduidad, la insistencia, nunca es inoportuna. Al contrario, agrada a Dios. *"Hay que orar siempre y no desfallecer"* (Luc. XVIII, 1), dice San Lucas. El Señor nos invita a hacerlo también por San Mateo: *"pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá"* (Matth. VII, 7)⁸.

Es el mismo consejo que nos daba nuestro Padre. Et omnia quaecumque petieritis in oratione credentes accipietis (Matth. XXI, 22). Lo escribe San Mateo: *todo lo que me pidáis en la oración, teniendo fe, todo lo tendréis. Y nosotros necesitamos muchas cosas. Esta familia del Opus Dei, extendida por todo el mundo, necesita muchas bendiciones de Dios (...). Vamos a pedir con toda el alma, con toda la fe, diciéndole con cariño al Señor, cada uno en la soledad acompañada del corazón: Jesús, que queremos esto... Vosotros decís: queremos lo que quiera el Padre, y acabáis antes, ¿no? Porque yo, además quiero lo que quiere El; así que está en un compromiso tremendo.*

Iterum dico vobis —nos dice San Mateo— quia, si dúo ex vobis consenserint super terram, de omni re

(8) Santo Tomás, *Compendium theologiae* II, 2.

quamcumque petierint fiet illis a Patre meo qui in caelis est (Matth. XVIII, 19). *Basta que haya dos que se pongan de acuerdo para pedir, y nosotros somos miles que estamos pidiendo lo mismo. ¡Qué seguridad hemos de tener! ¡Qué esperanza más segura! Una esperanza verdaderamente divina, sobrenatural, porque está fundamentada en el Amor, en la fe y en las palabras de Jesucristo mismo*⁹.

HIJOS míos, omnia quaecumque orantes petitis, credite quia accipietis, et evenient vobis (Marc. XI, 24). Es de San Marcos: todo lo que pidáis en la oración, ¡todo!, creed que se os dará. ¡Juntos a pedir! ¿Y cómo se pide a Dios Nuestro Señor? Como se pide a una madre, como se pide a un hermano: unas veces con una mirada, otras veces con un gesto, otras portándonos bien, para que estén contentos, para mostrarles cariño; otras veces con la lengua. Pues así: pedid así. Todos los procedimientos humanos de entenderse con otra persona hemos de ponerlos nosotros, para hacer oración y tratar a Dios.

San Lucas: omnis enim qui petit accipit, et qui quaerit invenit, et pulsanti aperietur (Luc. XI, 10). A todo aquel que pide algo, el Señor lo escucha; pero hay que pedir con fe, ya he dicho antes, y más si somos por lo menos dos, y aquí somos tantos millares.

(9) De nuestro Padre, Meditación Rezar con más urgencia, 24-XII-1969.

Si quid petieritis Patrem in nomine meo, dabit vobis (Ioann. XVI, 23). Esto es de San Juan: si pedís cualquier cosa al Padre en mi nombre, os la dará; en el nombre de Jesús. Cuando lo recibáis en la Eucaristía cada día, decidle: Señor, en tu nombre yo le pido al Padre... Y le pedís todo eso que conviene para que podamos mejor servir a la Iglesia de Dios, y mejor trabajar para la gloria del Señor: del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; de la Beatísima Trinidad, único Dios.

Petite et accipietis, ut gaudium vestrum sit plenum (Ioann. XVI, 24): pedid, recibiréis y os llenaréis de alegría. Este gaudium cum pace que pedimos cada día al Señor en nuestras Preces, es una realidad en la vida de un hijo de Dios que se porta —con sus luchas, con sus pequeneces, con sus errores; yo tengo tantos errores..., vosotros tendréis algunos—, que se porta bien con el Señor, porque le ama, porque le quiere. A este hijo mío necesariamente le dará lo que pide y, además, una alegría que ninguna cosa de la tierra le podrá llevar del corazón.

Más: más trato y más unión. Os leo unas palabras que son también de San Juan, que es —humanamente hablando— el Apóstol que más conocía a Jesucristo. Si manseritis in me, et verba mea in vobis manserint, quodcumque volueritis petetis, et fiet vobis (Ioann. XV, 7); si permanecéis unidos a Mí, y mis palabras, mi doctrina están en vosotros, cualquier cosa que pidáis se os dará.

Luego esa unión con Jesús, ese trato, ese permanecer en Cristo nos ha de dar una seguridad completa. Yo la tengo, hijos. Porque estas palabras que os estoy comentando —ya os lo he dicho antes— me están sirviendo para mi meditación, para volverme a llenar de alegría en los momentos en los que hay que luchar.

Por eso, porque este alimento me va bien, quiero dároslo también a vosotros: quiero daros la seguridad de que la oración es omnipotente. Pedid mucho, bien unidos unos a otros por la caridad fraterna; pedid además poniendo por medio la intención del Padre, lo que el Padre pide en la Misa, lo que está pidiendo continuamente al Señor (...).

Hijos míos, vamos a pedir eso mismo a la Santísima Virgen. Cuando no sepáis qué decir al Señor, quizá ni siquiera repetir lo que os estoy diciendo ahora, de este modo, como en una conversación de familia, acudid a la Virgen: Madre mía, que eres Madre de Dios, dime qué le tengo que decir, cómo se lo tengo que decir para que me escuche. Y la Virgen bendita, que es también Madre nuestra, os orientará, os inspirará, y haremos una oración muy bien hecha siempre, y seréis contemplativos¹⁰.

(10) De nuestro Padre, Meditación Rezar con más urgencia, 24-XII-1969.

272.

MARTES

—Compadecerse de las almas que andan como ovejas sin pastor.

—Orden de la caridad para llegar a todos.

—Sentido de urgencia en el apostolado y proselitismo.

HOY VEMOS al Señor que va de aldea en aldea, enseñando en sus sinagogas, predicando el Evangelio del Reino y curando toda enfermedad y dolencia. Y al ver las multitudes, se llenó de compasión por ellas, porque estaban maltratadas y abatidas, como ovejas que no tienen pastor¹.

También nosotros, por vocación divina, experimentamos esa misma compasión de Cristo por la muchedumbre de personas que no le conocen, que andan errantes por la vida, sin saber que el Pastor divino ha venido a rescatarlas de sus pecados. *Nadie puede vivir tranquilo, en el Opus Dei, sin experimentar inquietud ante las masas despersonalizadas: rebaño, manada, piara, os dije alguna vez. ¡Cuántas pasiones nobles hay, en su aparente indiferencia, cuántas posibilidades! Es necesario servir a todos, imponer las manos a cada uno, como Jesús hacía —singulis manus imponens (Luc. IV, 40)—, para tor-*

(1) Év. {Matth. IX, 35-36}.

*nados a la vida, para curarlos, para iluminar sus inteligencias y robustecer sus voluntades, ¡para que sean útiles! Y haremos entonces del rebaño, ejército; de la manada, mesnada; y extraeremos de la piara a quienes no quieran ser inmundos*².

El celo por la salvación de todas las almas es una característica esencial de los hijos de Dios en el Opus Dei. Hemos de reavivarlo cada día siguiendo el ejemplo de Jesús, que nos llama a corredimir con El. En alguna ocasión podrá venir el pensamiento de desentenderse de los demás, de no entrar audazmente en su vida. Para entonces nos advierte nuestro Padre: *si admitieras la tentación de preguntarte, ¿quién me manda a mí meterme en esto?, habría de contestarte: te lo manda —te lo pide— el mismo Cristo*. La mies es mucha, y los obreros son pocos; rogad, pues, al dueño de la mies que envíe operarios a su mies (Matth. IX, 37-38). *No concluyas cómodamente: yo para esto no sirvo, para esto ya hay otros; esas tareas me resultan extrañas. No, para esto, no hay otros; si tú pudieras decir eso, todos podrían decir lo mismo. El ruego de Cristo se dirige a todos y cada uno de los cristianos. Nadie está dispensado: ni por razones de edad, ni de salud, ni de ocupación. No existen excusas de ningún género. O producimos frutos de apostolado o nuestra fe será estéril*³.

(2) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1959, n. 9.

(3) *Amigos de Dios*, n. 272.

Todos mis hijos —decía también nuestro Fundador— han de sentir ese deseo magnánimo de poner todo el empeño, con el sacrificio que haga falta, para que se activen las energías agarrotadas y entumecidas de los hombres en servicio de Dios, haciendo propio aquel clamor del Señor: misereor super turbam (Marc. VIII, 2), teniendo cariño a la muchedumbre *.

LA LITURGIA de la Misa de hoy nos anima a pedir, con confianza de hijos delante de Dios: *oye, Señor, mi justicia; atiende mi ruego. Percibe en tus oídos la oración que te hago (...). Yo clamé, porque me oíste*⁴. Dios nos ha llamado por nuestro nombre y nos quiere con amor de predilección: *cuando aún no existíamos, ya estábamos previstos, ya éramos prometidos, ya éramos conocidos*⁵. ¿Hay acaso motivo mayor para estar seguros de que el Señor nos oye siempre?

Pero no hemos recibido la gracia de la vocación para nosotros solos. *El Señor nos ha llamado a su Obra, para que difundamos por toda la tierra su mensaje de amor infinito. No hay un alma que pueda quedar excluida de nuestra caridad. Cuando el cristiano comprende y vive la catolicidad de la Iglesia, cuando advierte la urgencia de anunciar la nueva de salvación*

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1959, n. 9.

(5) *Ps. R. (I) (Ps- XVI, 1 y 6)*.

(6) San Agustín, *Sermo* 6, 3.

a todas las criaturas, sabe que ha de hacerse todo para todos, para salvarlos a todos (I Cor. IX, 22).

Y nuestro deseo apostólico se convierte efectivamente en vida; empieza por lo que tiene a su alcance, por el quehacer ordinario de cada día, y poco a poco extiende en círculos concéntricos su afán de mies: en el seno de la familia, en el lugar de trabajo; en la sociedad civil, en la cátedra de cultura, en la asamblea política, entre todos sus conciudadanos de cualquier condición social sean; llega hasta las relaciones entre los pueblos, abarca en su amor razas, continentes, civilizaciones diversísimas⁷.

El apostolado es efusión de caridad, como un río de paz que hace fecundo lo que era seco y estéril. Pero, para que sea eficaz y llegue a todos, necesita proceder con el orden de la caridad. Así obró Jesucristo y así actuaron sus Apóstoles, que supieron —siendo tan pocos— transformar el mundo. Para eso empezaron por los más cercanos, por atraer a las almas más próximas. Entre los que seguían a Cristo, estaban Santiago el Menor, Simón y Judas, hijo de Alfeo, parientes del Señor. Y Andrés, después de corresponder a la llamada de Jesús, *encontró primero a su hermano Simón*⁸. Y después viene Felipe, que *era de Betsaida, ciudad de Andrés y de Pedro*».

(7) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VII-1933, n. 15.

(8) *Ioann.* I, 41.

(9) *Ioann.* I, 44.

También nosotros: en el apostolado, antes que nada están nuestros hermanos: *para que vuestro celo sea caridad de Cristo, necesita ser ordenado. Primero vuestros hermanos, los hijos míos, los que forman parte de nuestra familia sobrenatural*¹⁰. Después, nuestras familias de sangre, los amigos, los compañeros de profesión, las personas de la propia ciudad y del país, las almas todas.

UNA LABOR básica de apostolado —para que pueda haber un proselitismo eficaz— es trabajo que lleva tiempo. No debemos ceder a la impaciencia, arrancando los frutos del árbol antes de que estén maduros. *He aprendido a esperar* —nos repetía nuestro Padre—: *no es poca ciencia. Dios cuenta con el paso del tiempo para que las almas se formen, y no hay que hacerles violencia; como no se fuerza ordinariamente una planta para que crezcan las flores más deprisa*¹¹. No podemos confundir la urgencia con las prisas: sin una labor más general de apostolado, difícilmente podremos hacer el proselitismo.

Jesús nos urge¹². Por eso, cada día, constantemente, hemos de pensar en las almas, y ver las posibilidades que hay de una labor concreta y profunda. Nuestro trabajo, el trato social, cualquier relación

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 2-II-1945, n. 27.

(11) De nuestro Padre, n. 34.

(12) De nuestro Padre, *Instrucción*, I-IV-1934, n. 1.

humana es una oportunidad que nos brinda el Señor para realizar la tarea a la que nos ha llamado. *Hijos míos, tenemos mucho que hacer en el mundo: el Señor nos ha dado una misión divina. Desde el primer día os he invitado a agradecer esta muestra de predilección soberana, esta llamada divina en servicio de todos los hombres: Dios nos pide que el afán apostólico llene nuestros corazones, que nos olvidemos de nosotros mismos, para ocuparnos —con gustoso sacrificio— de la humanidad entera*¹³.

Todos los días, al llegar el momento del examen, hemos de ver, delante de Nuestro Señor, si hemos aprovechado de verdad esas ocasiones de hacer apostolado y proselitismo; y proponernos una acción intensa y eficaz para el nuevo día. *No hay señal ni marca que así distinga al cristiano y al amador de Cristo, como el cuidado de nuestros hermanos y el celo por la salvación de las almas*¹⁴.

La que mereció ser Esposa del Espíritu Santo, María Inmaculada, responderá a la petición que le dirigimos: que pida para nosotros un vivo afán de almas; que el Señor nos conceda vocaciones abundantes.

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1930, n. 22.

(14) San Juan Crisóstomo, *De incomprensibile Dei natura* 6, 3.

273.

MIÉRCOLES

- Nuestra vocación es eminentemente apostólica.
- Las labores corporativas, un medio más de apostolado.
- Estar presentes, con espíritu de iniciativa, en todos los ambientes.

*HABIENDO llamado a sus doce discípulos, les dio poder para arrojar a los espíritus inmundos y para curar toda enfermedad y toda dolencia. Los nombres de los doce Apóstoles son éstos: primero Simón, llamado Pedro, y Andrés su hermano; Santiago de Zebedeo y Juan, su hermano; Felipe y Bartolomé; Tomás y Mateo el publicano; Santiago el de Alfeo y Tadeo; Simón Cananeo y Judas Iscariote, el que le entregó *

También nosotros hemos sido escogidos por Dios. *Cuando llevéis a la oración las cosas que os vengo diciendo —nos comentaba nuestro Padre—, os daréis cuenta de que el Señor os ha escogido con tanto cariño. A cada uno le ha dicho: ego redemi te, yo te he redimido. Et vocavi te nomine tuo, y te he llamado por tu nombre; quizá por el nomignolo, como dicen en Italia: el apelativo familiar, cariñoso. Y después añade algo estupendo: meus es tu! ¡Eres mío!*

Esto no son bobadas, hijos míos, sino una prue-

(1) Ev. (Matth. X, 1-4).

*ba del amor grandísimo que nos tiene Dios. Son palabras de la Sagrada Escritura, y hay que entenderlas como lo que son: verdades consoladoras, divinas, maravillosas*².

La certeza de nuestra llamada divina, nos debe llevar a una profunda conciencia de nuestra filiación divina. Tenemos la seguridad de que Dios está pendiente de manera especial de cada uno de nosotros. *No sé qué te ocurrirá a ti..., pero necesito confiarte mi emoción interior, después de leer las palabras del profeta Isaías: "ego vocavi te nomine tuo, meus es tui"* —Yo te he llamado, te he traído a mi Iglesia, ¡eres mío!: ¡que Dios me diga a mí que soy suyo! ¡Es como para volverse loco de Amor!³.

El Evangelio de la Misa de hoy nos recuerda que, después de haber elegido a los doce Apóstoles, Jesús les encargó: *id y predicad diciendo que el Reino de los Cielos está al llegar* *. Nuestra vocación divina nos hace sentir enseguida la necesidad de ir en busca de otras almas, para hacerles partícipes de la felicidad que nos embarga, convencidos de que *hay muchos hombres y mujeres en el mundo, y ni a uno solo de ellos deja de llamar el Maestro*.

*Les llama a una vida cristiana, a una vida de santidad, a una vida de elección, a una vida eterna*⁵.

(2) De nuestro Padre, n. 7.

(3) Forja, n. 12.

(4) Ev. (Uaith. X, 7).

(5) Forja, n. 13.

Nosotros somos transmisores de esa llamada universal a la santidad para todos los que se encuentran a nuestro alrededor. Porque, como nos repetía nuestro Padre, *no eres solamente un alma que se une a otras almas para hacer una cosa buena*.

*Esto es mucho..., pero es poco. —Eres el Apóstol que cumple un mandato imperativo de Cristo*⁶.

Agradezcamos al Señor la vocación al Opus Dei, que hace sobrenaturalmente fecunda nuestra vida. Y pidámosle la gracia de ser responsables, de examinarnos con frecuencia sobre la calidad de nuestra acción apostólica. Nos servirá repetirnos la pregunta urgente de nuestro Padre: *¿Tú, hijo de Dios, qué has hecho, hasta ahora, para ayudar a las almas de los que te rodean?*⁷.

EL AMBIENTE en que desarrollamos el apostolado es nuestro trabajo, con independencia de sus características humanas. Si esa ocupación se desarrolla en el ámbito de una obra corporativa de apostolado o de una labor personal, no por eso deja de ser una tarea profesional, que debemos realizar con competencia y espíritu de superación. Porque *nunca serán fines de la Obra* —nos recuerda el Padre— *esas actividades de apostolado personales o corporativas:*

(6) Camino, n. 942.

(7) Forja, n. 880.

son y serán medios, trabajo, *que hay que santificar y con el cual nos santificaremos, y santificaremos a los demás*⁸.

Nuestra preocupación esencial, en el caso de trabajar en una obra corporativa, ha de ser la misma que en cualquier otra profesión: hacer bien lo que tenemos que hacer, buscar al Señor a través del trabajo, afianzar la amistad con quienes conviven a nuestro lado para darles la doctrina de Jesucristo. Con la responsabilidad además de saber que aquélla es una tarea que la Obra sostiene y garantiza, en cuanto a la orientación doctrinal y espiritual.

Todo esto ha de llevarnos a una revisión continua de nuestra actitud, para ver si buscamos los conocimientos necesarios, si mejoramos esa preparación, si empleamos en aquella labor toda la capacidad y la ilusión propias de un serio trabajo profesional. Se trata de hacer con perfección humana esa tarea, de mejorarla, de tener iniciativas dentro de la función que nos venga señalada. Únicamente así estaremos en disposición de santificar el trabajo, y de santificar a las personas con quienes de un modo u otro ese trabajo nos relaciona. No se entendería una actitud pasiva ante las indicaciones que recibimos para el desarrollo de esa labor. Cuando, a nuestro entender, haya de mejorarse algún aspecto, lo expondremos con claridad y sencillez a quien

(8) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 73.

corresponda decidir, con deseo de vivir la unidad y sin permitir comentarios poco sobrenaturales a nuestro alrededor.

Otro criterio claro nos ha dejado nuestro Fundador: *¿as labores corporativas de la Obra no podrán ser nunca consideradas como labores oficial u oficiosamente eclesiásticas; ni podrán agruparse o clasificarse de alguna forma —y con ningún pretexto— como instituciones de este tipo. De la misma manera, los representantes o los profesores de esos centros de enseñanza nunca formarán parte de organismos, asociaciones o federaciones que agrupen a centros eclesiásticos o religiosos, ni participarán en reuniones, congresos, etc., organizados por estas entidades.*

Esta manera de proceder, hijas e hijos míos, es una exigencia fundamental de nuestro espíritu: porque nuestro apostolado es eminentemente laical, y no podemos emprender ninguna actividad que implique una transigencia en este punto. Además es también exigencia —por eso nos ha dado el Señor este espíritu— de la mayor eficacia de nuestro trabajo apostólico, en servicio de la Iglesia y de todas las almas.

Y así, nuestros centros de enseñanza no comprometerán jamás a la Jerarquía eclesiástica, aunque en ellos se imparta una sólida formación cristiana y se sigan con esmero las orientaciones del Magisterio en materia de enseñanza. Nuestra labor es de seglares católicos y responsables, que usan en servicio de Dios todos sus derechos de ciudadanos corrientes y sienten

*en su alma la urgencia de la misión apostólica, que todos los fieles cristianos tienen, como miembros del Cuerpo de Cristo*⁹.

LLEVAMOS con nosotros a Cristo, tratamos de identificarnos con El, y sabemos que toda la eficacia sobrenatural de nuestra labor depende de su gracia. Nos ha escrito nuestro Padre: *con ese sentido de profunda humildad —fuertes en el nombre de nuestro Dios y no en los recursos de nuestros carros de combate y de nuestros caballos (cfr. Ps. XIX, 8)— estad presentes sin miedo en todas las actividades y organizaciones de los hombres, para que Cristo esté presente en ellas. Yo he aplicado a nuestro modo de trabajar aquellas palabras de la Escritura: ubicumque fuerit corpus, illic congregabuntur et aquilae (Matth. XXIV, 28), porque Dios nuestro Señor nos pediría cuenta estrecha, si, por dejadez o comodidad, cada uno de vosotros, libremente, no procurara intervenir en las obras y en las decisiones humanas, de las que dependen el presente y el futuro de la sociedad*¹⁰.

No podemos estar pasivos. Por el contrario, nuestra vocación nos impulsa a participar en las iniciativas nobles —más o menos importantes— que surgen constantemente en la sociedad. *Individual-*

mente, sin formar grupo —es imposible que lo forméis pues todos y cada uno gozáis de una libertad ilimitada en todo lo temporal—, tomad parte activa y eficaz en las asociaciones oficiales o privadas, porque nunca son indiferentes para el bien temporal y eterno de los hombres. Hasta una sociedad de cazadores o de coleccionistas, por poner algún ejemplo, se puede aprovechar para hacer mucho bien o mucho mal: todo depende de los hombres que las rigen o las inspiran".

Con plena libertad y responsabilidad personal —como personas adultas y como hijos de Dios, como apóstoles llamados por Cristo a buscar almas para El en todo el mundo—, tenemos el deber de formar parte activa de todas las manifestaciones de la vida humana, cada uno según su vocación profesional. Porque tantas veces, tal como nos explicaba nuestro Padre, *unos pocos enemigos de Dios y de su Iglesia viven del miedo de muchos buenos*¹².

Para esta contienda de hijos de Dios contamos con la protección de la Santísima Virgen. *Que Nuestra Madre Santa María, Sedes Sapientiae, os bendiga: y que su intercesión os acompañe siempre en vuestro camino de apóstoles, portadores de luz, de paz y de alegría*¹³.

(9) De nuestro Padre, *Carta*, 2-X-1939, n. 24.

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1959, n. 20.

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1959, n. 21.

(12) *Surco*, n. 115.

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 2-X-1939, n. 31.

274.

JUEVES

- Necesidad de los medios sobrenaturales.
- El Señor quiere que utilicemos también medios humanos.
- Hacer todo lo que podemos, sabiendo que Dios da el incremento.

EL SEÑOR reúne a sus discípulos y los envía a predicar el Reino de Dios por algunas ciudades de Israel. Pero antes de dejarlos marchar, quiere darles algunas instrucciones para la misión que les encomienda: *id y predicad diciendo que el Reino de los Cielos está al llegar. Curad a los enfermos, resucitad a los muertos, sanad a los leprosos, arrojad a los demonios; gratuitamente lo recibisteis, dadlo gratuitamente*¹. Y para que desde el principio sepan apoyarse en los medios sobrenaturales, poniendo toda su confianza en Dios, les quita todo apoyo humano: *no llevéis oro, ni plata, ni dinero en vuestras fajas, ni alforja para el camino, ni dos túnicas...*².

Sin medios humanos para combatir los peligros, aprenderán que es Jesús quien les ayuda y les da eficacia, *porque la confianza que el apóstol ha de poner en Dios debe ser tan grande que, aunque no posea lo necesario para esta vida, tenga por cierto*

(1) Ev. [Matth. X, 7-8].

(2) Ibid., 9-10.

*que nada le ha de faltar**. Han de partir así —sin nada—, para que se vea bien que no son suyos los triunfos ni los milagros; que sus cualidades personales, su esfuerzo humano, no bastan para que los pecadores hagan penitencia y se preparen a recibir el Reino de Dios.

Lección de humildad, de visión sobrenatural, que quedará grabada en el alma de los discípulos y será objeto de su predicación entre las gentes. *¿Quién es Apolo? ¿Quién Pablo? Ministros de Aquél en quien habéis creído (...). Yo planté, Apolo regó, pero es Dios quien ha dado el incremento*⁴. Lo recordaba también nuestro Fundador: *el Señor busca el instrumento inepto para que se vea que es El quien actúa. Cuando seáis viejos, veréis que Dios os ha utilizado como instrumentos —pobres y pequeños, como sois— para cosas heroicas y grandes*⁵.

En nuestra labor apostólica, *el primer medio que hemos de emplear es la oración habitual —que no debe interrumpirse nunca— y una continua mortificación, nuestra y de otras personas a quienes rogamos esa ayuda*⁶. Porque, *si nos faltase la piedad, si no estuviéramos de continuo pendientes de Dios, no bastarían el talento ni la ciencia ni el esfuerzo, porque el Señor nos dejaría y, entonces, se desacertaría hasta en*

(3) San Gregorio Magno, *Homiliae in Evangelia* 17, 5.

(4) I Cor. III, 5-6.

(5) De nuestro Padre, n. 79.

(6) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VI-1960, n. 12.

lo que es corriente: si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la construyen. Si no guarda el Señor la ciudad, en vano vigilan sus centinelas. En vano madrugaréis y os acostaréis tarde y comeréis el pan del dolor fPs. CXXVI, 1-2) \

Debemos, por tanto, hacer vida nuestra el consejo de nuestro Padre: *remedio para todo: ¡santidad personal!* —Por eso, los santos han estado llenos de paz, de fortaleza, de alegría, de seguridad...⁸.

AL REGRESAR de su misión, llenos de alegría, los discípulos dijeron al Señor: *¡hasta los demonios se sujetan a nosotros por virtud de tu nombre!*⁹. Pasado el tiempo, cuando está a punto de comenzar la Pasión, les recordará aquella misión primera: *cuando os envié sin bolsa, ni alforjas, ni calzado, ¿acaso os faltó algo? Nada, le respondieron. Entonces les dijo: ahora, en cambio, el que tenga bolsa, que la lleve; y del mismo modo alforja...*¹⁰.

Es una llamada a utilizar todos los recursos nobles que tengamos a nuestro alcance. Como decía nuestro Padre, *no somos ángeles, ni trabajamos entre ángeles, y la extensión de los apostolados de la Obra es tan grande que, para contar con un míni-*

(7) De nuestro Padre, *Carla*, 6-V-1945, n. 26.

(8) *Surco*, n. 653.

(9) *Luc. X*, 17.

(10) *Luc. XXII*, 35-36.

*mum de medios humanos, eficaces y útiles, es preciso disponer de una pequeña base económica, que permita el sostenimiento de esos apostolados y crear otros nuevos*¹¹. Actuar de otro modo, imaginando soluciones que se salgan de la normalidad, no es lo que Dios quiere para la Obra. *En nuestra vida toda* —insistía nuestro Fundador— *no deseéis cosas extraordinarias: nada hay más extraordinario que la Providencia ordinaria de nuestro Padre Dios*¹².

El uso de los medios humanos es también ocasión de vivir la humildad, porque así comprendemos que es mínima nuestra aportación, que no se explica el fruto sobrenatural por lo que nosotros ponemos de nuestra parte. Dios bendice nuestra pequeña cooperación con sobreabundancia, a manos llenas. *Trabajar, trabajar con optimismo. Ese es el milagro grande que hacemos*¹³.

El Señor nos pide el mismo esfuerzo que ponen las demás personas en los negocios terrenos. *El trabajo profesional, las relaciones humanas de amistad y de convivencia, los afanes por lograr —codo a codo con nuestros conciudadanos— el bien y el progreso de la sociedad son, en los miembros de la Obra, frutos naturales, consecuencia lógica, de esa savia de Cristo que es la vida de nuestra alma: son trabajo de Cristo, Opus Dei, operatio Dei.*

(11) De nuestro Padre, *Crónica*, IV-64, pp. 6-7.

(12) De nuestro Padre, n. 184.

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 15-X-1948, n. 25.

Con esa piedad sencilla, sobria y viril, perfectamente asimilada, connatural, purificamos todas las cosas y, sin violentar su naturaleza, las transformamos en auténtica materia de santificación y de apostolado. Muchas veces os recuerdo la leyenda del rey Midas, que convertía en oro todo cuanto tocaba. De manera semejante, con una labor exclusivamente espiritual —sirviendo al mundo y sin convertir la labor en instrumento de poder humano— santificamos desde dentro, con el trabajo de nuestra inteligencia y de nuestras manos, todas las realidades y actividades de la tierra¹⁴.

ESTAMOS llevando a cabo una tarea divina: la Obra de Dios. Y bien sabemos que todo lo que proviene de nosotros nada vale, que es el Señor quien nos llena de eficacia sobrenatural, a pesar de nuestros errores. *En 1940 —nos decía nuestro Padre—, en la playa de Valencia, pude ver cómo unos pescadores —recios, robustos— arrastraban la red hasta la arena. Un niño pequeño se había metido entre ellos, y tratando de imitarles, tiraba también de las redes. Era un estorbo: pero observé que la rudeza de aquellos hombres de mar se enternecía, y no apartaban al pequeñín, dejándole en su ilusión de ayudar en el esfuerzo.*

(14) De nuestro Padre, *Carta*, 6-V-1945, nn. 25-26.

Os he contado muchas veces esta anécdota, porque a mí me conmueve pensar que Dios Nuestro Señor nos deja a nosotros también poner la mano en sus obras, y nos mira con ternura, al ver nuestro empeño en colaborar con El: non quod sufficientes simus cogitare aliquid a nobis quasi ex nobis, sed sufficientia nostra ex Deo est (II Cor. III, 5), no porque seamos capaces, por nosotros mismos, para concebir algún buen pensamiento, porque todo lo recibimos de Dios¹⁵. El Señor nos trata como un padre a su hijo. Pide sólo nuestra cooperación, para hacernos participar después de los frutos que El solo ha alcanzado. Pero quiere que colaboremos, que le demos esa muestra de amor.

Por eso, si la labor no da frutos, no podemos excusarnos con las dificultades del ambiente o con otras circunstancias. Si somos sinceros en el examen, nos daremos cuenta de que la falta de eficacia se debe a no haber puesto todos los medios sobrenaturales y humanos que estaban a nuestro alcance.

A propósito del apostolado y del proselitismo, innumerables veces nos dijo nuestro Padre que *quien hace proselitismo consigue vocaciones; quien hace poco proselitismo, consigue pocas vocaciones; quien hace mucho proselitismo, consigue muchas vocaciones. Si no hay vocaciones, falta amor de Dios¹⁶. Si hay amor de Dios, si se ponen los medios sobrenaturales*

(15) De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, n. 65.

(16) De nuestro Padre, *Crónica* 111-66, p. 11.

y humanos —con oración, con mortificación y aprovechando todas las oportunidades—, el Señor no deja estéril ningún esfuerzo nuestro. *¡Estos son los medios que debemos poner siempre: una vida de oración, una vida de sacrificio, un cumplimiento del deber en el trabajo profesional y social! "*.

Si en alguna ocasión vemos que hemos sido negligentes, acudamos a la Virgen Nuestra Señora. *Tu alma y tu vida saldrán reconfortadas. —Ella te hará participar de los tesoros que guarda en su corazón, pues "jamás se oyó decir que ninguno de cuantos han acudido a su protección ha sido desoído"*¹⁸.

(17) De nuestro Padre, Meditación, 26-11-1963.

(18) *Surco*, n. 768.

275.

VIERNES

—Hemos de perseverar hasta el fin.

—Enemigos de la perseverancia.

—La sinceridad, virtud necesaria para ser fieles.

HAY UNAS palabras en el Evangelio de la Misa que pueden muy bien servirnos para nuestra oración de hoy: *quien persevere hasta el fin, ése será salvo* '. Las meditaremos siguiendo las palabras que nuestro Padre dirigía a unos hermanos nuestros, hace muchos años.

Os tengo que decir, hijos míos, algo que no va mucho con mi espíritu, pero que no se puede de ninguna manera olvidar. Insisto: no va mucho con mi espíritu, que es el que Dios me ha dado para que os lo transmita a vosotros, porque nuestro camino es de amor, y el temor —entendido como miedo— no es el motivo que nos mueve. Como esta vida se acaba muy pronto y, después, vendrá el premio o el castigo, entiendo perfectamente que el alma desee estar completamente purificada para el encuentro eterno con la Trinidad Beatísima: por eso, veo el Purgatorio como una manifestación de la misericordia divina, y pienso que el Señor, en su Omnipotencia, llegó hasta ahí

(1) *Ev. (Malth. X, 22)*.

por el amor. A mí me gusta pensar que nuestro camino termina en el Cielo, después de haber gozado un medio cielo en esta tierra, por la llamada que hemos recibido. Pero no me olvidéis que ese feliz término se asegura con la perseverancia.

¿Habéis visto esos juegos televisivos, en donde hacen una pregunta a un pobre hombre, y le dan treinta segundos de tiempo para responder? ¡Hijos míos!, todo lo que cada uno de vosotros, lo que yo esta misma mañana me he puesto como fin de mi vida; todo eso, concreto, determinado; todo eso tan grande, hecho de cosas pequeñas, son pocos minutos: que el tiempo se va, ¡que la vida se va!...

Afirma la Sagrada Escritura que la vida es como la flor del heno, que nace con la luz del sol y al atardecer está agostada (cfr. Ps. CU, 15). Y si le preguntamos a un poeta, nos dirá que al brillar un relámpago nacemos / y aún dura su fulgor cuando morimos... Pensad que mueren todos: statutum est hominibus semel mori (Hebr. IX, 27). ¡Todos!: también vosotros y yo. Se van jóvenes de vuestra edad, y personas que han comenzado a envejecer, como yo. Niños y ancianos y hombres en el momento más robusto de su existencia, se van. ¡No podemos perder el tiempo! Esto es lo que quiero recordaros: el tiempo es poco, poco, poco.

Por lo tanto, preguntémonos: ¿cómo lograremos perseverar nosotros? Poniendo, por lo menos, la misma constancia e idéntico empeño que la gente emplea en las cosas humanas. ¿No veis cómo gasta noblemente su

vida un padre o una madre de familia, por sacar adelante a los suyos, sin dejarse abatir por las dificultades? Y otras personas, por lo que llaman su honor, y a veces no es más que su soberbia, ¿no veis cómo luchan, cómo insisten, sin desanimarse?

Recuerdo que una vez estaba dando ejercicios al clero de una ciudad castellana, Avila. Hay allí un viejo palacio del duque de Abrantes, y me chocaron las palabras escritas sobre la fachada principal del edificio. Me explicaron que se trataba de una tozudez del procer dueño del caserón. Desde el palacio, a través de un portillo hecho en la muralla, podía directamente salir de la ciudad. Y el municipio le obligó a cerrarlo. Lo cerró, pero mandó poner sobre aquella ventana de la fachada principal esta inscripción: donde una puerta se cierra, otra se abre. ¡Tozudez! ¡Perseverancia! ¿Tú y yo somos así para nuestras cosas? Cuando algo no va en esa lucha cotidiana, ¡pues mañana irá! Hijos míos, sed tozudos. Llevad la tozudez al plano sobrenatural².

ENEMIGO de la perseverancia, hijos míos, es el desaliento. Llegan momentos de lucha, a vuestra edad, y en la madurez y en la vejez. Yo los tengo también. Momentos en los que el alma se siente movida a gritar, con San Pablo, aquellas palabras que para mí son un gran consuelo: veo otra ley en mis miembros, que resis-

(2) De nuestro Padre, Meditación, 4-III-1960.

te a la ley de mi espíritu y me sojuzga a la ley del pecado, que está en los miembros de mi cuerpo. ¡Qué hombre tan infeliz soy! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? (Rom. VII, 23-24). *Se sienten entonces los ataques de la soberbia y de la sensualidad y las ansias, no de libertad, sino de libertinaje. Y si no estamos precavidos, es entonces cuando aparece en nuestra vida el desaliento (...).*

Hijo mío, ese desaliento, ¿por qué? ¿Por tus miserias y las mías? ¿Por tus derrotas, a veces continuas? ¿Por un bache grande, grande, que no esperabas? Abre tu corazón, sé sencillo, y ¡adelante!, con más cariño, con más alegría, con más confianza, con más fortaleza, con la fortaleza que nos da Dios. Dominus illuminatio mea et salus mea, quem timebo? Si consistant adversum me castra, non timebit cor meum! (Ps. XXVI, 1 y 3).

Otro enemigo de la perseverancia es la tibieza. Os leo unas palabras del Apocalipsis: scio opera tua...; conozco bien tus obras, que ni eres frío, ni caliente: ¡ojalá fueras frío, o caliente! Mas por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, estoy para vomitarte de mi boca (Apoc. III, 15-16). No os enfadaréis si os digo que he conocido naciones enteras que son así, ni frías ni calientes... La consecuencia es que todo está sumergido en la tibieza más espantosa, todo les parece bien. Utinam frigidus esses aut calidus! (IbidJ).

Hijos míos de mi alma: ¡no queremos tibieza! Los tibios tienen el corazón de barro, de carne miserable.

Hay corazones duros —yo los he visto, que me perdonen los médicos: iba a decir que los he tocado con las manos—, corazones duros, pero nobles, fríos, pero nobles, que, al acercarse al calor del Corazón de Jesucristo, se derriten como el bronce en lágrimas de amor, de desagravio, ¡se encienden! Y hay otros, que son de barro y se resquebrajan. Son polvo, dan asco. ¡Hijos míos!, ¡Jesús nuestro!, ¡lejos de nosotros la tibieza! ¡Tibios, no!

¿Queréis que os advierta otra cosa? Que hay un enemigo pequeño, tonto, pero eficaz, que es el poco empeño en examinarse. Los exámenes están puestos dentro de nuestras Normas por una razón de eficacia. Si tenemos algún momento de escrúpulo, el examen ha de ser muy breve: ¿qué he hecho mal? Perdón, Señor. ¿Qué he hecho bien? Dar gracias. ¿Qué podría haber hecho mejor? Un propósito. Dos minutos, medio minuto. Y el examen particular de la cosa concreta, del punto en que vosotros habéis presentado batalla al enemigo, hace que el enemigo no la presente donde no os convenga. ¡Jamás lo dejéis!

Otro enemigo de la perseverancia es la falta de amor. Hijos de mi alma, si no hubiera amor en nuestra vida, nuestro celibato no tendría sentido. Si no estamos enamorados, en lugar de ser unos santos seremos unos solterones que darán asco. ¡Tratad a Cristo! A los primeros que venían a mi lado, les daba muchos libros de lectura que ayudaban a meditar la Pasión del Señor. ¡Amad a Cristo! Sed vosotros un personaje más

junto a El, dejad que el corazón se explaye; veréis cómo os encontraréis más cerca de Jesús y cómo os enamoraréis de El. Y, a pesar de todas las pasiones y miserias de esta tierra, seréis fieles, sabréis perseverar³.

HIJOS míos: el que persevere hasta el fin, ése se salvará (Matth. X, 22), ha dicho Jesús. Y, con claridad sobrenatural y humana, he escrito que nuestra perseverancia en la Obra es totalmente voluntaria. Tú estás aquí porque te da la gana. A mí me parece la razón más sobrenatural. La criatura recibe la gracia de Dios, siente su fuerza, y responde: ecce ego, quia vocasti me (I Reg. III, 6); aquí estoy, porque me has llamado.

En el Opus Dei no está coaccionado nadie. La perseverancia depende de cada uno de nosotros. Te ayudan todos, ¡todos!, porque somos miembros del mismo cuerpo, y tenemos obligación de poner actos de virtud en este torrente circulatorio, para llenar de fortaleza y de entrega a los demás. Si pasas por un momento difícil, tus hermanos te darán la mano. Pero si tú quieres soltar la mano, te irás (...).

¿Cómo seremos fieles, perseverantes en nuestra vocación? Siendo sinceros. En primer lugar, sinceridad con Dios. Es difícil, porque la gente tiende al anonimato. Todas las personas que tienen una función importante en la vida, reciben por desgracia montones

de anónimos. Yo los tiro al cesto. Pues..., de cara a Dios, hay muchos hombres que quieren pasar en el anonimato. He visto a multitudes comunistas hacer tropelías, y a muchos cristianos arrastrados por ese camino; los he visto incendiar iglesias, quemar conventos, asesinar a gente inocente, casi sin darse cuenta: eran una masa anónima. ¡Qué pena si nosotros, en lugar de vivir cara a Dios, quisiéramos estar en el anonimato! Yo amo, y os la he aconsejado, la oración vocal; pero ¿y la mental, que es de cara a Dios, sin fórmulas? ¡Sin anonimato, Señor, me acerco para estar a tu lado! Cuidadme la oración mental, la presencia de Dios continua.

Sinceros también con nosotros mismos. Más difícil aún. Ya habéis oído decir que el mejor negocio del mundo sería comprar a los hombres por lo que valen y venderlos por lo que creen que valen. Es muy difícil ser sinceros. Siempre hay excusas.

Sinceros, finalmente, con los Directores. ¿A qué hemos venido al Opus Dei, hijos míos? Hemos venido a algo definitivo: a ser santos. Es como cuando una persona acude a una clínica para recuperar la salud. Si esa persona, cuando se tiene que quitar la ropa para que le hagan un reconocimiento, dice: ¡ay, no!; y cuando le preguntan qué síntomas nota, no los quiere contar...; a esa persona, en lugar de llevarla a una clínica, habría que encerrarla en el manicomio. Pues al Opus Dei venimos a ser santos. Por tanto, hay que rechazar el temor de que nos conozcan, porque, si no, no nos

(3) De nuestro Padre, Meditación, 4-III-1960.

podrán curar. Vuestros Directores y los sacerdotes necesitan conocerlos. ¡No ocultéis nada! ¡Jamás! Sin esa sinceridad con Dios, con vosotros mismos y con los que mandan, veo mal la perseverancia. En cambio, procurando ser sencillos con Dios, con nosotros mismos y con los Directores, perseveraremos fácilmente.

Por otra parte, ese reparo en hablar de lo que nos ha sucedido es una tontería bien grande. Lo que algunas almas pretenden ocultar es aquello que no tienen inconveniente en pregonar otras personas, exagerándolo quizá, alrededor de una mesa de café. En cambio —insisto—, para servir a Dios, a algunos les entra incomprensiblemente una especie de pudor... Os repetiré lo que me decía mi madre, cuando yo era niño, y me negaba a salir para saludar a las visitas. Ella, entonces, me repetía: "Josemaría, vergüenza sólo para pecar". ¿Está claro? ¡Vergüenza, para ofender a Dios! Si le has ofendido, ¡a contarlo corriendo al médico, a enseñar la llaga, a referir las características del mal! Si no, no hay cura. De esta manera, en cambio, ¡hablando!, nos será muy fácil perseverar (...).

Para terminar, os recordaré un punto muy importante, que se recoge en nuestro Derecho particular. Tres cosas son las que aseguran la felicidad en la tierra y el premio eterno en el Cielo: una fidelidad firme, virginal, alegre e indiscutida a la fe, a la pureza y a la propia vocación o camino.

Dios nos pide que la fe sea virginal; que la pureza rebrote de tal manera —si hemos tenido otros cami-

nos—, que la podamos llamar así, virginal; y lo mismo la vocación. Son tres cosas que no se tocan, que no se manosean. ¿Quién permite que pongan en duda la honestidad de su madre? Mi fe, mi pureza, mi llamada: intangibles, firmes, virginales, alegres, ¡indiscutidas! De esta manera perseveraréis hasta el fin. Y quien persevere hasta el fin —lo ha dicho Jesús—, ése se salvará (Matth. X, 22) \

Madre nuestra, Virgen fiel: ayúdanos a perseverar hasta el fin de la vida en el Opus Dei.

(4) De nuestro Padre, Meditación, 4-IH-1960.

276.

SÁBADO

- Poner nuestra confianza solamente en Dios.
- Acudir al Señor, a pesar de nuestras miserias.
- Confianza en los demás y desconfianza en nosotros mismos

NO TENGÁIS miedo a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed ante todo al que puede hacer perder alma y cuerpo en el infierno. ¿Acaso no se vende un par de pajarillos por un as? Pues bien, ni uno solo de ellos caerá en tierra sin que lo permita vuestro Padre. En cuanto a vosotros, hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. Por tanto, no tengáis miedo: vosotros valéis más que muchos pajarillos¹.

Confianza en el Señor. Es una nota característica de nuestro modo de tratar a Dios, una consecuencia directa de nuestra filiación divina. *Dios nuestro Señor juega con nosotros. Estoy seguro de que pasa por encima de nuestras miserias: porque conoce nuestra flaqueza, porque conoce nuestro amor y nuestra fe y nuestra esperanza. Todo esto lo resumo en una palabra: confianza. Pero una confianza que, como está fundamentada en Cristo, tiene que ser delante de Dios*

(1) Ev. (Matth. X, 28-31).

una oración urgente, bien sentida, bien recibida: más, si llega a la Trinidad Beatísima por las manos de nuestra Madre, que es la Madre de Dios².

Porque confiamos en Dios sabemos que la oración es arma poderosa, remedio seguro en todas las dificultades, causa permanente de alegría en cualquier circunstancia: *Dios es misericordioso y Padre benéfico, tiene entrañas de misericordia (...), y reparte amorosamente sus gracias a todos los que se acercan a El con mente sencilla³.* Porque la soberbia es el enemigo mayor de la confianza, es causa de desasosiego interior, de inseguridad. *Si notas que no puedes, por el motivo que sea, dile, abandonándote en El: ¡Señor, confío en Ti, me abandono en Ti, pero ayuda mi debilidad!*

Y lleno de confianza, repítele: mírame, Jesús, soy un trapo sucio; la experiencia de mi vida es tan triste, no merezco ser hijo tuyo. Díselo...; y díselo muchas veces.

*—No tardarás en oír su voz: "ne timeas!" —¡no temas!; o también: "surge et ambula!" —¡levántate y anda!**

Se da entonces la paradoja de que quien lucha con más humildad, quien está más convencido de que es nada, es el que llega más lejos, es el que alcanza —con esa reciedumbre prestada— metas más

(2) De nuestro Padre, Meditación *Que se vea que eres Tú*, I-IV-1962.

(3) San Clemente Romano, *Epístola ad Corintios* 23, 1.

(4) *Forja*, n. 287.

altas. *Solos, no podemos nada de provecho, porque habremos cortado el camino de las relaciones con Dios: sine me nihil potestis faceré* (Ioann. XV, 5); *sin mí no podéis hacer nada. Pero unidos al Señor, lo podemos todo: omnia possum in eo qui me confortat* (Philip. IV, 13); *todo lo podremos en Aquél que nos confortará, aunque tengamos equivocaciones y errores, si luchamos por no tenerlos*⁵.

EN EL camino de la santificación personal, se puede a veces tener la impresión de que, en lugar de avanzar, se retrocede; de que, en vez de mejorar, se empeora.

Mientras haya lucha interior, ese pensamiento pesimista es sólo una falsa ilusión, un engaño, que conviene rechazar.

*—Persevera tranquilo: si peleas con tenacidad, progresas en tu camino y te santificas*⁶.

¡Qué seguridad tan grande nos tiene que dar el saber que Dios es dueño de todo el universo, que nada se resiste a su poder, y que además es nuestro Padre! Sólo una cosa podría turbar esa tranquilidad: nuestra soberbia. El soberbio sólo confía en sí mismo; en sus propias fuerzas; en lo que ve, entiende, quiere y puede. No siente en la intimidad de su cora-

ra De nuestro Padre, Carta, 24-111-1931, n. 58.

(6) Forja, n. 223.

zón aquel clamor filial: *joh, Dios mío: cada día estoy menos seguro de mí y más seguro de Ti!*⁷.

No nos costará acudir a Dios si somos humildes, si luchamos por ser fieles, poniendo en Dios nuestra confianza. *Yo iré delante de ti* —nos dice el Señor— *y te allanaré los caminos montuosos. Yo romperé las puertas de bronce y arrancaré los cerrojos de hierro; Yo te entregaré los tesoros escondidos, las riquezas enterradas, para que sepas que Yo soy Yavé, el Dios de Israel, que te llamó por tu nombre*⁸. Nada debe interrumpir nuestro trato con Dios: ni el pecado, ni las miserias, ni la experiencia triste de ver que no superamos un defecto determinado, a pesar de la lucha por desarraigarlo, porque todo tiene remedio si sabemos volver con confianza a Dios.

A veces, la falta de humildad nos hace ver obstáculos insuperables donde no los hay. Y viene el desaliento, el abandono de la lucha. Nuestro Padre establecía a este propósito una comparación. Nos hablaba de los gigantes de las fiestas populares. Suenan los cohetes y la charanga que anuncia el desfile de los gigantes: gritan los niños: y aparecen unas figuras enormes, inmensas. Se contonea el gigante al compás de la música, y parece que, si se cayera, aplastaría a la muchedumbre. Nadie se libra de una cierta impresión. Pero acabada la fiesta, se ve que el gigante es sólo un armazón de tablas y trapos que

(7) Camino, n. 729.

(8) Isai. XLV, 2-3.

arrastra un pobre hombre. Así ocurre muchas veces con nuestros defectos. *Cuando veáis ese gigante dentro de vosotros, no olvidéis que es un gigante fingido. De cuando en cuando, cada uno tiene en su mundo interior un pequeño conflicto, que la soberbia se encarga de hacer grande, para darle importancia. No hagáis caso a esas pequeñas cosas*⁹. La soberbia compone, agranda. De cuatro tablas hace un gigante, *cuatro maderas y dentro un hombrecito pequeño, sin substancia. No os dejéis engañar: ¡no vale la pena!*¹⁰.

¡Qué gran cosa es la humildad de saberse nada! Saber que ni aun en lo malo nos podemos dar importancia, que no merece la pena disgustarse por nuestros defectos. Tenemos a Dios a nuestro lado. Y eso es lo que cuenta.

OH PÍOS, meditamos tu misericordia en medio de tu templo: como tu renombre, oh Dios, tu alabanza llega al confín de la tierra; tu diestra está llena de justicia". El Señor es nuestro amparo, y de El viene todo lo bueno. ¡Qué seguridad! ¡Qué confianza para nuestro deseo de hacer bien! Sólo una cosa debemos temer: el pecado, la posibilidad de alejarnos de Dios.

Si alguna vez sintiésemos en el alma la presunción, el afán rebelde de independencia ante la apa-

(9) De nuestro Padre, Crónica XII-58, p. 37.

(10) De nuestro Padre, Crónica XII-58, p. 37.

(11) *Ant. ad Intr.* (Ps. XLVII, 10-11).

rente esterilidad de la lucha personal, deberíamos decir: "*confige timore tuo carnes meas!*"—¡dame, Dios mío, un temor filial, que me haga reaccionar!".

Cuando el temor es filial, no se opone a la confianza en Dios: *no tememos que nos falte lo que esperamos alcanzar por el auxilio divino, sino que tememos que nosotros mismos nos retraigamos a ese auxilio. Y así, el temor filial y la esperanza se compenetran y perfeccionan mutuamente*¹³.

Yo digo muchas veces: pauper servus et humilis. Y no lo digo con humildad de garabato". Porque cuando la humildad lleva a sentirse como un siervo pobre e inútil delante del Señor, entonces nos afirmamos en la entrega, nos fundamentamos en la vocación; y como la vocación es un regalo del Señor, al descansar en ella, descansamos en Cristo, que es piedra angular.

La vocación nos lleva también a confiar en nuestros hermanos, que son el medio dispuesto por el Señor para ayudarnos. No hacerlo así, sería apartarnos de Dios que nos tiende la mano, que nos presta un auxilio en la lucha. *Ay del que está solo, porque cuando cae, no tiene quien le levante*¹⁵. Y como queremos dejarnos ayudar, hacemos hoy el propósito de tener más docilidad en la Confidencia; de amar más ese

(12) *Camino*, n. 326.

(13) Santo Tomás, S. Th. II-II, q. 19, a. 9 ad 1.

(14) De nuestro Padre, Noticias IV-60, pp. 72-73.

(15) *Eccles.* IV, 10.

medio de formación, de desearla más ardientemente.

En la Virgen tenemos un ejemplo de confianza en el Señor, que se traduce en confianza en los hombres. Escucha la embajada del Ángel, acepta ser Madre del Mesías, y acude *cum festinatione*¹⁶, con prisa, a ver a su prima Santa Isabel. La Virgen comparte su gozo con su prima, y las dos se alegran en el Señor.

(16) *Luc.* I, 39.

277.

DOMINGO XV DEL TIEMPO ORDINARIO

—Hemos de vivir la caridad con todos los hombres.

—De modo especial, con nuestros hermanos en la Obra.

—La caridad fraterna nos ayuda a ver todo con perspectiva divina.

EL EVANGELIO de la Misa de hoy nos presenta la figura del buen samaritano. Las palabras del Señor se dirigen a cada uno de nosotros, para enseñarnos a ejercitar de modo práctico la caridad con quienes de alguna manera convivimos.

Recordamos la parábola. *Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de unos salteadores que, después de haberle despojado, le cubrieron de heridas y se marcharon, dejándolo medio muerto*¹. Un sacerdote y un levita, que casualmente transitaban por allí, pasaron de largo. Hubieran podido recordar las palabras de la Escritura: *más estimo la misericordia que el sacrificio*²; pero en aquel momento dieron más valor a sus asuntos que al hombre que vieron tendido en el camino. Iban directamente a lo suyo, a sus cosas —quizá muy importantes—; no creyeron oportuno detenerse. Se les escapó lo esencial: el amor. Aquel servicio que no prestaron hubie-

(1) *Ev.* (C) (*Luc.* X, 30).

(2) *Osee* VI, 6.

ra merecido del Señor estas palabras, a la hora del juicio definitivo: *bonum opus operata est in me*³: una buena obra ha hecho conmigo. Porque todo lo que hacemos por los demás, lo hacemos por El.

*Pero un samaritano que iba de camino llegó hasta él y al verlo se movió a compasión*⁴. No se le ocurrió pensar: él es judío; ni consideró tampoco el cúmulo de ofensas que esto sugería a la mente de un samaritano. El amor le urgía y no era tiempo de cálculos.

*Yo al diablo no lo puedo querer, pero a todos los que no son el diablo los quiero; a todos los hombres sin excepción. No me siento enemigo de nadie, y soy-contrario sólo a las ideas que van contra la fe y la moral de Jesucristo. Pero se ha de comprender a las personas que tienen esas ideas y hemos de rezar por ellas. No pienso que sea malo ningún hombre: lo que pasa es que, por soberbia, por respeto humano, si se les habla delante de otra gente, reaccionan mal. Pero si se les toca el corazón, si se les trata con cariño y comprensión, a solas, pueden cambiar*⁵.

Cristo nos ha dado esa lección: amar a los que nos hacen mal, querer a todos, comprender a todos, incluso a quienes no nos comprenden. *Y acercándose vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino; lo*

(3) Marc. XIV, 6.

(4) Ev. (C) (Luc. X, 33).

(5) De nuestro Padre, Crónica VIII-64, p. 34.

*hizo subir sobre su propia cabalgadura, lo condujo a la posada y él mismo lo cuidó*⁶.

¿Qué no pueden lograr el aceite y el vino de la caridad? Estaba herido por los cuatro costados, cubierto de sangre. Pero la caridad todo lo cura. Transforma cualquier llaga en algo noble y limpio. *Amamos a todos: a los que son de religiones paganas, a los mahometanos, a los hebreos, a los que ahora llaman cristianos separados; pero yo amo primero a los que no están separados, porque la caridad tiene que estar ordenada. El amor —os lo enseña la Teología— es ordenado. Y uno que no quiere a su madre y dice que quiere a los demás, se equivoca. Amad a todos, pero con orden y concierto, de modo que hasta aquellos a quienes tengáis poca obligación de amar estén satisfechos, porque ven que les queréis. Tenemos que amar a todas las almas, sin excluir ninguna*⁷.

JESUCRISTO ha contado la parábola del buen samaritano como respuesta a la pregunta de un doctor de la ley: *¿quién es mi prójimo?*⁸. Al terminar de narrar la historia, el Señor se dirige a aquel hombre: *¿cuál de estos tres te parece que fue el prójimo de aquél que cayó en manos de los salteadores? El le di-*

(6) Ev. (C) (Luc. X, 34).

(7) De nuestro Padre, Meditación, 26-11-1963.

(8) Ev. (C) (Luc. X, 29).

*jo: el que tuvo misericordia con él. Pues anda, le dijo entonces Jesús, y haz tú lo mismo*⁹.

Hemos de vivir la caridad, la preocupación por las almas de todos. Pero de modo especial, ese afán ha de dirigirse a los que están más cerca de nosotros, a nuestros hermanos; somos hijos de una misma Madre, la Obra. Y así nos ha dicho nuestro Padre, una y otra vez, que sus hijos deben *poner su co-razón en el suelo como una alfombra, para que sus hermanos pisen blando*¹⁰. Esa preocupación hará que nos olvidemos fácilmente de nosotros mismos, para seguir el consejo de Jesucristo: *quien entre vosotros quiera ser el primero, sea esclavo de todos*¹¹; no entender más que de obligaciones, de servicio, para ser el primero en lo que realmente importa. *Jesús, que sea yo el último en todo... y el primero en el Amor*¹²; en el amor de Dios, que se manifiesta en esa preocupación por los demás.

El amor que se nos pide, exige realidades prácticas de entrega. *Cuando os digo que hay que hacerse alfombra donde pisen blando los demás* —comentaba nuestro Fundador—, *no hago una frase bonita; ha de ser una realidad. Esto es difícil, como es difícil la santidad; pero es fácil, porque la santidad es asequible a todos*¹³. Nuestras aficiones personales, nuestros gus-

(9) Év. (C) (Luc. X, 36-37).

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 8-VIII-1956, n. 7.

(11) *Marc.* X, 44.

(12) *Camino*, n. 430.

(13) De nuestro Padre, *Crónica*, 1969, p. 489.

tos, nuestros deseos, han de ceder ante la necesidad de un hermano nuestro, en una entrega gustosa que haga de quienes nos rodean el centro de nuestros afanes. Cristo nos enseña que el verdadero y buen amor de sí lleva a renunciar gustosamente a lo propio, para buscar el bien de los demás: esforzarnos por hacerles amable el camino de su entrega, sobre todo en los momentos difíciles; ser comprensivos con las faltas ajenas, ayudándoles a corregirlas y a vivir mejor el espíritu de la Obra; estar prontos para aliviar, con alegre delicadeza, la carga que pese sobre nuestros hermanos.

*¡Pues no es poco! Ahí tienes toda una norma de vida, ahí están señaladas todas las delicadezas que viven mis hijos, todo ese cuidado de procurar fastidiarse cada uno para hacer más agradable a los demás la entrega a Nuestro Señor, y para quitarles los obstáculos en su camino de santidad*¹⁴. Esto que nos señala nuestro Padre es parte importante, esencial, de nuestra santificación: hacernos santos procurando que los demás lo sean, y haciéndoles amable su camino de entrega a Dios.

ME PARECEN muy lógicas tus ansias de que la humanidad entera conozca a Cristo. Pero comienza con la responsabilidad de salvar las almas de los que

(14) De nuestro Padre, *Meditación*, 15-IV-1954.

*contigo conviven, de santificar a cada uno de tus compañeros de trabajo o de estudio... —Esta es la principal misión que el Señor te ha encomendado*¹⁵. La preocupación por los demás nos ayudará a tener visión universal, ensanchará nuestro corazón, nos hará ver nuestra propia labor en relación al conjunto, en vez de ser uno mismo el centro de sus pensamientos y sus afanes. Ni la falta de tiempo, ni el trabajo profesional, ni los encargos apostólicos, pueden justificar las omisiones de caridad. Esa es la enseñanza de la parábola del buen samaritano.

Para un alma enamorada de Dios, *el amor sobrenatural y el amor humano van de tal manera unidos que, en un acto cualquiera de fraternidad, la cabeza y el corazón no pueden distinguir en muchas ocasiones si se trata de servicio a Dios o de servicio a los hermanos: porque, en el segundo caso, lo que hacemos es servir a Dios dos veces*¹⁶.

Hemos de fomentar en nosotros los sentimientos del buen samaritano, que deja de lado sus planes personales para atender a aquella persona necesitada. Todas las preocupaciones, las dificultades, las necesidades de los demás han de ser para nosotros más importantes que las nuestras. Así colaboraremos eficazmente en la santidad de nuestros hermanos, y les ayudaremos a vivir la alegría en su entre-

ga; y el ambiente donde vivimos será el que nuestro Padre nos ha enseñado.

Fijaos en que no es éste un ejemplo que el Señor expone sólo para pocas almas selectas, porque enseguida añadió, contestando al que le había preguntado —a cada uno de nosotros—: anda, y haz tú lo mismo (Luc. X, 37).

*Por lo tanto, cuando en nuestra vida personal o en la de los otros advirtamos algo que no va, algo que necesita del auxilio espiritual y humano que podemos y debemos prestar los hijos de Dios, una manifestación clara de prudencia consistirá en poner el remedio oportuno, a fondo, con caridad y con fortaleza, con sinceridad. No caben las inhibiciones. Es equivocado pensar que con omisiones o con retrasos se resuelven los problemas*¹⁷.

De este modo, cuando llegue el final del día y nos encontremos en presencia de Nuestro Señor para hacer el examen, veremos que esa jornada no ha sido realmente nuestra, sino suya; que hemos dedicado nuestro tiempo a cuidar de los demás por Dios; y pediremos luces para descubrir nuevas metas en nuestro afán de servicio.

La Virgen María llevará gozosamente esa oración cuajada en obras, a la presencia de su Hijo.

(15) *Surco*, n. 953.

(16) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 75.

(17) *Amigos de Dios*, n. 157.

278.

LUNES

—Necesidad de una continua formación.

—No basta aprender: hay que poner por obra lo aprendido.

—Humildad para convencerse de que nunca se estará suficientemente formado.

EL EVANGELIO de la Misa de hoy nos presenta al Señor que da unas instrucciones a sus Apóstoles, antes de enviarlos a predicar por ciudades y aldeas: *no penséis que he venido a traer la paz a la tierra*, les dice. *No he venido a traer la paz sino la espada*¹. Jesús se esmera en la formación de los Doce: les pone en guardia frente a las dificultades que encontrarán en el cumplimiento de su misión, y al mismo tiempo les anima con la seguridad de la victoria, si ponen en práctica sus consejos: *quien encuentra su vida la perderá, pero quien pierda su vida por mí, la encontrará*².

Nuestra vocación sobrenatural, como la de los Apóstoles, necesita también de una formación específica, que la Obra nos ofrece constantemente. *Los fines que nos proponemos corporativamente* —predicaba nuestro Fundador— *son la santidad y el apostolado. Y para lograr estos fines necesitamos, por encima*

(1) Ev. (Matth. X, 34).

(2) Ibid., 39.

de todo, una formación. Para nuestra santidad, doctrina; y para el apostolado, doctrina. Y para la doctrina, tiempo, en lugar oportuno, con los medios oportunos. No esperemos unas iluminaciones extraordinarias de Dios, que no tiene por qué concedernos, cuando nos da unos medios humanos concretos: el estudio, el trabajo. Hay que formarse, hay que estudiar. De esta manera, os disponéis a vuestra santidad actual y futura, y al apostolado, cara a los hombres.

¿No habéis visto cómo preparan la levadura, cómo la tienen encerrada, con unas temperaturas determinadas, para meterla luego en la masa...? Cuento con vosotros como con el motor más potente para mover la labor de todo el mundo. Ninguno de vosotros es ineficaz: todos estáis llenos de eficacia con sólo cumplir las Normas, con sólo estudiar, y trabajar, y obedecer.

No entiendo casi nada de esas cosas del material atómico, y lo que sé, lo conozco por los periódicos. Pero he visto fotografías, y sé que lo entierran, si es preciso, a muchos metros bajo tierra, que lo recubren con grandes planchas de plomo y lo guardan entre gruesas paredes de cemento. Y sin embargo actúa, y lo llevan de acá para allá, y lo aplican a personas para curar tumores, y lo emplean en otras cosas, y obra de mil modos maravillosos, con una eficacia extraordinaria. Así sois vosotros, hijos míos, cuando estáis dedicados a las labores internas o en esos Centros de formación que tiene la Obra. ¡Más eficaces!, porque tenéis la eficacia de Dios cuando os endiosáis por vuestra entrega,

como Cristo, que se anonadó a sí mismo (cfr. Philip. II, 7). Y nosotros nos anonadamos, perdemos en apariencia nuestra libertad, haciéndonos libérrimos con la libertad de los hijos de Dios (cfr. Rom. VIII, 21).

*Formación, pues, para dar doctrina y para vuestra santidad personal. Formación con el tiempo necesario, en lugar oportuno, con los medios oportunos; pero de cara al universo entero, a la humanidad entera, pensando en todas las almas. Y mientras vuestros hermanos van rompiendo el frente en nuevos países, no se encontrarán solos, porque desde aquí, dentro de estas paredes que parecen de piedra y son de amor, vosotros estaréis enviando toda la eficacia de vuestra santidad y de vuestro entregamiento, y haciendo que esos hermanos se sientan muy acompañados*³.

LA FORMACIÓN no será cabal mientras no pongamos por obra las indicaciones recibidas y los propósitos forjados. Aprender y no vivir es lo mismo que no saber nada, y aun peor.

Es el reproche que Dios dirige al Pueblo elegido, por boca de Isaías: *¿a mí qué, dice Yavé, toda la muchedumbre de vuestros sacrificios? Harto estoy de holocaustos de carneros (...). No me traigáis más esas vanas ofrendas (...). Detesto vuestras fiestas y solemnidades, estoy cansado de soportarlas. Cuando alzáis*

*vuestras manos, Yo aparto mis ojos de vosotros; cuando hacéis vuestras plegarias, no escucho. Vuestras manos están llenas de sangre. Lavaos, limpiaos, quitad de mis ojos la iniquidad de vuestras acciones. Dejad de hacer el mal. Aprended a hacer el bien*⁴.

Discite benefacere: hay que aprender a hacer el bien. Porque es inútil que una doctrina sea maravillosa y salvadora, si no hay hombres capacitados que la lleven a la práctica: la Obra no cesa de proporcionarnos la formación específica, que nos dará cohesión y eficacia, para que no pueda repetirse aquella queja del Señor: mi pueblo es como rebaño que, por falta de custodia, se dispersó por mi tierra (cfr. Ezech. XXXIV, 5). Nunca se considera acabada vuestra formación: durante toda vuestra vida, con una humildad maravillosa, necesitaréis perfeccionar vuestra preparación humana, espiritual, doctrinal religiosa, apostólica y profesional.

Aparte de otras razones —escribió nuestro Padre—, *es ésta una consecuencia de vuestra condición secular, que os exige vivir con agilidad, sin inmovilismos, el espíritu que el Señor nos ha dado. Ese espíritu, por su misma naturaleza, no está limitado por unas circunstancias determinadas de lugar y de tiempo, sino que responderá siempre a los más diversos cambios y situaciones que, a lo largo de los siglos, tengan lugar en la sociedad de los hombres*⁵.

(3) De nuestro Padre, Meditación *Vivir para la gloria de Dios*, 21-XI-1954.

(4) L. / (II) (Isai. I, 11-17).

(5) De nuestro Padre, *Carta*, 6-V-1945, n. 19.

Necesitamos el estímulo de oír una y otra vez las mismas cosas y meditar en la oración todo lo que nos dicen, para descubrir luces nuevas. Además, nunca podremos entender perfectamente el espíritu del Opus Dei, si no lo practicamos. Sin esa experiencia vivida no es posible penetrar en el conocimiento de nuestro camino. Por eso, nos dice nuestro Fundador, a medida que *habéis ido completando vuestra formación, haciéndoos cada uno cada día Opus Dei, el entendimiento de nuestras cosas se ha hecho más y más luminoso y profundo —porque las vivís— y llegan a ser para vosotros perfectamente connaturales*⁶.

Tenemos que luchar, avanzar en el efectivo ejercicio de las virtudes. *El goce de las cosas de Dios es incansable, y cuanto más alguno las gusta y las paladea, tanta mayor necesidad tiene de ellas*⁷. Por otra parte, *ese amor hace que mejor y más perfectamente se conozcan. Por tanto, si adelantáis en caridad, que derrama en vuestros corazones el Espíritu Santo, "El os enseñará toda la verdad" (Ioann. XVI, 13)*⁸. Tenemos que ganar en rectitud de afectos, crecer en amor de Dios, para identificarnos con el espíritu que el Señor nos ha dado: *este compenetrarse, este difundirse en las cosas divinas se realiza por la caridad, que nos une a Dios*⁹. Es de todo punto necesario poner en práctica lo que dice el Señor al Doctor de la

(6) De nuestro Padre, *Carta*, 19-II-1954, n. 1.

(7) Pseudo-Macario, *Homiliae* 15, 37.

(8) San Agustín, *In Ioannis Evangelium tractatus* 96, 4.

(9) Santo Tomás. *S. Th.* II-II, q. 45, a. 2 c.

Ley a quien ilustra el mandamiento de la caridad con una parábola. Le pone un ejemplo muy concreto, y añade: *anda y haz tú lo mismo*¹⁰.

IDENTIFICARNOS con el espíritu de la Obra: ése ha de ser el resultado de la formación que recibimos. Es un programa capaz de llenar toda la vida, una meta que en la tierra nunca alcanzaremos plenamente, porque el espíritu de la Obra, que es de Dios, nos lleva a identificarnos con Cristo, a ser *ipse Christus*.

No es fácil asimilar en toda su plenitud los distintos aspectos de la formación que nos da la Obra; siempre podremos conocer más a Dios, porque la formación doctrinal religiosa, que es el alimento de la piedad y guía de la actuación práctica, nunca se agota. Y lo mismo ocurre en la vida espiritual, porque el progreso de las virtudes carece de límites". Y en el apostolado, porque la diversidad de la labor es como un *mar sin orillas*¹². De igual modo, la propia capacidad profesional está siempre abierta al progreso de la ciencia y de la técnica. Y si miramos a nuestra valía personal, vemos también que aún hemos de adquirir y mejorar muchas virtudes humanas propias de nuestro espíritu.

El panorama de la formación es tan vasto que ja-

(10) *Luc.* X, 37.

(11) Cfr. Santo Tomás, *S. Th.* II-II, q. 24, a. 7.

(12) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 188.

más podremos decir: *¡ya estoy formado!, porque aunque vivamos ochenta años siempre hemos de recibir más formación, para mejorar la que tengamos*¹³.

Además, ante la Obra siempre somos hijos pequeños, aunque llevemos mucho tiempo en Casa. Hemos de aprovechar la solicitud maternal de nuestra Madre Guapa, que se pone por entero a disposición de cada uno para colmarnos de buen espíritu. *Ansiedad, pues, mis palabras* —dice el libro de la Sabiduría—, *deseadlas e instruíos*¹⁴. Así hemos de acudir a los medios de formación: como niños, con deseos de aprender y de mejorar, porque *la palabra de Dios es alimento del alma, es su ornamento, su seguridad, así como no oír la es su hambre y corrupción*¹⁵.

Los rasgos fundamentales de nuestro espíritu tienen una fecundidad inagotable. Tenemos que conocerlos progresivamente, no sólo en extensión, sino sobre todo en profundidad; convencernos de la eficacia de insistir una y otra vez en los mismos puntos. Hace falta reconsiderar las ideas capitales; vigorizar propósitos en los que nos hemos esforzado tiempo atrás; centrar nuestro examen particular en aspectos que ya considerábamos asimilados. De este modo, lo ya sabido se hace punto de partida que permite conocer mejor lo anterior, pues cuanto más adquirimos, mejor vemos lo que nos falta;

(13) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 160.

(14) *Sap.* VI, 12.

(15) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 2, 6.

*cuanto mayor trabajo se emplea en progresar y crecer, mayor necesidad se siente como pobre que nada posee*¹⁶. Todo se torna así más simple, más vigoroso, más unitario.

Acudamos a la Virgen, que es el *Asiento de la Sabiduría*, y la *Esperanza Nuestra*. *Yo les daré* —nos promete con la Sagrada Escritura— *no hambre de pan y sed de agua, sino hambre de oír la palabra de Dios*¹⁷.

(16) Pseudo-Macario, *Homiliae* 15, 37.

(17) *Amos* VIII, 11.

279.

MARTES

- Amor a la patria, sin nacionalismo.
- Participación responsable en la vida pública.
- Libertad política de los cristianos.

EN UNA de las lecturas de la Misa de hoy, tomada del libro del Éxodo, se narra la historia de Moisés: su nacimiento en Egipto y su salvación de la muerte, apenas nacido, gracias a que Dios movió a la hija del Faraón para que le recogiera en el Nilo y lo adoptara como hijo¹.

Continúa luego el texto sagrado haciendo ver cómo la Providencia dispuso las cosas para que Moisés saliera de Egipto y se retirara al desierto, donde el Señor le iría preparando para liberar al pueblo de Israel y constituirlo en nación. Y es que *Dios, que cuida de todos con solicitud de padre, ha querido que los hombres constituyan una familia y se traten entre sí con espíritu de fraternidad*². La Providencia de Dios ha previsto esa condición social de la persona, y en su plan redentor ha querido que el mismo Cuerpo de Cristo, la Iglesia, fuera una sociedad, el Pueblo santo de Dios.

(1) Cfr. L. 1 (I) (Exod. II, 1-15).

(2) Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, n. 24.

En el terreno puramente humano, nada puede hacer un individuo aislado de la comunidad en la que vive. De la familia recibió la existencia, de la patria la tradición y la cultura, el ambiente que hace posible su perfeccionamiento como ser espiritual. *La índole social del hombre demuestra que el desarrollo de la persona humana y el crecimiento de la propia sociedad están mutuamente condicionados. Porque el principio, el sujeto y el fin de todas las instituciones sociales es y debe ser la persona humana, que por su misma naturaleza tiene absoluta necesidad de la vida social* (cfr. Santo Tomás, I Ethic. I). *La vida social no es, pues, algo externo al hombre: gracias a ella, a través del trato con los demás, de la reciprocidad de servicios, del diálogo con los hermanos, la vida social engrandece al hombre en todas sus cualidades, y le capacita para responder a su vocación*³.

Mucho debemos, por tanto, a la sociedad, y en concreto, a nuestra patria; la misma naturaleza nos impone un deber de agradecimiento, un deber de piedad, de amor. Pero el patriotismo del cristiano ha de estar informado por la caridad. *El nacionalismo —nos ha recordado nuestro Padre— es un pecado, es una falta de justicia contra las demás naciones. ¿Y el amor a la propia nación? Es una virtud, una virtud cristiana, que yo bendigo con las dos manos. ¿Sabéis distinguir bien? Yo, por salvar un alma, me hago de*

(3) Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, n. 25.

*cualquier nacionalidad, y no tolero que haya nadie que ame a mi patria más que yo. ¿Comprendéis la diferencia que hay entre el amor a la patria, que es noble, y el nacionalismo? El nacionalismo es una cosa desagradable a los ojos de Dios, porque nos hace faltar a la justicia que debemos a las demás naciones; es una necesidad, que acaba siempre por hacer daño a la Iglesia*⁴.

Por eso, la Iglesia nos manda: *cultiven los ciudadanos con magnanimidad y lealtad el amor a la patria, pero sin estrechez de espíritu, de suerte que tengan también en consideración y quieran el bien de toda la familia humana, que está unida con toda clase de vínculos entre razas, pueblos y naciones*⁵.

¿COMO se ha de manifestar el amor a la patria? El Señor nos lo enseña claramente. Cuando le preguntaron si era o no lícito pagar el tributo al César, respondió: *dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios*⁶.

Por desgracia —escribe nuestro Fundador—, es corriente que no se quiera seguir este precepto tan claro, y que se involucren los conceptos, para terminar en dos extremos que son igualmente desordenados: el laicismo, que ignora los legítimos derechos

de la Iglesia; y el clericalismo, que avasalla los derechos, también legítimos, del Estado. Es preciso, hijos míos, combatir estos dos abusos por medio de seglares, que se sientan y sean hijos de Dios, y ciudadanos de las dos Ciudades.

*Política, en el sentido noble de la palabra, no es sino un servicio para lograr el bien común de la Ciudad terrena. Pero este bien tiene una extensión muy grande y, por consiguiente, es en el terreno político donde se debaten y se dictan leyes de la más alta importancia, como son las que conciernen al matrimonio, a la familia, a la escuela, al mínimo necesario de propiedad privada, a la dignidad —los derechos y los deberes— de la persona humana. Todas estas cuestiones, y otras más, interesan en primer término a la religión, y no pueden dejar indiferente, apático, a un apóstol*¹.

Tenemos la obligación de buscar el bien de la comunidad nacional a la que pertenecemos. *Es frecuente, en efecto, aun entre católicos que parecen responsables y piadosos, el error de pensar que sólo están obligados a cumplir sus deberes familiares y religiosos, y apenas quieren oír hablar de deberes cívicos. No se trata de egoísmo: es sencillamente falta de formación, porque nadie les ha dicho nunca claramente que la virtud de la piedad —parte de la virtud cardinal de la justicia— y el sentido de la solidaridad cristiana se concretan también en este estar presentes, en este cono-*

(4) De nuestro Padre, Crónica XII-60, pp. 10-11.

(5) Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium el spes*, n. 75.

(6) *Matth.* XXII, 21.

(7) De nuestro Padre, *Carla*, 9-1-1932, nn. 41-42.

cer y contribuir a resolver los problemas que interesan a toda la comunidad⁸.

Dad al César lo que es del César... Ha de ser una preocupación nuestra informarnos en cada momento de cómo hemos de cumplir esos deberes, y enseñar a todos esta doctrina evangélica. *En el amor a la patria y en el fiel cumplimiento de los deberes civiles, siéntanse obligados los católicos a promover el verdadero bien común, y hagan pesar de esa forma su opinión para que el poder civil se ejerza justamente y para que las leyes respondan a los principios morales*⁹. Es, pues, una obligación que arranca de la virtud de la justicia el formarnos un criterio personal en este terreno, dentro de las circunstancias en que se mueva nuestra vida. *Por supuesto —escribía nuestro Padre—, no sería razonable pretender que cada uno de los ciudadanos fuera un profesional de la política (...).*

*Pero sí se puede y se debe exigir un mínimo de conocimiento de los aspectos concretos que adquiere el bien común en la sociedad, en la que vive cada uno, en las circunstancias históricas determinadas*¹⁰.

Se trata, por tanto, de un derecho que es un deber. Con prudencia, con sentido de responsabilidad, tratemos de prepararnos debidamente: *hay que prestar gran atención a la educación cívica y política, que*

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 46.

(9) Concilio Vaticano II, decr. *Apostolicam actuositatem*, n. 14.

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 46.

*hoy en día es particularmente necesaria para el pueblo, y sobre todo para la juventud, a fin de que todos los ciudadanos puedan cumplir su misión en la vida de la comunidad*¹¹.

HAY UN aspecto de esta doctrina que estamos meditando que tiene una importancia grande, y en el que nuestro Fundador insistió mucho: la libertad de los cristianos, y concretamente de los miembros de la Obra, en materia política.

*La Obra no tiene política alguna: no es ése su fin. Nuestra única finalidad es espiritual y apostólica, y tiene un resello divino: el amor a la libertad, que nos ha conseguido Jesucristo muriendo en la Cruz (cfr. Galat IV, 31). Por esto, la Obra de Dios no ha entrado ni entrará nunca en la lucha política de los partidos: no es solamente loable, sino un estricto deber para nuestra Familia sobrenatural mantenerse por encima de las querellas contingentes, que envenenan la vida política, por la sencilla razón de que la Obra —vuelvo a afirmar— no tiene fines políticos, sino apostólicos*¹².

Todos los cristianos hemos sido llamados a la libertad¹³. *La Iglesia, que por razón de su fin y de su competencia no se confunde en modo alguno con la*

(11) Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, a. 75.

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 42.

(13) Cfr. *Galat*. V, 13.

*comunidad política ni está atada a sistema político alguno, es a la vez signo y salvaguardia del carácter trascendente de la persona humana*¹⁴. Pretender que todos tengan una sola opinión en este terreno sería atentar contra esa misma trascendencia, sería mermar la libertad que nos corresponde como hombres. Y en la Obra tenemos motivos importantes para vivir esta doctrina: *nuestra plena secularidad se manifestará también* —nos ha escrito nuestro Padre—, *como os he comentado antes, en la importancia capital que tiene en el espíritu del Opus Dei la libertad personal de sus miembros, su autonomía en todo lo que pertenece a lo temporal. El constante ejercicio de la libertad, en que se forma a los miembros de la Obra, está en la base de nuestra ascética, como algo connatural e íntimamente conexo con la condición secular de mis hijos, y con lo que es el quicio de nuestra vocación y el modo específico de nuestra plena dedicación*¹⁵.

Con este amor a la libertad personal, propia del espíritu del Opus Dei, tenemos también la obligación de procurar que todos sepan respetar las opiniones de los demás, en las cuestiones políticas y profesionales que la Iglesia deja a la libre elección de los hombres. *El cristiano debe reconocer la legítima pluralidad de opiniones temporales discrepantes y debe respetar a los ciudadanos que, también agrupados,*

(14) Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, n. 76.

(15) De nuestro Padre, *Carta*, 25-1-1961, n. 37.

*defienden lealmente su manera de ver*¹⁶. Defendemos así nuestra libertad y la libertad de todos. Y garantizamos la posibilidad de que en el ámbito social se den las condiciones propicias para que los hombres realicen su vocación humana y su vocación divina.

La Virgen de Nazaret lleva a todos los hombres en su Corazón. Ella, *que ayudó con sus oraciones a la Iglesia naciente (...), interceda ante su Hijo hasta que todas las familias de los pueblos, tanto las que se honran con el título de cristianos como las que todavía desconocen a su Salvador, lleguen a reunirse felizmente, en paz y concordia, en un solo Pueblo de Dios, para gloria de la Santísima e indivisible Trinidad*¹⁷.

(16) Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, n. 75.

(17) Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 69.

280.

MIÉRCOLES

- Sin humildad no se dan las demás virtudes.
- La verdadera humildad no deprime el ánimo.
- La humildad es condición para que la gracia nos engrandezca y nos haga eficaces.

*NO HAY camino más excelente que el del amor, pero por él sólo pueden transitar los humildes * Son palabras de San Agustín, que constituyen un buen comentario a lo que leemos en el Evangelio de la Misa de hoy: *en aquel tiempo exclamó Jesús diciendo: Yo te alabo, Padre, Señor del Cielo y de la tierra, porque ocultaste estas cosas a los sabios y prudentes, y las revelaste a los pequeñitos. Sí, Padre, pues así fue tu beneplácito*².

La humildad no es la virtud más alta, pero sin ella no se dan las demás virtudes. *No olvidéis, hijas e hijos míos, que la humildad es una virtud tan importante que, si faltara, no habría ninguna otra. En la vida interior —vuelvo a deciros— es como la sal, que condimenta todos los alimentos. Pues aunque un acto parezca virtuoso, no lo será si es consecuencia de la soberbia, de la vanidad, de la tontería; si lo hacemos pensando en nosotros mismos, anteponiéndonos al ser-*

(1) San Agustín, *Enarrationes in Psalmos* 141, 7.

(2) Ev. (Matth. XI, 25-26).

vicio de Dios, al bien de las almas, a la gloria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

*Cuando la atención se vuelve sobre nuestro yo, cuando damos vueltas a si nos van a alabar o nos van a criticar, nos causamos un mal muy grande. Sólo Dios nos tiene que interesar; y, por El, todos los que pertenecemos al Opus Dei, y todas las almas del mundo sin excepción. De modo que ¡fuera el yo!: estorba*³.

De algún modo, todas las virtudes pueden considerarse como manifestaciones de la humildad, según nos enseña nuestro Padre: *"La oración" es la humildad del hombre que reconoce su profunda miseria y la grandeza de Dios, a quien se dirige y adora, de manera que todo lo espera de El y nada de sí mismo.*

"La fe" es la humildad de la razón, que renuncia a su propio criterio y se postra ante los juicios y la autoridad de la Iglesia.

"La obediencia" es la humildad de la voluntad, que se sujeta al querer ajeno, por Dios.

"La castidad" es la humildad de la carne, que se somete al espíritu.

"La mortificación" exterior es la humildad de los sentidos.

"La penitencia" es la humildad de todas las pasiones, inmoladas al Señor.

(3) De nuestro Padre, *Meditación Tiempo de acción de gracias*, 25-XII-1972.

—*La humildad es la verdad en el camino de la lucha ascética*⁴.

Hemos de estar prevenidos contra la soberbia, que puede celarse bajo la apariencia de humildad, porque una cosa es tener la virtud y otra la apariencia de virtud. No hay peor soberbia que la que se esconde bajo signos de humildad⁵. Y para eso nuestro Padre nos da una piedra de toque, cuando nos pregunta: ¿eres humilde de verdad?, ¿eres capaz de mortificar tu amor propio, por caridad?, ¿eres capaz de pasar por esas humillaciones que te pide Dios, en cosas sin importancia, que no obscurecen la verdad?⁶. Y añadía: ¿qué puede entorpecer la caridad?: la soberbia⁷. Por eso, pídele a Nuestro Señor que te conceda la humildad, porque con los años la soberbia aumenta, si no se corrige a tiempo⁸.

SER HUMILDES no es ir sucios, ni abandonados; ni mostrarnos indiferentes ante todo lo que pasa a nuestro alrededor, en una continua dejación de derechos. Mucho menos es ir pregonando cosas tontas contra uno mismo. No puede haber humildad donde hay comedia e hipocresía, porque la humildad es la verdad.

(4) Surco, n. 259.

(5) San Jerónimo, *Epístola* 148, 20.

(6) De nuestro Padre, *Meditación*, 29-111-1959.

(7) De nuestro Padre, *Crónica* 111-62, p. 7.

(8) De nuestro Padre, *Meditación*, 29-111-1959.

Sin nuestro consentimiento, sin nuestra voluntad, Dios Nuestro Señor, a pesar de su bondad sin límites, no podrá santificarnos ni salvarnos. Más aún: sin El, no cumpliremos tampoco nada de provecho. Lo mismo que se asegura que un campo produce esto, y que aquellas tierras producen lo otro; de un alma se puede afirmar que es santa, y de otra que ha realizado tantas obras buenas. Aunque en verdad nadie es bueno sino sólo Dios (Luc. XVIII, 19): El es quien hace fértil el campo, quien da a la semilla la posibilidad de multiplicarse, y a una estaca, que parece seca, confiere el poder de echar raíces. El es quien ha bendecido la naturaleza humana con su gracia, permitiéndole así que pueda comportarse cristianamente, vivir de modo que seamos felices luchando en la espera de la vida futura, que es la felicidad y el amor para siempre. Humildad, hijos, es saber que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que es el que da el crecimiento (/ Cor. III, 7)⁹.

*Humildad, pues. Humildad que es fruto de conocer a Dios y de conocernos a nosotros mismos*¹⁰. Conociéndonos, también descubriremos las cosas buenas que Dios hace en nosotros, pero que no nos pertenecen. Somos del Señor: todo lo bueno que tenemos es suyo. Por tanto, no es falta de humildad que conozcas el adelanto de tu alma. —Así lo puedes agradecer a Dios.

(9) De nuestro Padre, *Meditación Tiempo de acción de gracias*, 25-XII-1972.

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 31-V-1954, n. 27.

—Pero no olvides que eres un pobrecito, que viste un buen traje... prestado".

La humildad nos llevará también a ver nuestros defectos, nuestras miserias; no sólo las limitaciones propias de nuestra condición de criaturas, sino también las faltas personales, de las que somos responsables. Diremos con el Salmista: *reconozco mis culpas y mi pecado está siempre ante mí. Contra ti he pecado, he hecho mal en tu presencia*¹². Veremos no sólo el mal hecho, sino las tendencias desordenadas, que nos llevarían al pecado sin la ayuda continua de la gracia.

*Como os he escrito hace ya tantos años, incluso el fruto malo, las ramas secas, las hojas caídas, cuando se entierran al pie del tronco, pueden vigorizar el árbol del que se desprendieron. ¿Por qué nuestros errores y equivocaciones, en una palabra, nuestros pecados —que no los deseamos, que los abominamos— nos han podido hacer bien? Porque luego ha venido la contrición, nos hemos llenado de vergüenza y de deseos de ser mejores, colaborando con la gracia del Señor. Por la humildad, lo que era muerte se convierte en vida; lo que iba a producir esterilidad y fracaso, se vuelve triunfo y abundancia de frutos*¹³.

(11) *Camino*, n. 608.

(12) *Ps. L*, 5-6.

(13) De nuestro Padre, *Meditación Tiempo de acción de gracias*, 25-XII-1972.

"APRENDED de mí, que soy manso y humilde de corazón..." ¡Humildad de Jesús!... ¡Qué lección para ti, que eres un pobre instrumento de barro! El —siempre misericordioso— te ha levantado, haciendo brillar en tu vileza, gratuitamente ensalzada, las luces del sol de la gracia. Y tú, ¡cuántas veces has disfrazado tu soberbia so capa de dignidad, de justicia...! ¡Y cuántas ocasiones de aprender del Maestro has desaprovechado, por no haber sabido sobrenaturalizarlas!¹⁴. Y comenta San Bernardo: *no permitáis que se os haya mostrado en balde ejemplar tan precioso*¹⁵.

Por otra parte, sólo por medio de la humildad habrá en nuestra vida frutos duraderos. *Leía en un viejo libro espiritual* —nos decía una vez nuestro Padre—, *que los árboles con las ramas muy altas y erguidas son infructuosos. En cambio, aquellos con las ramas bajas, caídas, están llenos de fruto macizo, de pulpa sabrosa; y cuanto más cerca del suelo, más abundante es el fruto. Hijos, pedid la humildad, que es una virtud tan preciosa. ¿Por qué somos tan tontos? Siempre convencidos de que lo nuestro es lo mejor, siempre seguros de que tenemos razón. Como embebe el agua el terrón de azúcar, así se mete en el alma la vanidad y el orgullo. Si queréis ser felices, sed humildes; rechazad las insinuaciones mentirosas del demonio, cuando os sugiere que sois admirables. Vosotros y*

(14) *Surco*, n. 261.

(15) San Bernardo, *Sermo in Nativitate Domini* 1.

yo hemos comprendido que, desgraciadamente, somos muy poquita cosa; pero, contando con Dios Nuestro Señor, es otro cantar. A El se lo debemos todo¹⁶.

Y continuaba nuestro Fundador: *estoy seguro de que algunas veces el Espíritu Santo, como prenda del premio que os reserva por vuestra lealtad, os concederá ver que estáis rindiendo un buen fruto. Decid entonces: Señor, sí, es cierto: Tú has conseguido que, a pesar de mis miserias, haya crecido el fruto en medio de tanto desierto: gracias a Ti, Deo gratias!*

Pero, en otros momentos, quizá sea el demonio —que no se toma nunca vacaciones— el que os tienta, para que os atribuyáis unos méritos que no son vuestros. Cuando percibáis que los pensamientos y deseos, las palabras y acciones, el trabajo, se llenan de una complacencia vana, de un orgullo necio, habéis de responder al demonio: sí, tengo fruto, Deo gratias! (...).

No hemos de abrigar otro deseo que el de estar pendientes de Dios, en constante alabanza y gloria de su nombre, ayudándole en su divina labor de Redención. Entonces, todo nuestro afán será enseñar a conocer a Jesucristo, y por El, al Padre y al Espíritu Santo; sabiendo que llegamos hasta Jesús por medio de María, y del trato con San José y con nuestros Santos Angeles Custodios¹⁷.

(16) De nuestro Padre, Meditación *Tiempo de acción de gracias*, 25-XII-1972.

(17) De nuestro Padre, Meditación *Tiempo de acción de gracias*, 25-XII-1972.

281.

JUEVES

—La humildad es fuente de paz para el alma.

—Paz en la lucha ascética y ante las dificultades exteriores.

—Humildad en la entrega a los demás.

"VENID a mí todos los fatigados, y Yo os aliviaré" (Matth. XI, 28) ¿Por qué nos fatigamos sino porque somos hombres mortales, quebradizos y débiles, que llevamos encima estos cuerpos de barro, que luchan unos contra otros?¹

La vocación que hemos recibido del Señor nos hace sembradores de paz y de alegría. Llevamos a todos los hombres ese *gaudium cum pace* que es parte del ciento por uno que Cristo nos prometió. Alegría que hunde sus raíces en el sufrimiento, en la Cruz; paz que es de Cristo y que nace de nuestra identificación con El: *venid a mí todos los fatigados y agobiados, y Yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas².*

La paz es una consecuencia de la humildad; es orden interior, conocimiento de las propias miserias y de los dones recibidos de Dios. La persona humilde es realista en su lucha ascética: se sabe con errores y

(1) San Agustín, *Sermo* 69, 1.

(2) Ev. (Matth. XI, 28-29).

los admite, y sólo a Dios atribuye la eficacia divina de su labor. *Si obráis así, hijas e hijos, ¡cuántos inconvenientes desaparecerán!, ¡cuántos malos ratos evitaremos! Si alguna vez lo pasáis mal, y os dais cuenta de que el alma se llena de inquietud, es que estáis pendientes de vosotros mismos. El Señor vino a redimir, a salvar, y no se preocupó más que de eso. Y nosotros, ¿vamos a estar preocupados de fomentar la soberbia?*

*Si tú, mi hijo, te centras en ti mismo, no sólo tomas un mal camino, sino que, además, perderás la felicidad cristiana en esta vida; ese gozo y esa alegría que no son completos, porque sólo en el cielo la felicidad será plena*³.

La soberbia quita la paz, pues nos hace vivir falsamente, alejados de Dios. Cuando pensamos que por nosotros mismos podemos algo, la experiencia triste del fracaso llena el alma de intranquilidad, de desasosiego, de falta de paz. La humildad, por el contrario, nos lleva a Dios, nos acerca a Cristo, y ahí encontramos paz.

El esfuerzo por conseguir la humildad no supone una lucha a brazo partido, angustiada, tensa. Es pedir a Dios que nos haga humildes y reconocer en los hechos concretos que solos no podemos nada y, al mismo tiempo, que con el Señor lo podemos todo. Hemos de ir a Jesús, que nos dice: *venid a mí (...)*,

(3) De nuestro Padre, Meditación *Tiempo de acción de gracias*, 25X11-1972.

*aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*⁴. Porque la paz —escribe San Juan Crisóstomo—, *se ha marchado al Cielo. Y si queremos, podemos hacerla volver de nuevo. Basta que echemos de nosotros la soberbia y la arrogancia (...)* y seamos humildes⁵.

Por eso el Señor dirige a los humildes en la justicia, enseña a los humildes sus caminos⁶, y una actitud humilde engendra el deseo de ir a Jesús.

*LÍBRAME, Señor, de mis enemigos; líbrame de los que se levantan contra mí*⁷. Pero el peor enemigo está en nosotros mismos: es la soberbia. Al sentirnos hijos de Dios —nos decía nuestro Padre— *el alma se endiosa: ¡su vida nueva contrasta tanto con la de antes, y con la que a su alrededor encuentra tantas veces!* (...).

No puedo ocultaros, hijos míos, mi temor de que en algún caso ese endiosamiento, sin una base profunda de humildad, pueda ocasionar la presunción, la corrupción de la verdadera esperanza, la soberbia y —más tarde o más temprano— el derrumbamiento espiritual ante la experiencia inesperada de la propia flaqueza.

Suelo poner el ejemplo del polvo que es elevado

(4) Év. (Matth. XI, 28-29).

(5) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 10, 6.

(6) Ps. XXIV, 9.

(7) Ps. LVIII, 2.

por el viento hasta formar en lo más alto una nube dorada, porque admite los reflejos del sol. De la misma manera, la gracia de Dios nos lleva altos, y reverbera en nosotros toda esa maravilla de bondad, de sabiduría, de eficacia, de belleza, que es Dios. Si tú y yo nos sabemos polvo y miseria, poquita cosa, lo demás lo pondrá el Señor. Es una consideración que me llena el alma⁸.

Tampoco las dificultades exteriores deben quitarnos la paz, pues la gracia se da a los que esperan en Dios. Clama bajo la mano del enemigo —predicaba San Agustín—, pídele a Dios su ayuda; porque si tienes uno que lucha contra ti, también tienes uno que te auxilia, que contempla la pelea y te socorrerá en tu combate; esto, si te encuentra esperanzado, pues Dios aborrece al soberbio, al que confía en sus fuerzas. Y ¿qué has de clamar bajo la garra del enemigo? "Miser ego homo": miserable hombre soy. Tal ha de ser vuestro clamor cuando gimiereis, si alguna vez gemís, bajo el enemigo⁹.

Es preciso un ambiente de paz para que la lucha ascética sea optimista y alegre. Y hace falta humildad para mantenernos serenos, a pesar de los errores personales y de las dificultades exteriores. Todos tenemos errores —ha escrito nuestro Fundador—, aunque llevemos años y años luchando por vencerlos.

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, nn. 3-4.

(9) San Agustín, *Sermo* 145.

Cuando de la lucha ascética sacamos desaliento, es que somos soberbios. Hemos de ser humildes, con deseos de ser fieles. Es verdad que servi inútiles sumus (Luc. XVII, 10). Pero, con estos siervos inútiles, el Señor hará cosas muy grandes en el mundo, si ponemos algo de nuestra parte: el esfuerzo de alzar la mano, para asirnos a la que Dios —con su gracia— nos tiende desde el cielo¹⁰.

Sólo tendremos paz si nos apoyamos siempre en la gracia, si ponemos la esperanza en Dios y no en nosotros.

NO ES posible la entrega a los demás, no puede haber eficacia apostólica ni auténtica vida en familia, cuando sólo interesan los propios problemas, cuando se tiene una preocupación desproporcionada por los propios errores. Consecuencia de esta actitud es la desconfianza, la susceptibilidad, el egoísmo, la tristeza, la esterilidad. ¿Y sabéis, entre esos conflictos, cuál es el origen más general? La falta de humildad: la soberbia. Porque no me quieren, porque no se preocupan de mí, porque no tienen en cuenta mi talento, porque no se dan cuenta de lo que yo puedo y valgo... Y aquí tenéis a un alma que podría tener una paz maravillosa, que podría vivir con una

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 24.

tranquilidad y una alegría inmensa, y por soberbia, por querer lucir, por querer llamar la atención, por querer un trato especial, se hace desgraciada e infecunda. Porque un alma que va por esos caminos, si no abre el corazón y no se humilla, además de sufrir, hace sufrir a los demás y no puede, de ninguna manera, ir adelante".

Ego cogito cogitationis pacis, et non afflictionis flerem. XXIX, 11); *Yo abrigo pensamientos de paz, y no de aflicción, dice el Espíritu Santo. Luego cuando pierdes la paz, cuando tú y yo perdemos la paz, es —en aquel momento— como si nos apartásemos un poquito del Señor, de Dios Nuestro Señor. Hay que volver a la paz cuanto antes, debemos pensar cosas de paz, cosas que nos den serenidad y que nos hagan eficaces en la labor de almas en el mundo*¹².

Apoyarnos en Dios. No confiar en nosotros mismos. Ser sinceros siempre. Entregarnos generosamente a los demás... Esto es vida de amor, y vida de servicio a nuestros hermanos y a todos los hombres. Entonces habrá humildad, seremos como Cristo, *ipse Christus*. Y tendremos paz. *Dios nos pide que el afán apostólico llene nuestros corazones, que nos olvidemos de nosotros mismos, para ocuparnos —con gustoso sacrificio— de la humanidad entera. La mayor parte de los que tienen problemas personales, los tienen por el*

(11) De nuestro Padre, Meditación, 31-XII-1959.

(12) De nuestro Padre, Meditación, 2-XI-1958.

egoísmo de pensar en sí mismos. ¡Darse, darse, darse! Darse a los demás, servir a los demás por amor de Dios: ése es el camino".

Si el Señor nos ve luchar de esta forma, si oye nuestro clamor desde esa humildad, nos escuchará. Y podremos decir con el salmista: *enseñaré a los inicuos tus caminos y los pecadores se convertirán a ti*¹³, el apostolado será fecundo. Seremos lo que nuestro Padre quería: sembradores de paz y de alegría.

La Santísima Virgen nos ofrece un ejemplo acabado de humildad y de caridad. *El canto humilde y gozoso de María, en el "Magnificat", nos recuerda la infinita generosidad del Señor con quienes se hacen como niños, con quienes se abajan y sinceramente se saben nada*¹⁵.

(13) De nuestro Padre, *Carla*, 24-11-1930, n. 22.

(14) *Ps.* L, 15.

(15) *Forja*, n. 608.

282.

VIERNES

—Como consecuencia del pecado original, todos tenemos la tendencia desordenada a gozar de los bienes terrenos.

—Caridad vigilante para detectar estos síntomas en nuestros hermanos.

—Exigencias de la virtud de la templanza en nuestro camino.

TODA la vida nuestra es un caminar hacia el amor: amor a Dios y a todas las almas, que queremos llevar al Señor. Pero, después del pecado original, la voluntad humana quedó inclinada a un desordenado amor propio, y a buscar en los bienes sensibles la propia satisfacción, aun en contra de la Voluntad amabilísima del Señor.

Esa atracción por lo sensible es en sí buena, cuando está ordenada y sometida a la razón, y nos impulsa a satisfacer las legítimas necesidades materiales de nuestra naturaleza, como vemos en el Evangelio de la Misa de hoy. Nos cuenta San Mateo que *pasaba Jesús en sábado por medio de unos sembrados; sus discípulos tuvieron hambre y comenzaron a arrancar unas espigas y a comer¹*. Pero, al socaire de esas necesidades, no raras veces ambicionamos más de lo que conviene. Es menester, por tanto, una vigi-

lancia atenta sobre las inclinaciones que pueden alejarnos del Señor. Sobre todo en la época actual, cuando tantas y tantos cifran la felicidad del hombre en el uso y disfrute de la mayor cantidad de bienes terrenos.

La lucha tiene un frente dentro de nosotros mismos —escribió nuestro Padre—, el frente de nuestras pasiones. Vigila quien pelea interiormente, para apartarse decididamente de la ocasión de pecado, de lo que puede debilitar la fe, desvanecer la esperanza o desmejorar el Amor. Es fuerte, y bien estimulada por el diablo, la presión que todo hombre padece para alejarle de la consideración de su destino eterno. No olvidéis que el pecado —aversión a Dios y conversión a las criaturas, decían los buenos maestros— comienza a insinuarse en el alma, justamente por un interés y por una tendencia desordenados a gozar de los bienes terrenos, a embeberse en las ambiciones de aquí abajo hasta olvidarse de Dios y del fin para el que hemos sido creados. Fijaos que se fomenta un clima mundial, para centrar todo en el hombre; un ambiente de materialismo, desconocedor de la vocación trascendente del hombre, que sofoca cruelmente la libertad de la persona humana o, al menos, confunde la libertad con el libertinaje, comercializando las pasiones. Causa pena contemplar masas enteras de gente que se dejan conducir por el dictado de unos pocos, que les imponen sus dogmas, sus mitos e incluso todo un ritual desacralizado.

(1) Ev. (Matth. XII, 1).

Es preciso enfrentarse contra esta tendencia, con los resortes de la doctrina cristiana, en una perseverante y universal catequesis (...).

Considerad, hijos míos, que la lucha interior no es una simple ascesis de rigor humano. Es la consecuencia lógica de la verdad que Dios nos ha revelado acerca de El mismo, acerca de nuestra condición y acerca de nuestra misión en la tierra. Sin esa batalla interior, sin participación en la Pasión de Cristo, no se puede ir detrás del Maestro. Quizá por esto contemplamos una dolorosa desbandada: muchos pretenden componer una vida según las categorías mundanas, con el seguimiento de Jesucristo sin Cruz y sin dolor. Y esto no es posible sin alterar sustancialmente el mensaje de Nuestro Redentor, porque no es el discípulo más que el Maestro (cfr. Matth. X, 24) y el discípulo de Cristo ha de estar dispuesto a negarse y a dar la propia vida (cfr. Matth. XVI, 24-25) por la salvación de los demás².

VIVIMOS en una sociedad fuertemente hedonista, rodeados de un ambiente de materialismo práctico que impone hoy al hombre su dominio de maneras muy diferentes y con una agresividad que a nadie excluye. Los principios más sagrados, que fueron guía segura de comportamiento de los individuos y de la sociedad, están siendo desplazados por falsos pretextos

referentes a la libertad, la sacralidad de la vida, la indisolubilidad del matrimonio, el auténtico sentido de la sexualidad humana, la recta actitud hacia los bienes materiales, que el progreso ha traído. Ahora —advertía el Papa en una ocasión— mucha gente siente la tentación del permisivismo y del consumismo, y con frecuencia se define la identidad humana por lo que se posee³.

Si no permaneciéramos vigilantes, también en nuestra alma podría arraigar esa tremenda enfermedad, incompatible con una auténtica vida cristiana. En efecto, la búsqueda desaforada del placer, y la correspondiente huida de todo lo que supone dolor o sufrimiento, característica esencial del materialismo hedonista, se opone frontalmente a las enseñanzas de Jesucristo, que repetidamente invitó a sus seguidores a tomar *la cruz de cada día* *, y que llamó bienaventurados a los pobres, a los afligidos, a los limpios de corazón, a los que padecen persecución por la justicia⁵.

Para resistir a esta presión, para perseverar en la buena doctrina, en la piedad y en el apostolado vibrante, hemos de ayudarnos unos a otros.

No me cansaré de repetiros que el primer proselitismo, en la Obra, consiste en no dejar que se pierda ninguna vocación; no permitir que los demás se vuelvan

(3) Juan Pablo II, *Homilía*, 29-IX-1979.

(4) Cfr. *Luc.* IX, 23.

(5) Cfr. *Matth.* V, 3-12.

(2) De nuestro Padre, *Carta*, 28-11-1973, n. 10.

tibios, comodones, aburguesados. Hemos de ayudarnos, con la oración, con la mortificación, con el trabajo, con la corrección fraterna, con el cariño de hermanos. ¡Ay del hijo mío que no se diera cuenta de que un hermano está necesitado de ayuda o está en peligro!

Ruego a mis hijos mayores que tengan entre ellos, y con sus hermanos más jóvenes, una caridad vigilante. Hijos míos, animaos a ser leales, que el demonio y las pasiones no se declararán vencidos hasta que nos muramos. Velad, con cariño, unos por otros; que en la madurez, el diablo insiste con asaltos más sutiles y pertinaces, interesado en quebrar vuestra probada fidelidad: ataca vuestra sencilla sinceridad, solicita la vanidad y el orgullo insinuando el espíritu de autosuficiencia, revuelve la sensualidad. Sedme siempre, hijos queridísimos, como ese hombrón-niño del que os escribía y hablaba hace ya tantos años. Dios os pagará esta bendita caridad vigilante con las alegrías de la fecundidad espiritual. No me olvidéis, hijos, que vosotros sois la continuidad; en vosotros confío. No defraudéis a Dios, ni al cariño que os tiene vuestro Padre.

*Apoyaos, quereos, fortaleceos unos a otros; sentid la responsabilidad de la vocación de todos*⁶.

PARA dar a la sociedad civil el buen sabor humano y cristiano que necesita, los hijos de Dios hemos

(6) De nuestro Padre, *Carta*, 28-111-1973, n. 15.

de ser sal y luz de Cristo, sin concesiones al permisivismo. En otras palabras, se nos exige un afinamiento en nuestra vida de entrega, una renuncia gustosa y voluntaria a la comodidad innecesaria, sin perderse en cálculos poco generosos. *Es preciso ofrecer al Señor el sacrificio de Abel. Un sacrificio de carne joven y hermosa, lo mejor del rebaño: de carne sana y santa; de corazones que sólo tengan un amor: ¡Tú, Dios mío!; de inteligencias trabajadas por el estudio profundo, que se rendirán ante tu Sabiduría; de almas infantiles, que no pensarán más que en agradarte.*

—*Recibe, desde ahora, Señor, este sacrificio en olor de suavidad*⁷.

Alto es el fin que nos mueve: la contemplación, el diálogo amoroso con Nuestro Señor. Y San Pablo nos anima: todos los que han de luchar en el estadio, se privan de muchas cosas; y sólo para alcanzar una corona perecedera, mientras que nosotros la esperamos eterna (I Cor. IX, 25). *Ved cómo muchos —comenta nuestro Padre—, por fines meramente humanos, aunque sean a veces nobilísimos, llevan una vida llena de sacrificio, y su sentido de responsabilidad les da la fuerza necesaria para abstenerse de lo que no les conviene, para aceptar gustosamente una renuncia*⁸.

No es la nuestra una sobriedad malhumorada, triste; no podemos dar a regañadientes, como de-

(7) *Forja*, n. 43.

(8) De nuestro Padre, *Cana*, 28-111-1955, n. 29.

seando retener algo. Como escribió San Agustín, *templanza es el amor que se conserva íntegro e incorruptible para Dios*⁹. Motivos de amor, pues, nos llevan a vivir la templanza en todas sus manifestaciones. Si todavía el corazón se nos prende a un recuerdo, si los sentidos se nos escapan, si la comodidad nos vence, debemos pedir ayuda a Dios y luchar para ser más generosos. Sólo así, con la gracia, el esfuerzo de la voluntad llegará a ordenar de tal forma nuestras inclinaciones, que ya nada apeteceremos fuera de lo que exige el amor, aunque siempre tendremos que mantener una lucha vigilante, con la vigilia del amor. Nuestra inteligencia, nuestros afectos, libres de apegamientos, irán fácilmente al Señor, a su Madre bendita; y el corazón, firme en el amor, encontrará la alegría creciente de los que buscan a Dios.

La virtud cardinal de la templanza es condición imprescindible para ejercer el apostolado. Esta virtud ayuda a la prudencia y hace posible el juicio recto; enreca la voluntad y libra de ataduras terrenas. Viviendo así, llevaremos a los demás nuestro ambiente de almas enamoradas, que marchan hacia el fin, sin detenerse en los encantos del camino. Daremos un testimonio maravilloso de unión con Dios, de vida contemplativa en el mundo. *Nuestra celda es la calle* —hemos oído muchas veces a nuestro

(9) San Agustín, *De moribus Ecclesiae Catholicae et de moribus manichaeorum* 1, 15.

Fundador—. *Por eso, en la calle —en la oficina, en el estudio, en la cátedra, en el laboratorio, en la fábrica, en las labores del campo...— debemos vivir constantemente nuestra unión con Dios. Sólo así llevaremos nuestro ambiente —bonus odor Christi (cfr. II Cor. II, 15)— a todas las tareas de los hombres. Sólo así usaremos de los bienes de la tierra con templanza, con ascetismo sonriente. Sólo así haremos amar nuestro camino*¹⁰.

Con la ayuda de Nuestra Señora, la austeridad alegre de nuestra vida será aliciente eficaz, que ayudará a que muchos encuentren a Dios y le sigan.

(10) *De nuestro Padre*, n. 59.

283.

SÁBADO

—En la vida interior hay momentos de luz y momentos de tinieblas.

—Perseverar en el cumplimiento de las Normas.

—Nuestra actitud en los momentos de aridez.

*PARTIERON los hijos de Israel de Ramesés para Sucot en número de unos seiscientos mil infantes, sin contar los niños. Subía, además, con ellos una gran muchedumbre de toda suerte de gentes, y muchas ovejas y bueyes, y muy gran número de animales*¹. Así comienza la narración del éxodo del pueblo judío, librado por Dios de la esclavitud de Egipto. Un camino muy largo les aguardaba —cuarenta años en el desierto— antes de tomar posesión de la tierra que el Señor les había prometido.

Este largo viaje es figura del camino que ha de recorrer el alma fiel en esta tierra, hasta llegar a la verdadera tierra de promisión: el Cielo. Y en un trayecto largo, se pasa por paisajes diversos: lugares sonrientes, donde todo es bello y agradable; y panoramas menos atractivos, en los que parece nublarse el horizonte espiritual. Es una experiencia antigua en la vida de la Iglesia: *en el comienzo de la vida in-*

*terior, el Espíritu Santo permite al alma que sienta las dulzuras divinas en todo su vigor y plenitud, para que de este modo la mente de los santos tenga un conocimiento exacto del gran premio reservado a sus fatigas. Pero a continuación, nos oculta la magnificencia y grandeza de ese don vivificante, a fin de que —aunque practiquemos todas las virtudes— no nos tengamos en algo*².

*En las travesías de la vida interior y en las del trabajo espiritual —escribió nuestro Padre—, el Señor concede a sus apóstoles esos tiempos de bonanza, y los elementos, las propias miserias y los obstáculos del ambiente, enmudecen: el alma goza, en sí misma y en los demás, la hermosura y el poder de lo divino, y se llena de contento, de paz, de seguridad en su fe aún vacilante. Sobre todo a los que comienzan, suele llevarlos el Señor —tal vez durante años— por esos mares menos borrascosos, para confirmarlos en su primera decisión, sin exigirles al principio lo que ellos aún no pueden dar, porque son sicut modo geniti infantes (I Petr. //, 2), como niños recién nacidos*³.

Con el paso de los años, aunque no se haya llegado a la vejez y ni siquiera a una edad madura, los ímpetus del principio se moderan. Es siempre *nuestro Dios un fuego devorador*⁴, pero no en todo momento hace arder con llamas, con ilusiones humanas o en-

(1) L. I (1) (Exod. XII, 37-38).

(2) Diádoco, *Capita centum de perfectione spirituali* 90.

(3) De nuestro Padre, *Carla*, 24-111-1931, n. 5.

(4) *Hebr.* XII, 29.

tusismos sensibles. El alma puede verse envuelta en una atmósfera aparentemente oscura, desconocida: no hay avance perceptible, no se siente el fervor de antes; parece como si se hubiera apagado la ilusión, como si una vida rutinaria hubiera reemplazado al empuje de la primera época.

Mirad, hijos míos: llevo más de cuarenta años en el Opus Dei. ¿Con ilusión?, ¿con eso que llaman ilusión, con cosa humana?, ¿con suspiros de beata piadosa? A mí, las viejinas que suspiran en el rincón de una iglesia, en la oscuridad, antes me resultaban algo grotescas; ahora me dan devoción: mucha devoción. Pero, yo, con suspiros de beata —de vieja beata, buena y santa— he trabajado en el Opus Dei pocos días.

Estos cuarenta años he ido siempre adelante sin esa ilusión. Sigo adelante porque sé que es el camino de Dios. Y no me siento infeliz. Sería triste que hiciéramos las cosas sólo porque nos dan gusto. Hay que hacerlas porque es un deber y nos lleva el Amor⁵.

Con ilusión o sin ella, con entusiasmo o con la sola determinación de ser leales al Señor, nos esforzaremos por ganar terreno cada día, avivando en nuestra alma el fuego del amor de Dios. Yo —decía Jesucristo— *he venido a poner fuego en la tierra, ¿y que he de querer sino que arda?*⁶. Pero hay muchos modos de arder: con llama grande, pero pasajera, co-

mo un haz de paja o un fuego de artificio; o con la brasa maciza que se consume lentamente en el hogar, irradiando silencioso calor al ambiente. Lo que no podemos es apagarnos, enfriarnos; dejar de ser *la luz del mundo*⁷, encendida por Dios con la vocación *para que alumbre a todos los de la casa*⁸.

PARA encender una gran hoguera, a veces es preciso aplicar primero una lumbre a un poco de hojarasca o de papel. Después, cuando esos materiales se consumen con una llama brillante, hay que añadir otros combustibles más sólidos, que, si bien tardan más en prender, una vez encendidos se convierten en brasas que caldean permanentemente el ambiente. Las brasas no dan llamaradas; sólo en algún caso, cuando se aplica un material ligero o sopla con particular fuerza el viento, entonces se alza la llama, o salta el fulgor de la chispa. A veces las brasas ni siquiera dan luz; sólo son rescoldo, una fuente de calor bajo la aparente frialdad de unas cenizas.

Algo análogo ocurre en la vida interior. *Hay gentes que, si no ven llamaradas, piensan que no hay fuego. Y frecuentemente se equivocan. Para dar calor, para inflamar, no son necesarias grandes llamas: es suficiente un ascua al rojo vivo.*

De ordinario, en las personas jóvenes arde ese fue-

(5) De nuestro Padre, Crónica, 1971, p. 391.

(6) Luc. XII, 49.

(7) *Matth.* V, 14.

(8) *Matth.* V, 15.

go pasajero, esa hoguera que dejará después el rescoldo: es algo muy propio de los comienzos de la entrega, del fervor de la primera hora. Las personas mayores, en cambio, quizá no presentan esas llamaradas, pero tienen brasas, que encienden y queman a su alrededor.

Los jóvenes pueden parecer santos; y los mayores, muchas veces, no. Sin embargo, ordinariamente, los primeros no han alcanzado la santidad que buscan; mientras que aquellos que han gastado su vida sirviendo al Señor, y que piensan humildemente que no son santos y que no lo serán nunca, pero ponen cuanto está a su alcance para lograrlo, realmente llevan una vida santa⁹.

En la vida interior, aun secundando los impulsos de la gracia, es normal que desaparezca el ardor de los comienzos. Pero, siendo menos aparente, el esfuerzo se torna más sobrenatural y reflexivo; se siente una mayor necesidad de confiar en Dios, y se llega a compartir aquella aspiración de San Pablo: *con mucho gusto me gloriaré en mis flaquezas, para que haga morada en mí el poder de Cristo*¹⁰. Aunque objetivamente la lucha interior y el trabajo apostólico sean eficaces, queda siempre la convicción de que es poco, de que no basta para lo que reclaman el Amor de Dios y las almas: *el resumen que saco siempre al final del día, al hacer mi examen* —nos decía nuestro

(9) De nuestro Padre, Crónica, 1971, p. 392.

(10) II Cor. II, 9.

Padre—, es *pauper servus et humilis!* Y esto cuando no he de decir: *Josemaría, Señor, no está contento de Josemaría* ”.

Y no hay peligro cuando llega el momento de la adversidad, de la contradicción, de la prueba, porque el soplo de la gracia divina —que no falta jamás— aventa la ceniza y deja al descubierto el rescoldo que irradia amor, alumbra con fe, y luce al rojo vivo de una lealtad que resiste a todas las tormentas y aguaceros.

En los tiempos de aridez espiritual, perseveremos en las Normas, que nos santifican: la oración, la Santa Misa, la Comunión, el trato con la Virgen y los Angeles Custodios..., sabiendo que Dios pone a prueba el alma en que se complace. No es misión nuestra entender cómo el Espíritu Santo —único modelador de las almas— nos conduce. Al entregarnos a Dios, hemos dejado en sus manos la dirección de nuestra vida y de nuestra santificación. Hemos renunciado al propio yo para ocuparnos exclusivamente de las cosas de Dios: El se ocupará de nosotros.

Persevera, voluntariamente y con amor —aunque estés seco—, en tu vida de piedad. Y no te importe si te sorprendes contando los minutos o los días que faltan para acabar esa norma de piedad o ese trabajo, con el turbio regocijo que pone, en esa operación, el

(11) De nuestro Padre, *Carla*, 9-1-1932, n. 90.

chico mal estudiante, que sueña con que se termine el curso; o el quincenario, que espera volver a sus andadas, al abrirle las puertas de la cárcel.

*Persevera —insisto— con eficaz y actual voluntad, sin dejar ni un instante de querer hacer y aprovechar esos medios de piedad*¹².

EN LOS momentos de oscuridad no podemos desanimarnos. Tenemos la seguridad de que nuestro Padre Dios, que es el artífice, va a hacer de nuestra alma una obra maravillosa: de ese *barro de botijo: frágil, quebradizo, inconsistente*ⁿ de que estamos hechos, hará una figura divina. Sólo nos exige la fidelidad en el camino, no detenernos aunque no sepamos el rumbo ni veamos la meta. *Sequedad interior no es tibieza. En el tibio, el agua de la gracia no empapa, resbala... En cambio, hay secanos en apariencia áridos que, con pocas gotas de lluvia, se colman a su tiempo de flores y de sabrosos frutos.*

*Por eso, ¿cuándo nos convenceremos?: ¡qué importancia tiene la docilidad a las llamadas divinas de cada instante, porque Dios nos espera precisamente ahí!*¹⁴.

Nuestra actitud debe ser de amor, de total confianza. Lo verdaderamente importante es saber reco-

menzar cada día cuantas veces sea preciso, buscar siempre al Señor sin que nada —ni las propias miserias— nos detenga; tener la humildad y la sencillez filial de aceptarnos como somos y descansar en su amor. Y acudir con ahínco a nuestras Normas, donde el Señor nos espera: *para el que ama a Jesús, la oración, aun la oración con sequedad, es la dulzura que pone siempre fin a las penas: se va a la oración con el ansia con que el niño va al azúcar, después de tomar la pócima amarga*¹⁵.

Obrando así, tendremos siempre serenidad, también en las experiencias más áridas que el Señor permita. Y, si somos fieles, enseguida —cuando Dios quiera— volverá a brillar la luz que se había oscurecido. Mientras tanto, debemos esmerarnos en poner por obra el consejo de nuestro Padre: *en los tiempos de serenidad espiritual —de endiosamiento bueno— haced como los ingenieros, que embalsan las aguas; limpias que vienen abundantes de la montaña y, cuando llega el estiaje, tienen un buen depósito, para beber, para regar los campos, para producir energía eléctrica: luz y fuerza. Ahora que abundáis en claridad, que os encontráis en el corazón ese afán de ser fieles, haced el propósito firme de acudir a esa claridad, invocando a Nuestra Madre Santa María, si un día permite el Señor que pensemos que estamos rodeados de tinieblas*¹⁶.

(12) *Forja*, n. 447.

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 24-IIH931, n. 26.

(14) *Forja*, n. 224.

(15) *Camino*, n. 889.

(16) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 42.

En ese momento —como en todos— la Virgen no nos abandona. *No estás solo. —Lleva con alegría la tribulación. —No sientes en tu mano, pobre niño, la mano de tu Madre: es verdad. —Pero... ¿has visto a las madres de la tierra, con los brazos extendidos, seguir a sus pequeños, cuando se aventuran, temblorosos, a dar sin ayuda de nadie los primeros pasos? —No estás solo: María está junto a ti".*

284.

DOMINGO XVI DEL TIEMPO ORDINARIO

—El Señor ha sembrado en nosotros la buena semilla, para que dé abundante cosecha.

—La tibieza es la cizaña que retrasa nuestro crecimiento interior.

—La lucha en las cosas pequeñas aleja la tibieza de nuestra vida.

EL REINO de los Cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo¹.

Somos ese buen campo donde el Señor ha echado la simiente de su gracia: semilla divina que, al caer y arraigar en el surco abierto del alma, germina frutos de santidad. ¡Con cuánto amor nos da Dios su gracia! Para El, cada uno de sus hijos somos lo más grande, lo más valioso que hay en el mundo. Tan amoroso desvelo siente el Señor por nuestra suerte, que para redimirnos no vaciló en participar de nuestra humanidad: *pues vino el Hijo del hombre a buscar y salvar lo que había perecido (...). Pereció, pues, el hombre: y vino Dios hecho hombre²*. Y trabajó durante muchos años, predicó la Verdad salvadora, padeció y murió por nosotros en la cruz. *No se ha limitado el Señor a decirnos que nos ama: sino que nos lo ha demostrado con las obras, con la vida entera³.*

(1) Ev. (A) (Matth. XIII, 24).

(2) San Agustín, *Sermo* 8.

(3) *Forja*, n. 62.

Si Dios, a tan alto precio, ha hecho esa siembra de la gracia en nuestra alma, es para que arraigue, crezca y dé fruto abundante, especialmente en los que somos apóstoles por especial vocación divina, obreros de Cristo en el gran campo del mundo. *Alma de apóstol: primero, tú. —Ha dicho el Señor, por San Mateo: "Muchos me dirán en el día del juicio: ¡Señor, Señor!, ¿pues no hemos profetizado en tu nombre y lanzado en tu nombre los demonios y hecho muchos milagros? Entonces yo les protestaré: jamás os he conocido por míos; apartaos de mí, operarios de la maldad".*

*No suceda —dice San Pablo— que habiendo predicado a los otros, yo vaya a ser reprobado*⁴.

Hay que velar de día y de noche, y no dejarse sorprender por el enemigo; vigilar para ser fieles a la vocación y a todas sus exigencias. Nos decía nuestro Padre: *la mejor alegría de mi vida, grande, grande —y de ella sois parte vosotros—, es la fidelidad a la vocación: con frío y con calor, con ganas y sin ganas, con mal tiempo y con tiempo sereno. Fiel a mi vocación, con la gracia de Dios y la ayuda de mi Madre del Cielo*⁵.

SEMBRÓ el sembrador buena simiente; pero ocurrió que, *mientras dormían los hombres, vino su enemigo, sembró cizaña en medio del trigo, y se fue*⁶.

(4) *Camino*, n. 930.

(5) De nuestro Padre, Crónica IV-63, p. 86.

(6) Ev. (A) (*Matth.* XIII, 25).

Dios ha derramado a manos llenas la buena semilla en nuestra alma. Siembra de gracia, destinada a producir una cosecha óptima en frutos de santidad. Pero *¿os hombres estamos expuestos a dejarnos llevar del sueño del egoísmo, de la superficialidad, desperdigando el corazón en mil experiencias pasajeras, evitando profundizar en el verdadero sentido de las realidades terrenas. ¡Mala cosa ese sueño, que sofoca la dignidad del hombre y le hace esclavo de la tristeza!*⁷.

La vocación divina, gracia preciosa que Dios nos ha otorgado, rendirá el ciento por uno si cooperamos con voluntad decidida a suprimir cuanto se opone al crecimiento del buen trigo: la cizaña que quiere ahogar y hacer estéril la siembra que Cristo hizo en nuestro corazón. *Luego hemos de estar vigilantes y oír el grito de la Escritura: custos, quid de nocte? Custos, quid de nocte? (Isai. XXI, 11); ¡centinela, alerta! Debemos estar vigilantes, debemos oír aquel clamor. Hay que estar de centinela, hijos míos, hay que estar alerta (...). Sabéis que estamos vigilantes con sólo cumplir nuestras Normas. Lo estoy repitiendo desde el principio: estoy seguro de la salvación —de la santidad— de quien cumple las Normas de vida del Opus Dei. Aunque a veces se meta la desgana, y a un alma buena su vida le parezca una comedia, y sea necesario hacer un acto de fe y continuar con la ora-*

(7) *Es Cristo que pasa*, n. 147.

*ción y con el trabajo hasta poner la última piedra del día. ¡No dormir! Porque si no, en medio de lo bueno, vendrá lo malo*⁸.

El Señor ha sembrado buen trigo, pero en nosotros hay también cizaña, y la seguirá habiendo durante toda la vida, hasta que llegue la hora de la recolección. Por eso, la santificación exige una constante lucha ascética, un continuo rectificar. El enemigo que sembró la mala hierba, tal vez no pretende acabar con el trigo en un momento, porque sabe que a tanto no puede llegar. Pero trabaja por rebajar los quilates del oro purísimo de nuestra entrega, por entibiar el deseo actual de santidad y retrasar nuestro avance. Para lograrlo se insinúa de una manera solapada, en detalles que parecen no tener importancia: rasgos de temperamento que, si no se dominan, podrían acentuarse con los años; descuidos en el plan de vida; pequeñas faltas de sinceridad o de rectitud de intención; concesiones a la comodidad y al egoísmo; omisiones en el espíritu de mortificación y penitencia... Todo esto es la cizaña, tibieza que debilita al alma e impide que se remonte cada día más alto hacia las cumbres de santidad a donde la llama Dios.

La flaqueza que hay en nosotros, y que sentimos a veces agitarse como la cizaña en medio del buen trigo que Cristo sembró, ha de servir para mantenernos vigilantes, a fin de que nunca disminuya el impe-

(8) De nuestro Padre, Meditación, 4-IM962.

tu con que debemos tender a la santidad. *Lucha contra esa flojedad que te hace perezoso y abandonado en tu vida espiritual. —Mira que puede ser el principio de la tibieza..., y, en frase de la Escritura, a los tibios los vomitará Dios*⁹.

ESE modo sobrenatural de proceder es una verdadera táctica militar. —Sostienes la guerra —las luchas diarias de tu vida interior— en posiciones, que colocas lejos de los muros capitales de tu fortaleza.

*Y el enemigo acude allí: a tu pequeña mortificación, a tu oración habitual, a tu trabajo ordenado, a tu plan de vida: y es difícil que llegue a acercarse hasta los torreones, flacos para el asalto, de tu castillo. —Y si llega, llega sin eficacia*¹⁰.

Nuestra vigilancia ha de extenderse también a las cosas pequeñas. *¿Quieres de verdad ser santo? —Cumple el pequeño deber de cada momento: haz lo que debes y está en lo que haces*¹¹. Porque *"qui fidelis est in mínimo et in maiori fidelis est"* —quien es fiel en lo poco también lo es en lo mucho. —Son palabras de San Lucas que te señalan —haz examen— la raíz de tus descaminos¹².

Hemos de permanecer en vigilia enamorada, pidiendo al Señor que nos haga ver con claridad dón-

(9) Camino, n. 325.

(10) Camino, n. 307.

(11) Camino, n. 815.

(12) Camino, n. 243.

de se encuentran los pequeños extravíos que, si no se rectifican, pueden acabar siendo grandes. *Me dices: cuando se presente la ocasión de hacer algo grande... ¡entonces! —¿Entonces? ¿Pretendes hacerme creer, y creer tú seriamente, que podrás vencer en la Olimpiada sobrenatural, sin la diaria preparación, sin entrenamiento?*¹³.

*Uno que no lucha en las cosas pequeñas, que dice: "yo, cuando se presente la ocasión grande", hace el ridículo. En la vida espiritual como en la deportiva. De modo que a luchar, hijos míos: estar agradables con una persona que no nos resulta simpática; evitar, sin que se note, sin faltar a la caridad, el trato con la persona que tiene para nosotros una especial simpatía; tomar un poco menos de lo que nos gusta, y una cucharada más de lo que no nos gusta; estudiar, a la hora, aquel tema desagradable que no nos entra; escribir con picardía santa a vuestros padres, demostrándoles el cariño que les tenéis, para que se pongan contentos. Y arrastrar este cuerpo cuando se cansa. Esto es estar entrenados, y estar dispuestos a la hora de la prueba. Una persona que no lucha, a la hora de la gran manifestación será un cobarde, aunque él piense otra cosa*¹⁴.

Al finalizar este rato de oración, podemos hacer el propósito de ser más fieles a los pequeños deberes

(13) *Camino*, n. 822.

(14) De nuestro Padre.

que componen nuestro día. *La correspondencia a la gracia también está en esas cosas menudas de la jornada, que parecen sin categoría y, sin embargo, tienen la trascendencia del Amor*¹⁵. Por eso nos pide nuestro Padre: *sigue en el cumplimiento exacto de las obligaciones de ahora. —Ese trabajo —humilde, monótono, pequeño— es oración cuajada en obras que te disponen a recibir la gracia de la otra labor —grande, ancha y honda— con que sueñas*¹⁶.

La vigilancia continuada en lo pequeño, mantuvo luego firme junto a la Cruz de su Hijo a la Virgen Santísima. *María santifica lo más menudo, lo que muchos consideran erróneamente como intrascendente y sin valor: el trabajo de cada día, los detalles de atención hacia las personas queridas, las conversaciones y las visitas con motivo de parentesco o de amistad. ¡Bendita normalidad, que puede estar llena de tanto amor de Dios!*"

(15) *Forja*, n. 686.

(16) *Camino*, n. 825.

(17) *Es Cristo que pasa*, n. 148.

285.

LUNES

—Cristo busca sólo la gloria de Dios, sin ostentación.

—Dios quiere que la Obra no busque su propia gloria: motivos de la humildad colectiva.

—La humildad colectiva se fundamenta en la humildad personal.

ALGUNOS de los escribas y fariseos se dirigieron a El, diciendo: Maestro, queremos ver de ti una señal. El les respondió: esta generación malvada y adúltera pretende una señal, pero no se le dará otra señal que la del profeta Jonás¹.

Tras haber visto tantos milagros de Jesús, los fariseos siguen sin creer en El porque les falta humildad y sencillez. Piden una señal para probarle. Es notorio el contraste de esta actitud con la de Jesucristo. A lo largo de todo el Evangelio, se descubre el constante afán de Jesús por no aparentar, por no dar espectáculo. Busca sólo la gloria de Dios y el bien de las almas: no quiere gloria humana, ni para El, ni para la misión que su Padre le ha encomendado. Por eso evita toda clase de ostentaciones innecesarias.

Aprendamos de esta actitud de Jesús. En su vida

en la tierra, no ha querido ni siquiera la gloria que le pertenecía, porque teniendo derecho a ser tratado como Dios, ha asumido la forma de siervo, de esclavo (cfr. Philip. //, 6-7). El cristiano sabe así que es para Dios toda la gloria; y que no puede utilizar como instrumento de intereses y de ambiciones humanas la sublimidad y la grandeza del Evangelio².

A lo largo de gran parte de su vida, Cristo calló y se dedicó a hacer. Consideró que ésa era la mejor conducta en muchas ocasiones. Y los primeros cristianos recogieron su ejemplo: *es mejor ser cristiano sin decirlo* —escribe San Ignacio de Antioquía—. *Es una cosa óptima enseñar, pero a condición de que se practique lo que se enseña. Nosotros tenemos un solo Maestro, Aquél que habló y todas las cosas fueron hechas; las mismas obras que El ha realizado en el silencio son dignas del Padre. El que comprende verdaderamente la palabra de Jesús, puede entender su mismo silencio; y entonces será perfecto, porque obrará en conformidad con su palabra y se manifestará mediante su silencio³.*

Esa ha de ser nuestra vida: un servicio rendido a Dios, realizado sin exhibición, sin visión humana, sin buscar la alabanza de los demás hombres. *Cuando se trabaja única y exclusivamente por la gloria de Dios, todo se hace con naturalidad, sencillamente, como*

(1) Ev. (Matth. XII, 38-39).

(2) *Es Cristo que pasa*, n. 62.

(3) San Ignacio de Antioquia, *Epístola ad Ephesios* 15.

quien tiene prisa y no puede detenerse en "mayores manifestaciones", para no perder ese trato —irrepetible e incomparable— con el Señor.*

CRISTO quiere que le imitemos en su vida oculta. Al dedicarnos al servicio de Dios, sólo nos mueve a nuestra entrega el deseo de dar a Dios toda la gloria, sirviendo a la Iglesia y a todas las almas, sin buscar gloria para la Obra y sin buscar nuestro provecho personal⁵. Queremos sólo servir a Dios, y procuramos poner por obra el deseo de San Pablo: *vita vestra est abscondita cum Christo in Deo* (Colos. III, 3); *vivid cara a Dios, no cara a los hombres. Esa ha sido y será siempre la aspiración de la Obra: vivir sin gloria humana; y no olvidéis* —escribe nuestro Padre en una de sus Cartas— *que, en un primer momento, me hubiera gustado incluso que la Obra no tuviera ni nombre, para que su historia la conociera sólo Dios: pero, como abominamos del secreto y queremos trabajar siempre dentro de los límites de la ley, en cada país, no podremos dejar de emplear un nombre*⁶.

La humildad colectiva que se vive en el Opus Dei, es afán divino de dar a Dios toda la gloria sin recibir aplausos por la labor realizada entre los hombres. Y este anhelo santo de que la Obra pase oculta,

nada tiene que ver con el secreto. Aborrezco el secreto —repetía frecuentemente nuestro Fundador—, *que muchas veces no sirve sino para hacer el mal, o para que se diluya la responsabilidad. No admito más secreto que el de la confesión: y así lo digo siempre, a todos los que alguna vez se me acercan con la pretensión de contarme algo en secreto*⁷.

Desde los primeros años de la Obra, nuestro Padre nos inculcó este recto modo de actuar. Y después, cuando la amplitud de los apostolados, que Dios ha concedido a su Obra, muestra su madurez, también nuestro trabajo debe desarrollarse sin espectáculo, sin ruido. *Lo que nos pide el Señor es naturalidad: si somos cristianos corrientes, almas entregadas a Dios en medio del mundo —en el mundo y del mundo, pero sin ser mundanos—, no podemos comportarnos de otro modo*⁸.

Además, nosotros hemos de tener muy metidas, en nuestra vida de almas entregadas al servicio del Señor, aquellas palabras suyas: guardaos de hacer vuestras obras buenas en presencia de los hombres, con el fin de que os vean; de otra manera no recibiréis el galardón de vuestro Padre que está en los cielos (TMatth. VI, 1).

La virtud teologal de la esperanza nos da un aprecio tan grande del premio que nos ha prometido nuestro Padre Dios, que no estamos dispuestos a correr el

(4) Surco, n. 555.

(5) De nuestro Padre, Carta, 9-1-1932, n. 21.

(6) De nuestro Padre, Carta, 24-II-1930, n. 20.

(7) De nuestro Padre, Carta, 9-1-1932, n. 62.

(8) De nuestro Padre, Carta, 24-11-1930, n. 8.

riesgo de perderlo por falta de humildad colectiva; no queremos que a nosotros se nos apliquen, por haber buscado el aplauso de los hombres, aquellas otras palabras de Jesús: amen, dico vobis, quia receperunt mercedem suam (Matth. VI, 16); recibieron ya su galardón. ¡Triste negocio!

Por eso no queremos que se nos alabe, ni que se nos pregone: queremos trabajar calladamente, con humildad, con alegría interna —servite Domino in laetitia (Ps. XCIX, 2)—, con entusiasmo apostólico que no se desvirtúa precisamente porque no se desborda en ostentación, en manifestaciones aparatosas. Queremos que haya en todas las profesiones, en todas las tareas humanas, grupos escogidos de hombres y de mujeres que, sin banderas al viento ni etiquetas llamativas, vivan santamente e influyan en sus compañeros de trabajo y en la sociedad, para el bien de las almas: ése es el afán exclusivo de la Obra⁹.

OS HE enseñado siempre —escribía nuestro Padre— que es fundamento de nuestra peculiar espiritualidad la humildad colectiva. No entiendo por qué, si Juan y Pedro y Andrés, tomados particularmente, tienen el deber de ser humildes, todos juntos han de considerarse en cambio con el derecho a ser soberbios como víboras¹⁰.

(9) De nuestro Padre, *Carla*, 9-1-1932, n. 65.

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 31-V-1954, n. 13.

La humildad colectiva hunde sus raíces y se alimenta de humildad personal, de la verdad del propio conocimiento. Somos instrumentos de Dios, que es quien obra maravillas. Por eso rehuimos —personal y corporativamente— el aplauso y la alabanza. El espectáculo de los prodigios que obra Dios por nuestras manos debe ser una ocasión para humillarnos, para alabar a Dios y reconocer que todo viene de El, y que nosotros no hemos hecho más que estorbar o, a lo más, ser pobres instrumentos en las manos del Señor.

Debemos pensar que hay muchas otras almas que han trabajado mejor que cada uno de nosotros, que se han sacrificado más y han rezado con mayor perseverancia; pero que el Señor se ha querido servir más de vosotros y de mí que de estas otras personas, para que se vea que es El el que actúa, para que se note que los instrumentos no cuentan o cuentan muy poco.

Porque Dios ha escogido a los necios según el mundo, para confundir a los sabios, y Dios ha escogido a los flacos del mundo, para confundir a los fuertes; y a las cosas viles y despreciables del mundo, y a aquellas que no eran nada, para destruir las que son al parecer más grandes, a fin de que ningún mortal se jacte ante su acatamiento (/ Cor. I, 27-29)¹¹.

Es bueno reconocer los prodigios que el Señor obra por nuestras manos; pero no podemos admitir ni por un instante ningún pensamiento de soberbia,

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 89.

por cualquier servicio nuestro a Dios: porque, en ese mismo momento, dejaríamos de ser sobrenaturalmente eficaces¹². Al contrario, nos dice nuestro Padre, debéis trabajar con naturalidad, sin espectáculo, sin pretender llamar la atención, pasando inadvertidos, como pasa inadvertido un buen padre que educa cristianamente a sus hijos, un buen amigo que da un consejo lleno de sentido cristiano a otro amigo suyo, un industrial o un negociante que cuida de que sus obreros estén atendidos en lo espiritual y en lo material.

Debéis trabajar —por tanto— silenciosamente, pero sin misterios ni secreteos, que nunca hemos empleado y nunca emplearemos: porque no se necesitan para servir a Dios, y además repugnan a las personas que tienen claridad en la conciencia y en la conducta. Silenciosamente: con una humildad personal tan honda, que os lleve necesariamente a vivir la humildad colectiva, a no querer recibir cada uno la estimación y el aprecio que merece la Obra de Dios y la vida santa de sus hermanos¹³.

Hemos de saber pasar ocultos, con humildad personal que facilite la humildad colectiva. Y para eso queremos trabajar como tres mil, haciendo el rumor de tres¹⁴. Esta actitud se hace defensa de una humildad que Dios quiere que sea también colectiva —de toda la Obra—, no sólo individual; es también, al mis-

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 88.

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 64.

(14) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 66.

mo tiempo, instrumento de mayor eficacia en el apostolado del buen ejemplo, que cada uno personalmente desarrolla en su propio ambiente familiar, profesional, social¹⁵.

Acabemos hoy nuestra oración contemplando a la Virgen. ¡Qué humildad, la de mi Madre Santa María! —No la veréis entre las palmas de Jerusalén, ni —fuera de las primicias de Cana— a la hora de los grandes milagros.

—Pero no huye del desprecio del Gólgota: allí está, juxta crucem Jesu —junto a la cruz de Jesús, su Madre¹⁶.

(15) De nuestro Padre, *Cana*, 9-1-1932, n. 66.

(16) *Camino*, n. 507.

286.

MARTES

—La obediencia es imprescindible para nuestra vida, y presupone la humildad.

—La obediencia humilde es indispensable para recibir la formación de la Obra.

—La formación que recibimos en Casa nos impulsa a obedecer con libertad.

JESÚS se encontraba *hablando a las multitudes* (...), y su Madre y sus hermanos estaban intentando hablar con El. Alguien le dijo entonces: mira que tu Madre y tus hermanos están fuera intentado hablarte. Pero El respondió al que le hablaba: *¿quién es mi Madre y quiénes son mis hermanos?*. Y añadió: *todo el que haga la Voluntad de mi Padre que está en los Cielos, éste es mi hermano y mi hermana y mi madre*².

Con esta afirmación en apariencia negativa, Jesucristo está, por el contrario, dando la verdadera razón de la incomparable grandeza de la Virgen. *Era el elogio de su Madre, de su fiat* (Luc. I, 38), *del hágase sincero, entregado, cumplido hasta las últimas consecuencias*³. No son los vínculos de la carne ni de la sangre los que, por sí solos, producen la unión con

(1) Ev. (Matth. XII, 46-48).

(2) *Ibid.*, 49.

(3) *Es Cristo que pasa*, n. 172.

Jesús, sino la pronta disponibilidad para responder a lo que Dios pide.

La identificación de nuestro querer con la Voluntad de Dios, exige de nosotros humildad. Sólo sabiéndonos poca cosa, seremos capaces de entregar nuestra voluntad haciéndola una con la de Dios. Humildad y obediencia son virtudes que marchan unidas en la vida cristiana, porque el espíritu de obediencia no cabe en un alma dominada por el amor propio. El soberbio ni puede ni sabe obedecer: al faltarle el conocimiento de las propias limitaciones y al creerse superior a los demás, no acepta otra voluntad que la suya: su propio criterio le parece perfecto, inmejorable.

Pero no siempre el soberbio rechaza el mandato de un modo tan claro. Otras veces, encubierto por una falsa humildad, acepta aparentemente las indicaciones, pero en realidad, no les da cabida en su corazón, sino que las somete a crítica y pone límites constantes a la obediencia, creando un coto personal en el que a nadie permite entrar.

¡Cómo anda a veces la obediencia por ahí...! ¡Qué penal Todo lo quieren poner en tela de juicio. Aun en la vida de entrega a Dios, hay algunas personas para quienes todo es ocasión de disquisiciones: si pueden mandar los superiores esto, si pueden mandar lo otro, si pueden mandar aquí, si pueden mandar allá... En el Opus Dei sabemos esto: se puede mandar todo —con el máximo respeto a la libertad perso-

nal, en materias políticas y profesionales—, mientras no sea ofensa de Dios⁴.

Sólo la humildad hace comprender que el hombre no es la razón última de sus actos. Sólo la persona humilde se siente sometida a un criterio más alto, que le supera, y al que debe ajustar su vida. La humildad es base sobre la que descansa la obediencia; es virtud imprescindible para que la vida interior florezca y dé frutos de apostolado. Tenemos el ejemplo de Jesucristo, que vivió oculto durante treinta años, siendo modelo de humildad y de obediencia. Y en el pasaje del Evangelio que hemos visto, hace el elogio del *fiat* de su Madre. Cuando habla de aquéllos que le aman, lo hace en términos de obediencia, de identificación con una voluntad ajena —la de Dios— que hacen propia. Ese es el camino por el que nos adentramos en la verdadera vida interior, el sendero que nos da la eficacia. *Si los hijos míos son santos y humildes serán eficaces en todo el mundo; cuanto más humildes, más eficaces. No hemos venido a mandar, sino a obedecer*⁵.

*SI ALGUNO me ama, guardará mi palabra*⁶. Nuestra vida en la Obra se encamina a buscar la plenitud cristiana en el mundo y al ejercicio del aposto-

lado. Para lograr este fin necesitamos formarnos, aprender a vivir las virtudes necesarias de nuestra vida de cristianos. *Nadie nace sabiendo las cosas: ni las temporales, ni las del espíritu. Ese es el motivo por el que la Obra ha de proporcionarnos una fuerte formación, que dura toda la vida*⁷. Y para esto también necesitamos *humildad y obediencia: dos condiciones indispensables para recibir la doctrina: mi espíritu* —decía nuestro Padre—, *que es el que me ha dado Dios para que te lo entregue*⁸.

Necesitamos humildad, actitud dócil, que deriva del conocimiento propio, y que hace al alma permeable para que germine la buena semilla. La soberbia, por el contrario, engendra un espíritu crítico que nunca se aquieta, impide aprovechar los medios de formación, y convierte el alma en un erial, incapaz de dar fruto. Nuestro Padre nos advierte de este peligro: *los que no viven sobrenaturalmente su vocación sienten, para tranquilizarse con una tranquilidad que no es de Dios, un espíritu crítico que les arranca de cuajo la objetividad, la paz y la alegría*⁹.

La humildad prepara el terreno, crea el clima en que la formación ha de desarrollarse; pero sólo la obediencia sobrenatural y continuada, el despego generoso de la propia voluntad, hace posible que la labor de formación alcance su plenitud. Hay que apartar las

(4) De nuestro Padre, Meditación *Que se vea que eres Tú*, I-IV-1962.

(5) De nuestro Padre, Crónica XI-58, p. 8.

(6) *Allel.* (Ioann. XIV, 23).

(7) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XH-1941, n. 19.

(8) De nuestro Padre, Meditación, 2-X-1955.

(9) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 20.

barreras que se oponen a la acción de la gracia; hay que ponerse, como niños, en manos de los Directores: amen dico vobis, nisi conversi fueritis, et efficiamini sicut parvuli... (Matth. XVIII, 3). *Debéis haceros como niños* —nos recomendaba nuestro Padre—, *dejando la soberbia a un lado, recibiendo con alegría lo que venga de vuestros Directores, mientras atesoráis doctrina, llenándoos de claridad de ideas, de plenitud de nuestro espíritu, que es de Dios, para poder después, de lo que sobreabunde, dar a los demás (...).*

Nisi efficiamini sicut parvuli. *¿Tú te quieres examinar un poquitín? ¿Cómo andas de juicio propio en cosas de categoría y en cosas pequeñas? ¿De preocupaciones tontas, de esas preocupaciones nacidas de la soberbia que no te hacen recibir la doctrina y que te arrancan, con el espíritu de Cristo, la paz, esa santa paz de Dios; y con la paz, la alegría que es fruto de la entrega? Haced propósitos concretos de ser humildes delante de Dios y de los Directores, que representan a Dios; rindiendo gustosos el juicio, abriendo de par en par las puertas del corazón para recibir la doctrina que se os da*¹⁰. Sólo así identificaremos nuestro espíritu con el de la Obra; sólo así seremos eficaces.

LA OBEDIENCIA que se da a los que mandan, se da a Dios mismo. Por eso, todo cuanto el hombre or-

(10) De nuestro Padre, Meditación, 2-X-1955.

*dena de parte de Dios, es preciso ejecutarlo con tanta sumisión como si Dios mismo lo hubiese mandado*¹¹. De esa convicción nacerá en nosotros el cuidado y la ilusión por realizar, hasta en los menores detalles, todo lo que nos hayan indicado, porque en la obediencia nada hay trivial y sin importancia.

Por su parte, la humildad dispone al alma para la obediencia, haciéndola sensible a las más leves insinuaciones de los Directores. La persona que es humilde tiene habitualmente deseos de obedecer, sabe descubrir en los que gobiernan la Voluntad divina, y procura poner por obra enseguida el mandato recibido. La humildad no busca excusas —¡tan fáciles de encontrar!— y llena el alma de alegría. *Mientras nos sometemos humildemente a la voz ajena* —dice San Gregorio—, *nos superamos a nosotros mismos en el corazón*¹².

La formación de la Obra hace brotar la libertad espiritual, de manera que la norma se haga vida en cada uno y las obras exteriores sean reflejo de un espíritu y no fruto de coacción: que por la ley nadie se justifica ante Dios es cosa patente, porque el justo vive de la fe (Galat. III, 11). *Por eso os he repetido muchas veces que nuestra obediencia es obediencia de seres vivos: a los cadáveres yo los entierro*¹³.

Hemos de responder libremente, porque nos da

(11) San Bernardo, *De praecepto et dispensatione* 9, 21.

(12) San Gregorio Magno, *Moralia* 35.

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 6-V-1945, n. 39.

la gana, a las llamadas que Dios nos hace por medio de los Directores. Nos dice nuestro Padre: *si consientes en que Dios señoree sobre tu nave, que El sea el amo, ¡qué seguridad!..., también cuando parece que se ausenta, que se queda adormecido, que se despreocupa, y se levanta la tormenta en medio de las tinieblas más oscuras (...). Si nos damos, El se nos da. Hay que confiar plenamente en el Maestro, hay que abandonarse en sus manos sin cicaterías; manifestarle, con nuestras obras, que la barca es suya; que queremos que disponga a su antojo de todo lo que nos pertenece*¹⁴.

Obedecemos en la Obra libremente, asumiendo el mandato que recibimos. Rendimos nuestra voluntad con docilidad *pero con inteligencia, con amor y sentido de responsabilidad, que nada tienen que ver con juzgar a quien gobierna*¹⁵.

Nuestra Madre es ejemplo de obediencia rendida, llena de humildad. Ella hará que aprendamos a vivir una obediencia humilde, que llenará de frutos nuestra vida interior y la labor apostólica.

(14) *Amigos de Dios*, n. 22.

(15) *Surco*, n. 372.

287.

MIÉRCOLES

—La parábola de la semilla esparcida nos habla de morir a nosotros mismos para dar fruto.

—En el olvido de nosotros mismos, que exige sacrificio y entrega continuos, está la eficacia.

—El sacrificio lleva consigo la alegría y la fecundidad apostólica.

COMENZABA el día cuando el Señor *salió de casa y se sentó a la orilla del mar*¹. Como de costumbre, *se reunió junto a El una multitud*². Y empezó a narrarles una parábola, la del sembrador que sale a esparcir la semilla. Dispersada por el viento, va cayendo por tierra. Parte en un pedregal, parte entre espinos o en medio de un camino... Otras semillas cayeron en buena tierra y dieron fruto³.

La escena es actual, comentaba nuestro Fundador. *El sembrador divino arroja también ahora su semilla. La obra de la salvación sigue cumpliéndose, y el Señor quiere servirse de nosotros: desea que los cristianos abramos a su amor todos los senderos de la tierra; nos invita a que propaguemos el divino mensaje, con la doctrina y con el ejemplo, hasta los últimos rincones del mundo. Nos pide que, siendo ciudadanos de*

(1) *Ev. (Matth. XIII, 1)*.

(2) *Ibid.*, 2.

(3) *Cfr. Ev. (Matth. XIII, 1-9)*.

la sociedad eclesial y de la civil, al desempeñar con fidelidad nuestros deberes, cada uno sea otro Cristo, santificando el trabajo profesional y las obligaciones del propio estado.

Si miramos a nuestro alrededor, a este mundo que amamos porque es hechura divina, advertiremos que se verifica la parábola: la palabra de Jesucristo es fecunda, suscita en muchas almas afanes de entrega y de fidelidad. La vida y el comportamiento de los que sirven a Dios han cambiado la historia, e incluso muchos de los que no conocen al Señor se mueven —sin saberlo quizá— por ideales nacidos del cristianismo.

Vemos también que parte de la simiente cae en tierra estéril, o entre espinas y abrojos: que hay corazones que se cierran a la luz de la fe. Los ideales de paz, de reconciliación, de fraternidad, son aceptados y proclamados, pero —no pocas veces— son desmentidos con los hechos. Algunos hombres se empeñan inútilmente en aherrajar la voz de Dios, impidiendo su difusión con la fuerza bruta o con un arma menos ruidosa, pero quizá más cruel, porque insensibiliza al espíritu: la indiferencia⁴.

A nosotros, Jesucristo nos ha pedido una dedicación absoluta, un total olvido de nosotros mismos, para ser grano que, al morir, produce fruto. Tenemos el ejemplo de nuestro Fundador, que no vivió más que para Dios, para la Iglesia, para la

(4) *Es Cristo que pasa*, n. 150.

Obra, para sus hijos, para todas las almas. Debemos seguir ese camino, muriendo al propio yo mediante una preocupación constante por los demás. Porque, si los que trabajamos no somos fieles, sucederá lo que escribe el profeta Joel: destruida la cosecha, la tierra en luto: porque el trigo está seco, desolado el vino, perdido el aceite. Confundios, labradores; gritad, viñadores, por el trigo y la cebada. No hay cosecha (Joel 1, 10-11).

No hay cosecha, cuando no se está dispuesto a aceptar generosamente un constante trabajo, que puede resultar largo y fatigoso: labrar la tierra, sembrar la simiente, cuidar los campos, realizar la siega y la trilla... En la historia, en el tiempo, se edifica el Reino de Dios. El Señor nos ha confiado a todos esa tarea, y ninguno puede sentirse eximido⁵.

LA BUENA simiente está destinada a hundirse en la tierra y desaparecer. *Si el grano de trigo no muere queda infecundo. —¿No quieres ser grano de trigo, morir por la mortificación, y dar espigas bien granadas? —¡Que Jesús bendiga tu triga!*⁶ La fecundidad que el Señor nos ha prometido y que nosotros esperamos, viene¹ del olvido de sí para estar unidos a El. *¿No has oído de labios del Maestro la parábola de*

(5) *£5 Cristo que pasa*, n. 158.

(6) *Camino*, n. 199.

*la vid y los sarmientos? —Consuélate: te exige, porque eres sarmiento que da fruto... Y te poda, "ut fructum plus afferas" —para que des más fruto*⁷. Esta podadura es necesaria para combatir el amor propio en todas sus manifestaciones, la excesiva preocupación por nosotros mismos, la comodidad y la pereza, enemigos de la total dedicación a la vida apostólica.

No tenemos derecho a la desidia; las almas que nos rodean necesitan nuestra preocupación sacrificada. No sería posible hacernos todo para todos sin sacrificio personal, sin una entrega generosa de la propia vida. *Tú y yo no queremos estar solos; queremos multiplicar nuestra familia, dejar un surco luminoso y hondo. Por eso, hemos de dejar al pobre hombre animal y lanzarnos por los campos del espíritu, dando sentido sobrenatural a todas las cosas humanas y, a la vez, a los hombres que trabajan en ellas.*

*Para ser apóstoles, tenemos que llevar en nosotros a Cristo crucificado, como quiere San Pablo*⁸.

No es posible imitar al Señor sin seguir sus pisadas. Para ser corredores, tenemos que acompañar a Jesús en su sacrificio, con abnegación; con renunciaciones, pequeñas la mayoría de las veces, pero continuas; con la seguridad de saber que en el morir a nosotros mismos encontramos la eficacia. Sólo en ese saber negarse —aprovechando las contradicciones

(7) Camino, n. 701.

(8) De nuestro Padre, Meditación, 13-IV-1954.

internas y externas— se encuentra la fecundidad de nuestra labor. Así nos lo explicaba nuestro Padre: *¿sabéis por qué la Obra se ha desarrollado tanto? Porque han hecho con ella como con un saco de trigo: le han dado golpes, la han maltratado, pero la semilla es tan pequeña que no se ha roto; al contrario, se ha esparcido a los cuatro vientos, ha caído en todas las encrucijadas humanas donde hay corazones hambrientos de Verdad, bien dispuestos; y ahora tenemos tantas vocaciones, y somos una familia numerosísima, y hay millones de almas que admiran y aman a la Obra, porque ven en ella una señal de la presencia de Dios entre los hombres, porque advierten esa misericordia divina que no se agota*⁹.

Por ser ése el camino de la eficacia, el Señor permite que encontremos en nuestra labor dificultades e incomprensiones. Si las aceptamos y las vemos como venidas de la mano de Dios, aprovechando para morir a nosotros mismos, sacaremos de esas circunstancias el fruto espiritual y apostólico que el Señor quiere.

ESTAMOS para servir, para hacer que Cristo viva en los demás; ya no nos pertenecemos. Cuando vivimos así —con esta actitud generosa— somos felices, y la Cruz apenas se advierte. *¡Darse, darse, darse!*

(9) De nuestro Padre, Crónica, 1972, p. 19.

*Darse a los demás, servir a los demás: éste es el camino. El que no tiene problemas personales es feliz. Si queréis el secreto para ser felices: daos, sin esperar que os lo agradezcan*¹⁰. Una alegría, fruto del sacrificio, que es indispensable para arrastrar, para animar a los demás, porque si *el que predica no arde, no puede encender a los que le oyen* ".

Debe ser una realidad, en la vida de cada uno, lo que afirmaba nuestro Padre con orgullo de todos los miembros de la Obra: *con mucha frecuencia, no pocas personas me han comentado con asombro la alegría que, gracias a Dios, tienen y contagian mis hijos en el Opus Dei. Ante la evidencia de esta realidad, respondo siempre con la misma explicación, porque no conozco otra: el fundamento de su felicidad consiste en no tener miedo a la vida ni a la muerte, en no acogotarse ante la tribulación, en el esfuerzo cotidiano de vivir con espíritu de sacrificio, constantemente dispuestos —a pesar de la personal miseria y debilidad— a negarse a sí mismos, con tal de hacer el camino cristiano más llevadero y amable a los demás* ".

Pero no nos podemos conformar con un poco de entusiasmo, con el impulso de un momento. *Que el fuego de tu Amor no sea un fuego fatuo. —Ilusión, mentira de fuego, que ni prende en llamaradas lo que toca, ni da calor*". Es fuego verdadero, que quema,

(10) De nuestro Padre, Crónica 111-62, p. 13.

(11) San Agustín, *Enarrationes in Psalmos* 103, II, 4.

(12) *Amigos de Dios*, n. 132.

(13) *Camino*, n. 412.

el que se nutre de mortificación y de sacrificio, el que consume generosamente la propia vida. Porque somos, en las manos llagadas de Cristo, la semilla que el Sembrador divino lanza en el surco. Y como el sembrador mete el puño en la talega, lo saca cuajado de granos dorados, y los tira a voleo, así nos hemos de dar vosotros y yo, sin esperar nada en la tierra, ni inventarnos penas que no existen. Pero es preciso, como afirma el Evangelio, que el grano se entierre y muera en apariencia, para ser fecundo. Sólo así seremos una buena semilla, en la siembra que el Señor quiera hacer para abrir caminos divinos en la tierra¹⁴.

Pidamos a Santa María, Esclava del Señor y Reina de los Apóstoles, que incremente nuestra disposición de servicio a las almas y que la haga fructificar con abundancia. Y para eso, pongamos en práctica el consejo de nuestro Padre: *examina con sinceridad tu modo de seguir al Maestro. Considera si te has entregado de una manera oficial y seca, con una fe que no tiene vibración; si no hay humildad, ni sacrificio, ni obras en tus jornadas; si no hay en ti más que fachada y no estás en el detalle de cada instante..., en una palabra, si te falta Amor*.

*Si es así, no puede extrañarte tu ineficacia. ¡Reacciona enseguida, de la mano de Santa María!*¹⁵.

(14) De nuestro Padre, Meditación, 28-V-1964.

(15) *Forja*, n. 930.

288.

JUEVES

—Apostolado de la doctrina. Don de lenguas para ponerla al alcance de todos.

—Hace falta repetir las cosas, insistir muchas veces en las mismas ideas.

—Hay que renovarse: saber decir lo mismo con garbo nuevo.

*BIENAVENTURADOS vuestros ojos porque ven y vuestros oídos porque oyen. Pues en verdad os digo que muchos profetas y justos ansiaron ver lo que vosotros estáis viendo y no lo vieron, y oír lo que vosotros estáis oyendo y no lo oyeron*¹. El Señor habla a sus discípulos de cosas profundas con gran sencillez: hace fácil y amena la doctrina que predica, y por eso llega a todas las personas —tan diversas— que le escuchan. Se dirige a cada uno, según lo que cada uno puede entender: y pone ejemplos de redes y de peces, para la gente marinera; de semillas y de viñas, para los que trabajan la tierra; al ama de casa, le hablará de la dracma perdida; a la samaritana, tomando ocasión del agua que la mujer va a buscar al pozo de Jacob².

Ninguno de los oyentes de Jesús se siente defraudado por la forma en que recibe el mensaje. Cada uno lo entiende según su capacidad y sus disposi-

ciones, pero el Señor se esfuerza para que todos le entiendan: nadie puede afirmar que no ha tenido la posibilidad de recibir la Buena Nueva. De ese modo van penetrando cada vez más profundamente en el contenido del Evangelio, e impregnándose de su doctrina. Las multitudes le escuchaban ansiosas; para que se marcharan incluso era preciso despedirlas, porque la palabra de Jesús era agradable, amena.

Recibidas de Cristo, tenemos para todas las gentes palabras de vida eterna. Como El, queremos dar doctrina a las almas, porque *el mayor enemigo que tiene Dios en el mundo es la ignorancia*³, que es causa y como raíz de todos los males que envenenan los pueblos y perturban a muchas almas*. Queremos que todos los hombres conozcan la verdad, que es el mismo Cristo, que se enamoren de El: porque *nadie ama lo que ignora*⁵. Si deseamos lograr ese objetivo, hemos de acomodarnos a todas las mentalidades, a todos los ambientes, pues *no podemos pretender que todos los hombres tengan la misma cultura*⁶.

Para conseguirlo, hemos de contar con el *don de lenguas, saber transmitir la ciencia de Dios: recurso imprescindible para quien ha de ser apóstol. —Por eso, todos los días pido a Dios nuestro Señor que lo conceda a cada una y a cada uno de sus hijos*⁷.

(3) De nuestro Padre, Obras IV-57, p. 8.

(4) Juan XXIII, Litt. ene. *Ad Petri Calhedram*, 29-1-1959.

(5) San Agustín, *In Iohannis Evangelium tractatus* 94.

(6) De nuestro Padre, Obras XII-55, p. 6.

(7) *Surco*, n. 899.

(1) Ev. (Matth. XIII, 16-17).

(2) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VH-1933, n. 2.

Para enseñar la verdad hace falta que la pongamos al alcance, a la altura de las personas a las que nos dirigimos, de modo que la entiendan: *sembrar, hijos míos, con claridad, sin ambigüedades; porque no podemos permitir que impere el escepticismo práctico: la verdad es una. Con don de lenguas —os suelo decir, recordando con gozo la venida del Espíritu (cfr. Act. II, 4-6)—, que sabe acomodarse siempre a la condición, a la capacidad y a la formación del que escucha, y que es fruto de la oportuna preparación del que habla, y del amor y de la fe con que realice esa tarea apostólica (cfr. Ioann. VII, 38)*⁸.

Tan necesario para el apostolado es dar la doctrina del modo conveniente a cada mentalidad, que nuestro Fundador pedía a Dios, para sus hijos, *el don de lenguas: que pueda entenderos cualquier clase de gente*⁹.

*PREDICA la palabra, insiste con ocasión, y sin ella, reprende, ruega, exhorta con toda paciencia y doctrina*¹⁰. Al vivir el apostolado de la doctrina, tendremos que insistir muchas veces en las mismas ideas. No basta que nos escuchen, que sepamos acomodarnos a la capacidad de cada persona: el don de lenguas exige también que no nos cansemos de repetir con frecuencia las mismas cosas. Todos sabemos —por experiencia propia y ajena— que en ocasiones

no las entendemos inmediatamente y, también, que la memoria es flaca.

Es preciso *insistir sin miedo: tengo la experiencia de que hay que repetir las cosas. Hay cosas muy claras, muy claras, que la gente no entiende porque algunas veces nosotros tenemos malas explicaderas; pero en otras ocasiones, son ellos los que tienen malas entendaderas, y se da el caso de que coincidan las dos cosas: malas explicaderas y malas entendaderas.*

Estamos diciendo siempre lo mismo, insistiendo en ideas que son clarísimas, pero cuando no las entienden, tenemos que repetirlas de cincuenta maneras, para que al fin, poco a poco, se vayan enterando. De cien personas, al principio cogen las cosas primero sólo tres; después, diez; al cabo de un tiempo, treinta. Hay algunos que no las entenderán nunca: sacan, de nuestra conversación o de sus lecturas —en vieja frase castellana—, lo que el negro del sermón, porque no entendía la lengua: los pies fríos y la cabeza caliente".

Es menester insistir, sin temor a repetir, sin cansarnos, con serenidad y vibración a la vez, porque dar doctrina es una de *las pasiones dominantes de los hijos de Dios en el Opus Dei*¹¹. Debemos hacer el apostolado de la doctrina, aprovechando todas las ocasiones que se nos presenten: *una palabra dicha a tiempo, ¡cuánto bien hace!*¹².

(8) De nuestro Padre, *Carla*, 11-111-1940, n. 48.

(9) De nuestro Padre, *Obras* XII-55, p. 6.

(10) II *Tim.* IV, 2.

(11) De nuestro Padre, *Carla*, 30-IV-1946, n. 71.

(12) De nuestro Padre, n. 14.

(13) *Prov.* XV, 23.

Una virtud especialmente necesaria para esta siembra de doctrina es la paciencia. No debemos perder nunca el ánimo, ni por nuestras flaquezas ni por las posibles tardanzas de los demás en comprendernos. Con esa insistencia *nosotros, sin portentos espectaculares, con normalidad de ordinaria vida cristiana, con una siembra de paz y de alegría, hemos de destruir también muchos ídolos: el de la incompreensión, el de la injusticia, el de la ignorancia, el de la pretendida suficiencia humana que vuelve arrogante la espalda a Dios*¹⁴.

*Por predicar el Evangelio no tengo gloria, pues estoy por necesidad obligado a ello; ¡y desventurado de mí, si no lo predicare!*¹⁵. Esa afirmación de San Pablo la sentimos muy dentro de nuestro corazón, mientras consideramos aquel apremio de San Pío X: es necesario dar doctrina *con todo el empeño, afán y constancia que os sean posibles, cuidando esmeradamente de que el conocimiento de la doctrina cristiana penetre por completo en la mente y en el corazón de todos*¹⁶.

AL PONER por obra el apostolado de la doctrina, tendremos que repetir muchas veces los mismos conceptos. Precisamente por eso, hay que poner un

interés particular en decirlo de forma amena, para que no canse.

Hay que repetir lo mismo, pero de modos diversos. Es la forma lo que debe ser siempre nuevo, distinto; no la doctrina, que permanece idéntica, inalterable, si toca la fe o las costumbres". Por tanto, *necesitamos decir las cosas continuamente, en cien lenguas, y de modo agradable*¹⁸, para que nuestra palabra, nuestra conversación sea siempre con agrado sazónada con sal, de suerte que acertéis a responder a cada uno como conviene¹⁹.

Debemos revestir la doctrina de una forma atractante. *Si no se sabe presentar la doctrina condimentada con la gracia y la sal del bien decir (...) nada se consigue*²⁰. Hemos de lograr que, en nuestros labios, una misma idea repetida con constancia suene a algo nuevo cada vez que la digamos. *Hay que renovarse: saber decir lo mismo cada día con gracia nueva. Es el don de lenguas, parte del don de lenguas*²¹. Y para eso es preciso estudiar y preparar las cosas, sin improvisaciones, enriqueciéndose continuamente, sin esperar ilustraciones extraordinarias, poniendo esfuerzo y dedicando tiempo. La petición del don de lenguas debe ir acompañada siempre de un estudio profundo de la doctrina y del empeño por conocer

(14) *Amigos de Dios*, n. 105.

(15) *1 Cor.* IX, 16.

(16) San Pío X, *Litt. ene. Acerbo nimis*, 15-IV-1905.

(17) De nuestro Padre, *Carta*, 30-IV-1946, n. 71.

(18) De nuestro Padre, *Obras* XII-55, p. 8.

(19) *Colos.* IV, 6.

(20) San Juan Crisóstomo, *In Ioannem homiliae* 53, 2.

(21) De nuestro Padre, n. 36.

nuevos modos de decir y de enfocar los mismos aspectos. Nos ayudará también la lectura frecuente de los escritos de nuestro Padre, pues nuestro Fundador poseyó en un grado muy alto ese don de transmitir la doctrina, de tal modo que siempre parecía algo nuevo y más atractivo.

A la Virgen, Reina de los Apóstoles, le pedimos que nos consiga ese don de lenguas: que nos entiendan, que no nos cansemos de repetir las cosas, que sepamos dar a nuestra palabra apostólica una gracia nueva cada día.

289.

VIERNES

—El Derecho particular del Opus Dei nos da seguridad en el camino.

—El deseo de vivirlo se concreta en el cumplimiento fiel de las indicaciones de los Directores.

—Sentir la responsabilidad de transmitir fielmente el espíritu de la Obra.

EN LA primera lectura de la Misa de hoy, leemos la entrega a Moisés de las leyes por las cuales se había de regir su pueblo. Se trata de los diez mandamientos de la ley de Dios, que serán válidos para siempre, mientras haya hombres sobre la tierra. *Yo soy el Señor tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de la servidumbre*¹. Las leyes de Dios son camino para el Cielo. Quien las cumpla con fidelidad, llegará al Paraíso; quien las abandone, se verá apartado de su Creador.

También nosotros hemos oído la palabra del Señor. El despertó en nuestra alma sed de Dios, y se hizo para nosotros Camino, Verdad y Vida. Somos instrumentos suyos y nuestra existencia no tiene otro fin que la realización de su Voluntad. Pero esa Voluntad divina, para quienes hemos recibido la voca-

(1) L. I (1) (Exod. XX, 1-2).

ción al Opus Dei, se concreta además en las disposiciones que por querer divino nos dejó nuestro Padre. Es una muestra de predilección divina que en Casa tengamos *un medio sensible, que podemos ver, para no descaminarnos: nuestro Derecho, que tiene por voluntad de Dios todo lo necesario para nuestra santificación y para nuestra eficacia*².

Son normas queridas expresamente por Dios y sancionadas por la Iglesia, luces claras de nuestro caminar divino, que —en cualquier circunstancia— señalan el rumbo que debemos seguir: nos indican con certeza el criterio justo, lo propio de nuestro espíritu, lo que hará santa y eficaz nuestra acción. Porque *en la vida nuestra, el camino está perfectamente señalado: no hay nada que no esté... ¡esculpido!*³.

Nuestro Fundador repetía: *en nuestro Derecho, todo está cuajado de una manera tan divina, que yo os aseguro que no es mío. ¡Es de El! ¡Amadlo! ¡Veneradlo! Es el medio que nos ha dado Dios Nuestro Señor para que vosotros y yo vayamos por ese camino y no nos podamos descaminar*⁴. Por eso hay que tener afán de conocerlo para vivirlo. Y lo conocemos estudiando muy bien el *Catecismo* de la Obra, donde se *explica de modo oportuno todo lo dispuesto en nuestros Estatutos, para que todos los miembros conozcan bien*

(2) De nuestro Padre, Meditación, 12-IV-1954.

(3) De nuestro Padre, Crónica X-57, p. 6.

(4) De nuestro Padre, Meditación, 12-IV-1954.

*nuestro derecho y nuestro espíritu, y se dispongan mejor para hacer apostolado*⁵.

En este libro —¡tan pequeño!—, va escrito el porqué de tu vida de hijo de Dios —escribió nuestro Padre en el prólogo—. *Léelo con cariño. Ten hambre de conocerlo. Apréndelo de memoria, para que haya siempre, en tu cabeza y en tu corazón y en tu camino, luces claras*⁶.

CON LA vocación, hemos encontrado un camino que se plasma y se eterniza en las normas de nuestro Derecho particular. Pero no basta conocerlo; ni siquiera es suficiente la buena voluntad de vivirlo: hay que poner todo el corazón y toda la inteligencia para identificar la actuación personal con el espíritu de la Obra. Este es el modo de dar un contenido divino a nuestros actos, es *el único modo de que todos sean santos, eficaces, de no perder el optimismo, el empuje y la alegría que son manifestación externa de nuestra correspondencia a la gracia de Dios*⁷.

Que nadie se salga de ese camino ancho —nos decía nuestro Fundador—. *Por él se puede ir por el centro, por la izquierda, por la derecha, por una orilla; pero nadie puede ir por la cuneta*⁸.

(5) *Catecismo*, 5ª ed., n. 321.

(6) De nuestro Padre, prólogo al *Catecismo*.

(7) De nuestro Padre, Meditación, 12-IV-1954.

(8) De nuestro Padre, Meditación, 12IV-1954.

Las disposiciones en que se expresa el espíritu de la Obra son el cauce exacto del modo de ser, del estilo de vida que Dios quiere para nosotros. Por eso, darles cumplimiento es asunto de la vida diaria, decisión de amor. Y este amor se concreta en algo muy determinado: correspondencia a la gracia, docilidad a las indicaciones de los Directores, fidelidad al espíritu de la Obra. Hacer vida de nuestra vida el Derecho particular no es un quehacer teórico, ni se reduce a determinados momentos de estudio. Es vivirlo siempre con amor, como nos enseñó a hacer nuestro Padre con su ejemplo y con su palabra, como nos lo han transmitido nuestros hermanos mayores. Ahí es donde podemos afinar, mejorar, demostrar nuestro amor al Señor, que nos dice: *quien ha recibido mis mandamientos y los observa, ése es el que me ama*⁹.

Nuestro Padre nos recomienda: *no ambiciones más que un solo derecho: el de cumplir tu deber*¹⁰. Ese cumplimiento gustoso de las propias obligaciones nos llevará a la santidad. Y el modo de conocer esos deberes nos viene a través de las indicaciones que recibimos de los Directores, que no son sino modos concretos, personalizados, de vivir esas normas que Dios ha querido para su Obra. En nuestro espíritu, no hay nada que no tenga importancia: hasta los más pequeños detalles de nuestros Estatutos *deben ser considerados como camino cierto de santificación*

(9) *loan*». XIV, 21.

(10) *Surco*, n. 413.

(...). *Por tanto, sus normas han de ser tenidas por santas, inviolables y perpetuas*¹¹.

EL DERECHO particular del Opus Dei es algo estable, permanente, que ha de vivirse a lo largo de los siglos. *No puede prevalecer jamás ninguna costumbre o hábito contrario a nuestros Estatutos o a nuestro espíritu, ya que los Directores están obligados a fomentar su cumplimiento y a exigirlo con prudencia y eficacia, de modo que nunca nazca ninguna costumbre contraria o se dejen de cumplir algunos de esos preceptos*¹². Y no sólo los Directores: sobre todos los miembros de la Obra recae el honor y la responsabilidad de hacer ese espíritu vida nuestra, y de transmitirlo a los demás, como buenos eslabones de una cadena que ha de llegar hasta el final de los tiempos.

Como la vida, el espíritu de la Obra comprende una rica variedad de matices, que hemos de comunicar fielmente a los que vengan después. Una legislación carecería de vitalidad si no fuera avalada por la entrega de quienes ponen todo su empeño en hacer realidad aquellas exigencias. No puede tratarse nunca del mero cumplimiento de unas normas, ni de la aplicación descarnada de unas indicaciones. En el

(11) *Catecismo*, 5^a ed., n. 328.

(12) *Catecismo*, 5^a ed., n. 322.

caso de la Obra es también nuestra vida la que debe reflejar un modo de vivir en la tierra que nos lleva al Cielo.

Parte esencial de esta fidelidad al espíritu y al derecho de la Obra es nuestra unión y obediencia al Padre, como Prelado que posee la potestad ordinaria de jurisdicción sobre toda la Prelatura¹³. Una unión y obediencia llenas de cariño filial y de agradecimiento por sus desvelos de Buen Pastor, a los que procuramos corresponder, con la gracia de Dios, esforzándonos por *pasar* siempre por su cabeza y su corazón, por tener su persona e intenciones en el primer lugar de nuestras peticiones al Señor.

Hablando de su sucesor —y son palabras perennemente actuales—, nuestro Fundador nos decía: *cuando yo muera, hijos míos, al Padre, sea quien sea, amadlo mucho, mucho, aunque se os pasen por la cabeza pensamientos de que no es suficientemente santo o inteligente, o mil pensamientos más que se os puedan ocurrir y que habéis de desechar inmediatamente, porque son malos. ¡Amadle mucho, hijos míos! ¡Besad donde pise, no dejéis de hacer esa pequeña mortificación diaria y de rezar con amor la oración por el que hace cabeza! ¡Amadlo mucho, hijos míos, que es muy duro llevar esto encima!*¹⁴.

(13) Cfr. *Catecismo*, 5ª ed., nn. 412 y 414.
(14) De nuestro Padre, Meditación, 12-IV-1954.

La Virgen Santísima —*Regina Operis Dei*— protege bajo su manto a esta Obra que es también suya. Pidámosle una amorosa fidelidad a nuestro espíritu y a las normas que lo encarnan, para que nosotros y nuestros hermanos de todos los tiempos podamos dar delicado cumplimiento al camino trazado por nuestro Fundador: *hacer el Opus Dei en la tierra, siendo tú mismo Opus Dei*¹⁵.

(15) De nuestro Padre, prólogo al *Catecismo*.

290.

SÁBADO

—Necesidad de ser dóciles en la dirección espiritual.

—Para ser dóciles no basta desearlo; hay que aprender, y adquirir las disposiciones necesarias.

—Aceptación rendida de lo que disponen los Directores, en las materias que se refieren a la propia vida espiritual y a la labor apostólica.

EN LA parábola del trigo y la cizaña, el Señor nos muestra al padre de familia, dueño del campo, en diálogo con sus criados. Junto a las buenas plantas, han aparecido malas hierbas. *Señor —le preguntan entonces los siervos—, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿Cómo es que tiene cizaña? El les dijo: algún enemigo lo hizo. Le respondieron los siervos: ¿quieres que vayamos y la arranquemos? Pero él les respondió: no, no sea que, al arrancar la cizaña, arranquéis junto con ella el trigo. Dejad que crezcan ambos hasta la siega¹.*

El sueño de los criados ha sido la ocasión que el enemigo ha aprovechado para sembrar la cizaña. Pero estos servidores, antes negligentes, muestran ahora sinceros deseos de evitar el mal: informan enseñada al dueño del campo de lo que sucede y propo-

(1) Ev. (Malth. XIII, 28-30).

nen soluciones. Y el padre de familia no se aira con ellos, ya no les reprocha su precedente incuria.

Al Señor no le importan nuestras* flaquezas, si luego, humildes como esos criados, nos mostramos dispuestos a reparar, a dejarnos guiar, enseñar, instruir, corregir. *Nosotros, hijas e hijos, tenemos esta Madre amabilísima que es la Obra; y tenéis a vuestros hermanos y a tantas almas cuya santificación depende de nuestra fidelidad. Hijos míos, llenaos de fortaleza con el sentido de responsabilidad que nuestra vocación nos confiere. Amemos la dirección espiritual —que es para nosotros un derecho y un deber— que nos da el Opus Dei, y no pongamos obstáculos para que curen nuestras heridas.*

Cada vez que sea necesario, recomencemos con alegría y confianza. Cumplamos siempre nuestros deberes, hasta los más pequeños, pensando en el bien de los demás: eso es parte esencial de nuestro espíritu, del modo específico con el que Dios quiere que busquemos la santidad².

En la dirección espiritual es necesaria la docilidad. Con ella, se resuelven todos los problemas que puedan plantearse en nuestra vida interior. *Dile al Señor —nos animaba nuestro Padre— que quieres poner todos los medios. Y cuando veas que no has sabido, que te duermes —¡triste cosa ese sueño!—, es la hora de hacer un acto de contrición: Domine, tu omnia*

(2) De nuestro Padre. Carta, 28-111-1955, n. 29.

nosti, tu seis quia amo te! (Ioann. XXI, 17); *Señor, Tú lo sabes todo, Tú sabes que te amo. ¡Me abandono tantas veces! Pero no ha sido el nuestro un abandono que tenga su origen en falta de amor, sino en la humana flaqueza. Por eso debemos decirle enseguida: en adelante —quia tu es, Deus, fortitudo mea (Ps. XLII, 2)— yo seré fuerte contigo*³.

PARA ser dóciles no basta tener deseos. Como sucede con cualquier virtud, hay que aprender a practicar la docilidad. Lo dice el Espíritu Santo: *aprended a hacer el bien*⁴. Por eso no podrá ser dócil el que sea tozudo, obstinado, incapaz de asimilar una idea distinta de las que ya tiene. La persona soberbia no es capaz de vivir la docilidad si no se corrige; porque para aprender hay que estar convencidos de que aún hay cosas que desconocemos, y que es preciso que alguien nos enseñe.

Estando ya el trigo en hierba, y apuntando la espiga, descubrióse asimismo la cizaña (Matth. XIII, 26). *¡Divina pedagogía de las parábolas!: luminosas y claras, para las almas sencillas; ininteligibles, para los complicados e indóciles: por eso los fariseos no las entienden. El sembrador, el campo, el enemigo, la cizaña... Acércate más a Cristo, y dile que te explique la*

(3) De nuestro Padre, Meditación, 4-II-1962.

(4) Isai. I, 17.

*parábola —edissere nobis parabolam! (Matth. XIII, 36)— en la intimidad de tu oración*⁵.

¡Qué magníficas disposiciones para aprender se ven en los criados de la parábola! Informan de lo ocurrido y preguntan por las causas del mal. Su señor les da la razón —*algún enemigo lo hizo*⁶—, y ellos comprenden que ha sido por su descuido; pero están dispuestos a reparar el daño, y consultan si se ponen inmediatamente a recoger la cizaña. El padre de familia les contesta que no, y ellos aceptan sin dudar la decisión de su señor.

Preguntar es una de las manifestaciones de que queremos ser dóciles. Preguntar cuando no entendemos la razón de un encargo o el porqué de una actuación, para que nos la puedan explicar, para que así se haga luz en nuestras inteligencias y adquiramos criterio. Preguntar, con iniciativa, si conviene que hagamos determinadas cosas, para que puedan guiarnos, encauzando debidamente nuestros buenos deseos. Preguntar, dispuestos siempre a poner por obra la indicación recibida.

¡HE SIDO siempre profundamente sincero con mis Directores, conjugando la capacidad de iniciativa y la responsabilidad personal con la humildad para

(5) De nuestro Padre, Carta, 24-HM931, n. 13.

(6) Ev. (Matth. XIII, 28).

*aceptar rendidamente las indicaciones recibidas sobre mi vida espiritual y mi labor apostólica, y para identificarme con ellas?*⁷. Esta pregunta, que regularmente nos hacemos, es piedra de toque de la docilidad. Aceptar rendidamente lo que nos proponen, en las materias directamente relacionadas con la vida espiritual y la labor apostólica, cuando se tiene una idea previa, cuando incluso pensamos que somos expertos en aquella materia, quizá resulte difícil, pero es más prudente y eficaz. Porque nos damos cuenta de que el Director tiene más datos para aconsejarnos bien.

Los servidores de la parábola dan la impresión de tener ya una cierta idea de lo que había de hacerse. Serían campesinos experimentados, buenos conocedores de su trabajo; tal vez se sentían plenamente capacitados para distinguir la cizaña del trigo en el mismo momento de despuntar la hierba. Resulta además lógico que pensaran que era mejor atajar el mal en sus comienzos, para que el trigo pudiera crecer con más fuerza. Sin embargo, el dueño del campo les dice que no, que dejen crecer la cizaña junto al trigo. Al tiempo de la siega reunirán la cizaña en haces y la arrojarán al fuego; el trigo, en cambio, lo guardarán en los graneros.

Esa docilidad, que ahora consideramos a la luz de esta parábola, es la que nos pide nuestro Padre

(7) Examen del Círculo breve.

en todo caso: *no os fiéis fácilmente del propio juicio: como el metal precioso se pone a prueba —necesita la piedra de toque—, nosotros hemos de ver si nuestro juicio es oro fino —en lo humano y en lo sobrenatural— teniendo en cuenta el parecer de los demás, especialmente de quienes tienen gracia de estado para ayudarnos. Por eso hemos de tener la buena disposición de rectificar lo que antes hayamos afirmado. Que no es una humillación rectificar: es un acto lleno de rectitud, que está dentro de aquella pedagogía sobrenatural*⁸.

Hemos de estar prevenidos con una prudente desconfianza en el propio juicio, para aceptar incluso la solución opuesta a nuestro propio consejo. Porque *tu barca —tus talentos, tus aspiraciones, tus logros— no vale para nada, a no ser que la dejes a disposición de Jesucristo, que permitas que El pueda entrar ahí con libertad, que no la conviertas en un ídolo. Tú solo, con tu barca, si prescindes del Maestro, sobrenaturalmente hablando, marchas derecho al naufragio. Únicamente si admites, si buscas, la presencia y el gobierno del Señor, estarás a salvo de las tempestades y de los reveses de la vida. Pon todo en las manos de Dios: que tus pensamientos, las buenas aventuras de tu imaginación, tus ambiciones humanas nobles, tus amores limpios, pasen por el corazón de Cristo. De otro modo, tarde o temprano, se irán a pique con tu egoísmo*⁹.

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 50.

(9) *Amigos de Dios*, n. 21.

Por eso hemos de ser *humildes delante de Dios y de los Directores, que representan a Dios; rindiendo gustosos el juicio, abriendo de par en par las puertas del corazón para recibir la doctrina que se os da*¹⁰.

La docilidad que Dios nos pide, es sumisión de enamorados, no mera aceptación externa de lo que se nos indica: se *obedece con los labios, con el corazón y con la mente. —Se obedece no a un hombre, sino a Dios*¹¹. Con esa visión sobrenatural, la cizaña no será una amenaza irremediable en nuestra vida, sino un estímulo más para la lucha, para la vigilancia.

Nos dirigimos ahora a la Santísima Virgen, y le decimos: Madre nuestra, pide al Señor que nos haga humildes, dóciles, sencillos, para que podamos colaborar bien en su siembra generosa, para que el campo dé fruto, buen trigo para alimentar a todo el mundo.

(10) De nuestro Padre, Meditación, J-X-1955.

(11) *Surco*, n. 374.



291.

DOMINGO XVII DEL TIEMPO ORDINARIO

- Nuestra oración ha de ser la oración de los hijos de Dios.
- La oración ha de impregnar toda nuestra vida.
- Poner los medios para mejorar nuestra vida de oración.

NOS CUENTA San Lucas en el Evangelio de hoy que un día el Señor hacía oración y, *al terminarla, le dijo uno de sus discípulos: Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos*¹. Y Jesucristo, en respuesta a este deseo de los discípulos, les dio a conocer el Padrenuestro.

A nosotros, nuestro Fundador nos ha enseñado a hacer una oración de hijos de Dios, poniendo ante nuestros ojos el ejemplo de Jesús. Así nos animaba en una meditación de hace muchos años.

Mirad a Jesucristo, que es nuestro modelo. ¿Qué hace en las grandes ocasiones? ¿Qué nos dice de El el Santo Evangelio? Antes de iniciar su vida pública se retira cuarenta días con cuarenta noches (Matth. IV, 2) al desierto, para rezar. Después, cuando va a escoger definitivamente a los primeros Doce, cuenta San Lucas que pasó toda la noche haciendo oración a Dios (Luc. VI, 12). Y ante la tumba ya abierta de Lázaro, levantando los ojos al cielo, dijo: Padre, gracias te doy porque me has oído (Joann. XI, 41). ¿Y qué hace en la in-

(1) Ev. (C) (Luc. XI, 1).

timidad de la Última Cena, en la angustia de Getsemaní, en la soledad de la Cruz? Con los brazos extendidos habla también con el Padre.

Contemplad ahora a su Madre bendita: ¿qué ejemplo nos ha dejado? Cuando el Arcángel va a comunicarle la divina embajada, la encuentra retirada en oración. ¿Y los primeros cristianos? Los Hechos de los Apóstoles nos han transmitido una escena que a mí me enamora, porque es un ejemplo vivo para nosotros; por eso la he hecho grabar en tantos oratorios y en otros lugares: perseveraban todos en las enseñanzas de los Apóstoles, y en la comunicación de la fracción del pan, y en la oración (Act. //, 42).

¿Qué han hecho, hijo mío, todos los santos? Pienso que no ha habido uno solo sin oración; ninguno ha llegado a los altares sin que haya sido alma de oración.

Hay muchas maneras de orar. Yo quiero para vosotros la oración de los hijos de Dios; no la oración de los hipócritas, que han de escuchar de Jesús aquello de que no todo el que dice: ¡Señor!, ¡Señor!, entrará en el reino de los cielos (Matth. VII, 21). Nosotros hacemos la voluntad de su Padre, después de haber hecho la dedicación de nuestra vida. Nuestra oración, nuestro clamar: ¡Señor!, ¡Señor!, va unido al deseo eficaz de cumplir la Voluntad de Dios. Ese clamor se manifiesta en mil formas diversas: eso es oración, y eso es lo que yo quiero para vosotros².

(2) De nuestro Padre, Meditación *La oración de los hijos de Dios*, 4-IV-1955.

TU HAS vivido bien las primeras nociones que aprendiste sobre la oración, cuando comenzaste a recibir la dirección espiritual que se imparte en nuestro Opus Dei. Luego, has ido escuchando a tus hermanos tantos consejos maravillosos, que has procurado poner en práctica. Y ahora, después de los años —muchos o pocos— que llevas trabajando por el Señor, el Padre vuelve a insistirte de nuevo en la oración. ¿Por qué? Porque, para ser santo, hijo, hay que rezar: no tengo otra receta para alcanzar la santidad.

Si no lo has experimentado ya, verás cómo te ocurrirá que, al cumplir las Normas, sin darte cuenta, de la mañana a la noche y de la noche a la mañana, estás haciendo oración: actos de amor, actos de desagravio, acciones de gracias; con el corazón, con la boca, con las pequeñas mortificaciones que encienden el alma.

No son cosas que puedan considerarse pequeneces: son oración constante, diálogo de amor. Una práctica que no te producirá ninguna deformación psicológica, porque para un cristiano debe ser algo tan natural y espontáneo como el latir del corazón.

Cuando todo eso sale con facilidad: ¡gracias, Dios mío! Cuando llega un momento difícil: ¡Señor, que no me dejes! Y ese Dios, manso y humilde de corazón (Matth. XIX, 29), ¿cómo va a decirte que no?

Yo quiero que toda nuestra vida sea oración: ante lo agradable y lo desagradable, ante el consuelo... y ante el desconsuelo de perder una vida querida. Ante

todo, enseguida, la charla con tu Padre Dios, buscando al Señor en el centro de tu alma.

Para eso, hijo, debes tener una disposición clara, habitual y actual, de aversión al pecado. Varonilmente, has de tener horror, recio horror al pecado grave. Y también la actitud, hondamente arraigada, de abominar del pecado venial deliberado.

Dios preside nuestra oración, y tú, hijo mío, estás hablando con El como se habla con un hermano, con un amigo, con un padre: lleno de confianza. Dile: ¡Señor, que eres toda la Grandeza, toda la Bondad, toda la Misericordia, sé que Tú me escuchas! Por eso me enamoro de Ti, con la tosquedad de mis maneras, de mis pobres manos ajadas por el polvo del camino. De este modo es gustosa la abnegación, es alegre lo que quizá antes humillaba, y es feliz la vida de entrega. ¡Saberse tan cerca de Dios! Por eso, pase lo que pase, estoy firme, seguro contigo, que eres la roca y la fortaleza (cfr. II Reg. XII, 2).

Padre —me estás diciendo al oído—, pero eso que nos dice, por una parte es algo muy sabido, y por otra parece tan arduo... Y volveré a repetirte que es preciso ser alma de oración. Sólo así se puede ser feliz, aun cuando te desconozcan, aunque te encuentres grandes dificultades en el camino.

El Señor te quiere feliz en la tierra. Feliz también cuando quizá te maltraten y te deshonren. Mucha gente a alborotar: se ha puesto de moda escupir

sobre ti, que eres omnium peripsema (I Cor. IV, 13), como basura...

Eso, hijo, cuesta; cuesta mucho. Es duro hasta que —por fin— un hombre se acerca al Sagrario y se ve considerado como toda la porquería del mundo, como un pobre gusano, y dice de verdad: Señor, si Tú no necesitas mi honra, ¿yo, para qué la quiero? Hasta entonces, no sabe el hijo de Dios lo que es ser feliz: hasta llegar a esa desnudez, a esa entrega, que es de amor, pero fundamentada en el dolor y en la penitencia³.

NO QUISIERA que todo lo que te estoy diciendo, hijo mío, pasara como una tormenta de verano: cuatro goterones, luego el sol y, al rato, la sequedad otra vez. No, esta agua tiene que entrar en tu alma, formar poso, eficacia divina. Y eso sólo lo conseguirás si no me dejas a mí, que soy tu Padre, hacer la oración solo. Este rato de charla que hacemos juntos, pegadicos al Sagrario, producirá en ti una huella fecunda si, mientras yo hablo, tú hablas también en tu interior. Mientras yo trato de desarrollar un pensamiento común que a cada uno de vosotros haga bien, tú, paralelamente, vas sacando otros pensamientos más íntimos, personales. De una parte, te llenas de vergüenza porque no has sabido ser hombre de Dios plenamente; y, por otra parte, te llenas de agradecimiento, porque a pesar de todo

(3) De nuestro Padre, Meditación *La oración de los hijos de Dios*, 4-IV-1955.

has sido elegido con vocación divina, y sabes que no te faltará nunca la gracia del cielo. Dios te ha concedido el don de la llamada, escogiéndote desde la eternidad, y ha hecho resonar en tus oídos aquellas palabras que a mí me saben a miel y a panal: redemi te, et vocavi te nomine tuo: meus es tu! (Isai. XLIII, 1). Eres suyo, del Señor. Si te ha hecho esa gracia, te concederá también toda la ayuda que necesites para ser fiel como hijo suyo en el Opus Dei.

Con esta lealtad que tienes, hijo mío, procurarás mejorar cada día, y serás un modelo viviente del hombre del Opus Dei. Así lo deseo, así lo creo, así lo espero. Tú, después que has oído hablar al Padre de este espíritu nuestro de almas contemplativas, vas a esforzarte por serlo de verdad. Pídeselo ahora a Jesús: ¡Señor, mete estas verdades en la vida mía, no sólo en la cabeza, sino en la realidad de mi modo de ser! Si lo haces así, hijo, te aseguro que te ahorrarás muchas penas y disgustos.

¡Cuántas tonterías, cuántas contrariedades desaparecen inmediatamente, si nos acercamos a Dios en la oración! Ir a hablar con Jesús, que nos pregunta: ¿qué te pasa? Me pasa..., y enseguida, luz. Nos damos cuenta muchas veces de que las dificultades nos las creamos nosotros mismos. Tú, que te crees de un valor excepcional, con unas cualidades extraordinarias, y cuando los demás no lo reconocen así te sientes humillado, ofendido... Acude enseguida a la oración: ¡Señor!... Y rectifica; nunca es tarde para rectificar, pero

rectifica ahora mismo. Sabrás entonces lo que es ser feliz, aunque notes todavía en las alas el barro que se está secando, como un ave que ha caído por tierra. Con la mortificación y la penitencia, con el afán de fastidiarte para hacer más amable la vida a tus hermanos, caerá ese barro, y —perdona la comparación que se me viene ahora a la cabeza— serán tus alas como las de un ángel, limpias, brillantes, y ¡a subir!

¿Verdad, hijo mío, que vas haciendo tus propósitos concretos? ¿Verdad que en la charla fraterna y en la confesión, vividas con el sentido sobrenatural que se os enseña, irán viéndote como eres, cara a Dios, con humildad? En la dirección espiritual no dejes nunca de tratar de tu vida de oración, de cómo va la presencia de Dios, de cómo es tu espíritu contemplativo⁴.

Al terminar esta meditación, sentimos el deseo de mejorar nuestro trato con Dios. Para eso acudimos al amor de Santa María, Maestra de oración; y a San José, Padre y Señor Nuestro, a quien veneramos tanto, que es quien más íntimamente ha tratado en este mundo a la Madre de Dios y —después de Santa María— a su Hijo Divino. Y ellos presentarán nuestra debilidad a Jesús, para que El la convierta en fortaleza⁵.

(4) De nuestro Padre, Meditación *La oración de los hijos de Dios*, 4-IV-1955.

(5) *Amigos de Dios*, n. 255.

292.

LUNES

—La Obra, levadura en medio de la sociedad.

—Todos debemos mantener el vigor y la fuerza de esta levadura.

—Entrega y vibración apostólica, con naturalidad, para ser fermento en medio del mundo.

*EL REINO de los Cielos es semejante a la levadura que toma una mujer y mezcla con tres medidas de harina hasta que todo fermenta*¹. Como levadura en la masa de la sociedad, comenzó la Obra. De ella, en aquellos primeros años escribió nuestro Padre: *su labor apenas se ve sobre la tierra: está debajo, crece hacia dentro. ¡Ya llegará la hora de subir!*².

Han pasado aún pocos años, y las primicias de sus frutos sobrenaturales se contemplan ya en muchos lugares de la tierra. Pero nuestro afán apostólico no conoce límites: queremos llevar la luz de Cristo a todas las almas y extender por todas partes su Reino de paz y de verdad. La tarea parecería imposible si no conociésemos la eficacia divina, que nos hace ser como la levadura, que puede desarrollar su efecto en una masa muy grande de harina. Así voso-

*tros —dice San Juan Crisóstomo— habéis de transformar el mundo entero*³.

Me gusta hablar en parábolas —escribía nuestro Padre—, y más de una vez he comparado esa misión nuestra, siguiendo el ejemplo del Señor, a la de la levadura que, desde dentro de la masa (cfr. Matth. XIII, 33), la fermenta hasta convertirla en pan bueno. He gozado, en mis temporadas de verano, cuando era chico, viendo hacer el pan. Entonces no pretendía sacar consecuencias sobrenaturales: me interesaba porque las sirvientas me traían un gallo, hecho con aquella masa. Ahora recuerdo con alegría toda la ceremonia: era un verdadero rito preparar bien la levadura —una pella de pasta fermentada, proveniente de la hornada anterior—, que se agregaba al agua y a la harina cernida. Hecha la mezcla y amasada, la cubrían con una manta y, así abrigada, la dejaban reposar hasta que se hinchaba a no poder más. Luego, metida a trozos en el horno, salía aquel pan bueno, lleno de ojos, maravilloso. Porque la levadura estaba bien conservada y preparada, se dejaba deshacer —desaparecer— en medio de aquella cantidad, de aquella muchedumbre, que le debía la calidad y la importancia.

*Que se llene de alegría nuestro corazón pensando en eso: levadura que hace fermentar la masa*⁴.

Tenemos derecho a ser audaces en nuestra ilu-

(1) Ev. (Matth. XIII, 33).

(2) De nuestro Padre, *Instrucción*, 19-111-1934, n. 2.

(3) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 46, 2.

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1930, n. 5.

sión de apostolado: la fuerza del fermento no es simplemente humana, es la misma fuerza de Dios. *Cristo Señor Nuestro* —predicaba nuestro Padre— *ha puesto siempre una levadura de pocos; y eso, queriendo ut omnes homines salvi fiant (I Tim. //, 4), queriendo que se salve no una minoría, sino todos los hombres. Mira la levadura de Belén... Mira la levadura del Tabor —tú me sigues con la imaginación y la memoria— y de Nazaret y del Cenáculo. ¡Mira la levadura del Calvario! ¿Y después? Después llega la Pentecostés, el don de lenguas, las conversiones en masa*⁵.

*HIJOS míos: la Obra ha salido adelante con oración y mortificación. En los comienzos no se podía contar con ningún medio humano. Sólo había juventud, alegría, decisión, seguridad perfecta de hacer la Voluntad de Dios; y todo eso ungido con mucha oración y mucha penitencia*⁶.

La fidelidad heroica de nuestro Padre y de sus hijos mayores, en los primeros años de la Obra, aseguró entonces la fuerza de la levadura. Nosotros tenemos que recoger ese impulso del principio y conservar el mismo espíritu, la misma vibración, para transmitirlo a los que vendrán después. *En estos años del comienzo* —escribía nuestro Padre en

(5) De nuestro Padre, *Meditación*, 27-111-1962.

(6) De nuestro Padre, *Crónica XI-55*, pp. 4-5.

1940—, *me lleno de profunda gratitud hacia Dios. Y al mismo tiempo pienso, hijos míos, en lo mucho que nos queda por recorrer hasta sembrar en todas las naciones, por toda la tierra, en todos los órdenes de la actividad humana, esta semilla católica y universal que ha venido a esparcir el Opus Dei.*

*Por eso, sigo apoyándome en la oración, en la mortificación, en el trabajo profesional y en la alegría de todos, mientras renuevo constantemente mi confianza en el Señor: universi, qui sustinent te, non confundentur (Ps. XXIV, 3); ninguno de los que ponen en Dios su esperanza será confundido*⁷.

Con nuestro continuo afán de santidad, aseguramos la eficacia de nuestra misión y el crecimiento de las labores apostólicas. La Obra necesita de esta fidelidad nuestra, que debe ser la misma de nuestros hermanos mayores, la que nuestro Fundador nos mostró con su ejemplo. Nos decía nuestro Padre poco después de cumplirse las bodas de plata de la Obra: *en estos momentos, cuando el Señor ha querido esparcir la semilla —en tan pocos años— en una divina dispersión por tantos países, quiere el Sembrador que la extensión no haga perder la intensidad*⁸. Para lograrlo, *no pongamos obstáculos a la gracia. Hemos de convencernos de que, para ser levadura, se necesita ser santos. Hay que pedir perdón a nuestro Señor por nuestra vida mala, y pedirle ayuda*

(7) De nuestro Padre, *Carla*, U-III-1940, n. 33.

(8) De nuestro Padre, *Crónica VIII-57*, p. 59.

*seriamente, con propósitos concretos, claros, para remediar los errores pasados, para disponernos con humildad de corazón a ser la levadura que el Señor quiere. Como en Belén, como en el Calvario: pocos, en comparación con la muchedumbre, pero llenos de amor a la Cruz de Jesús*⁹.

Nos han de conmover profunda y eficazmente esas llamadas de nuestro Padre para que no se desvirtúe en nosotros ese buen espíritu, y —al mismo tiempo— para estimular un hondo sentido de responsabilidad en nuestra alma. *Vosotros tenéis la misión clara y sobrenatural de contribuir eficazmente a que esa intensidad no se pierda; con vuestro sentido sobrenatural de la vida, con el ejemplo constante de vuestro trabajo, con vuestra caridad amable, con vuestra mortificación, con vuestra devoción a la Santísima Virgen, con vuestra alegría*¹⁰.

LA LEVADURA hace fermentar la masa cuando está cerca de la harina o, mejor, mezclada con ella, pues la mujer no sólo puso la levadura sino que además la escondió entre la masa. Del mismo modo —explica San Juan Crisóstomo— tenéis que hacer vosotros cuando estéis mezclados, identificados con la gente (...), como la levadura que está escondida pe-

*ro no desaparece, sino que poco a poco va transformando la masa en su propia calidad*¹¹.

*Para ser levadura, es necesaria una condición: que paséis inadvertidos. La levadura no surte efecto si no se mete en la masa, si no se confunde con ella. No me cansaré de repetiros, hijos míos, que no debéis distinguirs en nada de los demás; que vuestra aspiración debe ser la de permanecer donde estábamos, siendo lo que somos: cristianos corrientes, personas que hacen una vida ordinaria y sencilla*¹².

Siempre nos enseñó nuestro Padre que *rao es necesario, para demostrar que se es cristiano, adornarse con un puñado de distintivos, porque el cristianismo se manifestará con sencillez en las vidas de los que conocen su fe y luchan por ponerla en práctica, en el esfuerzo por portarse bien, en la alegría con que tratan las cosas de Dios, en la ilusión con que viven la caridad.*

*En nosotros, no obrar así sería olvidar la esencia misma de nuestra divina llamada, porque entonces ya no seríamos personas corrientes: nos habríamos separado de la masa, y habríamos dejado de ser levadura. Una sola cosa ha de distinguirnos: que no nos distinguimos*¹³.

Lo mismo que la levadura está escondida y no se distingue de la masa, pero la va transformando des-

(9) De nuestro Padre, Meditación, 27-111-1962.

(10) De nuestro Padre.

(11) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 46, 2.

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1930, n. 5.

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1930, n. 8.

de dentro, cada uno de nosotros es uno más en medio de la gente, pero también es enérgico fermento que hace reaccionar y levantar la temperatura espiritual del ambiente en que se mueve: *afán de proselitismo. ¡Quemad lo que está alrededor vuestro! Y quemad también lo lejano, mediante la oración, el sacrificio y el cumplimiento sonriente del deber.*

Con el Amor de Dios, todo está cerca y dispuesto a ser hoguera: luz, calor, caridad¹⁴.

No podemos perder esa fuerza interior que nos impulsa al apostolado y que brota del amor a Jesucristo. Necesitamos ser fermento *que dé gracia, que dé sabor, ¡que dé volumen!, con el fin de que, luego, este pan de Cristo pueda alimentar a todas las gentes¹⁵.*

Semejante a la mujer que tomó la levadura y la mezcló con tres medidas de harina, la Virgen Santísima ha mediado para alcanzarnos del Señor una vocación para ser levadura en medio de la masa. Hemos de pedirle con frecuencia que nos ayude a mantener esa propiedad fuerte y eficaz de nuestro espíritu.

(14) De nuestro Padre, n. 232.

(15) De nuestro Padre, Meditación *Con la docilidad del barro*, 3-XI-1955.

293.

MARTES

—En el campo del mundo crece la cizaña sembrada por el enemigo de Dios y de las almas.

—Necesidad del apostolado de la opinión pública.

—Hay que esparcir a manos llenas la doctrina cristiana.

UNA VEZ más, la Iglesia nos invita a meditar la parábola evangélica del trigo y la cizaña, para obtener nuevas luces, para confirmar propósitos. Y lo haremos, como en tantas ocasiones, siguiendo las enseñanzas de nuestro Padre.

Mirad lo que nos dice la Sabiduría divina, con la parábola del trigo y la cizaña: simile factum est regnum caelorum homini qui seminavit bonum semen in agro suo; cum autem dormirent homines, venit inimicus eius, et superseminavit zizania in medio tritici, et abiit (Matth. XIII, 24 y 25), el reino de los cielos es semejante a un hombre, que sembró buena simiente en su campo; pero, al tiempo de dormir los hombres, vino cierto enemigo suyo, y sembró cizaña en medio del trigo, y se fue.

Está claro: el campo es fértil y la simiente es buena; el Señor del campo ha sembrado la semilla en el momento propicio y con arte consumada; además, ha dispuesto una vigilancia para proteger la siembra reciente. Si después aparece la cizaña, es porque no ha habido correspondencia, porque los hombres —los cristianos especialmente— se han dormido, y han dejado

*que viniera el enemigo: cum autem dormirent homines, venit inimicus *

La palabra de Cristo es siempre actual. También ahora el enemigo de Dios y de las almas se muestra activo, y aprovecha la desidia y la falta de vibración de tantos cristianos para sembrar por todas partes la cizaña del error. *Cuando los servidores irresponsables preguntan al Señor por qué hay cizaña en su campo, la explicación es clarísima: inimicus homo hoc fecit* (Matth. XIII, 28), *¡ha sido el enemigo! Nosotros, los que debíamos estar vigilantes, para que las cosas buenas puestas por Dios en el mundo se desarrollaran en servicio de la verdad y del bien, los cristianos nos hemos dormido —¡mala cosa ese sueño!—, mientras el enemigo y todos los que le sirven se movían sin cesar. Ya veis cómo ha crecido la cizaña: ¡qué siembra tan abundante y en todas partes!...²*

¿Por qué ha crecido tanto la cizaña en el campo de Dios, que es el mundo? Hoy, martes, pedimos luces al Señor con las palabras del Salmo II: *quare fremuerunt gentes, et populi meditati sunt inania?*³; ¿por qué se amotinan las gentes y las naciones trazan planes vanos? Y podemos, sin duda, responder: *la ignorancia es el mayor enemigo de nuestra Fe, y a la vez el mayor obstáculo para que se lleve a término*

(1) De nuestro Padre, *Carta*, 30-IV-1946, n. 31.

(2) De nuestro Padre, *Carta*, 30-IV-1946, n. 32.

(3) S. II, 1.

la Redención de las almas, ya que, como escribía Tertuliano, desinunt odisse qui desinunt ignorare (Ad Nationes I, 1)⁴; dejan de odiar los que dejan de ignorar las verdades de fe, la condición de hijos de Dios en que hemos sido constituidos. Ignorancia que en gran parte ha sembrado el enemigo de Dios y de las almas, sirviéndose de instrumentos humanos, mientras los cristianos nos olvidábamos del deber de formarnos y de dar doctrina.

SÜN CLARAS las palabras del Salmo II, que meditamos todos los martes: *astiterunt reges terrae, et principes convenerunt in unum adversus Dominum et adversus christum eius*⁵; se han confabulado los poderosos de la tierra contra el Señor y contra su Cristo, aprovechando el sueño de los hijos de Dios. *Cum autem dormirent homines... Este sueño malo, de la irresponsabilidad de los que debían vigilar, ha permitido que el enemigo sembrara tanta cizaña. Especialmente responsables son los católicos laicos, a quienes compete más directamente lo temporal, las cosas de la tierra, las estructuras humanas.*

Allí debían estar presentes y activos, y no dejar que dominaran los que no conocen a Dios o le combaten. La situación actual —la que os acabo de dibujar—

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 9-I-1951, n. 8.

(5) Ps. II, 2.

es la señal de un tremendo fracaso de los laicos en la tarea de la consecratio mundi. Es el pecado de la poltronería, del absentismo suicida.

Decidme cuántos grandes periódicos —de éstos que tienen millones de lectores, y hacen y deshacen la opinión pública mundial— conocéis vosotros, que estén llevados por católicos practicantes: no hay ninguno. En cambio, esa prensa está dirigida por protestantes, por judíos, por masones o por marxistas practicantes.

Pensad en las cuatro o cinco grandes agencias internacionales de noticias, que monopolizan actualmente la información diaria de todo el mundo: apenas hay gente católica, que influya allí. Pensad en las grandes productoras de películas, en las distribuidoras internacionales, en las agencias publicitarias, en las cadenas de salas cinematográficas..., y veréis que tampoco allí están presentes los católicos.

En todas partes se han dejado preceder los católicos. Si los enemigos de Dios no han ocupado todos los puestos, no es porque hayan encontrado en algún sitio a los católicos trabajando ya con eficacia, sino porque no les estorba en lo más mínimo que haya otros en posiciones periféricas. Ellos han concentrado el esfuerzo en conquistar los puntos neurálgicos, y desde allí lo controlan todo, dejando que los demás se muevan sólo lo imprescindible para dar una apariencia de variedad, para disimular el monopolio.

La situación ha llegado a tal extremo que, en muchos sitios, parece ya humanamente imposible no COR-

tar con ellos, y menos actuar al margen de ellos o en contra. Un ejemplo: un diario o una emisora no pueden dar noticias del extranjero, sin ser clientes de las grandes agencias radiotelegráficas.

Cualquier otro recurso les situaría inmediatamente en condiciones de inferioridad, por los costes de gestión y por el volumen y por la falta de actualidad de las noticias, respecto a los otros periódicos o emisoras de radio. Del mismo modo, tampoco es posible, para una productora cinematográfica, llegar a los mercados más interesantes, sin aceptar las condiciones técnicas y de contenido que le vienen impuestas por las empresas que tienen la exclusiva de la distribución⁶.

No podemos permanecer inactivos. Por cristianos, y cristianos especialmente llamados con vocación divina a santificar las realidades temporales, tenemos el gran compromiso de llevar el fermento de Cristo a todos los ambientes de los hombres. El Señor quiere que se le ponga de nuevo en la cumbre de todas las actividades humanas: de nosotros especialmente espera este servicio, esta cooperación, para hacer que sean en la tierra más abundantes aún los frutos de la Redención, que es la única y verdadera libertad para el hombre. Estamos trabajando con esa esperanza y con esa responsabilidad⁷.

(6) De nuestro Padre, *Carta*, 30-IV-1946, nn. 37-38.

(7) De nuestro Padre, *Carta*, 30-IV-1946, n. 46.

*NO HE deseado en ningún momento, hijas e hijos míos queridísimos, presentaros un panorama desolador, sin esperanza. Ni quiero quejarme de estos tiempos modernos, en los que vivimos por providencia de Dios, y que amamos, porque son el campo de nuestra personal santificación*⁸.

La comprobación de que hay mucha cizaña en el campo de nuestro Dios debe impulsarnos a realizar un intenso apostolado de la doctrina. Es ésa la invitación que el Señor nos hace en el Salmo II: *apprehendite disciplinam*⁹, abrazad la buena doctrina. *Queremos llevar la gente a Cristo. Queremos que le amen las criaturas todas de la tierra. Pero, quomodo ergo invocabunt in quem non crediderunt? (Rom. X, 14), ¿cómo van a rezar si no creen en El? Aut quomodo credent ei quem non audierunt? (IbidJ, ¿y cómo van a creer en El, si no han oído hablar de El? Quomodo autem audient sine praedicante? (IbidJ, ¿cómo van a oír, si no hay quien les diga nada?*

Es nuestra misión, os decía, dar doctrina; extender esta luz de Dios, hacer esta guerra maravillosa de paz y de amor; llevarla a todos los hombres, sin excepción de razas, ni de lenguas, ni de circunstancias sociales: quam speciosi pedes evangelizantium pacem, evangelizantium bona (Rom. X, 15); ¡qué feliz es la llegada de los que anuncian el evangelio de la paz, de los que anuncian los verdaderos bienes!

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 30-IV-1946, n. 42.

(9) *Ps. II, 12*.

Tened la seguridad de que, a medida que este apostolado se vaya extendiendo, llevando la buena doctrina por todos los cauces que ofrecen hoy las estructuras de la sociedad, se verán solucionados los grandes problemas de la opinión pública, como consecuencia del espíritu cristiano que irá empapando todas estas actividades. Se llevará a cabo una cruzada de virilidad y de pureza, que contrarreste y anule la labor salvaje de quienes creen que el hombre es una bestia. Se llenarán de caridad las relaciones entre los hombres, y se aplacarán los odios, las luchas fratricidas, las divisiones.

No os dé miedo, por tanto, la situación actual, ni penséis que no tiene remedio. No os asusten las olas embravecidas por la tempestad en el océano del mundo. No tengáis deseos de huir, porque ese mundo es nuestro: es obra de Dios y nos lo ha dado por heredad. Recitamos y meditamos todas las semanas el salmo de la realeza de Jesucristo, y dice el Señor: Filius meus es tu, ego hodie genui te. Postula a me, et dabo tibi gentes hereditatem tuam, et possessionem tuam terminos terrae (Ps. II, 7-8). Nosotros, hijos de Dios, hermanos de Jesucristo, participamos de su heredad, que es el mundo entero: si autem filii, et heredes: heredes quidem Dei, coheredes autem Christi (Rom. VIII, 17): porque si somos hijos, somos herederos: herederos de Dios, coherederos con Cristo.

Con esta fe, podemos trabajar tranquilos, sin tener miedo a las dificultades: inter médium montium per-

transibunt aquae! (Ps. CIII, 10); *las aguas —aguas vivas, gracia de Cristo— pasarán a través de los montes. Cuanto más mal encontremos, más sentido de responsabilidad; cuantos más inconvenientes, más afán de superación, más esfuerzo para roturar el campo y extirpar las malas hierbas que sofocan la buena semilla.*

*Ciertamente todos los cristianos, y en especial los que nos hemos dedicado personalmente al servicio del Señor, no podemos olvidar que regnum meum non est de hoc mundo floann. XVIII, 36), el reino de Jesucristo no es de este mundo; por eso, es posible que tantas veces parezca que triunfa aquí el enemigo de Dios. Pero este pensamiento no nos ha de llevar a la inercia, al abstencionismo, a ese sueño malo que comentaba antes: no nos ha de retraer, refugiándonos en la inhibición, sino al contrario, nos ha de impulsar a trabajar más y a hacer el propósito firme de no adormecernos*¹⁰.

Acudimos a la Santísima Virgen, Madre nuestra y Regina mundi, sabedores de que *nuestra heredad se extiende a toda la tierra, como nos dice la Sagrada Escritura: dabo tibi gentes hereditatem tuam, et possessionem tuam terminos terrae (Ps. //, 8); te dará los pueblos en heredad y en posesión los confines del mundo*¹¹. Ella hará eficaces los propósitos de este rato de oración.

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 30-IV-1946, nn. 45-46.

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VI-1960, n. 44.

294.

MIÉRCOLES

—La parábola del tesoro escondido y de la perla preciosa se ha realizado admirablemente en nuestra vida.

—Fidelidad a la vocación que Dios nos ha dado.

—Si cumplimos las Normas, seremos fieles.

NUESTRA llamada divina es *algo preciosísimo. Se me viene a la boca* —escribe nuestro Padre— *la parábola que, en el capítulo trece de su Evangelio, nos relata San Mateo: el reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en el campo, que si lo halla un hombre, lo encubre de nuevo, y va gozoso del hallazgo, vende todo cuanto tiene, y compra aquel campo. El reino de los cielos es también semejante a un mercader, que trata en perlas finas. Y viniéndole a las manos una de gran valor, va, y vende todo cuanto tiene, y la compra (Matth. XIII, 44-45). Es pues nuestra llamada, cuando la hemos sabido recibir con amor, cuando la hemos sabido estimar como cosa divina, una piedra preciosa de valor infinito*¹.

Es ésta la escena que nos propone el Evangelio de la Misa de hoy. También nosotros, como aquel hombre de la parábola, hemos descubierto un tesoro, que ha cambiado el curso de nuestra existencia:

(1) De nuestro Padre, *Carta*, 9-I-1932, n. 9.

la llamada de Dios al Opus Dei. Cuando la recibimos, y dijimos al Señor que sí, dejamos de lado todo lo que poseíamos —fuera poco o mucho, que para el caso es lo mismo— para adquirir —como el mercader de la parábola— la perla preciosa de la vocación. Desde entonces, vivimos *una maravillosa novela de amor y de aventuras*², que sacia todas las ansias del corazón humano y nos llena de felicidad. *Esta llamada es un tesoro escondido que no encuentran todos. Lo encuentran aquellos a quienes Dios verdaderamente elige*: se pedirá cuenta de mucho a quien mucho se le entregó (Luc. XII, 48). *Cuando hayáis sentido esa gracia de Dios, no os olvidéis de la parábola del tesoro escondido*: quem qui invenit homo, abscondit, et prae gaudio illius vadit, et vendit universa quae habet, et emit agrum illum; *¡es tan humano y tan sobrenatural esconder los favores de Dios!*³.

Nuestra entera existencia se apoya en esa realidad, que le da sabor y sentido. Estamos sobre *roca firme*. *Cada uno de nosotros tiene como dichas para sí aquellas palabras del Señor*: redemi te et vocavi te nomine tuo: meus es tu (Isai. XLIII, 1); *porque nos ha llamado Dios no a la inmündicia sino a la santidad*: non enim vocavit nos Deus in immunditiam, sed in sanctificationem (I Thes. IV, 7). *Y hemos de agradecer al Señor este premio inmerecido de la vocación, que es*

(2) De nuestro Padre, Crónica XI-59, p. 63.

(3) De nuestro Padre, Carta, 9-1-1932, n. 10.

*la joya más preciosa que nos ha podido dar*⁴.

Merced a esa gracia, se va transformando nuestra entera existencia. *Si el fuego, penetrando en el espesor del hierro, pone incandescente la masa, y lo que era frío empieza a despedir fuego, y lo que era opaco se pone luminoso, ¿por qué os maravilláis de la transformación del alma que obra el Espíritu Santo?*⁵. Pero hemos de velar para que ese fuego continúe vivo cada día. Hemos tomado *una posición en la vida, que mantendremos con ilusión y alegría, llenos de esperanza hasta en el trance mismo de la muerte*⁶, y no podemos permitir que el acostumbamiento o la rutina pueda enfriar el fervor con que acogimos la llamada divina.

El Señor espera que seamos fieles. Dios confía en nosotros. Este es el sentido de nuestra fidelidad, esto significa hacernos dignos de la llamada recibida: poderle decir cuando lleguemos a su presencia: *Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí otros cinco más que he ganado*⁷. Va en ello la dignidad de nuestra vida, la razón de nuestro ser, porque *elegit nos in ipso ante mundi constitutionem, ut essemus sancti*⁸, nos eligió el Señor para que seamos santos, para hacernos felices en este mundo y en el otro. Y sólo *quien persevere hasta el fin será salvo*⁹.

(4) De nuestro Padre, Carta, 29-IX-1957, n. 66.

(5) San Cirilo de Jerusalén, *Catecheses* 17, 14.

(6) De nuestro Padre, Carta, 9-1-1932, n. 9.

(7) *Matth. XXV*, 20.

(8) *Ephes. I*, 4.

(9) *Matth. X*, 22.

SABES que no te faltará nunca la gracia del cielo. Dios te ha concedido el don de la llamada, escogiéndote desde la eternidad, y ha hecho resonar en tus oídos aquellas palabras que a mí me saben a miel y a panal: redemi te, et vocavi te nomine tuo: meus es tu! (Isai. XLIII, 1). Eres suyo, del Señor. Si te ha hecho esa gracia, te concederá también toda la ayuda que necesites para ser fiel como hijo suyo en el Opus Dei¹⁰. En esa llamada, en esa investidura divina, encontramos fuerzas para superar todas las dificultades. Hemos de tener como el instinto sobrenatural de poner nuestra vocación por encima de todos los obstáculos que podamos encontrar, de defenderla frente a todas las tentaciones. Hemos de ser fieles, con una firmeza que nos haga superar las dificultades con la seguridad del que ha sido elegido por Dios. Pase lo que pase, nosotros a seguir nuestro camino. La vocación es una cosa que no se discute, como no se discute si uno es hijo de su madre¹¹.

Nuestro Padre comentaba con frecuencia el texto de San Juan: *no me habéis elegido vosotros a mí, sino que Yo os he elegido a vosotros...*¹². En una de las notas a las Instrucciones se lee: *muchas veces, cuando íbamos de una lado para otro —con un coche muy malo, que se estropeaba cada pocos kilómetros—, para esparcir la semilla de la Obra por dife-*

rentes ciudades de España, el Padre nos dirigía la media hora de oración de la mañana o de la tarde precisamente con este texto de San Juan. Y lo empleaba para fortalecernos en la fe, en la seguridad de la eficacia sobrenatural de la llamada divina a la Obra. Las palabras que empleaba el Padre eran gráficas, fuertes: por ejemplo, cuando decía et posui vos solía comentar: nos ha puesto el Señor, te ha puesto a ti, hijo mío, bien sujeto, como un tornillo que lleva tuerca y contratuerca: estás en la Obra porque el Señor te ha llamado y, si eres fiel a los impulsos de la gracia, permanecerás siempre y darás buenos frutos: frutos duraderos, para la gloria de Dios¹³.

Dios no puede faltarnos. Es preciso sólo que sepamos corresponder. *La fidelidad en el Opus Dei es una virtud absolutamente necesaria, que nos confirma en nuestra misión de corredores con Cristo. Y debemos tener presente que es una virtud humana: hay quienes no son buenos cristianos, que llevan mala conducta, que se portan mal en casi todos los terrenos, pero no toleran un ataque a su madre, porque la defienden con todas sus fuerzas. Hay gentes que son fieles a la patria, otros a la empresa en que trabajan; y muchas veces no son un modelo de otras virtudes.*

Yo querría que lleváramos al terreno sobrenatural esa virtud humana de la fidelidad, para ser perseverantes en nuestro servicio a la Iglesia, a las almas, a la

(10) De nuestro Padre, Meditación *La oración de los hijos de Dios*, 4-IV-1955.

(11) De nuestro Padre, *Instrucción*, 19-11-1934, nota 14.

(12) *Ioann.* XV, 16.

(13) *Instrucción*, 8-XIM941, nota 1.

*Obra, a la vocación. Por eso os pido, hijos míos, que no olvidéis nunca la lealtad humana, que es la base de la fidelidad. De una fidelidad que es felicidad*¹⁴.

SE FIEL hasta la muerte y te daré la corona de la vida¹⁵, nos dice el Señor en el Apocalipsis. Y para ser fieles tenemos que caminar *como conviene a la vocación con la que hemos sido llamados*¹⁶. El Señor nos dio la vocación, El la conservará. De nuestra parte hubo sólo la buena disposición que permitió germinar a la semilla divina. Aprendimos a hacer oración, a buscar la presencia de Dios, a poner en práctica nuestro plan de vida. Ser fieles a todo esto nos asegura la perseverancia en la Obra. *¿Y cómo conservar "nuestro espíritu"? —Cumpliéndome las normas concretas que tu Director te entregó y te explicó y te hizo amar: cúmplelas y serás apóstol*¹⁷.

Todo ser vivo tiene un instinto de conservación, una fuerza que le hace superar las mayores dificultades, para ponerse a salvo. Nosotros hemos de sentir también ese instinto que nos hace acudir a lo fundamental, a lo que es más importante para nuestra vida en el Obra. Por eso, acudir a las Normas debe ser en nosotros como un instinto sobrenatural.

(14) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 60.

(15) *Apoc.* II, 10.

(16) *Ephes.* IV, 1.

(17) *Camino*, n. 377.

Es el alimento del que nunca podemos prescindir. Apetecerlo es señal de vida, de salud. Nada nos puede hacer abandonar el cumplimiento de nuestras Normas de vida interior, que son la fuerza para nuestras almas contemplativas¹⁸.

Siempre hemos de cumplir el plan de vida con amor; pero especialmente cuando nos encontramos débiles, cuando parece desmoronarse el edificio de nuestra entrega: acudir a las Normas es el remedio. *Si las cumplís, tenéis la garantía de perseverar, porque son como la mano de Dios, que —aunque caigáis— os sujetará paternalmente, para que no os desaminéis*¹⁹. Todas son importantes. Porque forman un conjunto, en ellas *hay una continuidad perfecta; tienen relación una con otra; están armónicamente concatenadas*²⁰. Todas son insustituibles. Cada una desempeña su función específica, importante para la perfección del conjunto. *¿Cómo corresponder a la llamada divina? Primero, con piedad. ¡Sed piadosos! No dejéis de cumplir las Normas con amor. Lo mismo cuando hay sol que cuando hay tormenta, cuando estamos sanos que cuando estamos enfermos, cuando hay motivos de alegría o cuando hay motivos de pena.*

¿Y cómo lograrás, tú, hijo mío, y cómo lograré yo esta santificación, esta santidad que Dios nos pide? El me dio a mí los medios concretos para ser santos en

(18) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 94.

(19) De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, n. 69.

(20) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 101.

*nuestro camino del Opus Dei, y la Iglesia aprobó esos medios: son nuestras Normas de vida. Normas que no tienen más finalidad que la de hacernos santos, con piedad de niño y doctrina de teólogo*²¹.

Sentimos una especial necesidad de protección de la Virgen. *Una criatura débil se refugia en el regazo de su madre. Y nosotros, hombres recios, sí, lanzados en medio de todos los caminos de la tierra; nosotros, en medio de esa fortaleza que no nos ha de faltar, hemos de vernos pequeños, necesitados de todo, débiles; y entonces hemos de arrojarlos en el regazo de nuestra Madre del cielo, con esas jaculatorias, con esas miradas de afecto, con esas Normas y Costumbres mananas que están en la entraña de nuestro espíritu*²².

(21) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 70.

(22) De nuestro Padre, *Meditación*, 4-III-1960.

295.

JUEVES

—El rezo y meditación del *Adoro te devote* nos ayuda a profundizar en el sentido de nuestra alma sacerdotal.

—Nuestro día debe girar en torno al Santo Sacrificio de la Misa.

—Examen personal sobre el modo de participar en el Santo Sacrificio.

*ADORO te devote, latens Deitas*¹, te adoro con devoción, Dios escondido, oculto verdaderamente bajo estas apariencias.

Una vez más, como todos los jueves, rezamos y meditamos este himno eucarístico. Y no hay monotonía en nuestra oración porque *el Adoro te devote* es una profesión maravillosa de las verdades de la fe. *Yo me sirvo de sus palabras* —decía nuestro Padre en 1970— *para aumentar mi unión con Jesús Sacramentado, como manifestación externa de fe en la Presencia real de Jesucristo en el Sacramento, ahora que se quiere atacar el más grande Misterio de Amor*². Sentimos la necesidad de acercarnos a nuestro Jesús porque *todos en la Obra tenemos alma sacerdotal: altare Dei est cor nostrum* (*San Gregorio Magno*, *Moral.* 25, 7, 15), *altar de Dios es nuestro corazón*³. Y ese alma

(1) Himno *Adoro te devote*.

(2) De nuestro Padre, *Crónica*, 1970, p. 487.

(3) De nuestro Padre, *Carta*, 19-11-1954, n. 8.

sacerdotal nos lleva a amar a Jesucristo, que permanece en el Sagrario, y se inmola por nosotros en el Santo Sacrificio de la Misa.

En la Santa Misa encontramos el cimiento seguro para edificar con garbo y alegría nuestra santidad, unidos al Señor y siguiendo de cerca sus huellas. Si permanecemos unidos a El, encontraremos el sentido de la pequeña mortificación de cada momento, del ofrecimiento de nuestro trabajo, de la necesidad de una transformación en Cristo, de nuestro pasar ocultos en una vida normal y sencilla, de la entrega generosa en el apostolado... ¿Dónde mejor podríamos aprender a perder la vida sin espectáculo y con gozo, sino en este sacrificio escondido del Dios-Hombre?

In Cruce latebat sola Deitas, at hic latet simul et humanitas ", en la Cruz se escondía sólo la divinidad, mas aquí se oculta también la humanidad. Y una y otra, la divinidad y la humanidad de Nuestro Señor Jesucristo, confesamos al rezar este himno. Porque, como nos explicaba nuestro Fundador al comenzar esta Costumbre de la Obra, esta profesión de fe era —y continúa siendo— *una necesidad, hijos míos. Hoy hay un ataque furibundo contra todos los dogmas de la Iglesia, contra la santidad del matrimonio —como os he dicho otras veces—, contra la santidad del sacerdocio, contra la Sagrada Eucaristía, contra el Romano*

(4) Himno *Adoro te devote*.

*Pontífice, contra todo... Y es justo que manifestemos nuestro amor a Jesús Sacramentado. ¿No os da mucha alegría decirle: peto quod petivit latro poenitens?... Después de confesar que allí está El por amor mío, le pido que me perdone, como perdonó al ladrón que estaba en la cruz y junto a El... No tenéis obligación de rezar ese himno; ni siquiera es falta leve no rezarlo. Pero yo os aconsejo que no lo dejéis, porque os encenderá en amor al Santísimo Sacramento*⁵. Le entregamos todo lo nuestro porque sabemos que permaneciendo en El estamos seguros. Nuestro corazón descansa cuando reposa junto al suyo, cuando no tenemos otro interés que el de amarlo.

En la Santa Misa contemplamos el Modelo perfecto de lo que debe ser nuestra entrega. Allí se nos da Cristo sacrificado, Cristo cargado de dones, Cristo amoroso, Cristo humilde. Nos espera con ansias divinas, para que nos fundamos en su abrazo de amor, y nuestra alma no debe poner límites a esa unión. Más aún cuando tantos han dejado de amarle: *antes había personas muy santas que se pasaban el día delante del Señor expuesto en la Custodia rezando, pidiendo, reparando. Ahora no hay tantas. Vamos nosotros a llenar de cariño esas escapadas al oratorio —aunque sean muy breves— para decirle al Señor: te amamos, nos apena muy de veras que se hayan olvidado de Ti. Adoro te devote, latens Deitas:*

(5) De nuestro Padre, Crónica, 1968, p. 635.

*Dios mío, escondido en las especies sacramentales por amor, yo te adoro*⁶.

*PLAGAS, sicut Thomas, non intueor; Deum tamen meum te confiteor*⁷; no veo las llagas como las vio Tomás, pero confieso que eres mi Dios.

Junto al Señor aprendemos el porqué de la mortificación alegre, llevados de la mano de Cristo, cuya vida toda en la tierra fue un continuo tender hacia la Cruz. Desde el día en que Dios nos llamó a su Obra, no puede ser otra nuestra vida: o buscamos la Cruz o equivocamos el camino. Y el Señor nos enseña a marchar con prisa y alegría, a aceptar agradecidos el sacrificio pequeño de cada momento o el sacrificio grande, si alguna vez lo pidiera. *Nuestro Señor Jesús lo quiere: es preciso seguirle de cerca. No hay otro camino. Esa es la obra del Espíritu Santo en cada alma —en la tuya—: sé dócil, no opongas obstáculos a Dios, hasta que haga de tu pobre carne un Crucifijo*⁸.

*Pie pellicane, Iesu Domine, me inmundum munda tuo sanguine*⁹; Señor Jesús, bondadoso pelícano, límpiame, a mí inundo, con tu Sangre. Junto al Señor, en la Misa, un día y otro, morimos al pecado, y con El resucitamos a la vida de alegría y de sacrifi-

ció que Dios y la Obra nos exigen. *Tenemos que vivir nuestra vocación con sencillez, con naturalidad (cfr. I Par. XXIX, 17; Prov. XI, 20), sin espectáculo, convencidos de que la única víctima es El, Cristo Señor Nuestro. Si unimos nuestras pequeneces —las pequeñas y las grandes contradicciones, que todas son de igual tamaño (cfr. Rom. VIII, 18)— a los grandes dolores del Señor, Víctima, se agrandará su valor, se harán un tesoro y, entonces, llevaremos a gusto, con garbo, la Cruz de Cristo*¹⁰.

El alma sacerdotal nos lleva a que la vida entera se convierta en una continua alabanza a Dios: oración y reparación constantes, petición y sacrificio por todos los hombres. Y todo esto, en íntima y asidua unión con Cristo Jesús, en el Santo Sacrificio del Altarⁿ. Nuestro día entero, con todos sus afanes y alegrías, tendrá —unido al Sacrificio de Cristo— el valor corredentor de la Misa: con mentalidad plenamente laical —ha escrito nuestro Padre—, *ejercitáis ese espíritu sacerdotal, al ofrecer a Dios el trabajo, el descanso, la alegría y las contrariedades de la jornada, el holocausto de vuestros cuerpos rendidos por el esfuerzo del servicio constante. Todo eso es hostia viva, santa, grata a Dios: ése es vuestro culto racional (Rom. XII, 1)*¹².

Viviendo así, haremos realidad el deseo de nuestro Padre: servir a Dios *no sólo en el altar, sino en el*

(6) De nuestro Padre, *Crónica*, 1972, p. 318.

(7) Himno *Adoro te devote*.

(8) *Surco*, n. 978.

(9) Himno *Adoro te devote*.

(10) De nuestro Padre, *Cana*, 2-II-1945, n. 12.

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 28-II-1955, n. 4.

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 6-V-1945, n. 27.

*mundo entero, que es altar para nosotros. Todas las obras de los hombres se hacen como en un altar, y cada uno de vosotros, en esa unión de almas contemplativas que es vuestra jornada, dice de algún modo su misa, que dura veinticuatro horas, en espera de la misa siguiente, que durará otras veinticuatro horas, y así hasta el fin de nuestra vida*¹³.

*O MEMORIALE monis Domini, pañis vivus vitam praestans homini; praesta meae menú de te vivere, et te illi semper dulce sapere*¹⁴; ¡oh memorial de la muerte del Señor! Pan vivo que da la vida al hombre; concédele a mi alma que de Ti viva, y que siempre saboree tu dulzura.

El Sacrificio de Jesucristo es perfecto y agradabilísimo a los ojos de Dios: es la única ofrenda adecuada a la divinidad. Por eso debemos examinar cómo nos preparamos, durante el tiempo de la noche, para recibir al Señor. De ese modo, el fruto que alcanzaremos será mayor cada día. Y si estamos *muy unidos a Jesús en la Eucaristía, lograremos una continua presencia de Dios, en medio de las ocupaciones ordinarias propias de la situación de cada uno en este peregrinar terreno, buscando al Señor en todo tiempo y en todas las cosas. Teniendo en nuestras almas los mis-*

*mos sentimientos de Cristo en la Cruz, conseguiremos que nuestra vida entera sea una reparación incesante, una asidua petición y un permanente sacrificio por toda la humanidad, porque el Señor nos dará un instinto sobrenatural para purificar todas las acciones, elevarlas al orden de la gracia y convertirlas en instrumento de apostolado. Sólo así seremos almas contemplativas en medio del mundo, como pide nuestra vocación, y llegaremos a ser almas verdaderamente sacerdotales, haciendo que todo lo nuestro sea una continua alabanza a Dios*¹⁵.

Hemos de amar la Misa, hacerla el centro del día, unir a ella todos nuestros propósitos, nuestras preocupaciones y nuestras alegrías. *Hijo mío, nos invita nuestro Padre, piensa ahora en la Santa Misa: en cómo hemos de celebrarla o en cómo hemos de oírla. Considera que asisten los ángeles. Piensa que estás haciendo o participando en una cosa divina. Mira que sobre el altar Cristo se vuelve a ofrecer por ti y por mí. Y sentirás un deseo grande de imitar su humildad, su anonadamiento en la Hostia; y te llenarás de acciones de gracias, de adoración, de deseos de reparar, de peticiones. Y te ofrecerás, con los brazos extendidos, como otro Cristo, ipse Christus, dispuesto a clavarte en el dulce madero, por amor a las almas*¹⁶.

Iesu quem velatum nunc aspicio, oro fiat illud

(13) De nuestro Padre, Meditación San José, Nuestro Padre y Señor, 19-111-1968.

(14) Himno *Adoro le devote*.

(15) De nuestro Padre, Carta, 241-1945, n. 11.

(16) De nuestro Padre, Meditación, 14-IV-1960.

*quod tam sitio: ut, te revelata cernens facie, visu sim beatus tuae gloriae*¹⁷; Jesús, a quien ahora veo escondido, te ruego que se cumpla lo que tanto ansio: que al mirar tu rostro ya no oculto, sea yo feliz viendo tu gloria. Unidos a la Virgen Santísima aprenderemos a vivir el misterio del altar, y a hacer que *nuestra vida sea una continuación de la última Misa, y una preparación para la siguiente*¹⁸, hasta que un día se funda con la alabanza y la acción de gracias de los bienven- turados en el Cielo.

(17) Himno *Adoro te devote*.

(18) De nuestro Padre, Crónica 11-65, p. 11.

296.

VIERNES

- Hemos de ser almas de deseos nobles, magnánimos.
- Entre esos deseos grandes, está la ilusión profesional.
- Consecuencias de la ilusión profesional.

NUESTRA Madre la Iglesia nos muestra en la liturgia las insondables maravillas del cristianismo. En la oración que se reza en las Misas de esta semana nos hace considerar la inutilidad de una vida separada de Dios: *sin ti nada es fuerte ni santo* \ Y enseguida invoca la Misericordia divina para que, siendo Jesucristo nuestro guía y nuestro pastor, *de tal modo nos ocupemos de las cosas temporales, que por ellas alcancemos las eternas*².

Es bueno que nos preocupemos de las cosas terrenas: el Señor las ha puesto a nuestro alcance para que las santifiquemos; pero debemos encauzar esas aspiraciones humanas nobles para que no nos extrañen, sino que nos lleven a buen paso por el camino de Dios. Moderar los deseos no es empuqueñecerlos, sino darles la medida justa, enderezarlos, teniendo siempre presente el destino sobrenatural de nuestra vida: *hemos sido elegidos por el amor de Dios, hijas e hijos queridísimos, para vivir este camino —siempre jo-*

(1) *Oral*.

(2) *Ibid*.

ven y nuevo— de la Obra, esta aventura humana y sobrenatural, que es corredención con Cristo, participación estrecha e íntima en el ansia impaciente de Jesús por extender el fuego que había venido a traer a la tierra (cfr. Luc. XII, 49)³. Por eso, nuestra ambición es grande, inmensa: el mundo entero para Dios. Y necesitamos tener vibración: ser guía, jefe, ¡caudillo!..., que obligues, que empujes, que arrastres, con tu ejemplo y con tu palabra y con tu ciencia y con tu imperio *.

La Sagrada Escritura nos enseña a tener deseos grandes, a querer con el querer de Dios. Estaba Daniel rezando impaciente al Altísimo —nos cuenta en uno de sus pasajes—, y el corazón del profeta, inflamado, pedía al Señor que cumpliera sus proyectos sobre la tierra; cuando he aquí que se le acercó el Arcángel Gabriel y le dijo: *Daniel, vengo ahora para hacerte entender (...) porque eres varón de deseos*⁵; y le reveló los planes divinos de redención. La oración de Daniel, alimentada con deseos generosos, se hizo omnipotente; porque su audacia era su humildad; y su impaciencia, afán de servir al Señor.

También nosotros debemos fomentar esos deseos divinos en nuestro corazón: almas, muchas almas que llevar a Jesucristo; nuestra pequeñez cuenta con la fuerza de Dios. Bien presente lo tenía San Juan Crisóstomo cuando enseñaba a los cristianos

de su época: *la levadura, por muy pequeña que sea, transforma una gran cantidad de harina; así también vosotros convertiréis el mundo entero (...). No se puede objetar: ¿qué podemos nosotros contra la inmensa muchedumbre de los hombres? Precisamente esto es lo que revela el esplendor de vuestro poder. No desmayéis (...), porque no se extinguirá vuestro fulgor, antes al contrario, venceréis todas las dificultades*⁶.

*SEÑOR, en tu presencia están todos mis deseos*⁷. Entre esos deseos grandes que el Señor mismo ha puesto en nuestro corazón, para que los fomentemos y le demos gloria, está la ilusión profesional. Hemos sido llamados a la Obra para santificarnos en el trabajo ordinario, en el ejercicio de una profesión que es *paranosotros el medio específico más eficaz de lograrla perfección cristiana, haciendo un apostolado fecundo*⁸. La profesión, santificada por nuestra entrega al servicio del Señor, se torna santificante. Por eso, no se comprendería la vida de un hijo de Dios en su Obra sin ilusión profesional, sin ese deseo grande de trabajar en la ocupación en la que Dios le llamó, para convertirla en instrumento de santidad y de apostolado.

*Por ahí todos trabajan, con afán, sean o no jefes de familia*⁹, poniendo de ordinario en su tarea una

(3) De nuestro Padre, *Carla*, 9-1-1959, n. 1.

(4) *Camino*, n. 19.

(5) *Dan.* IX, 22-23.

(6) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 46, 2.

(7) *Ps.* XXXVII, 10.

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 15-X-1948, n. 1.

(9) De nuestro Padre, *Meditación*, 4-III-1963.

dosis grande de ilusión. Muchas veces, esa ilusión profesional es el móvil que empuja a trabajar cuando se está cansado o no se tienen ganas: ambición noble de conseguir un puesto determinado, de crear y sostener una familia, de profundizar en una parcela del saber... Nosotros somos personas corrientes: vivimos en medio de los hombres. Es natural, por tanto, que también en nuestra vida ocupe un lugar importante la ilusión profesional. Tú, nos dice a cada uno nuestro Padre, *también tienes una vocación profesional que te "aguijonea". —Pues, ese "aguijón" es el anzuelo para pescar hombres.*

*Rectifica, por tanto, la intención, y no dejes de adquirir todo el prestigio profesional posible, en servicio de Dios y de las almas. El Señor cuenta también con "esto"*¹⁰.

Debemos encontrar tiempo para fortalecer nuestra vocación profesional, y para hacerla más eficaz, mediante el estudio y el trabajo, mejorando continuamente la propia formación profesional.

Los móviles que empujan a los demás, nos mueven también a nosotros; pero —desde que recibimos la llamada de Jesucristo a su Obra—, esos motivos se han hecho divinos: *tienes ambiciones... de saber..., de acaudillar..., de ser audaz.*

*Bueno. Bien. —Pero... por Cristo, por Amor*ⁿ.

(10) *Surco*, n. 491.
(11) *Camino*, n. 24.

Con la llamada divina, la ilusión profesional adquiere una dimensión mayor: se ha hecho instrumento de Dios. Por esta razón estamos dispuestos a abandonar la labor profesional más floreciente si así lo exigieran las necesidades de la Obra. *De la misma manera que el padre de familia, al considerar su trabajo, piensa no sólo en sus aficiones personales, sino en el bien de sus hijos; de esa misma manera vosotros —decía nuestro Padre— no debéis perder de vista el bien del apostolado*¹².

Si alguna vez es necesario, aceptamos con alegría el cambio de ocupación, la dedicación a labores internas, sin perder por eso la ilusión profesional, que aumenta cada vez más. *Tened en cuenta que, a partir de ese momento, la nueva tarea es, para aquel a quien se le encomienda, su trabajo profesional (...).*

*Por eso, habéis de vivir la nueva tarea con el mismo espíritu, con la misma dedicación: santificando la labor que se os encomienda, santificándoos con esa labor y santificando a los demás; poniendo en ese trabajo toda vuestra ilusión humana, todos vuestros talentos*¹³.

NUESTRO trabajo es un trabajo en medio del mundo, y un trabajo profesional. Por eso, al recorda-

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 15-X-1948, n. 34.
(13) De nuestro Padre, *Carta*, 15-X-1948, n. 37.

ros la necesidad de trabajar, he de recordaros al mismo tiempo la necesidad de trabajar bien. No se trata sólo de llenar las horas, sino de trabajar con competencia técnica y profesional.

*El trabajo no puede ser nunca para vosotros un juego, que no se toma en serio; ni tampoco cosa de dilettanti o de aficionados. Qué me importa a mí, que me digan de uno de mis hijos que es, por ejemplo, un mal maestro y un buen hijo mío: si no es un buen maestro ¿de qué me sirve? Porque, en realidad, no es un buen hijo mío, si no ha puesto los medios para mejorar en su profesión. Hemos de trabajar como el mejor de los colegas. Y si puede ser, mejor que el mejor. Un hombre sin ilusión profesional no me sirve*¹⁴.

Debemos dedicar a la profesión —a nuestro trabajo, el que sea— todo el cariño y el esfuerzo de que seamos capaces, porque sabemos que *la vocación profesional no es sólo una parte, sino una parte principal de nuestra vocación sobrenatural*¹⁵. Nos lo recordaba gráficamente nuestro Fundador: *Pedro era pescador antes de ser apóstol, antes de ser sacerdote, antes de ser cabeza; y continúa siéndolo después. Antes de ser apóstol, pescador. Después de ser apóstol, pescador. La misma profesión que antes, después. Así hacemos nosotros. Y aun nuestros sacerdotes, en la medida de lo posible, también hacen lo mismo*¹⁶.

(14) De nuestro Padre, *Carta*, 15-X-1948, n. 15.

(15) De nuestro Padre, *Crónica* 111-60, p. 11.

(16) De nuestro Padre, *Meditación*, 16-IV-1954.

Ahí tenemos un magnífico campo de lucha ascética: mantener vivo y eficaz el interés por la propia profesión y oficio. La ilusión profesional es, además, una buena manera de manifestar nuestra secularidad, y síntoma de una responsable preocupación económica.

Que Nuestra Madre, Santa María, mantenga vivo nuestro afán de santidad y de apostolado, para que así pongamos siempre ilusión y esfuerzo en nuestro trabajo profesional, en nuestra labor diaria. *Pon en tu mesa de trabajo —nos aconsejaba nuestro Padre—, en la habitación, en tu cartera..., una imagen de Nuestra Señora, y dirígele la mirada al comenzar tu tarea, mientras la realizas y al terminarla. Ella te alcanzará —¡te lo aseguro!— la fuerza para hacer, de tu ocupación, un diálogo amoroso con Dios*."

(17) *Surco*, n. 531.

297.

SÁBADO

—Fortaleza en nuestra lucha para ser santos.

—Fortaleza con nuestros hermanos, para ayudarles en el camino.

—Fortaleza con todas las almas, para defender la fe y llevarlas a Dios.

LEEMOS en el Evangelio de la Misa de hoy que *Herodes había prendido a Juan, lo había encadenado y puesto en la cárcel*¹. El Bautista, en efecto, le reprochaba con fortaleza su mala conducta. No hacía más que ser consecuente con su misión de Precursor; una misión que le exigía, en primer lugar, ser fuerte consigo mismo. Su exigente predicación había estado siempre respaldada por el ejemplo de vida rigurosa en el cumplimiento de la Voluntad de Dios.

La fortaleza es virtud cardinal, necesaria para todos. *El Reino de los Cielos* —dice el Señor— *padece violencia, y los fuertes son los que se lo apropian*². Y nosotros, llamados a servir a Dios en el Opus Dei, la necesitamos particularmente: hemos puesto el ideal de nuestra vida en la santidad, y ser santos no es empresa cómoda: hay que cumplir la Voluntad de Dios, día a día, minuto a minuto.

(1) Ev. (Matth. XIV, 3).

(2) Matth. XI, 12.

Fortaleza, por tanto, para acometer las tareas difíciles, para ser sacrificados, para no apegarnos a lo que quiere aherrar el alma. De ese modo, podremos decir con San Pablo: *en todo atribulados, pero no angustiados; perplejos, pero no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; derribados, pero no aniquilados*³.

Un hijo de Dios en su Obra necesita ejercitarse continuamente en esta virtud. Así respondimos a la llamada divina, y así perseveramos, *sabiendo* —como decía nuestro Padre— *jugarse todo a una sola carta, la carta del amor de Dios*⁴. Porque es fuerte el que persevera en el cumplimiento de lo que entiende que debe hacer, según su conciencia; el que no mide el valor de una tarea exclusivamente por los beneficios que recibe, sino por el servicio que presta a los demás. El fuerte, a veces, sufre, pero resiste; llora quizá, pero se bebe sus lágrimas. Cuando la contradicción arrecia, no se dobla⁵.

Fortaleza, en primer término, para cumplir los propios deberes, para que nuestro comportamiento sea ejemplar. Lo será, si nos renovamos constantemente en el amor de Dios; y entonces, esta fortaleza se manifestará también en la tarea apostólica de cada jornada. Porque al que es fuerte *nada puede apartarlo del amor de Dios, ni tiene necesidad de tranqui-*

(3) II Cor. IV, 8-9.

(4) De nuestro Padre, Crónica VI-64, p. 9.

(5) Amigos de Dios, n. 77.

lizar su ánimo, porque está persuadido de que todo es para bien; no se irrita ni hay nada que le mueva a la ira, porque siempre ama a Dios y a esto sólo atiende⁶.

La paciencia para dominar el carácter y el genio, la serenidad ante las dificultades, facilitan la continua presencia de Dios. *No podemos ser como niños o como locos. Hemos de ser (...) fuertes, hijos de Dios. Serenos en nuestro trabajo y en la labor profesional. Con una presencia de Dios continua, que nos hace estar en la perfección de las cosas pequeñas*⁷.

BIEN sabía el Bautista a lo que se exponía por corregir los desórdenes del tetrarca de Galilea. Porque *Herodes, en efecto, había prendido a Juan y lo había encadenado (...) a causa de Herodías, la mujer de su hermano Filipo, porque Juan le decía: no te es lícito tenerla*⁸. Pero no vaciló: le importaba más el bien de aquella alma. Y actuó con valentía.

También nosotros tenemos que actuar con decisión, cuando se trata de velar por el bien de la Obra o de nuestros hermanos. *Entiendo perfectamente —escribía nuestro Padre— que vosotros también sufráis, al cumplir con esa obligación de fortaleza. Se esconde una gran comodidad en las actitudes de algunos, que no se dan cuenta —o no quieren darse cuenta— de que,*

(6) Clemente de Alejandría, *Stromata* 6, 9, 71, 4.

(7) De nuestro Padre, Crónica IV-60, p. 12.

(8) *Ev. (Manh. XIV, 3-4).*

con la excusa de evitar el sufrimiento a otros, están ellos huyendo del dolor. Se ahorran disgustos: no se gastan; pero no se santifican, ni ayudan a los demás en la vida espiritual, ni en la vida terrena.

*En esa falsa serenidad, que nunca se turba ni se remueve, hay una inconsciencia intolerable, que es desidia, abandono. Es preciso vivir —no hay más remedio— aquel irascimini et nolite peccare (Ps. IV, 5; Ephes. IV, 26), porque es manifestación de cariño auténtico, de un amor que no se cifra en palabras, sino que es amor con obras y de verdad: non diligamus verbo ñeque lingua, sed opere et veritate (I Ioann. III, 18)*⁹.

Fuertes con nuestros hermanos, especialmente mediante la corrección fraterna. *¿Cómo vives esa caridad con tus hermanos, sin bobadas, sin contemplaciones? —nos pregunta nuestro Padre—. ¿Cómo recibes la corrección fraterna? ¿Con qué valentía, nobleza y espíritu sobrenatural la haces?*¹⁰.

No importa que aquel hermano nuestro que necesita de nuestra caridad, lleve muchos años en Casa, o nos parezca mejor que nosotros, o sea un Director; con delicadeza, del modo conveniente, le decimos *las cosas de verdad, a la cara, para ayudarnos a ser santos*¹¹. No se concibe en la Obra la murmuración, el enredo; no hablamos mal de nadie a sus espaldas. Lo que hay que decir se dice, con fortaleza,

(9) De nuestro Padre, *Carla*, 29-IX-1957, n. 27.

(10) De nuestro Padre, Crónica VI-64, p. 11.

(11) De nuestro Padre, Crónica VI-64, p. 11.

con caridad y humildad, a la cara, de tú a tú. *Y especialmente los Directores deben tener esta fortaleza, continúa nuestro Padre. Yo he dicho siempre que el Director ha de tener corazón de madre, pero brazo de padre*¹².

*Hijos míos, si actuáis así, vuestros hermanos reaccionarán siempre. Y si tenéis esa inquietud constante de formarlos, de atenderlos —que os llegará incluso a quitar el sueño, como al padre de familia se lo quita el cuidado de los suyos—, se harán ellos fuertes y recios —¡sin complejos de víctimas!—, y adquirirán el temple de las espadas toledanas que se dejan doblar sin romperse: se abandonarán en las manos de Dios, con un fiat en los labios, y el Señor hará su obra suaviter et fortiter en sus almas*¹³.

FORTALEZA en el apostolado. Nuestra misión no es una tarea pequeña: *tenemos el mundo por heredad*¹⁴, y trabajamos en él como en cosa propia, sin temores de ningún género: *no temáis ni os amedrentéis ante tan gran muchedumbre, porque no es vuestra la guerra, sino de Dios*¹⁵. No nos asusta que sean tantas las almas que nos esperan. Acudiremos a cualquier parte donde haya un alma

(12) De nuestro Padre, Crónica VI-64, p. 11.
 (13) De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, n. 28.
 (14) De nuestro Padre, Crónica VI-64, p. 11.
 (15) II *Par.* XX, 15.

que salvar: *todos los mares son nuestros. Donde la pesca es más difícil es también más necesaria*¹⁶. No puede cohibirnos el ambiente; con el ejemplo de nuestra vida de hijos de Dios, viviendo con naturalidad nuestra entrega, vamos a transformarlo, a cristianizarlo si estaba paganizado. *Ningún miedo deben tener mis hijos —decía nuestro Padre— a vivir en el ambiente —profesional, social...— que les es propio. No están solos. Dios Nuestro Señor les da los medios para ser ellos fieles y llevar a los demás a Dios*¹⁷.

Fortaleza en la labor de proselitismo, sabiendo vencer los obstáculos, de cualquier clase que sean, para acercar a la Obra a las almas que quieran servir al Señor. *Hay que abrirse en abanico... Abrirse como una mano, y que cada dedo tenga prendido un grupo de almas, de las fáciles y de las difíciles... y ¡arrastrar! Que cada uno no sea uno, que sea diez*¹⁸. Muchas almas nos esperan, y con nosotros está la fuerza de Dios, que allana los montes y remueve los obstáculos. Es cuestión de lanzarse con arrojo —con fortaleza—, sin miedo, a meterse en la vida de los demás, como hicieron con nosotros: *a mí —nos ha dicho nuestro Padre— el Señor no me ha pedido permiso para meterse en mi vida*¹⁹.

(16) De nuestro Padre, Crónica VI-64, p. 11.
 (17) De nuestro Padre, Crónica VI-64, p. 12.
 (18) De nuestro Padre, Crónica VI-64, p. 12.
 (19) De nuestro Padre, Crónica VI-64, p. 12.

Fortaleza, en fin, para proclamar la verdad. Para defender la fe. *No podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído* ²⁰. Porque, dice San Pablo, *sois luz en el Señor; comportaos, pues, como hijos de la luz* ²¹. Fortaleza para no alzar temblorosamente la bandera blanca de una rendición infiel y cobarde. Fortaleza para estimar menos la propia honra y la vida terrena que la vida eterna y la honra de Dios. Fortaleza para hablar, porque *verbum Dei non est alligatum* ²²; porque la palabra de Dios no está encadenada.

Nos lo recuerda la primera lectura. El profeta Jeremías, injustamente encarcelado, cumple su misión con valentía: *el Señor me envió a vosotros —dice a los que le tenían prisionero—, para que hablase a vuestros oídos todas estas palabras. Y dijeron los príncipes y todo el pueblo a los sacerdotes y a los profetas: no tiene sentencia de muerte este hombre porque en el nombre del Señor Dios nuestro nos ha hablado* ²³.

Hijas e hijos míos —nos escribió nuestro Padre—, *colocados nosotros por voluntad de Dios en medio del mundo, ciudadanos a la vez —con pleno derecho— de la sociedad humana y de la eclesial, tenéis en esta hora actual de la Iglesia una honda misión que realizar. Y la llevaréis a cabo en la medida en que*

(20) Act. IV, 20.

(21) Ephes. V, 8.

(22) II Tim. II, 9.

(23) L. I (II) (Jerem. XXVI, 15-16).

vuestra fe sea recia y hunda sus raíces hasta lo más profundo de vuestros corazones ²⁴.

La Virgen Santísima, que con tanta fortaleza fue Corredentora al pie de la Cruz, nos enseñará a ser fieles en los deberes de cada instante, ejercitando con fe la virtud cardinal de la fortaleza. De esa forma seremos también fieles a la hora de la dificultad.

(24) De nuestro Padre, *Carla*, 24-X-1965, n. 6.

298.

DOMINGO XVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

- Necesidad de medios económicos para el apostolado.
- El Señor nos confía la responsabilidad de conseguir esos medios.
- No podemos ser gravosos: deber de conseguir medios económicos para el sostenimiento de las labores.

NO ES tal nuestro Pontífice que sea incapaz de compadecerse de nuestras miserias, habiendo voluntariamente experimentado todas las tentaciones y debilidades, a excepción del pecado, por razón de la semejanza con nosotros en el ser hombre¹.

En el Evangelio de la Misa, leemos el milagro de la multiplicación de los panes y de los peces. Un pasaje que nos muestra de modo práctico cómo Jesús tenía en cuenta las necesidades y las circunstancias materiales de los que le escuchaban. El Señor había marchado con los Apóstoles a un lugar tranquilo, para descansar, pero muchos supieron a dónde se dirigía y le precedieron. Al llegar, lleno de compasión, Jesús curó a los enfermos y enseñaba a la muchedumbre. Cuando ya se había echado encima la tarde, se acercaron sus discípulos y le dijeron: *el lugar es de-*

(¹) *Hebr.* IV, 15.

sierto y ya ha pasado la hora; despide a la gente para que vayan a las aldeas a comprarse alimentos. Pero Jesús les dijo: no tienen necesidad de ir, dadles vosotros de comer².

Somos criaturas humanas, tenemos cuerpo, y de ahí se siguen necesidades materiales que es preciso atender. Dios ha puesto a disposición del hombre todas las cosas de la tierra para que, utilizándolas, completara en cierto modo con su esfuerzo la obra de la creación. Y al ser llamados por Dios a la santidad y al apostolado, continuamos necesitando —por un nuevo título y para un fin más alto— los recursos materiales. *Si uno no puede* —decía nuestro Padre— *apoyarse materialmente en algún pedazo de terreno, aunque sea pequeño y pobre, es difícil que pueda hacer labor apostólica permanente³.*

Nuestro apostolado se dirige a las almas; sólo las almas nos interesan. Pero *no somos ángeles, ni trabajamos entre ángeles, y la extensión de los apostolados de la Obra es tan grande que, para contar con un mínimo de medios humanos eficaces y útiles, es preciso disponer de una pequeña base económica, que permita el sostenimiento de esos apostolados y crear otros nuevos⁴.* Sabemos que los medios materiales son solamente eso: medios. Y entendemos además que se trata de medios desproporcionados para el

(2) *Ev. (A) (Matth. XIV, 15-16).*

(3) De nuestro Padre, Obras VI-59, p. 9.

(4) De nuestro Padre, Crónica IV-64, p. 6-7.

fin que perseguimos, que es exclusivamente sobrenatural. También eran insuficientes los cinco panes y los dos peces que los discípulos pusieron en manos del Señor para saciar a la muchedumbre, y Jesucristo los emplea, aunque podía hacer el milagro sin ellos. Ordinariamente, esos medios, por disposición divina, son imprescindibles. En la labor apostólica, hemos de usar —lo contrario sería tentar a Dios— todos los medios humanos limpios, que estén a nuestro alcance; ponemos los medios sobrenaturales y, junto a ellos, los medios humanos⁵.

EL APÓSTOL ha de poner su confianza sólo en Dios, ha de tener fe en su ayuda, sabiendo que el Señor llena de eficacia sus palabras, hace fructificar la semilla. Pero ha de saber al mismo tiempo que está obligado a poner los medios humanos necesarios, porque Dios actúa a través de los hombres, quiere su colaboración. Nos lo recuerda la escena del Evangelio que estamos meditando. Cuando los discípulos hacen presente a Jesús que únicamente tienen cinco panes y dos peces, *El les dijo: traédmelos aquí*⁶. Sólo después se obra el gran milagro.

Jesús exige a los discípulos cooperación efectiva y entregada; y parte de esa ayuda son los medios

humanos que tienen a su alcance, para que el Señor dé después el incremento. Nuestro Fundador nos recordaba estas ideas al hablar de los primeros tiempos del Opus Dei. Nos decía: *la Obra salió con oración. Sólo había juventud, alegría, y seguridad de hacer la voluntad de Dios. Todo ha ido adelante con oración y buena penitencia. No había medios humanos. Ahora, con los sobrenaturales, tenemos que emplear también medios humanos, porque lo contrario sería tentar a Dios*⁷.

El desarrollo divino de la Obra, su extensión por toda la tierra, su historia, la realización cada vez más plena de sus apostolados, hace que, permaneciendo idéntico el espíritu, deban utilizarse instrumentos cada vez más adecuados. *Si hace falta, se comienza como se ha comenzado siempre: con una absoluta carencia. Se va con lo que se puede. Eso es muy bonito. Pero yo entiendo que el Señor quiere que, ahora que ya podemos algo, no lo hagamos así. Ahora se hará con el mismo espíritu, con el mismo afán de esperanza y amor con que hemos comenzado siempre la labor en todas partes —con el mismo espíritu, no digo con más porque no es posible—, pero con más medios humanos*⁸.

Todos en la Obra sentimos la responsabilidad de allegar medios para las labores apostólicas, más

(5) De nuestro Padre, Crónica X-60, p. 8.

(6) *Ev. (A) (Matth. XIV, 18)*.

(7) De nuestro Padre, Obras VI-59, p. 8.

(8) De nuestro Padre, Tertulia, 1-1-1959.

y más numerosas cada día, y hemos de saber traducir en hechos esta buena disposición. *¿Modos prácticos —me preguntabais— para cumplir vuestro deber con nuestra Madre la Obra?*, escribe nuestro Padre en una de las *Instrucciones*. Y añade: *me los ha enseñado a mí vuestra conducta generosa: desde aquella aristócrata, de la sangre y del espíritu, que supo ceder su propio palacio en épocas bien duras de calumnia y de persecución, hasta los labriegos humildísimos, padres de una criadita, que venden su borriquillo y envían el dinero con alegría; desde aquel buen amigo americano del Sur, que tiene una de nuestras obras apostólicas, de acuerdo con su familia, como un socio más en los negocios —un socio que no está a las pérdidas—, hasta los niños, hijos de un hermano nuestro Supernumerario, que envían el dinero que recibieron como obsequio el día de su primera comunión; desde el que manda muebles, para poner una casa, hasta el que paga todos los gastos del pobre coche indispensable para la labor*⁹.

EL SEÑOR aprovecha el milagro para dar a los discípulos una lección práctica de pobreza, de responsabilidad, de buena administración de los bienes que tienen a su alcance. Además de encargarles que

(9) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 124.

ellos mismos distribuyan a la muchedumbre los panes, repartíéndolos según las necesidades, les manda reunir los pedazos sobrantes en espuelas, para que nada se pierda. Y *comieron todos hasta que quedaron satisfechos, y recogieron de los trozos sobrantes doce cestos* Henos¹⁰.

Nuestra pobreza nos lleva a tener la responsabilidad económica de padres de familia numerosa y pobre. Con la finura que presta a nuestro actuar el amor a la Obra y la urgencia de llegar a todas las almas, hemos de hacer cuanto esté de nuestra parte, incluso con heroísmo si es preciso, para poner a disposición de la Obra los medios que se necesiten. La expansión del Opus Dei, el crecimiento de la labor, la aparición de nuevos apostolados, son otros tantos incentivos para buscar recursos, para servir a Dios y a las almas.

La mayor parte de estos medios provienen de nuestro trabajo profesional. También por este motivo debemos tener firmes deseos de aumentar el rendimiento económico de nuestra profesión. Hablando de la santificación del trabajo, decía nuestro Padre: *no quiero dejar de aludir a otra razón más que, aunque pueda parecer de menor importancia, la tiene, y mucha: el ganarnos la vida, el mantenernos a nosotros mismos, y sostener nuestras tareas apostólicas. No quiero señoritos: quiero el señorío del trabajo. Todos*

(10) Ev. (A) (Matth. XIV, 20).

los miembros de la Obra tienen que trabajar, y ganar por lo menos lo suficiente para vivir y para ayudar, si quiera un poco, al sostenimiento de nuestras obras corporativas.

Por eso, he dispuesto que, a todos los que vienen a la Obra, se les pregunte con qué trabajo cuentan para sostenerse; aunque sean jóvenes, aunque estén estudiando: siempre podrán hacer algo dando clases, encargándose de realizar traducciones, o cosas semejantes.

Nadie puede sentirse descargado de ese deber: va en esto la seriedad de nuestra vocación. En la vida social, todos trabajan, sean o no jefes de familia: no sólo están en su labor las horas razonables, las que tienen todos, sino que muchos de ellos, llevados por su pasión, o por la necesidad de obtener mayores beneficios, dedican más tiempo todavía al ejercicio de su profesión.

No hacemos un favor al Señor, cuando estamos sujetos a una labor intensa, con sus exigencias de horario, de puntualidad, de eficiencia; nuestra actitud debe ser la que el Señor pone en labios de aquellos siervos de la parábola: servi inútiles sumus: quod debuimus faceré fecimus (Luc. XVII, 10), somos siervos inútiles: no hemos hecho más que aquello que teníamos obligación de hacer.

Trabajar. Muchas horas de trabajo al día, sintiendo la urgencia de las necesidades, también económicas, de esta familia sobrenatural que formamos: esto es

tener sentido de responsabilidad, esto es querer ser santos y servir a Dios¹¹.

La vida de Santa María, que tanto supo de trabajo y de estrecheces económicas, nos enseña a trabajar mucho y bien. Así cumpliremos lo que es voluntad de Dios para nosotros, y lograremos también los medios para sacar adelante la tarea que el Señor nos ha confiado.

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 15-X-1948, nn. 12-13.

299.

LUNES

—Nuestra vocación es apostólica: vivimos para la muchedumbre.

—Para cumplir esta misión necesitamos fe en el Señor y deseos de ser buenos instrumentos.

—Convertir el cumplimiento de los propios deberes en apostolado.

HEMOS contemplado muchas veces a Jesucristo que, en compañía de sus discípulos, se retira a hacer oración. En uno de esos momentos, el Señor buscaba un lugar apartado, lejos de las turbas, donde reposar e instruir, en charla íntima y amable, a sus discípulos.

Hijo mío, el Señor tiene puestos los ojos y el corazón en la muchedumbre, en todos los hombres. Y nosotros, como Jesús: ésta es nuestra vocación. De cuando en cuando, nos retiramos a la barca o nos subiremos a un monte, pero siempre de cara a la muchedumbre, porque no hay un alma que no amemos, que no tratemos de ayudar y comprender. Nos interesan todos los hombres, porque todos tienen un alma que salvar. Somos como una inyección intravenosa, en el torrente circulatorio de la sociedad¹.

(1) De nuestro Padre, Crónica VI-65, pp. 35-36.

Aquel día, al llegar al paraje elegido, encontraron una gran multitud que se les había adelantado. Y al ver toda aquella gente, el corazón de Jesús se enterneció, porque andaban como ovejas sin pastor; y cuenta San Mateo que *se llenó de compasión por ella y curó a los enfermos*².

El Señor resuelve los males que aquejan a los que procuran seguirle. En muchos casos cura sus enfermedades, y siempre les da la doctrina que necesitan para entrar en el Reino de los Cielos y ser felices.

Como Cristo, también nosotros *somos para la muchedumbre: no estamos nunca encerrados, vivimos de cara a la multitud y tenemos metidas en el alma aquellas palabras de Jesucristo Nuestro Señor: me da compasión esta multitud, porque hace ya tres días que están conmigo, y no tienen qué comer (Marc. VIH, 2). Queremos ir a todos, proporcionar a todos —en primer lugar— la fe y el amor y la esperanza, la gracia y la doctrina, la paz y la alegría, la salvación*³.

También ahora, como en los tiempos antiguos y en otros más recientes, *encontramos a nuestro paso, en tantas ocasiones, la más desoladora ignorancia religiosa, que nos exige un profundo y continuado apostolado de la doctrina. Y esto no sólo entre los paganos de nuestro tiempo, sino aun entre no pocos que se ofenderían si no se les llamara católicos* *.

(2) Ev. (Matth. XIV, 14).

(3) De nuestro Padre, Carta, 31-V-1954, n. 23.

(4) De nuestro Padre, Carta, 15-VIII-1953, n. 10.

*¿Lo veis? Dar doctrina es la gran misión nuestra. En esto consiste el gran apostolado del Opus Dei; mostrar a esa multitud que nos espera cuál es la senda que lleva derecha hacia el Señor*⁵.

AQUELLA tarde junto al Mar de Tiberiades, mientras estaban con el Señor, nadie pensó en el cansancio, ni en las horas de ayuno, ni que aquél era un lugar apartado, a mucha distancia del pueblo más cercano. La compañía de Jesús les había cautivado el corazón. El Señor, sin embargo, comprende nuestras necesidades materiales. Se apiada también de los cuerpos exhaustos de quienes, por uno u otro motivo, vinieron en su busca. Y dijo a sus discípulos: *dadles vosotros de comer*⁶. Los Apóstoles hicieron todo lo que estaba en su mano, y dijeron al Señor: *no tenemos aquí más que cinco panes y dos peces*⁷. No era mucho, pero a Jesucristo no le importa que sea poco o mucho; para eso está su Omnipotencia. Le bastó que confiaran en El.

El apostolado y el proselitismo son tan directamente sobrenaturales, tan divinos, que sólo Dios puede llevarlos a término. Pero el Señor está siempre dispuesto; sólo nos pide una cooperación llena de fe, sabiendo que nosotros somos simples instru-

(5) De nuestro Padre, Crónica VI-65, p. 36.

(6) Ev. (Matth. XIV, 16).

(7) Ev. (Matth. XIV, 17).

mentos, pero decididos a poner todos los medios. Jesucristo nos invita de nuevo a nosotros: *dadles vosotros de comer*⁸.

*No tenemos más remedio que trabajar, al servicio de todas las almas. Otra cosa sería egoísmo. Si miramos nuestra vida con humildad, distinguiremos claramente que el Señor nos ha concedido, además de la gracia de la fe, talentos, cualidades. Ninguno de nosotros es un ejemplar repetido: Nuestro Padre nos ha creado uno a uno, repartiendo entre sus hijos un número diverso de bienes. Hemos de poner esos talentos, esas cualidades, al servicio de todos: utilizar esos dones de Dios como instrumentos para ayudar a descubrir a Cristo*⁹.

No basta esperar a que vengan, no es suficiente una actitud pasiva, de mal maestro que observa con frialdad a aquellos que han de aprender. Es preciso acudir, adelantarse. Cristo —nos dice nuestro Padre— *espera mucho de tu labor. Pero has de ir a buscar a las almas, como el Buen Pastor salió tras la oveja centésima: sin aguardar a que te llamen. Luego, sírvete de tus amigos para hacer bien a otros: nadie puede sentirse tranquilo —díselo a cada uno— con una vida espiritual que, después de llenarle, no rebose hacia fuera con celo apostólico*¹⁰. Pero esa dedicación apostólica exige la entrega de todo lo nuestro: *cuando pisotees de veras tu*

(8) Ev. (Matth. XIV, 16).

(9) Amigos de Dios, n. 258.

(10) Surco, n. 223.

propio yo y vivas para los demás, entonces serás instrumento apto en las manos de Dios.

El ha llamado —llama— a sus discípulos, y les manda: "ut eatis" —id a buscar a todos".

Con esa entrega completa, nuestra labor será eficaz y acercaremos a los hombres a Cristo en todas las circunstancias de nuestra vida.

EL APOSTOLADO, esa ansia que come las entrañas del cristiano corriente, no es algo diverso de la tarea de todos los días: se confunde con ese mismo trabajo, convertido en ocasión de un encuentro personal con Cristo. En esa labor, al esforzarnos codo con codo en los mismos afanes con nuestros compañeros, con nuestros amigos, con nuestros parientes, podremos ayudarles a llegar a Cristo, que nos espera (...).

¿Qué cambia entonces? Cambia que en el alma (...) se presentan horizontes más amplios, más ambición de servicio, y un deseo irreprimible de anunciar a todas las criaturas las magnalia Dei (San Agustín, In Ioann. Ev. tract. CXXII, 2), las cosas maravillosas que hace el Señor, si le dejamos hacer¹².

Será con el cumplimiento de nuestro deber ordinario como atraeremos a los demás. Además —pregunta nuestro Padre—: *¿quién ha dispuesto que para*

hablar de Cristo, para difundir su doctrina, sea preciso hacer cosas raras, extrañas? Vive tu vida ordinaria; trabaja donde estás, procurando cumplir los deberes de tu estado, acabar bien la labor de tu profesión o de tu oficio, creciéndote, mejorando cada jornada. Sé leal, comprensivo con los demás y exigente contigo mismo. Sé mortificado y alegre. Ese será tu apostolado. Y, sin que tú encuentres motivos, por tu pobre miseria, los que te rodean vendrán a ti, y con una conversación natural, sencilla —a la salida del trabajo, en una reunión de familia, en el autobús, en un paseo, en cualquier parte— charlaréis de inquietudes que están en el alma de todos, aunque a veces algunos no querrán darse cuenta: las irán entendiendo más, cuando comiencen a buscar de verdad a Dios¹³.

En nuestras manos está facilitar la labor de Jesús o entorpecerla. Cuando pedimos al Señor una y otra vez: *¡Jesús, almas!... ¡Almas de apóstol!*¹⁴; cuando nos mortificamos y vivimos amorosamente el plan de vida y hacemos bien el trabajo ordinario, cumpliendo fielmente y con sentido sobrenatural los deberes profesionales y sociales, entonces allanamos la labor de Dios, somos corrededores: ponemos los dos peces y los panes que el Señor quiere utilizar.

Por Cristo, con Cristo y en Cristo tendremos asegurada la eficacia, y veremos con el asombro de los

(11) *Forja*, n. 915.

(12) *Amigos de Dios*, nn. 264-265.

(13) *Amigos de Dios*, n. 273.

(14) *Camino*, n. 804.

Apóstoles, cómo se multiplican los afanes de santidad y de apostolado en nuestras manos, dando fruto abundante para saciar de vida sobrenatural a todas las almas. *Pídele a María, Regina apostolorum, que te decidas a ser partícipe de esos deseos de siembra y de pesca, que laten en el Corazón de su Hijo. Te aseguro que, si empiezas, verás, como los pescadores de Galilea, repleta la barca*¹⁵.

(15) *Amigos de Dios*, n. 273.

300.

MARTES

—El precepto divino de amar a los padres.

—Nuestra piedad filial ha de traducirse en el deseo de acercar a nuestros padres a la Obra.

—Nuestras familias aman más a la Obra cuando nos ven felices y seguros en la vocación.

SE ACERCARON al Señor un grupo de escribas y fariseos de Jerusalén, para tentarle: *¿por qué tus discípulos quebrantan la tradición de nuestros mayores?, pues no se lavan las manos cuando comen pan*¹. Jesucristo no responde directamente a la insidia que le presentan. Por el contrario, comienza por mostrarles la profunda contradicción que existe en la vida de aquéllos que se limitan al cumplimiento de actos meramente exteriores, mientras olvidan los deberes fundamentales de piedad con Dios y con los hombres. Y así les contestó: *¿por qué vosotros quebrantáis el mandamiento de Dios por vuestra tradición? Porque Dios dijo: honra a tu padre y a tu madre. Y el que maldiga a su padre o a su madre, sea castigado con la muerte. Pero vosotros decís que si alguien dice a su padre o a su madre: cualquier cosa mía que te aproveche sea declarada ofrenda, ése ya no tiene obli-*

(1) *Ev. (Matth. XV. 2).*

*gación de honrar a su padre. Así habéis anulado la palabra de Dios por vuestra tradición*².

El deber de amar a los padres está por encima de las convenciones humanas, y tiene su fundamento en la naturaleza de las cosas, tal como Dios las ha querido. Porque *el hombre* —explica Santo Tomás— *se hace deudor de los demás según la excelencia y según los beneficios que de ellos ha recibido. Por ambos títulos, Dios ocupa el primer lugar, por ser sumamente excelente y ser principio primero de nuestro existir y de nuestro gobierno. Mas, después de Dios, los padres (...) son también principio de nuestro ser y gobierno, pues de ellos (...) hemos nacido y nos hemos criado. Por lo tanto, después de Dios, a los padres (...) es a quienes más debemos*³.

Después del amor a Dios y a lo que se refiere directamente a Dios, viene el amor a nuestros padres, la correspondencia a todo lo que han hecho por nosotros. Por eso, en la Obra sentimos la dulce obligación de quererles cada vez más entrañablemente: por la gran parte que han tenido en nuestra vocación, a veces sin pretenderlo directamente, al darnos una educación que la ha hecho posible.

El amor filial tiene en el Opus Dei muchas manifestaciones prácticas: pruebas de cariño, atenciones; ayuda espiritual, y también material si es necesaria.

(2) *Matth.* XV, 3-6.

(3) Santo Tomás, *S. Th.* II-II, q. 101, a. 1.

Y es que la Obra entera es un hogar: un solo hogar, con un solo puchero. Con toda delicadeza —escribió nuestro Padre—, hacemos que los padres de los Numerarios y los de los Agregados —cuando lo necesitan— metan también su cuchara en ese pobre puchero familiar, aunque no imagináis cuántos apuros económicos pasamos continuamente, para poder desarrollar en todo el mundo nuestra labor apostólica *. Y el Señor bendice y premia este buen espíritu. *Esto dice Yavé Dios: honra a tu padre y a tu madre, para que se prolonguen tus días sobre la tierra que Yavé, tu Dios, va a darte*⁵.

*EL MANDAMIENTO de amar a los padres es de derecho natural, y de derecho divino, y nosotros le llamamos dulcísimo precepto. Os tenéis que portar muy bien con ellos... sin perder la libertad. Con un poco de picardía —nos decía nuestro Fundador—, les podéis hacer muy felices, y que amen a la Obra*⁶.

Todos deseamos para nuestros seres queridos lo mejor. Por eso, el tesoro que hemos encontrado nosotros con la vocación a la Obra, ¿no podría llegar a ser también un tesoro para nuestros padres, para nuestros hermanos? Si estamos siempre dispuestos a brindarles ayuda material, cuando sea necesario,

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 31-V-1954, n. 8.

(5) *Exod.* XX, 12.

(6) De nuestro Padre, *Crónica* VII-60, p. 12.

¡con cuánto más motivo tenemos que facilitarles asistencia espiritual, poniendo a su alcance los bienes maravillosos que el Señor ha derramado en su Opus Dei! Guardando el orden de la caridad, nuestros padres y hermanos constituyen el objeto de nuestro primer apostolado.

Nuestro Fundador quería y quiere mucho a las familias de sus hijos, y no perdía ocasión de manifestar ese afecto. En una ocasión se expresaba así: *madres de familia, padres de familia que estáis aquí, que sois el orgullo y la corona del Opus Dei. Dejadme que os lo diga, dejadme que os lo diga. Os lo digo: el orgullo y la corona del Opus Dei sois los padres, las madres de familia, que tenéis pedazos de vuestro corazón dedicados al servicio de la Iglesia, quizá lejos (...), siguiendo a Nuestro Señor con fe y alegría y con aquella paz de la que participáis. ¡Dios os bendiga!*⁷.

Una manera de realizar este apostolado es interesarles en nuestra propia vocación. Que sepan cuánto les queremos —¡más que antes!—, que se sientan muy felices de que el Señor nos haya llamado a su servicio, aunque a veces, por exigencias del apostolado, debamos vivir lejos de ellos. *Algunos de vosotros tenéis los hijos lejos* —decía nuestro Padre en una homilía—, *han ido lejos a coger la mies de*

*Dios. Yo os digo que os quiero con toda mi alma, y os doy la enhorabuena porque Jesús ha tomado esos pedazos de vuestro corazón —enteros— para El solo, ¡para El solo!*⁸.

Tienen que saber que su misión con nosotros continúa, que aún pueden ayudarnos mucho. *Padres y madres de estos hijos que también son míos: no habéis terminado vuestra misión en la tierra. Ellos —ellas— han venido a entregarse a Dios, a servir a la Iglesia, con este sentido sobrenatural, con esta caridad; no sólo con la politesse —perdonad— terrena, sino con la divina que es caridad, ¡cariño! Han venido a eso, y los tenéis metidos en tantos rincones del mundo, en África, en Asia, en toda Europa, en toda América, desde Canadá hasta la Tierra del Fuego; pronto, el año que viene, en Australia.*

Bien. No habéis acabado la misión, tenéis una gran labor que hacer con vuestros hijos, una labor maravillosa, paterna y materna: santificarlos. —Padre, ¡que estoy muy lejos! —¡Con tu oración! —Padre, ¡que estoy lejos! —En la vida profesional, poniendo en cada momento la última piedra, haciendo las cosas bien, bien y por amor, y con el pensamiento en esos hijos que están ante vosotros —¡éste es cariño hasta el final!—, para hacerse santos, para hacerse dignos de Dios: unos hijos que nos enorgullezcan⁹.

(7) De nuestro Padre, Homilía en la catedral de Pamplona, 26-X-1960.

(8) De nuestro Padre, Homilía en la iglesia de **ISSS**: de Zaragoza, 22-X-1960.
(9) De nuestro Padre, Homilía en la iglesia de **ISSS**: de Zaragoza, 22-X-1960.

MUCHAS veces preguntábamos a nuestro Padre cómo debíamos comportarnos con nuestras familias, para aplicar su consejo a nuestra vida y enseñárselo a nuestros hermanos. Y con frecuencia, nuestro Fundador nos repetía las mismas palabras: *con cariño, ¡con mucho cariño! Dadles motivos de alegría, que estén contentos de vosotros, que puedan decir: este hijo es el que más nos quiere, el que más se preocupa de nosotros y de nuestra felicidad*¹⁰.

Así tendremos siempre contentos a nuestros padres, que verán con agradecimiento —como un regalo de Dios— nuestra vocación a la Obra. Hemos de pedir a Dios que *las familias —pocas— de algunos de mis hijos, que no acaban de comprender su camino de dedicación al servicio de Dios, lleguen a agradecer al Señor ese favor inestimable de haber sido llamados para ser padres y madres de los hijos de Dios en su Obra. Nunca pensaron que sus hijos se dedicasen a Dios y, por el contrario, habían hecho para ellos planes bien distantes de esa entrega, que no esperaban, y que viene a destruir sus proyectos, muchas veces nobles, pero terrenos. De todas formas, mi experiencia —ya no breve— me enseña que los padres, que no recibieron con alegría la vocación de sus hijos, acaban por rendirse, se acercan a la vida de piedad, a la Iglesia, y terminan por amar a la Obra.*

(10) De nuestro Padre, Crónica, 1968, p. 1120.

*Son, por gracia de Dios —escribe nuestro Padre—, cada día más abundantes, a pesar de las consideraciones anteriores, las familias —padres, hermanos y parientes— que reaccionan de modo sobrenatural y cristiano, ante la vocación; y que ayudan, piden la entrada como Supernumerarios o son, al menos, grandes Cooperadores*¹¹.

Es preciso que, junto a la fidelidad firme a las exigencias de la llamada divina, pongamos de nuestra parte todo el esfuerzo para que nuestras familias comprueben que en el Opus Dei tenemos nuestro corazón y nuestra felicidad. *El primer paso para acercar a vuestras familias a la Obra, es que os vean contentos, felices, seguros en la vocación*¹².

De esta manera, con oración y sacrificio, iremos acercando a la Obra a nuestra familia de sangre, con el deseo de que Dios les conceda nuestra misma vocación, y sabiendo que, en cualquier caso, cuanto más cerca estén de la Obra, más felices serán.

La Virgen y San José, que gastaron toda su vida en un servicio alegre a su Hijo Jesús, ayudándole a cumplir su misión salvífica, conseguirán de El la gracia de que nuestros padres y hermanos colaboren con alegría en nuestra labor apostólica.

(11) De nuestro Padre, Carta, 9-I-1959, n. 58.

(12) De nuestro Padre, Crónica, 1968, p. 1121.

301.

MIÉRCOLES

—La fe ha de llevarnos a ser constantes en la petición.

—Hemos de pedir aunque pueda parecer que Dios no nos oye.

—Características que debe tener nuestra fe para que el Señor nos escuche.

SE ACERCABA ya el verano del segundo año de la vida pública del Señor. Los últimos milagros junto al lago, la portentosa multiplicación de los panes y los peces, la promesa grande de la Eucaristía no han conseguido mover el duro corazón de los príncipes de los judíos. Y Jesús, fatigado por las largas jornadas de predicación, abrumado tal vez por el desamor de los hombres, busca un lugar apartado para descansar en compañía de los Apóstoles. Con este objeto, narra el Evangelio de hoy, *Jesús partió de allí y se retiró a la región de Tiro y Sidón*¹.

La pequeña comitiva llegó a tierra de gentiles. En la tranquilidad de aquellos campos cercanos al mar, muchos miran a Cristo como a uno más. Sin embargo, algunos han oído hablar ya del gran profeta de Galilea, del hombre que ha recorrido los caminos de Palestina curando toda suerte de enfermeda-

des y de dolencias. La voz corre de casa en casa, y se extiende por la ribera. *En esto, una mujer cananea, venida de aquellos contornos, se puso a gritar: ¡Señor, hijo de David, apiádate de mí! Mi hija es cruelmente atormentada por el demonio*².

El gesto de la cananea es todo un ejemplo de audacia en la petición. Urgida por la penosa situación de su hija, aquella mujer no se detiene ante nada: corre, busca, pregunta, hasta encontrar al Maestro, para poner en sus manos el motivo de su ansiedad. Es el amor lo que le lleva a gritar.

Hay un momento de expectación entre los que rodean a Cristo. Jesús es la única esperanza de curación para la hija de aquella mujer, que muestra con sus gritos el dolor de su alma. *Pero Jesús no le respondió palabra*³.

Silencio de Cristo. No es dureza de corazón. Así prueba el Señor muchas veces nuestra fe, porque quiere reafirmarnos en el convencimiento de que sin Él nada podemos. El silencio de Cristo ante la súplica de los que le buscan es una manifestación de su amor infinito, que quiere hacer más sobrenatural el motivo de nuestra perseverancia. Jesús a veces calla, permite que nos sintamos extraños y forasteros, que imaginemos que *no nos escucha, que andamos engañados, que sólo se oye el monólogo de nuestra voz*.

(1) Ev. (Malth. XV, 21).

(2) *Ibid.*, 22.

(3) *Ibid.*, 21.

*Como sin apoyo sobre la tierra y abandonados del Cielo, nos encontramos*⁴. Y hasta parece que se repite en nuestra vida esta escena del Evangelio.

La mujer cananea no se desanima. Insiste una y otra vez. *El Señor, cuando le pedimos una cosa importante, a veces quiere la oración de muchos años*⁵: una oración hecha de súplica y de trabajo, de lucha por cumplir sus mandatos y de abandono en sus designios misericordiosos: una oración de toda nuestra vida, que nos hace más humildes y nos acerca a Cristo, porque aprendemos que El es nuestro único recurso.

*LA PRIMERA condición de la oración es la perseverancia*⁶. Cuando el Señor parece esconderse, y la petición no encuentra respuesta, es el momento de insistir con más ahínco, con más urgencia, como aquella mujer que, ante la aparente frialdad del Maestro, persiste en su ruego con una réplica humilde: *también los perrillos comen las migajas que caen de las mesas de sus amos*⁷.

Petición humilde, confiada, constante. *Todas las cosas tienen su tiempo. El Señor conoce perfectamente nuestras necesidades, pero quiere que le pidamos con aquella insistencia de los personajes del Evangelio: Domine, si vis potes me mundare* (Matth. VIII, 2); Do-

(4) *Amigos de Dios*, n. 304.

(5) De nuestro Padre, Crónica 111-63, p. 46.

(6) De nuestro Padre, Crónica 111-63, p. 46.

(7) Ev. (Malth. XV, 27).

mine, ut videam (Luc. XVIII, 41). *Pedid como le pedían ellos; todos le piden. No diré que la vida del hombre sea sólo pedir, porque puede haber momentos en que una persona sienta la necesidad de abandonarse, y no pedir; pero luego se vuelve. Yo, en estos momentos, pido mucho. Pido y pido. Después de haberme abandonado en los brazos de Dios durante años, ahora me parece más conveniente pedir.*

*Me conmueve la confianza con que tratan al Señor los que le rodean. ¿Os acordáis de aquel pasaje del Evangelio?: Lázaro, nuestro amigo, está durmiendo floann. XI, 11). Y Marta y María no le perdonan el retraso. Señor —le dicen—, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto nuestro hermano floann. XI, 32). Hijos míos, ¡fijaos qué saludo!, ¡mirad con qué confianza le hablan, con qué cariño! La oración lleva a manifestaciones de mucha familiaridad*⁸.

El Señor se rinde siempre a los que se acercan a El con afán de agradarle; su corazón se remueve cuando ponemos en sus manos nuestras necesidades, nuestros afanes, nuestras congojas. Ante la súplica insistente de la mujer cananea, su aparente frialdad inicial se convirtió en alabanza admirada: *¡Oh, mujer, grande es tu fe! Hágase como tú quieres. Y quedó sana su hija en aquel instante*⁹.

No leáis nunca el Evangelio como agua que pasa; en él podéis aprender a tratar a Jesús. San Juan nos

(8) De nuestro Padre, Tertulia, 2-1-1971.

(9) Ev. (Malth. XV, 28).

*dice que, si hubiera narrado todos los hechos y dichos del Señor, los libros que hubiese debido escribir no cabrían en todas las bibliotecas del mundo. Pero los evangelistas nos han dejado lo suficiente para que podamos aprender a tratar a Cristo, al Padre y al Espíritu Santo, y a la Madre de Dios, que pasa casi inadvertida, y a San José, que pasa totalmente oculto. ¡Qué maravilla!*¹⁰.

Cristo está siempre cérea, aunque a veces no le veamos. El nos escucha y nos mira de continuo con amor, a pesar de que no sintamos su consuelo. Debemos, por tanto, perseverar en nuestra oración con confianza. Cuanto más difícil nos parezca aquello que pedimos, más fe necesitamos en que el Señor nos lo concederá. Y cuando nos aceche *la tentación del desánimo, de los contrastes, de la lucha, de la tribulación, de una nueva noche en el alma, nos pone el salmista en los labios y en la inteligencia aquellas palabras: con El estoy en el tiempo de la adversidad (Ps. XC, 15)»*.

EXISTE un poderoso obstáculo a la oración humilde y confiada: la soberbia en cualquiera de sus manifestaciones; la actitud de quien pide exigiendo, como si tuviera derecho a ser escuchado; la necia

(10) De nuestro Padre, Tertulia, 2-1-1971.

(11) *Amigos de Dios*, n. 310.

presunción humana, que desnaturaliza la esperanza sobrenatural en la bondad de Dios.

Comentando un suceso narrado en el Evangelio, poco antes de la curación de la hija de la cananea, escribía nuestro Padre: *o aquella muchedumbre que sigue al Señor, después de la multiplicación de los panes y de los peces, Jesús les dijo: en verdad, en verdad os digo, que vosotros me buscáis, no por los milagros que habéis visto, sino porque os he dado de comer con aquellos panes hasta saciaros (Ioann. VI, 26). Los milagros que hace el Señor tienen esa finalidad principal: poner de manifiesto su divinidad, para que tengamos fe*. Le preguntaron luego ellos: ¿qué es lo que haremos, para ejercitarnos en las obras de Dios? Respondió Jesús: la obra de Dios es que creáis en aquel que El os ha enviado. Le dijeron: ¿pues qué milagros haces tú, para que nosotros veamos y creamos? ¿Qué cosas haces? (Ioann. VI, 28-30).

Si falta la voluntad de creer, la disposición humilde del alma, los prodigios de Dios no se ven; la inteligencia se mueve en un plano sin relieve, sin el sentido de lo sobrenatural. Por eso, cuando Jesús les habla del Pan de Vida, de la Eucaristía, ellos siguen pensando en el pan de la tierra. Le dijeron ellos: Señor, danos siempre de ese pan (Ioann. VI, 34). *Y cuando les propone el misterio que han de creer, en sus términos precisos, sin posibilidad de eludir su contenido sobrenatural objetivo, cuando les exige el acto de fe teologal —dándoles la gracia suficiente para creer—, se produ-*

ce la desbandada. Desde entonces muchos de sus discípulos dejaron de seguirle y ya no andaban con él. Por lo que dijo Jesús a los doce: vosotros ¿queréis también retiraros? Entonces Simón Pedro le respondió: Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos conocido y creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios floann. VI, 67-70).

*Ahora pido, para vosotros y para mí, la fe de Pedro, quae per caritatem operatur (Galat. V, 6), que obra animada por la caridad. Una fe viva, inquebrantable, sin titubeos, sin atenuar su contenido, sin una sombra, operativa*¹².

Nuestra fe ha de ser segura, perseverante, humilde, esperanzada. Son condiciones para la eficacia de la oración de petición, porque el Señor quiere afianzar en nosotros la seguridad de que le necesitamos para todo. Si pedimos con esa fe, todo se nos concederá, aunque el Señor quiera probar a veces la firmeza de nuestra petición.

Acudimos a la Virgen, Maestra de oración, para que nos enseñe a pedir con la confianza humilde de quien se sabe hijo de Dios.

(12) De nuestro Padre, *Carla*, 24-111-1931, n. 44.

302.

JUEVES

—Jesús confió a Pedro la suprema potestad en la Iglesia.

—El Magisterio de la Iglesia, garantía de nuestra fe y de nuestra eficacia sobrenatural.

—Fidelidad al Magisterio de la Iglesia.

CAMINABA el Señor con sus Apóstoles por la región de Cesárea de Filipo. Y en el curso del viaje se desarrolló una de aquellas conversaciones familiares que debieron ser numerosas durante los tres años de vida pública. Esta vez es Jesús el que plantea una pregunta: *¿quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?* \ Tras escuchar algunas respuestas, todas insuficientes —unos que Juan Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o alguno de los profetas² —, el Señor vuelve a preguntar: *vosotros, ¿quién decís que soy Yo?*³. Simón Pedro se adelantó a los demás: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo* *. Y Jesús le respondió: *Yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificare mi Iglesia*⁵.

Con estas palabras, Cristo promete a Simón el primado en la Iglesia universal. Pedro recibirá en su

(1) *Ev. (Matth. XVI, 13).*

(2) *Ibid., 14.*

(3) *Ibid., 15.*

(4) *Ibid., 16.*

(5) *Ibid., 18.*

plenitud el poder de atar y desatar, y será el custodio de las llaves del Reino de los Cielos en su fase terrena. A él habrá de obedecer todo aquel que quiera formar parte del Pueblo de Dios.

Entre las prerrogativas que el Señor quiso conceder a Simón Pedro y a sus sucesores, para el fiel cumplimiento de la misión confiada, figura la suprema potestad de Magisterio, a la que todos los fieles católicos estamos sujetos; pues *deben creerse con fe divina y católica todas aquellas cosas que se contienen en la palabra de Dios, escrita o recibida por tradición, y son propuestas por la Iglesia para ser creídas como divinamente reveladas, bien por juicio solemne, bien por su Magisterio ordinario y universal*⁶.

La unión con el Magisterio de la Iglesia es indispensable para poseer la auténtica doctrina de Cristo. La falta de esa comunión lleva a las tinieblas y a la esterilidad. *Es necesario* —escribía nuestro Padre— *que seamos pan para el altar y pan para la mesa: divinos y humanos. Y esto sólo lo lograremos siguiendo el Magisterio de la Iglesia, de esta Madre nuestra sin mancha; amando al Romano Pontífice, amando la unidad de la Iglesia, de esta Iglesia que Dios ha hecho divina; permaneciendo unidos a esta cepa que dará frutos siempre: ego sum vitis, vos palmites: qui manet*

in me, et ego in eo, hic fert fructum multum: quia sine me nihil potestis facere (Ioann. XV, 5)⁷.

*EN LA Iglesia de Dios, el tesón constante por ser siempre más leales a la doctrina de Cristo, es obligación de todos*⁸. Nuestro Padre nos animaba a vigilar contra los peligros de una desviación doctrinal. El mismo Jesucristo —comenta San Agustín— *quiso fortalecer de antemano nuestros oídos contra los que, según El mismo advirtió, se habían de levantar a lo largo de los tiempos, diciendo "ved aquí a Cristo, miradlo allá"* (Matth. XXIV, 23). *Y nos mandó que no les diésemos crédito. No tendríamos excusa alguna si no hiciéramos caso a la voz del Pastor, tan clara, tan abierta, tan palmaria, que ni el más miope y torpe de inteligencia puede decir: no he entendido*⁹.

Además, la Iglesia, con su autoridad en el ámbito de la fe, al asegurarnos con precisión su sentido exacto, nos ayuda a no equivocarnos, libra nuestra mente del peligro del error y hace posible que demos frutos sobrenaturales. *Seremos ese trigo bueno* —escribió nuestro Padre—, *obedeciendo al Magisterio de la Iglesia, especialmente en estos tiempos en que se renuevan todas las viejas herejías; en estos tiempos que parecen idénticos a aquéllos de la revolución francesa,*

(7) De nuestro Padre, *Carla*, 31-V-1954, n. 29.

(8) *Es Cristo que pasa*, n. 81.

(9) San Agustín, *De unitate Ecclesiae* 11, 28.

(6) Concilio Vaticano I, Const. dogm. *Dei Filius*, cap. 3.

*o a aquellos otros del protestantismo que rasgó la vestidura de la Iglesia, y aun a otros más lejanos, cuando escribía San Agustín: resuenan muchas voces contradictorias; diversas herejías, diversos cismas aparecen, muchas voces contradicen a la doctrina verdadera. Tú corre al tabernáculo de Dios, sé de la Iglesia Católica, no te apartes de la regla de la verdad (San Agustín, In Ps. enarr. XXX, II, s. III, 8)*¹⁰.

No podemos olvidar que el Papa y los Pastores de la Iglesia en comunión con el Vicario de Cristo ejercen su autoridad en beneficio de todas las almas. A su entrega debemos responder con un amor filial al Sumo Pontífice, que se llama a sí mismo, y es, *siervo de los siervos de Dios*, y cumple una tarea muchas veces dura y difícil. Ese mismo amor nos llevará a abrazar gustosamente la fe, y a defenderla —*fortes in fide*— cuando sea necesario.

Pero no basta. Los cristianos hemos de sentir la urgencia de llevar al mundo, a los hombres, la luz de Cristo. No es el fulgor de una llama que pasa, sino la luz perenne de Dios, la de su Iglesia. *Amad a la Iglesia Santa, Católica, Apostólica, Romana, ¡Una!*, nos decía nuestro Padre. *Y entonces no importa que nos sintamos poca cosa. Entonces, con nuestra dedicación al servicio del Señor y de todas las almas sin exceptuar ninguna, obedeciendo en unidad inquebrantable al*

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 31-V-1954, n. 28.

(11) I *Petr.* V, 9.

*Magisterio de Pedro, lograremos esa consecratio mundi que ambicionamos, siendo para todas las criaturas buen trigo, alimento sano*¹².

EN EL Opus Dei, hijas e hijos queridísimos, procuramos siempre y en todas las cosas sentiré cum Ecclesia, sentir con la Iglesia de Cristo, Madre nuestra: corporativamente no tenemos otra doctrina que la que enseña el Magisterio de la Santa Sede.

*Aceptamos todo lo que este Magisterio acepta, y rechazamos todo lo que él rechaza. Creemos firmemente todo cuanto propone como verdad de fe, y hacemos también nuestro todo lo que es de doctrina católica*¹³.

La fidelidad al Magisterio es fidelidad a Nuestro Señor Jesucristo. *La verdad es perenne, la palabra de Cristo no cambia: el cristiano debe ser fiel a esa verdad, aunque resulte incómodo, aunque en ocasiones pueda ser incluso motivo de roces e incomprensiones. Porque el mismo Jesús que nos entregó el don divino de la paz (cfr. Ioann. XIV, 27), pronunció también estas otras palabras: putatis quia pacem veni daré in terram? Non, dico vobis, sed separationem (Luc. XII, 51), ¿pensáis que he venido a poner paz en la tierra? No, sino la desunión, así os lo declaro.*

Hay que vencer la tentación de falsificar la verdad, para defender intereses personales (...).

(12) De nuestro Padre. *Carta*, 31-V-1954, n. 29.

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 14-11-1964, n. 1.

Faltos de esa nobleza, algunos no vacilan —sin decirlo— en acomodar la verdad según les conviene. Porque la acomodación de la verdad es posible: es posible incluso crear la verdad. He oído contar —no respondo de la historicidad del hecho— que, en cierto país, un escritor se propuso sacar del olvido a un literato insignificante de los antiguos tiempos. Comenzó escribiendo en varios periódicos y revistas artículos sobre la figura, injustamente olvidada, de aquel procer de las letras: otros escritores, afirmaba, tienen en nuestra ciudad grandes monumentos, pero este gran literato no cuenta ni con un busto siquiera. La opinión se sintió indignada, se recogió dinero, se hicieron planes. Y cuando todo estaba pronto, el escritor propagandista del literato olvidado declaró que era imposible hacer esa estatua, porque... aquel gran literato no había existido nunca.

Acomodar la verdad, crear la verdad —subjetiva— puede ser tarea fácil; lo difícil es defender la verdad con caridad. Aun en lo humano, la figura del que no quiere ser fiel a sus propias convicciones produce disgusto y repele. El que, aunque esté equivocado, obra de buena fe, merece cariño y respeto; el que —teniendo la verdad— disimula por cobardía, se hace acreedor a las duras palabras que pronunciaba recientemente Paulo VI: Uno de nuestros dolores más agudos es la infidelidad de algunas personas buenas, que olvidan la belleza y la gravedad del compromiso que les une a la Iglesia. Es éste un fenómeno que la evolución de la vida moderna acentúa de manera dolorosa, tanto en el

terreno de la doctrina como en el de las costumbres y orientaciones prácticas. ¡Cuántas debilidades, cuánto oportunismo, cuánto conformismo, cuánta vileza! (Paulo VI, alloc. 17-11-1965)¹⁴

Queremos ser fieles al *depósito de la fe* —custodiado y expuesto por el Magisterio de la Iglesia—, y serlo en toda su pureza, integridad y auténtico sentido, pues de otro modo *no sería un tesoro de verdades divinas, sino algo humano, que ni salva ni redime; una sal, que se habría vuelto insípida*¹⁵. Tenemos un criterio seguro para nuestra fidelidad: obedecer al Magisterio del Romano Pontífice.

*Haced lo que El os diga*¹⁶. La Virgen nos invita también, discretamente, a ser muy dóciles a la enseñanza del Vicario de Cristo en la tierra.

(14) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1965, nn. 26-27.

(15) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VII-1933, n. 7.

(16) *Ioann.* II, 5.

303.

VIERNES

- Nuestra vocación nos lleva a amar la Cruz.
- Las mortificaciones pequeñas acrisolan la humildad.
- Ser fieles a las pequeñas mortificaciones de cada día.

*ESTAMOS en un camino divino, en el que hemos de seguir las huellas de Jesucristo, llevando nuestra propia cruz, ¡la Santa Cruz! y espera Dios Nuestro Señor que nos esforcemos generosamente, que nos sintamos dichosísimos, cooperando con sacrificio a que la Obra se realice*¹. Desde que advertimos en el interior de nuestra alma la llamada divina, comprendimos mejor la necesidad de hacer vida nuestra las palabras del Señor, que recoge San Mateo en el Evangelio de la Misa de hoy: *si alguno quiere venir en pos de mí, niegúese a sí mismo, tome su cruz y sígame*².

Al tomar la decisión de seguir de cerca a Jesucristo, lo hicimos con la conciencia clara de que entrábamos en un camino que conduce siempre a la victoria, pero pasando siempre también a través del sacrificio³. Nuestra vida tomó un nuevo sentido, pleno, al meditar aquellas palabras de nuestro Fundador: *que sepamos extender los brazos en la Cruz amorosamente;*

(1) De nuestro Padre, *Carta*, 11-III-1940, n. 5.

(2) *Ev. (Matth. XVI, 24)*.

(3) De nuestro Padre, *Carta*, 11-III-1940, n. 5.

*que sepamos amar a Cristo en la Cruz serenamente; y que sepamos llevarlo al mundo para que haya muchos amigos de la Cruz*⁴.

No es corriente recibir la gracia del martirio. Pero hay otro heroísmo —callado, que nadie sino Dios ve—, para el que nuestra vocación nos hace idóneos: el amor que pongamos convertirá nuestras menudencias, la lucha en cosas pequeñas y ordinarias, en actos de virtud heroica. Me da pena encontrar almas tartarinescas —decía nuestro Padre— *que quieren cazar leones por los pasillos de sus casas, y abandonan la lucha por adquirir la perfección cristiana en la vida ordinaria, mientras distraen su imaginación con absurdos deseos de acciones grandemente heroicas, que no tienen ni tendrán ocasión de realizar* \

En las exigencias del deber cotidiano, en las contrariedades, en la mortificación voluntariamente ofrecida a Dios, nos identificamos con Cristo y le ayudamos a mantener la Cruz triunfadora en medio de todas las actividades: somos corredentores.

Ocupaos de todas las cosas por amor a Dios, abrazando con gozo la cruz de cada día, enseñaba nuestro Fundador. *Lo he repetido miles de veces, porque pienso que estas ideas deben estar esculpidas en el corazón de los cristianos: cuando no nos limitamos a tolerar y, en cambio, amamos la contradicción, el dolor físico o*

(4) De nuestro Padre, *Crónica* XI-58, p. 49.

(5) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 116.

moral, y lo ofrecemos a Dios en desagravio por nûes' tros pecados personales y por los pecados de todos los hombres, entonces os aseguro que esa pena no apesadumbra.

No se lleva ya una cruz cualquiera, se descubre la Cruz de Cristo, con el consuelo de que se encarga el Redentor de soportar el peso. Nosotros colaboramos como Simón de Cirene que, cuando regresaba de trabajar en su granja pensando en un merecido reposo, se vio forzado a poner sus hombros para ayudar a Jesús (cfr. Marc. XV, 21). Ser voluntariamente Cireneo de Cristo, acompañar tan de cerca a su Humanidad doliente, reducida a un guiñapo, para un alma enamorada no significa una desventura, trae la certeza de la proximidad de Dios, que nos bendice con esa elección⁶.

NO TE vences, no eres mortificado, porque eres soberbio⁷. Nuestra mortificación ha de ser expresión clara de humildad, de reconocernos muy pequeños delante de Dios. Por eso nuestro Padre nos advierte: ¿que tienes una vida penitente? No olvides que la soberbia es compatible con la penitencia... —Más razones: la pena tuya, después de la caída, después de tus faltas de generosidad, ¿es dolor o es rabieta de verte

(6) Amigos de Dios, n. 132.

(7) Camino, n. 200.

tan pequeño y sin fuerzas? —¡Qué lejos estás de Jesús, si no eres humilde..., aunque tus disciplinas florezcan cada día rosas nuevas!⁸.

La verdadera mortificación hunde su raíz en la humildad. Pero no es ostentosa, ni por fuera ni por dentro; no sueña en luchas descomunales, a brazo partido, con enemigos grandes; no se rebela ante el fracaso de un día o de un momento; no se desanima; no se avergüenza; no concede demasiada importancia a sus pequeñas victorias... *El espíritu de penitencia está principalmente en recoger esas flores humildes que encontramos cada día en el camino* —actos de amor y de contrición, pequeñas mortificaciones—, y formar un ramillete al final del día: un hermoso ramillete para ofrecerlo a Dios⁹.

Hay que buscar la mortificación en las cosas pequeñas y ordinarias, en el trabajo intenso y constante y ordenado. Cosas pequeñas que no te hacen perder la salud, pero que te mantienen encendido. Mortificación en las comidas. Minutos heroicos a lo largo del día. Puntualidad. Orden. Guarda de la vista por la calle, con naturalidad. Docenas y docenas de detalles y ocasiones bien aprovechadas. Y una mortificación muy interesante: la mortificación interior: para que nuestras conversaciones no giren en torno a nosotros mismos, para que la sonrisa reciba siempre los detalles moles-

(8) Camino, n. 200.

(9) De nuestro Padre, n. 221.

tos, para hacer la vida agradable a quienes nos rodean. ¡Amor, hijo mío! ¡Amor sacrificado!¹⁰.

La Cruz se entiende bien sólo cuando hay amor. Cuando veas una pobre Cruz de palo, sola, despreciable y sin valor... y sin Crucifijo, no olvides que esa Cruz es tu Cruz: la de cada día, la escondida, sin brillo y sin consuelo..., que está esperando el Crucifijo que le falta: y ese Crucifijo has de ser tú ". Es una cruz sin espectáculo, que los hombres no ven en muchas ocasiones; y por eso es una cruz humilde, tan corriente que no será motivo de soberbia.

HIJOS de mi alma, os estoy queriendo llevar por un camino de maravilla, por una vida de amor y de aventura sobrenatural, por la que el Señor me ha conducido a mí; una vida de felicidad, con sacrificio, con dolor, con abnegación, con entrega, con olvido de uno mismo.

Si quis vult post me venire... Si alguien quiere venir en pos de mí, niegúese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame (Luc. IX, 23). *Estas palabras las hemos oído todos: por eso estamos aquí. También hemos escuchado estas otras: no me elegisteis vosotros a mí, sino que yo soy el que os he elegido a vosotros (Ioann. XV, 16). La llamada divina tiene una finali-*

(10) De nuestro Padre, Meditación, 13-IV-1954.

(11) Camino, n. 178.

*dad muy concreta: meterte en todas las encrucijadas de la tierra, estando tú bien metido en Dios. Ser sal, ser levadura, ser luz del mundo. Sí, hijo mío: tú en Dios, para iluminar, para dar sabor, para acrecentar, para ser fermento*¹².

*No está la santidad en hacer cosas cada día más difíciles, sino en hacerlas cada vez con más amor: que el verdadero heroísmo está en lo vulgar, en lo cotidiano, hecho una vez y siempre, con perseverancia, cara a Dios y con un empeño que nada haga desfallecer*¹³. Es apostólicamente fecundo ese sacrificio, porque siempre da su fruto: si con sacrificio sembráis Amor, también recogeréis Amor^w, porque te haces eterno en el corazón de un número incontable de los tuyos... y eterno se hará tu apostolado, en el apostolado de ellos^{1s}.

Nuestro espíritu de sacrificio se manifiesta en un conjunto de mortificaciones pequeñas, que habitualmente será bueno concretar en una lista personal. Y, entre las mortificaciones acostumbradas, tienen que estar primero las mortificaciones pasivas, aquellas que no esperamos y que vienen¹⁶. Las contrariedades de cada jornada son algo relativo, pues todo lo que nos sucede está previsto por Dios, y son prueba clara de su amor paternal, de su cuidado por nuestra santificación. Por eso las aceptaremos con alegría,

(12) De nuestro Padre, Meditación *La oración de los hijos de Dios*, 4-IV-1955.

(13) De nuestro Padre, *Cana*, 8-VIII-1956, n. 40.

(14) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VM960, n. 29.

(15) De nuestro Padre, *Instrucción*, 1-IV-1934, n. 79.

(16) De nuestro Padre, *Crónica* IV-63, pp. 6-7.

viendo allí la mano del Señor y *dando siempre gracias por todo a Dios Padre*¹⁷. De modo especial cuidaremos las que tienen por objeto hacer la vida más agradable a las personas que nos rodean: ésa sí que es buena prueba de que no nos buscamos a nosotros mismos.

La fidelidad a las pequeñas mortificaciones constituye un requisito indispensable para alcanzar la santidad según el espíritu de la Obra. *Hay que morir poco a poco, por la continua mortificación en mil detalles; y no es para asustarse, porque ha de llegar a ser una cosa tan natural como el latir del corazón. Yo no noto ahora el latir del corazón, pero se mueve, late. ¡Y ay del día en que se pare!*

*Os digo a vosotros los mismo: en nuestra vida espiritual, la vida del corazón, que es ese latir, ese esfuerzo, es mortificarse en cada instante, y estar en una conversación amorosa con el Señor, con María, con San José, con los Santos Angeles Custodios*¹⁸.

(17) Ephes. V, 20.

(18) De nuestro Padre, Meditación, 15-IV-1954.

304.

SÁBADO

—La fe, fundamento de la vida sobrenatural.

—Fe, esperanza y caridad crecen unidas.

—Ejercitar en la vida ordinaria las virtudes teologales.

*AL LLEGAR donde la multitud, se acercó a El un hombre y, puesto de rodillas, le suplicó: Señor, ten compasión de mi hijo, porque está lunático y sufre mucho; muchas veces se cae al fuego y otras al agua. Lo he traído a tus discípulos y no lo han podido curar*¹. Jesús curará al endemoniado, y no dejará de aprovechar el milagro para ofrecer una enseñanza concreta a sus discípulos, cuando éstos le preguntan por la causa de su ineficacia. *¿Por qué nosotros no hemos podido expulsarlo? El les respondió: por vuestra poca fe. Porque os digo que si tuvierais fe como un grano de mostaza, podríais decir a este monte: trasládete de aquí allá, y se trasladaría y nada os sería imposible*².

La fe es la condición que Jesucristo pone para realizar milagros. Y hoy nos sigue pidiendo esa misma virtud para obrar sus maravillas. *La medicina para curar todas las llagas del alma y el único medio que se ha dado a los hombres para propiciación de*

(1) Ev. (Matth. XVII, 14-16).

(2) Ev. (Matth. XVII, 19-20).

*sus pecados, es creer en Cristo (...). La fe nos pone en comunión con Aquél que no cometió pecado alguno, y en quien no se encontró doblez. Creer en El es hacerse hijo de Dios, de quien se nace por la gracia de la adopción, vinculada a la fe en Jesucristo Nuestro Señor*³.

Enseña el Concilio Vaticano II que solamente con la luz de la fe y la meditación de la palabra divina puede uno conocer siempre y en todo lugar a Dios, "en quien vivimos, nos movemos y existimos" (Act. XVII, 28); buscar su voluntad en todos los acontecimientos; contemplar a Cristo en todos los hombres, próximos o extraños, y juzgar rectamente sobre el sentido y el valor de las cosas materiales⁴.

Con la virtud de la fe, valoramos en su justa medida los bienes de la tierra, las personas, los acontecimientos. Todo tiene sentido en su relación con el plan divino. Viendo las cosas desde el punto de vista sobrenatural —que, en el fondo, es el único punto de vista verdaderamente objetivo— podemos preguntarnos con San Agustín: *¿Qué vale toda la tierra? ¿Qué vale todo el mar? ¿Qué vale todo el cielo? ¿Qué todos los astros? ¿Qué vale el sol? ¿Qué vale la luna? ¿Qué vale el ejército de los ángeles? Yo tengo sed del Creador de todas estas cosas; tengo hambre de El; tengo sed de El*⁵.

(3) San Agustín, *Sermo* 143, 1.

(4) Concilio Vaticano II, decr. *Apostolicam aclusitatem*, n. 4.

(5) San Agustín, *Sermo* 158, 7.

*Y es que no hay otra alternativa. Hay dos modos de vivir en la tierra: o se vive vida sobrenatural, o vida animal. Y un hijo de Dios en la Obra no puede vivir más que la vida de Dios, la vida sobrenatural. Quid prodest...? (Matth. XVI, 26). ¿Qué aprovecha al hombre todo lo que hay en la tierra, todas las locuras del corazón satisfechas, todas las ambiciones de la inteligencia y de la voluntad? ¿Qué vale esto, si todo se acaba, si todo se hunde, si son bambalinas de teatro todas las cosas de este mundo terreno; si después es la eternidad para siempre, para siempre, para siempre?*⁶.

LAS TRES virtudes teologales crecen unidas. Por eso, nuestro Fundador nos decía en una ocasión: *crezcamos en esperanza, que de este modo nos afianzaremos en la fe, verdadero fundamento de las cosas que se esperan, y convencimiento de las que no se poseen (Hebr. XI, 1). Crezcamos en esta virtud, que es suplicar al Señor que acreciente su caridad en nosotros, porque sólo se confía de veras en lo que se ama con todas las fuerzas. Y vale la pena amar al Señor. Vosotros habéis experimentado, como yo, que la persona enamorada se entrega segura, con una sintonía maravillosa, en la que los corazones laten en un mismo querer. ¿Y qué será el Amor de Dios? ¿No conocéis que por cada uno de nosotros ha muerto Cristo? Sí, por es-*

(6) De nuestro Padre, Meditación, 12X1947.

*te corazón nuestro, pobre, pequeño, se ha consumado el sacrificio redentor de Jesús*⁷.

Ahora permanecen esas tres cosas: fe, esperanza y caridad; pero la mayor de todas es la caridad⁸. La caridad nos une aquí al Señor, y nos unirá con El en el Cielo, cuando la visión y la posesión de Dios hayan sustituido a la fe y a la esperanza. *¿Tendrás fe cuando lleguemos al Cielo? (...). Ciertamente no. Veremos a Dios y contemplaremos. "Amadísimos: somos hijos de Dios", predestinados, llamados, justificados, "somos hijos de Dios y no aparece todavía lo que seremos". Es fe mientras no aparezca lo que hemos de ser. "Sabemos que, cuando aparezca, seremos semejantes a El" ¿Acaso porque creeremos? No. ¿Por qué, entonces? "Porque le veremos como es" (I Ioann. III, 2).*

¿Y la esperanza? ¿Habrá esperanza en el Cielo? No habrá esperanza cuando llegue la realidad. La esperanza es necesaria al peregrino: ella endulza el caminar, pues el viajero fatigado por el camino, soporta su cansancio con la esperanza de llegar al final. Si no tuviese esperanza de llegar, se acabarían en el acto sus fuerzas (...).

Y la caridad, ¿desaparecerá también? Si ya amamos sin ver, ¿cómo no hemos de amar cuando veamos y contemplemos? La caridad, por tanto, subsistirá y será perfecta, como lo dice el Apóstol: "fe, esperanza y caridad; la mayor de ellas es la caridad" (I

(7) Amigos de Dios, n. 220.

(8) I Cor. XIII, 13.

Cor. XIII, 13). *Conservando esta caridad y alimentándola en nuestro corazón, perseverando en ella, seguros por la gracia de Dios, podemos decir: "¿quién nos separará de la caridad de Cristo?" (Rom. VIII, 36)*⁹.

Para que nuestra fe produzca frutos de vida eterna, hemos de seguir a nuestro Padre, que nos dice: *hija mía, hijo mío, no te puedes quedar atrás. Con esta fe que Dios te da —porque es virtud sobrenatural—, y que tú procurarás cultivar con tu correspondencia, no perderás jamás este punto de mira: ¡para siempre!*

Mienten los hombres cuando dicen "para siempre" en cosas temporales. Sólo es verdad, con una verdad total, el para siempre cara a Dios; y así has de vivir tú, con una fe que te haga sentir sabores de miel, dulzuras de cielo, al pensar en la eternidad, que es para siempre.

*¿Tu carne? No, que se corromperá. ¿Tus ambiciones? No, que son pequeñas. ¿Tus egoísmos? No, que no valen nada. Tú debes servir al Señor y amarle, con esta fe, ¡para siempre!*¹⁰.

LA FE nos hace creer en las verdades divinas y ver con ojos divinos; la esperanza nos lleva a trabajar con alegría por la santidad, sabiendo que el premio es Dios mismo; la caridad nos hace amar a Dios

(9) San Agustín, *Sermo* 158, 7-9.

(10) De nuestro Padre, Meditación, 12-X-1947.

sobre todas las cosas, y a las almas por Dios. Toda esta vida divina se debe realizar en nuestro quehacer ordinario, en el trabajo corriente de todos los días.

*Los actos de Fe, Esperanza y Amor son válvulas por donde se expansiona el fuego de las almas que viven vida de Dios*¹¹. Es como un fluir continuo, que nos va identificando con Cristo. Y *al trabajar como nuestro espíritu nos pide*, escribía nuestro Padre, *ponemos en ejercicio las virtudes teologales en las que está la cumbre del vivir cristiano*.

*Actualizamos la fe, con nuestra vida contemplativa, en ese diálogo constante con la Trinidad presente en el centro de nuestra alma. Ejercitamos la esperanza, al perseverar en nuestro trabajo, semper scientes quod labor vester non est inanis in Domino (7 Cor. XV, 58), sabiendo que vuestro esfuerzo no es inútil ante Dios. Vivimos la caridad, procurando informar todas nuestras acciones con el amor de Dios, dándonos en un servicio generoso a nuestros hermanos los hombres, a las almas todas*¹².

La vida espiritual no es algo separado de la vida ordinaria. Todas nuestras actividades están informadas por la fe, la esperanza y la caridad. *Yo no tengo otra receta para ser eficaz*, nos decía nuestro Padre, *que la que tenían los primeros cristianos. No hay otra, mis hijos. El mundo ha adelantado tan-*

(11) *Camino*, n. 667.

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 15X4948, n. 24.

*lo, tanto... Es una maravilla cómo Dios ayuda a la inteligencia humana en esas investigaciones que necesariamente le tienen que llevar a Dios, porque si son verdad a Dios llevan. Tenemos medios que no tenían a principio de siglo nuestros padres, ni nuestros abuelos en el siglo pasado... ¡Qué cambio, desde aquellas circunstancias hasta las actuales! Y sin embargo, en la vida espiritual tenemos los mismos medios. No hay posibilidad de adelantar. La misma receta: ¡santidad personal! Y no hay otra. ¡Lucha ascética!, poniendo en actividad lo que algunos creen que es teoría para escribir y no vida de nuestra vida. Poniendo en actividad la fe en Cristo. ¡La esperanza!, la esperanza de la eficacia a pesar de nuestros errores personales, y del amor que nos espera. ¡Luego, el amor nos mueve también! Las virtudes teologales van entrelazadas, actuando eficazmente en la vida contemplativa de los hijos de Dios en su Opus Dei*¹³.

Sancta Maria, Mater Pulchrae Dilectionis, Spes riostra, Virgo fidelis, ora pro nobis!

(13) De nuestro Padre, *Meditación*, 29-11-1964.

305.

DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO

—A veces hay que ir contra corriente, como los Apóstoles en el Mar de Tiberíades.

—Hemos de recristianizar la sociedad en que vivimos.

—Optimismo y confianza en la Providencia divina.

JESUCRISTO ha realizado un gran milagro: cinco mil personas, sin contar mujeres y niños, han sido alimentadas con cinco panes y dos peces. Después manda a los Apóstoles que le precedan a la otra orilla del lago, mientras El despide a la multitud. Entonces *subió al monte a orar a solas; y después de anochecer permanecía El solo allí. Entretanto la barca estaba alejada de tierra muchos estadios, batida por las olas, porque el viento le era contrario* ¹.

En esta escena de la vida del Señor, la Iglesia ha visto simbolizados a los cristianos que navegamos por el mar del mundo, tantas veces contra corriente. Jesucristo ha confiado a la Iglesia una enseñanza y unos preceptos exigentes pero que, con la gracia de Dios, son asequibles y luminosos para el hombre. Si no son fácilmente aceptados por todos es a causa de la resistencia que nace del pecado, por la dificultad natural de la mente humana para entender las

(1) Ev. (A) [Matth. XIV, 23-24].

verdades de orden sobrenatural, y por la debilidad de la voluntad para tender a un bien que requiere sacrificio.

La doctrina del Señor es y será siempre *signo de contradicción*². *Convenceos, y suscitad en los demás el convencimiento* —ha dejado escrito nuestro Padre—, *de que los cristianos hemos de navegar contra corriente. No os dejéis llevar de falsas ilusiones. Pensadlo bien: contra corriente anduvo Jesús, contra corriente fueron Pedro y los otros primeros, y cuantos —a lo largo de los siglos— han querido ser constantes discípulos del Maestro. Tened, pues, la firme persuasión de que no es la doctrina de Jesús la que se debe adaptar a los tiempos, sino que son los tiempos los que han de abrirse a la luz del Salvador*³.

Los Apóstoles luchan contra el viento, pero el esfuerzo parece inútil, y la embarcación da bandazos agitada por las olas. Jesús quiere que se templen en la dificultad, pero no los deja solos: *en la cuarta vigilia de la noche vino hacia ellos, caminando sobre el mar**.

Me conmueve, hijos queridísimos —escribió nuestro Padre—, *contemplar a Jesús que ejerce su poder divino y hace un milagro maravilloso, para ir al encuentro de los suyos, que se fatigan remando contra el viento por llevar la barca a donde el Señor les ha dicho.*

(2) Luc. II, 34.

(3) De nuestro Padre, *Carta*, 28-111-1973, n. 4.

(4) Ev. (A) (*Matth.* XIV, 26).

Cumplimos también nosotros un mandato imperativo de Cristo, navegando en un mar revuelto por las pasiones y los errores humanos, y sintiendo a veces dentro de nosotros toda nuestra flaqueza, pero decididos firmemente a conducir a término esta barca de salvación que el Señor nos ha confiado. Se levanta quizá en ocasiones, de lo profundo del corazón, ante la fuerza del viento contrario, la voz de nuestra impotencia humana: ten misericordia de mí, oh Dios, porque me persiguen, me combaten y me hacen sufrir constantemente. Sin cesar me persiguen mis enemigos; y son muchos, en verdad, los que me combaten (Ps. LV, 2-3). El no nos deja, y siempre que ha sido necesario se ha hecho presente, con su omnipotencia amorosa, para llenar de paz y de seguridad el corazón de los suyos: Jesús les habló luego, y dijo: buen ánimo, soy yo, no tenéis que temer. Y se metió con ellos en la barca, y cesó el viento (Marc. VI, 50-51) \

Han cambiado las circunstancias, pero la exigencia de Cristo es la misma que cuando los Apóstoles iniciaron su predicación. Además, hemos de estar prevenidos ante los que intentan deformar la fe, con la excusa de acomodarla a la mentalidad en boga. Nosotros hemos de permanecer fieles al Señor: esa fidelidad nuestra, con la gracia de Dios, atraerá a la multitud de los que le buscan, aun sin conocerlo.

(5) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 1.

HIJOS míos —comentaba nuestro Padre hace algunos años—, sabéis que amo a la Iglesia de Dios con todo mi corazón. Si os quiero tanto a cada uno de vosotros, es por la Iglesia. Sabéis —no es necesario que os lo recuerde, pero a mí me gusta tanto pregonarlo— que amo al Papa con toda mi alma, al actual y a los que vendrán después. De modo que me arrancaría la lengua antes de pronunciar una sola palabra de crítica, un juicio con menos amor. Pero todos tenemos experiencia de elementos que están a la vista, que se tocan, que se oyen, que huelen a podredumbre, que disgustan al paladar. Esos elementos, que se perciben por todos los sentidos, sí que los debemos juzgar, especialmente yo, hijas e hijos míos, que tengo el compromiso de llevar mi pusillus gregx, mi pequeño rebaño, hasta la salvación, haciéndoos felices también en la tierra. Luchando, hijos míos, luchando, ya se sabe; pero sobre todo de cara al Cielo, de cara al Paraíso.

Cuando la Iglesia da sus disposiciones, más o menos transeúntes, y deja varias soluciones posibles, es natural que yo, en los límites de mi jurisdicción interna, universal, busque para mi rebaño los pastos buenos, sin hierbas venenosas; los que fortalezcan a las ovejas y las llenen de alegría.

Recientemente les decía a vuestros hermanos mayores, acordándome de que hemos charlado tantas veces de barcas y de redes, que ahora se habla y se escribe mucho en todos los sitios de ecología. Y se dedican, en

los ríos y en los lagos, y en todos los mares, a tomar muestras de agua, a analizarlas... Casi siempre el resultado es que aquello está en malas condiciones: los peces no disponen de un ambiente sano, habitable.

Cuando hemos hablado de barcas y de redes, vosotros y yo nos referíamos siempre a las redes de Cristo, a la barca de Pedro, y a las almas. Por algo dijo el Señor: venid en pos de mí, que yo haré que vengáis a ser pescadores de hombres (Matth. IV, 19). Pues, puede suceder que alguno de esos peces, de esos hombres, viendo lo que está sucediendo en todo el mundo y dentro de la Iglesia de Dios, ante ese mar que parece cubierto de inmundicia, y ante esos ríos que están llenos como de babas repugnantes, donde no encuentran alimento ni oxígeno; si esos peces pensarán —y estamos hablando de unos peces que piensan, porque tienen alma—, podría venirles a la cabeza la decisión de decir: basta, yo doy un salto, y ¡fuera! No vale la pena vivir así. Me voy a refugiar a la orilla, y allí daré unas boqueadas, y respiraré un poquito de oxígeno. ¡Basta!

No, hijos míos; nosotros tenemos que seguir en medio de este mundo podrido; en medio de este mar de aguas turbias; en medio de esos ríos que pasan por las grandes ciudades y por los villorrios, y que no tienen en sus aguas la virtud de fortalecer el cuerpo, de apagar la sed, porque envenenan. Hijos míos, en medio de la calle, en medio del mundo hemos de estar siempre, tratando de crear a nuestro alrededor un remanso de aguas limpias, para que vengan otros peces, y entre to-

dos vayamos ampliando el remanso, purificando el río, devolviendo su calidad a las aguas del mar⁶.

CUANDO los Apóstoles vieron al Señor andando sobre las aguas, se llenaron de miedo porque no le reconocieron y pensaban que era un fantasma. Cuando Jesús les tranquilizó —*no temáis, soy yo*—, Simón Pedro le dijo: *Señor, si eres Tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas. El le dijo: ven. Y Pedro, bajando de la barca, comenzó a andar sobre las aguas hacia Jesús⁷.* Nos maravilla la fe de Pedro, que confía sin vacilaciones en Jesús. Aunque poco le duró esta confianza porque, *al ver que el viento era tan fuerte se atemorizó y, al empezar a hundirse, gritó diciendo: ¡Señor, sálvame!**.

Ante las tempestades, ante las dificultades de la propia vida interior o del apostolado, nuestro Padre nos insiste: *no admitáis nunca ningún desaliento. ¡Animo! ¡Animo! A nadar contra la corriente. ¿Cómo? Con una invocación a la Virgen, al Corazón Materno y Purísimo de Santa María: Sancta Maria, refugium nostrum et virtus/, eres nuestro refugio y nuestra fortaleza. Estad tranquilos. No queramos salir del mundo. No queramos acortar los días, aunque se nos hagan muy largos; aunque veamos que quienes pueden no*

(6) De nuestro Padre, Crónica, 1973, pp. 275-277.

(7) Ev. (A) (Matth. XIV, 28-29).

(8) *Ibid.*, 30.

purifican las aguas, sino que contribuyen a contaminar los ríos, a soltar sustancias nocivas en medio de los mares más grandes, que no se pueden liberar de todo ese mal.

Hijos míos, yo no hablo a las paredes. Hablo para mis hijas y para mis hijos; hablo a peces que saben nadar en todas las aguas, tanto en las corrientes favorables como en las contrarias; hablo a almas que saben amar, que han recibido la llamada de Dios, que no se conforman con decir ellos que sí, sino que intentan, con toda su alma, mientras viven —duc in altum!... in verbo autem tuo laxabo rete/ (Luc. V, 5)—, ser peces y pescadores, sin salir de las aguas; hacer, cada uno, en la medida que pueda, la purificación del ambiente que tiene a su alrededor, y del mundo entero.

Esto es, hijos, lo que en nombre vuestro y mío le pido al Señor muchas veces. Que este mundo que El ha hecho, y que los hombres estamos envileciendo, vuelva a ser como cuando salió de sus manos: hermoso, sin corrupción, una antesala del Paraíso.

Que a nadie se le ocurra saltar fuera del agua. Quien lo hiciera, sería un cobarde, y no tendría fe en la Providencia divina. Se comprende que con un dogma vacilante, con una moral relajada y sin frenos, con un gobierno sin autoridad, con una ley que carece de certeza... Se comprende que en esas condiciones pueda venir la tentación de saltar desde el agua del mundo, sucia, hasta la hierba de la orilla. Pero ya sabéis qué

es lo que Dios quiere de nosotros. Cada uno hemos de ser un remanso de agua limpia. Todos juntos, a lograr que se unan esos remansos, y a traer otros peces que trabajen a nuestro lado. Y purificaremos el mundo y salvaremos las almas.

Nos espera, hijos, una labor inmensa. Me gusta recordaros que el Señor no nos necesita a ninguno, y nos necesita a todos: de modo que hay que pedirle —¡pero de verdad!— que nos haga muy leales y perseverantes en el apostolado. Nos rodea mucha gente buena, y cada uno de nosotros ha de procurar no dejarse arrastrar por la corriente, no quedarse atrás: no podemos defraudar a esas almas, que sería además defraudar a Dios.

Y terminamos con lo de siempre: para abrir camino contra corriente, es preciso rezar, ser hombres de fe, que trabajan con insistencia y con esperanza. Sancta María, refugium nostrum et virtus/ En Nuestra Madre hallamos siempre el descanso y la fortaleza⁹.

(9) De nuestro Padre, Crónica, 1973, pp. 277-278.

306.

LUNES

- Dificultades en la labor diaria.
- La mayor parte de las contrariedades son subjetivas.
- Superar animosamente las contrariedades de la jornada.

EL SEÑOR nos espera, para santificarnos, en cada minuto de las veinticuatro horas del día. Está pendiente de nosotros como Padre amoroso, siempre dispuesto a ayudarnos, a consolarnos. Cada día hemos de renovar el afán de santidad que, con la meta en el Cielo, se ha de aplicar a las circunstancias concretas de la jornada. Se precisa una voluntariedad constantemente renovada, un amor siempre vigilante, que eleve las acciones cotidianas —pequeñas, ordinarias— al plano sobrenatural y las convierta en instrumento de apostolado.

Sólo así los días iguales se hacen distintos, cobran nuevo relieve, nueva ilusión. *Somos niños delante de Dios* —nos recordaba nuestro Padre—, y si consideramos así nuestra vida ordinaria, en apariencia siempre igual, veremos que las horas de nuestras jornadas se animan, que están llenas de maravillas, diversas entre sí y todas hermosas. Basta no cerrar los ojos a la luz divina, porque el Señor nos está hablando constantemente en mil pequeños detalles de cada día¹.

(1) De nuestro Padre, Carla, 24-111-1930, n. 13.

Sabemos que el camino nuestro en esta tierra ha de pasar necesariamente por la Cruz, porque es ése el medio de identificación con Cristo. En el Evangelio de la Misa de hoy, leemos uno de los anuncios de la Pasión que el Señor dio a sus discípulos: *el Hijo del hombre debe ser entregado en manos de los hombres, que lo matarán*². En este tejido maravilloso de santidad, que constituye la vida diaria, nos espera el Señor para que le ayudemos a llevar la Cruz. Y porque *a cada día le basta su afán*³, procuramos ser fieles y luchar los pequeños combates con espíritu deportivo, de superación, *sin acordarte* —nos aconsejaba nuestro Padre— *de "ayer", que ya pasó, y sin preocuparte de "mañana", que no sabes si llegará para ti*⁴.

La labor de almas que realizamos encontrará necesariamente obstáculos. *Como os he escrito muchas veces* —nos decía nuestro Padre—, *mientras sembráis el amor por todo el mundo* —exiit qui seminat, seminare semen suum (Luc. VIII, 5), *salió el sembrador a sembrar*— *encontraréis dificultades* \ De ordinario, son pequeñas contrariedades que dificultan la labor, que alteran nuestros planes y dan pie quizá a la rebeldía, a la impaciencia o al desaliento. Es el momento de escuchar la recomendación del Apóstol

(2) Ev. (Matth. XVII, 22-23).

(3) Matth. VI, 34.

(4) Camino, n. 253.

(5) De nuestro Padre, Carta, 16-VI-1960, n. 29.

Santiago: *tened, hermanos míos, por objeto de sumo gozo el caer en varias tribulaciones, sabiendo que la prueba de vuestra je produce la paciencia, y que la paciencia perfecciona la obra, para que vengáis a ser perfectos y cabales sin faltar en cosa alguna*⁶.

Las pequeñas contrariedades son, para quien las contempla con visión sobrenatural de hijo de Dios, oportunidad de acercarse más al Señor, de crecer en espíritu de sacrificio y de mejorar en puntos concretos de su vida. En esos momentos podemos mostrar claramente que nuestra entrega es real, que se fundamenta en el amor. *¡Cuántos que se dejarían enclavar en una cruz, ante la mirada atónita de millares de espectadores, no saben sufrir cristianamente los alfilerazos de cada día! —Piensa, entonces, qué es lo más heroico*⁷.

EN OCASIONES, estas pequeñas contrariedades son objetivas, tienen verdadera entidad: surgen del trato con otras personas, de la diaria convivencia, o son causadas por la escasez de medios económicos, por incomprensiones en el desempeño de la profesión, por obstáculos evidentes en el apostolado, o por fracasos de proyectos objetivamente bien trazados... Sin embargo, hay que dar a todo eso su verdadera dimen-

(6) Iacob. I, 2-4.

(7) Camino, n. 204.

sión. No debemos exagerar. *¿Qué has sufrido de tan grande —pregunta San Juan Crisóstomo— que pueda compararse a lo que sufrió tu Señor, que fue maniatado, abofeteado, azotado, escupido; que después de haber hecho infinitos beneficios sufrió la muerte más ignominiosa de todas las muertes?*⁸.

Junto a estas contrariedades objetivas, hay muchas que no lo son: *no es poco corriente, entre las almas que se dedican a Dios, el provocarse conflictos personales tremendos y ridículos, sin ninguna base objetiva*⁹. De hecho, la mayor parte de las veces las contrariedades son muy subjetivas. *Contrariedades tomamos las que cada uno quiere: el que está metido en Dios, pocas, porque cuando hay algo objetivo se rinde a la voluntad de Dios, le pide luces para acertar, y basta. Las demás contrariedades son imaginaciones*¹⁰, fundadas muchas veces en la sensualidad o en la soberbia. Nos lo advierte nuestro Padre: *hijos míos, con dos enemigos, la sensualidad y la soberbia, tenéis que luchar especialmente. Contra la sensualidad —porque llevamos siempre este borriquillo a cuestras— tenéis que vivir generosamente las mortificaciones pequeñas y manteneros en la presencia de Dios. La soberbia es peor. La soberbia lo ha estropeado todo. Quitando la soberbia, dejando los nervios a la puerta, y*

(8) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 18, 4.

(9) De nuestro Padre, *Meditación*, 31X11-1959.

(10) De nuestro Padre, *Crónica VII-66*, p. 8.

en la parte de fuera, quiero a todos mis hijos, serenos, piadosos, felices ".

Si nos dejamos vencer por las reacciones del *hombre viejo*, lo que al principio era nada, se transforma en un enredo. *El noventa y nueve por ciento de los conflictos que nos planteamos —insistía nuestro Fundador—, nos los inventamos: son bolas que hacemos crecer, son razonadas sinrazones, son un engaño para ocultar nuestra concupiscencia*¹².

¿Y sabéis, entre estos conflictos, cuál es el origen más general? La falta de humildad: la soberbia. Porque no me quieren, porque no se preocupan de mí, porque no tienen en cuenta mi talento, porque no se dan cuenta de lo que yo puedo y valgo... Y aquí tenéis a un alma que podría tener una paz maravillosa, que podría vivir con una tranquilidad y una alegría inmensa, y por soberbia, por querer lucir, por querer llamar la atención, por querer un trato especial, se hace desgraciada e infecunda. Porque un alma que va por estos caminos, si no abre el corazón y no se humilla, además de sufrir, hace sufrir a los demás y no puede, de ninguna manera, ir adelante ".

Son dificultades que tienen una misma raíz, el amor propio desordenado, y se manifiestan en la práctica de modo análogo: en la preocupación excesiva por nosotros mismos. *Emplead* —nos dice nues-

(11) De nuestro Padre, *Crónica VII-66*, p. 9.

(12) De nuestro Padre, *Noticias VIII-66*, p. 8.

(13) De nuestro Padre, *Meditación*, 31X11-1959.

tro Padre— *la misma receta que yo empleo: no me acuerdo de que existo. Yo no puedo tener problemas personales, porque no puedo pensar en mis cosas, porque no tengo tiempo*¹⁴.

Quienes hemos recibido la llamada divina hemos de llenar de luz el mundo, porque el nuestro ha de ser un servicio hecho con alegría. Que donde haya un hijo de Dios en su Obra no falte ese buen humor, que es fruto de la paz interior. De la paz interior, y de la entrega: el darse al servicio de los demás es de tal eficacia, que Dios lo premia con una humildad llena de gozo espiritual¹⁵.

LO PRIMERO que hemos de hacer para que nuestra lucha interior sea eficaz, es reconocer las personales limitaciones y aceptarlas con humildad y con alegría. Por eso, pediremos luz en la oración, en el diálogo con Jesucristo en la Eucaristía, y abriremos de par en par las puertas del corazón en la charla fraterna. *Aunque cueste un poquito a la sensualidad y a la soberbia, vale la pena luchar; porque —nos decía nuestro Padre— tenéis muchas cosas grandes que hacer. Muchas y muy hermosas*¹⁶.

Si no luchamos contra las malas inclinaciones, retrasamos la labor. No hay excusas para quedar en-

cerrados en problemas personales, porque tenemos los medios para superarlos. *La soberbia y la sensualidad se dominan con la oración y la mortificación. Y oración y mortificación es ocuparse de los demás y olvidarse de sí mismo. Si vivís así, veréis cómo la mayor parte de las molestias que tenéis desaparecen*¹⁷.

Tratar de resolver sólo a lo humano esas dificultades, es ocasión de que la soberbia aumente, la sensualidad se dilate, y las contrariedades se acrecienten. Por eso, *a los que se complican la vida, hay que decirles: piensa en los demás, y verás como pasa todo. Este es el espíritu nuestro. Cuando una persona empieza, de un modo obsesivo, a dar vueltas a las cosas hay que advertirle: come, duerme, y olvídate de que existes. Piensa en los demás. Tú eres un instrumento en las manos de Dios. Y todo se arregla*¹⁸.

De este modo, las contrariedades sirven para crecer en vida interior y en eficacia apostólica, para aumentar las virtudes en el alma. Viendo con esta luz —luz de Dios— las dificultades cotidianas, podremos descubrir en su entraña maravillosa ocasiones de progresar en santidad: *si nos mueve el Amor, cuánto detalle encontraremos que se puede cuidar, cuánta ocasión de hacer un pequeño servicio, cuánta contradicción —sin importancia— sabremos avalorar. Pequeñas cosas que cuestan y que se ofrecen por un*

(14) De nuestro Padre, Crónica VII-66, p. 10.

(15) De nuestro Padre, Carta, 24-IIIM930, n. 22.

(16) De nuestro Padre, Crónica VII-66, p. 11.

(17) De nuestro Padre, Crónica VII-66, p. 11.

(18) De nuestro Padre, Crónica VII-66, p. 11.

*motivo concreto: la Iglesia, el Papa, tus hermanos, todas las almas*¹⁹. Así sabremos recomenzar sin perder la alegría y la paz, cuantas veces haga falta. *Hijos míos: ya sabéis vosotros, como yo, que hay que luchar continuamente; y sabéis, como yo, que hay pequeñas contrariedades que a veces nos parecen grandes y no lo son. No os preocupe. Luchad de nuevo con más amor de Dios, con más entrega, con más espíritu de sacrificio. Y si queréis ser felices, olvidaos de vosotros mismos y dedicaos al servicio de los demás, por Dios. Así, cuando llegue el examen de la noche, podréis decir al Señor: ¡si no he pensado en mí mismo! ¡Si no me he acordado de mí en todo el día! Y así vamos derechos al fin *>.*

Ponemos en manos de Santa María los propósitos de la oración de hoy, para que Ella nos ayude a buscar sólo, y en todo, lo que agrada a su Hijo.

(19) De nuestro Padre, *Carla*, 24-111-1930, n. 18.
(20) De nuestro Padre, *Crónica VII-66*, pp. 11-12.

307.

MARTES

—Cristo, Buen Pastor.

—Fraternidad: todos somos buenos pastores de nuestros hermanos.

—Examen personal sobre nuestro modo de vivir la fraternidad.

LAS PALABRAS del Señor, una vez más, narran una realidad bien conocida por sus oyentes, que muchas veces —cuando se adentra el otoño— han visto bajar los rebaños desde los pastos altos hacia los corrales de invierno. *Si a un hombre que tiene cien ovejas se le pierde una de ellas, ¿no dejará las noventa y nueve en el monte e irá a buscar la que se ha perdido?* \

La oveja que no llegó al redil con el rebaño, quizá sólo quedó rezagada. Quizá, inexperta y curiosa, se alejó mordisqueando la hierba, entre las matas... Quizá pereció ya, víctima de una alimaña. Mas no hay pastor que abandone a una oveja que se ha descarriado: deja el resto del rebaño a buen recaudo y sale en su busca.

Jesucristo mismo es ese Buen Pastor que sale en busca de la oveja perdida, sin reparar en moles-

(1) Év. (*Malth.* XVIII, 12).

tias, y no ceja hasta encontrarla. *¡Que amable perseverancia la de Jesús! Hijo mío, si alguna vez te pasara por la cabeza, como una sugestión diabólica para robarte la paz —el enemigo, si pudiera, te despojaría de todos los dones que Dios te ha concedido, sobre todo de la fe, de la pureza y de la vocación—; si, te decía, alguna vez sufrieras la tentación de pensar que te has alejado de manera irremediable de Dios, recuerda entonces que —como en la parábola— el Señor sale siempre en busca del alma que se descarrió; que El, por su parte, nunca te negará la gracia que necesitas para recomenzar.*

Además, de modo particular en la Obra, Jesús va detrás de la oveja descaminada con una palabra de cariño y de consuelo, con una indicación clara de tus Directores, con el afecto de tus hermanos, con una corrección llena de sentido sobrenatural y humano, con una lectura que remueve... Va detrás, también, con el recuerdo de las grandes misericordias de Dios que jalonan la historia de nuestra Obra.

Y entonces, si tú eres humilde, si reconoces tu yerro, perseverarás. Procura levantar la mirada al cielo; no te encierres en una consideración de las cosas desde un punto de vista meramente egoísta. Ten fe, ten esperanza, confía en el amor que Jesús siente por ti. El es el Buen Pastor, e irá por riscos y cañadas a buscarte, para apretarte contra su pecho llagado y moverte así a ser fiel. Sólo si tú respondieras con un no rotundo, sólo si te empeñases locamente en arro-

jarte por el despeñadero, no podrá Jesús devolverte al buen camino.

Señor, ¡qué fácil y seguro es perseverar, sabiendo que Tú eres el Buen Pastor y nosotros ovejas de tu rebaño! Quia ipse est Dominus Deus noster, et nos populus pascuae eius et oves manus eius (Ps. XCIV, 7). ¡Estamos en las manos de Jesús!².

Es fatigosa la búsqueda. El pastor sigue las pistas del ganado entre los quebrados. Se asoma a los barrancos. Con prisa, no vaya a llegar la noche. Lo lógico sería enfadarse con la oveja descarriada, y pensar en darle una lección con el cayado. Pero no razona así el corazón del pastor. Y si llega a encontrarla —dice el Señor—, os aseguro que se alegrará más por ella que por las noventa y nueve que no se habían perdido³.

Hijo mío, si alguna vez te descarriaras un mucho o un poco, no prives al Señor Dios Nuestro de la alegría de reencontrarte, del gozo de poder decir: he aquí una oveja que me quiere ser fiel, que está dispuesta a perseverar en mi rebaño.*

TODOS en la Obra, además de ovejas de este redil de Cristo, somos también buenos pastores de

(2) De nuestro Padre, Meditación, 15-1-1959.

(3) Ev. (Matth. XVIII, 13).

(4) De nuestro Padre, Meditación, 15-1-1959.

nuestros hermanos. Y el primer paso para vivir esta fraternidad consiste en darnos cuenta de las cargas —las preocupaciones, las dificultades, las penas— que puedan llevar los demás. Si nos encerrásemos en nosotros mismos, si no estuviéramos pendientes de quienes nos rodean, no podríamos descubrir sus preocupaciones y no seríamos capaces, por tanto, de ayudarles eficazmente cuando lo necesiten.

El común denominador —escribía nuestro Padre— *hace que vivamos aquel alter alterius onera pórta te, llevad los unos las cargas de los otros* (Galat. VI, 2), *que no es sólo saber soportar: es saber cargar gustosamente el peso que otro hermano, otro hombre, no puede llevar por su escasez de fuerzas. Pido al Señor que siempre se pueda decir de mis hijos: congregatusque est omnis populus quasi vir unus, que estéis unidos como un solo hombre* (II Esdr. VIII, 1), *para las cosas espirituales, en lo que se refiere a la ley de Dios*⁵.

Hechos concretos de fraternidad, preocupación efectiva y continua por nuestros hermanos. Sólo así, con Amor —caridad de Cristo— y con la humildad del conocimiento propio, podremos tener voz para decir al Señor Nuestro, non verbo ñeque lingua, sed opere et veritate (I Ioann. III, 18) —no con la lengua, sino con las obras y de verdad— que queremos seguir sus pisadas: sólo así sabremos responder a

(5) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 65.

*la llamada de Dios con un grito de verdadera entrega, de correspondencia a la gracia divina: ecce ego, quia vocasti me! (I Reg. III, 6): ¡aquí me tienes, porque me has llamado!*⁶.

El Señor ha querido que juntos busquemos la santidad. Nadie puede marchar solo en su camino hacia Dios. *Nuestra fortaleza no es solamente fruto del esfuerzo personal nuestro, sino que es también fruto de la gracia de Dios y de la caridad de nuestros hermanos*⁷. Todos juntos hemos de llegar un día al Cielo, unidos como un ejército dispuesto en orden de batalla*. Pero es lógico que en este ejército de paz, junto a miembros fuertes, recios, incansables, haya otros que —por diversas circunstancias— atraviesen unos momentos de debilidad, de flaqueza. Para suplir su cansancio está la fortaleza de los demás: *frater qui adiuvatur a fratre quasi civitas firma*⁹; el hermano ayudado por su hermano es fuerte como una ciudad amurallada.

NO TENGÁIS miedo a quereros como hermanos —nos decía nuestro Padre—; *quereos de verdad, hijos míos. Protegidos por este amor, por esta caridad de Cristo, no habrá dificultad que no podáis*

(6) De nuestro Padre, *Carta*, 24-III-1930, n. 23.

(7) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 67.

(8) *Cant.* VI, 3.

(9) *Prov.* XVIII, 19.

superar, y seréis fieles; os apoyaréis unos en otros, y el que fuera a caer, se sentirá sostenido: alter alterius onera pórtate, et sic adimplebitis legem Christi (Galat. VI, 2)¹⁰.

En el diálogo de amor y de examen en que ha de consistir muchas veces nuestra oración, hemos de darnos cuenta de la importancia de la fraternidad, y aprender a practicarla con sacrificio gustoso, con esfuerzo, con ilusión. Hemos de dar la vida, día a día, con una vigilancia amorosa, que sabe descubrir los primeros síntomas de cansancio en la lucha ascética, de tibieza en la vida de piedad, de falta de vibración en el apostolado.

¡Hijos míos!, ¡hijos de mi alma!: no me olvidéis que cada uno de vosotros ha entrado por la puerta, por el amor de Cristo. Sois ovejas del mismo redil y al mismo tiempo, de algún modo, además de ovejas de ese redil, cada uno de vosotros ha de ser también buen pastor de esas ovejas. Y que, si tiene el deber de dejarse conducir y responder por su nombre, tiene también el deber, no menos fuerte, de contribuir a la santidad y a la perseverancia de sus hermanos.

Ninguno de vosotros está solo, ninguno es un verso suelto: somos versos del mismo poema, épico, divino. Y a cada uno de vosotros, como a mí, nos interesa que no se rompa esta unidad, esta armonía, unidos como

un gran rebaño, como un gran ejército, oves et milites Christi, camino de la santidad¹¹.

El amor fraterno, siempre en vigilia, nos hace descubrir los más pequeños indicios de enfermedad en nuestro hermanos. *Recordad —siempre os lo he dicho y os lo repito ahora— que, cuando hay caridad, que es cariño humano y sobrenatural, es muy fácil conocer y atender las necesidades espirituales y materiales de los que viven con nosotros. Y he añadido en muchas ocasiones que, si se presentase el caso de una defección de la que no supiéramos explicar las causas, no disculparía de pecado —y a veces, de pecado grave—a los Directores y a aquellos hijos míos que hayan convivido con esa persona¹².*

No se trata de dedicar un poco de tiempo a pensar en los demás, ni de rezar de vez en cuando por las personas con las que convivimos. Hay que entregarse totalmente a nuestros hermanos, como una madre se entrega a su hijo, como el Señor se entregó por cada uno de nosotros. *Hemos de ayudar con toda nuestra alma a quienes entraron para que no abandonen su vocación y, con ella, la felicidad humana y quizá la vida eterna. Yo —nos comentaba nuestro Padre— tengo plena libertad para abandonar mi vocación: pero si vosotros, hijos míos, vierais que me iba a tirar por una ventana, ¿no me sujeta-*

(10) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, nota 133.

(11) De nuestro Padre, *Meditación*, 12-11-1961.

(12) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, n. 97.

riáis, por caridad, por cariño, para evitar que hiciera una locura? "

En la presencia de Nuestra Señora, *Virgo fidelis*, Virgen fidelísima a lo largo de toda su vida, brota el propósito de rezar a nuestra Madre con más fervor la oración *saxum* por aquel hermano nuestro que más lo necesite.

(13) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 63.

308.

MIÉRCOLES

—El Señor nos lleva suavemente a la santidad.

—Quiere que le ayudemos en la santificación de nuestros hermanos.

—La corrección fraterna, medio concreto para esa colaboración.

ES GRANDE el amor que Dios tiene a los hombres: un amor que le ha llevado a tomar nuestra carne, a vivir en medio de nosotros, a sentir como propias nuestras miserias: *conoce bien de qué hemos sido hechos, sabe que no somos más que polvo*¹. Dios tiene paciencia con nuestros defectos, y comprende nuestras miserias: *el Señor es misericordioso y benigno, tardo a la ira, clementísimo*².

Nos lleva como de la mano por el camino de la santidad, nos ayuda en cada momento a dar lo que podemos. Por eso, cuando a la vuelta de los años nos encontramos aún llenos de defectos, no podemos desalentarnos. *Estás lleno de miserias*, escribió nuestro Padre. —*Cada día las ves más claras. —Pero no te asusten. —El sabe bien que no puedes dar más fruto*³.

Dios tiene infinita paciencia con nosotros. Pero sabe también que le amamos de verdad, que estamos dispuestos a luchar por ser cada día mejores. *Con la*

(1) *Ps. cu.*, 14.

(2) *Ibid.*, 8.

(3) *Camino*, n. 884.

*Fe y el Amor, somos capaces de chiflar a Dios, que se vuelve otra vez loco —ya fue loco en la Cruz, y es loco cada día en la Hostia—, mimándonos como un Padre a su hijo primogénito*⁴. Fruto también de su amor es el reproche cariñoso que nos hace en el fondo del alma, después de alguna falta de correspondencia, de un descuido en la lucha interior. *Como a hijos nos ha tratado Dios, ¿y qué hijo hay a quien su padre no corrige?*⁵. Cuando sentimos esa prueba clara de cariño, cobra plena actualidad el consejo de la Sagrada Escritura: *hijo mío, no tengas en poco la corrección del Señor, ni decaiga tu ánimo al ser reprendido por El; porque el Señor corrige a quien ama*⁶. Por eso, pedía nuestro Padre: *hazme santo, mi Dios, aunque sea a palos. No quiero ser la remora de tu Voluntad. Quiero corresponder, quiero ser generoso... Pero, ¿qué querer es el mío?*⁷.

HA QUERIDO el Señor que en la Obra marchemos todos unidos por el camino de la santidad. Dios da su gracia, nos alienta y purifica; pero quiere que colaboremos con El en esta tarea de santificar a nuestros hermanos. Es la mejor manifestación de fraternidad, de cariño. *Si el solo hecho de ser de una misma ciudad les basta a muchos para hacerse ami-*

(4) De nuestro Padre, *Instrucción*, 19-111-1934, n. 39.

(5) *Hebr.* XII, 7.

(6) *Prov.* III, 11-12.

(7) *Forja*, n. 391.

*gos —decía San Juan Crisóstomo—, ¿cuál tendrá que ser el amor entre nosotros, que tenemos la misma casa, la misma mesa, el mismo camino, la misma puerta, idéntica vida, idéntica cabeza; el mismo pastor y rey y maestro y juez y creador y Padre?*⁸.

Nadie en la Obra puede sentirse solo: estamos unidos por el amor, por el común destino de santidad. *La preocupación constante que hemos de tener, los unos por los otros, es una bendita consecuencia de nuestra unidad: convencidos de que no puede resultarnos nunca indiferente cualquier cosa, por pequeña que sea, que afecte a mis hijos*⁹. Y añadía nuestro Fundador: *ninguno de vosotros está solo, ninguno es un verso suelto: somos versos del mismo poema, épico, divino. Y a todos nos importa que se conserve siempre íntegra esta unidad maravillosa, esta armonía, que nos hace fuertes y eficaces en el servicio de Dios, ut castrorum acies ordinata* fCant. VI, 3), *como un ejército en orden de batalla*¹⁰.

El cariño a nuestros hermanos debe ser un reflejo, lo más perfecto posible, del amor que nos tiene el Señor. *Revestiós, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de benignidad, humildad, mansedumbre y longanimidad*". De este modo sabremos comprender sus debilidades, hacernos cargo de su carácter, de su temperamento,

(8) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 32, 7.

(9) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, n. 96.

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 28-111-1955, n. 31.

(11) *Cotos.* III, 2.

de su situación: tendremos un corazón grande, a la medida del Corazón de Cristo.

Examinémonos valientemente, en la presencia de Dios, para mejorar nuestra ayuda a la santificación de los demás: para ser estímulo y no remora que retarde su progreso. Nuestro Padre nos empuja cuando nos dice: *quiero urgiros a que sigáis viviendo esa preocupación sobrenatural y humana por todos vuestros hermanos, que ha de manifestarse en delicadezas de afecto, en la corrección fraterna, y sobre todo en vuestro ejemplo, en vuestras obras: persuadidos de que somos eslabones de una misma cadena, y de que el Señor nos pedirá cuenta de cómo hemos ayudado a los demás a cumplir, hasta el fin, con su deber de santidad*¹².

*SI TU hermano peca contra ti, ve y corrígele a solas tú con él. Si te escucha habrás ganado a tu hermano*¹³, nos dice Jesucristo en el Evangelio de la Misa de hoy. Esa muestra delicadísima —heroica, a veces— de verdadera caridad, que es la corrección fraterna, tiene entraña evangélica; y es, según el espíritu de la Obra, uno de los mejores frutos de la fraternidad, y uno de sus signos más claros. Es como participar en los trabajos de la Providencia divina, como cooperar con Dios en el cuidado amoroso de todos sus hijos, en su labor de santificación.

(12) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, nota 136.
(13) Ev. (Matth. XVIII, 15).

La corrección fraterna es un medio estupendo de vivir la fraternidad, el *termómetro* de la fidelidad con que se pone en práctica el espíritu de la Obra. Nos animaba nuestro Padre a no excusarnos en el cumplimiento de este deber, que es también un derecho por parte de quien la recibe: *que no os detenga ninguna razón hipócrita: aplicad la medicina neta. Pero obrad con mano maternal, con la delicadeza infinita de nuestras madres, mientras nos curaban las heridas grandes o pequeñas de nuestros juegos y tropezones infantiles. Cuando es preciso esperar unas horas, se espera; nunca más tiempo del imprescindible, ya que otra actitud entrañaría comodidad, cobardía, cosa bien distinta de la prudencia*¹⁴.

Tan importante es la corrección fraterna en la Obra que nuestro Padre nos ha repetido muchas veces: *no hay buen espíritu en la casa donde no se ejercita la corrección fraterna*¹⁵. Si practicamos poco la corrección fraterna, quiere decir que la caridad no marcha, que es preciso avivar las brasas del amor fraterno. Y si no nos hacen correcciones, no es porque seamos perfectos, sino porque falta vibración, caridad de Cristo. *Insisto en que la corrección fraterna es parte principal de nuestras Normas. Si cuesta hacerla algunas veces, siempre da un fruto de eficacia sobrenatural: porque os sabréis mortificar, hablando con*

(14) *Amigos de Dios*, n. 158.

(15) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, nota 136.

claridad y procurando no mortificar a los demás. En una palabra, tendréis rectitud de intención y no seréis descortes con nadie ¹⁶.

También en el modo de hacerla hemos de guardar una exquisita delicadeza, sabiendo que no estamos libres de cometer esa misma falta si Dios nos dejara de su mano: *no buscando* —como enseña San Agustín— *algo que reprender, sino lo que se ha de corregir*". Y al recibir la corrección fraterna se ha de tener presente que es también fruto del cariño fraterno: *los santos* —enseña San Gregorio Magno— *consideran como obra de caridad la corrección de lo que no hicieron de manera recta* ¹⁸.

Este puede ser el momento de renovar nuestro sentido de responsabilidad, de despertar en nosotros el afán por quitar los obstáculos que impidan a nuestros hermanos acercarse más a Dios, ir más deprisa, ser más eficaces en su labor apostólica. Es también el momento de renovar el corazón, de pedir al Señor que aumente nuestro cariño a los demás y la decisión de demostrarlo.

La Virgen Santísima fue, durante toda su vida, ejemplo de caridad vigilante y amorosa. En Cana nos enseñó a poner los medios concretos para remediar las faltas de los demás. A Ella confiamos hoy nuestros propósitos.

(16) De nuestro Padre, *Instrucción* 31-V-1936, n. 24.

(17) San Agustín, *Sermo* 82, 1.

(18) San Gregorio Magno, *Moralia* 10, 3, 3.

309.

JUEVES

—El amor a Dios se demuestra en la caridad que vivimos con todos.

—La enseñanza del Señor es que hemos de perdonar siempre.

—Ejemplo de nuestro Padre para perdonar con prontitud, sin omitir la defensa de la verdad.

EL MANDAMIENTO del amor que el Señor nos ha legado no tiene límites: *habéis oído que se dijo: amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pero Yo os digo: amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persigan, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los Cielos* ¹. Hemos de amar a todos; hemos de servir a todos, si verdaderamente queremos amar y servir a Dios. Porque a veces, ha escrito nuestro Padre, *parece como si escuchara a alguno, que me dice: amar a Dios sobre todas las cosas es fácil, pero amar al prójimo, a amigos y a enemigos... jeso es muy difícil!* —*Si de veras amaras a Dios ex toto corde tuo, et ex tota anima tua, et ex tota fortitudine tua; con todo tu corazón, con toda tu alma y todas tus fuerzas* (Deut. VI, 5), *ese amor al prójimo, que encuentras tan difícil, sería consecuencia del Gran Amor: y no te sentirías enemigo de nadie* ².

(1) *Matth.* V, 43-45.

(2) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 75.

Debemos examinar si nuestro amor a Dios, que quiere ser cabal, verdadero, se expresa en actos concretos de amor al prójimo. Solamente así seremos discípulos de Jesús. El nos amó hasta dar la vida por cada uno de nosotros. *Por amor a todos —a sus amigos que quieren ser fieles, aunque están llenos de miserias; y a los que no quieren ser amigos suyos—, Jesucristo se deja maltratar, insultar, crucificar. Maiorem hac dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis (Ioann. XV, 13); nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos*³.

El que tiene la caridad de Cristo no se para a considerar si el servicio prestado a los demás ha sido ya suficiente; no piensa en sus derechos, ni en sus gustos, ni en sus preferencias. *Esta entrega, esta comprensión, esta caridad, olvidándonos de nuestros derechos, nos hace ceder en todo lo que sea nuestro, en todas nuestras cosas personales, hasta donde llegó Jesucristo. El Señor nos ha dicho que aprendamos de El: discite a me quia mitis sum et humilis corde (Matth. XI, 29); para vivir esa mansedumbre, esa humildad, esa santa transigencia con todo lo personal, nos basta contemplar a Jesús, que semetipsum exinanivit formam servi accipiens, in similitudinem hominum factus et habitu inventus ut homo (Philip. II, 7); que se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo, hacién-*

(3) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 71.

*dose semejante a los demás hombres y reducido a la condición de hombre*⁴.

*Me hablas —decía nuestro Padre— de "términos medios". ¡Cuidado! Para quien quiere vivir el Amor con mayúscula, el término medio es muy poco, es cica-tería, es cálculo ruin. Escucha un consejo: cuando el Amor llame a tus puertas, no le pongas vallas ni le regatees tu corazón. Nunca temas excederte en este punto. Después, la generosidad con Dios ha de llevarnos a ser generosos con los que nos rodean, poniendo cariño en todas nuestras acciones. Nos lo exige la virtud de la justicia: porque los demás tienen derecho a nuestra comprensión, a nuestra caridad*⁵.

EL EVANGELIO de la Misa de hoy nos propone una enseñanza del Señor que podemos meditar para profundizar en una manifestación concreta de la caridad: el perdón de las ofensas.

Transcurría la tarde en Cafarnaum. Los discípulos estaban sentados alrededor de Jesús, y la conversación entre el Maestro y los discípulos discurría serena. Pedro intervino en la conversación: *Señor, ¿cuántas veces he de perdonar a mi hermano, cuando peque contra mí? ¿hasta siete?*⁶.

La exégesis estrecha de los doctores de la Ley fijaba en tres veces la obligación de perdonar. Pedro

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 71.

(5) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950. nota 104.

(6) *Ev. (Matth. XVIII, 21)*.

ya había aprendido algo de la generosidad que predicaba su Maestro, y propuso una cifra mayor. Jesús le miró y, con cariño, le abrió horizontes insospechados: *no te digo que hasta siete, sino hasta setenta veces siete*⁷.

La doctrina del Maestro es clara: el perdón de las ofensas ha de ser una característica de los que deseen informar su vida con las exigencias del Evangelio. Por eso, nuestro Fundador nos impulsó siempre a perdonar con todo el corazón, desde el primer momento, a quienes hayan tratado de hacernos un mal.

La caridad se muestra en la prontitud para la disculpa y el perdón. *Un alma contemplativa*, nos decía nuestro Padre, *sabe ver a Jesucristo en los que le rodean, y no le cuesta soportar todo lo que sea molesto en la convivencia con sus hermanos los hombres. Más aún, soportar le parece poco: lo que quiere es edificar, imitar a Jesucristo con su caridad sin límites, con su capacidad de ceder y conceder en todo lo personal, en todo lo que no suponga ofensa a Dios*⁸.

Hemos de poner especial empeño para aprender la lección que hoy nos da Jesucristo: perdonar siempre, en lo pequeño y en lo grande, sin resquemores ni resentimientos, sabiendo que así El perdonará nuestras ofensas, tal como rezamos mu-

(7) Ev. (Matth. XVIII, 22).

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 70.

chas veces al día en el Padrenuestro. En casa y en la calle, en el trabajo y en el descanso, en la vida familiar y en la vida profesional, en la enfermedad y en la salud, hemos de manifestar siempre este espíritu. *Un hombre de rencores* —escribió nuestro Padre— *no puede hacer nada en la vida. Hay que saber recitar cada día, non verbo ñeque lingua, sed opere et veritate* (I Ioann. III, 18); *no con la boca, sino de verdad y con las obras: et dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris* (Matth. VI, 12). *Pero perdonar no quiere decir que vayamos a inhibirnos ante cosas no justas, sobre todo cuando este género de tolerancia puede suponer un desorden, porque supone perjuicio para otros hijos de Dios*⁹.

ADEMÁS de repetirlo con palabras, nuestro Fundador nos ha enseñado a ser generosos en el perdón también con su ejemplo. *En la Santa Misa, me acuerdo de pedir no sólo por mis hijos, por mis padres, por los padres de mis hijos, sino también por los que están en la tierra y desean molestarnos, y por los que nos han calumniado y ya han ido a rendir cuentas al Señor. Digo: Señor, yo los perdono para que Tú los perdones y perdones nuestros pecados. Te ofrezco sufragios por sus almas: los mismos sufragios que te ofrezco*

(9) De nuestro Padre, *Carta*, 14-IX-1951, n. 47.

por mis hijos, y por mis padres, y por los padres de mis hijos. ¡Todos igual!

El Señor está contento, y también yo me quedo muy tranquilo. Lo mismo os aconsejo a vosotros: no queráis mal a nadie, nunca. Criar mala sangre sólo lleva a desgracias; ¿y cómo vamos a ser desgraciados, si somos hijos de Dios? Hay que saber perdonar.

*Después, si alguno os dice que es heroísmo, os reís. Es una cosa estupenda. ¿Acaso no nos perdona el Señor cuando le ofendemos? ¿Cómo no vamos a perdonar nosotros? Y después, si es conveniente, lo que es mentira se dice que es mentira, y lo que es calumnia se dice que es calumnia, y lo que es difamación se dice que es difamación, y lo que es envidia se dice que es envidia. Pero perdonad siempre, desde el primer momento. Así seréis felices*¹⁰.

Perdonar no es renunciar a exponer la verdad, porque también tenemos lengua, y hemos de hablar y escribir, cuando lo pide el honor de Dios y de su Iglesia, el bien de las almas ". Pero también en estas ocasiones —recordaba nuestro Fundador hace muchos años—, se ha de escribir de un modo positivo, con afirmaciones. Templados en la defensa, objetivos en la consideración de los hechos, y ajenos a toda apologética retórica. Claros y firmes en la doctrina, y humanos —sobrenaturalmente humanos— con las personas "

(10) De nuestro Padre, Tertulia, 2-XII-1973.

(11) De nuestro Padre, Crónica, 1974, p. 118.

(12) De nuestro Padre, Carta, 12XI-1952, n. 20.

Años más tarde, nuestro Padre nos repetía la doctrina de siempre: hijas e hijos míos, gaudete in Domino semper! (Philip. IV, 4), ¡gózaos siempre en el Señor! Y, ¿qué hemos de hacer para estar contentos? Os daré mi experiencia personal: primero, saber perdonar. Disculpar siempre, porque lo que quita la paz son pequeneces de la soberbia... Y después, aceptar la Voluntad de Dios. Ver al Señor detrás de cada suceso.

Perdonar es algo completamente sobrenatural, un don divino. Los hombres no saben ser clementes. Nosotros perdonamos en tanto en cuanto participamos de la vida divina, a la que procuramos corresponder en la medida de lo posible.

*Por lo tanto, hijos de mi alma, ¡a luchar!, ¡a estar contentos! Servite Domino in laetitia! (Ps. XCIX, 2), servid al Señor con alegría. A pegar esta locura, a rezar por todo el mundo, a seguir con esta siembra de paz y de gozo, de amor mutuo, porque no queremos mal a nadie. Sabéis que es parte del espíritu del Opus Dei la prontitud para perdonar*¹³.

Santa María nos dará la gracia que necesitamos para querer a todos con un cariño tal, que nuestro amor sepa olvidar las ofensas, aprovechándolas para pedir perdón a su Hijo por nuestros pecados.

(13) De nuestro Padre, Crónica, 1974, pp. 118-119.

310.

VIERNES

—La fidelidad a Dios ha de manifestarse en todo lo que hacemos.

—Lealtad a la Iglesia, especialmente cuando abunda la deslealtad.

—Lealtad hasta en los detalles más pequeños, en correspondencia al Amor de Dios.

POCO antes de morir, Josué recordaba al pueblo de Israel los prodigios que Dios había obrado con ellos, sacándolos de Egipto e introduciéndoles en la tierra que había prometido a sus antepasados: el paso del Mar Rojo y del Jordán, las victorias sobre sus enemigos, la toma de Jericó...¹. El profeta Ezequiel hace resaltar muy bien la gratuidad de la elección divina. Describe a Jerusalén bajo la figura de una recién nacida a quien nadie cuida; pero el Señor se compadece de ella: *me ligué a ti con juramento e hice alianza contigo, y fuiste mía*².

Inmensa fue la misericordia de Dios con Israel, porque no sólo se compadeció de su pueblo, sino que le llenó de dones: *te atavié con joyas, puse pulseras en tus brazos y collares en tu cuello (...). Estabas adornada de oro y de plata, vestida de lino y seda en reca-*

(1) Cfr. L. I (I) (Is. XXIV, 1-13).

(2) L. I (II) (Ezech. XVI, 8).

*mado (...) y llegaste hasta reinar. Y se extendió entre las gentes la fama de tu hermosura, porque era acabada la hermosura que Yo puse en ti, dice el Señor Y ave*³. ¿No era justo que fuera fiel a la alianza pactada con Dios? Sin embargo, la historia sagrada nos cuenta las repetidas deslealtades de aquel pueblo, que el mismo profeta reprende duramente de parte de Dios.

Todas las cosas que ya están escritas —amonesta San Pablo— *fueron escritas para nuestra enseñanza, con el fin de que mantengamos la esperanza* *. También a nosotros nos ha amado el Señor con predilección, y ha derramado abundantemente su misericordia en nuestras almas. Tiene, pues, el derecho a que correspondamos a su amor con una entrega plena, para siempre, sin una vacilación, sin una sombra de duda: con un amor fiel y leal.

Nos dice nuestro Padre: *no perdáis nunca de vista, hijas e hijos míos, la consideración de que el Señor cuenta con vosotros para corregirlos. Sed fieles de verdad: ¡no empequeñezcáis vuestro camino! Mirad que nunca estamos solos. El Señor desea vivir dentro de nosotros y, a través de cada uno, llegar a otras muchas almas, a las personas que conocemos y a tantas que aún tenemos que encontrar. De vuestra fidelidad depende la fidelidad de muchos. Yo lo he*

(3) *Ibid.*, 11-14.

(4) Rom. XV, 4.

experimentado, y me gusta repetíroslo: nada se pierde; la semilla que sembramos, con la gracia de Dios, fructifica siempre ⁵.

Cuando se trata de la fidelidad, es difícil distinguir entre las cosas importantes y las menudas, porque *quien es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho, y quien es desleal en lo poco, también lo es en lo mucho* ⁶. La falta de lealtad nunca es cosa de poca monta, porque siempre hay que medirla en relación a la confianza que Dios ha depositado en una persona. En nuestro caso, con el don de la vocación específica al Opus Dei, esa confianza es mucho mayor de lo que podíamos haber imaginado: no sólo porque ha puesto en nuestras manos el tesoro del espíritu de la Obra, sino también porque nos mantiene firmes y seguros en medio de las tormentas que zaran-dean a tantas almas, dentro y fuera de la Iglesia. Por eso, nuestra lealtad debe ser acendrada, luminosa; una fidelidad que sirva de estímulo y de ánimo a los demás.

TODOS queremos ser fieles, hasta en el último detalle de nuestra vida; estoy seguro de la sinceridad de este deseo en cada uno de mis hijas y de mis hijos, porque ninguno puede olvidar que el Señor le ha dicho a él, personalmente: ego redemi te, et vocavi te no-

(5) De nuestro Padre, Crónica, 1973, p. 727.

(6) Luc. XVI, 10.

mine tuo, meus es tu! (Isai. XLIII, 1). Pero, ¿somos así de Dios?, ¿por entero? Por eso me parece necesario seguir insistiendo siempre en la fidelidad, cuando tantos alardean de su mala conducta, de su falta de fe, de su egoísmo y de su comodidad.

Hay que mantenerse firmes con tenacidad, porque el demonio —tamquam leo rugiens, como un león rugiente alrededor de vosotros, en busca de presa que devorar (I Petr. V, 8)— no se toma vacaciones, y ataca continuamente, empezando por las costumbres, por la vida corriente. Por eso tiene tanta importancia ahora el buen ejemplo. Mirad que vuestra vida es para santificaros y para santificar a los que os rodean. Vuestra fidelidad asegura la perseverancia y la fidelidad de muchas almas que os miran ⁷.

Siempre ha habido momentos duros en la historia de la Iglesia: herejías, cismas, persecuciones... *Pero ahora la rebeldía es directamente contra Dios, y tiene como una manifestación inmediata la anarquía de nuestras pasiones. Y como no las quieren controlar, como se niegan a oír hablar de lucha ascética, como tratan de olvidarse de que los cristianos tenemos los mismos medios que aquellos que conocieron a Jesús y le trataron en la tierra, no es extraño que acaben traicionando al Señor.*

Hijos míos, no tenemos ni un medio más ni un medio menos: la oración, la vida de piedad —es decir, el

(7) De nuestro Padre, Crónica, 1973, pp. 727-728.

*trato con Dios, con su Madre, con San José, con los Angeles y los Santos, con los Apóstoles...—, la huida de las ocasiones, la sinceridad, y todas las demás virtudes. Pero ahora especialmente, hijos míos, os pido que sintáis a lo divino la lealtad de un militar: en su vida privada podrá ser quizá todo lo miserable que se quiera, pero cuando alguien ataca el honor de su Patria, sabe dar la cara; por ahí no transige. ¡Pues, por lo menos, hemos de tener esa lealtad con Dios!*⁸.

En nuestro compromiso de amor no caben cesiones ni componendas: *debemos dar siempre doctrina segura, con el ejemplo, con la vida, siendo sal de Cristo, y pensando en la responsabilidad que tenemos porque la sal que se corrompe, además de que no sirve para nada, esteriliza la tierra en que cae. Hemos de defender, por tanto, con nuestra vida y con nuestra piedad, la certeza de la fe. Y para eso hay que luchar con decisión hasta la última hora.*

Quizá no nos damos cuenta, pero el Señor ha querido cargar sobre nuestras espaldas toda la fe limpia, contando con nuestros defectos personales. Hemos de vivirla y defenderla, repito: creer en El, procurando que nuestra conducta, en todo momento, se acomode a la vida interior, en la que El nos da claridad y luces para que podamos cumplir su Voluntad.

Con lo que hemos recibido ya, y con el convencimiento de lo mucho que Dios nos ama a cada uno

(8) De nuestro Padre, Crónica, 1973, p. 728.

*—¡si lo tocamos con las manos!—, no me explico cómo a alguno puede quedarle tiempo para pensar en sí mismo*⁹.

NO SEÁIS precipitados en vuestra vida de piedad. Ya os he dicho muchas veces que, cuando se desea sinceramente cumplir la Voluntad de Dios, no se da una separación entre la oración y el trabajo. Pero querría insistiros en que seáis delicados en el cumplimiento de las Normas. No tengáis prisa en el trato con Dios. Sed educados. Amad y cuidad las prácticas de piedad, y doleos por tantas manifestaciones de la vida cristiana que han ido arrancando algunos desaprensivos.

La lealtad, que el Señor nos pide, llega hasta estos detalles que parecen pequeños en la vida de piedad, y que son, por el contrario, señales evidentes de que se ama con todo el corazón, ya que no se quiere robar nada al Señor. No os desaniméis cuando descubráis vuestros defectos. Procuremos ser siempre muy leales, y así lucharemos y, si alguna vez caemos, volveremos enseguida a la batalla con más contricción, con más amor.

Nunca nos haremos cargo de la importancia grande que tiene nuestra lealtad. Por eso, si alguna vez sentís el cansancio del camino, hablad, que así os ayudarán: no os encontraréis nunca solos. Y, además,

(9) De nuestro Padre, Crónica, 1973, p. 729.

*comprenderéis que hasta esos momentos difíciles sirven de purificación, y os disponen para ser instrumentos más aptos, de paso que las dificultades bien llevadas son un apoyo de la tarea apostólica*¹⁰.

La misma lealtad ha de estar presente en el trato con nuestros hermanos: se manifestará en el cariño, en el afán por vivir la corrección fraterna, en la disposición de servicio, en el trato delicado y amable... Cada uno en su puesto, construiremos entre todos una muralla segura contra los ataques del enemigo.

Lealtad: siempre lo mismo. ¡Sí!, lealtad por nuestra parte para contrarrestar la infección que se ha extendido por el mundo. Abrid vuestro corazón, pidiendo ayuda a Nuestra Madre la Virgen, para hablar sinceramente con Dios, en la dirección espiritual y con nosotros mismos. Tenemos además la experiencia de que somos más felices, también humanamente, cuando abrimos el corazón lealmente en la charla, porque encontramos el remedio necesario para avanzar.

Nuestro camino es de serenidad, de felicidad, también aquí en la tierra; pero lógicamente no faltan las pequeñas contradicciones. A veces, el Señor permite pruebas mayores —¡tampoco exageremos!—, y hasta una sequedad grande, de modo que se debe caminar a contrapelo. Es el momento de no abandonar el esfuerzo, de aumentar la oración, la mortificación, las pequeñas oraciones del día, y os aseguro que desaparece-

(10) De nuestro Padre, Crónica, 1973, p. 730.

rán esas dificultades. Al Señor le basta nuestro afán de entregarnos, nuestras buenas disposiciones; El no se deja ganar en generosidad.

Dios, hijos, no nos abandona. ¿Cómo nos comportamos nosotros con El? Hemos de luchar para ser fieles de verdad. Y esta lealtad, siempre contando con la gracia de Dios, está al alcance de nuestra mano.

*Mirad: para no tontear con Dios y con la Obra, hemos de ser siempre —durante la vida entera— muy sinceros. Y así, os aseguro que el diablo se aparta, porque no cabe, no le queda espacio en el alma que quiere estar unida con Dios, que pone los medios y no se encierra en su soledad. Desde los comienzos os he enseñado que la sinceridad con Dios, con los Directores y con nosotros mismos, es la manera de ser felices en la vida eterna, y también en la tierra*¹¹.

La Madre nuestra, *Virgo fidelis*, contempla con agrado nuestros propósitos de lealtad; Ella los hará eficaces.

(11) De nuestro Padre. Crónica, 1973, pp. 730-731.

311.

SÁBADO

—La humildad es necesaria para el desarrollo de la vida interior.

—El conocimiento de los errores y limitaciones personales nos debe llevar a la humildad.

—El trato confiado con nuestro Padre Dios y con la Madre del Cielo devuelve la paz al alma.

JESUCRISTO, Señor Nuestro, se encuentra muy a gusto entre los pequeños. Es la escena que contemplamos en el Evangelio de la Misa de hoy: *le presentaron unos niños para que les impusiera las manos y orase; pero los discípulos les reñían. Ante esto, Jesús dijo: dejad a los niños y no les impidáis que vengan a mí, porque de éstos es el Reino de los Cielos*¹. Y nuestro Padre escribía hace años: *hazte pequeño. El Señor se esconde a los soberbios y manifiesta los tesoros de su gracia a los humildes*².

Si comprendiéramos el valor de la humildad, pondríamos mucho mayor empeño en lograrla. Si nos diésemos cuenta de la necesidad de esta virtud para progresar en vida interior, no nos cansaríamos de pedirla. Ciertamente es que la caridad es la única virtud capaz de unir el alma con Dios; pero la humildad es

(1) Ev. (Matth. XIX, 13-14).

(2) Santo Rosario, epílogo.

el cimiento de la caridad. La humildad corrige el amor desordenado a la propia excelencia, y la caridad nos impulsa a amar a Dios y a los demás. Amor propio y caridad son contradictorios: cuanto más nos liberamos del amor de nosotros mismos, más capacidad tenemos para llenarnos de Dios.

Mientras estemos en la tierra, al ver que somos poca cosa, progresamos en la vida interior, ya que *la humildad dispone para acercarse libremente a los bienes espirituales y divinos*³ a que el Señor nos llama. La humildad lleva a la contrición, porque hace ver al alma su desamor y mueve a pedir perdón sinceramente. Y a la vez hace que ese dolor no sea nunca desesperación, sino *dolor de amor*, un dolor lleno de confianza en Dios.

Con la humildad nos vemos como somos —*un trazo sucio, un gusano, delante de la grandeza de Dios*⁴— y descubrimos, además, que todo lo bueno que tenemos es de Dios, no nuestro. *Si somos fieles, si somos humildes, seremos limpios, mortificados, obedientes; seremos eficaces, en todo el mundo: cuanto más humildes, más eficaces*⁵. Como nos repetía nuestro Fundador, *sin humildad, no se puede hacer nada en la Obra: no se puede hacer bien la Confidencia, ni asistir con fruto al Círculo Breve, ni recibir la corrección fraterna. ¡Nada!*⁶. Y es que, al ser la humildad

(3) Santo Tomás, S. Th. II-II, q. 161, a. 5 ad 4.

(4) De nuestro Padre, Crónica 111-62, p. 7.

(5) De nuestro Padre, Carta, 24-111-1931, n. 33.

(6) De nuestro Padre.

virtud básica para nuestra vida interior, es a la vez condición imprescindible de eficacia en nuestra formación y en el apostolado.

*Si quieres ser grande, comienza por ser pequeño; si quieres construir un edificio que llegue hasta el cielo, piensa primero en poner el fundamento de la humildad. Cuanto mayor sea la mole que se trate de levantar y la altura del edificio, tanto más hondo hay que cavar el cimiento. Y mientras el edificio que se construye se eleva hacia lo alto, el que cava el cimiento se abaja hasta lo más profundo. Luego el edificio, antes de subir se humilla, y su cúspide se erige después de la humillación*⁷.

HAY SITUACIONES que, sin dejar de tener el carácter de lo ordinario, piden una mayor conformidad con la Voluntad divina, un hacerse voluntariamente más pequeños delante del Señor, aunque se lleven muchos años sirviendo a Dios. Nos lo hace considerar nuestro Padre: *especialmente cuando se tiene la responsabilidad de llevar adelante a otras almas, puede suceder que a alguno le parezca que todo se tambalea a su alrededor, también en su alma, como si sufriera un gran terremoto espiritual. Ciertamente, la experiencia que tengo me asegura que en esos momentos no se pierde la serenidad, que se aumenta la fe, que se vive dulcemente la esperanza; que toda la*

(7) San Agustín, *Sermo* 69, 2.

*vida, en medio de ese terremoto, se alimenta del amor de Dios. Se tiene necesidad de acudir a la Trinidad Beatísima, de honrar y adorar al Padre, de honrar y adorar al Hijo, de honrar y adorar al Espíritu Santo*⁸.

Quien pasa por una situación como la que describe nuestro Fundador, experimenta vivamente el peso de las propias limitaciones y miserias. Si alguna vez, sin dejar de considerarse un instrumento, pensó que al menos poseía condiciones para facilitar la labor de Dios, ahora vacila su confianza en esa colaboración suya, que le parece no sólo escasa, sino incluso un impedimento a la gracia divina.

El Señor permite esas circunstancias, que pueden servir para que el alma busque con más ahínco aún el diálogo divino. *Como sin querer se va, de la Trinidad del Cielo, a esa otra trinidad de la tierra: a Jesús, Hijo de Dios; a la Madre de Dios, a la Esposa de Dios, a la Hija de Dios; y a San José, porque nadie como él ha tratado a Dios y a su Madre con tanto cariño, con tanto silencio, con tanta intensidad de amor, y es Patriarca no sólo de aquella Familia Sagrada, sino de esta familia cristiana, que es la Obra. Podemos y debemos acudir a él, para que, como maestro de oración, nos enseñe a tener esa intimidad con Jesús y con María.*

También se experimenta, en medio de ese tambaleo personal, como sin necesidad de fe, el poder y la pro-

(8) De nuestro Padre, *Crónica*, 1974, p. 1234.

*tección de los Angeles Custodios; y sabiendo que uno mismo es nada, y menos que nada —se ve como guiñapo sucio, en medio de un estercolero—, se nota que el Señor cuida personalmente de cada alma y se sirve de esos príncipes suyos que con delicadeza sobrenatural nos ayudan a ir adelante*⁹.

Quienes se han decidido a seguir de verdad al Señor pueden pasar por una experiencia parecida, aunque de hecho no suceda a todos, porque también emplea Dios otras maneras para purificarnos y acercarnos más a El. Pero quizá estén más expuestos a esa prueba quienes, por razón del encargo apostólico encomendado, contemplan la labor hecha por el Señor —Dios permite que la contemplen— y ven como todos juntos los sufrimientos humanos y espirituales que ha costado cada alma, cada labor; sienten la alegría íntima del fruto que se toca y son visibles, en la serenidad de ese terremoto —en esa serenidad increíble que no es lógica—, las gracias abundantes que Dios Nuestro Señor ha dado a cada criatura sirviéndose de sus instrumentos en este *Opus Dei*. Y entonces hay como un sentimiento de fracaso en los propios errores: yo, ¿para qué he servido? No he hecho nada, he sido sólo un obstáculo. Las pasiones se ponen de pie; todas juntas, unánimemente. Viene como un fragor violento de adolescencia, de juventud, de primavera material. Pero todo eso lleva a la humildad¹⁰.

(9) De nuestro Padre, Crónica, 1974, p. 1235.

(10) De nuestro Padre, Crónica, 1974, p. 1235.

LA VIDA mía —escribe nuestro Padre— me ha conducido a saberme especialmente hijo de Dios, y he saboreado la alegría de meterme en el corazón de mi Padre, para rectificar, para purificarme, para servirle, para comprender y disculpar a todos, a base del amor suyo y de la humillación mía.

Por eso, ahora deseo insistir en la necesidad de que vosotros y yo nos rehagamos, nos despertemos de ese sueño de debilidad que tan fácilmente nos amodorra, y volvamos a percibir, de una manera más honda y a la vez más inmediata, nuestra condición de hijos de Dios (...).

*A lo largo de los años, he procurado apoyarme sin desmayos en esa gozosa realidad. Mi oración, ante cualquier circunstancia, ha sido la misma, con tonos diferentes. Le he dicho: Señor, Tú me has puesto aquí; Tú me has confiado eso o aquello, y yo confío en Ti. Sé que eres mi Padre, y he visto siempre que los pequeños están absolutamente seguros de sus padres. Mi experiencia sacerdotal me ha confirmado que este abandono en las manos de Dios empuja a las almas a adquirir una fuerte, honda y serena piedad, que impulsa a trabajar constantemente con rectitud de intención*¹¹.

De un modo u otro, este proceso se repite en las almas de las personas a las que el Señor invita a hacerse como niños. No todas tienen por qué seguir el

(11) *Amigos de Dios*, n. 143.

mismo camino, ya que el Espíritu sopla donde quiere¹², y a unos les guía de una manera, y a otros de otra. Pero todos hemos de conformarnos con Cristo, dejando de lado lo que se oponga a esa identificación.

Yo, que he enseñado a los hijos míos, sin obligarles a seguirlo, ese camino de niños, os puedo asegurar —por lo que conozco de las almas—, que en esa senda se refugian cuando pasan los años, muchos años, porque no encuentran otra, porque es lo único seguro.

Verse así, como un niño al que tienen que limpiar, al que deben dar de comer, al que hay que llevar de la mano; necesitado de que su Madre del Cielo y su Padre Dios le abracen, y le digan: tú eres debilidad, pero con nosotros eres fortaleza; tú eres la misma insipidencia, pero con nosotros eres la sabiduría; tú eres un pedazo de carne mortal, pero con nosotros eres la inmortalidad. Y se está tranquilo, aunque toda la miseria de la propia vida —y la que, por la misericordia de Dios, no se haya experimentado— se reúna como un gran enemigo, dentro y fuera.

Se comprende que todo lo que hay de bueno es prestado. Se siente la necesidad de rezar —oportet semper orare et non deficere (Luc. XVII, 1)— todo el día; y quizá el ansia de decir alguna jaculatoria de niño. Yo os aconsejo siempre jaculatorias, pero en estos días me viene a la boca, constantemente, una jaculatoria

(12) Cfr. Ioann. III, 8.

que, sin mucho sentido sobrenatural, pero con piedad, decía yo cuando era pequeño: Dulce Corazón de María, sed la salvación mía.

Si un hijo mío se encuentra en esa situación, no se le ocurrirá pensar que ha sido un instrumento santo en las manos de Dios; y sin embargo, lo ha sido. Yo le aconsejaría, como aconsejo a todos, fomentar la devoción —insisto que es un consejo— de hacer muchos actos de contrición, y de recurrir con particular piedad al Santo Sacramento de la Penitencia¹³.

Nuestra Madre sonríe al ver nuestros esfuerzos por agradar a Dios. Ella nos ayudará a progresar, día tras día, en esa tarea de amor en la que estamos empeñados.

(13) De nuestro Padre, Crónica, 1974, pp. 1236-1237.

312.

DOMINGO XX DEL TIEMPO ORDINARIO

—Aprovechamiento del tiempo por amor a Dios y a las almas.

—Aprovechar el tiempo para santificar el trabajo.

—El orden ayuda a aprovechar mejor el tiempo.

*ANDAD con cautela, no como necios, sino como sabios, aprovechando el tiempo*¹. ¡Con qué persuasión nos lo recomienda San Pablo, que tuvo una vida intensa, apretada, llena! Y es que le movía el amor, que impulsa a la acción, que activa las energías. *La caridad no puede ser ociosa* (...), dice San Agustín. *Muéstrame un amor que sea ocioso, inactivo*²: no existe.

El amor impulsa a trabajar, a gastarse por los demás, lo mismo que la pereza es signo de escaso amor, de no tener la vida llena, colmada. *Cuando se deja de querer obrar el bien* —afirma San Gregorio—, *poco a poco se pierde además el cuidado de pensar bien. Por eso se dice con tanta razón: "el alma negligente padecerá hambre"* (Prov. XIX, 15). *El alma, cuando no aspira con ardor a lo más alto, se derrama perezosa en los bajos deseos; y por lo mismo que se dispensa de someterse a una disciplina, se de-*

(1) L. II (B)(Ephes. V, 15-16).

(2) San Agustín, *Enarrationes in Psalmos* 31, 2, 5.

rrama en deseos de placeres. Por eso dice otra vez Salomón: "los deseos consumen al perezoso" (Prov. XIX, 15)³. La vida del ocioso no tiene sentido ni alicientes; busca satisfacer el hambre de plenitud, que todos tenemos en el corazón, en cosas que no son de Dios. Por eso —dice San Juan Crisóstomo—, *la ociosidad es la madre de todos los vicios*⁴.

Nosotros tenemos un gran amor en nuestra vida. Un amor que nos impulsa, que nos mueve, que no nos deja adormecernos. *Caritas Christi urget nos*⁵. Y cuando se siente la urgencia del trabajo por hacer, no hay lugar a la pereza, porque el tiempo es corto. *Al pensar en esta realidad* —predicaba nuestro Padre—, *entiendo muy bien aquella exclamación que San Pablo escribe a los de Corinto: tempus breve est!* (I Cor. VII, 29), *¡qué breve es la duración de nuestro paso por la tierra! Estas palabras, para un cristiano coherente, suenan en lo más íntimo de su corazón como un reproche ante la falta de generosidad, y como una invitación constante para ser leal. Verdaderamente es corto nuestro tiempo para amar, para dar, para desagraviar. No es justo, por tanto, que lo malgastemos, ni que tiremos ese tesoro irresponsablemente por la ventana: no podemos desbaratar esta etapa del mundo que Dios confía a cada uno*⁶.

(3) San Gregorio Magno, *Regula pastoralis* 3, 15.

(4) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 35, 4.

(5) II Cor. V, 14.

(6) *Amigos de Dios*, n. 39.

Es preciso hacer rendir las horas, los minutos, para sacarles todo el fruto que pueden dar. *Me dirás, quizá: ¿y por qué habría de esforzarme? No te contesto yo, sino San Pablo: el amor de Cristo nos urge (II Cor. V, 14). Todo el espacio de una existencia es poco, para ensanchar las fronteras de tu caridad*⁷. Esta urgencia de amar a Dios, de llevar a cabo todo lo que el Señor nos pide, nos mueve a poner en primer término las Normas del plan de vida, sin dejarnos arrastrar por la precipitación o el activismo. *Cuando lo espiritual nos llama, no hay ocupación alguna necesaria*⁸. Hay que poner ahí todo el corazón, todas las energías.

Es preciso aprovechar el tiempo con intensidad. Una hora, unos minutos pueden tener una plenitud grande, o pueden también transcurrir sin sentido, sin nada que los justifique: pueden ser horas muertas. Y nosotros queremos tener vida, vida sobrenatural.

BUENA parte de lo que Dios espera de nosotros es que realicemos un trabajo serio y responsable, poniendo todos los medios para aprovechar muy bien el tiempo. *Convenços de que la vocación profesional es parte esencial, inseparable, de nuestra condición de cristianos. El Señor os quiere santos en el lugar donde estáis, en el oficio que habéis elegido por los motivos que sean: a mí, todos me parecen buenos y nobles*

(7) *Amigos de Dios*, n. 43.

(8) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 69, 1.

—mientras no se opongan a la ley divina—, y capaces de ser elevados al plano sobrenatural, es decir, injertados en esa corriente de Amor que define la vida de un hijo de Dios.

*No puedo evitar cierto desasosiego cuando alguno, al hablar de su trabajo, pone cara de víctima, afirma que le absorbe no sé cuántas horas al día y, en realidad, no desarrolla ni la mitad de la labor de muchos de sus compañeros de profesión que, al fin y al cabo, quizá sólo se mueven por criterios egoístas o, al menos, meramente humanos. Todos los que estamos aquí, manteniendo un diálogo personal con Jesús, desempeñamos una ocupación bien precisa: médico, abogado, economista... Pensad un poco en los colegas vuestros que destacan por su prestigio profesional, por su honradez, por su servicio abnegado: ¿no dedican muchas horas en la jornada —y aun en la noche— a esa tarea? ¿No tenemos nada que aprender de ellos?*⁹.

Seriedad profesional, responsabilidad, esfuerzo. Esto se traduce en horas de trabajo bien determinadas, en una vida laboriosa, que saca el tiempo de donde no lo hay. Cada día, hay que echar una ojeada a nuestro plan de trabajo, para ver de dónde se puede sacar un cuarto de hora para esto, diez minutos para lo otro, qué actividad se puede recortar para dejar cumplidas otras más urgentes. *¿Cómo solía trabajar San Pablo? —se pregunta San Agustín—.*

(9) *Amigos de Dios*, n. 60.

*Quiero decir: ¿qué tiempo le quedaba sin estorbar a la evangelizarían? ¿Quién podrá saberlo? Con todo, declaró que trabajaba día y noche. Lo que hizo el Apóstol fue una cosa maravillosa, pues trabajaba con sus manos, no obstante la solicitud por todas las Iglesias, fundadas o por fundar, que tenía a su cuidado y responsabilidad*¹⁰.

No aprovechar bien el tiempo supondría falsear la entraña de nuestra vocación, ya que buscamos la plenitud de la vida cristiana precisamente en la santificación del trabajo ordinario: *si a uno de mis hijos a lo largo de la jornada le sobrara tiempo, es señal de que le falta una buena parte del espíritu de nuestro Opus Dei*". El buen uso del tiempo es signo inequívoco del amor que nos mueve, de la sinceridad de nuestra dedicación, y de nuestra vibración apostólica y proselitista. Una persona perezosa no sería capaz de arrastrar a los demás con el ejemplo, alejaría a las almas con temple, con espíritu de lucha, y atraería sólo a personas incapaces de entender nuestro espíritu.

CUANDO San Pablo nos exhorta a aprovechar el tiempo, añade que no nos comportemos *como necios, sino como sabios*¹².

(10) San Agustín, *De opere monachorum* 15, 15.

(11) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-1-1935, nota 85.

(12) L. II (B) (*Ephes.* V, 15).

Sacar el máximo rendimiento a cada día exige orden, una virtud que es la mejor salvaguardia de la laboriosidad. El trabajo hecho día a día, según un plan, con constancia, rinde siempre.

La pereza puede ocultarse, en ocasiones, tras el activismo, que lleva a comenzar una cosa y a interrumpirla para emprender otra; que se mueve por el capricho o por la ilusión de un momento: prisas, cambios injustificados de horario... Detrás de todo esto se esconde, habitualmente, una innegable pereza: la apatía de no querer sujetarse a una disciplina, a un plan de trabajo serio. *No caigas en esa enfermedad del carácter* —nos prevenía nuestro Padre— *que tiene por síntomas la falta de fijeza para todo, la ligereza en el obrar y en el decir, el atolondramiento...: la frivolidad, en una palabra.*

*Y la frivolidad —no lo olvides— que te hace tener esos planes cada día ("tan llenos de vacío"), si no reaccionas a tiempo —no mañana: ¡ahora!—, hará de tu vida un pelele muerto e inútil*¹³.

Es preciso ordenarse, porque no tenemos tiempo de hacerlo todo enseguida. Cada día hay que estudiar una escala de valores, y seguirla. Pero no penséis que para hacerse ese plan es necesario estar pensando una hora: eso es de personas locas. Bastan unos minutos, al comenzar el trabajo".

(13) *Camino*, n. 17.

(14) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, nota 61.

Ese orden exige conceder primacía a los asuntos más urgentes, y no a los que más nos agradan. Hay también que saber *jerarquizar las cosas por su categoría, por su importancia, y no por su antigüedad: pueden ser muy urgentes cosas que se plantean hoy, y no serlo cosas surgidas hace meses; hay que jerarquizar los asuntos, por la prisa que nos debemos dar en estudiarlos —no por la precipitación, que sería desgobierno—, sabiendo decir cuando convenga, a los que están más abajo, que no es urgente lo que ellos piensan que sí lo es*¹⁵. Y continúa nuestro Padre: *no hay que confundir la serenidad con la pereza o con el retraso en el estudio de los asuntos. La serenidad se complementa con la diligencia, necesaria para considerar y resolver sin retrasos las cuestiones pendientes*¹⁶.

Hay que atender a todo, poniendo una especial diligencia en cumplir lo que nos indican los Directores, sin buscar excusas. La mayoría de las razones que muchas veces encontramos para no cumplir lo que nos señalan son, en el fondo, síntomas de comodidad. Si hay orden en nuestras ideas y en nuestro corazón, si hay un sincero deseo de trabajar por amor de Dios, desaparecen todas las incompatibilidades. Y entonces el tiempo se alarga, llegamos a todo, aprendemos a poner las últimas piedras. Porque eso es lo que el Señor nos pide: coronar lo empeza-

(15) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, nota 61.

(16) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, n. 42.

do. *Hasta en el Ritual Romano se ignoran las últimas piedras —ha dejado escrito nuestro Padre—: sólo hay bendición para las primeras. Lo nuestro es ser constantes, trabajar sin desfallecimientos, hasta terminar la tarea con garbo, con toda la posible perfección humana, por amor de Dios* ".

Acudamos a Santa María, diciéndole: *enséñame a utilizar mis días en servicio de la Iglesia y de las almas; enséñame a oír en lo más íntimo de mi corazón, como un reproche cariñoso, Madre buena, siempre que sea menester, que mi tiempo no me pertenece, porque es del Padre Nuestro que está en los Cielos*¹⁸.

(17) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, nota 64.

(18) *Amigos de Dios*, n. 54.

313.

LUNES

—Necesidad de ser almas de criterio.

—Para ser almas de criterio, hace falta visión sobrenatural, prudencia y estudio.

—Enemigos internos y externos de la formación del criterio.

SE LE acercó uno, y le dijo: Maestro, ¿qué cosas buenas debo hacer para alcanzar la vida eterna?^x. Las palabras que este personaje del Evangelio dirige a Cristo, responden a la íntima necesidad que tiene cada alma de poseer un recto criterio, unas orientaciones coherentes para toda la vida.

Como nosotros, aquella persona precisaba tener claras las verdades que fundamentan la actuación personal. La diversidad de pareceres sobre tantas materias, las diferentes situaciones que pueden presentarse a lo largo de la vida, hacen que el hombre busque unas normas de juicio y de actuación ciertas, permanentes, ordenadas, sencillas. Todos necesitamos tener un criterio bien formado, que encuadre dentro de un panorama más general los conocimientos de la ciencia particular a la que nos dedicamos, y los conocimientos que vamos adquiriendo con el pa-

(1) Ev. [Matth. XIX, 16].

sar de los años, para colocarlos en el recto orden a su último fin.

Nuestra entrega en la Obra, el trato con Dios en la oración y en los sacramentos, la formación que recibimos, el ejemplo de nuestros hermanos, van dejando en el alma ese cúmulo de valores objetivos ciertos, que acaban por hacernos almas de criterio, que nos capacitan para juzgar con rectitud los sucesos y las situaciones en que nos encontramos. Lo hemos meditado muchas veces con palabras de nuestro Padre: *voy a remover en tus recuerdos, para que se alce algún pensamiento que te hiera: y así mejores tu vida y te metas por caminos de oración y de Amor. Y acabes por ser alma de criterio*².

Un deseo de nuestro Padre que debemos realizar plenamente, para que de nuestra abundancia puedan llenarse otros. El Señor nos ha hecho depositarios de esa riqueza, para que la repartamos a otras almas. Cada uno de nosotros puede decir, con verdad, que ese *tesoro no es mío, sino que Otro me lo ha confiado, pues yo no soy más que un mendigo*³; y sabe, al mismo tiempo, que tiene obligación de conservarlo seguro, limpio, claro. *Que nos decidamos de verdad a ser almas entregadas, enamoradas, en trato constante con Dios, para que ese oro de la doctrina pueda servir de mucho a las gentes, por nuestro ministerio*⁴.

(2) Camino, prólogo.

(3) Pseudo-Macario, *Homiliae* 15, 37.

(4) De nuestro Padre, Crónica XII-59, p. 67.

Si se lo pedimos al Señor, El nos llevará a ese *estado de varón perfecto, a la medida de la edad perfecta según Cristo, de manera que no seamos ya niños caprichosos ni nos dejemos llevar aquí y allá por todos los vientos de opiniones*⁵.

PARA ser personas de criterio no basta tener muchas ideas, aunque sean profundas en apariencia. Es preciso que formen un conjunto armónico, que cada una ocupe su sitio, que estén subordinadas unas a otras según un justo orden. Para que esto se realice de verdad en nuestra vida, es imprescindible que exista un principio fundamental que dé a cada cosa su lugar. Ese principio supremo, ordenador de toda nuestra vida, es el que nos indica hoy el Señor, respondiendo a la pregunta que le hacen: *Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos*⁶. Es una visión que supera el conocimiento y la experiencia humanos: *he entendido más que los ancianos, porque cumplí tus mandatos*⁷.

Hay que tener visión sobrenatural, considerar toda la realidad a la luz de la fe: *cuando se piensa con la mente clara en las miserias de la tierra, y se contrasta ese panorama con las riquezas de la vida con Cristo, a mi juicio, no se encuentra más que una pala-*

(5) Ephes. IV, 13-14.

(6) Ev. (Matth. XIX, 17).

(7) Ps. CXVIII, 100.

*bra que califique —con expresión rotunda— el camino que elige la gente: necedad, necedad, necedad*⁸. Por eso, *no podemos perder el sentido de lo sobrenatural*⁹ al enjuiciar un hecho, al tomar una decisión, al dar un consejo.

La visión sobrenatural nos ayudará a aplicar con prudencia y ponderación los principios cristianos a las situaciones de la vida corriente. Para cumplir la voluntad de Dios en todo, *no queráis juzgar por las apariencias, sino juzgad por un juicio recto*¹⁰: es necesario ser siempre ecuanímenes, conocer bien los hechos, distinguir lo cierto de lo opinable, saber aplicar los principios de la doctrina católica al campo que tenemos que enjuiciar. Y para esto, es preciso el conocimiento profundo de las verdades de la fe, y esto supone estudio, como la adquisición de cualquier ciencia.

Estudia. —Estudia con empeño. —Si has de ser sal y luz, necesitas ciencia, idoneidad.

*¿O crees que por vago y comodón vas a recibir ciencia infusa?*¹¹. Hemos de estudiar, y asimilar lo que estudiamos, meditándolo una y otra vez; por eso, *con el fin de asegurar esa firmeza de criterio, la Obra nos proporciona una intensa y constante formación doctrinal religiosa: de esta manera se mantienen siem-*

(8) Surco, n. 532.

(9) De nuestro Padre, Obras VI-62, p. 34.

(10) Ioann. VII, 24.

(11) Camino, n. 340.

*pre vivas las ideas claras indeclinables, que nos guían en la acción y definen el área amplísima de las cuestiones dejadas por Dios a la discusión libre de los hombres*¹². Esa formación, que la Obra nos proporciona, hemos de remansarla mediante el estudio personal. No basta oír, hay que adoptar una postura activa, interesada. Cada vez más, es importante contar con una preparación doctrinal coherente y adecuada para ayudar a los demás; y para que nosotros mismos sepamos discernir lo verdadero de lo falso en las corrientes de pensamiento que puedan estar más de moda en un momento determinado.

HEMOS de formar nuestro criterio. Esta labor requiere años de estudio y de oración. Nuestra presencia en el mundo contribuye también a formarnos. A la vez, la vida interior exige una lucha constante contra los enemigos de dentro y de fuera, y es natural que estemos en guardia.

A veces pueden infiltrarse puntos de vista poco exactos en nuestra mente, como resultado de una paulatina condescendencia con errores propios o ajenos. Entonces hay que saber rectificar, aclarar conceptos, ser humildes. Nuestro Padre nos prevenía contra ese peligro: *quizá en nuestra vida, por debili-*

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 6-V-1945, n. 36.

*dad, podremos obrar mal. Pero las ideas claras, la conciencia clara: lo que no podemos es hacer cosas malas y decir que son santas*¹³.

En otras ocasiones, el ambiente que nos rodea podría contagiarnos algo de sus falsos criterios, de sus juicios excesivamente humanos. *Es innegable —lo están recordando incesantemente los Romanos Pontífices desde hace más de un siglo— que existen muchas personas que se dedican deliberadamente a oscurecer las inteligencias, a enturbiar las conciencias. Se presentan como siempre se ha presentado el demonio: fingiendo. Aparecen, a veces, incluso con manifestaciones ficticias de respeto y comprensión, y hasta de piedad, escondiendo debajo el veneno mortal: porque homicida erat ab initio, et in veritate non stetit, quia non est ventus in eo floann. VIH, 44); son siempre homicidas y traicioneros, porque la verdad no está con ellos. Pero no hay novedad en esta farsa: se ve que el demonio está agotado y se repite. No obstante, hay que estar siempre vigilantes; ésa es la labor más maléfica que puede hacerse a las almas*¹⁴.

La confusión podría introducirse con ocasión del deseo de ampliar conocimientos para estar a tono con los tiempos, por una equivocada interpretación de libertad, por una mal entendida imparcialidad o comprensión... Lo advertía hace tiempo nues-

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 24-III-1931, n. 37.

(14) De nuestro Padre, *Carta*, 30-IV-1946, n. 17.

tro Padre: *confusionismo*. —*Supe que vacilaba la rectitud de tu criterio. Y, para que me entendieras, te escribí: el diablo tiene la cara muy fea, y, como sabe tanto, no se expone a que le veamos los cuernos. No va de frente. —Por eso, ¡cuántas veces viene con disfraz de nobleza y hasta de espiritualidad!*¹⁵.

Aunque contemplamos el mundo con actitud abierta y positiva, no podemos ignorar la existencia de este peligro, para rectificar a tiempo si llega a darse en nosotros o en algún hermano nuestro. Todos somos responsables de que se conserve siempre en la Obra la pureza de la doctrina, la seguridad y firmeza de criterio que nos exige nuestra condición de cristianos llamados por Jesucristo con una vocación peculiar.

*Hay que pedir a Dios que ponga siempre en nuestra inteligencia esa fe y esa visión sobrenatural, que dé una jerarquía objetiva a nuestras ideas y a nuestros afectos y a nuestras obras. Hay que pedir ese criterio, porque es un don de Dios*¹⁶.

Pidamos a Nuestra Madre, *Sedes Sapientiae*, que nos alcance de Dios ese don. De esa forma nuestros juicios, siempre matizados por la caridad, en la presencia de Dios, podrán ayudar a los demás a ponerse en la verdadera realidad de las cosas, sin ceder a influencias engañosas o poco objetivas.

(15) *Camino*, n. 384.

(16) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 50.

314.

MARTES

—Nuestra entrega total —*reliáis ómnibus!*— nos hace merecedores de las promesas divinas.

—El peligro del aburguesamiento en la entrega: cómo vencerlo.

—La sinceridad plena facilita esa entrega total, que redundará en abundantes frutos apostólicos.

HIJOS míos, mirad que Jesucristo está con cada uno de nosotros siempre, como con los Apóstoles, aunque de otro modo, porque tenemos a Nuestro Señor bien metido dentro de nuestra vida. Con El seremos muy sobrenaturales y muy humanos, y sabremos poner en el trabajo, en la amistad, en la fraternidad, esa sal divina, ese sentido sobrenatural, que arrastre a los demás a buscar a Cristo, a conocerle y a amarle. Pero, para eso, querría grabar bien en las cabezas una idea muy clara, porque, si no nos convencemos de esto, perdemos el tiempo: hay que darle todo, todo, al Señor '.

La entrega de sí mismo —total, completa, definitiva— resulta indispensable para quienes, como nosotros, hemos sido llamados por Dios con vocación divina. Como a los Apóstoles, el Señor nos ha hecho pro-

(1) De nuestro Padre, *Crónica*, 1973, p. 538.

mesas formidables, y para darles cumplimiento sólo espera nuestra correspondencia leal y abnegada.

Es la enseñanza del Evangelio que la Iglesia nos propone hoy en la Misa. *Tomó Pedro la palabra y le dijo: ya ves que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido, ¿qué recompensa tendremos?*². Y le respondió Jesús: *todo el que haya dejado casa, hermanos o hermanas, padre o madre, o hijos, o campos, por causa de mi nombre, recibirá el ciento por uno y heredará la vida eterna*³.

Con la gracia de Dios, que es sobreabundante, todos en la Obra procuramos renovar con frecuencia nuestra entrega. Pero no podemos olvidar que, como predicaba nuestro Fundador, *a veces el demonio se las arregla para que, personas que tendrían que estar totalmente desprendidas, no lo estén. Os lo he dicho en muchísimas ocasiones. Meditad esos pasajes del Evangelio que nos cuentan la llamada de los Apóstoles. Considerad cómo dejan el ómnibus, todas las cosas. En ocasiones resulta que nosotros no las dejamos. Al principio, quizá no nos damos cuenta; pero después pasan los años, y resulta que no somos tan felices como deberíamos, porque hay algo que no hemos sabido cortar o abandonar.*

Os digo en la presencia de Dios que, si algún hijo mío se siente infeliz, es porque le da la gana, porque

(2) Ev. {Matth. XIX, 27}.

(3) Ibid., 29-30.

se ha reservado alguna cosa para él solo, por un pequeño egoísmo o por una pequeña ignorancia. Hay que entregarse de verdad, hijos. Y para eso, siempre se está a tiempo. Hay que dejar el ómnibus, y caminar por el mundo desprendidos, dispuestos a no ser y a no tener nada, por amor de Jesucristo.

La entrega nos da a todos una gran seguridad y paz. Por eso os suelo decir que el Opus Dei, sin ómnibus, es estupendo para vivir y estupendo para morir. No tenemos miedo a la vida, ni miedo a la muerte. Por ahí, mucha gente tiene miedo a la vida, y muchísimos más sienten terror ante la muerte. En la Obra ninguno de los dos temores se admiten. Sólo tiene miedo el que se ha reservado algo para él, el que no ha entregado todo a Dios Nuestro Señor.

*Ahora tenéis claridad y luz de Dios. Haced un poco de examen. Mirad en vuestro corazón, dispuestos a quitar y arrancar lo que sea preciso, y seréis felices en la tierra, y nos aseguraremos la felicidad en el Cielo*⁴.

UN PELIGRO puede aparecer cuando se llevan muchos años caminando en el servicio del Señor: el aburguesamiento. ¡No lo consintáis, hijos! Hay que tener ilusión siempre, como en el primer momento, quizá con una apariencia menos fogosa, pero más segura, más teológica (...).

(4) De nuestro Padre, Crónica, 1973, pp. 539-540.

Hijos míos, ahora que se ve tanto desamor, os insisto en que nosotros hemos de saber querer, y querer con el corazón entero, entregado. Si al Señor le damos, ¡jamando!, todo nuestro corazón, no tendremos inconveniente en dejarlo bien al descubierto, en la oración y en la dirección espiritual, con todas sus miserias y debilidades. Haremos una exposición total y llena de humildad para querer todavía más, reparando por lo que no hemos sabido hacer y por lo que no hemos podido cumplir.

El aburguesamiento se vence por este camino de entrega, sabiendo renovar la ilusión con el cumplimiento piadoso de las Normas, y con la lucha diaria, hasta el final de nuestro paso por la tierra. Os lo dice vuestro Padre que, con sus siete años, tiene que luchar igual que vosotros, y quizá más, porque soy peor que vosotros.

Querría que os sintierais animados y santamente responsables. No os preocupéis cuando os cuesten las cosas. Considerad —saboreándolo— que os ha entrado Dios en el corazón, que os lo pide entero; y no perdáis la seguridad de estar haciendo la misma labor divina que aquellos primeros Doce que acompañaron a Jesús. Así seremos muy felices.

En esta vida no nos pueden faltar ni las alegrías, ni las penas. Pero no olvidéis que, si el Señor nos manda una alegría, es porque nos quiere; y si nos manda alguna pena, es para probar que le queremos.

Mientras caminamos, necesariamente habrá victo—

rías y derrotas; pero se alcanza la paz sobrenatural, en cuanto nos volvemos a Dios, en cuanto nos acercamos al Señor, rehuyendo las pequeñas compensaciones que pueden ofrecer las cosas de la tierra. La gente es feliz cuando verdaderamente se da del todo a Dios.

A vosotros, hijos míos, que lleváis algún tiempo en este bendito servicio al Señor, os pido especialmente que sirváis más y que viváis con alegría. No os adoramezcáis, y, mucho menos, no os aburgueséis. Renovad diariamente vuestra entrega; el Señor os espera. Decidle que le vais a querer más. Tenéis que poner, por lo menos, el mismo empeño y la misma ilusión que cuando comenzasteis a andar por este camino divino. Además, y aunque no debáis hacerlo por eso, la gente os mira y, al cumplir vosotros la Voluntad de Dios, al esforzaros, están aprendiendo de vuestra entrega y recibiendo vuestra ayuda.

Tratad a Jesucristo, al Padre y al Espíritu Santo, y dejad conocer vuestra alma completamente a quien debe escucharos. Hablad con rectitud de intención, sin dudas, y sin admitir los escrúpulos; no los toleréis, porque sería empequeñecer el corazón de Cristo. Yo, que tengo la clara seguridad de que el Opus Dei es una muestra de la misericordia del Cielo con cada uno de nosotros, veo siempre con más evidencia que en la Obra se prepara el camino para acabar, en todo momento, en las manos de Dios⁵.

(5) De nuestro Padre, Crónica, 1973, pp. 541-542.

HIJAS e hijos míos, ¿sabéis cuál es el peor enemigo de las almas entregadas a Dios? ¡La media entrega! Cuando uno no se ha dado por completo, a la primera dificultad la inteligencia se enreda, y cuesta comprender lo que entiende una criatura de diez años, y viene el pensamiento de que no se nos entiende. Hijo, habla, y verás cómo sí te comprenden. ¿No será que a ti, por las circunstancias de un momento, porque tu soberbia quiere saltarse una limitación, no te interesa que se te entienda?

Por amor de Dios, hablad, ¡hablad! Nuestra lucha íntima, personal, ha de ser breve: si viene un pensamiento que roza la entrega, hay que rechazarlo con un manotazo, como si fuera una avispa venenosa, con la misma prontitud con que rechazaríais —perdonadme— una idea contra la honestidad de vuestra madre. A veces comenzamos a dar vueltas, entreteniéndonos en una bobada, luchando tontamente, quizá porque nos falta la decisión de entregarnos. Hay que ir a la charla y a la confesión enseguida: mira, me pasó esto y, siendo una cosa tan tonta, me costó vencer. No supe dar un manotazo y cortar. Si tú, hijo mío, actúas así, estoy seguro de tu fidelidad y de tu felicidad.

Hemos visto en el Evangelio cómo los Apóstoles siguieron al Señor relictis ómnibus (Luc. V, 11). ¡Hay que quemarlo todo, todo! Y no una sola vez, sino muchas, de una manera o de otra. Algunos parece que se quedan en el ómnibus, y hay que pegarle fuego a eso: ¡todo!, ¡todo!, ¡todo! Al corazón, en primer

lugar. Cuando se entrega de verdad, cuando la donación es plena, ¡plena!, y se dice al Señor que tome posesión de él, entonces el cariño que nace es santo siempre: amamos a todas las almas, y de una manera particular a esta familia nuestra sobrenatural, pasando por ese filtro ardiente que es el Corazón abierto de Cristo, y el Corazón dulce e inmaculado de María Santísima (...).

Hijos, ¡humildes!, ¡entregados! Aceptad y amad esas limitaciones que son consecuencia de una libérrima decisión nuestra, y que nos permiten aguantar el peso del día y del calor (Matth. XX, 12), mientras trabajamos por la Iglesia. No tengáis otro deseo que el de servir; y servir es olvidarse de sí; servir es poner el corazón en el suelo, para que los demás pisen blando; servir es dejar atrás todo interés personal, por salvar a las almas. Padre, diréis, pues entonces... ¡vaya una vida! Mirad, hijas e hijos míos, los que saben hacer esto son felicísimos. Y además, resulta que no los pisa nadie. Es estupendo. El Señor se conforma con la buena voluntad, con los deseos. Permite que lleguen unas pocas pruebas pequeñas y, cuando ve que la criatura reacciona con generosidad, es muy poco exigente. Se conforma con la llamarada. No tengáis miedo a servir a los demás; al contrario, que ésa sea para vosotros la característica más amada de vuestra vocación, el donum Dei (Ioann. IV, 10), como Cristo: non venit ministrari sed ministrare (Matth. XX, 28), no hemos venido a la Obra a ser servidos, sino a servir.

Estad bien unidos, apretados: consummati in unum. Ahora hace tanta falta como en los principios de la Iglesia que los que creemos en el Señor vivamos en unidad de alma y de corazón (cfr. Act. IV, 32), que cada uno esté decidido a romper con todo lo personal, cuando sea una limitación a nuestra entrega sin condiciones. Jesucristo y las almas nos necesitan. ¡Qué contentos estarán el Señor y su Madre con vuestros buenos propósitos, clara señal de que tenéis alma de apóstol, siendo personas corrientes que pasan inadvertidas pero llevando a todos los rincones de la tierra el fuego de Dios! Al pensar en todas mis hijas y en todos mis hijos, en vuestra abnegación y sacrificio, se me viene a la cabeza aquella canción de mis años mozos: ignem veni mittere in terram, et quid voló nisi ut accendatur? (Luc. X/7, 49): os veo, hijos, propagando el incendio⁶.

(6) De nuestro Padre, Crónica, 1972, pp. 637-639.

315.

MIÉRCOLES

- El Señor nos ha llamado a trabajar en su viña.
- Es preciso aprovechar bien el tiempo.
- Aprovecharlo con serenidad y visión sobrenatural.

HOY LEEMOS en el Evangelio de la Misa la parábola del padre de familia que salió de madrugada a contratar unos braceros, para que trabajasen en su viña. Ya conocéis el relato —nos decía nuestro Padre en una ocasión—: *aquel hombre vuelve en diferentes ocasiones a la plaza para contratar trabajadores: unos fueron llamados al comenzar la aurora; otros, muy cercana la noche.*

Todos reciben un denario: el salario que te había prometido, es decir, mi imagen y semejanza. En el denario está incisa la imagen del Rey (San Jerónimo, Comm. in Matth. 3, 20). Esta es la misericordia de Dios, que llama a cada uno de acuerdo con sus circunstancias personales, porque quiere que todos los hombres se salven (I Tim. II, 4). Pero nosotros hemos nacido cristianos, hemos sido educados en la fe, hemos recibido, muy clara, la elección del Señor. Esta es la realidad. Entonces, cuando os sentís invitados a corresponder, aunque sea a última hora, ¿podréis continuar en la plaza pública, to-

*mando el sol como muchos de aquellos obreros, porque les sobraba el tiempo?*¹.

A nosotros ya no puede ocurrirnos como a aquellos hombres que se pasaban el día matando el tiempo, sin hacer nada. *En la espiritualidad del Opus Dei el trabajo es fundamental, porque toda la Obra se apoya, como la puerta en el quicio, en el ejercicio de un oficio o trabajo en medio del mundo; de tal manera que a cualquiera que excluya un trabajo humano honesto —importante o humilde—, afirmando que no puede ser santificado y santificante, podemos decirle con seguridad que Dios no le ha llamado a su Obra*².

El espíritu que la Obra difunde en toda la tierra, tiene raíces profundísimas en el Evangelio. *Instaurare omnia in Christo* (Ephes. I, 10), dice San Pablo a los de Efeso, *renovad el mundo en el espíritu de Jesucristo, colocad a Cristo en lo alto y en la entraña de todas las cosas. Venimos —escribía nuestro Padre— a santificar cualquier fatiga humana honesta: el trabajo ordinario, precisamente en el mundo, de manera laical y secular, en servicio de la Iglesia Santa, del Romano Pontífice y de todas las almas*³.

La invitación con la que el Señor nos llama a trabajar es continua. *El trabajo para nosotros es dignidad de la vida y un deber impuesto por el Creador, ya que el hombre fue creado ut operaretur. El trabajo es*

(1) *Amigos de Dios*, n. 42.

(2) De nuestro Padre.

(3) De nuestro Padre, *Carla*, 9-1-1932, n. 2.

*un medio con que el hombre se hace participante de la creación: y por tanto, no sólo es digno, sea el que sea, sino que es un instrumento para conseguir la perfección humana —terrena— y la perfección sobrenatural*⁴. El trabajo es, además, *vínculo de unión con los demás hombres y medio para contribuir al progreso de la humanidad entera, es fuente de recursos para sostener a la propia familia, es ocasión de perfeccionamiento personal, es —e importa en gran manera decirlo muy claramente— modo y camino de santidad, realidad santificable y santificadora*⁵.

EN LA viña unos fueron llamados a primera hora, otros bien entrado el día. *Tú, hijo mío, preguntaba nuestro Padre, ¿cuándo te sientes llamado?, ¿a última hora?, ¿estás como estarían esos obreros en la plaza pública, tomando el sol porque les sobra el tiempo?*

Hijo mío, nosotros no tenemos nunca sobra de tiempo. A un hombre del Opus Dei, a quien le sobrara tiempo, hay que considerarlo como metido en la tibieza; sobrenaturalmente hablando, es un lisiado. Un hombre del Opus Dei que desaprovechara el tiempo, es que no ha cogido y que no vive el espíritu de la Obra. Un hombre del Opus Dei que se pasase el día abobado, no en este coloquio continuo por el cual nosotros

(4) De nuestro Padre, *Carla*, 31-V-1954, n. 17.

(5) De nuestro Padre, *Carla*, 15-X-1948, n. 4.

*no podemos estar nunca aburridos, sino pensando en ensueños, en tonterías, dejando que la imaginación vogue para allí, o para allá..., si me dijera que le sobra tiempo, yo le contestaría que le sobra desaprensión, que es un tranquilo, que es un tibio*⁶.

Las almas esperan que las llevemos a Cristo: son tantos millones de personas... El tiempo es siempre corto para lo mucho que hay que hacer, y aunque *no somos nosotros sino la Providencia divina la que hace todo, aun en las cosas que aparentemente realizamos nosotros*⁷, el Señor exige que aprovechemos los años que nos da. En realidad, es siempre escaso el tiempo con que podemos contar para realizar todo lo que Dios espera de nosotros, que es mucho; esos días que de algún modo forman parte de los talentos recibidos de Dios, no sabemos hasta cuándo se prolongarán: *a nadie se le ha prometido nunca el día de mañana*⁸.

El Señor nos urge y la responsabilidad de la llamada nos exige una actividad intensa, sacrificada, en beneficio de las almas, en servicio de la Iglesia entera. *Ratos perdidos, quizá con la falsa excusa de que te sobra tiempo... ¡Si hay tantos hermanos, amigos tuyos, sobrecargados de trabajo! Con delicadeza, con cortesía, con la sonrisa en los labios, ayúdales de tal manera que resulte casi imposible que lo noten; y que ni se*

puedan mostrar agradecidos, porque la discreta finura de tu caridad ha hecho que pasara inadvertida.

No les había quedado un instante libre, argumentarían aquellas pobres, que van con las lámparas vacías. Les sobra la mayor parte del tiempo a los obreros de la plaza, porque no se sienten obligados a prestar servicio, aunque la búsqueda del Señor es continua, es urgente, desde la primera hora. Aceptémosla, respondiendo que sí: y aguantemos por amor —que no es aguantar— el peso del día y del calor (Matth. XX, 12)".

APROVECHAR bien el tiempo, y a la vez tener bien presente que, en la viña del Señor, *ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que es el que hace crecer (...), aunque cada uno recibirá su propio salario a medida de su trabajo*¹⁰. Por eso, porque los frutos dependen de la Voluntad del Señor, hemos de estar bien persuadidos de que la eficacia no consiste en correr alocadamente, en ir de acá para allá, atropellando el plan de vida, las Normas. Al contrario: nuestro Padre nos asegura que *el secreto de nuestra eficacia es ser piadosos, sinceramente piadosos*¹¹. La piedad nos ayudará a dar pleno sentido sobrenatural a nuestra vida de trabajo intenso. Cumpliendo con

(6) De nuestro Padre, Meditación, 9-1-1956.

(7) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 21, 4.

(8) San Agustín, *Sermo* 87.

(9) *Amigos de Dios*, n. 44.

(10) *1 Cor.* III, 7-8.

(11) *De nuestro Padre*, n. 27.

piedad las Normas de nuestro plan de vida, cuidando la oración y la mortificación, *el Señor da al trabajo de la inteligencia y de las manos del hombre, al trabajo de sus hijos, un valor inmenso. Actuando así, de cara a Dios, por razones de amor y de servicio, con alma sacerdotal, toda la acción del hombre cobra un genuino sentido sobrenatural, que mantiene unida nuestra vida a la fuente de todas las gracias*¹².

Esta visión sobrenatural es el fundamento de la serenidad que necesitamos para saber aprovechar de verdad el tiempo, sin apresuramientos inútiles, con calma. Especialmente esos días *en que parece que la cabeza no puede contener más cosas: aquello que está sin hacer; aquello otro que está hecho, pero que hay que rehacer... Y se llena el alma, no de falta de paz, pero sí de intranquilidad, de inquietud. Entonces es la hora de acercarse al Señor, y de decirle: Tú harás las cosas antes, más y mejor, y vuelve la tranquilidad y relucen en nuestra vida la alegría y la paz*¹³. Y esa paz, esa serenidad, es nueva fuente de eficacia.

Madre nuestra Santísima, recuérdanos siempre *que para un hijo de Dios, por encima de la tempestad que ensordece en la altura, brilla siempre el sol; y por debajo del oleaje tumultuoso y devastador, reinan la serenidad y la calma. Dominus illuminatio mea, et salus mea, quem timebo? Dominus protector vitae meae,*

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 11-111-1940, n. 13.

(13) De nuestro Padre, *Circulo breve*, 11-II-1962.

a quo trepidabo? (Ps. XXVI, 1)¹⁴. Que sepamos siempre encontrar en el Señor la paz del alma, necesaria para ser realmente eficaces; que tengamos rectitud de intención, para que nuestro trabajo, intenso y constante, abunde en frutos sobrenaturales.

(14) De nuestro Padre, *Carta*, 31-V-1954, n. 28.

316.

JUEVES

- Para entrar en el Cielo, es necesario estar en gracia.
- Importancia de la Confesión sacramental.
- Acudir siempre al *Buen Pastor*.

HABLO de nuevo Jesús en parábolas diciendo: el Reino de los Cielos es semejante a un rey que celebró las bodas de su hijo. Y envió a sus criados a llamar a los invitados a las bodas \ Primero Dios se dirigió, por medio de los profetas, a los componentes del antiguo Pueblo de Israel. Y en buena parte de ellos se cumplió lo que hoy relata el Evangelio: mirad que tengo preparado ya mi banquete, se ha hecho la matanza de mis terneros y reses cebadas, y todo está a punto; venid a las bodas. Pero ellos, sin hacer caso, se marcharon uno a sus campos, otro a sus negocios; los demás echaron mano a los siervos, los maltrataron y dieron muerte².

Con la venida de Cristo a la tierra, la invitación divina se ha extendido a toda la humanidad, sin excepción alguna. A pesar de las miserias de nuestra naturaleza caída y de nuestros pecados personales, Dios insiste en convocarnos a su gran banquete: *los*

(1) Év. (Matth. XXII, 1-3).
(2) *Ibid.*, 4-6.

criados, saliendo a los caminos, reunieron a todos los que encontraron, malos y buenos; y se llenó de comensales la sala de bodas³. En su gran amor por la humanidad, Dios va tras el hombre —escribe Clemente de Alejandría— como la madre vuela sobre el pajañillo cuando éste cae del nido; y si la serpiente lo está devorando "la madre revolotea alrededor gimiendo por sus polluelos" (Deut. XXXII, 11). Así Dios busca paternalmente a la criatura, la cura de su caída, persigue a la bestia salvaje y recoge al hijo, animándole a volver, a volar hacia el nido⁴.

Para entrar en el Cielo, para participar en el gran banquete de Dios, es imprescindible la vestidura nupcial: la gracia santificante, que limpia el alma de todos los pecados haciéndola digna de estar en un lugar tan santo. Gratuitamente la concede el Señor en el Bautismo. Pero los hombres, por nuestra fragilidad, manchamos ese traje de bodas con el pecado. También entonces, por la bondad de Dios, podemos recuperar la limpieza bautismal: "*Induimini Dominum Iesum Christum*" —*revestios de Nuestro Señor Jesucristo, decía San Pablo a los Romanos. —En el Sacramento de la Penitencia es donde tú y yo nos revestimos de Jesucristo y de sus merecimientos⁵.*

La Confesión sacramental puede perdonar cualquier pecado, por grande que sea, restituyéndonos

(3) Év. (Matth. XXII, 1Q).

(4) Clemente de Alejandría, *Protrepticus* 10.

(5) *Camino*, n. 310.

la gracia santificante. Además, *nuestro Dios es tan rebueno* —decía nuestro Padre— *que, a poco que luchemos, responde inundándonos con su gracia. El Señor, con su corazón de Padre —más grande que todos nuestros corazones juntos—, es Omnipotente y nos quiere a todos cerca de El: el gozo suyo —son sus delicias estar con los hijos de los hombres (cfr. Prov. VIII, 31)— es llenar de alegría a quien se le acerca. ¿Y sabéis cómo nos acercamos a Dios? Con actos de contrición, que nos purifican y nos ayudan a ser más limpios*⁶.

*ENTRO el rey para ver a los comensales, y se fijó en un hombre que no vestía traje de boda; y le dijo: amigo, ¿cómo has entrado aquí sin llevar traje de boda? Pero él se calló. Entonces dijo el rey a sus servidores: atadlo de pies y manos y echadlo en las tinieblas de afuera; allí será el llanto y el rechinar de dientes*⁷. Y comenta San Juan Crisóstomo: *escuchad de dónde fuisteis llamados: de un cruce de caminos. ¿Y qué erais entonces? Cojos y mutilados del alma, que es mucho peor que serlo del cuerpo. No abuséis de la bondad de quien os ha invitado y nadie venga con el vestido sucio. Hay que cuidar con toda diligencia el vestido del alma*⁸.

(6) De nuestro Padre, Meditación *El talento de hablar*, abril de 1972.

(7) Ev. (Matth. XXII, 11-13).

(8) San Juan Crisóstomo, In *Matthaeum homiliae* 69, 2.

Hemos sido invitados a las bodas, y a un puesto preeminente en el banquete. El Señor nos ha llamado a su Obra, y nuestro vestido tiene que ser especialmente digno, decoroso. No es la llamada sola lo que nos hace gratos a Dios —bien lo vemos en la parábola—, sino la correspondencia a esa llamada. Correspondencia que exige dar muerte al *hombre viejo* y revestirse de Nuestro Señor Jesucristo. Recibimos la llamada, teniendo nosotros defectos, con faltas y errores. Y hay aún hábitos, costumbres, aspectos del carácter, que tal vez no se corresponden con el alto honor con que Dios nos ha distinguido.

Nosotros —escribe San Gregorio— *los que estamos en las bodas del Verbo, los que ya creemos en la Iglesia, los que nos nutrimos con el manjar de la Sagrada Eucaristía, los que nos gozamos de que la Iglesia está desposada con Dios, considerad, os ruego, si habéis venido a las bodas con vestido nupcial; examinad cuidadosamente vuestros pensamientos; examinad vuestros corazones*⁹.

Hemos de pedir luz al Señor para que nos haga reconocer la realidad de nuestras faltas. *Hemos de comportarnos como un pequeño que se sabe con la cara sucia y decide lavarse, para que su madre después le dé un par de besos. Aunque en el caso del alma contrita es Dios quien nos purifica, y luego y mientras, como una madre, no nos regaña, sino que nos coge,*

(9) San Gregorio Magno, *Homiliae in Evangelia* 2, 18, 12.

*nos ayuda, nos aprieta contra su pecho, nos busca, nos limpia y nos concede la gracia, la Vida, el Espíritu Santo. No sólo nos perdona y nos consuela, si vamos a El bien dispuestos, sino que nos cura y nos alimenta*¹⁰.

Para esto, se requiere preparar muy bien la Confesión cada semana; porque hay el peligro de dar cabida al acostumbamiento, de no cuidar la contrición, de no dar importancia a las faltas veniales, de disfrazar los propios defectos. No tenemos que cambiar lo que hay de positivo en nuestro modo de ser, pero hay que morir al egoísmo, a la sensualidad, a la soberbia...

El Sacramento de la Penitencia es una fuente de gracias, un manantial de aguas que limpian el alma. *Es lógico* —afirmaba nuestro Padre— *que sintamos deseos de ir, como dice la Escritura, con el afán del ciervo sediento. Ve a beber a esas aguas con frecuencia. Cuando lo necesites porque hay una falta, por lo menos; y cuando no tienes faltas graves, porque renuevas el dolor, vuelves a decir al Señor que tratas de ser mejor y le pides su gracia, y con la absolución del sacerdote, más fortaleza para la lucha (...). Tú, acércate al Santo Sacramento de la Penitencia, que eso es manifestación de lucha y de limpieza; y de amor y de agradecimiento a Jesucristo, que nos ha abierto esas fuentes de aguas vivas*¹¹.

(10) De nuestro Padre, Meditación *El talento de hablar*, abril de 1972.

(11) De nuestro Padre, Tertulia, 23-VM974.

SI DE verdad queremos participar en el banquete de la vida eterna, debemos acudir a la Confesión con el deseo de dejarnos curar, siempre que haga falta. Debemos persuadirnos de que todos tenemos mi-serias, y estamos necesitados de curación. Y ser muy sinceros con quien es para nosotros el Buen Pastor.

Esta ha sido siempre la enseñanza de nuestro Fundador, que —dejándonos en una libertad completa para confesarnos con cualquier sacerdote que tenga las oportunas licencias— nos aconsejaba vivamente que lo hiciéramos siempre con hermanos nuestros. *Gozáis, por tanto, de una libertad completa. La mayor parte de los miembros no viven en nuestras casas: no siempre podrán acudir a los sacerdotes de la Obra, y algunas veces tendrán que confesarse con otros. Cuando lo hagan, al abrir su conciencia, se desprenderá un suavísimo aroma de campo cuajado, bendecido por el Señor (Genes. XXVII, 27), la fragancia de una vida entregada plenamente a Dios y embellecida por la delicadeza de conciencia. Pero si en algún caso no hubiera de ser así, conviene que acudan a su hermano, al Buen Pastor, aun cuando para eso hayan de emplear medios que se salgan de lo corriente.*

Si el alma en circunstancias particulares necesita una medicación —por decirlo así— más cuidadosa, esto es, si se hace necesario el oportuno y rápido consejo, la dirección espiritual más intensa, no debe buscarla fuera de la Obra. Quien se comportara de otro modo, se apartaría voluntariamente del buen camino

e iría hacia el abismo; sin duda habría perdido el buen espíritu.

Un enfermo que se quiere curar, va a un médico determinado, que le conoce bien, y no superficialmente. No pone el menor obstáculo para que el médico le examine con detenimiento.

Y el médico, si cumple con su deber, procurará que el enfermo le diga todo lo que le pasa, y que —por debilidad, por inadvertencia— no deje de contarle alguna cosa que pueda ser de interés. Y el enfermo, si no es un loco, se apresurará a decir al médico todos los síntomas, todas las circunstancias que puedan ser manifestaciones de su enfermedad, hasta las más nimias.

A nadie que sea razonable se le ocurre ir a un médico cualquiera que conoce poco o nada los antecedentes clínicos del enfermo, y que con buena fe es muy posible que le dé un remedio genérico, probablemente inútil, e incluso pernicioso.

Vosotros, hijas e hijos queridísimos, siempre, pero especialmente cada vez que tengáis una enfermedad del alma y necesitéis de un médico, iréis a vuestros hermanos. Les abriréis el corazón de par en par, con sinceridad, con verdadero deseo de curaros; y esto, en la Confidencia, con el Director laico —mis hijas, con la Directora—, y en la confesión con los sacerdotes designados por el Consiliario.

Si obráis de este modo, con esa amorosa delicadeza que se ha vivido en la Obra desde el comienzo, la di-

rección espiritual se da eficazmente, y las almas se santifican y trabajan: son y hacen el Opus Dei con alegría y con paz¹².

La Virgen, que es Madre Nuestra, acogerá y fortalecerá ese buen deseo con que queremos corresponder a la gracia divina.

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 28-111-1955, nn. 19-21.

317.

VIERNES

—El precepto de la caridad, resumen de todos los mandamientos.

—La práctica del amor a Dios.

—La práctica del amor al prójimo.

MEZCLADO entre la multitud, uno de aquellos peritos que no acertaban ya a discernir las enseñanzas reveladas a Moisés, enmarañadas por ellos mismos con una estéril casuística, ha hecho una pregunta al Señor. Abre Jesús su labios divinos para responder a ese doctor de la Ley y le contesta pausadamente, con la segura persuasión del que lo tiene bien experimentado: amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el máximo y el primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: amarás a tu prójimo como a ti mismo. En estos dos mandamientos está cifrada toda la Ley y los profetas (Matth. XXII, 37-40) >.

En la Ley, Dios había establecido el precepto de la caridad, resumen de todos los mandamientos, porque *la plenitud de la ley es el amor*². Pero, cuando Jesucristo vino al mundo, encontró los corazones fríos, sin amor, extraviadas incluso las concien-

(1) *Amigos de Dios*, n. 222.

(2) *Rom.* XIII, 10.

cias, que se enredaban en interminables menudencias mientras olvidaban el gran mandamiento del amor. *No odiar al enemigo, no devolver mal por mal, renunciar a la venganza, perdonar sin rencor, se consideraba entonces —y también ahora, no nos engañemos— una conducta insólita, demasiado heroica, fuera de lo normal. Hasta ahí llega la mezquindad de las criaturas. Jesucristo, que ha venido a salvar a todas las gentes y desea asociar a los cristianos a su obra redentora, quiso enseñar a sus discípulos —a ti y a mí— una caridad grande, sincera, más noble y valiosa: debemos amarnos mutuamente como Cristo nos ama a cada uno de nosotros. Sólo de esta manera, imitando —dentro de la propia personal tosquedad— los modos divinos, lograremos abrir nuestro corazón a todos los hombres, querer de un modo más alto, enteramente nuevo*³.

Ese amor es posible porque la caridad nos viene con la gracia de Dios: *El nos amó primero*⁴. *Conviene que nos empapemos bien de esta verdad hermosísima: si podemos amar a Dios, es porque hemos sido amados por Dios (Orígenes, Comm. in Ep. ad Rom., IV, 9). Tú y yo estamos en condiciones de derrochar cariño con los que nos rodean, porque hemos nacido a la fe, por el amor del Padre*⁵. Además, muriendo por nosotros, Cristo nos ha enviado —para que alcanzá-

(3) *Amigos de Dios*, n. 225.

(4) *I Ioann.* IV, 10.

(5) *Amigos de Dios*, n. 229.

ramos la plenitud de la caridad— el Espíritu Santo, que es el mismo Amor de Dios. *Considera* —exclama San Juan Crisóstomo— *qué don tan grande se te ha concedido, qué magnífico templo hizo en tu alma el Espíritu Santo*⁶. Ahora podemos vivir plenamente el mandato del amor. Dios Nuestro Señor, al hacernos partícipes de su divinidad por la gracia, nos dio el precepto del amor sin medida, pero nos prestó también su mismo Amor, *pues la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que se nos ha dado*⁷.

Al contemplar estas verdades sobrenaturales, recordamos una vez más que la auténtica medida de nuestras obras, del valor de nuestra vida, es el amor. Pero este amor no podemos conseguirlo con simples esfuerzos personales. Hace falta acudir a la fuente de la gracia y pedirlo humildemente. *Dame, Señor, este amor con que quieres que te ame*⁸.

CON EL Espíritu Santo en nuestra alma en gracia, podemos amar a Dios por El mismo, y tal como Dios quiere ser amado, con su mismo amor. *El fin de la caridad es único: la bondad divina*⁹. No hay otro

motivo. *La caridad es una cierta amistad del hombre con Dios*¹⁰. Es amor de amistad y, por tanto, amor desinteresado, que no busca la satisfacción personal, sino la del amigo. Pero el Amigo es ahora el mismo Dios.

Toto corde meo quaero te "; te busco, Señor, con todo mi corazón. En nuestro pobre corazón humano no puede quedar sitio para otros amores, si no nos llevan a Dios: debe llenarlo todo el amor al Señor. Todas las cosas las queremos hacer por El, purificando, acrisolando con el fuego de la caridad nuestras acciones, para no buscar nada más que su amor. Poco podemos ofrecerle, es verdad; pero no olvidemos que *todo lo que se hace por Amor adquiere hermosura y se engrandece*¹².

Que el Amor de Dios sea la pasión de nuestra vida: es todo un programa para nuestro deseo de santidad. El amor divino, como el humano, se acrecienta por la gracia con el ejercicio de la virtud: hace falta amar mucho para aprender a amar, hay que hacer muchos actos de amor al cabo del día.

El Señor espera que le busquemos, que le amemos, que le invoquemos, sobre todo cuando algo nos cuesta. Quiere que acudamos a El con confianza y sin miedo: es nuestro Dios un Padre que nos mira con complacencia, y no nos abandona. Somos los pobrecitos hombres

(6) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 73, 3.

(7) *Rom.* V, 5.

(8) De nuestro Padre.

(9) Santo Tomás, *S. Th.* II-II, q. 23, a. 5 c.

(10) *Ibid.*, a. 1 c.

(11) *Ps.* CXVIII, 10.

(12) *Camino*, n. 429.

los que nos apartamos de El, o nos olvidamos de vivir con El. Y ahora que tantos le dejan o se empeñan en desconocerlo, nosotros hemos de procurar acercarnos más. ¿Cómo? Os lo he dicho ya: buscándole, amándole cada día más y diciéndoselo, pidiendo ayuda, desgraviándole cuando nos damos cuenta de que no le hemos tratado bien.

*Yo querría que, en el alma, fuéramos muy ricos de doctrina, de conocimiento y de amor de Dios. Invocad al Espíritu Santo, que está asentado dentro de nosotros, y manifestadle vuestro deseo de entregaros y de ser muy dóciles a la gracia*¹³.

Le amaremos en cada minuto si hacemos las cosas por Dios, no maquinalmente, o por simples motivos humanos. Le amaremos durante todo el día si procuramos acompañar todas nuestras acciones de un ofrecimiento actual, vivo, encendido: ¡por tu Amor, Señor!, ¡porque te quiero!

NOS HA dado Dios su Amor para que le amemos, y también para que amemos a los demás, como El los ama. *Un mandamiento nuevo os doy: que os améis unos a otros; y que, del mismo modo que Yo os he amado a vosotros, así os améis recíprocamente*¹⁴. La caridad nos empuja a dar a

(13) De nuestro Padre, Crónica, 1973, p. 543.

(14) *Ioann.* XIII, 34.

los demás nuestro amor, a amarlos como los quiere Dios, como Jesucristo los ama, con un amor fuerte, que nada puede romper. *La mayoría de las personas se unen entre sí por puros motivos terrenos (...), y así su amor no puede ser constante: una desatención, un perjuicio para los propios intereses, la envidia, la vanagloria, cualquier otro accidente semejante, basta para deshacer la amistad. Es que esa amistad no dio con la raíz espiritual (...). El amor que tiene por motivo a Cristo es firme, inquebrantable e indestructible*¹⁵.

La siembra de caridad que hemos de hacer encuentra el terreno preparado porque en los hombres existe una aspiración a la unidad, reflejo de la común condición de criatura. Así lo explicaba nuestro Padre: *si todos somos hijos de Dios, la fraternidad ni se reduce a un tópico, ni resulta un ideal ilusorio: resalta como meta difícil, pero real.*

Frente a todos los cínicos, a los escépticos, a los desamorados, a los que han convertido la propia cobardía en una mentalidad, los cristianos hemos de demostrar que ese cariño es posible. Quizá existan muchas dificultades para comportarse así, porque el hombre fue creado libre, y en su mano está enfrentarse inútil y amargamente contra Dios: pero es posible y es real, porque esa conducta nace necesariamente como consecuencia del amor de Dios y del amor a Dios. Si tú y yo

(15) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 60, 3.

*queremos, Jesucristo también quiere. Entonces entenderemos con toda su hondura y con toda su fecundidad el dolor, el sacrificio y la entrega desinteresada en la convivencia diaria*¹⁶.

Esta caridad debe ser universal y ordenada, como nos enseñaba nuestro Fundador. Si se ha de amar también a los enemigos —me refiero a los que nos colocan entre sus enemigos: yo no me siento enemigo de nadie ni de nada—, habrá que amar con más razón a los que solamente están lejos, a los que nos caen menos simpáticos, a los que, por su lengua, por su cultura o por su educación, parecen lo opuesto a ti o a mí¹⁷. El orden de la caridad nos lleva a vivirla ante todo con los más próximos, las personas que Dios ha puesto más cerca de nosotros, los compañeros de profesión, las personas con las que estamos relacionados por razón del trabajo, y de modo especial nuestros hermanos en la Obra y nuestras familias. El amor de Cristo que nos une ha de llevarnos a procurar su felicidad, especialmente su felicidad eterna. Y como muchas de estas personas están junto a nosotros en la vida cotidiana, la convivencia habitual tiene que servir para que la práctica de la caridad sea con ellos singularmente fina y delicada, y para que encontremos cada día muchas ocasiones de ejercitarla.

(16) *Amigos de Dios*, n. 233.

(17) *Amigos de Dios*, n. 230.

*¡No hay más amor que el Amor!*¹⁸. Tenemos un solo corazón, que ha de estar lleno de un solo amor, con el que queremos a todos, a Dios y a los hombres. *Con el mismo amor* —nos dice nuestro Padre— *con que hubiera podido amar a una persona de la tierra, con el mismo corazón, amo a Cristo, y al Padre y al Espíritu Santo y a la Virgen Santísima*¹⁹.

(18) *Camino*, n. 417.

(19) De nuestro Padre.

318.

SÁBADO

—Dar toda la gloria a Dios. Rectitud de intención en el trabajo.

—El peligro de la vanagloria.

—Humildad colectiva en nuestro servicio a Dios y a las almas.

ENTONCES Jesús habló a las muchedumbres y a sus discípulos, diciéndoles: en la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos. Haced y cumplid todo cuanto os digan; pero no hagáis según sus obras (...). Hacen todas sus obras para ser vistos de los hombres ¹.

La reprensión del Señor a los escribas y fariseos es dura. Y la enseñanza es clara: debemos esforzarnos para que todo lo que hagamos redunde en gloria de Dios y no en gloria propia. Pero, *¿quién podrá alabar a Dios durante todo el día?*, se pregunta San Agustín. Si quieres —añade—, *yo te daré el remedio para que alabes a Dios durante todo el día. Lo que hagas, hazlo bien, y habrás alabado a Dios. Cuando cantas un himno, alabas a Dios, porque ¿qué hacen tu lengua y tu conciencia sino alabar a Dios? ¿Dejaste de cantar los himnos, los abandonaste para*

descansar? No te emborraches y habrás alabado a Dios. ¿Vas a negociar? No cometas fraude, y habrás alabado a Dios. ¿Trabajas en el campo? No provoques riñas, y habrás alabado a Dios. Con la inocencia de tus obras prepárate para alabar a Dios durante todo el día ².

Así es la lucha ascética de los cristianos. Y nosotros, de modo particular, nos esforzamos por integrar nuestras ocupaciones y tareas en una profunda unidad de vida, que nos lleva a purificar todas las acciones, a trabajar con rectitud de intención. *Os lo repito ahora, hijas e hijos míos: trabajad cara a Dios, sin ambicionar gloria humana. Algunos ven en el trabajo un medio para conquistar honores, o para adquirir poder o riqueza que satisfaga su ambición personal, o para sentir el orgullo de la propia capacidad de obrar.*

Los hijos de Dios en su Opus Dei no vemos jamás en nuestro trabajo profesional algo relacionado con el egoísmo, la vanidad o la soberbia: vemos solamente una posibilidad de servir a todos los hombres por amor a Dios ³. Por eso, continuaba nuestro Padre, un buen índice de la rectitud de intención, con la que debéis realizar vuestro trabajo profesional es precisamente el modo en que aprovecháis las relaciones sociales o de amistad, que nacen al desempeñar la profesión, pa-

(1) Ev. (Malth. XXIII, 1-3 y 5)

(2) San Agustín, *Enarraciones in Psalmos* 34, 2, 16.

(3) De nuestro Padre, *Carta*, 15-X-1948, n. 18.

*ra acercar a Dios esas almas: llegando, en su caso, si se ven las oportunas circunstancias, a plantearles el problema de su vocación. Vuestro trabajo profesional, y el prestigio que de él pueda derivarse, han de ser anzuelo de pescador, y ¿acaso puede decirse de alguien que es pescador, si no pesca?*⁴.

*NO VIVIMOS para la tierra, ni para nuestra honra, sino para la honra de Dios, para la gloria de Dios, para el servicio de Dios. ¡Esto es lo que nos mueve!*⁵. Nos hemos dado al Señor por entero; y, con nuestra vida, le hemos entregado también el honor, el derecho a la alabanza o el agradecimiento. "Deo omnis gloria". —Para Dios toda la gloria. —Es una confesión categórica de nuestra nada. El, Jesús, lo es todo. Nosotros, sin El, nada valemos: nada.

*Nuestra vanagloria sería eso: gloria vana; sería un robo sacrilego; el "yo" no debe aparecer en ninguna parte*⁶.

Necesitamos estar vigilantes, porque tendemos a buscar la alabanza de los hombres y, como afirma San Juan Crisóstomo, *con esa disposición de tu alma, con tu amor a la vanagloria, aunque vivas en un yermo, yermo estarás tú de toda virtud*⁷. La vanidad

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 15-X-1948, n. 31.

(5) De nuestro Padre, *Meditación Vivir para la gloria de Dios*, 21-XI-1954.

(6) *Camino*, n. 780.

(7) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 20, 2.

puede infiltrarse también en la vida interior, robándonos el mérito de las buenas obras. *Donde la polilla no destruye ni el ladrón perfora, la vanagloria desparra y tira. Esta es la polilla de nuestros tesoros, el ladrón de nuestras riquezas del Cielo, la que nos sustrae aquellos bienes inviolables*⁸. Y nuestro Padre nos insistía: *Rectifica, rectifica. —¿Tendría tan poca gracia que ese vencimiento fuera estéril porque te has movido por miras humanas?*⁹.

Ten cautela, no te dejes prender por el ardor de la vanagloria —aconseja San Jerónimo— *"¿Cómo podéis creer —dice Jesús—, cuando andáis mendigando la gloria de los hombres?"* (Ioann. V, 44). *¿Lo ves? Es tan grande este mal, que el que lo tiene no puede creer. Nosotros, por el contrario, digamos: "Tú eres mi gloria"* (Ps. III, 4), y *"el que se gloría, gloriése en el Señor"* (I Cor 1, 31) (...). *Cuando des limosna, que sólo la vea Dios. Cuando ayunes, pon cara alegre. El vestido ni demasiado cuidado ni tampoco sucio. No lla- mes la atención por nada, para que no se detengan a mirarte los que pasan y te señalen con el dedo (...). Tampoco has de presentarte como demasiado piado- so ni aparecer como más humilde de lo que eres, no sea que, huyendo de la gloria, vayas en su busca*¹⁰.

Si vemos que en nuestra vida hay cosas buenas, debemos agradecerlo a Dios. Somos sólo instrumen-

(8) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 71, 3.

(9) *Camino*, n. 787.

(10) San Jerónimo, *Epístola* 22, 27.

tos en sus manos. Con esta humildad, aprenderemos a actuar con la rectitud de aquel general de quien narra la Escritura que, después de haber asediado por mucho tiempo una ciudad, cuando ya estaba a punto de conquistarla, llamó al Rey David para que la tomase: *no vaya a ser —decía— que, si yo entro y tomo la ciudad, se me atribuya a mí la victoria*¹¹. Con temor a la soberbia que nos acecha de continuo para robarnos el fruto de lo que hacemos. *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam*¹², toda la gloria para ti, Señor.

*SOLO nos une la doctrina de la Iglesia Santa de Dios, la llamada divina y el deseo de servirla como hijos suyos fieles y agradecidos. Esta es nuestra ambición sobrenatural, que es precisamente lo que más se opone a cualquier ambición humana, a cualquier afán de ventaja personal. No trabajamos para encumbrarnos, sino para desaparecer y, con nuestro sacrificio, poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades de los hombres*¹³. Por esta razón, *no vamos al apostolado a recibir aplausos, sino a dar la cara por la Iglesia, cuando ser católicos es difícil; y a pasar ocultos, cuando llamarse católicos es una moda. De hecho, en muchos ambientes, ser católicos de verdad, aun sin lla-*

(11)11 *Sam.* XII, 28.

(12) *Ps.* CXIII, 1.

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 81.

*marse así, es razón suficiente para recibir todo tipo de injurias y de ataques; por eso os he dicho alguna vez que a nosotros nos repugna vivir de ser católicos: viviremos, si es necesario, a pesar de ser católicos. Y nos repugnaría más aún vivir de llamarnos católicos*¹⁴.

Es característica esencial de nuestro espíritu vivir una humildad que es también colectiva. *Busquemos sólo la gloria de Dios —insiste nuestro Padre—: porque nuestra vida de entrega, callada y oculta, debe ser una constante manifestación de humildad. La humildad es el fundamento de nuestra vida, medio y condición de eficacia*¹⁵. Y añade: *pongamos al Señor como fin de todos nuestros trabajos, que hemos de hacer non quasi hominibus placentes, sed Deo qui probat corda nostra (I Thes. II, 4); no para agradar a los hombres, sino a Dios que sondea nuestros corazones*¹⁶.

Actuaremos así si en nuestra vida cultivamos, como nos pedía nuestro Fundador, una gran ambición de servir: *esta ambición tiene unas manifestaciones concretas muy claras, que podríamos llamar también nuestras pasiones dominantes, nuestras locuras. La primera es la de querer ser el último en todo, y el primero en el amor. Al Señor le decimos, en nuestra meditación personal: Jesús, ¡que yo te quiera más que todos! Ya sé que soy el último de tus siervos; ya sé que estoy lleno de miserias. ¡Me has tenido que perdonar*

(14) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 82.

(15) De nuestro Padre, *Carta*, 24-IH-1930, n. 20.

(16) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 15.

tantas ofensas, tantas negligencias! Pero tú has dicho que ama menos aquel a quien menos se le perdona (Luc. VII, 47) (...).

Con una locura tan divina, con este celo que nos come las entrañas, zelus domus tuae comedit me floann. II, 17), ¿qué ambición humana podrá pegárse-nos en el camino de nuestra vida? Ninguno de nosotros, si mantiene este espíritu de la Obra, puede tener afán de lucirse, de ascender en la escala social, de conseguir puestos, honores, reconocimientos, si no es a pesar suyo y para servir a Dios.

Porque si nos moviésemos por esta ambición humana, para satisfacer nuestro amor propio —no faltarán quienes digan falsamente que lo hemos hecho—, entonces tendríamos que renunciar a la aspiración de servir a Dios: nemo potest duobus dominis servire (Matth. VI, 24), porque nadie puede servir a dos señores: a Jesucristo y a nuestra vanidad ".

Podemos hacer hoy el propósito de rectificar frecuentemente la intención de nuestras acciones, y de cuidar las cosas pequeñas en el cumplimiento del plan de vida, para mejorar la visión sobrenatural en el trabajo.

(17) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, nn. 82-83.

ÍNDICE

Nº	PÁG.
SOLEMNIDADES DEL TIEMPO ORDINARIO	
218	Santísima Trinidad (I).....7
219	Santísima Trinidad (II).....13
220	Santísima Trinidad (III).....19
221	Solemnidad del Cuerpo y Sangre de Cristo (I)....27
222	Solemnidad del Cuerpo y Sangre de Cristo (II)... 35
223	Solemnidad del Cuerpo y Sangre de Cristo (III). 43
224	Viernes después del Corpus Christi.....52
225	Sábado después del Corpus Christi.....58
226	Domingo después del Corpus Christi.....66
227	Lunes después del Corpus Christi.....74
228	Martes después del Corpus Christi.....81
229	Miércoles después del Corpus Christi.....89
230	Jueves después del Corpus Christi.....96
231	Sagrado Corazón de Jesús (I).....102
232	Sagrado Corazón de Jesús (II).....109
233	Sagrado Corazón de Jesús (III).....116
234	Corazón Inmaculado de María.....123
TIEMPO ORDINARIO (Semanas IX a XX)	
235	<i>Domingo IX del Tiempo ordinario</i>133
236	<i>Lunes</i>139
237	<i>Martes</i>146
238	<i>Miércoles</i>153

N.º	PAG.
239	Jueves.....160
240	Viernes.....167
241	Sábado.....175
242	<i>Domingo X del Tiempo ordinario</i>182
243	Lunes.....190
244	Martes.....197
245	Miércoles.....205
246	Jueves.....213
247	Viernes.....219
248	Sábado.....226
249	<i>Domingo XI del Tiempo ordinario</i>235
250	Lunes.....243
251	Martes.....251
252	Miércoles.....260
253	Jueves.....267
254	Viernes.....275
255	Sábado.....282
256	<i>Domingo XII del Tiempo ordinario</i>290
257	Lunes.....297
258	Martes..... 304
259	Miércoles.....310
260	Jueves..... 318
261	Viernes..... 325
262	Sábado..... 334
263	<i>Domingo XIII del Tiempo ordinario</i> 340
264	Lunes.....347
265	Martes.....356
266	Miércoles..... 363
267	Jueves..... 370
268	Viernes..... 377
269	Sábado..... 384

N.º	PAG.
270	<i>Domingo XIV del Tiempo ordinario</i>391
271	Lunes.....397
272	Martes.....405
273	Miércoles.....411
274	Jueves.....418
275	Viernes.....425
276	Sábado.....434
277	<i>Domingo XV del Tiempo ordinario</i>441
278	Lunes.....448
279	Martes.....456
280	Miércoles.....464
281	Jueves.....471
282	Viernes.....478
283	Sábado.....486
284	<i>Domingo XVI del Tiempo ordinario</i>495
285	Lunes.....502
286	Martes.....510
287	Miércoles.....517
288	Jueves.....524
289	Viernes.....531
290	Sábado.....538
291	<i>Domingo XVII del Tiempo ordinario</i>545
292	Lunes.....552
293	Martes.....559
294	Miércoles.....567
295	Jueves.....575
296	Viernes.....583
297	Sábado.....590
298	<i>Domingo XVIII del Tiempo ordinario</i>598
299	Lunes.....606
300	Martes.....613

N°	PAG.
301	Miércoles.....620
302	Jueves.....627
303	Viernes.....634
304	Sábado.....641
305	<i>Domingo XIX del Tiempo ordinario.....649</i>
306	Lunes.....657
307	Martes.....665
308	Miércoles.....673
309	Jueves.....679
310	Viernes.....686
311	Sábado.....694
312	<i>Domingo XX del Tiempo ordinario.....702</i>
313	Lunes.....710
314	Martes.....717
315	Miércoles.....725
316	Jueves.....732
317	Viernes.....740
318	Sábado.....748
